Manda Scott

Boudica

Reina guerrera de los celtas IV



El sueño de la serpiente

Corre el año 60 d. C., y en una Britania ocupada por las legiones romanas las tribus nativas se preparan para una lucha que debe ser definitiva para acabar con el invasor. Sin embargo, será difícil que Boudica, cansada de empuñar las armas contra las bien pertrechadas tropas imperiales, acepte asumir el liderazgo de unas hor das guiadas por su valor y su honor pero en clara desventaja militar. El detallado conocimiento a que ya nos tienes acostumbrados Manda Scott en sus tres novelas anteriores culminan en esta obra con un impresionante relato de los últimos días de una lucha desigual de la que surgió una leyenda inmortal, la de Boudica, la reina guerrera de los celtas.

Manda Scott

El sueño de la serpiente

Boudica. Reina Guerrera de los Celtas 4

ePub r1.1
Titivillus 06.04.15

Título original: *Dreaming the serpent spear*
Manda Scott, 2006
Traducción: Ana Herrera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Faith, con todo mi amor


N
CAMULODONUM = Colchester
MONA = Anglesey
CANONIUM = Kelvedon
CAESAROMAGUS = Chelmsford
LUGDUNUM = Londres
(Puente de Vespasiano)
VERULAMIUM = San Albán
CALEDONIOS
BRIGANTES
MONA
CORITANOS
SITUACIÓN APROXIMADA DE LA FORTALEZA DE LA LEGIÓN IX
CORNOVIOS
ICENOS
ORDOVICOS
CATUVELAUNOS
TRINOVANTES
CAMULODUNUM
VERULAMIUM
CANONIUM
CESAROMAGUS
SILUROS
LUDGUNUM
(Puente de Vespasiano)
ATREBATES
DUMNONIOS
BRITANIA TRIBUS MÁS IMPORTANTES

Dramatis personae

Los nombres de los personajes con base histórica están marcados con un asterisco.

PERSONAJES TRIBALES

Airmid de Nemain: Soñadora de la rana, amante de Breaca. Airmid es uno de los nombres irlandeses de la diosa.

Ardaco: Guerrero de la osa de los caledonios. Antiguo amante de Breaca.

Bello el ciego: Antiguo niño esclavo de los belgos. Llevado a Hibernia y luego a Mona por Valerio. Ahora soñador de Mona.

Braint: Guerrera de Mona que luchó con Breaca en las batallas de la invasión. Amante de Cygfa.

* **Breaca**: También conocida como la Boudica por la antigua palabra «Boudeg», que significa «Portador de la Victoria», y por tanto es «La que trae la victoria». El nombre de Breaca deriva de la diosa Briga.

* **Caradoc**: Amante de Breaca, padre de Cygfa, Cunomar y Graine. Colíder de la resistencia occidental contra Roma.

Civilis: Oficial del ala batava de la caballería auxiliar, que luchó con Valerio en las batallas de la invasión.

* **Cunobelin**: Padre de Caradoc, ya muerto. Cun significa «perro», y Belin, «el dios del sol». El nombre significa, pues, Perro del Sol.

Cunomar: Hijo de Breaca y de Caradoc. Su nombre significa «perro del mar».

Cygfa: Hija de Caradoc y Cwmfen, medio hermana de Cunomar.

Duborno: Cantor y guerrero de los icenos, compañero de la niñez de Breaca y Bán.

Eburovic: Padre de Breaca y Bán, ya muerto.

Efnís: Soñador de los icenos.

Eneit: Amigo del alma de Cunomar. Su nombre significa «espíritu».

Graine: Hija de Breaca y Caradoc.

Gunovar: Hija de Gunovic y soñadora de los dumnonios.

Huw: Guerrero de Mona famoso por su habilidad con la honda. Luchó con Valerio en las guerras occidentales contra la caballería de Longino Sdapeze.

Lanis: Madre de Eneit y soñadora de los icenos.

* **Longino Sdapeze**: Antiguo oficial de la caballería auxiliar, ahora lucha con el ejército de la Boudica. Amante de Valerio. Su lápida funeraria, rota y

agrietada, se encontró en Camulodunum (Colchester) durante unas excavaciones.

Luain macCalma: Anciano de Mona y soñador de la garza. Príncipe de Hibernia.

Macha: Madre de Bán, ya muerta. El nombre de Macha deriva de la diosa caballo.

Madb: Guerrera de los hibernios.

Valerio: Soñador y guerrero. Medio hermano de Breaca, hijo de Macha y Luain macCalma. Hasta hace poco, oficial de la caballería auxiliar. Antes conocido como Bán.

PERSONAJES ROMANOS

* **Deciano Catón**: Procurador de toda Britania con Nerón.

Flavio: Portaestandarte del escuadrón de Urso.

* **Lucio Domicio Ahenobarbo (Nerón)**: Emperador de Roma.

* **Petilio Cerial**: Legado de la legión Novena.

Quinto Valerio Corvo: Prefecto del Ala Quinta Gallorum.

Sabinio: Portaestandarte del primer escuadrón, directamente bajo el mando de Corvo.

* **Suetonio Paulino**: Gobernador de toda Britania.

Urso: Decurión del Ala Quinta Gallorum, sirviendo bajo Corvo.

Agradecimientos

En este último libro de la serie, debo dar las gracias a las dos mujeres cuya energía e inspiración la hicieron posible desde el principio: Jane Judd, mi agente, y Selina Walker, mi editora en Transworld. Ambas creyeron en lo imposible tan a menudo que resultó no solo posible, sino tangible, por todo lo cual no basta con darles las gracias por escrito. Del mismo modo, Kate Miciak y Nita Taublib tuvieron fe allá al otro lado del Atlántico, y ambas dedicaron tiempo, esfuerzos, comprensión y ánimos que ayudaron a dar forma a la serie, de modo que se convirtió en lo que ahora es. Nancy Webber y Deborah Adams trabajaron mucho más allá de los límites razonables para que las correcciones estuviesen a punto y, como siempre, tengo una enorme deuda de gratitud con P. «Douglas» Arnold por su precisión a la hora de pensar en los romanos.

También estoy en deuda, ahora que llegamos al desenlace, con mis amigos y vecinos de Moulton, que me han cuidado mucho durante los últimos veinte años: sois demasiados para nombraros a todos, pero todos sabéis que os tengo presentes, y que no tengo palabras para daros las gracias. Los que han tenido el valor para unirse a mí en el proceso de los sueños han formado parte de un viaje extraordinario que nos ha llevado a todos mucho más allá de cualquier frontera que hubiésemos podido imaginar, mientras aquellos amigos que seguían en lo que normalmente consideramos la realidad han sido como una roca para la estabilidad de la vida: Debs, Sarah, Jackie y mis compañeros Sospechosos Inhabituales. Y a Faith, que empezó desde el principio: muchas gracias.

Escuchadme, soy Luain macCalma, el soñador de la garza, anciano de Mona, guardián de aquellos que esperan en el exilio de Hibernia y protector de la Boudica, que es nuestra esperanza para el futuro. Vosotros, que os reunís aquí, heredaréis ese futuro, sea el que sea.

Ahora estamos ante una encrucijada de nuestra historia. En tiempos fuimos gente orgullosa; honrábamos a nuestros héroes por su valor en la batalla, y a nuestros soñadores por la sabiduría que extraían de los dioses.

Nuestras tribus mantenían diversas costumbres e historias, y éramos famosos en todo el mundo conocido por nuestra artesanía del oro, la plata y el hierro; nuestros caballos y nuestros perros de caza eran codiciados desde las nieves norteñas hasta el calor de Alejandría; nuestra tierra era tan fecunda que el propio Julio César creyó que había llegado al hogar de los dioses cuando navegó desde la Galia con la intención de conquistarnos, hace ya cien años.

En nuestra diversidad residía nuestro orgullo, pero teníamos en común nuestros dioses, y esa era también nuestra fuerza. Cada tribu enviaba a sus mejores guerreros y soñadores anualmente a entrenarse aquí, en la isla de Mona, amada por los dioses y por todas las personas.

Esa herencia y la propia isla están amenazadas al fin. Hace casi veinte años que Roma envió a sus legiones a conquistar las tribus de la tierra que ellos llaman Britania, a arrebatarnos nuestro oro y nuestra plata, nuestros perros y nuestros caballos, a gravar a nuestros pueblos por el derecho a cultivar nuestra propia tierra, y a llevarse a nuestros jóvenes y esclavizarlos.

Durante estas dos décadas, mientras la parte este de nuestra tierra ha sufrido bajo la ocupación, el oeste ha resistido con fiereza y eficacia. Las altas montañas y el orgullo indomable de las tribus occidentales han mantenido a salvo la tierra que atesoran y, sobre todo, han protegido esta isla de los dioses de Mona.

Durante gran parte de estas dos décadas, yo creía que, aunque Roma pudiese cometer cualquier crimen, al menos Mona y todo cuanto ella significaba estarían a salvo. Pero eso ya no es cierto. El nuevo gobernador de Britania, Suetonio Paulino, está reuniendo a dos de sus cuatro legiones fuera de nuestra costa, con el objetivo de invadir primero y luego asesinar a todos aquellos que viven bajo el dominio de los dioses, y borrar para siempre el sueño de la tierra. Tan grande es el temor que tiene Roma de aquello que somos y de lo que podemos ser.

* * *

Ahora, nuestra única esperanza de supervivencia reside en aquella mujer a la que conocemos como la Boudica (la que trae la victoria), en aquellos que la cuidan y la

mantienen a salvo y en el ejército que se está reuniendo ahora mismo en su nombre. Ella es Breaca de los icenos, antigua guerrera de Mona.

Breaca lleva en sí la fuerza y la realidad de todo lo que hemos sido. Es una guerrera sin parangón, y ha luchado incesantemente a lo largo de los últimos dieciocho años para expulsar a Roma de nuestra tierra.

Mientras ella seguía aquí en el oeste, haciendo de Mona su hogar, tuvo éxito. Pero el este carecía de un líder con la fuerza suficiente para alzar a los guerreros de su esclavitud, y sin un levantamiento en el este, la guerra del oeste era solo desgaste, sin victoria posible.

Hace tres años la Boudica tomó la decisión de dejar Mona y viajar al este, a la tierra donde nació, en el corazón del territorio ocupado por el enemigo. Llegó a tierras icenas con sus hijas Cygfa y Graine, y con Cunomar, su único hijo. Allí dieron con una tribu que antaño fue orgullosa viviendo entre el temor y la humildad, sin nadie capaz ni dispuesto a levantarse contra las legiones que les rodeaban. Y aun así, ellos decidieron instar a la rebelión y trabajaron con ese objetivo.

A lo largo de tres lentos años afirmaron sus derechos de nacimiento como linaje real de los icenos y, a la muerte de Prasutago, que había reclamado para sí el liderazgo, empezaron al fin a reunir aquel ejército que pudiese liberar la tierra del poder de Roma.

Y ese habría sido el final de todo, o al menos un principio prometedor. Mas el emperador Nerón, que codicia el oro por encima de todo, y que había oído hablar de la riqueza del «rey» iceno, envió a su procurador, Deciano Catón, a reclamar aquello que pertenecía a los icenos, en nombre del emperador.

Catón era un recaudador de impuestos, un hombre de mente mezquina y espíritu más mezquino aún, que se protegía mediante una cohorte de veteranos a sueldo, hombres retirados de las legiones que se habían ganado con sus habilidades de combate el aborrecimiento de las tribus nativas.

Llegaron al poblado de los icenos y encontraron indicios de resistencia y de insurrección. Después de un juicio que no fue sino una pantomima, hallaron culpables a Breaca y a su familia de traición, e iniciaron los pasos para su ejecución.

Con ese fin azotaron a la Boudica y a su hijo, y luego violaron a las dos niñas no casadas, ya que no podían ejecutarlas siendo todavía doncellas, porque iba contra la ley romana. Así es como se hace justicia en nombre del emperador.



Un hombre evitó el progreso inevitable de la ejecución mediante la crucifixión el hermano de la Boudica, que había luchado durante quince años del lado de las legiones.

Nacido como Bán y llamado después Valerio, todos conocéis ya la historia de ese hombre: cómo fue traicionado y esclavizado, su regreso a Britania con la caballería auxiliar, su traición final por aquellos que estaban más cercanos al moribundo emperador Claudio, de modo que fue declarado traidor por Nerón y al fin se convirtió en exiliado de ambos lados del conflicto.

Valerio ha vivido con la mayor desesperación, pero también ha reconocido sus derechos de nacimiento, como guerrero y como soñador. En el tiempo pasado en Roma se entregó a Mitra, el ejecutor de toros, dios oculto de la élite de la legión. Más tarde, en Hibernia, llegó a comprender que también estaba entregado a Nemain, diosa de la luna y del agua, la que camina más estrechamente unida con las tribus, la que envía a la liebre y la rana para que sean sus mensajeras en esta tierra. En la historia viviente de nuestras tribus nadie ha caminado nunca en la presencia de dos dioses más dispares. Es testimonio de su fuerza que Valerio pueda hacerlo y seguir vivo. Que pueda hacer tal cosa y mantener su cordura y su humor es algo excepcional.

Valerio viajaba hacia el este llevando un mensaje de Mona a la Boudica, cuando supo de las acciones del procurador y la inminente ejecución de su hermana y su familia. Su duradero amor por el prefecto Corvo le permitió solicitar la ayuda de este hombre para evitar la catástrofe; solo un oficial del rango más elevado en las legiones podría haber obligado al procurador a desistir y a sus hombres a salir de allí. Corvo lo hizo, y luego se fue para dirigir a sus hombres hacia el oeste y unirse a los preparativos para el ataque de Mona. Aún sigue viajando hacia nosotros.



Ha pasado un mes desde entonces. Con las legiones ya caminando hacia el oeste, el ejército de la Boudica se halla en la mejor posición posible para atacar Camulodunum, el antiguo asentamiento sagrado nombrado capital por Roma. Hacerlo no será fácil: Camulodunum ha sido colonizado por veteranos de la legión Vigésima a los que se entregó tierra y propiedades como pensión de las legiones, y lucharán con gran dureza para mantenerlas. Y también hay que tratar con la legión Novena, que ha quedado estacionada al norte de las tierras icenas desde los tiempos de la invasión para evitar precisamente un ataque semejante. A las primeras señales de insurrección, la Novena marchará hacia el sur para hostigar al ejército rebelde desde atrás.

Tampoco estamos seguros de la fuerza de aquellos que deben soportar la presión más intensa de esta guerra. En el mes transcurrido desde los ataques del procurador, Airmid, soñadora, curandera y primer amor de la Boudica ha trabajado día y noche para curar a aquellos que resultaron heridos.

Lo ha conseguido hasta cierto punto. El hijo de la Boudica, Cunomar, que perdió

una oreja en la batalla y luego fue azotado, ya puede luchar de nuevo, y con el guerrero Ardaco está entrenando a los guerreros de la osa. Su hermana Cygfa, que fue violada por media centuria de hombres, ha tomado de nuevo la espada y ha emprendido la guerra contra Roma. Del entorno más cercano a la Boudica, ha preferido a Valerio, confiando en que él consiga entrenarla de la mejor forma para derrotar a las legiones.

Nos quedan, pues, la Boudica y Graine, su hijita de nueve años, que tiene el cuerpo roto, y mucho peor aún, el alma tan rota que ha perdido los sueños. Antes, Graine podría haberse comparado con la anciana de Mona. Ahora es solo una niña que mira al mundo con ojos corrientes. Breaca lo sabe, y se considera responsable.

Es eso, creo, así como un esfuerzo prematuro por caminar y cabalgar, lo que le ha producido la fiebre que la consume. Está acosada por la desesperación, y no podemos ofrecerle alivio alguno que la consuele. En la curación de su hija se halla la clave de su propia curación, y ella lo sabe, pero nos queda poco tiempo: las legiones ya se están agrupando para invadir Mona y en el este se reúne un ejército en su nombre, esperando su liderazgo.

Ella es nuestra esperanza; en su curación está la esperanza de la tierra. Os dejo con las palabras de la antepasada soñadora muerta; hace mucho tiempo que habló a la Boudica en la cueva de su primer viaje a Mona. Son tan reales ahora como lo eran entonces, y nuestro futuro se encuentra cifrado en ellas:

Vosotros sois icenos. Es vuestra sangre, vuestro derecho y vuestro deber. No es demasiado tarde para evitar que los niños lloren. Solo tenéis que encontrar una forma de devolverle al pueblo el corazón y el valor que han perdido. Hallad una forma de convocar a los guerreros y armarles, encontrad al guerrero con los ojos y el corazón de un soñador que les dirija, y triunfaréis. Al final, hallad la marca que es nuestra y buscad su lugar en vuestra alma. Si llegáis a conocerlo, triunfaréis.

PRÓLOGO

Un martillo, un yunque, el hierro caliente golpeado entre los dos. El ruido invadía su muerte.

Nemain estaba cerca, era una vaga presencia divina neblinosa a la luz de la luna, percibida pero no vista. Le dijo: «tu hermano te está haciendo una serpiente-lanza. Cree que así te agarrarás con más fuerza a la vida».

Valerio, el hermano perdido de su niñez, devuelto a ella y transformado más allá de toda medida. El sonido le traía su presencia: una mezcla indómita de desesperación y compasión, juntas. Había más cosas, pero ella era incapaz de leerlas.

Y aun así, no quería ningún regalo que la sujetase a la vida.

Breaca dijo:

—¿Todavía no estoy muerta?

Hablaba dentro de su cabeza, donde solo los dioses y los fantasmas de los muertos podían oírla. La voz que podía llegar a los vivos había quedado abrasada hacía tiempo en el fuego de su fiebre.

La diosa era su madre, y luego Airmid, y luego Graine. Su cuidado la rodeaba, pero no aminoraba el dolor de su cuerpo o de su alma. Como las tres a la vez, la diosa dijo: «Podrías estarlo, si quisieras. ¿No tienes motivos para vivir?».

Ella quería decir: «no», pero no podía. Un solo nombre sellaba sus labios, una y otra vez.

«Graine. Graine. Graine.»

El yunque lo dijo en el triple ritmo de su golpeteo: un motivo, el primero y el más importante; la regla mediante la cual se medía todo lo demás. Fue como un regalo de su hermano. Ella se dejó llevar por el sonido, y el recuerdo, y la comprensión del fracaso.

Nemain dijo: «las heridas de tu hija no son culpa tuya, ni un fracaso tuyo».

—Pero, ¿se podrá curar?

«Quizá. Nada es seguro. ¿Vale la pena vivir por eso?»

—Si pudieras prometerlo…

Ella notó el ligero contacto de una sonrisa y un beso y la vaguedad de una presencia que se alejaba. La voz de la diosa quedó oculta en el martilleo del yunque.

«Nada es seguro excepto la muerte y la paz que nos ofrece. Se acerca la guerra, con la esperanza de la victoria. ¿Eso solo no es ya un motivo para vivir?»

* * *

Airmid llegó más tarde, amante y soñadora, no diosa. Se quedó de pie en una salpicadura de sol deslumbrante, trayendo consigo aromas de romero y algas y lanolina y un toque de agua fría y manos frescas que hacían que la fiebre pareciese menor.

Ella hablaba con otra persona, como si Breaca estuviera dormida. Su voz transmitía quietud después de cesar el tintineo del yunque.

—Si no conseguimos que la carne cubra bien el hueso, no podrá Volver a empuñar un arma —estaba cansada y había estado llorando, y ocultaba ambos hechos.

—Ahora mismo creo que debemos preocuparnos por algo más que por las armas y por sujetarlas o no —dijo Valerio desde el otro lado de la cama, y podía haber sido otro país, y otra lengua, y otro tipo de pena—. Las legiones azotan a los hombres para castigarlos, no para dejarlos inválidos. Esto fue hecho con mucho más salvajismo. Le costará mucho más sanar.

—¿Pero se curará?

—Eso creo —dijo Valerio—. Si lo desea suficientemente.

Poco después la dejaron, esos dos que la sujetaban a la vida. El ritmo del yunque empezó de nuevo. Quedaba un perro echado en su cama, y que se convirtió en dos perros situados uno a cada lado de la línea entre la vida y la muerte, de modo que ella tendría compañía eligiera el camino que eligiese.

PARTE I

PRIMAVERA, 60 d. C.



I

Las nubes de lluvia amorataban la última palidez del cielo, iluminado y de color cobre por la luz desfalleciente y el anillo de fogatas que ascendía de la tierra.

Cunomar de los icenos, único hijo varón de la Boudica, arrojó una rama ardiendo en el haz de aulagas, espino y paja que yacía junto a la base del puesto del vigía de las legiones. Esperó y contempló las nubes y el fuego de igual manera. Pasó una vida entera; tiempo para ser visto, para que se diese la voz de alarma en el puesto del vigía de arriba, para que un legionario de pie en la fortificación arrojase una jabalina hacia su carne desprotegida, para que una docena de los enemigos se arrojasen desde las puertas con las hojas desenvainadas, buscando la vida del guerrero que había querido quemarles.

Sin embargo, no ocurrió nada de eso. Miraba los coágulos de grasa de oveja atados en el centro del espino y vio cómo se incendiaban y ardían con mucho brillo. Tres guerreros casi desnudos corrieron desde su derecha y arrojaron más haces de aulaga con grasa a lo largo del pie del muro. Cunomar corrió tras ellos, encendiéndolos todos. Arrojó el final ardiente de su rama en el centro del último.

La paja y el espino seco ardieron al momento, eructando un humo grasiento. Él se echó atrás, atragantado. El calor le lamió entero, como si hasta entonces la necesidad de tener éxito le hubiese mantenido a salvo del poder voraz de las llamas. Liberado de esa necesidad, notó que la piel de sus antebrazos se levantaba en ampollas en el lugar donde había salpicado el sebo ardiendo. El brazalete real que llevaba en el brazo quedó mate por el fuego y notó su quemadura.

—¡Cunomar! ¡Aquí!

Corrió de vuelta hacia las sombras invisibles, cegado por las llamas. Unas manos amistosas le asieron por el codo y le arrastraron a un refugio seguro, detrás de una corta barrera hecha con empalizadas de mimbre. Quizá fuese Ulla; ella era la que más se preocupaba por él. A tientas tomó una capa de pellejo crudo empapada y se cubrió la cabeza y los hombros, procurando no tocar la herida situada en el lado derecho de la cabeza, donde antes tenía la oreja, y que se estaba curando. Alguien le pasó un copo de lana húmeda y se lo apretó encima de la boca y la nariz. Intentó que su respiración no fuese demasiado honda, pero no podía; la carrera y el calor y el fuego se lo impedían.

Tragó humo y volvió a toser, y no era el único. Le dolían los pulmones. La grasa de oso que llevaba en el torso y los miembros se licuó por el calor. Las marcas de batalla de glasto y de cal blanca que mostraban su juramento ala osa, para honrarla en la victoria o morir, se estaban emborronando y convirtiéndose en remolinos sin

sentido. Tenía el cabello como la cresta de un gallo, de la longitud de una mano y tieso por la cal blanca. Flexionó los hombros y notó el calor igualmente en las antiguas cicatrices de oso, producidas con amor por los antiguos soñadores de los caledonios, y las nuevas de los azotes de Roma. Ninguno de esos dolores tenía comparación con el brutal y perpetuo dolor en el lado derecho de su cabeza, donde un explorador-halcón de los coritanos, pagado por los romanos, le había cortado la oreja.

Mucho más rápido de lo que había imaginado las llamas engulleron la madera del fuerte excepto en las puertas, donde la madera humeaba pero todavía no había prendido. Siguiendo las órdenes vigentes, los hombres de la legión Vigésima de guardia en el interior habían empapado las puertas con agua antes de anochecer. Hasta en aquel lugar del este de la Britania ocupada, donde se suponía que había paz, las legiones seguían protegiendo sus puestos de vigía por la noche contra el fuego.

Valerio ya les había dicho que lo harían, y que los hombres del interior estarían borrachos, porque, a pesar de las órdenes, los legionarios no creían que tuviese lugar ningún ataque. También había dicho que, borrachos o no, cargarían contra las puertas como una cuña en cuanto sonase la alarma.

Valerio sabía demasiado, y expresaba con demasiada libertad sus opiniones. En principio, Cunomar no quería que tuviese razón.

Estaba pensando eso exactamente cuando las puertas se abrieron de par en par y los legionarios salieron a la carga. Formaban en cuña, con los escudos como primera defensa y un trozo de cuero húmedo envuelto en la cabeza como protección contra el fuego y el hierro.

El venablo de Cunomar ya había salido de su mano cuando las palabras que necesitaba salieron de su boca.

—¡Apuntad a las piernas! ¡Apuntad por debajo de los escudos! ¡Vamos!

La noche se escindió. Dos docenas de guerreros de la osa aullantes, cubiertos de grasa y de cal, echaron abajo las barreras de mimbre y arrojaron sus lanzas. La mayoría apuntaron tal y como se les había indicado, y si no todos acertaron en la carne y los huesos, al menos se interpusieron entre los tobillos de los hombres que iban tropezando en la noche, deslumbrados, ensordecidos y borrachos, pero todavía horriblemente aptos para la lucha.

—¡Romped la cuña! ¡No les dejéis que formen línea!

La furia de la batalla no había llegado todavía. Cunomar estaba intoxicado por el calor y el humo y la embriagadora liberación de la acción, pero aún era capaz de pensar. Vio su segunda lanza rebotar en la rodilla del legionario que dirigía. El hombre portaba el casco de plumas de un oficial joven, pero iba sin grebas. Conmocionado, levantó la vista, borracho y sobrio a la vez. Sus ojos eran como pozos negros en un rostro rojo como el fuego. Era demasiado joven para dirigir a tantos hombres él solo.

Sus ojos apenas cambiaron cuando otra lanza le alcanzó también. Se desplomó sobre una rodilla, usando su escudo para incorporarse al momento, abrió la boca y

gritó:

—¡Mantened la cuña!

Y fue entonces, espoleada por los ásperos sonidos del latín, cuando la osa tomó posesión de Cunomar, inundó su corazón y sus entrañas y su cabeza con una furia vasta, inacabable, de modo que ya no sabía lo que hacía, solo que necesitaba matar y seguir matando hasta que todos los romanos hubiesen quedado destrozados y despedazados y fuesen arrojados al mar para siempre.

Él pertenecía a las osas; corría a la batalla sin escudo, sin armadura, luchando solo con los venablos y el cuchillo. La grasa de oso era su armadura, y el cabello rígido y tieso por la cal era su escudo. El brazalete real que rodeaba su brazo le señalaba como hijo de la Boudica, descendiente del linaje real de los icenos. Su cuchillo era un regalo de su madre, hecho antes de que los hombres de Roma la azotaran. Él había matado por primera vez en batalla con aquel cuchillo, en compañía de ella. Igual que hizo entonces, buscó la canción de la hoja para poder llevar una pequeña parte de la Boudica en la batalla.

Chillando el nombre de ella, aplastó la mejilla del oficial romano con la empuñadura del cuchillo y luego le apuñaló los ojos. La única rodilla buena del hombre se torció. Cayó a la tierra ensangrentada, muerto con demasiada rapidez para gritar siquiera.

Exultante, Cunomar echó la cabeza atrás y aulló su victoria, por la Boudica y por la osa. Si uno de los enemigos le hubiese alcanzado en aquel momento habría muerto. Lo sabía y no le importaba. Vivía porque la osa le cuidaba, y era invencible. Compartió una segunda muerte con Ulla, mientras quedaban todavía hombres vivos que cazar, y sintió mucho ver que no quedaba ya ninguno más.

* * *

Después llegó la quietud, aparte del chisporroteo y el movimiento del fuego.

Ocho legionarios romanos y su oficial se ocupaban del puesto de vigilancia, y todos habían muerto. De las dos docenas de osas que les habían atacado solo Scerro, un joven pelirrojo de los icenos del norte, había recibido una herida, y era un tajo de espada poco profundo en el muslo que curaría con el cambio de mes.

Los enemigos muertos fueron despojados de sus armas y armaduras, y sus cuerpos alimentaron el fuego. Las llamas subieron muy alto, hacia el cielo, brillante como el sol en la noche que avanzaba. El calor era insoportable.

Cunomar retrocedió hacia las empalizadas de mimbre y empezó a apilarlas. Desde aquella distancia el fuego producía un calor agradable, facilitando la transición a la calma.

—Se verá —Ulla hablaba desde las sombras, a su derecha. Su muerte había sido la

primera y la más limpia, y ella había visitado los cuerpos de los asesinados después, pasándoles a todos el cuchillo por la garganta para que los hombres estuviesen bien muertos antes de ser entregados al fuego.

Tal acto era muestra de su preocupación o de su odio; probablemente de ambos. Ella también había sido azotada por los romanos, con Scerro y tres más. Esos cinco formaban el apretado e implacable nudo de la guardia de honor de Cunomar, y aunque Roma les hubiese elegido, él seguía orgulloso de aquella elección. Casi un mes había pasado desde que se recuperaron lo suficiente para moverse y luchar, pero las cicatrices nunca desaparecerían, ni la pátina de extrañeza que les separaba incluso de las demás osas, que ya estaban de por sí separadas de la gran masa de la hueste guerrera que estaba reuniendo la Boudica.

Ulla tenía el cabello oscuro y los ojos brillantes, y mataba como un halcón, con una belleza fluida y salvaje. Se unió a Cunomar y le ayudó a apilar las barreras de mimbre en un montón.

—El fuego se verá —dijo de nuevo—. Si un solo Centinela de la Vigésima está despierto y medio sobrio en cualquiera de las otras torres de vigilancia, iluminará la señal en cadena y todo Camulodunum sabrá por la mañana que ha habido muertes en tierras icenas.

Cunomar levantó con esfuerzo la empalizada superior, probando su peso.

—Sí, supongo que así es —accedió—. Valerio también lo dijo.

Ulla le miró a la cara, con los labios apretados.

—Lo decía como advertencia, no como invitación —afirmó—. Cree que todavía no estamos preparados para enfrentarnos a las legiones.

—Ya lo sé. Y creo que se equivoca. Pronto sabremos quién de los dos tiene razón —Cunomar arrojó el mimbre a las llamas. El fuego tosió y tartamudeó un poco, y luego se alzó más alto y más brillante. Él retrocedió, sonriendo.

—Quizá si arrojamos suficientes de estos —dijo— puede que las llamas alcancen a las propias nubes. Por muy borrachos que estén, a los vigías de Roma les costará no verlas.

Ulla era la más íntima de su guardia de honor, su escudo juramentado en la batalla. Ella nunca le había discutido nada. Con los otros cuatro que se habían ligado íntimamente al hijo de la Boudica, le ayudó a arrojar los mimbres al fuego.

Antes de que ardiese del todo el último combustible, un puntito de llama floreció hacia el sur y hacia el oeste. Por un momento pareció frágil, como un vilano de diente de león flotando en el viento. Cunomar se volvió hacia allí y dijo en voz alta los ocho primeros nombres de la osa como se le habían enseñado en las cavernas de los caledonios.

La noche vibró intensamente. Al oír el sonido, la llama distante se fortaleció y se mantuvo, y se le unieron al final siete más, alineadas a lo largo de un trayecto de media noche de cabalgata en una fila que conducía directamente al sur, a la colonia de veteranos de Camulodunum, la primera ciudad romana en la provincia ocupada de

Britania.

II

La fiebre remitió al anochecer del duodécimo día.

Breaca se despertó oliendo el humo en la quietud de una choza vacía. El fuego estaba muerto en el hogar, y sintió el sudor frío en los pellejos de caballo que la cubrían.

Arrugó el rostro, formando una telaraña. Se movió y luego se quedó quieta, respirando sencillamente, porque no le era posible hacer nada más mientras el dolor la consumía: oleadas enormes, descomunales, atronadoras, que aplastaban todo lo demás hasta reducirlo a la nada.

La fiebre había sido un regalo, lo supo incluso en su momento culminante. Intentó recuperar la inconsciencia anterior, pero no pudo. El día resultaba demasiado agudo, demasiado presente, y su cuerpo no pensaba dejarla ir.

Otras cosas se hicieron notar entonces.

Tenía los pies fríos, esa era la primera, y las palmas de las manos demasiado calientes. Estaba cubierta de lana tejida y le habían aplicado alguna pasta en las partes más dañadas de la espalda, de modo que notaba el cosquilleo de la manta a través de los restos incrustados de hojas de acedera y arcilla en polvo. No tenía el pelo pegado a la cara, como lo estaba las últimas veces que había recobrado la conciencia. Alguien se lo había peinado con cuidado y se lo había trenzado para apartarlo de la cara, de modo que lo notaba tirante en las sienes y en la cabeza. Airmid había hecho aquello; el toque de sus cuidados todavía se encontraba allí, en los relieves del tejido.

Breaca no tenía recuerdos de cuando le habían aplicado la pasta, ni de las mantas, ni del trenzado del pelo. Sus recuerdos empezaban y acababan con Graine, y sus chillidos, y el final abrupto en el momento en que se detuvieron.

«Las heridas de tu hija no son culpa tuya, ni son un fracaso tuyo.»

Eso había dicho la diosa. Mas Breaca no tenía por qué creerla.

En el tercer recuerdo, o quizás el cuarto, cuando la conmoción del súbito silencio fue menor, se dio cuenta de que ya no se oía el yunque y de que ya se había movido dos veces y nadie se había inclinado para ofrecerle un vaso de agua o para preguntarle si necesitaba ayuda para beber.

Confusa, envió su mente más allá de los confines de su cuerpo por primera vez desde hacía muchos días. El humo de salvia se elevaba ligeramente en el aire, pero aquel perfume era antiguo, y su intensidad se había desvanecido hacía mucho. El fuego eran unas cenizas muertas y blancas, de superficie fría. Nadie estaba sentado allí con la espalda apoyada en la pared, dispuesto a echar pequeños puñados de madera de manzano y astillas de pino entre las cenizas para limpiar y aclarar el aire rancio de

la habitación.

Nadie esperaba tampoco para cambiarle los tacos de lana sin peinar que le habían metido debajo de los sobacos para mantenerla quieta, en la turbulencia de la fiebre, ni le levantaba la cabeza con manos firmes para ofrecerle agua y ayudarla a vaciar la orina en el recipiente de barro que se encontraba junto al lecho, o para besarla, o para aplicarle suavemente una pasta en la espalda y hablarle de la primavera que iba llegando y los nuevos potrillos en los campos y los cachorros engendrados por *Piedra*, recién nacidos ya en la casa grande, y cómo se estaba entrenando el perro de guerra, dispuesto para cuando ella volviera.

Esperó un poco y luego volvió la cabeza y averiguó que sí, efectivamente, estaba sola, sin dioses ni Airmid mirándole, por primera vez desde que empezó la fiebre.

La sorpresa la dejó aturdida un momento, como si se sumergiera en el agua fría en verano. Después, volviendo en sí de nuevo, se echó a llorar lentamente, en silencio al principio, y luego con grandes sollozos, y aquella liberación, y saber que su dolor no era una carga para nadie, era tan abrumador como había sido el dolor, y lo empequeñecía.

Después de aquello necesitaba agua, de modo que se incorporó y bebió ella sola de un vaso que le habían dejado junto a la cama. El agua estaba fresca y no sabía a nada más que a agua de río, cosa tan reveladora por sí misma como el silencio.

Había pasado mucho tiempo desde que bebía un líquido que no estuviera cargado con algo amargo procedente de las alacenas de Airmid, aligerado con algo de miel para disfrazar el gusto. Los que la cuidaban, por tanto, sabían que la fiebre había terminado ya, y la habían dejado sola para que encontrase los límites de lo que podía hacer o no. Por esa delicadeza volvió a llorar brevemente.

Estaba echada de espaldas y mirando los juncos del techo, y empezó a evaluar su vida sistemáticamente.

«¿Todavía no estoy muerta?»

No, no lo estaba. Los dioses deseaban que viviera, y por tanto debía esforzarse por hacerlo, y luchar, si se le requería, y ocuparse de aquellos a quienes había amado y todavía amaba, y todo ello debía hacerse entre la desesperación del estado de Graine, sin promesa alguna por parte de la diosa de que mejoraría.

«¿Se curará?», había preguntado Airmid, y Valerio, con gran sabiduría, había respondido: «Si lo desea fervientemente…».

Para querer curarse, uno debe tener pasión por la vida, y su pasión era Graine, que estaba destrozada.

Se enfrentó a la horrible perspectiva de una vida sin el fuego que siempre la había sostenido. La debilidad decía que era mejor estar muerta que hallarse así, o al menos perdida de nuevo en la fiebre, pero ella era la Boudica, y se estaba congregando un ejército en su nombre. Cinco mil guerreros aguardaban diariamente la noticia de que ella se había alzado y había tomado la serpiente-lanza que su hermano había hecho para ella, y que estaba dispuesta a conducirles a victoria tras victoria contra Roma.

Volvió a llorar mansamente por aquella carga, y luego bebió y se dispuso a averiguar cómo iba a enfrentarse a su nueva vida con todas sus limitaciones.

No carecía de valor, y el valor venía de un pragmatismo que le decía que estaba rodeada de otros muy hábiles y capaces, y que no había perdido su pasión por la vida, y por tanto no era necesario curarse completamente sino solo ser capaz de levantarse y luchar y conducir a los guerreros, al menos nominalmente. Era lo máximo que se podía esperar de ella, y bastaba con eso.

Antes de nada, debía recuperar una espada que estaba escondida, y antes de eso, antes de cualquier otra cosa, tenía que ver a Graine, a la niña herida de su corazón, y hablar con ella y abrazarla y averiguar si se podía reparar el daño que había sufrido.

Breaca se llevó los dedos a la cara. Con mucho cuidado se quitó las legañas de los ojos. Una luna temprana arrojaba largas lanzas angulosas de luz a través de la puerta semiabierta de la choza. La plata la salpicó e incidió en el pellejo de caballo zaino que le servía de almohada bajo la mejilla, con sus hilillos de saliva antigua y las canas incrustadas.

Respiró hondo y soltó aire lentamente. El dolor no era insoportable; si tenía cuidado, tampoco lo sería la fractura abierta en su alma.

A la segunda inspiración, por primera vez en mucho, demasiado tiempo, Breaca de los icenos, antes de Mona, conocida para el mundo como la Boudica, la que lleva la victoria, se levantó de la cama, se puso la túnica y fue en busca de su niña, a la que Roma había destrozado.

* * *

—Puedes andar.

La choza a la que habían trasladado a Graine era tan nueva que los juncos que la techaban todavía no habían visto la lluvia y eran de un verde apagado, como la piel de una rana. Un fuego bajo en el exterior emborronaba la luz de la tarde, y arrojando unas sombras polvorientas en el mimbre rebozado con arcilla de las paredes.

En el interior, Graine estaba echada en una pila de pieles de oveja junto a la pared lateral, con una mano echada flojamente por encima de la manta, sudorosa y caliente. El pelo oscuro, color sangre de buey y enmarañado y enredado en torno a la cabeza, hablaba de un sueño inquieto. Los moretones de su rostro y su cuello no estaban tan marcados como la última vez que Breaca la vio. Entonces fue a la luz del día, y las magulladuras eran como charcos de barro verdoso en contraste con la blancura tensa de su rostro. A la amable luz gris del atardecer aparecían mucho más disimulados.

Con cuidado, Breaca se sentó en el borde de los pellejos. *Piedra*, el perro de guerra lisiado que había esperado junto a la puerta de su choza de enferma, estaba echado con el mismo cuidado junto al lecho, en un lugar donde tanto la madre como la hija

podían alcanzarlo.

Breaca dijo:

—Sí, puedo andar. Eso no significa que pueda luchar, pero ya es un principio —allí, en compañía de Graine, era posible reconocer abiertamente que todavía tenía que subir la montaña—. ¿Y tú, puedes?

—No lo sé —Graine miró a *Piedra*. Pasó los dedos por su pelaje, levantando el pelo y volviéndolo a bajar de nuevo. Dijo—: Halcón no me dejará ir más allá del arroyo. Él hace caso a Airmid, y ella dice que no debería. Cree que si duermo podría soñar, y que si me levanto y ando no conseguiré dormir. Creo que está equivocada.

—¿Eso crees? No suele equivocarse —Breaca tendió la mano y apartó el cabello de los ojos de su hija—. ¿Halcón es el explorador de los coritanos que estaba ahí sentado en la puerta de tu choza, con la espada desnuda encima de las rodillas? ¿El que le cortó la oreja a Cunomar?

Le había visto y no había pensado nada especial de él, solo que aún tenía las dos orejas, cosa sorprendente. Ella pensaba que la osa se las habría cortado, en venganza por Cunomar. En algún momento, a pesar de la fiebre, estaba segura de haber oído que aquello estaba a punto de suceder.

El joven la había visto entrar en la choza y no dijo nada, solo afirmó como para reconocer su presencia y todo lo que significaba. La sombra de una ampolla de sangre aparecía en su labio inferior, allí donde Valerio le había marcado con un cuchillo, aunque todavía gozaba de aquella belleza fácil, casi arrogante, que resultaba tan evidente cuando servía al procurador romano. Eso no había cambiado, ni las marcas de lagartos azules que trepaban por los tensos músculos de ambos brazos, como prueba de los lazos de su clan y los votos de venganza hacia el fantasma de su padre.

Breaca había matado a su padre. Halcón había cortado la oreja de Cunomar y después tuvo su papel a la hora de entregar a Graine a manos del procurador. Ella no tenía ni idea de si todas esas cosas se compensaban entre sí, a ojos del chico, o no.

Graine dijo:

—Sí. Él y Duborno, los dos, creen que tienen la culpa de… lo que sucedió —las palabras surgían obstinadamente, una tras otra—. Hacen turnos para vigilarme.

Dos hombres haciendo guardia ante una niña que había sido violada por media centuria de hombres. Fueran quienes fuesen, por muy culpables o juramentados que estuvieran, Airmid tenía que haber evitado aquello. Breaca tomó la mano de su hija y la volvió, estudiando las uñas mordidas y los deditos huesudos, y la piel blanca como el mármol, con las venas que corrían por debajo.

Allí no se leía nada. Dobló los dedos y estudió, por el contrario, los rasgos del rostro de Graine. Los ojos grises, del color de las nubes después de la lluvia, le devolvieron la mirada sin parpadear.

—¿Confías en Halcón? —le preguntó.

—Sí. Ha jurado protegerme, su vida por la mía, como si fuera su hermana. Lo hizo arrodillándose, con su espada en ambas manos, ante Valerio y Airmid y Gunovar de

los dumnonios, torturado por Roma. Ellos todavía son soñadores, y le creyeron. ¿Por qué no le iba a creer yo?

«Todavía son soñadores»

Una frase tan sencilla, proferida con tanta calma, tan definitiva. Las manitas yacían tranquilas encima del perro, sujetas a él por un esfuerzo de voluntad. Levantando una, Breaca besó la muñeca con sus venitas azules, notando que el pulso corría bajo sus labios.

Se sentía perdida, buscando una forma de reparar lo irreparable, cuando Graine dijo:

—¿Aún deseas que los dioses te quiten la vida? —lo dijo con un susurro, tan débil que apenas se oía.

—Yo no…

—Sí, lo dijiste. Te oí decírselo a Airmid. Fue antes de que supieran que tenías fiebre, y me sacaron de tu choza —los ojos grises estaban muy abiertos. El autocontrol mediante el cual Graine sujetaba sus manos le estaba abandonando ahora. Sus deditos agarraron las muñecas de Breaca, sin pensar en los lugares donde las cuerdas romanas le habían cortado la carne. Su presión se hacía más fuerte a cada palabra—. No fue culpa tuya.

Eso había dicho Nemain. No resultaba más fácil procedente de los Vivos que de una diosa.

Esperaron, madre e hija, en un lugar que ninguna de las dos había esperado alcanzar tan pronto, o con tan pocas advertencias.

Las palabras no salían. Breaca se soltó las manos y abrió los brazos, y Graine se refugió en ellos con un pequeño grito inaudible. Se agarraron la una a la otra como marineros en el trance de ahogarse en una tormenta que nadie había previsto.

Breaca apretó los labios contra la cabeza de su hija y sopló suavemente, enviando su aliento para cauterizar el dolor, como siempre había hecho cuando la niña estaba enferma o había perdido algo que consideraba precioso. No bastaba, pero dio mucho consuelo a las dos.

Cuando pudo hablar, Breaca dijo:

—¿Me dejarás al menos creer que podría haberte protegido mejor? ¿O enviarte lejos? ¿O sencillamente que, como madre, debí tener el poder para cambiar el mundo y mi corazón se rompe por saber que no pude hacerlo?

—Todavía puedes cambiar el mundo. El ejército te espera para hacer eso, exactamente —las palabras sonaban ahogadas y las pronunciaba directamente contra su pecho.

—Ya lo sé. Y quizá cuando los guerreros estén dispuestos también yo estaré preparada. Mientras tanto, hay que hacer otra cosa. Valerio encontró mi espada, la que me hizo mi padre con la serpiente-lanza en la empuñadura. Si alguna vez soy capaz de volver a luchar, será con ella. La escondió en el bosque el día que fue a detener al procurador. Ahora quiero ir a buscarla. Si Airmid está equivocada y

durmiendo no consigues soñar, ¿vendrás conmigo?

La mirada que vio en el rostro de su hija fue respuesta suficiente. Breaca se dispuso a quitar la túnica que estaba echada a los pies de la cama. Una idea la detuvo.

—¿Te dejará levantarte Halcón si yo se lo pido?

Por primera vez, la sonrisa de Graine tenía algo de la calidez y la sabiduría de una niña que ve cosas que su madre no puede ver. Con exagerada paciencia dijo:

—Halcón solo vive porque tú le dijiste a Ardaco que nadie le matase. De lo contrario las osas le habrían matado, o al menos le habrían cortado las dos orejas. Él te debe su vida y su belleza y lo sabe. Durante el resto de su vida hará solo lo que tú le pidas.

—Entonces le diré adónde vamos, para que él pueda decírselo a Airmid y a Valerio. Hemos de dejar aquí a *Piedra*; todavía no está lo bastante bien para correr junto a un caballo. ¿Crees que puedes pedirle que se quede para que no tengamos que atarlo al poste de la puerta?

III

Los cercados de los caballos se encontraban al oeste, como una ondulación de siluetas púrpura y movibles con los bordes emborronados en la oscuridad. Unos setos de aliaga con las primeras flores rodeaban todos los bordes, abiertos por una esquina y con un ronzal de cuerda sujeto a un gancho que había al lado. Tres potrancas de largas patas esperaban allí, resoplando un aliento blanco en la oscuridad.

Breaca las echó atrás y pasó el ronzal por el cuello de una jaca parda muy resistente que le había regalado a Graine el otoño anterior ala muerte de Tago. Era el caballo más firme que jamás se había visto bajo una silla, enteramente seguro y por tanto adecuado para una niña algo medrosa con los caballos, que se sentía perdida montando los ejemplares de batalla de su familia. Siguió firme junto a la piedra de monta cuando ella levantó a Graine y luego se agarró a la crin negra y subió ella misma por detrás.

Cabalgaron hacia el oeste a un paso estable, en el sol poniente. Breaca tenía un brazo pasado en torno de la cintura de su hija, lamentando la delgadez esquelética de una niña que nunca había tenido las hechuras de una guerrera, aunque siempre había estado muy sana. La pequeña cabeza descansaba en su esternón y ella notaba que su propio corazón rebotaba contra el peso del cráneo de su hija.

Habían sobrepasado los márgenes de los cercados cuando Graine dijo:

—Tenemos que girar un poco hacia el norte por aquí, e ir un poco más deprisa, porque de lo contrario nos perderemos en la oscuridad.

—¿Ah, sí? No estoy segura de que pueda cabalgar más deprisa.

Un fragmento de conversación que había sorprendido resonó de nuevo en sus oídos. «Ir a caballo después de que te azoten no es tan duro como caminar, y las dos cosas son mejores que estar echado en la cama.»

Había oído a Valerio decirle aquello a Cunomar, o a Ardaco quizá. Él sabía de esas cosas. Le habían azotado más de una vez y había ordenado hacerlo a otros hombres, y les había ayudado a curarse después.

Fortalecida por ese hecho, azuzó un poco a la jaca hasta que se puso al trote. Tres pasos más allá, se detuvo. Su hermano tenía razón en parte: era más fácil cabalgar que caminar. Pero cabalgar deprisa no era más fácil.

Con mucho tacto, Graine dijo:

—Tampoco importa si vamos algo más despacio.

—Eso creo. Quizá más tarde podamos volver a ir algo más rápido —Breaca apresuró la marcha y giró un poco hacia el norte. Al final dijo:

—¿Cómo sabes adónde vamos?

—Estaba todavía en tu choza cuando Valerio te habló del dios en forma de toro con la luna entre los cuernos, que vino a verle para guiarle hasta el lugar donde estaba escondida tu espada, y decía que había vuelto a esconderla él mismo después, antes de venir aquí. Tú saltaste de la cama antes de que él acabase de hablar, y le pediste que te prestara su caballo. Y luego te caíste, y ellos te volvieron a llevar a la cama, y entonces fue cuando empezó la fiebre y ellos pensaban que te ibas a morir.

—¿Ah, sí? Se me ha olvidado eso. Pensaba que era una pesadilla, por la fiebre.

—¿Y ahora te acuerdas?

—Sí, sí. Gracias.

El sol ya era como una uña roja recortando el horizonte. Vetas de luz ensangrentada penetraban en la noche incolora. El cabello de Graine era de un negro líquido, enmarcando su rostro. El camino por el que ambas cabalgaban se hacía más difícil de ver a cada pisada del caballo, pero no era imposible del todo.

* * *

Al final llegaron a un claro oval, rodeado por una maraña de espinos y de avellanos recortados por alrededor y a los que se había dejado crecer libremente en el centro, por los dioses de los antepasados y todos aquellos que siguieron tras ellos. Huellas de ciervo conducían hacia el centro, estrechamente, de modo que los espinos arrancaron la túnica de Breaca de la carne destrozada de su espalda. Cabalgar seguía siendo preferible a caminar, pero menos.

La jaca parda se detuvo junto a un roble caído. Breaca desmontó entonces. Sus pies se hundieron en la madera podrida y el olor se elevó a su alrededor, agradablemente intenso. Bajó también a Graine y dejó que ella encabezara la marcha, siguiendo las débiles trazas de un sendero. Desde delante, donde los espinos entrelazados atrapaban la luz, Graine dijo:

—Hay una corriente aquí, más o menos de la mitad de la longitud de una lanza de ancho. ¿Podremos saltar?

Una cosa tan insignificante hizo que se detuvieran. Un mes antes las dos habrían cruzado sin detenerse a pensarlo. Breaca se quedó de pie al borde del agua, escuchando el sonido de la misma y preguntándose si Valerio la habría enviado deliberadamente por aquel camino para probarla. A su manera, era tan duro como la antepasada-soñadora.

Por su parte, Graine dijo:

—Airmid siempre decía que los dioses responden con certezas, no con miedos.

Breaca sonrió.

—¿Acaso parezco asustada? Lo siento. Me preguntaba si querrías saltar conmigo o que te llevase a cuestas. Sería más fácil pasar vadeando —era fácil de imaginar, la

corriente no era muy profunda.

—No. Yo quiero saltar, saber que puedo hacerlo —Graine ya estaba desplazando su peso de un pie a otro, como si la distancia de una orilla a la otra fuese tres veces más ancha—. Iré sola —dijo, y lo hizo de forma poco elegante, cayendo despatarrada en el otro lado.

Breaca la siguió porque no tenía elección. Respirando con dificultad, se agachó junto a su hija. Graine estaba pálida y tenía los puños muy apretados. Breaca dijo:

—¿Te duele?

—No —no cabía discusión alguna ante aquella mentira. Frunciendo el ceño, Graine miró hacia arriba, entre los árboles, hacia el lugar donde la luna llena iluminaba las recortadas siluetas de las ramas. Dijo—: Deberíamos ir rápido. Las nubes cubrirán la luna a medianoche.

—Deberías ir tú delante, entonces. Recuerdas lo que dijo Valerio mejor que yo.

El bosque estaba muy quieto, como si su presencia fuese inusual, algo digno de ser contemplado. Caminaron un poco más a lo largo de la orilla del agua y luego cortaron hacia el interior, siguiendo un camino a través de la espesa maraña de sotobosque hasta otro claro mucho más antiguo con árboles muy viejos recubiertos por costras de liquen formando los márgenes. Allí la corriente se ensanchaba y formaba una pequeña poza, y crecía un avellano justo en la orilla, y sus ramas crecían hacia abajo arrastrando sus largas puntas como dedos a través del agua.

Breaca tomó la mano de Graine y rodeó la poza, y se quedó de pie a la sombra que producía el avellano ante la luna. La corriente pasaba lentamente, filtrada por el musgo. La superficie del agua era un lánguido espejo que reflejaba el árbol y el cielo nocturno. La luna formaba un círculo completo con la liebre en su superficie tan completa que parecía viva: criatura de Nemain hecha real por el agua, que era su dominio.

Llegando por primera vez a aquel sitio, Breaca se atrevió a abrigar esperanzas. Un soñador podía ver el aliento de los dioses en un lugar como aquél. O quizás una niña violada que había perdido sus sueños.

Como conocía muy bien a su hija, supo el momento exacto en que aquello se le ocurría también a Graine. Notó la misma esperanza, aguda y menos restringida, correr por su pequeño cuerpecillo, y luego la decepción dañina y desesperada del retroceso, justo después. Abrió la boca para hablar pero no encontró palabras, y miró hacia abajo, a la blanca máscara que era el rostro de la niña, y se alegró de no haber dicho nada.

Graine encontró su salida. La pequeña y sudorosa mano se tensó en la de Breaca, tirando de ella y apartándola del borde del agua. Dijo:

—La piedra plana de la que habló Valerio está a nueve pasos al oeste del árbol de los dioses. Tendrás que dar tú los pasos. Los míos no son lo bastante largos.

—Ven conmigo. Puedes contar mientras vamos.

Contando en voz alta, se alejaron de la poza hacia los árboles, en el extremo más

alejado del claro. A mitad de camino entre el agua y el bosque se detuvieron. Hojas muertas se arremolinaban a sus pies. Breaca se arrodilló y las barrió con el canto de la mano. Debajo había una placa plana de musgo de un verde grisáceo, más larga que el brazo de un hombre y la mitad de ancha, mostrando dónde se encontraba la piedra, al mismo nivel que la hierba.

El légamo de todo un invierno ligaba los bordes a la tierra por todas partes. Valerio dijo que había usado la hoja de su espada para levantar la piedra. Careciendo de espada, Breaca metió el cuchillo que llevaba al cinto en el terreno más próximo. El hierro rechinó en la piedra, pero el hueco todavía no era lo bastante grande para introducir los dedos. Miró a su alrededor en busca de algo que pudiese funcionar como palanca.

Graine, agachada a su lado, quitó un trozo de musgo de la esquina.

—Hay un grabado en la piedra —dijo.

—¿Ah, sí? —había una rama de espino allí cerca, caída del árbol debido a las tormentas invernales pero todavía lo bastante verde y fuerte. Breaca la sopesó y luego se puso a afilar el extremo con su cuchillo.

—¿Puedes quitar el musgo y ver qué es?

Fue afilando la punta del palo hasta que la densidad del silencio de su hija atrajo de nuevo su atención. Levantó la cabeza y dijo:

—Cariño, ¿qué has encontrado?

—Es un altar antiguo, de los tiempos de los antepasados.

Tenía que haberse dado cuenta. En torno a ellas el bosque seguía silencioso, cuando tenía que haber estado lleno de vida. Un río susurraba entrando en la poza de los dioses y volvía a salir, dejando la superficie inalterada. Negra como el ojo de una liebre, igual de inmaculada y pura, el agua captaba la luna y la sujetaba entre un círculo de árboles tan antiguos, tan claramente habitados por los dioses, que habían resistido incluso a las hachas de los romanos en una tierra que ansiaba la madera.

Lenta y cuidadosamente Breaca dejó su rama de espino medio tallada en la hierba. El vello de sus brazos se erizó y se le puso carne de gallina.

—¿Debemos irnos? —preguntó—. Creo que puedo encontrar un camino más rápido hacia el lugar donde hemos dejado tu montura, que no nos llevará junto a la poza.

Su hija meneó la cabeza.

—No creo que tengamos que hacer eso. Ven y mira el grabado.

Graine tenía las uñas negras. El musgo se encontraba arrancado a puñados en la hierba. La piedra que había cubierto estaba sucia de barro y tierra, formando arcos donde una manita pequeña había intentado limpiarla, y por el contrario había introducido el cieno en las huellas más hondas, de modo que la forma grabada en la piedra sobresalía muchísimo, como si estuviera recién tallada.

Allí, frente a Breaca, en medio del bosque de los dioses, se encontraba el símbolo que la había seguido desde la niñez, a lo largo de las distintas partes de su vida adulta,

como Guerrera de Mona, como la Boudica, como colíder de las tribus con Caradoc, como Breaca de Mona y, más tarde, de los icenos, como Breaca, madre de sus hijas, como la Boudica, posible líder del ejército de guerra. A través de todo aquello la serpiente-lanza había sido su marca. Ahora volvía de nuevo a ella en una piedra cubierta de musgo pero bajo una forma totalmente nueva.

Arrodillándose, pasó un dedo por sus líneas. Una serpiente de dos cabezas se enroscaba sobre sí misma, mirando al pasado y al futuro. A través de ella pasaba una lanza retorcida, uniendo a los dioses con la tierra. Por fuera, la serpiente de dos cabezas y la flecha que la cruzaba se encontraban rodeadas por la más antigua de todas las marcas de los dioses: una línea en zigzag con puntos lunares arriba y abajo que reivindicaban el derecho de ese único signo y lo convertían en mucho más que la simple marca de una guerrera dotada por los dioses, o que el sueño de una antepasada incluso, por muy anciana y sabia que fuese.

Breaca dijo, con voz ronca:

—Es de Briga. La marca y el altar, ambas cosas.

Se sentó acuclillada. El dolor y el cruce de los ríos ya estaban olvidados. La estaca de espino yacía intacta a su lado. Durante años había creído que la marca era suya, que constituía un regalo de la anciana abuela, y la había pintado en su escudo y en sus caballos de batalla, de modo que se había hecho una con el nombre de Boudica. Solo más tarde, el año del nacimiento de Graine, pudo averiguar que perteneció a la antepasada-soñadora mucho antes.

No debía sorprenderle, pues, que antes que a cualquier otra hubiese preferido a Briga, madre de todos los dioses, sustentadora de la vida y de la muerte, diosa de las batallas, del alumbramiento, de la artesanía de los herreros, de la poesía; la diosa que había vivido como la serpiente, en el vértice entre la vida y la muerte, introduciendo la una en la otra, como hacía la lanza en la batalla, como hacía la serpiente, saliendo de una piel a la siguiente, de una vida a la siguiente, dejando atrás la forma fantasmal de lo antiguo.

Como guerrera, como madre, como herrera, Breaca había vivido su vida al cuidado de Briga. Aun así, no había esperado encontrarse tan estrechamente ligada a ella; una soñadora quizá sí lo hubiese estado, pero ella no lo era.

Expulsó el aire entre los dientes.

—Deberíamos irnos.

—No —Graine vino a sentarse junto a ella, tomándole la mano—. Valerio se entrenó en Mona con Luain macCalma y pasó sus largas noches en las cámaras de sueño de Hibernia; seguramente sabía lo que era, y no pensó que fuera poco seguro cuando necesitaba un lugar donde ocultar su arma. Creo que deberías levantar la piedra.

El extremo afilado del palo de espino destacaba, de un blanco verdoso, a la luz de la luna. Breaca lo introdujo en el extremo mas largo de la piedra y usó la empuñadura de su cuchillo clavado en la tierra como palanca. Resistiéndose al principio, y luego

con mayor facilidad, el altar de piedra de Briga se elevó de la tierra.

Madre e hija trabajaron juntas para soltarlo. Graine se puso de pie en el extremo de la palanca, y Breaca se desplazó al extremo más alejado para subir el lado más largo, esforzando sus doloridos músculos contra el peso muerto hasta que se levantó más del punto en que la tierra volvía a atraerlo hacia sí y pudo levantarlo por uno de los lados, equilibrándolo con la base de la palma.

Debajo se abría una cavidad oscura. El aire que desprendía era húmedo, con olor a tierra y acre por el hierro forjado. Graine se echó de bruces en la tierra y fue tocando hasta allí donde se atrevió, y sacó las manos llenas una y otra vez. Uno tras otro, extrajo cinco paquetes largos y estrechos, cada uno de ellos envuelto en tela aceitada y corteza de abedul enrollada, y atados con unas correas hechas con pellejo de toro rojo. Los colocó en fila en la hierba. Llevaba una mancha de barro en la sien, como un beso de la diosa.

La cercanía del hierro era vertiginosa, el olor a óxido y a metal en crudo y las canciones de forja y batalla que portaba consigo. Breaca apoyó el altar de piedra en su rodilla y tomó el paquete que le pertenecía, desatando luego las correas de piel de toro. La tela aceitada todavía no estaba tiesa ni mohosa a pesar del tiempo transcurrido bajo tierra. Se desenrolló entre sus dedos y apareció un hierro brillante de la anchura de una mano a la luz de la luna.

Ella necesitaba tener las dos manos libres. Bajó el altar de piedra hasta el suelo. Con el mismo cuidado que habría mostrado con Graine en su primera infancia, quitó el resto de la tela de la hoja que había forjado su padre, aquel regalo para la niña que se hacía mujer, y que era su hija.

Eburovic había forjado el hierro y lo había golpeado durante días y días, adecuando la longitud y el peso a la mujer que sería algún día. Más tarde forjó también la serpiente-lanza en bronce para el pomo, sabiendo solo que Breaca había visto aquella marca en los sueños de sus largas noches y que debía estar en su espada.

La espada que adornaba la marca de Briga era mucho más vieja que ninguno de los hijos de la Boudica, o que sus amantes, excepto Airmid, que siempre fue la primera. Breaca la había llevado en la batalla durante casi veinte años antes de que se transformase en parte de ella, tan necesaria como el músculo y los tendones y los huesos de su cuerpo.

Llegó a su mano como un ser vivo y quejumbroso. Le picaba la cicatriz de la mano, y luego le ardía, y ella dio la bienvenida a aquel dolor como habría dado la bienvenida al suave mordisco de un amante, un gesto agudo y familiar que prometía más, si era capaz de enfrentarse a ello e igualarlo.

Ella no estaba segura de poder. La pasión que faltaba en su curación era exactamente la parte de sí misma que antes más anhelaba luchar. Incluso en aquel momento temía conocer la plena medida de lo que había perdido.

Desde su lugar en el altar de piedra, Graine dijo:

—Los dioses responden con certeza, no con temor.

Breaca se puso de pie y dejó que su mano colgara a su costado sujetando el peso de la hoja, y levantó la espada una y otra vez. Movió los hombros para desentumecerlos. Y entonces, bajo la luna de Nemain, junto al altar de Briga, que gobernaba la batalla y la muerte, solo con su hija como testigo, Breaca de los icenos, la que llevaba la victoria a su pueblo, se dispuso a comprobar los verdaderos límites de lo que podía hacer.

* * *

Después, no supo exactamente cuándo, fue consciente de que había otros ojos vigilándola, aparte de los de Graine. Primero notaba una sensación de vacío que era la mirada de los dioses y luego se volvió menos vacía, de modo que hizo lo que pudo para estirarse más y dar unos mandobles más limpios, y llevó su aliento y su cuerpo roto más lejos de lo que había hecho hasta aquel instante.

Aun así, llegó un momento en que tuvo que detenerse. Había hecho la última parada, golpe y contragolpe, y dejó que la punta de la espada cayese lentamente hasta tocar la tierra cenagosa.

Enfrentándose al lugar donde esperaba la menos-vaciedad, dijo:

—Si no estoy preparada para dirigir al ejército, ¿lo harás tú en mi lugar?

Era un albur y un riesgo el que corría al hacer aquella pregunta, y hubo una larga y sudorosa espera antes de que se demostrara que tenía razón.

—Todavía no ha llegado el momento —dijo su hermano—. No tenemos necesidad de discutirlo.

* * *

Su hermano, Valerio, oficial de la caballería romana, que en tiempos fue Bán de los icenos. Su último recuerdo claro de él era en el suelo, él montado en el caballo al que llamaban *Cuervo* y hablándole en un latín centelleante al procurador romano que yacía a sus pies. Momentos después había matado a aquel hombre con su caballo. En la mitad de sus febriles sueños había aparecido la rabia implacable de aquel asesinato.

Él estaba ahora de pie bajo la luz calma del claro, y ella le miraba con atención por primera vez. Era más alto de lo que recordaba, y más delgado, pero no tan demacrado como en el barco de la Galia, cuando ella quiso matarle. Llevaba el cabello largo para un romano, pero corto para los icenos, y no se había hecho la trenza de los guerreros a un lado, aunque podría haberlo hecho. Vestía un manto iceno encima de una túnica romana, y la espada que portaba al cinto se la había hecho él mismo, más corta y más

esbelta que la enorme espada del guerrero iceno, pero más larga que las espadas de la caballería auxiliar de su pasado legionario.

Tenía los ojos negros, como siempre, pero mucho menos turbados. Era un hombre atrapado en la línea divisoria entre dos mundos, pero no parecía angustiado por ello. Recordó que se había entregado a Mitra, dios oculto de las legiones, así como a Nemain.

El dolor de su espalda había disminuido. Ella levantó la espada.

—¿Te enfrentas conmigo? Así puedo averiguar si moriría o viviría en combate.

Era una oferta que iba medio en broma medio en serio. Valerio le dirigió una sonrisa con demasiados matices para descifrarlos todos. Sacó la espada muy rápido, antes de que ella estuviera preparada.

Ella hizo girar su propia espada hacia arriba para bloquear la de él, y se preparó para el dolor del impacto, pero él ya se había alejado, con el hierro relampagueando azul a la luz de la luna, un pez que se retorcía y pinchaba con su espada remolona y se alejaba danzando, y volvía a incitarla una y otra vez, una y otra vez, cada vez más rápido, demasiado para seguirlo, hasta que ella se olvidó de sí misma y de su dolor y levantó su propia arma con ambas manos y la dirigió hacia abajo, hacia la cabeza del guerrero, chillando su nombre como si estuvieran en combate:

—¡Valerio!

Él paró su estocada con dureza, cruzando su hoja con la de ella, de modo que la sacudida le corrió desde las muñecas hasta los brazos y luego los hombros y hasta la carne maltratada de su espalda. Se detuvo de repente y se quedó quieta, rechinando los dientes y jurando en voz alta. El sudor corría por su cuerpo, igual que cuando tenía fiebre. El sonido de su aliento rebotaba ronco entre los árboles.

—¿Qué tal?

Breaca levantó la cabeza. Su hermano respiraba un poco más rápido que antes, pero no había empezado siquiera a sudar. La estudió y no dijo nada, solo levantó una ceja, secamente.

—Si recuerdas no levantar nunca tu espada así, sin un guerrero como escudo a cada lado para protegerte los flancos, serás muy capaz de dirigir el ataque. Si te olvidas, cualquier recluta recién llegado con una jabalina te traspasará y tu guerra de liberación habrá terminado antes de empezar. ¿Crees que te acordarás?

—Quizá. Si no tiene lugar nada más que me distraiga. Pero eso no cambia el hecho de que todavía no estoy recuperada para dirigir a un ejército en la batalla. Tú estás en perfecta forma. Conoces a los romanos como nadie, y has conducido a más hombres a la victoria que nadie. Tú eres quien debe hacerlo, está claro.

—¿Yo? —Valerio se dejó caer sentado de repente, doblando las piernas. Volviéndose hacia la poza de los dioses, dijo—: ¿Graine? Tenemos casi cinco mil guerreros sin experiencia que se han reunido en nombre de la Boudica. ¿Crees que debería dirigirlos yo, si tu madre no está en forma? ¿Qué diría tu hermano Cunomar si yo hiciera tal cosa?

Breaca vio que su hija se adelantaba y se sentaba a su lado con aire de confianza y de seguridad, como si viese en él solo al soñador de Nemain entrenado en Mona, y no al otro, a su otra mitad, que era romana.

Graine dijo:

—Cunomar recuerda bien la profecía que la antepasada soñadora le hizo a nuestra madre: encuentra al guerrero con ojos y corazón de soñador que les dirija, y vencerás. La visión mostraba a un guerrero que dirigía la carga final contra Roma. Mi hermano quiere ser ese guerrero. Siempre lo ha querido. Y luego llegaste tú, que no solo eras el hombre que abandonó a su padre en la Galia, sino un guerrero y soñador, y hermano de la Boudica… y le salvaste la vida. Él te lo debe todo, y tú eres todo lo que él siempre ha querido ser. ¿Cómo no va a odiarte? Odiándote, ¿cómo podría seguirte como líder?

Valerio levantó la vista. La ironía y el humor habían desaparecido.

—¿Breaca?

Ella se tomó un tiempo para meter la espada en su funda y envolver las tiras del cinturón en torno a ella.

—Me había olvidado de eso. Lo siento. Parece que he olvidado muchas cosas importantes… —sus manos y el pomo de su espada estaban bañados en sudor. Secó la serpiente-lanza con la manga de su túnica, de modo que el metal volvió a adquirir la suavidad mate que su padre le había dado.

Al cabo de un rato, como nadie hablara para llenar el silencio, Valerio se levantó y fue a arrodillarse ante el altar de piedra, y el agujero que estaba debajo. Se inclinó como lo había hecho Graine, de modo que la parte superior de su cuerpo quedaba oculta, pero escarbó mucho más hondo, clavando los dedos en la tierra del suelo, en el agujero que había encontrado Graine.

Apareció al cabo de un rato y se sentó con la cabeza inclinada hacia el envoltorio de abedul y piel de toro que había sacado. Su perro era visible a su costado entonces, y siguió siéndolo después, todo el rato, aquel perro de sueño que había sido *Granizo* y que todavía seguía siendo *Granizo*, aunque ya no vivo.

—¿Podrías venir conmigo más cerca de la poza? —dijo—. Quisiera que Nemain también fuese testigo de esto.

Breaca todavía estaba sumida en sus recuerdos de Cunomar y su ambición. Mientras estaba allí sentada y Valerio empezaba a desenvolver las correas de piel de toro, consagrado a Mitra, y de abedul, consagrado a Nemain, ella todavía no tenía ni idea de qué era lo que iba a sacar.

Entonces él aplanó la tela y se echó hacia atrás y apareció una espada distinta y nueva a la luz de la luna: la de su padre. No la espada rápida y ligera que había hecho para él, sino la de Eburovic, la gran espada de guerra de sus antepasados, transmitida hasta él a través de un linaje de guerreros, pasando de padre a hija y de madre a hijo desde que los icenos empezaron a existir.

Era más larga que su propia espada, una mano más, y más ancha por la empuñadura, y el equilibrio era distinto: no se trataba de una hoja fácil de usar, pero

era letal en las manos adecuadas. La forma del pomo era la osa amamantando que había sido el sueño de Eburovic mucho antes de que Ardaco de los caledonios trajera el culto de la osa desde el frío norte a las tierras orientales de los icenos.

Breaca la miró, sintiéndose vacía. Quería sentir algo pero no podía, solo pensaba que no había oído ninguna advertencia, ni la canción de la hoja ni la voz de su padre, y ambas tenían que haber estado allí.

Dijo:

—¿Valerio? ¿Cómo has conseguido esto? Estaba oculta y fuera del alcance de cualquier hombre.

—Eburovic me condujo hasta ella. Es decir, su fantasma lo hizo, y no tuve tiempo de preguntarle…, ¿cuándo murió, Breaca? ¿En las guerras de la invasión, con Macha?

—Murió en la batalla durante la cual te arrebataron de nuestro lado.

Ella había olvidado que él no podía saberlo, que gran parte de su propia historia faltaba en su vida. Le vio asumir aquel hecho y encajarlo en el patrón de sus pérdidas.

Con más tacto, dijo entonces:

—¿Te ha entregado a ti la espada de los antepasados? Eso cuadraría. Te educó como si fueras su propio hijo, y sentía como si lo fueras. Con esa espada puedes dirigir el ejército de guerra y sentirte muy honrado por ello.

—Gracias, pero no. La espada y el liderazgo que va con ella creo que son para otra persona.

Miró un momento el disco de la luna en la poza y presionó con el nudillo de su pulgar en su esternón. Muy cerca, una cría de lechuza chilló llamando a sus padres, y éstos le respondieron.

Valerio dijo:

—El espíritu de tu padre (de nuestro padre) me dio la espada para que la guardara solo hasta el momento en que me pidiera que la entregase. Todavía no me ha dado señal alguna de a quién debo entregársela, pero vamos hacia una guerra que nos apartará de las tierras icenas. Si la dejamos enterrada aquí, quizá no volvamos nunca. Creo que ha llegado el momento de que tenga un nuevo dueño, que sepa cómo usarla y que tenga el derecho a usarla. Yo no quiero dirigir tu ejército. Con esta espada como regalo, Cunomar puede alcanzar el liderazgo de…

—No.

Graine y Breaca lo dijeron al unísono, con una sola voz.

La cría de lechuza volvió a chillar, como para subrayar su negativa.

En la quietud que reinó después, Valerio preguntó:

—¿Por qué no?

«Si mi nieto empuña alguna vez mi espada, seguirá después la muerte de los icenos. Confío en que procures que eso no pase nunca.»

Breaca no había querido decir aquello con la voz de su padre, pero salió así, haciendo eco por encima de la poza de los dioses.

Con su propia voz dijo:

—El espíritu de Eburovic habló cuando escondimos las espadas. Cunomar estaba allí; él lo oyó tan claramente como cualquiera de nosotros. Uno de los motivos de su pena es que nunca empuñará la espada de su abuelo. Si intentases dársela, la rechazaría.

—Y probablemente pensaría que estoy tratando de atraer la ruina hacia toda la nación icena, cosa que difícilmente conseguiría mejorar la confianza que me tiene. Ya veo —Valerio se apretó los dedos largos y delgados sobre los ojos. Un rato después, con voz hueca, dijo—: No sé entonces qué es lo que habría querido tu padre. No le oigo decir nada ni a él ni a los dioses, excepto que hay que esperar hasta que su deseo quede claro. Mientras tanto…

Sus manos se habían apartado del rostro. Tenía los ojos de un extraño color ambarino. Con una voz muy distinta, dijo:

—Mientras tanto, hay cosas más urgentes que debemos considerar, y quizá no vivamos lo suficiente para considerarlas. Hay fuegos ardiendo al este.

Breaca se volvió igual que se había vuelto él, y miró hacia el lugar donde antes estaba la luna y donde tenía que haber negra noche y sin embargo una pálida, parpadeante luz se reflejaba en un cielo hirviente.

La aurora había llegado temprano; muchas auroras, ella podía contar al menos cuatro fogatas pequeñas más allá de la primera y mayor, cuatro columnas de humo que se volvía blanco y negro a un ritmo regular.

Dijo «Cunomar», porque no podía ser nadie más, y luego:

—Ha atacado uno de los puestos de vigilancia y ha puesto en marcha las señales en cadena.

Valerio dijo entonces:

—Tenía prohibido atacar la Novena en el norte o la ciudad de Camulodunum, al sur. No habíamos pensado que los llevara a los dos hacia nosotros a la vez.

En resumen, su hermano se dejaba leer con facilidad: a la ira en estado puro siguió la frustración, y ambas dejaron paso a su vez al humor seco y sardónico que era su respuesta a la mayoría de las cosas, excepto que aquella vez lo coloreaba un atisbo de asombrada admiración.

Valerio silbaba con lentitud y se pasaba la lengua por los dientes. Dijo a Breaca, pensativo:

—No podemos permitirnos quedar atrapados entre el martillo de la Novena y el yunque de Camulodunum. Sin embargo, el centurión a cargo de la ciudad acaba de perder tres cohortes de combatientes en las guerras occidentales, así que no intentará hacer marchar a sus veteranos contra nosotros hasta que sepa a qué atenerse. Lo que hará, tan pronto como haya luz diurna, es enviar mensajeros al norte a toda velocidad, a la Novena legión, pidiéndoles que nos ataquen por la retaguardia. Si pudiéramos interceptarlos, habría una forma de convertir eso en una victoria —su mirada la examinó de hito en hito—. ¿Podrías hacerlo?

—No —el sudor todavía estaba húmedo en su rostro por la lucha—. Ya hemos

hablado de esto. No puedo montar a caballo más rápido que al paso, ni sujetar una espada durante el tiempo de una batalla entera. Aún no estoy preparada para dirigir al ejército al combate.

—Ya lo sé. Pero tengo una idea, y si funciona, no habrá una batalla plena. Lo único que tendrás que hacer será matar a un mensajero ante todo el ejército, de modo que ellos crean que te han visto luchar. Yo estaré allí, yo lo haré venir y si es necesario lo sujetaré para que tú lo mates. ¿Confías en que pueda hacer eso y mantenerte a salvo?

Él lo preguntó con ligereza, aquel hermano a quien ella había intentado matar una vez. No lo había hecho antes, solo le había ofrecido sus servicios hasta el fin de sus días. En los ojos de él se dibujaba una duda que ella no había visto antes.

Breaca tomó las manos de él entre las suyas. Allí cerca, las lechuzas cazaban y una musaraña murió de forma estridente. Sin el menor atisbo de ironía, ella dijo:

—Valerio de los icenos, yo te confío mi vida.

IV

Valerio detuvo al mensajero. Breaca lo mató.

Las juncias ondularon sobre la cara del muerto, empujadas por el viento del amanecer. Una bandada de gansos lloró su muerte débilmente, ecos desamparados que resonaron en el cielo gris. Donde yacía el hombre, al borde del pantano, el aire primaveral era fresco por la esperanza de la libertad. Hacia el este, donde ardían en rescoldo las torres de vigilancia, un humo grasiento manchaba el horizonte, transmitiendo el hedor de los cuerpos carbonizados en el viento.

Valerio bajó el cuerpo del caballo, cuidando de no romper el sello en la bolsa del mensaje. El mensajero era joven y su cara ya no mostraba miedo; había creído que Valerio era un amigo, por el manto rojo que llevaba y la pluma de oficial en su casco y su latín cortés y tranquilizador de soldado que le ofrecía seguridad y una ruta mejor más allá de las húmedas tierras pantanosas con la marisma a un lado y el bosque en el otro y solo un camino abierto y sin protección para que pasara por él un hombre a caballo.

Se sentía aterrorizado porque cinco de sus compañeros habían muerto bajo las hondas de Duborno y los venablos de osa de Ardaco, y estaba solo y necesitaba una cara amiga. Dándole la bienvenida con alivio, no supo que la muerte estaba cerca hasta que ésta le reclamó. Su alma partió rápidamente atraída hacia la libertad por los gritos de los gansos.

Detrás, casi cinco mil guerreros de los icenos, y unos cuantos entre ellos procedentes del norte como los caledonios y del sur como los durotriges, salían del bosque. Su línea se extendía desde los pantanos hasta el horizonte lejano, resplandor de espadas, lanzas y escudos redondos y pintados, y de vez en cuando el brillo de una cota de malla o una armadura de legionario robadas a otros hombres muertos de Roma.

Eran tan diversos como cualquier otro grupo de guerreros: tenían el cabello rubio dorado y bronce, y de vez en cuando alguno oscuro, como un recuerdo de los antepasados, y trenzado muy arriba en las sienes, suelto, sin ornamentos, para demostrar que no habían matado todavía en batalla. Muy pocos portaban casco. La Boudica no lo llevaba, nunca lo había llevado, y ellos se habían reunido en su nombre, habían respondido a su llamada, aferrándose a la creencia en su inmortalidad, aunque los rumores hablaban de su enfermedad y de que se hallaba próxima a la muerte.

Pero no estaba muerta. Había matado a un hombre limpiamente a plena vista de todos ellos, invirtiendo con un solo golpe sus esperanzas desvanecidas de los últimos trece días. Aquel golpe quizá careciese de la brillantez que siempre había distinguido a

la Boudica de la gran masa de los guerreros, pero había pocos entre los que miraban que tuviesen la experiencia suficiente para comprender la diferencia entre lo vulgar y lo realmente grande, y muchos menos aún que pudieran distinguir algo semejante en el relámpago de un cuchillo a través de la garganta de un hombre.

Valerio era uno de esos pocos, pero ya había visto todo lo necesario en su breve combate junto a la poza de los dioses. Los detalles de aquel momento quedaban en privado entre ellos, compartidos solo a grandes rasgos por aquellos de su círculo más íntimo que sabían ya la realidad de lo que podía hacer Breaca y lo que no podía hacer, que era casi todo.

El desafío para todos ellos era encontrar una forma de mantenerla viva hasta que pudiera volver a ser de alguna manera lo que fue, o quedase bien claro que jamás volvería a serlo. Todavía no habían hablado abiertamente de ese tema.

Los guerreros de la hueste, que vieron exactamente lo que se les quiso enseñar, permanecían en silencio al principio, en honor al muerto, y a aquella mañana que era un don de los dioses, y al derramamiento de sangre que señalaba el inicio de la guerra por la cual se habían reunido y entrenado. Entonces, una mujer entre ellos alzó su espada en una mano y el escudo en la otra y empezó a cantar el canto de la Boudica, que los más veteranos habían oído por primera vez a las orillas del gran río, en el momento de la invasión de las legiones, y los más jóvenes solo habían oído cantado en voz queda, en secreto, durante los años transcurridos desde entonces.

El sonido fue aumentando y aumentando y se extendió por todo el pantano, silenciando al viento y los gansos, y se convirtió en un rugido que podía incluso llegar al norte, a la legión Novena y al sur, a los veteranos de Camulodunum, y al oeste, al gobernador romano de Britania en su asalto a Mona y a todo lo que era sagrado.

Cuando fue disminuyendo, Breaca dijo a Valerio:

—Debería hablarles. ¿Podrías encontrar una forma de ayudarme a montar en el caballo? Sería más fácil desde allí.

El caballo del mensajero era un ruano color fresa pálido, entrenado para quedarse allí donde hubiese caído su jinete. Seguía firme mientras Valerio se arrodillaba a su lado y extendía su manto de oficial, y se quitaba el casco con deliberada ceremonia y ofrecía su rodilla a Breaca para que montase, de modo que pareciese a los guerreros que les observaban que lo habían preparado todo de antemano para demostrar que Roma debía arrodillarse ante la mayor fortaleza de la Boudica.

Todos lanzaron vítores al ver aquello, y le dieron tiempo para recuperar el aliento.

Montada ofrecía mejor aspecto; siempre había luchado mejor a caballo. El sol de la mañana incidía en el cobre de su cabello y lo iluminaba, de modo que aunque tenía vetas grises y estaba lacio por el sudor de las fiebres antiguas, y la niebla amortiguaba los colores y el caballo que tenía debajo era también pálido, brillaba tal y como esperaban los que la contemplaban.

Lo que siguió no estaba preparado en absoluto, pero todos aquellos que cuidaban de Breaca ya habían imaginado algo por el estilo y habían rezado para que ello fuese

posible, hallándose dispuestos a actuar si lo permitía el momento.

Por tanto, Airmid levantó la torques de los icenos, que se había salvado del botín del procurador, y se la puso al cuello a Breaca, de modo que también reflejase el sol y resplandeciese, dorado, marcándola como persona real y, más aún, le prestase la fuerza de su linaje. Ardaco le entregó un escudo nuevo pintado con la marca de la serpiente-lanza en rojo sobre el azul iceno, y Valerio le pasó la espada con el pomo de serpiente-lanza que habían recuperado del altar de Briga.

—¡Guerreros de la hueste, vosotros que os habéis reunido en nombre de la victoria…!

No podía ser oída por los cinco mil, nadie lo esperaba, pero ella envió sus palabras para que llegasen hasta los juramentados, los líderes de lanza, los jefes de clan, que estaban delante, en las líneas de vanguardia de la hueste guerrera, y se podía confiar en que ellos repitiesen ese mensaje, palabra por palabra, a sus seguidores.

—Como sabéis, los legionarios de la Vigésima han recibido órdenes de salir de Camulodunum y están marchando hacia el oeste para ayudar en la guerra del gobernador contra Mona. Ha llegado el momento de atacar la ciudad que Roma considera su capital en nuestra tierra. Solo hemos de librarnos primero de la legión Novena; los legionarios que esperan en sus fortalezas orientadas hacia el norte se moverán rápidamente para atacarnos a la primera señal de insurrección…

Era mejor de lo que podía esperar Valerio. Él retrocedió y se apartó del caballo, y escuchó a una mujer que apenas era capaz de luchar una batalla completa y sin embargo hablaba de dirigir a cinco mil guerreros sin entrenar a la guerra y a la victoria, como si las dos cosas fuesen seguras; que, mejor aún, era capaz de reducir a unas pocas frases afiladas y llenas de sentido divino los argumentos que les ocuparon la mitad de la noche anterior, y hacer que sonasen como si fuesen una política muy planeada, como si el acto de locura de Cunomar, y los riesgos que de éste habían derivado, formasen parte de una estrategia que se había puesto en marcha meses, incluso años antes.

—… mi hijo Cunomar, que ha tenido el honor de asestar el primer golpe de esta guerra…

Ella extendió su brazo y Cunomar vino a situarse de pie junto a su madre, un joven alto, esbelto, que parecía más alto aún por el cabello que sobresalía de su cabeza el ancho de una mano, emplastado de cal. Solo portaba un cinturón de piel en el que sujetaba su cuchillo, y las marcas de la osa estaban recién pintadas en su cuerpo. Incluso para aquellos que conocían el estilo del culto a la osa, parecía un ser aparte, nuevo y diferente, o posiblemente muy antiguo, cosa que valía mucho más aún.

La pérdida de la oreja formaba parte de aquella diferencia. Ya no era hermoso, como cuando Valerio le había conocido en Roma y la Galia. Entonces era un niño amargado, torpe, que vivía a la sombra del genio de su padre, luchando siempre por emular su leyenda, sin atenerse a la realidad. Su belleza era de ese tipo frágil que adornaba tanto los salones romanos, de modo que solo aquellos que le deseaban lo

mejor podían decir que había una promesa de fuerza en su interior.

Valerio no era uno de ellos, y el paso de Cunomar a la edad adulta fue la primera de las varias sorpresas que le habían saludado a su regreso entre los icenos.

El joven que se había enfrentado a él en las reuniones del mes anterior, que acudió la noche antes al círculo del consejo apestando a humo y a victoria ya no era el niño al que tanto compadeció en una playa de la Galia.

La voz con la que habló hasta el amanecer ya no era estridente: poseía la arrogancia de la juventud, aunque era el claro producto del entrenamiento de Mona, tallada con la claridad de la retórica. Más aún: en algún lugar de las duras montañas y las cuevas de los caledonios, los ancianos de la osa habían enseñado a Cunomar a tener paciencia y una tranquila y orgullosa dignidad que daba peso a sus palabras, mucho más del que correspondía a sus años.

Ahora estaba en pie junto a su madre, frente a cinco mil guerreros, muchos de ellos una década mayores que él, y aquella misma dignidad hacía que ostentase la desfiguración de sus heridas como si fuesen honorables cicatrices; la oreja que le faltaba florecía en su fealdad en el costado de su cabeza y su espalda era un revoltijo de cicatrices a medio curar, que nunca acabarían de sellar limpiamente, y aun así, no había ninguno entre aquellos que le miraban que no le hubiese deseado como hijo o como amante.

—…hemos languidecido veinte años bajo el gobierno de Roma, se nos ha prohibido entrenar a nuestros guerreros en las artes marciales. Por tanto, debemos encontrar formas de enfrentarnos a ellos que permitan a los jóvenes que están entre nosotros aprender de los más curtidos en la batalla. Y por encima de todo, no debemos enfrentarnos a una batalla total. Si les damos tal ventaja, provocaríamos nuestra propia destrucción, y nosotros…

Valerio cerró los ojos y dio las gracias a sus dos dioses. Esa fue la parte más dura de toda la noche: sentarse en presencia de Cunomar y su victoria humeante y decirle una y otra vez: «La Novena está delante de nosotros, Camulodunum detrás. No podemos permitirles que nos ataquen por los dos lados, y no podemos, no debemos intentar llevarles a la batalla plena. Todavía no estamos preparados. Nunca lo estaremos».

Muy tranquilo, Cunomar había dicho:

—Somos casi cinco mil, la fuerza de una legión que aumenta día a día. Pronto les superaremos en número.

—Y podríamos ser diez mil, o veinte mil, y aun así perderíamos. Nosotros no tenemos la fuerza de una legión, somos cinco mil guerreros mal armados y peor entrenados, que luchan por historias de glorias pasadas. Eso es lo que mejor hace Roma. Para eso son las legiones, se entrenan para ello desde el primer día de su reclutamiento hasta el último día, antes de retirarse: para permanecer en línea con sus escudos unidos y sus *gladii* en los huecos entre ellos, y caminar y pasar por encima de los cuerpos de aquellos enemigos lo suficientemente ilusos como para pensar que

pueden romper un muro de escudos romanos. Incluso cuando hay guerra civil, sus generales hacen todo lo posible para evitar que una legión se enfrente a otra. Atacarles con algo menos es un suicidio. Mientras viva, no permitiré que tal cosa ocurra.

Valerio estaba cansado, atrapado todavía en las sensaciones de la poza de los dioses, porque de lo contrario no habría dicho esto último. Cunomar no le había desafiado al oírle, ni le había exigido un combate a muerte, solo le había mirado impasible desde el otro lado del fuego y se había tocado con un solo dedo el lugar donde le faltaba la oreja. Aunque Graine no se lo hubiese dicho antes, Valerio habría sabido en aquel momento que él era su enemigo, y lo habría lamentado profundamente del mismo modo.

No había tiempo entonces para rehacer y arreglar una relación que se había deteriorado, ni tampoco había tiempo, ante la hueste de guerra, de cuestionar la sabiduría de la Boudica, mientras ella extendía su otro brazo y decía:

—… tal cosa solo la puede hacer mi hermano, Valerio, que en tiempos fue Bán, hijo de Luain macCalma, Anciano de Mona, que le envió de vuelta con nosotros para que nos ayude contra Roma.

No tenía otra elección que acudir a su lado, quedarse allí de pie con su casco romano en una mano y la cota de malla brillando al sol, y dejar que los guerreros reunidos se fijasen en el contraste entre el hijo de la Boudica, con su desnudez gloriosa y sus heridas, y su hermano, antiguo enemigo que, casi el único de todo su consejo, estaba intacto y no había sufrido daño alguno por los ataques romanos.

Nadie le arrojó una lanza, y eso estuvo bien. Muchos se volvieron abiertamente para escupir contra el viento, y muchos también hicieron la señal contra el mal de ojo. Él podía haber retrocedido, pero entonces acudió Cygfa, sin que nadie la invitara, y se colocó a su lado, y el humor de la hueste cambió de nuevo al verla. Más que el propio hijo de la Boudica, su hija mayor les era bien conocida a todos ellos, y lo que le habían hecho también.

Ella le sonrió con evidente calidez, como si fuera un amigo de verdad, cosa que representaba una experiencia totalmente nueva. Mientras tanto dijo:

—Haz lo que yo.

Y empezó a desabrocharse el cinturón.

Él hizo lo que ella le decía y escondió su sorpresa cuando, en un gesto tan cargado de significado como ningún otro en aquella mañana, Cygfa sacó su espada y se la entregó, intercambiándola con la de él.

La multitud aprobó aquel hecho, si no entusiasmados, al menos sin la fría desconfianza de antes.

Aquello bastó. Se separaron y fue Cunomar aquella vez quien encontró una forma airosa de ayudar a desmontar a su madre.

Solo con Cygfa y los ojos de la hueste por todas partes, Valerio dijo:

—¿Por qué has hecho eso? Tienes tantos motivos para odiarme como el propio Cunomar.

Ella inclinó la cabeza.

—Pero yo no quiero dirigir el ejército. Y quiero que me dirija alguien que comprenda a qué nos enfrentamos. Amo a mi hermano, y le respeto como guerrero, pero todavía no está preparado para dirigirnos a la victoria contra las legiones.

Valerio dijo:

—Breaca lo hará.

—Quizá.

Cygfa era hija de Caradoc, y llevaba su sello mucho más que el propio Cunomar. Su cabello era del color del sol en el cielo de mediodía, y sus ojos del gris del acero nuevo. No había nada oculto en ellos. Sentía dolor, y lo había sentido, y lo seguiría sintiendo, pero éste se hallaba completamente anulado por la fuerza de su odio.

Dijo:

—Te vi luchar en la playa de la Galia —como si aquello respondiese mucho más de lo que preguntaba.

La Galia: el país donde su padre vivía en el exilio, la tierra de la cual Valerio había huido, ocupando el lugar de Caradoc en el barco.

Él dijo:

—Creo que es mejor olvidar la Galia.

—Precisamente por eso nunca lo será —la mirada de ella no era amable—. Tú estabas medio borracho y podrido hasta la médula por el odio a ti mismo. La mitad del tiempo ibas montado en un caballo que no habías visto nunca antes, y llevabas a un niño agarrado a la espalda, y aun así, luchabas como si los dioses guiasen tu espada. Breaca lucha también así, cuando tiene el corazón empeñado en ello. Mi padre pudo hacerlo una vez, antes de que los inquisidores del emperador lo rompieran. Nunca lo he visto en ninguna otra persona. Dicen que eres un soñador entregado a Nemain, pero creo que primero eres guerrero, y que naciste para ello. Has vivido con las legiones y les conoces como nadie, y ahora estás aquí, trayéndonos todo ese conocimiento para que podamos usarlo contra ellos.

—Tú confías en que no os traicionaré —dijo él, maravillado—. Hay muy pocos en la hueste que piensen como tú.

—He visto hasta qué extremos puedes llegar para mantener un juramento. Eso también forma parte de la Galia.

El caballo de ella estaba allí, el potro zaino que él había empezado a ayudarle a entrenar. Ella montó limpiamente y lo volvió de cara a él.

—Si no te necesitásemos tanto podría odiarte, pero Roma acapara todo mi odio. Haré lo que debo hacer, apoyaré a quien debo apoyar, para librar a mi tierra de ese mal. Después quizá pueda odiarte. Si estoy viva para hacerlo. Si tú estás vivo para recibirlo.

Hizo el saludo del guerrero para que todos los que miraban lo vieran y dio la vuelta a su caballo, alejándose de él.

Valerio contempló el lugar donde ella había estado durante largo tiempo antes de

romper el sello del mensajero y leer el mensaje de Camulodunum al legado de la Novena legión.

Al final, como nadie fue a molestarle, buscó y encontró el pergamino y la tinta de repuesto que siempre llevaba todo mensajero en su bolsa, se arrodilló en un trozo de hierba limpia y empezó a escribir.

* * *

El mensajero se encontraba en el borde del camino, ahora completamente desnudo, como los dioses le hicieron. Cunomar y una guerrera de las osas le ataron piedras a los codos, rodillas y vientre y lo levantaron y lo balancearon de lado. El pantano engulló su cuerpo, absorbiéndolo hacia un frío y tranquilo descanso.

Valerio escuchó con atención buscando ayuda en los débiles sonidos del chapoteo mortal, y ofreció las plegarias necesarias a sus dos dioses, que prosperaban en la estela de los muertos, y podían ser oídos más fácilmente en ella.

Un caballo se movió junto a él, nervioso. Una sombra cruzó su camino. Sin volverse dijo a su hermana:

—Lo has hecho muy bien. Son muy distintos cuando estás con ellos. Si yo no vuelvo…

—Decías que no había riesgos —había un rastro de temor en su brusquedad.

Él intentó tranquilizar los gorgoteos de su propio vientre. Por Breaca, aunque no fuera por nadie más, debía tener confianza.

—Tiene que haber algún riesgo, o si no tus guerreros no creerán que he ofrecido mi vida a su causa. Pero no tengo ninguna intención de morir, te lo juro. En ti y en esta guerra he encontrado un motivo para vivir que sobrepasa todo lo demás. La Novena legión puede verse empujada hacia el sur por una ruta que la haga vulnerable. Eso no ocurrirá a menos que les lleve por allí alguien en quien confían.

—¿Y si no confían en ti? ¿Y si te reconocen y te crucifican por doble traición? ¿Qué pasaría entonces?

Ella había preguntado aquello mismo, y con el mismo apremio, en los consejos de la noche. La respuesta no era fácil de hallar, ni entonces ni ahora. Valerio se tocó con el nudillo del dedo el esternón que era su principal nexo con el dios toro. No notaba ninguna señal de advertencia allí, ni indicio alguno de que se aproximara una muerte imprevista. Los dioses no siempre mostraban esas cosas, pero había una cierta medida de expectación que requería que él actuase con valor para influir en el orden de las cosas.

A Breaca le dijo, razonable:

—Acabas de explicar al ejército el gran honor que supone todo esto para tu familia. Me atarían a un árbol y me arrojarían lanzas por cobardía si retrocediese

ahora. Solo por eso no puedo hacerlo. Y además creo sinceramente que estoy a salvo. Petilio Cerial es el legado de la Novena, y lleva en Britania menos de un año; no sabe nada de un decurión que sirvió en tiempos en la caballería tracia. Los hombres a los que dirige se hallaban estacionados al norte de aquí durante la invasión, manteniendo la vigilancia por igual de los icenos y de las tribus del norte; no saben mucho más que él de la política de Camulodunum y el oeste. Para ellos no soy nadie, solo un mensajero.

Tocó el pergamino que se secaba en su rodilla.

—El mensaje dice lo que necesitamos que diga. He copiado los mejores floreos del original. Escucha…

Valerio alisó la perfecta e inmaculada piel de cabritilla, la mejor de la secretaría imperial, y leyó: «De Tito Aquilla, primus pilus de la Vigésima legión, en ausencia del gobernador, comandante en funciones de la colonia de Camulodunum, lugar del templo de Claudio deificado y sede de nuestra victoria sobre los trinovantes nativos…», etcétera, etcétera. Un hombre promovido por encima de sus habilidades y que lo sabe, está claro.

A Quinto Petilio Cerial Cesio Rufo, legado de la Novena legión. Saludos.

La guerra está encima de nosotros. Hay una torre de vigilancia ardiendo mientras escribo esto, los hombres de su interior están muertos y mancillados. El procurador del emperador ha desaparecido, y nuestros veteranos temen por su vida. El rey de los icenos ha muerto y su pueblo recuerda quiénes fueron en tiempos anteriores a que les bendijéramos con la paz. No estamos en posición de recordarles su locura. Camulodunum ha sido despojada de sus defensas y sus hombres. Tengo menos de una centuria de legionarios activos, y tres mil veteranos cuyo valor está fuera de todo reproche, pero que ya no son jóvenes, ni están adiestrados para una batalla sostenida. Si te place recordar la justicia del emperador, ofreceremos toda la ayuda que podamos.

Con cauto optimismo, Valerio dijo:

—El legado de la Novena es conocido en todo el imperio por su impetuosa fogosidad. Los hombres dicen que rezan diariamente por tener la oportunidad de marchar con sus centurias hacia el combate. Llorará lágrimas de incienso puro cuando lea esto. Ofrecerá todos sus bienes terrenales a los dioses como muestra de gratitud. Hará que la Novena legión se reúna y marche por la Calzada de Piedra de los antepasados sin que le dé tiempo a dar un beso de despedida a sus amantes, siquiera. Lo único que tenemos que hacer es simular unas cuantas heridas para que parezca que me he defendido a vida o muerte. ¿Crees que podrías darme unos cuantos golpes?

V

Llovía, y la mula estaba atascada.

El animal era joven y nunca había formado parte de una reata. Domada a finales de otoño, había pasado el invierno en los cercados de Camulodunum, metida hasta las rodillas en el barro y la nieve, y alimentándose de heno mohoso, sin hacer ejercicio para mantener la forma física.

Los reclutas que la conducían estaban igual de verdes, eran igual de novatos y también aquélla era su primera campaña. No tenían experiencia real de cómo cargar los paquetes, y la mula se había hecho daño en un cuarto trasero y tenía llagas en el lomo porque le habían colocado mal las almohadillas.

Para Tito Aelio Urso, decurión del segundo escuadrón del Ala Quinta de la caballería gala, asignado al cuidado de los hombres y de sus mulas durante todo el viaje hacia el oeste, que duraría un mes entero, para unirse a la campaña del gobernador contra Mona, todas aquellas cosas eran de lamentar, pero también inevitables. Ninguna de ellas explicaba por qué el animal había plantado las patas en las primeras tablas del puente y se negaba a seguir moviéndose.

—Pegad a ese condenado bicho. ¿A qué estáis esperando?

Urso les gritaba desde media cohorte de distancia, enfilando a su caballo entre la masa rezongante de hombres que se extendían a lo largo de la orilla del río.

Agradecían mucho el descanso, y habían roto la formación, dejando caer sus fardos sin recibir órdenes. La indisciplina que reinaba allí era terrorífica: eran jóvenes y habían sido reclutados en las callejuelas de Roma, que era un lugar relativamente seguro donde vivir, y entrenados en el este de Britania, que era casi igual de seguro, y no tenían ni idea de lo que era marchar por una tierra habitada por tribus sin conquistar, donde los huesos de los legionarios muertos se apiñaban tan espesos como los guijarros entre los brezos.

Un centurión curtido en la batalla estaba de pie, en el extremo del río, reuniendo a los cuarenta hombres que ya habían cruzado. Con retraso, se llevó la mano a la boca y llamó al resto de su centuria:

—¡Volved a la formación! ¡Yo azotaré personalmente a cualquier hombre que se salga de la línea!

Los hombres movieron los pies, lanzaron maldiciones y recogieron sus fardos, igual de poco dispuestos a enfrentarse con el enemigo que antes.

Urso estaba cansado, molido por la silla y con la cabeza espesa por la falta de vino. Llevaba trece días cabalgando entre el viento y la lluvia, con poca comida y los petates húmedos toda la noche, y sin poder beber para entrar en calor y olvidar, porque el

cabrón del prefecto les había prohibido tocar los suministros de vino desde el momento en que salieron de los cuarteles de invierno. Quería estar en plena batalla o fuera de allí, a salvo en Camulodunum o metido en las guerras del este, no haciendo de niñera para una cohorte de inútiles niñatos bobos, la mitad de los cuales estarían muertos a final de aquel mes.

Llegó hasta el puente y espetó al más cercano de ellos:

—Si no haces que se mueva ese maldito animal, te haré llevar su carga a ti durante el resto del viaje al este.

El muchacho de cara rosada que tenía que haber estado ya al otro lado del puente y a mitad de camino hacia el valle levantó la vara que llevaba en la mano y la mula reculó, echó las orejas atrás y rebuznó como llevaba mucho tiempo haciendo, demasiado, y Urso finalmente se acercó lo suficiente para verlos verdugones que llevaba en el lomo y las ancas, allí donde le habían golpeado con insistencia y con fuerza, y comprendió que golpear más al animal no supondría diferencia alguna.

Maldiciendo, bajó de su montura.

—Déjalo. No sirve para nada —un oficial joven se plantó firme ante él. Al menos aquél era lo bastante mayor para afeitarse. Urso le dijo—: ¿Lo había hecho antes?

—Nunca. Nunca hemos tenido ningún problema. Es el puente: no le gusta.

Urso puso los ojos en blanco y suspiró significativamente.

—Es obvio. Nunca les gusta. Nadie que tenga sentido común se echaría a andar por una tira de tablillas oscilantes tendida encima de un precipicio de seis metros, con rocas y un río abajo, y las mulas tienen bastante sentido común. Por eso estás tú aquí para…

Se detuvo. El sudor cosquilleaba su cuello. Venía un caballo por la orilla del río a toda velocidad, desde la izquierda. Conocía el sonido de aquel caballo como el de su propio corazón.

Sin volverse, Urso dijo, pétreo:

—Poneos firmes. Es el prefecto. No sé cómo sabe que nos hemos detenido, pero ahora ya podéis rezar a quien queráis para que esté de mejor humor que la noche pasada.

Detrás de él, el caballo que se acercaba se detuvo de repente, casi tocándole. Una voz tranquila observó:

—Os habéis parado.

Quinto Valerio Corvo, prefecto de la Quinta de caballería gala, podía cortar el alma de un hombre con el cuchillo de su voz, si quería, y entonces quiso. Serenas, con equilibrada precisión, las palabras eran a la vez una pregunta, una acusación y una afirmación de valor, o de su carencia. También apuntaban una débil decepción, que era mucho más difícil de soportar.

—Es la mula. No quiere…

Urso abandonó la frase, sin atreverse a afirmar lo obvio: que estaban en territorio enemigo con una cohorte entera de legionarios novatos y que él había dejado que una

mula recién domada detuviera todo el progreso de su unidad. Notó que el sudor aumentaba hasta convertirse en un sofoco abrasador, y se odió a sí mismo y a todo aquel que lo viera, incluyendo, en particular, al prefecto.

—Sí, ya lo veo.

Corvo había desmontado y examinaba a la mula. El demonio de animal había dejado de rebuznar, como si fuera indecoroso gritar en presencia del prefecto. Estaba allí, muda, mirando igual que todos los demás cómo el oficial de mayor rango de la compañía se arrodillaba en el barro asqueroso junto al puente y, apretando la mejilla contra el suelo, miraba a lo largo de las tablas y luego debajo de ellas. Corvo estaba acuclillado, ignorando la suciedad de sus rodillas y asintió ante algo invisible que se hallaba en el aire húmedo, y luego se volvió a Urso.

—Busca a un hombre que no tenga vértigo y que mire debajo del puente, a un tercio de la longitud. Que vaya bien atado con cuerdas. No quiero perder a nadie ahora. Y que los demás sigan en formación armada. Este lugar es una emboscada en potencia.

—Señor.

Si se lo proponía, Urso podía hacer que las cosas funcionasen rápido. Cuando sus propios hombres, de la caballería del segundo escuadrón, con los cuales compartía el cuidado de los reclutas, comprendieron que su honor estaba en juego, le entregaron su corazón de buena gana. Era eso lo que le había conseguido la promoción a decurión y podía hacerle mantener ahora aquel puesto.

Allí estaba Flavio, el portaestandarte del escuadrón, con otros dos oficiales jóvenes. Habían oído las órdenes del prefecto y sabían cómo colocar a sus hombres en formación de batalla de la manera más rápida posible. Ante un gesto de Urso, cada uno dio sus órdenes con calma y precisión. Pies calzados con botas estremecieron la mañana. La chusma confusa de hierro pulido y cascos de bronce que antes era su cohorte se convirtió en una línea brillante, sin ningún hombre fuera de su sitio.

Abruptamente cesó la lluvia, y así fue posible creer que los dioses aprobaban lo que se estaba haciendo. Los hombres, ciertamente, lo pensaban así; en la quietud de sus filas se esparcieron puñaditos de grano como ofrendas a Júpiter, Marte, Mitra y los dioses menores del hogar. Se murmuraron oraciones que quedaron flotando en el aire, como el humo.

El peligro de emboscada se hizo notablemente menor. Los tres oficiales deliberaron y enseguida un joven de diecisiete años y piel oscura, con el cabello rizado a la manera de los hispanos y unos tendones que le sobresalían de los brazos como sogas, se había atado una cuerda a la cintura y había caminado por el puente y luego de vuelta. De pie, en posición de firmes ante Urso y Corvo, su rostro se había quedado blanco, y no por la altura ni por la presencia de los oficiales.

—Alguien ha cortado las ligaduras. Las correas que sujetan los tablones están desgastadas, casi no queda nada. Los que acaban de pasar han tenido suerte. Si la mula hubiese continuado, habría caído y habría muerto, y se habría llevado a alguien

más consigo en el puente.

Corvo lo había visto. Urso tendría que haberlo visto. Lo único bueno del asunto es que había resultado obvio desde el momento en que habló el prefecto, y Urso ya había pensado qué hacer.

—Tengo ingenieros —dijo—. Podemos dejar este puente y construir uno nuevo. Costará menos de medio día.

—Ya lo sé. Gracias. Pero no tenemos medio día. El gobernador nos necesita con la mayor rapidez para su ataque a Mona, y no podemos pararnos a arreglar puentes saboteados por el enemigo.

Corvo era un hombre compacto, delgado, con la piel fina, sin carne sobrante ni mejillas colgantes y solo con unas pocas vetas blancas en las sienes y en la raya del cabello, mostrando que había envejecido desde los primeros años de la ocupación. Seguía teniendo un aspecto diferente, de modo que a pesar del barro y las manchas del viaje, aun con su manto de oficial colgando empapado de su armadura y las grebas pulidas de modo que cegaban el sol, no parecía plenamente romano. Su nariz era más griega, o quizás alejandrina, y sus ojos eran grandes y captaban muy bien el mundo. Durante casi dos décadas, Urso se había visto sumergido en ellos diariamente, y diariamente había vuelto a la superficie, maldiciendo.

Urso era ancho y alto y su cabello tenía un color castaño claro muy poco romano, legado de un tatara-tatarabuelo materno que era batavo y se había ganado la ciudadanía luchando bajo el César deificado. Había sobrevivido a una breve revuelta de los icenos en el este poco después de la invasión, y a veinte años de feroz resistencia de las tribus del oeste, y era tan buen comandante de campo como cualquier hombre de su rango. Podía con cualquier cosa que los guerreros enemigos decidieran arrojarle; era la opinión de su prefecto lo que le hacía los días felices o desgraciados.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó, escueto.

Corvo sonrió y levantó una ceja.

—El siguiente puente está a cuatro millas corriente abajo. Está intacto; mi escuadrón y sus legionarios lo están cruzando ahora. Haz retroceder a tus hombres y síguenos. Mantente a retaguardia, la serpiente también necesita dientes en la cola.

Era una especie de oferta. Corvo dirigía sus patrullas en persona, pero ponía a su segundo oficial más competente a la retaguardia, de modo que la serpiente de su línea, si la cortaban, pudiese seguir atacando con rapidez y dureza a cualquier enemigo que viniese desde atrás. Era un puesto de implícita confianza, y asumía la buena iniciativa del oficial colocado allí, que podía actuar solo perfectamente.

Una vez el que allí estuvo fue Valerio. Y fue Valerio el que destruyó el escaso buen humor del prefecto que pudiese haber sobrevivido al invierno de Camulodunum. Urso le odiaba por ambas cosas, pero no lo suficiente para rechazar el regalo que se le ofrecía.

—Gracias —inclinó la cabeza como si estuviese en presencia del gobernador. Ante él, un caballo se removía inquieto. Cuando volvió a levantar la cabeza Corvo ya había

desaparecido.

* * *

—¿Por qué lo hizo?

La vergüenza de la mula ya no era más que una sombra pasajera, casi olvidada entre las rutinas del campamento por la noche. Urso estaba echado de espaldas y planteó la respuesta al techo de la tienda que tenía encima de la cabeza. La lluvia caía con fuerza, de modo que las palabras se deslizaron entre su tamborileo en el pellejo de cabra y se perdieron.

A su izquierda Flavio, el portaestandarte, se movió un poco, y su lecho de campaña crujió. Rio amargamente.

—¿Quién, Corvo? Porque habrías perdido dos días construyendo un puente digno del propio emperador, y el gobernador te habría azotado después por llevarle demasiado tarde sus refuerzos, que tanto necesita.

Desde la oscuridad una voz más vieja y sabia dijo:

—No te pregunta por eso. Pregunta por lo que ocurrió hace medio mes, y que ha dejado a su prefecto favorito de tan mal humor. Pregunta por Valerio y el procurador. Por qué perdimos medio día en un asunto privado que hará que nos crucifiquen si el gobernador llega a enterarse algún día. Pregunta por qué Corvo impidió que el recaudador de impuestos del emperador recogiera sus tributos. En realidad, si debemos ser sinceros, lo que pregunta es por qué cometió traición.

Sabinio, el tercero del grupo, era casi veinte años mayor que sus compañeros de tienda. Había estado con Corvo desde los primeros días de la Quinta gala, y ya estaba cerca del retiro. Su cabello era más gris que el del prefecto y su rostro estaba más arrugado, pero se mostraba menos preocupado.

Como portaestandarte del primer escuadrón, era el oficial más antiguo del ala, después de Corvo. Podría haber dormido en una tienda propia con esclavas que alimentasen el fuego y le mantuviesen seco el lecho. Que prefiriese la compañía de los suyos en campaña le creaba una pátina de respeto entre los hombres y así conseguía extraer lo mejor de ellos, en el esfuerzo extraordinario que se requería en la guerra.

Sabinio también estaba echado de espaldas con las manos enlazadas detrás de la cabeza y el rostro vuelto hacia el pellejo del techo, empapado por la lluvia.

—Estás haciendo la pregunta equivocada —dijo, afablemente—. No es «por qué» hizo lo que hizo, eso es obvio. Lo que importa es por qué le dejamos. Y por qué no fuimos y no vamos a ir a informar de todo eso al gobernador.

Hubo silencio y reflexión.

—¿No vamos a ir? —preguntó Flavio, pensativo—. Todavía hay tiempo. Podría salvarnos la vida.

Urso dijo:

—No, no vamos a hacerlo. Le darían su espada y un segundo para que se echara encima de ella, y si llega a dudar un poco en encomendar su espíritu a los dioses, le crucificarían delante de todo el campamento como traidor y cobarde.

Con sorprendente entusiasmo, Flavio dijo:

—Bueno.

Urso resopló.

—¿Tan cansado estás de la vida? Corvo es el hombre que nos puede mantener vivos en toda esta guerra absurda contra hechiceros y guerreros que luchan sin miedo a la muerte. Si muere, ¿quién nos podría devolver al este de nuevo con la piel intacta? Y además, no era la pregunta equivocada. Sigo queriendo saber por qué hizo lo que hizo.

—Por Valerio, idiota. ¿Por qué lo hace todo si no? —los otros dos oyeron a Flavio volverse y mover la cazuela con piedras calientes que había en el centro de la tienda y que conseguía eliminar la humedad durante la primera parte de la noche. Temporalmente el aire se volvió más caliente, y con olor a vapor.

Desde la oscuridad húmeda, Flavio dijo ásperamente:

—Los dos estuvisteis en el poblado de los icenos. Le visteis tan bien como yo. Valerio estaba allí vivo, con ese maldito asesino de caballo, y Corvo no podía tocarle.

—¿Habría querido hacerlo? —Urso era más nuevo que los otros dos. Sus tripas todavía no estaban sintonizadas con los pensamientos y deseos de su prefecto, como los de los otros dos.

Flavio resopló.

—Pues claro. ¿Por qué te crees que le disgusta tanto venir al oeste, cuando todo el invierno lo ha estado deseando? La luz de sus días empieza y acaba con Valerio, y pensaba que ese hombre estaba en Mona, o al menos en Hibernia, con el resto de los malditos soñadores. Ahora sabe que está en el este y puede morir y Corvo no estará allí para ayudarle o entrometerse o incluso hablarle al final y arreglar las cosas entre ellos antes de que pase.

La cazuela caliente volvió a resonar otra vez, con menos aspereza. Sabinio, más viejo y más sabio, dijo:

—No escuches a Flavio. Está amargado porque lleva quince años con Corvo y ese hombre nunca le ha invitado a entrar en su tienda privada. Y está celoso de ti, de la frescura y la inocencia de tu amor.

Urso parpadeó en la oscuridad. No había pensado que su amor fuese tan ampliamente conocido.

—Pero, ¿es cierto? —preguntó.

—Por supuesto. Todo el mundo sabe que Corvo hizo lo que hizo por Valerio, y que lo volvería a hacer mañana, aunque el coste fuese el doble de grande. Los dos podéis sonreír a vuestro amado prefecto hasta que os crujan las mandíbulas y los ojos se os salgan de las órbitas, pero eso no significará ninguna diferencia: su corazón lo

entregó hace mucho tiempo a un chico salvaje de los nativos que montaba un caballo llamado *Muerte* y tuvo el valor de enfrentarse al loco de Calígula —la litera crujió de nuevo y la voz se dirigió más a un hombre que a otro—. ¿Eres más feliz sabiendo todo esto de lo que eras antes?

El silencio se extendió mucho más aquella vez.

Finalmente, Urso dijo:

—Él amó al hijo del gobernador, antes. Al mayor de Scapula. Eso fue después de Valerio. Lo he oído decir.

—Eso no era amor, eso era despecho, política y visión de futuro. En cualquier caso el hijo de Scapula murió acuchillado siguiendo las órdenes de Nerón por ser demasiado guapo, demasiado valiente y demasiado condecorado en la batalla. Y eso debería ser una advertencia para todos nosotros: se puede ser guapo y valiente, o valiente y condecorado, pero los dioses no te ayudan si eres las tres cosas. De modo que lo único que tenemos que hacer es seguir vivos y seguir siendo feos, y estaremos bien. Lo segundo es fácil. Lo primero solo ocurre si descansamos un poco. Los soñadores y guerreros que están al otro lado de los estrechos de Mona no nos darán cuartel porque estéis enamorados y demasiado cansados para luchar como es debido. Así que a dormir. El mundo será el mismo mañana por la mañana.

Mucho tiempo después, cuando la respiración de los otros se había ido regularizando con el sueño, Flavio seguía echado de espaldas y mirando el techo colgante de la tienda y la lluvia.

—Todavía no es demasiado tarde para contárselo al gobernador —dijo, en la oscuridad.

VI

—No me importa que tengáis que hundir los cimientos hasta el lecho del océano, y traer en barco cada maldita piedra una a una desde Iberia, pero construiréis los baños aquí, y no se caerán al mar al primer beso de una tormenta invernal. ¿Me he expresado con suficiente claridad?

Era poco después del mediodía, y el cielo por encima de la fortaleza de la Novena legión estaba tan gris como si fuera de noche. El viento del este que les acuchillaba desde el mar estaba impregnado de sal y azotaba por igual la cara de Petilio Cerial, legado de la Legio IX Hispana, al maestro albañil ibérico, que temblaba y tenía los labios azules, hundido hasta los tobillos en el escape de la zanja que tenía a sus pies, y los cinco legionarios que permanecían detrás de pie, armados y dispuestos a defender a su general contra todo excepto el tiempo, los cimientos que se filtraban y la intransigencia (o la tozudez del sentido común) del único maestro albañil de toda la provincia.

A la izquierda de Cerial, la fortaleza invernal de las primeras tres cohortes de la Novena legión, estratégicamente colocadas en el extremo norte de la antigua ruta comercial conocida por las tribus locales como «El camino de los antepasados», dominaba la única altura que existía en las tierras planas al norte de la llanura aluvial, subiendo hasta la poco elevada cresta de la colina. Desde ese punto de ventaja, los vigías dominaban una vista fácil del mar, y, lamentablemente, estaban también expuestos a cualquier tormenta que los dioses quisieran enviar a las costas.

No había tormentas el día que eligió Cerial para ordenar que se edificaran los baños de sus hombres, solo un viento como un cuchillo y los inicios del tráfico comercial en la cañada que había abajo, y del trabajo en las salinas al norte, y un barco de pesca recién instalado en la bahía, acosado por un revoltillo de gaviotas que chillaban.

El viento traía con claridad el sonido de los animales hambrientos y ahogó por completo la respuesta del maestro albañil. Ante los que miraban, se veía que el hombre abría y cerraba la boca. Estaba claro que movía negativamente la cabeza. Levantó las manos y las cejas y empezó a explicar, inaudiblemente, los detalles de ingeniería y cimentación de la casa de baños al legado… y abandonó todo esfuerzo, no por las gaviotas, ni por el viento, ni por la creciente frustración que se leía en la cara de Cerial, sino por el martilleo de unos cascos en la piedra de la cañada, que se convirtió, mientras él bajaba las manos y se volvía a mirar hacia el sur con los demás, en el estrépito de una montura cabalgada más allá de los límites de su resistencia por encima de la espesa hierba, y luego el entrechocar de la cota de malla que solo puede

producir un hombre que ha ido más allá de los límites del agotamiento y cuyas piernas ya no le sostienen cuando desmonta, de modo que cae de bruces a los pies de su legado.

Bueno, de su legado no: el hombre postrado no era de la Legión Novena. El albañil, saliendo de su inundada zanja, reconoció el pez con cabeza de cabra de la Vigésima en la brida y la silla del caballo agotado, que permanecía con los flancos temblorosos junto a él. Luego, más tarde, reconoció el elefante dentro de un círculo que era el sello personal del emperador de Britania en el saquito que yacía en la rala hierba de la colina, con el sello abierto y roto por la fuerza de la caída del mensajero.

* * *

Las gaviotas estaban más tranquilas; un nuevo barco se había hecho ala mar y lo siguieron, llevándose su ruido a otra parte. El compañero del mensajero, un hombre pelirrojo de la caballería, desmontó con más gracia en un silencio relativo y se quedó en pie junto a su camarada caído.

Petilio Cerial, legado de la legión Novena, inhaló el aire cargado de salmuera y proyectando su voz hacia abajo, dijo:

—Si no estás muerto, quizá podrías ponerte en pie y entregar tu mensaje.

Valerio yacía con el rostro apretado contra la hierba húmeda y se dio cuenta de que estaba agotado de verdad, de modo que por el momento le era imposible levantarse. A través del túnel de negrura que le absorbía el diafragma, oyó a Longino decir, en tracio y pensativo:

—Has desgraciado ese caballo.

No se proponía llevar consigo a Longino. Incluso había encargado al antiguo miembro de la caballería tareas que le mantuvieran en el campamento, vigilando las rutas desde Camulodunum por las cuales pudiese marchar una cohorte de veteranos desesperados. Por lo tanto, el nombre del tracio no fue el primero que le vino a la mente, cuando oyó que un caballo le seguía abiertamente en el camino del norte de la legión Novena.

Apartando al caballo color fresa del mensajero del camino, esperó y continuó esperando hasta que un caballo sin jinete galopó junto a él. Entonces comprendió y dijo en voz alta:

—Longino Sdapeze. Hace menos de seis meses que estabas medio muerto con el cráneo roto, y fue culpa mía. He jurado evitarte cualquier peligro. No vendrás conmigo a la fortaleza de la Novena.

—Me gustaría que me explicaras cómo vas a impedírmelo —dijo Longino, desde detrás de su hombro izquierdo—. Y además le dijiste a tu hermana que no había ningún riesgo. Si no recuerdan a un decurión de la caballería tracia, no veo por qué

van a recordar mejor a su sucesor.

Con cierta desesperación, Valerio dijo:

—Creen que estás muerto. Los veteranos de la Vigésima hicieron una colecta para tu piedra memorial. Habrá corrido la voz.

—Entonces nos beberemos una jarra de vino por la incompetencia de los escribas de todo el imperio, y celebraremos el hecho de que yo estoy vivito y coleando. No me han acusado de traición. Si tú estás a salvo, yo no correré más peligro que tú.

Al decir eso, Longino salió de entre los matorrales primaverales. Silbó y el caballo, que se había detenido, volvió a él. Al montar de nuevo sonrió, y luego se detuvo y dijo:

—¿Ven tus dioses algún peligro para ti en esto?

—No. No mientras mantenga mi valor.

—¿Acaso yo carezco de él?

—Nunca.

—Bien —la sonrisa de Longino fue auténtica durante un momento, despojada de la peligrosa temeridad con la cual se enfrentaba al peligro—. Entonces disponemos de cierto tiempo para estar juntos, antes de que empiece la auténtica lucha. Yo también tengo que probar algunas cosas ante el ejército de tu hermana, para que ellos crean que me he unido a su causa.

Había dado la vuelta a su caballo y su humor era más alegre.

—En cualquier caso, estos caballos son demasiado buenos para perderlos. Si te dejase ese ruano, se lo darías a los bárbaros batavos y ellos le estropearían los tendones en un mes, cabalgándolo mal. Me necesitas para que lo mantenga a salvo para ti, y así tener algo decente para el camino de vuelta.

* * *

Había sido mucho mejor cabalgar hacia el norte con compañía, sobre todo con aquella compañía. No por primera vez, yaciendo allí de cara en la hierba a los pies del legado, se le ocurrió a Valerio que él era el único del círculo más íntimo de su hermana que carecía de guardia de honor que le rodease en la batalla, y tampoco la quería, pero aquella amistad firme e inquebrantable y el humor siempre afable que le ofrecía era un regalo que había que atesorar.

Era una lástima lo del caballo.

Podía respirar de nuevo, y eso era bueno. Contó unos latidos más y luego apretó las manos contra la hierba y se fue incorporando hasta ponerse de pie. Se tambaleaba un poco, y no era del todo fingido. Llevaba un verdugón en la mano que le cruzaba los nudillos, como si le hubiesen intentado dar un mandoble con una espada. Tenía también la cara magullada, como si se hubiese caído del caballo en un terreno áspero,

o bien le hubiesen dado un golpe con una cachiporra. Aquello se lo había hecho Cygfa, con amabilidad, pero quizá con más entusiasmo de lo que hubiese sido necesario.

En ninguna de esas cosas se fijó el legado, y Valerio no las mencionó, sino que recogió de la hierba húmeda la bolsa del mensaje que llevaba el sello roto del gobernador, y estaba a punto de abrirla y leer la misiva en voz alta cuando vio al albañil por primera vez, y los cimientos que iban filtrando agua poco a poco, en el lugar donde el hombre permanecía de pie.

Con una nueva idea en mente, Valerio se arrodilló y clavó los dedos en la hierba, probando la calidad de la tierra entre las yemas de los dedos. Se levantó y dijo:

—En este terreno no se pueden hacer unos baños, hay demasiada arena para que los cimientos aguanten. Puede que haya caliza debajo de alguna de las otras colinas de ahí, o arcilla en el terreno más alto, tierra adentro. El albañil puede encontrar útil saber todo esto.

El legado le miró sin expresión.

—¿Has estado aquí antes?

—No. Pero estaba presente cuando se construyeron los baños en Camulodunum, justo el año después de la invasión. La tierra es similar en algunos aspectos.

—Ya. Entonces llevas en esta provincia más que ningún hombre vivo, y en cambio yo apenas llevo aquí diez meses. Qué torpe por mi parte no darme cuenta de esto. Y ahora eres mensajero. ¿Qué eras antes, centurión?

—Casi —Valerio se permitió una sonrisa—. Decurión. Solo he cargado con la caballería. Serví en la Quinta de los Galos, bajo el prefecto Quinto Valerio Corvo.

—¿Ah sí? He oído hablar de él. Tiene la reputación de un valor extraordinario —había un reborde amarillento en torno al blanco de los ojos del legado, como si el hígado se le hubiese rebelado hacía muchos años contra la agudeza de su intelecto. Dándose golpecitos con un dedo en los dientes, dijo—: Has caído muy bajo para haber estado tan alto. ¿Y no había otros de rango inferior para traer un mensaje de un oficial al mando a otro en una provincia en paz?

Valerio recogió la bolsa del mensaje del suelo. Sus dedos trazaron el diseño del animal que había sido el símbolo del gobernador de Britania desde que Claudio cabalgó su elefante por primera vez entrando por las puertas abiertas de Camulodunum.

Cuando levantó la vista hasta el legado se sintió conmocionado por el cansancio de sus ojos demacrados.

—Ninguno de ellos vive —dijo—. Se enviaron otros cinco mensajeros antes que yo. Ninguno de ellos consiguió pasar…, de otro modo sabrías ya que las tierras icenas están soliviantadas por el inicio de una insurrección.

El albañil ibérico supo que estaba perdido. Contuvo un juramento y maldijo interiormente la mala suerte que le había apartado de la seguridad y las cálidas brisas de Roma y llevado a una tierra donde los nativos todavía se resistían a la civilización y

los generales del ejército aún creían que había gloria que ganar en la guerra.

No era ningún secreto que Petilio Cerial, legado de la Novena, ansiaba la batalla, y estaba más que harto de custodiar un puerto comercial y una carretera de tráfico y las salinas en el este de Britania contra un grupo de tribus pacificadas y que no se aventuraban a hacer nada más que el ocasional robo de ganado a sus vecinos.

La mirada de Cerial, que descansaba en Valerio, se volvió curiosamente fija.

—Y sin embargo, estás vivo —dijo, lentamente—. Cosa que, en sí misma, constituye un logro.

El viento soplaba directo desde el mar, frío y húmedo, cargado de niebla salada. En la cañada, un carretero se detenía a hablar con el pescador y luego arreaba de nuevo a sus caballos, dirigiéndose hacia el sur.

El legado contempló la carreta que empezaba a desplazarse y dijo:

—Mi armador le compra hierro a ese hombre. Quizá sería beneficioso decirle que los icenos ya no están en paz —se volvió hacia el jinete pelirrojo—. ¿Y tú quién eres?

—Longino Sdapeze, decurión del Primero de Caballería Tracia.

Cerial asintió, escueto.

—Bien. Cabalga hacia ahí abajo y dile al comerciante de hierro que no se vaya hasta que le demos escolta. Una vez lo hayas hecho, atiende a vuestros caballos y prepárate para partir de nuevo. Salimos hoy mismo para restaurar la justicia del emperador en las tierras del este.

Longino volvió su caballo de nuevo hacia la ruta comercial. Se inclinó hacia adelante para pasar la mano por el sudoroso cuello del animal y, con el tono animoso que se usa para exigir un esfuerzo más de su montura, dijo en tracio:

—Hay un hombre que cabalga hacia nosotros ahora en un precioso caballo zaino con demasiada plata en la brida. Parece que te conoce. Si tienes problemas, grita. Lo oiré.

A Longino nunca le había asustado la lucha. Se volvió a saludar a Valerio. Sus ojos amarillos de halcón brillaban con toda la luz del combate y solo un pequeño chispazo de advertencia. Sonriendo, lanzó a su caballo hacia abajo antes de que Valerio tuviese tiempo de replicar.

* * *

—No tengo intención de morir, lo juro…

Valerio le había dicho aquello a Breaca con toda sinceridad. En su análisis de los posibles peligros, no había incluido al jinete batavo que estaba allí estacionado con la Novena legión, por el simple motivo de que no pensaba que quedara vivo nadie que pudiese reconocerle.

Habían pasado más de treinta años desde que se había entrenado con las tribus

nativas a las orillas del Rin, y los batavos, de todos cuantos combatían con Roma, eran los que más duramente se implicaban en los conflictos más peligrosos, rivalizando entre sí por realizar los actos de valor y autosacrificio más sobresalientes, y así ganarse un lugar (póstumo, de preferencia) en sus sagas invernales. Morir de viejo era un fin repugnante para un batavo, y la inmensa mayoría de ellos lo evitaban con un par de décadas de adelanto.

Cabalgar hacia el norte, internándose en un país patrullado por un ala que en tiempos había conocido, suponía un riesgo fácil a favor del cual Longino habría apostado fuerte, y que Valerio habría aceptado con el corazón ligero y la certeza de ganar.

Sin embargo, habría perdido. Julio Civilis, ciudadano del imperio romano por orden del emperador Calígula, había sobrevivido a todas las batallas y soportaba la maldición de la ancianidad con encomiable dignidad.

Azotado por un viento que no respetaba ni rangos ni honores, cabalgaba con la espalda recta colina arriba, hacia su legado y el nuevo visitante, y era imposible no reconocerle, por mucho que el sol hubiese blanqueado el color de su cabello y el viento hubiera cincelado arrugas en su piel.

Valerio no se hallaba tan exhausto como había fingido, pero tampoco estaba fresco y en disposición de combatir, como le habría gustado. Se quedó allí de pie, junto a su caballo tembloroso, y vio la lenta aproximación del hombre que en tiempos le había llamado compañero del alma y hermano.

Tuvo que deliberar un momento para calcular los posibles focos de peligro y ordenarlos: Longino era su primera preocupación. El tracio estaba casi al pie de la loma, y había avisado al comerciante de hierro; estaba, por tanto, fuera del alcance de los hombres de la colina, y a su caballo le quedaba el aliento suficiente para llevarle hacia el bosque, hacia la seguridad de los árboles, si surgía la necesidad.

De aquellos que podrían haber supuesto un peligro para Valerio, y por tanto, indirectamente, a la causa de su hermana, los legionarios que formaban la guardia del legado eran jóvenes y estaban aburridos y más preocupados por el viento rugiente y la inesperada perspectiva de una larga marcha por la Calzada de Piedra de los antepasados con una batalla al final que por cualquier posibilidad de ataque por parte de un mensajero que acababa de llegar. Estaban de pie, algo encorvados por el viento, con los antebrazos desnudos azules por el frío y la humedad goteando de la nariz con libertad.

El albañil no suponía ningún peligro y solo quedaba el legado. Cerial se hallaba lo bastante cerca para matarle, y se había ofrecido a sí mismo como regalo. Llevaba la espada guardada en la vaina, para poder montar su caballo velozmente sin correr el riesgo de que se le cayese, y su mente, a diferencia de los legionarios, estaba centrada en la futura gloria del combate y en la planificación necesaria para conseguirla.

Toda la atención que restaba al legado era para Civilis. Sus rasgos se habían ablandado, como si el jinete que se acercaba fuese un abuelo algo distante, recordado

todavía afectuosamente de la niñez.

Casi olvidado, Valerio probaba la esponjosidad de la hierba que tenía bajo los pies. La sal que impregnaba el viento tenía un gusto mucho más intenso que antes, y las nubes que se deslizaban por el cielo parecían tener unas texturas mucho más ricas. La ironía no se le escapaba: el mundo siempre se volvía mucho más hermoso cuando la muerte se hallaba cerca. Durante gran parte de su vida, el hermano menor de la Boudica había deseado morir. Como los batavos, se había arrojado al corazón de incontables batallas, y había matado y matado y lamentado el hecho de salir vivo. Solo recientemente acababa de descubrir lo mucho que deseaba vivir, y solo en el breve tiempo transcurrido desde su regreso con los icenos había llegado a comprender lo mucho que se le necesitaba, y que tenía la obligación de vivir por algo que trascendía sus propias necesidades y deseos.

El hombre que más desea vivir debe abandonar todo temor a la muerte. Lo había aprendido hacía mucho tiempo, en los días en que el cabello de Civilis era del color del oro puro y el sol ponía pecas en su rostro, y no arrugas.

El viejo jinete se hallaba más cerca y aparecía ya el peso de su edad, y el esfuerzo que hacía por ocultarla. Su cabello ya no era de oro, sino blanco como el hielo. Contra las leyes romanas, lo llevaba atado por encima de la sien derecha con el moño del guerrero, y los muchos dientes de sus enemigos forrados de plata le colgaban hasta la barbilla. Llevaba las manos agarrotadas, descansando en el pomo de su silla; el frío y sesenta y cinco inviernos pasados a lomos de caballo habían desgastado e hinchado las articulaciones de modo que sujetar las riendas era algo doloroso para él, eso estaba claro, y eran las horas de entrenamiento a las que había sometido a su caballo las que le permitían cabalgar con tanta soltura, y no la fuerza de su sujeción.

Los años pasados habían cambiado a Civilis, de modo que era casi irreconocible. Existía siempre la esperanza de que Valerio también hubiese cambiado. Breaca en una ocasión no le reconoció, y eso le llevaba a creer que quizás a otros les ocurriese lo mismo.

Recordando tarde el papel que se había asignado a sí mismo y la mentira que contenía, Valerio abrió la bolsa del mensaje y sujetó éste en la mano. Dirigiéndose al legado un poco más alto de lo necesario, dijo:

—El mensaje de Camulodunum está escrito aquí. ¿Quieres que lo lea?

—Más tarde.

Petilio Cerial agitó la mano haciéndole callar e hizo un gesto hacia el jinete que avanzaba. Con inusitada delicadeza dijo:

—Julio Civilis se ha retirado del servicio del emperador, pero todavía es nuestro mejor jinete y sigue gozando del respeto y los juramentos de lealtad de sus hombres de las tribus. Si te aconseja unas hierbas o malta caliente para tus monturas, no lo rechaces.

Valerio inclinó la cabeza.

—Su nombre es conocido en todas las legiones y tu preocupación por él os honra

a ambos. No soñaría siquiera en rechazar algo que me ofreciera.

Se volvió y saludó al jinete que se aproximaba. El inicio de la fiebre del combate hervía como la sangre antigua en su lengua, y era un amigo bienvenido. Su cuerpo ardía con la promesa de violencia, de una forma que no había sentido cuando Breaca mató al mensajero.

Toda una vida de guerra le había enseñado que se aborda mejor el peligro de frente. Haciendo honor a su entrenamiento, se adelantó diciendo:

—Julio Civilis, prefecto de los batavos, saludos. Tu nombre es conocido de una costa a la otra como el oficial que condujo a sus hombres a nadar en el Gran Río y destruyó los caballos icenos en sus filas.

El caballo, que iba eligiendo su camino con gran cuidado subiendo la loma cubierta de hierba, se detuvo al oír el nombre del río. Civilis, antiguo prefecto de la Primera de Caballería batava, inclinó la cabeza hacia el hombre que le hablaba. Un caos de recuerdos apareció en su rostro. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

—No hay muchos que decidan recordar aquello. ¿Estabas tú allí, en aquellas primeras batallas?

La voz de Civilis se quebró. Su mirada solo se centró brevemente en Valerio, y luego vagó indecisa hacia el legado. No había asomo de reconocimiento en ella. Ofreciendo una plegaria de agradecimiento a los dioses por la mala memoria, Valerio dijo:

—No tan de cerca como tú. Yo luché con la Quinta Gallorum, pero ninguno de nosotros estuvo en la vanguardia.

Eso era cierto. Valerio se quedó muy quieto, aguardando. El Civilis de los viejos tiempos habría sabido que cierto miembro de la Quinta de Caballería gala no solo había luchado en las filas de vanguardia, sino que había cruzado a nado el río en el momento más encarnizado de la batalla con los bátavos de Civilis.

Pasó un instante, luego otro más. A los pies de la colina Longino había alcanzado al comerciante de hierro y decía al hombre que diese la vuelta con su carreta. El legado se había apartado algo, pero todavía estaba lo bastante cerca para que le alcanzara la hoja de Valerio. Civilis se mantenía a unos pasos de distancia. No iba ni armado ni con armadura. Su vida se podía medir en menos de una respiración.

—¿La Quinta Gallorum? Era la de Corvo. Yo serví bajo sus órdenes antes de que me dieran mi propio mando —la cabeza del anciano se elevó un poco, como un viejo perro que husmease un olor distante. Frunció el ceño y las arrugas de su cara se hicieron más hondas—. Debería conocerte entonces. Quedamos muy pocos de los que luchamos en aquella batalla para olvidarnos unos de otros —sus ojos legañosos escrutaron el rostro de Valerio y luego se apartaron, encontrando más interés en su caballo—. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Tiberio. Recibí el nombre del hombre que era emperador cuando yo nací —la mentira era hábil y odiosa. Los dioses no honran a los mentirosos.

—Ah, sí… —la nuez de Adán saltó en la garganta del anciano—. Ahora me

acuerdo. Tú servías con Rufo, en el Rin. Un buen hombre. Los nativos le cortaron la garganta luego. Y le marcaron unos signos de brujería en el pecho. Y le cortaron los…

Civilis abandonó todo intento de permanecer en el presente. Su mirada derivó por encima de aquellos hombres hacia un horizonte pasado que ninguno de ellos podía ver. Los pálidos contornos de su rostro se fundieron. La saliva se congregó en las comisuras de sus labios. Parecía que iba a llorar allí delante de todos, al final.

El legado dio unos pasos hacia delante y sujetó la brida del caballo antes de que el viejo dejase caer las riendas y el animal quedase descontrolado.

Dijo:

—Viejo amigo, la guerra está otra vez encima de nosotros. la legión debe marchar al sur, a Camulodunum, para atajar la infección de la rebelión. Tus batavos nos acompañarán como escolta de honor. Este mensajero y su compañero nos guiarán. Si tus jinetes se hacen cargo de sus monturas, eso puede acelerar nuestro progreso.

—¿Sus monturas? —la mirada de Civilis se volvió mucho más aguda. Estudió el ruano de Valerio y luego miró colina abajo, al lugar donde Longino escoltaba al comerciante de hierro hacia la fortaleza—. Ah, sí —asintió, pensativo—. Claro, podemos hacernos cargo de sus caballos.

VII

—Ya te dije que intentarían robarnos los caballos.

Longino se apoyó tranquilamente contra un muro, al final del establo cubierto que albergaba a las monturas de la caballería batava. A lo largo de la línea, docenas de caballos dormitaban y comían heno y observaban desde sus compartimentos a aquellos hombres nuevos que habían venido a perturbar su paz matinal. Su aliento calentaba el aire, suavizando los olores de orina y estiércol, aceite de cuero y arneses recién acicalados, y sudor de muchos caballos recientemente ejercitados. Los animales cuyas cabezas se volvían a mirar a los recién llegados estaban bien cuidados y eran musculosos y estaban en forma. Ninguno de ellos se veía descompuesto, ni en aliento ni tampoco en miembros.

Valerio se quedó un poco más allá en la línea, con un pie apoyado en un abrevadero, y observando la ráfaga de actividad que se desarrollaba en un compartimento que tenía delante. Sin hacer el esfuerzo de volverse, dijo:

—No están intentando robarlos, sino que hacen lo posible para ponerlos a punto de nuevo para la monta, de modo que nos puedan llevar al sur sanos y salvos, tal como tú querías. Yo mismo no lo habría hecho mejor si me hubieran dado uno de los suyos para montarlo. ¿Has notado que todos son zainos?

—Sí, castaños y grandes, y llevan entrenándose todo el invierno. Lo he notado. Si los hubieran mantenido así en Camulodunum, quizá no hubieras tenido que estropear a nuestro bonito ruano en esa carrera loca colina arriba.

—Era necesario. Teníamos que parecer desesperados. Y todavía se le puede salvar. El caballerizo sabe muy bien lo que hace.

Con cierto interés, Valerio observaba cómo atendían al castrado que había tomado del mensajero muerto y luego había cabalgado a lo loco para convencer de la urgencia de la guerra inminente al legado. En eso había tenido éxito, la verdad: Cerial había regresado a su fortaleza y en aquel mismo momento estaba ya emitiendo órdenes con una velocidad que ponía nerviosos a sus inferiores, y la legión hervía con el anticipo de la acción.

La curación del caballo era menos cierta. Tenía heridas ambas patas delanteras e hinchados los tendones, de modo que podía quedar cojo de por vida si no se le atendía con mucha habilidad. A Valerio había llegado a gustarle aquel caballo en el corto viaje hacia el norte, y no estaba orgulloso del daño que le había causado. Había esperanzas aún, y al animal lo atendía, alimentaba y consolaba con pequeños chasquidos y mucha desaprobación un muchacho de cara pecosa que no tendría más de diez años, con la nariz de halcón de Civilis y el cabello dorado de batavo.

El propio Civilis se había ido a usar las letrinas, dejándoles solos. El chico le hablaba al caballo y de forma estudiadamente indiferente ignoraba al hombre que le había causado tanto daño. Valerio probó a arrojarle una moneda de plata de la bolsa del mensajero, y vio que el chico la probaba con los dientes, asentía con el resultado y luego se la metía entre la mejilla y los dientes para mantenerla a buen recaudo. No parecía menos cauteloso que antes; ciertamente, no se mostraba demasiado proclive a la conversación ociosa.

Valerio fue deslizando la espalda pegada a la pared hasta que quedó con las piernas dobladas y abrazándose las rodillas, pegadas al pecho. Desde esa altura menos amenazadora dijo:

—Civilis volverá con nosotros enseguida. Mi compañero, el tracio y yo, hemos de volver al sur enseguida para enseñarle al legado cómo luchar mejor contra los icenos. Si los tuyos quisieran honrarnos con unos caballos frescos para ese viaje y para la batalla posterior, ¿cuáles crees que podría darnos?

Hablaba en batavo, la lengua de todo sentimiento, en la cual las amistades del alma entre los hombres se hacían de por vida y se sellaban con sangre, y los lazos del parentesco eran mucho más fuertes que cualquier otro juramento dado o tomado por Roma. Uno u otro de esos dos hechos llegó al lugar que no había conseguido tocar la plata. Los ojos del chico se abrieron mucho y luego se achicaron, pensativos. Tímido ahora, su mirada osciló por la fila de caballos hasta un determinado lugar y luego volvió de nuevo. Esbozó una sonrisa conspiratoria y, en un latín bien aprendido, dijo:

—Hacer un regalo honra a quien regala. Cuanto mayor es el regalo, mayor el honor.

—Ciertamente —Valerio le ofreció otra moneda de plata y vio que la tomaba con menos desconfianza.

Se apartó del lugar junto al compartimento y echó a andar por la fila. En el lugar que le había indicado la mirada del muchacho aparecía la grupa de un caballo, de cara al pasaje entre los compartimentos.

Era el único animal de entre todos los que le rodeaban que estaba de cara a la pared. Y también era el único que no era del rojo oscuro y rico de los demás caballos del establo, sino del color de la nuez antigua, de un marrón tan oscuro que parecía casi negro. Al acercarse Valerio el animal volvió la cabeza y echó las orejas atrás con ferocidad. Él se detuvo abruptamente y se quedó de pie en el pasaje entre los compartimentos, con las manos unidas ante él y el rostro enteramente desprovisto de sentimientos.

Pasó un largo momento. Valerio dejó escapar lentamente el aliento que había contenido. Un comentario trivial de Longino sobre la naturaleza indisciplinada de los caballos bátavos murió sin pronunciar en su garganta. El mundo, de repente, se volvió muy agudo. Era consciente de que la oreja del animal, en parte blanca, se movía hacia él, y de las salpicaduras blancas que tenía en la frente, y de las hebras de pelos blancos en su cola, y de las estrechas tiras negras que bajaban hasta los cuatro cascos, donde

unas marcas de armiño en la corona, no mayores que un denario, daban color a unas patas que de otro modo habrían sido completamente blancas, ya que las patas eran blancas, del todo, desde la rodilla y el corvejón hasta arriba.

Y más que de todo eso, Valerio era consciente del dolor tenso y apretado que se había apoderado de su diafragma y de toda la esperanza y el sufrimiento que anunciaba. Dio un paso vacilante, extendiendo una mano para tocar la amplia mejilla y el ojo desconfiado y bordeado de blanco que se hallaba encima.

—Dime, hijo de un dios, ¿acaso tú engendraste…?

El caballo no del todo negro volvió a mover las orejas y dio un golpe contra el costado del compartimiento. Los dientes chasquearon en la madera con un ruido que sacudió las vigas. En todo el establo el ritmo constante de la comida cesó por un momento y luego empezó de nuevo un poco más rápido.

Valerio estaba muy quieto, observando el lugar donde los dientes habían dejado unas marcas hondas en el roble envejecido. Notaba el rostro húmedo y frío, y un chorrito de sudor corría por el centro de su columna vertebral. Estaba temblando, cosa que no esperaba y que no era bienvenida. Se dio cuenta cuando Longino le alcanzó y vio que el otro hombre también se daba cuenta y de los motivos que tenía, y decidía no hablar, y le estuvo agradecido. Había olvidado lo profundamente que se conocían el uno al otro, Longino y él. Aquel recuerdo llegó como una aguda contrapartida a su conmoción.

Longino había retrocedido para estudiar al caballo desde una distancia segura. Silbó en voz baja, de forma apreciativa.

—Dejas un caballo loco con los icenos y Civilis te encuentra otro. ¿Usó el caballo-cuervo de semental todos estos años en las orillas del Rin?

Longino no estuvo presente en el Rin ni inmediatamente después, pero había oído por ahí alguna historia a medias y había comprendido las partes que más importaban, y él había llevado el caballo-cuervo en la batalla, cosa que nadie más había conseguido hacer excepto Valerio. Y por ese motivo era único.

Valerio dijo:

—Una de las yeguas negras de Civilis tuvo un potrillo de patas blancas del *Cuervo* justo antes de la invasión. Pensaba que lo habían matado cuando tenía cuatro años por ser imposible de montar. Supongo que estaba equivocado.

—Aquel caballo ahora tendría casi veinte años. Y éste apenas suma seis. Y no hace mucho que lo han domado.

—Ya lo sé. Si me preguntaras qué opino, diría que nació mientras yo estaba en Hibernia. Puede que sea un nieto, o un bisnieto. Ha heredado bastantes cosas del *Cuervo*, es posible —Valerio echó la mano atrás y encontró una pared en la que apoyarse. Dubitativo, dijo—: ¿Le miras a la cara y me dices qué es lo que ves?

—Dos ojos, dos orejas, una nariz, una boca… —Longino le miró, curioso—. ¿Qué es lo que tenía que ver?

—Las marcas. ¿Qué marca tiene en la frente?

El caballo se había vuelto con la cara en dirección al rincón más oscuro de su compartimiento. Longino caminó en torno a su cabeza y volvió. Cuando volvió, ya no sonreía. Dijo.

—Tiene un disco en la frente, en forma de luna creciente de tres cuartos, y un relámpago como una lanza que cae por encima. Julio, ¿es el caballo de tu sueño?

«Julio»: el nombre íntimo, personal. Longino solo lo usaba cuando ambos estaban solos, y en la mayoría de los casos por la noche, en los límites del amor.

Valerio bajó la vista y miró sus manos. El temblor había remitido un poco, pero todavía no había desaparecido. Dijo:

—No. Yo maté el caballo de aquel sueño en Hibernia, el día que fue alumbrado. Y las marcas no son exactamente ésas. En el sueño, el disco era un escudo, y la raya de la lanza pasaba diagonalmente a su través, y no estaba encima, como en éste.

—Y si recuerdo todo lo que dijiste, en el sueño tú cabalgabas un castrado —Longino se agachó para observar el vientre del animal, confirmando sus pensamientos—. Éste es un potro entero.

—Sí.

—Pero es bueno —dijo una voz que ninguno de los dos hombres reconocían—. Podría ser peor.

Ambos se volvieron en redondo a la vez, buscando las espadas que eran como extensiones de la carne viva.

—¡No, Longino!

Valerio sacó el brazo deteniendo el golpe antes de que éste hubiese empezado siquiera. Silbando entre los dientes apretados, dijo a Civilis:

—Anciano, te estás descuidando. Estamos en guerra. Hemos matado a guerreros que aparecían a nuestra espalda en la oscuridad igual que acabas de hacer tú ahora. Si quieres morir antes de hora, no dejes tu sangre en mi espada. Imagino que el legado no trataría amablemente a aquellos que asesinaran a su jinete favorito.

—Supongo que no, aunque tendría que moverse deprisa para reclamar vuestras vidas antes que mis batavos, y cualquier muerte que pudiera depararos Roma sería mejor de la que ellos os pudieran ofrecer, eso os lo aseguro.

Civilis se hallaba a tres compartimentos de distancia. Sin caballo parecía menos frágil. Sus ojos se concentraban sin esfuerzo alguno, y con cierta diversión, en los dos hombres que amenazaban su vida.

El chico pecoso estaba a un lado, sonriendo. El viejo le alborotó el pelo con sincero afecto.

—Os lo ruego, disculpadme. Mi cortesía me ha abandonado. Si se lo achacáis todo a la maldición de la ancianidad y a una vejiga débil, os lo agradeceré. Como recompensa, dejadme que os presente al hijo de la hija de mi hija, el primer varón de mi linaje. Hay nueve mujeres vivas que llevan mi sangre y mi nombre, y solo este chico, que un día será hombre y empuñará la espada de su bisabuelo en la batalla. Por ahora, es el mejor curador de caballos que hemos tenido. Si alguien puede curar a tu

castrado, es él —dio unas palmaditas en el esbelto hombro—. Gracias, Arminio. Puedes irte. El chico quería quedarse. Quiso esbozar una súplica mirando a su bisabuelo. Lo que vio en la cara del anciano hizo que la abandonara. Palideció y las pecas destacaron como manchitas de barro en su rostro. Saludando con la cabeza a Valerio y Longino, corrió hacia la puerta.

Civilis se agachó y se sentó en el borde de un abrevadero. Había pocas cosas en él que indicasen su vejez, en aquellos momentos; solo una cierta rigidez y la plata de su cabello. Su mirada se deslizó sobre Longino y volvió a clavarse en Valerio. Sus cejas eran completamente blancas. Los ojos de un azul grisáceo que había debajo parecían más claros que antes, y lo bastante agudos como para desnudar a un hombre y obligarlo a sincerarse.

—Dime, tú que llevas el nombre de un emperador a quien todo el mundo despreció antes de su muerte, si oyes los ruidos de fuera, ¿qué crees que son?

Valerio se apoyó en el poste de roble más próximo. El temblor había pasado, y era de agradecer. Se miró el dorso de la mano y estudió el borde roto de una uña. Había jugado a la Danza del Guerrero con hombres de menos valía que Civilis de los batavos, y raramente con hombres mejores.

La pregunta no era difícil de responder. Los sonidos que venían del exterior eran los que conocía desde que tenía diez años, el ruido único de las legiones que solo miles y miles de hombres pueden producir en su precipitación de los preparativos de guerra: entrechocar de armaduras, gritos aislados de hombres alborotados, relinchos de caballos que notaban el principio de la fiebre del combate que, si todos tenían suerte, duraría lo que durase la marcha y la batalla. Los matices más sutiles eran únicos para cada cohorte y cada legión, pero todo el conjunto llegó a unas zonas del interior de Valerio que éste creía muertas desde hacía tiempo, de modo que su mano, como con voluntad propia, fue a posarse en el pomo de su espada, y la sangre empezó a correr velozmente por sus venas.

Tanto por eso como por el instinto del juego, Valerio ofreció la verdad, sin adornos.

Mirando al anciano directamente a los ojos por vez primera, dijo:

—Oigo caballos comiendo heno, que están bien atendidos y se sienten seguros. Oigo también que preparan los arneses unos hombres que conocen a sus caballos como hermanos y que saborean el combate. Oigo a parte de una legión, pero no toda, preparándose para marchar bajo las órdenes de un hombre que se ha mantenido alerta durante demasiado tiempo, de modo que los hombres están algo amargados y ya no distinguen la batalla real de la instrucción.

—Cierto. Entonces, tú al menos formas parte de lo que dices.

—¿Sí?

Ya no jugaban. Cada uno de los tres había vivido hasta aquel momento porque conocían perfectamente la diferencia entre las amenazas y la realidad; porque, en su interior, respondían a una y no a las otras. A un paso más de distancia en el corredor,

Longino no se había movido. Nada en él había cambiado, pero al mismo tiempo había cambiado todo; su sonrisa era abierta, sus ojos de halcón seguían mostrando jovialidad, su equilibrio era bueno…, pero ahora podía matar sin esfuerzo y en cambio antes solo era una idea.

Valerio tenía unas prioridades claras: Longino no debía morir, y la Novena debía marchar por la Calzada de Piedra de los antepasados y dirigirse hacia la emboscada. Esas dos cosas importaban más que la vida de un viejo, por muy honrado que hubiese sido en el pasado.

Ensayando interiormente las mentiras que serían necesarias después, Valerio calculó la distancia que le separaba a él de Civilis, y los movimientos que tendría que hacer para agarrarle la cabeza y retorcerla hasta que el cuello quedase roto. Ya lamentaba la necesidad de aquella muerte inútil. Dio un paso pequeño de lado, para encontrar un lugar con un equilibrio mejor.

—¡Ja, ja! —se echó a reír Civilis en voz alta. Con estudiada indiferencia se apoyó en el compartimiento y metió los pulgares en el cinturón, y luego cruzó las piernas por los tobillos—. Dioses, hombre, ¿acaso te parezco un idiota? Si no salgo de este establo primero, sano y salvo, los dos sois hombres muertos, y moriréis de una forma que jamás habríais soñado. Los batavos tienen su propio código del honor, y aunque puedo estar retirado a ojos de los romanos, soy el mejor jinete entre mis paisanos, hasta la muerte. Petilio Cerial lo sabe perfectamente. Nos necesita. Igual que tú me necesitas… Valerio de los icenos.

El silencio que se hizo después podría haber hecho caer de rodillas a hombres de menos valía. En ambas filas los caballos golpeaban el suelo con los cascos, inquietos. El potro de patas blancas con la luna y la lanza en la testuz negra daba coces a los lados de su compartimiento, esparciendo astillas por el suelo. Longino captó la mirada de Valerio y retrocedió tres pasos más, dejándoles a ambos espacio en el que moverse. La tranquilidad quedó rota por el susurro del hierro rozando contra el cuero bien suavizado con grasa, al sacar la espada de su vaina.

—No, Longino, déjalo. No va a traicionarnos todavía —a los pies de Valerio había un saco de grano. Le dio con el pie para acercarlo y se sentó en él. Con mucho cuidado se llevó las manos a la cara y apretó con las yemas de los dedos sus párpados cerrados. Cuando estuvo todo lo seguro que pudo de que el torbellino que giraba en su interior no aparecía en su rostro, apartó las manos y miró al anciano a la cara.

—¿Cuándo lo has sabido? —preguntó.

La sonrisa del viejo transparentaba un asomo de tristeza.

—Hijo de mi alma, ¿cómo no iba a reconocerte desde el primer momento? Durante veinte años fuiste el hijo que nunca tuve, el hermano pequeño de mis días de combate. Me duele hasta lo más hondo que creas que podía olvidarte. Te reconocí desde el momento en que te vi cabalgar el caballo del mensajero, ese asno comido por las pulgas, colina arriba. Ya se estaba desmoronando, pero tú lo mantuviste en pie los últimos doce pasos.

Civilis cogió las manos de Valerio y abrió las palmas, y leyó las cicatrices que tenían como si le dijeran mucho más que las cartas de Corvo. Había piedad en sus ojos cuando los levantó.

—Has olvidado que la primera vez que te vi ibas cabalgando el caballo-cuervo, y éste intentaba matarte. Es bueno que un hombre recuerde, sobre todo al final de sus días, cuando los momentos de verdadera gloria han sido muy pocos y hay que atesorarlos.

—Me haces un gran honor.

¿Qué más decir? Valerio había llegado esperando un peligro físico, y estaba preparado para él. Pero no estaba preparado para aquello.

—¿Sí? —Civilis rio brevemente—. Sería preferible que tuvieses la decencia de ser sincero y decirme que tengo razón en lo que ansia mi corazón.

—¿Qué es?

—Que planeas destruir a Cerial y a la Novena legión de la misma forma que mi pariente Arminio destruyó las tres legiones de Augusto en los bosques y los pantanos al este del Rin.

Era exactamente lo que planeaba. Valerio dijo:

—¿Tu corazón ansía la destrucción de la legión a la que has jurado servir?

—Sirvo a quien me da oro para luchar, y a quien me proporcione la mayor gloria en la batalla. Cuando el hijo de mi alma vuelve a mi vida y es como Arminio vuelto a la vida de nuevo, el dinero no representa nada, ni las promesas de las legiones. Mi antepasado también estaba juramentado a las legiones. A él no se le nombra en nuestros relatos invernales como traidor, sino como a aquel que sobrepasó en ingenio a Roma. Soy viejo. He vivido muchas batallas. Cada invierno temo la fiebre de la tos y la pérdida de más dientes y la muerte lenta de un cuerpo que ha sobrevivido demasiado. Durante los últimos cinco años he rezado a los dioses-caballo a mitad del verano que me enviasen una última y gloriosa batalla, mediante la cual mi nombre fuese medido contra el de los héroes. Y este año me han respondido. Te han enviado a ti.

Las lágrimas brotaban de sus ojos orgullosos mientras hablaba. Con una terrible dignidad dijo:

—Te ruego, desde lo más hondo de mi corazón, que me dejes ir contigo y unirme a ti en lo que planeas.

Valerio tomó una pajita del suelo, la aplanó y la dobló una y otra vez. Estudiando el resultado y no al hombre, dijo:

—Yo no soy Arminio, y esto no es el Rin. He entregado un mensaje urgente a Camulodunum que sugiere una ruta que el legado podría tomar para llegar a la ciudad, a tiempo para ayudar. Como resultado, si se me pide, y cuando se me pida, conduciré a Petilio Cerial y a todas las cohortes de la Novena que pueda reunir al menor plazo posible de vuelta por la Calzada de Piedra de los Antepasados, hacia el lugar donde se quemó la torre de vigilancia hace dos noches. El camino pasa durante

el trayecto de medio día a caballo entre el bosque y el pantano. Si el legado es tan idiota como para hacer pasar a sus hombres por allí sin protección adecuada, y si los guerreros icenos están esperando, con las osas y las lanzas recién juramentadas entre ellos, entonces, puede ser que la legión Novena acabe realmente destrozada en el camino donde el primo de tu bisabuelo destruyó las tres legiones de Augusto.

Su mirada se elevó entonces para unirse a la del otro hombre y el pesar que reflejaba se superponía a las demás cosas, mucho más complejas.

—Haré todo cuanto esté en mi poder para procurar que eso ocurra. El futuro de esta tierra está en juego, y todo lo que venga después, durante generaciones. No dejaré que un anciano, aunque sea alguien que me llama hermano con todo derecho, lo ponga en peligro.

—¿Soy yo acaso un peligro?

—Puedes serlo. Si vienes, toda el ala de los batavos vendrá contigo. ¿Cuántos de todos ellos estarán de acuerdo contigo en que su juramento de servir a las legiones no es nada comparado con una muerte gloriosa en el campo de batalla?

Hubo una pausa y tiempo para reflexionar.

—Sígueme —dijo Civilis.

Las doloridas articulaciones crujieron mientras el viejo se ponía de pie. Caminó por la fila de caballos hasta el de las patas blancas, descendiente del *Cuervo*. Éste no apuntó con sus orejas hacia él ni amenazó con morderle. El hombre cogió una tira de cuero blando que colgaba de un clavo y la convirtió en un ronzal. El caballo sacudió la cabeza y le dejó que se lo pasara por encima de las orejas.

El anciano exhibió sin vergüenza alguna su cariño acariciando con las manos, retorcidas por la edad, el rostro del animal. Al cabo de un rato dijo ásperamente:

—Los escuadrones batavos cabalgarán con la Novena de todos modos, me una yo a ti o no. Tienes razón, soy viejo y me honran, pero al menos la mitad de ellos han jurado con sangre unirse a mi sobrino Henghes, que está totalmente entregado a Roma y no le importan nada los nombres de sus antepasados. La otra mitad, creo, me seguirá. No lucharán contra sus camaradas, pero sí lucharían contra las legiones en apoyo de tus guerreros si me vieran a mí hacer lo mismo. No es lo que yo querría, pero es lo mejor que puedo ofrecerte.

Civilis se volvió, levantando el ronzal.

—Excepto esto que también puedo ofrecerte, este potro. Es el nieto del *Cuervo*, y tiene algo de su fuego, aunque no todo su odio. No puede compararse con el caballo que sigue ocupando tu corazón, pero tampoco es tan difícil de cabalgar ni de manejar. Si tuviera tu edad, lo montaría para ir a la batalla y me sentiría honrado de que me llevase.

Valerio notó el cansancio posterior a la batalla, y eso que todavía no había luchado. Sin intentar ocultarlo preguntó, con rudeza:

—Civilis, no esperaba tanto. ¿Cómo podría agradecértelo?

—Caminas con un dios a cada lado, Valerio. Hazles a ellos tus preguntas, no a un

viejo que anhela su compañía. Roma me considerará un traidor, pero los dioses y mi pueblo sabrán que he seguido los pasos de Arminio, un hombre a quien admiro por encima de todos los demás. ¿Qué mayor gloria puede haber que ésa?

VIII

Al amanecer del día siguiente, seis cohortes de la legión Novena marchaban hacia el sur, hacia Camulodunum, recibiendo de lado el viento cargado de sal.

Una luz gris y tempestuosa se reflejaba en los tres mil cascos pulidos y en las volutas de las armaduras mantenidas libres de óxido por los cuidados cotidianos. Marchando de cuatro en fondo, con la distancia de dos jabalinas entre cada hilera y doce entre cada cohorte, la legión marchaba ligera y rápida, sin llevar ni mulas ni carros, sino que cada uno llevaba su propio petate, y cada hombre iba cargado solo con la comida y el equipo suficiente para dos acampadas nocturnas.

El águila de la legión y los estandartes de la cohorte se apiñaban en un bosque escarlata y resplandeciente en las primeras filas, flanqueadas por los oficiales con sus caballos y la caballería, mejor montada, justo detrás. Esas primeras filas partieron al amanecer. Los últimos hombres, que aguardaban su turno, pasaron a través de las puertas que daban al este de la fortaleza oriental hacia el mediodía. Entre ellos iba una ininterrumpida fila como una serpiente de hombres montados y a pie, con sus pisadas acompasadas.

Marchaban hacia el sur a lo largo de la Calzada de Piedra de los antepasados, una ruta comercial pavimentada tan antigua que centenares de generaciones de carreteros habían ido conduciendo su hierro en crudo, sal, cobre y esmalte a lo largo de ella desde los puertos del sur del gran río a aquel puerto de mar, con su acceso a las tierras aisladas por la nieve al otro lado del océano, y transportaban los perros, el cuero y el ámbar nórdico y el marfil de morsa y los corderos y las balas de lana negra hacia el sur, al gran río, y desde allí a la Galia, las Germanias, Iberia, Roma y el resto del imperio. Las legiones usaban aquella ruta y la habían reparado, pero ya era vieja cuando Roma era joven, y había sido una arteria comercial cuando los antepasados todavía usaban el sílex para poner punta a sus lanzas.

Un ala entera con quinientos hombres de la caballería batava trotaba a cada lado de la cohorte de vanguardia, y los cascos martilleaban en la piedra como el sonido de un trueno distante. Eran hombres corpulentos, de anchos hombros, armados con cotas de malla y con mantos de lana de oveja sin teñir, con cuadros verdes como esmeraldas engastadas en el borde. Iban hacia una posible guerra sin cascos, con el pelo dorado atado sobre la sien derecha y los brazos desnudos al sol, para así mostrar mucho mejor la cantidad de brazaletes de oro, esmalte y plata que constituían su orgullo y su riqueza.

Como sus jinetes, los caballos eran robustos, castaños y fuertes, e iban enjaezados todos con excelente piel de buey y gran cantidad de plata en los engastes. Cada

montura llevaba la crin recién recortada y la cola atada para evitar que proporcionasen un buen asidero para el enemigo en la batalla. Los batavos habían aprendido desde la niñez que si tenían la mala suerte de quedar desarzonados en combate, debían agarrarse a la cola de un caballo enemigo y subirse a éste, arrojar al jinete y quedarse ellos la montura. Veinte años de hostilidades entre las tribus de Britania no les habían convencido de que los guerreros contra los cuales luchaban nunca soñarían en agarrarse a la cola de un caballo que pasara a su lado.

Valerio iba cabalgando a la cabeza con Civilis a un lado y Longino al otro, y solo los portaestandartes entre él y el legado, Petilio Cerial. Su montura era el potro de patas blancas y casi negro, con un bonito cuello, cuya crin y cola, ante su insistencia, habían quedado sin recortar y sin atar.

Civilis parecía ciego ante los vicios de un caballo al que estaba claro que adoraba, o bien le endulzó la verdad al hacerle aquel regalo. El animal no era mucho más fácil de cabalgar que el caballo-cuervo que había engendrado a su padre, sino que solo era más joven y menos predecible. Respingaba y daba espantadas cuando le tocaba un rayo de sol o se movían las hierbas junto al camino; daba cabezadas a cada soplo de viento o a cada ruido de las armaduras en las filas. No había conseguido desarzonar a Valerio de su lomo solo porque éste estaba advertido y sabía que lo intentaría, y tenía la práctica de haber cabalgado a su abuelo.

A medida que progresaba la mañana una niebla furtiva y traicionera se fue apoderando de la luz que quedaba, de modo que hacia el mediodía iban cabalgando en la oscuridad, como si fuera de noche. Apartado de su entorno conocido, el potro casi negro se volvía más testarudo, desviándose tres pasos de lado por cada uno que daba hacia delante. Los hombres de cada lado le dejaban espacio libre, sonriendo. Valerio se mordía el labio inferior y maldecía con toda su alma en hibernio.

En un momento en que su caballo se había puesto en paralelo con el de Longino durante más de un paso, el tracio le dijo:

—Te gusta el animal.

Valerio arqueó una ceja.

—No tanto como tú crees. Si conseguimos volver al poblado, puedes quedártelo. Volveré al caballo-cuervo.

—No, gracias. A algunos nos gusta cabalgar sin temer por nuestro cuello. Me parece bien el caballo que me han dado. Es mucho mejor que el que tenía cuando vine.

Longino llevaba un caballo zaino indistinguible de cualquier otro de las cohortes batavas. Su única preocupación, expresada la noche anterior, era que respondiese a los gritos de batalla batavos, que le resultaban totalmente desconocidos, y encontrarse por tanto car ando hacia el enemigo en un momento que él no hubiese decidido. Quién o qué podía ser aquel enemigo era algo que no habían discutido: los dos recién llegados estaban cenando como invitados de Cerial por aquel entonces, palomas torcaces asadas con miel, higos y olivas, regadas con buen vino tinto, y la única

sombra de la velada fue la negativa de Valerio a beber algo más fuerte que el agua.

Valerio no pretendía insultar a nadie, y lo arregló más tarde informando de su posición como León de Mitra ligado por su juramento. Averiguó entonces que era el iniciado del inmolador de toros de más alto rango en la legión Novena, porque al centurión que era Padre antes se lo había llevado el dios por un brote de neumonía epidémica en invierno, y pasó el tiempo entre la segunda y la cuarta guardia, dos horas antes y después de medianoche, dirigiendo un ritual de iniciación en el santuario-bodega debajo de los almacenes del intendente.

Longino, que prefería los dioses lunares de Tracia en lugar del recién llegado persa, no tuvo conocimiento de los ritos subterráneos y solo vio la nueva paz en el rostro de Valerio cuando emergió, de modo que parecía que una noche de sueño perdido después de todo no había sido ningún desastre.

Más tarde, a la luz gris anterior del amanecer, con el primer rocío salpicando la hierba y los gallos cantando, los dos fueron andando y se adentraron en los cercados de los caballos, dirigiéndose hacia otro santuario del cual les habló Civilis, donde se había tallado la imagen de una yegua corriendo en una roca por encima de un manantial. Encima se encontraba la marca mucho más antigua de una luna y una liebre, y ambos hombres vertieron agua como libación a sus respectivos dioses, y cada uno por el otro.

También vertieron agua ambos por Civilis, sin saber ninguno de los dos claramente qué significaba aquello. Pensando en ese hecho, Longino dijo en tracio:

—Tu antiguo hermano es viejo. Ésta es la última oportunidad que tiene de hacer que su nombre pase a la historia. No tienes por qué sentirte responsable si elige una muerte honrada en la batalla.

El camino discurría junto a una pequeña laguna. Un trío de patos echaron a volar entre un revoloteo de alas y graznidos ofendidos. El potro de patas blancas giró sobre sus corvejones, con los ojos enloquecidos y bufando. Valerio juró en tracio, batavo, galo y latín, y lo devolvió de nuevo a la fila. Sin aliento, dijo:

—No soy responsable de las acciones de otro hombre. La vida de Civilis le pertenece a él, y puede tratarla como quiera. Si pone en peligro lo que planeamos hacer lo mataré yo mismo, lo juro.

—Lo sé. Ya he visto hasta dónde llegarías por los icenos —Longino apartó su caballo a un lado para evitar un bache abierto en mitad del camino, maldiciendo a los vagos ingenieros romanos y los destrozos del invierno—. ¿Qué vamos a hacer si sus batavos no le siguen como él ha dicho?

—Pues combatir contra ellos, igual que pensábamos hacer desde el principio. Si llegamos hasta ese momento, cosa que igual no hacemos. Si levantas los ojos verás que el legado ya ha visto el lugar donde el bosque se une al pantano y el camino pasa entre ambos. Creo que quizás haya recordado las historias que le contaron cuando era un joven tribuno, de cómo Arminio exterminó a tres legiones en el Rin.

Petilio Cerial cabalgaba en un castrado blanco de ojos azules con una salpicadura

castaña en una oreja. Levantaba mucho al pisar las patas delanteras, y no parecía que pudiera sostener a un hombre mucho tiempo en combate. Inclinándose habló un buen rato con un joven mensajero que cabalgaba a su lado, que se salió de la fila y volvió hacia el lado de Civilis.

—Su excelencia desea señalarte el peligro de emboscada que hay más adelante, allí donde el camino queda atrapado entre el bosque y el pantano. Te pide que cojas a los más valerosos de tus guerreros batavos y, llevando contigo al mensajero de Mitra que tiene la habilidad de ingeniero —y dedicó una mirada de soslayo a Valerio—, te adelantes hasta el lugar del campamento nocturno para asegurarlo en contra de posibles ataques hasta que las cohortes de la legión que vayan avanzando se unan a ti. Además ordena que, si te atacan, no esperes órdenes sino que actúes según tu propio criterio de estratega, curtido desde la época de la invasión, para repeler al enemigo. Yo tengo que ir contigo para aprender las tácticas de la guerra.

Era un mensaje muy largo y transmitido en una voz que se rompió hacia el final bajo la presión de la responsabilidad. El joven era un romano de alta cuna, tercer hijo de un magistrado, y entusiasmado por el servicio a su emperador. Era uno de los que habían recibido la marca del cuervo de Mitra en la bodega, a medianoche, y todavía estaba blanco y con los ojos enrojecidos por el humo, y con el tembloroso fervor de aquel que ha visto el rostro de su dios y no puede hablar de ello excepto en el clamor de su propio corazón.

Civilis le sonrió con la blanda indulgencia que reservaba para el niño caballerizo, Arminio, su bisnieto, que había recibido el nombre del hombre que destruyó tres legiones de Roma. Dijo:

—Gracias. Mis hombres ya están elegidos. Ahora seguirán las órdenes del legado. Que él tenga larga vida y la cercana compañía de sus dioses.

El anciano levantó una mano. Si su saludo era ambiguo, ni el joven ni el legado lo comentaron. Un batavo de la fila trasera llevaba colgado de su lanza un gallardete de color rojo con un roble dibujado en negro. A la señal de Civilis, lo levantó bien alto con una mano y con la otra empuñó un cuerno de vaca con la punta de plata y se lo llevó a los labios.

El ruido, cuando sopló, no era muy distinto del que emitían los patos que se habían levantado volando de la laguna, pero sí más largo y más potente. Valerio se quedó muy quieto, esperando que el potro de patas blancas explotase bajo su cuerpo, y se sintió agradablemente sorprendido al notar que éste solo enderezaba las orejas y se quedaba quieto. Justo detrás, doscientos cincuenta hombres a caballo, aquella mitad del ala de Civilis en la que más confiaba, se separaron a cada lado de la columna y cabalgaron hacia delante, dejando atrás a la infantería. Moviéndose al trote y enseguida a medio galope condujeron a sus caballos a las estrechas franjas de tierra sin pavimentar a cada lado de la calzada, donde la hierba era mullida bajo los pies.

Valerio arreó a su potro y lo condujo hacia delante, apartándose algo del resto. Longino se puso a su nivel, riendo. Le dijo en tracio:

—El mensajero romano se ha enamorado de ti. ¿He sido sustituido?

A gran velocidad, el potro de patas blancas resultaba inesperadamente seguro. Valerio iba sentado con ligereza, esperando que acabase. Dijo:

—Solo si quieres, y no por él, desde luego. Le marqué la noche pasada en presencia del dios y cree que al hacerlo llamé al dios para que le hablase. Ha olvidado que los dioses eligen libremente a quién quieren aparecerse y con quién desean hablar, y que no los llaman nunca aquellos a quienes siguen, por muy cuidadosamente que aprendamos las palabras de los ritos.

Longino silbó.

—¿Es sensato llenar a las legiones de fervor piadoso, cuando podemos estar luchando contra ellos al final del día?

—Fue lo que el dios requirió de mí. No he tenido tiempo para preguntarme si era sensato o no.

Valerio chasqueó la lengua y azuzó a su montura a mayor velocidad, y los dos caballos regalados, ambos entrenados por Civilis, respondieron a la orden estirando el cuello y el lomo, y el tamborileo de sus cascos resonó sobre la hierba como en los pastos veraniegos.

* * *

A mitad de la tarde, doscientos cincuenta jinetes de la caballería batava galopaban hacia el único lugar defendible y adecuado para establecer un campamento nocturno en la parte boscosa de la Calzada de Piedra de los antepasados.

Se encontraba en una hondonada natural, un hueco amplio y poco hondo donde la calzada bajaba siguiendo el desnivel de la tierra y torcía al mismo tiempo hacia el interior, apartándose del pantano. El bosque había sido talado por ambos lados por los hombres de la Novena en el tiempo en que lo usaron como campamento, en su primera marcha hacia el norte. Desde entonces, los legionarios que pasaban habían mantenido limpia la zona en torno a los márgenes del campamento, dejando la madera cortada en pilas para los fuegos y para tablas, pero las zanjas y las letrinas se habían rellenado hacía tiempo, y la hierba y el musgo crecían de nuevo por encima. Tenía que verse que la paz del emperador reinaba en el este, y la presencia de un campamento militar activo junto a la mayor arteria comercial que iba hacia el norte desde la capital de Camulodunum no cuadraba bien con ese hecho.

La hondonada amortiguaba los ruidos de los caballos, de modo que entraron en paz. Cerca, el agua murmuraba con un sonido musical al abrigo de los árboles cercanos. En algún momento de las últimas dos décadas, un ingeniero con tiempo libre e iniciativa había cavado una zanja en el pantano y pasado una serie de tuberías de arcilla cocida al fuego bajo el camino, que desaguaban en unos abrevaderos

vidriados de distintos tamaños, empotrados en un lado de la hondonada.

El agua del cenagal goteaba en ellos a un ritmo regular, y luego volvía a salir por unas depresiones en las esquinas, acabando por desaguar en un pozo de absorción cubierto de guijarros que quedaba debajo, de modo que los caballos podían beber y los hombres bañarse, aunque con agua helada, y la tierra que había debajo no quedaría empapada como un lodazal a la segunda mañana.

Un legionario con mucha menos imaginación que el ingeniero había tallado unas imágenes rudimentarias y burdas a base de palotes de un caballo o un hombre a cada lado del abrevadero, para que los que vinieran a continuación no confundieran los recipientes que eran para abrevar los animales con los destinados al baño.

Los batavos desmontaron al galope y llevaron a sus sudorosos animales hasta el abrevadero. Valerio, que llegó más tarde y más despacio, descendió y condujo a su animal por el ronzal en torno al margen del campamento.

La niebla del pantano era menor allí, como si se agarrase al bosque o quedase sujeta en los márgenes de los árboles por una fuerza desconocida. Sobre la hondonada se cernía una nube de cristales de nieve de un blanco verdoso a lo largo de los bordes elevados de la zona de relleno, donde antes estaban las trincheras circundantes. Capas de hojas muertas cubrían los caballones, así como un círculo incompleto de hongos, podrido por la parte central y roto por el esqueleto grisáceo de una cierva. Faltaba la pata posterior y tenía la mandíbula fracturada de forma irregular, con marcas de garras en toda su longitud que señalaban el lugar donde la había atacado el oso.

Longino dio una patada al borde roto de la mandíbula.

—A las osas les encantará ver esto.

Valerio dijo:

—Las osas fueron las que lo dejaron aquí. Mira el borde interior de la mandíbula: tiene la marca de la garra de osa de Cunomar. Los ritos de la osa debilitan a los legionarios, o al menos eso creen ellos —clavó un hierro corto en el suelo—. Ponte aquí y dime si me salgo de la línea.

Durante diez años habían hecho aquello juntos: marcar los límites exteriores de un campamento de marcha. Valerio fue retrocediendo, desenrollando un hilo de lana aceitada a partir de la estaca de marcar. Longino cerró un ojo y le miró.

—Medio paso a la izquierda —dijo, y luego, un poco después—: Otra vez a la izquierda. Es ese caballo loco, no avanza recto. Te estás torciendo hacia la derecha.

Anduvieron y marcaron. Ya casi al final Civilis vino a mirar. Valerio dijo:

—Haz que tus hombres empiecen a cavar. Un campamento normal, del tamaño normal, todo normal. Yo marcaré las líneas de las tiendas.

Media ala de batavos, lanzando afables maldiciones, agarraron los azadones y las palas que llevaban en sus equipajes. Trabajando en parejas empezaron a romper la tierra verde. Eran hombres fuertes, acostumbrados a la guerra, pero el primero de cada pareja ponía muchísimo cuidado en levantar la hierba con sus cristales de nieve encima y dejarla a un lado, para volver a colocarla con idéntico cuidado por la

mañana cuando levantaran el campamento.

Por todas partes se daba la vuelta a la hierba y el musgo para marcar las líneas de las trincheras. Las paletadas de tierra desmenuzada, muy trabajada ya, se convirtieron rápidamente en rampas en el interior de las trincheras. Bajo la dirección de Valerio se excavaron unos pequeños parapetos, poco más que terrones en la hierba, siguiendo las líneas del campamento, para marcar a los legionarios que venían dónde colocar sus tiendas de ocho hombres, así como los pabellones más grandes y majestuosos de los oficiales. Mucho antes de que hubiesen acabado, el sonido de la marcha llegó hasta ellos por la calzada y aparecieron entre la niebla el oro y escarlata de los estandartes.

Los oficiales ya estaban desmontando. Detrás de ellos, los primeros cuatro hombres de la infantería llegaron a la hondonada y se detuvieron. Los batavos aullaban insultos, la caballería saludaba a la infantería como siempre había hecho por llegar tarde al campamento o a la batalla. Sonriendo, el corneta de la infantería que iba en vanguardia levantó su cuerno y sopló. El sonido rebotó por encima de la columna que marchaba y fue repetido una y otra vez a lo largo de las filas hasta la última centuria de la última cohorte, donde los hombres cansados lo oyeron y supieron que el descanso y la seguridad se encontraban más adelante.

Valerio, que en su faceta de ingeniero había empezado la parte más dura de marcar el campamento ahorrando así muchas horas de trabajo, levantó su cuchillo de desollar como saludo y saludó burlonamente a los recién llegados en latín, batavo, tracio y uno de los dialectos nativos, enteramente desconocido para los hombres de la legión Novena. Todos le gritaron y respondieron amablemente con amistosas obscenidades.

Desde el bosque cercano, casi inaudible entre el estrépito de la marcha y de la llegada de los hombres que metían la cabeza en el agua canalizada por las tuberías de arcilla, un solitario búho ululó tres veces a plena luz del día.

IX

Bello el Ciego montaba guardia contra las legiones de Roma desde el costado de una fogata apagada, en la casa grande de Mona, ahora desierta.

El frío le mantenía despierto y tenía la mente bien aguzada, aunque los olores demasiado familiares de la hoguera, de la turba, el tejado de paja y los pensamientos de última hora dejados por guerreros y soñadores que habían partido ya podrían haberle distraído. Tantos hombres y mujeres habían vivido en la casa grande y el asentamiento que había a su alrededor, tantos niños nacidos allí, tantos ancianos y no tan ancianos habían muerto allí, donde se sentaba ahora Bello… Cada uno había tallado algo en las vigas del techo, y cada uno había dejado tras de sí la huella de pensamientos y recuerdos. No eran malos pensamientos, ni recuerdos feos, pero hacían que le resultase mucho más difícil concentrar su atención.

Se había entrenado tres años enteros para aquello; no era imposible, solo duro. Sin ver, miraba el lugar donde había estado el fuego, y extendía su mente mucho más allá de las fronteras del asentamiento, hacia las costas de la isla de los dioses, y luego más allá aún, hacia las traicioneras aguas de los estrechos hacia tierra y el muro de hierro y sudor y caballos y hombres doloridos, asustados, esperanzados, furiosos, decididos, que dormían en tiendas en las montañas de la costa lejana.

La urgencia le había dado una confianza de la que carecía antes. En los primeros días de su ceguera, hacía ya tres años, Bello había rezado a todos los dioses que conocía para que se le permitiera ver de nuevo. Dormido o despierto, o corriendo levantando mucho los pies para evitar otra caída, bajo los cuidados de Luain macCalma, Anciano de Mona, Bello había creído que se podría curar. Las habilidades de macCalma eran legendarias, y el golpe en la cabeza que le arrebató la vista a Bello no era duro, apenas le había causado un leve dolor de cabeza. Parecía que existían pocos motivos para temer que la luz quedase desterrada de su vida para siempre.

Pero solo más tarde, rememorándolo, pudo recordar el momento en que el gusto de las infusiones que le habían dado a beber se había vuelto menos amargo, y las historias que contaba macCalma junto al fuego habían cambiado y en lugar de cuentos de jóvenes belgos de cabellos dorados que cabalgaban hacia la victoria sobre sus enemigos, habían pasado a otras de soñadores ciegos de los antepasados que habían sufrido muchas penalidades durante años para aprender cómo caminar en los otros mundos y así conseguir salvar a su pueblo de la destrucción.

Entonces, en los días de los antepasados, niños de gran talento eran escogidos tempranamente y se les mostraban todas las maravillas de todos los mundos, y luego se les cegaba con hierros al rojo para que al sellar la vista en éste, el más pequeño de

los mundos, les abriese mucho más plenamente a las visiones de los otros.

Bello llegó a comprender que Luain macCalma jamás habría cegado deliberadamente a nadie que tuviese a su cargo, por muy dotado que estuviese para los sueños, pero que si llegaba a él un joven que hubiese perdido la vista por accidente y si sospechaba que aquel joven podía estar poseído por un talento que se extendía mucho más allá de lo que se había explorado jamás, consideraba su deber como Anciano y como curador probar los límites de ese joven.

Eso también se lo fue diciendo poco a poco, con cuidado y por grados. El punto de inflexión llegó un día de primavera, casi un año después de que le hubiese sobrevenido la ceguera a Bello. Estaba sentado fuera, junto a la choza pequeña, cuando notó que el alto y esbelto Anciano venía a colocarse de pie junto a la primera piedra de las que cruzaban el arroyuelo. El sueño de macCalma era la garza, y era mucho más fácil pensar en él como ese animal. En la vacía oscuridad de su mente, Bello se imaginó las largas patas en ángulo y el pico agudo como un puñal, y se acorazó contra su pinchazo. El Anciano se volvió y se alejó caminando, haciendo un suave ruido con los pies sobre la hierba de primavera y las hojas caídas durante el invierno. Cuando se encontraba a cierta distancia, dijo:

—¿Dónde estoy?

Le había hecho la misma pregunta tres días seguidos, casi desde el mismo punto.

—Junto a la curva del arroyo —dijo Bello, cansado, y entonces, como su tarea para aquel mes era pintar imágenes claras en la mente de todas las cosas que no podía ver, lo rellenó con todo lo que pudo imaginar del arroyo y del dosel de hojas de roble, avellano y sauce con las largas hojas primaverales y los primeros atisbos de amentos.

Colocó en su lugar las rocas para cruzar la corriente, con el musgo húmedo y fresco y el agua formando remolinos alrededor de un pinzón, porque le parecía que eso era lo que tenía que hacer, y luego se sorprendió al ver que su mente se llenaba con los detalles de macCalma como hombre, alto y esbelto, de pie con un pie en alto, sujetando una espada desenvainada en la mano izquierda. En su mente, el Anciano inclinaba la cabeza hacia un lado y levantaba una ceja.

Molesto, Bello dijo:

—Tienes el pie derecho en la primera piedra, y llevas una espada que no fue hecha para ti.

—¿Ah, no? ¿Y para quién fue hecha?

El atisbo de duda en la voz del Anciano espoleó a Bello, que contestó:

—Valerio la hizo por hacerla. No tenía en mente a nadie para que la empuñase, pero luego tú fuiste a su fragua de Hibernia cuando la estaba forjando con la noticia de que su hermana había muerto, y la espada lleva todos los temores e iras de aquel día.

—¿Y cómo sabes todo eso?

—Te he oído dar golpecitos al hierro con el dedo, ¿cómo si no?

—Si puedes decirme cómo sabes, por los golpecitos del dedo, lo que sentía el

herrero cuando hizo la espada, me interesaría mucho averiguarlo.

La voz, de pronto, sonaba más cerca. Algo había cambiado en el aire, el roce de un pie en la roca y una mano que se apartaba del lugar donde descansaba. En el mundo de oscuridad que era la ceguera de Bello la garza era ahora con toda intensidad un hombre, de modo que cada una de las líneas del rostro del Anciano aparecía nítida ante él. Así de cerca, era difícil dudar de que macCalma hubiese engendrado a Valerio. Había demasiadas coincidencias entre ambos.

Herido, Bello retrocedió. Notaba que le picaban los ojos y tenía la piel de la garganta enrojecida e irritada.

—Yo no soy un vidente. Si el futuro estuviese abierto para mí, ¿crees que habría tomado el camino que lleva ala ceguera? No puedo ser lo que tú quieres que sea. ¿Por qué no podemos olvidarnos? Aunque yo fuera romano no me torturarías de esta manera.

—¿Es una tortura esto, Bello, de verdad? —macCalma le había seguido. Unas manos frías y callosas le sujetaban el rostro a cada lado, volviéndolo hasta que las lágrimas que resbalaban por él, que habrían podido quedar ocultas, fueron expuestas —. ¿Todavía te duele?

Seis meses de silencio se desmoronaron de repente sin advertencia. Sollozando abiertamente, Bello se dejó caer sentado en la piedra.

—¿Acaso el dolor tiene que ser del cuerpo, para ser real? Yo quiero ver otra vez, ver el océano, los árboles, la casa grande, aunque sea solo una triste sombra de lo que fue en tiempos. Quiero ver ponerse el sol, y salir la luna, y las nubes de tormenta cubrir las estrellas. Quiero ver las cosas pequeñas: el arañazo en el costado del vaso en el que bebo por la mañana, el carrizo que se alimenta de mi mano, una hoja caer de un árbol, un día sin viento. Quiero ver un perro a distancia y saber cuál es su color, ver la mirada de los ojos de un caballo y saber si Valerio lo ha entrenado, y si es así, si se puede cabalgar a salvo o no; quiero ver la primera mirada de un cordero cuando se pone en pie, después de nacer. Siento como si alguien me hubiese puesto una venda en torno a los ojos como una broma de mal gusto, y quiero que me la quiten. Quiero que tú me la quites.

Bello estaba de nuevo sumido en la negrura, y pensó que macCalma le había abandonado. Se sentó en la piedra y volvió el rostro hacia el viento y no oyó nada, y se preguntaba si se habría vuelto también sordo, que sería el fin de la vida.

Dio un salto cuando unos dedos esbeltos se apoyaron en su hombro, y la voz de macCalma, despojada de toda mofa, dijo:

—Bello, lo siento muchísimo. Con toda esta planificación, se me había olvidado lo que es ser joven y estar indefenso y sufrir…

Los dedos se desplazaron por el brazo de Bello, unas manos firmes, de sanador, que sabían muy bien lo que hacían. Sin resistirse, dejó que le cogiesen la mano derecha y notó el pomo de la espada que Valerio había forjado en la palma. Confuso, la agarró, sintiéndose torpe por su carencia de habilidad guerrera. Aun así, la

familiaridad que despertaba le atravesó entero, tan brillante como una mañana de Hibernia.

Nunca había sostenido aquella espada antes, pero sabía sin esfuerzo cómo equilibrar su peso, y conocía los rebordes del pomo. Como si fuera el suyo propio, notaba el miedo y el dolor y la rabia que corrían por Valerio cuando iba golpeando la última parte de la espada para darle forma en su yunque.

La rabia se apoderó de él, haciendo eco de su propio dolor y enviándolo a su conclusión natural. Antes de que pudiese detener aquella idea, Bello se vio muerto a la manera romana, echándose hacia delante sobre la espada, de modo que toda ella entrase en su pecho por delante y sobresaliera, húmeda, por la espalda.

Conmocionado, dejó caer la espada y oyó el sordo ruido del hierro en la hierba. Imaginó que la sangre salpicaba y formaba regueros por la hierba verde y él no podía hacerla desaparecer. Luego miró hacia arriba y vio que una garza emprendía el vuelo, y supo sin embargo que en el mundo de su ceguera macCalma no se había movido.

Algo se abrió en el interior de la cabeza de Bello y vio el círculo de la garza por encima del arroyo y notó la media sonrisa de macCalma y vio también a su propio fantasma saludar a Briga, que gobernaba la muerte, y dar los primeros pasos hacia las tierras que hay más allá de la vida antes de desvanecerse en un futuro que nunca ocurriría.

No dejaría que aquello sucediera. Si su primera profecía resultaba ser falsa, sería la última; nadie le pide visiones a un profeta fallido. Bello se quedó sentado en el suelo, respirando lentamente, y el dolor agudo que sentía en las sienes fue menguando. Dijo:

—No voy a tirarme encima de esa espada, ni ahora ni nunca. Ocurra lo que ocurra, no es el futuro. No quiero ser adivino, de verdad.

—Cosa muy afortunada, porque tendrías que entrenarte durante veinte años o más para acercarte algo, y aun así, no siempre es fácil interpretar qué sueños nos muestran futuros que solo podrían ocurrir dadas determinadas condiciones y los que son seguros.

—¿Existen los sueños que se cumplen?

—Muy pocos, en mi experiencia. Hay muchos más que nacen, simplemente, de ansiedades no comunicadas. La visión que tenías de ti mismo muriendo era un temor, no un futuro. Son dos cosas muy distintas.

MacCalma se agachó a recoger el arma. Bello sentía su brillo, no como el movimiento del aire, sino como una conciencia cruda que le permitía notar la esencia de la hoja y el hombre que la había hecho superpuesto con el alma de la garza del Anciano que la sujetaba en sus palmas.

MacCalma dijo:

—Los soñadores ciegos de los antepasados raramente escogían ser videntes. Sus habilidades se usaban mejor de otras maneras. Como pasará contigo.

—¿Qué otras maneras?

Estaban uno frente a otro, con el arroyo discurriendo a su lado. El agua

murmuraba y gorgoteaba por encima de las piedras suaves. Las formas de las piedras formaban esculturas que se mezclaban en la mente de Bello de forma muy distinta a las imágenes creadas mentalmente, como si se hubiese abierto una puerta y la tierra que había más allá no estuviese nublada por la ceguera. Se agarró las rodillas con las manos.

—No comprendo cómo puede resultar útil ver el temor y la ira.

—¿Ah, no? No solo puedes ver el miedo y la rabia, sino también todos los sentimientos fuertes. Aun así, supón que un ejército enemigo viniera a combatir y tú pudieras conocer las esperanzas y temores de los hombres que luchan en él. ¿Acaso no ves cómo beneficiaría eso a nuestros guerreros? ¿O a nuestros soñadores? No es sencillo enviar sueños a unas mentes nubladas. Es mucho más fácil tomar los hilos de los temores que ya existen y tejerlos para hacer algo más fuerte. Los hombres que luchan con miedo mueren con miedo. Si nos enfrentamos a una superioridad abrumadora, conocer bien sus temores puede ser nuestra mejor esperanza… la única.

Entonces no había ningún ejército de legionarios acampado en los estrechos. La guerra en Mona parecía imposible; Roma era una amenaza distante, con las legiones empantanadas en una lucha interminable, al parecer imposible de ganar, contra las tribus del oeste de Britania. En su ingenuidad, Bello dijo:

—Los guerreros de Mona se cuentan por miles. Los soñadores doblan ese número, y son dos veces más peligrosos. ¿Cómo iba a superarnos ningún ejército, cuando deben cruzar los estrechos en barco, diez cada vez, o intentar nadar en columnas, remolcados por sus caballos?

Se había cerrado un poco el mundo que se acababa de abrir. Sentado junto al arroyo, con los sentidos muy alerta, Bello había experimentado, por primera vez, lo que era tener la mente protegida contra su nueva forma de ver.

Desde el extraño abatimiento que súbitamente había venido a oscurecerle, macCalma había dicho, con bastante amabilidad:

—Debemos atraer a las legiones hacia el oeste si Breaca quiere tener alguna posibilidad de liberar el este. Para hacerlo, quizá tengamos que sacrificar Mona.

—¿Cómo?

—Ya lo verás, si es que ocurre. No se destruirán vidas porque sí; de todos los que viven aquí, se enviará al máximo posible hacia el oeste, a Hibernia. Ya tenemos los barcos esperando.

—Pero entonces Mona quedará indefensa.

—No del todo. No la dejaremos vacía, y los dioses tienen formas de proteger lo que es suyo; pero aun así, parece probable que haya un ataque por parte de al menos una legión o dos en esta isla. Cuando llegue el día, te necesitaremos como nunca hemos necesitado antes a ningún hombre. Si nos ayudas a destruir todo lo romano y expulsarlo de esta tierra, ¿aprenderás lo que yo pueda enseñarte de la forma de andar entre los mundos?

El día se había quedado como suspendido. Los brincos de la corriente, los

parloteos de los niños en la casa grande y los suspiros del viento se habían acallado. Solo el carrizo que venía a alimentarse cada día de la mano de Bello cantaba claramente. Los soñadores decían que el carrizo era la más poderosa de todas las aves, amada de los dioses porque solo ella podía volar más alto que el águila, y ver más allá todavía. Sin nada que oscureciese la pureza del sonido, las notas en espiral ascendieron hacia el cielo, tan bellas como hojas que caen sin viento en el otoño.

—Si crees que yo soy capaz —dijo Bello—, lo haré lo mejor que pueda. No prometo tener éxito.

La garza, que era macCalma, fue mucho más amable de lo habitual cuando dijo:

—Los dioses nunca piden que se prometa el éxito, solo que lo intentemos.

* * *

Durante tres años Bello había intentado con todas sus fuerzas aprender todo lo que macCalma podía enseñarle.

Con cada año sucesivo había visto que el sacrificio de Mona se acercaba más y más con una tozudez implacable que le había conmocionado mucho más profundamente a cada paso.

Valerio había tomado parte en ello, dirigiendo a los guerreros a la batalla para permitir la evacuación a través del breve mar hacia Hibernia de soñadores y niños, ganado, manadas de caballos de cría y todo cuanto era sagrado y podía transportarse.

La casa grande no se podía transportar. Los antepasados la habían construido de tal modo que soportó tormentas y tempestades y todas las pruebas de los soñadores, pero las enormes vigas de sus muros y la hierba del techado, que eran va antiguas cuando los dioses eran jóvenes, formaba parte integrante de Mona, como las rocas de la costa y los bosques del interior; no se podían desarraigar y transportar en barco al oeste, a Hibernia, por mucho que lo hubiesen deseado.

Con su largo linaje de soñadores, con las tallas en las vigas del techo mostrando el sueño de cada anciano, que se remontaba a centenares de generaciones, la casa grande de Mona era el más profundo de los sacrificios de macCalma, destinado a atraer al gobernador romano para que atacase la isla y así comprometer sus fuerzas en una batalla que no podía ganar contra un enemigo que ya había volado del campo de batalla.

El plan había tenido éxito en proporción al coste. Con horrorizada admiración Bello había contemplado cómo era asesinado un gobernador romano pacifista y cómo su sucesor, elegido por sus habilidades militares, era incitado a una guerra cada vez más sangrienta contra los siluros y los ordovicos. Esas dos tribus habían defendido el oeste con éxito durante treinta años, desde la invasión. Bajo la atenta guía de macCalma, gradualmente, y al parecer de forma involuntaria, se habían ido

replegando, atrayendo a las legiones hacia el oeste con lentitud, por grados, a medida que el verano se transformaba en otoño y la estación de lucha llegaba a su fin.

Notando que la victoria se acercaba, el gobernador romano había avanzado con dureza al comienzo de la primavera, hasta acampar con dos legiones completas y ocho alas de caballería en los valles de tierra adentro, a menos de medio día a caballo de las malévolas corrientes de los estrechos que custodiaban Mona. Un ejército tan grande para someter a una isla diminuta, que un guerrero con un buen caballo podía recorrer en todo su perímetro en solo un día.

Las legiones tenían miedo de Mona, y de los hombres y mujeres que allí vivían bajo el cuidado de los dioses. Eso resultaba obvio para todo el mundo, fuera cual fuese su capacidad de visión y su preparación. Para averiguar cuál era exactamente la forma y la medida y la textura de esos miedos Bello estaba sentado junto al fuego frío y enviaba su mente más allá de los confines de su cuerpo, como le habían enseñado.

Se estaba volviendo cada vez más fácil, con la práctica. La parte más dura era siempre cruzar el breve trecho de mar que dividía la tierra principal de la isla. En el mundo de la visión que habitaban los demás hombres, el dios de las aguas fluía gris y salvaje, impredecible, con unas barras de arena movibles y corrientes escondidas que engullían y ahogaban a aquellos que pensaban en conquistar Mona. En los mundos a través de los cuales solo Bello el Ciego podía viajar, el mar era un abismo de una profundidad insondable, que absorbía las almas hacia el vacío de su centro y las destruía.

Menos de dos días antes había encontrado al fin un camino por el cual atravesar. Algo que había dicho macCalma le había dado la clave: «recuerda que este mundo es una ilusión, igual que los demás. Nosotros, los que tenemos vista, vemos lo que decidimos ver, y eso lo hace real».

Comprendiendo la verdad que encerraba aquello, Bello podía ver el abismo, al menos en parte, como un producto de su propio miedo. Durante nueve días trabajó intentando concentrar su voluntad hasta que pudo convencerse de que no era más que una ilusión. La misma mañana primaveral que los gansos graznaban como duelo por un mensajero muerto en tierras de los icenos, Bello el Ciego, sentado en la casa grande de Mona, a medio día a caballo hacia el oeste, y pasando a través de un mundo que solo él podía ver, cruzó el abismo de los dioses como si fuera roca seca, y por primera vez en su vida extendió su mente y tocó la tierra de Britania.

Su tranquila satisfacción al ver las rocas y algas de la costa duró menos de un latido. Mientras hacía una pausa para mirar a su alrededor se vio envuelto por un muro de niebla cegadora, producido por el vino, la fatiga y los sueños poco elaborados de los legionarios.

Bello se había acostumbrado a ver en los otros mundos. Cegado de pronto, fue dando tumbos y tropezando con piedras que no veía, con los brazos extendidos, sintiéndose muy cerca de los días de su primera juventud como prostituto de una taberna portuaria de la Galia, cuando Manannan de las aguas enviaba la niebla

marina para que llenara la ciudad y lo pusiese todo completamente blanco.

El pánico le volvió descuidado. Tropezó y empezó a caer hacia delante como si su cuerpo tuviese peso real, y podía haberse hecho trizas en las agudas rocas de la costa. La voz de macCalma le sujetó: «… una ilusión como las demás…».

Una ilusión. Solo eso. Bello respiró hondo, hizo las rocas menos agudas y se dotó del equilibrio que Valerio tenía en la batalla. Más firme, cerró la mente a todo lo que no fuera la tierra bajo sus pies, y se mantuvo erguido y quieto en un terreno liso que él mismo había fabricado. Las nieblas de su niñez eran duras, húmedas y frías, y habían reflejado su vida de entonces, que no era su vida de ahora. La comprensión de esos dos hechos, y la diferencia entre ellos, hizo que su miedo disminuyese. Dejó a un lado los recuerdos del pasado y se concentró en el calor de la casa grande en invierno, cuando los fuegos estaban encendidos y ardientes, y los cuidados que le rodeaban ahora.

Así protegido, Bello extendió de nuevo su mente hacia las texturas palpables de mil pesadillas humanas, y no quedó ciego.

Respiraba con las esperanzas y los miedos de las legiones. Su cabeza hervía con los mitos y rumores de hombres derrotados que habían luchado demasiado en una tierra donde no eran bienvenidos. Escuchó antiguas conversaciones, recordadas por mentes somnolientas, que hablaban del clima infernal, de los insectos que les atormentaban, de la mala comida, de los bichos, de las arenas movedizas, de la mutilación ritual de los legionarios muertos a los pies de dioses que apoyaban a las tribus y odiaban a las legiones.

Nada de aquello era concreto. Nada bastaba para detener la invasión.

Bello tomó aliento y se dispuso a averiguar lo que necesitaba. Primero creó claridad, trocito a trocito, a través del terreno que le rodeaba. Sus manos fueron trenzando la niebla del miedo en cuerdas que se podían sacar suavemente de sus amarraderos sin alertar a aquellos de los cuales provenían. Los hombres que sufrieran ese robo se despertarían a la mañana siguiente con la cabeza más espesa de lo que era de esperar por el vino. Y más importante aún: todo el color y el terror de sus pesadillas llegó a Bello mientras tejía, de modo que poco a poco fue comprendiendo cuáles eran los hilos comunes que corrían en todas ellas.

Estaba trabajando junto al centro, donde estaban montados los pabellones de los oficiales, cuando encontró el puntito de luz que mostraba una mente iluminada. La contempló un poco de soslayo durante un rato, sin mirarla directamente por si se percibía su mirada. De aquel hombre no extrajo hilo alguno de pensamiento, solo le rodeó y dejó la niebla desfalleciente de sus camaradas como manto. Aun así, de alguna forma llegaron el uno al otro y hubo una especie de reconocimiento, como si compartiesen algo más de lo que sabían.

La sorpresa y un rastro de su propio miedo soltó un poco la sujeción de Bello en el lugar donde estaba de pie. Un estremecimiento de frío recorrió su pecho como advertencia; en la casa grande ya no estaba solo.

Sujetando con fuerza los hilos que había trenzado, hizo el camino mucho más fácil y ligero de vuelta hacia el mundo de su corazón y su vida diaria, y abrió los ojos a la ceguera y la corriente de un fuego encendido.

—Luain macCalma —a algunos hombres los conocía simplemente por la forma en que cambiaba el aire a su alrededor. Dijo—: Pensaba que estabas en Hibernia, supervisando la construcción de una nueva casa grande para albergar a aquellos que fueron evacuados ya de aquí.

El Anciano se hallaba sentado junto a la fogata. El olor a humo nuevo pasaba entre sus pies. Dijo:

—Lo estaba. La casa grande ya está construida, o casi. Ahora ellos me necesitan menos que tú.

—¿Crees que te necesito? —Bello notó que se ponía tenso—. ¿He corrido algún riesgo del que no sea consciente? ¿O he fallado en las tareas que me has asignado?

—No lo sé. ¿Lo has hecho?

Bello empezaba a comprender hasta qué punto se protegía macCalma. En aquel hombre, el único entre los guerreros y soñadores al que había investigado durante su entrenamiento, Bello no podía ver nada que él no desease mostrar. Veía humor ahora, y la astucia de la garza, y se quedó rumiándolo, sorprendido, mientras ambas cosas se suavizaban y se convertían en algo más cálido.

—Lo siento. Ha sido algo insincero y también poco honrado. Tengo que estar aquí, y esa necesidad no tiene nada que ver con lo que tú haces —el Anciano se levantó y se desplazó desde el fuego. Su voz sonaba más parecida a la de Valerio que de costumbre. Dijo:

—Durante veinte años, desde que llegaron las legiones, he visto a las tribus sometidas en servidumbre a pesar de lo que yo y los demás somos capaces de hacer. Puede que ésta no sea nuestra última oportunidad, pero sí que es la mejor. Si podemos atraer a Suetonio Paulino y sus dos legiones directamente hacia nosotros y destruirlos (o aunque solo sea debilitarlos), entonces Breaca y Valerio pueden ganar al este. Si toman Camulodunum y restauran al dios en su sede, entonces podremos acabar lo que hemos empezado, y es posible que nos despertemos un día en una tierra libre de Roma. Todo el peso de esa acción empieza aquí, ahora, en Mona.

El frío que le había tocado antes se asentó de nuevo en el pecho de Bello. Dijo:

—No has respondido a mi pregunta. ¿Estoy fallando yo acaso en la parte que me toca?

—No, en absoluto. Pero podría ser. He arriesgado el sacrificio de Mona y todo cuanto hay aquí, que es precioso. Cien generaciones de ancianos han aprendido en esta casa grande y yo la veré arder para preservar aquellas cosas que, según creo, son más importantes. Pero puedo estar equivocado. Éste puede ser el orgullo más desmedido y el error más grave cometido por hombre alguno ante el rostro de los dioses. Solo quedándome aquí mientras ocurre podré saber de qué se trata.

En la quietud que siguió, calentada por el fuego, Bello vio un atisbo de lo que

podía ser el Anciano de Mona si decidía no escudarse contra aquel que caminaba entre los mundos. Dijo:

—Las legiones están aterrorizadas por los estrechos. Creen que están llenos de serpientes marinas y de mujeres-espíritu que los atraerán hacia su seno cantando y los ahogarán. Temen la amenaza de los guerreros que matan desde el bosque y desde las tierras altas, y no permanecen en líneas para luchar. Mucho más que todo ello temen a los soñadores; sus comandantes les han dicho que nosotros sacrificamos hombres vivos al fuego y leemos el futuro en sus chillidos. Todos han asistido al circo de Roma y se les han ablandado las entrañas por miedo de verlas mismas muertes causadas a los hombres de las legiones. Si podemos hacer realidad alguna de esas cosas, vendrán a nosotros prácticamente derrotados.

—O bien lucharán con la despreocupación de hombres que saben que sus vidas están perdidas, y solo quieren la limpia muerte de la batalla. Yo he visto tal cosa, y no solo en las legiones; cuando el miedo es muy grande, a veces, se convierte en furor de combate y es mucho más difícil de contener. Aunque es bueno saber qué es lo que temen. Podemos trabajar con ello. Gracias —macCalma dio unos golpecitos con los dedos en la rodilla de Bello, como había hecho una o dos veces en los días de su entrenamiento—. Me imagino lo duro que debe de haber sido. Podemos necesitarte de nuevo. ¿Estarás dispuesto para hacerlo?

—No me ha costado nada —dijo Bello, y así lo creía—. Si sirve para derrotar a Roma, haré cualquier cosa que me pidas, durante el tiempo que necesites.

—Pero no esta noche; necesitas dormir. Espino ha encendido un fuego en tu choza. Puede que esté todavía allí, si vas ahora.

Espino estaba allí. Como macCalma, no mostraba ninguna indulgencia con la ceguera de Bello, por lo cual él le estaba agradecido diariamente. Era cálida y entregada y se alegraba de verle, y eso también le dejaba sin palabras, maravillado y agradecido.

Él fue un niño prostituido en la Galia, usado por los hombres y no precisamente con amabilidad, y golpeado por el tabernero si eludía sus obligaciones. Muy pronto en su vida decidió no infligir jamás el dolor de su deseo a otro ser humano. Luego llegó Valerio, con su amabilidad precavida, excesivamente cuidadosa, y la precaria susceptibilidad nacida de la necesidad, demostrando siempre que nunca iba a pedirle nada que no desease al niño al que había liberado.

Bello no había esperado ser rechazado por un hombre, o preocuparse por el hecho de serlo. El dolor que le causaba aquello también supuso algo de tiempo de curar, y solo últimamente había llegado a comprender el sufrimiento que experimentaba Valerio y entender el cuidado exagerado con el que le había tratado. Entonces empezó a amar, y a anhelar por derecho propio, y necesitó tiempo para dejar eso a un lado, antes de que pudiese desarrollarse algo que se parecía bastante a la verdadera amistad. Y así fue; así lo creía, y mantenía ese recuerdo fresco en su corazón.

Espino había llegado para atenderle cuando Valerio se fue al este. Ella también

había mostrado mucho cuidado en su afecto, convirtiéndose en una parte de su vida con tanta seguridad como el carrizo que alimentaba por su propia mano, y sin pedir nunca nada más. A él le costó mucho tiempo comprenderla, también, y por tanto los movimientos hacia algo más profundo siempre habían procedido de ella, y los había hecho con tanta lentitud y cuidado que ella estaba ya en su cama, rodeando el cuerpo de él con el suyo, antes de que él comprendiera plenamente todo cuanto le había ocurrido, y que eso estaba permitido, y que era seguro, y que no causaría daño a ninguno de los dos, y que ella lo quería de él, y que él lo quería también, mucho más que cualquier otra cosa que hubiese podido imaginar jamás, excepto tal vez recuperar la vista.

Cuando macCalma le devolvió una cierta visión, el único temor de Bello fue que pudiese perder el cariño de Espino. Sin embargo, resultó que su amor no fue menor, y su alegría por el contrario se hizo más grande. Él no podía imaginar un don más preciado que el saludo que ella le dirigió cuando volvió, frío y cansado, de la casa grande, y ella le esperaba con el fuego encendido, las manos calientes para frotarle las suyas y calentarlas, el olor del estofado de liebre en la olla y tejiendo con su voz una magia que le devolvía a su mundo, aquel en el cual quizá fuese ciego, pero podía acercarla a él, y abrazarla estrechamente y explorar los contornos de su persona con la misma maravilla que el primer día y todos los días desde aquel momento.

Él dejó los cuencos a un lado cuidadosamente para no verter lo que podía quedar. Espino se acercó a él, incitante y delicada. Olía a mar y a leña recogida del bosque y a pimienta y almizcle, que perfumaban todo su cuerpo. Tenía la piel suave como una piedra pulida, y el cabello fino era como la lana bajo sus dedos. No tenía ni idea de cuál era su color.

Él dejó que le tapara con la pila de pieles de caballo que era su lecho y le acunase entre sus brazos como si fuese un niño. Sus pechos y su sexo se apretaban contra su espalda, y notarlos le hizo volver de nuevo, de modo que comprendió lo lejos que se había adentrado en los otros mundos. Quizá pudo sentir miedo, pero la urgencia de su propio deseo apartó aquel pensamiento, de modo que se volvió y tomó el rostro de ella entre sus manos y la besó, y esperó hasta que la respiración de ella le dijo que su necesidad era tan grande como la de él antes de penetrarla.

Más tarde, mientras el perro de ella le calentaba la espalda y ella seguía calentando todo lo que todavía estaba caliente en él, dijo:

—Pensaba que te habías ido a Hibernia con el resto de los soñadores.

—Y me había ido —Espino sonrió en el hueco de su nuca—. He vuelto. Los sueños de macCalma me veían aquí cuando llegasen las legiones.

Bello sintió frío en el pecho por tercera vez aquella noche.

Sus dedos dejaron de peinarle el cabello.

—¿Y en su sueño todavía estás viva cuando se van? —preguntó.

Ella le mordió un poco la clavícula, reprobadora.

—Los sueños no muestran nada todavía, después de la primera batalla. Hemos de

hacer que el futuro ocurra como nosotros queremos. Y por eso estoy aquí.

X

Cygfa, hija mayor de la Boudica, lanzó el grito triple del búho como señal. Un relevo de guerreros ocultos pasó a través de la niebla y la periferia del bosque hacia aquel lugar en el extremo más alejado de la fila donde su hermano, Cunomar, yacía echado de bruces bajo las raíces despellejadas por el invierno de un roble caído.

Cunomar yacía en el suelo, que trepidaba con el paso de los pies que marchaban. Los legionarios de la tercera cohorte de la legión Novena que marchaban a la distancia de una lanza de su rostro continuaban cantando la estrofa decimoquinta de la marcha que había empezado cuando pasaban junto a él las primeras filas. No oyeron el búho, y aunque lo hubiesen oído, no habrían comprendido su significado. Cunomar lo oyó y supo exactamente qué significaba, y no hizo nada.

Ninguna parte de su persona parecía humana, y él tampoco se sentía humano. Estaba desnudo, solo llevaba el cinturón con el cuchillo y el brazalete real, que era el último regalo que le había hecho su madre el invierno anterior a la destrucción de la hacienda. La grasa de oso le cubría desde las plantas de los pies hasta la frente, teñida con glasto para hacerla densamente gris. Franjas de cal blanca le rodeaban los ojos, y formaban unas marcas de calavera en sus mejillas. Llevaba el pelo tieso, untado con grasa de oso y cal blanca, de modo que formaba unos pinchos grises que sobresalían de su cráneo.

El día anterior, desde que ardió la torre de vigilancia, había desechado hasta las plumas que marcaban las muertes de su pasado. Aquel simple acto le había separado de todo cuanto había ocurrido antes, apartándole de sus iguales más de lo que podían hacer su linaje de sangre o su oreja desaparecida. Entregado a la niebla y al glasto, era un guerrero sin lazo alguno con los vivos, sin nada por lo que luchar, excepto la batalla en sí; nada que lo dominara, salvo el aliento de los dioses; nada por lo que preocuparse, excepto la siguiente respiración, y la otra, y la otra…

Los ancianos de los caledonios le habían enseñado la disciplina que le permitía mantener la mente tranquila y vacía, convirtiéndose así en parte de la tierra. Desde el amanecer se había aferrado a aquello solo con algún descanso ocasional, pero el grito del búho trajo consigo el recuerdo del sueño nocturno del que no podría librarse.

Mientras luchaba por conseguir el vacío, Cunomar oyó de nuevo el aliento fétido del oso y volvió a la pesadilla que le había despertado las tres últimas noches. No era un sueño de la osa, animal lleno de misterio y de gloria a quien había entregado su alma, sino un apestoso macho herido, cazado y atrapado en el fondo de una cueva ciega, y que se había revuelto, acorralado, lleno de dolor y furia, atacando con unas garras que se estiraban, y se estriaban, y pasaban más allá del guerrero que había

venido a matarlo y llegaban a la niña herida, su hermanita, a la que habían enviado a la cueva para su seguridad y se acababa de despertar y ponerse de pie, y buscaba a su hermano, sin comprender el peligro. En el sueño el oso se volvía y se alzaba sobre las patas traseras y atacaba con una sola pata armada de largas garras que iba bajando, bajando y…

¡Graine! ¡No! Cunomar no pronunció las palabras en voz alta. Su disciplina le sujetó.

Obstinadamente, controló su respiración. El sudor corría a raudales por sus axilas y sus nalgas. Al final pudo oír de nuevo el estrépito del hierro de los legionarios que marchaban y la nueva estrofa de su canción.

Se esforzó, tal y como le habían enseñado, por aclarar su mente y que no se detuviera en el recuerdo del rostro de Graine, a quien atacaba el oso para destruirla, ni en su propia incapacidad de salvarla. No era la primera vez que le había sobrevenido aquel sueño y no creía que fuera la última; solo sabía que era capaz de entregar su vida para proteger a su hermana, y que ningún oso, en sueños o despierto, la alcanzaría jamás mientras él viviese.

No podía encontrar el silencio de nuevo y dejó de intentarlo. Libres, sus pensamientos recayeron primero en Ardaco, el mentor que le había enseñado lo que era ser un guerrero-fantasma, dándole un objetivo hacia el que encaminarse y que parecía alejado de todo lo posible al niño que fue.

Ardaco había descartado sus plumas de muerte hacía mucho tiempo. El pequeño guerrero caledonio marcaba solo aquellas muertes en que el combate había sido singular contra un oponente valioso; por esas muertes portaba una banda de ocre rojo en torno a su brazo. Llevaba tres, y podía dar los nombres de todos los guerreros y los medios de su muerte, y cada acto de sus vidas, como si fuesen héroes. Ninguno de ellos era romano, aunque había matado a más legionarios que ningún otro guerrero vivo.

Cunomar no estaba seguro de saber a quién consideraba un oponente valioso, ahora que el mundo había cambiado. A través de toda su juventud había soñado con matar a un cierto decurión de la caballería tracia que montaba un caballo mano y que era conocido como el azote de las tribus de la costa oriental a la occidental.

Por muchas razones, la muerte de aquel hombre habría merecido una tira ocre. Entonces Valerio condujo su caballo ruano hacia la hacienda y aplastó la vida del procurador romano en un acto de ciego salvajismo que selló su regreso con los icenos. Solo después confesó que era el hermano de la Boudica y por entonces ya era demasiado tarde para matarle.

Así, sin querer, Cunomar había abandonado diez años de ansiedad, o al menos los había dejado en suspenso. Todavía no lo había dicho en voz alta en el círculo del consejo, pero le parecía obvio que un hombre que había cambiado de bando dos veces a lo largo de su vida podía volver a hacerlo fácilmente. Aunque solo fuera por eso y por ningún otro motivo, Valerio no era el más adecuado para dirigir el ejército si

resultaba que la Boudica no estaba preparada para ello. Estaba claro que Cygfa pensaba de otro modo, y no era la única.

Pocos habían hablado de aquello abiertamente, pero se leía en sus ojos: el temor de que la Boudica hubiese perdido el fuego y debiese ser reemplazada. Muchos sencillamente negaban que tal cosa pudiera ocurrir, pero, como Cygfa, Cunomar había visto a su padre roto por Roma, y conocía muy bien las señales.

No tenía ni idea de cuánto tiempo pasaría hasta que el resto viese las cosas como las veía él. Solo sabía que no bastaba con ser el único hijo varón de la Boudica; también debía probar ante su hermana, ante todos aquellos que dudaban de él, y por encima de todo ante la osa y los dioses que le contemplaban, que él era la elección obvia, el único a quien podían volverse en la adversidad. Entonces, cuando Valerio se alzase contra él, podría luchar, y podría matarle, y el mundo sabría al final qué clase de guerrero era el hijo de la Boudica.

Le costó un enorme esfuerzo de control no moverse ante aquel pensamiento. Cunomar se mantuvo inmóvil, y fue recompensado por ello. Adelante y un poco a su derecha, en el húmedo mantillo del suelo del bosque, donde reptan los pequeños seres y una sola hoja es enorme como una casa grande, una musaraña acechaba a una lombriz. Cunomar exhaló aire controladamente y la musaraña no se detuvo. Desde el amanecer había pasado a su alrededor, precavida ante su hedor y la inesperada calidez de su cuerpo. Entonces apareció el gusano, y era demasiado bueno para ignorarlo.

Los ancianos de los caledonios daban su aprobación raras veces, pero entonces la habrían dado. La última prueba de sus enseñanzas era que los animalillos pequeños (o grandes) del bosque o del brezal se acercaran sin temor.

Cunomar respiró más calladamente aún. Le picaba la piel bajo las capas de grasa. Los aros de cal blanca en torno a ambos ojos se habían secado, tirando de la piel y arrugándola. Pequeñas ramitas se le clavaban en la carne en los tobillos, caderas, costillas, barbilla y todos los lugares donde su cuerpo se apoyaba, pesado, sobre el suelo del bosque. Su garganta estaba obstinadamente seca y ansiaba el agua, y al mismo tiempo la vejiga empezaba a molestarle por la necesidad de vaciarla. La carne de la espalda le dolía en los lugares donde las heridas de los azotes no se habían curado aún. Le ardía el hueco de la oreja.

Delante, la musaraña acabó de comer. Con el vientre redondo y el hocico y el pecho húmedos con el jugo del gusano, se abrió camino bajo las hojas y se enroscó, disponiéndose a dormir. Cunomar catalogó por turno cada una de las necesidades de su cuerpo y, dejándolas a un lado, dedicó buena parte de su atención a los tamborileantes latidos y la boca fiera y diminuta de la musaraña, y luchó por desterrar todo pensamiento de Valerio y todo cuanto él representaba.

Un cambio en el ritmo vibrante de la tierra atrajo su mirada de nuevo hacia el camino de los antepasados. Sus ojos estaban al mismo nivel que el punto más elevado de la carretera, en el vértice de la curva que bajaba a cada lado del pantano y el bosque. Lo bastante cerca para que Cunomar oliese el sudor, los pies calzados con

sandalias y con remaches de las últimas filas de la legión Novena que pasaban, rotundas. La carne viva impactaba y resonaba en el cuero y la armadura. Los pulmones de cien hombres aspiraban la espesa niebla y la exhalaban de nuevo, con un ruido áspero. Diez mil clavos de hierro martilleaban en el camino de piedra y el sonido hacía eco más allá de los árboles, en el pantano, y desaparecía en el silencio. Los hombres que marchaban se convertían en fantasmas vestidos de hierro y con cascos, que salían de la niebla del pantano y volvían a hundirse en ella, solo visibles en la distancia de un tiro de lanza a cada lado del lugar donde el hijo de la Boudica, al fin, se disponía a moverse.

Y entonces desaparecieron: el último hombre de la última cohorte pasó y la niebla se cerró tras él y ya no hubo más. El silencio dolía más que el ruido anterior.

Una noche entera de espera y la mitad de una mañana dieron el fruto que habían prometido. Cunomar movió la mano la distancia de un pelo hacia la izquierda. Las hojas temblaron allí donde dormía la musaraña, y se quedaron quietas. Arrodillándose en el fango, con el sueño de la noche ya desterrado, con el pulso claro y la cabeza ligera y el aliento de la osa calentando su corazón, Cunomar se llevó los pulgares a los labios e hizo el sonido del avetoro, retumbante.

* * *

Ulla se unió a él, y Scerro, y su prima de los icenos del norte cuyo nombre Cunomar desconocía. Apenas eran reconocibles, ocultos debajo de los dibujos de calaveras pintadas con cal blanca sobre el glasto gris. Todos sonrieron, un relámpago de blancos dientes que probaba que todavía no eran fantasmas. Colmados por la osa, incendiados por su aliento y sus latidos, henchidos con la promesa del honor y la necesidad de venganza, se adelantaron en la niebla que envolvía el camino y resultaron invisibles.

Después de media mañana de yacer quietos, moverse al fin era un acto de voluntad. Correr silenciosamente a través del último tramo del bosque, de una lanza de longitud, hacia la calzada y luego detrás de los últimos cuatro legionarios que marchaban, en sí ya valía por un relato de invierno.

El hedor de oso y de grasa de cerdo advirtió a la retaguardia de la Novena de que les estaban atacando, pero no con la suficiente rapidez. Cuatro manos cogieron cuatro cabezas con cascos y las echaron hacia atrás; cuatro hojas cortaron a través de la niebla, la piel y el cartílago. Cuatro hombres chillaron de dolor y lanzaron avisos y muerte a través de las tráqueas seccionadas, que no transmitieron ningún sonido. Como el ganado sacrificado selectivamente, aullaron en silencio, y murieron igual de rápido. Sus ojos se desorbitaron y mostraron el blanco, y sus miembros quedaron fláccidos.

La sangre fluyó en negras cataratas sobre las grises y frías losas de la Calzada de Piedra de los antepasados. Cuatro fantasmas se alejaron, libres, y fueron guiados muy lejos por Airmid, Gunovar y Lanis, unidos para asegurarse de que los muertos de ambos lados no quedaban vagando, perdidos en la fría niebla; Valerio lo había solicitado y nadie había dicho nada en contra.

Otros guerreros se adelantaron desde los árboles y ayudaron a sujetar los cuerpos y coger los escudos de los muertos y sus macutos, de modo que no hubiese ningún ruido sobre las piedras que alertase a los legionarios que marchaban a la cabeza de la carnicería que estaba teniendo lugar detrás. Con mucho cuidado se apartó a los muertos, se apoyaron en los árboles para que los niños y las abuelas les despojasen de sus armas después cuando fuera seguro hacerlo.

Ya había empezado de nuevo el círculo. Otros cuatro guerreros fantasmas salieron de su lugar entre los árboles y, con la misma grisura, con idéntico silencio, cogieron las cabezas con casco de los cuatro últimos hombres y cortaron el aliento de su garganta antes de que ellos supieran que estaban muriendo.

Los demás hombres que quedaban en la Novena seguían marchando, sujetos por sus propios ritmos, la carne en el cuero y el hierro en la piedra. Lejos, en la vanguardia, los cuernos de la primera cohorte les llamaban y prometían con cada nuevo estribillo las tiendas ya montadas y los fuegos encendidos ya para cocinar, y los odres de vino con sus espitas. La recompensa ofrecida a los que marchaban en retaguardia de cualquier columna era llegar por la noche a un campamento ya montado.

Así tentados, los hombres de la tercera cohorte marchaban por una niebla que se abría tres filas por delante y se cerraba por detrás. El bosque a su derecha estaba tan tranquilo como lo había estado desde que empezó la marcha, y el pantano a su izquierda aparecía asimismo con el manto de la falsa inocencia, pero ninguna de las dos cosas bastaba para hacerles romper el paso y mirar atrás.

Murió la tercera fila, y la cuarta. Los guerreros que se habían llevado los cuerpos de los primeros legionarios corrían hacia delante para matar ellos también, descalzos por las losas de piedra, resbaladizos por la grasa de oso, protegidos de las maldiciones de los fantasmas y los tajos de los vivos por el glasto y el poder de la osa.

Veinte filas que marchaban fueron eliminadas en silencio. Murieron ochenta hombres, y todavía seguían marchando miles de ellos. Todo el ejército de la osa, cuarenta y siete guerreros en total, corrían por la carretera, provocando a la suerte con cada pisada, adoptando riesgos mayores con cada corte de su cuchillo.

Ensangrentado y húmedo, recubierto de glasto y de grasa, Cunomar apoyó un cuerpo contra un árbol y corrió hacia delante, entre dos hombres moribundos. Ulla estaba a su izquierda, la prima a su derecha. Scerro, que se había retrasado un poco al bajar a su hombre al suelo, le alcanzó cuando llegaban ya a la siguiente fila de legionarios que marchaban.

Sin aliento, un poco nervioso, sin poseer del todo el poder de la osa, Scerro no

consiguió agarrar bien. Su cuchillo rasgó la carne y el borde de una vena importante, pero no el tubo de la tráquea. El legionario chilló como una gallina estrangulada, y su muerte no fue ni limpia ni rápida.

Para los tres hombres de su fila era tarde, no podían aprovecharse del aviso, pero los que iban delante pudieron dar la voz de alarma y sacar sus espadas cortas y colocarse detrás de sus escudos y volverse un poco al menos para enfrentarse a la horda de fantasmas grises y resbaladizos que caían sobre ellos surgidos de la niebla, abandonado ya todo sigilo.

Los últimos cuatro hombres murieron confusamente, infligiendo heridas antes de morir. Los cuatro siguientes consiguieron una muerte, acortando el número de las osas a cuarenta y seis. Mientras tanto, Cunomar se llevó los dedos ensangrentados a los labios, se llenó los pulmones con aire pantanoso y dejó escapar un solo silbido ensordecedor que llegó al menos hasta la cabeza de la cohorte. Por si era malinterpretado o mal oído, tomó de su cinturón un cuerno de vaca con el borde recubierto de cobre y sopló, produciendo una sola nota, dura como la mula de un legionario, que quedó flotando sobre la ciénaga y silenció a los cuervos que se reunían en los márgenes del bosque. Una vez hecho esto, hizo una pausa para limpiar la hoja de su cuchillo y eliminar los fragmentos de carne que se habían adherido a él, y aullando el nombre de la osa que acababa de morir como nuevo grito de batalla, se arrojó al combate lleno de entusiasmo.



La Boudica y aquellos que la esperaban oyeron el silbido y luego el soplido de un cuerno que perforaba la niebla. Ante aquella señal, cuatro hachas acabaron lo que habían empezado antes de la marcha de las legiones. El roble que cayó atravesando el camino a medida que sonaba la última nota era ancho como la altura de un hombre, y con muchas ramas. Mató a tres de los cuatro hombres que pasaban debajo de él y aplastó las piernas del cuarto, de modo que se convirtió en blanco fácil para un hondero.

Breaca envió la piedra, apuntando a la parte blanda de la cabeza, donde se unen los huesos del cráneo, encima del oído. Hubo un tiempo en el que podía darle a un cabello que sujetase alguien a cincuenta pasos. Aquel tiempo había pasado, pero después de practicar media mañana pudo recuperar algo de la habilidad de los viejos tiempos y podía darle a un hombre atrapado a menos de la distancia de una lanza. Entre un estrépito de lanzas arrojadas y piedras volando desde las hondas, la suya dio bastante cerca del lugar adonde la había enviado y consiguió su segunda muerte en dos días, y oyó vítores entre los jóvenes que la rodeaban, como si aquello en sí mismo ya fuese una victoria.

Duborno se hallaba a su lado. Él también estuvo entero, en tiempos, hasta que los estragos de Roma lo redujeron a la honda y el cuchillo.

Notó la mano de él apoyada en su hombro.

—Todo llegará con el tiempo —dijo, quedo—. Por ahora, no necesitamos ser ni gloriosos ni honorables, solo saber lo suficiente para enseñar cómo luchar a los guerreros que han empuñado su primera espada hace menos de un mes.

Valerio había dicho exactamente lo mismo en la reunión del consejo, por la noche, y Breaca lo repitió a su ejército: aquella batalla solo era un entrenamiento para ellos; no se esperaba ningún heroísmo, solo hacer todo lo posible por sobrevivir.

Fue Longino quien dijo:

—Aunque destruyáis la retaguardia de la legión, no será fácil. Todos los centuriones de la Novena tienen experiencia de acción en Germania, y saben luchar muy bien. En cuanto se den cuenta de que están solos, se pondrán al mando e intentarán mantener el tipo hasta que les lleguen refuerzos. No esperéis que entreguen sus vidas así como así.

Longino cada vez impresionaba más a Breaca. El amigo del alma de su hermano era un hombre tranquilo y pensativo, y cuando hablaba, cosa que sucedía raramente, era para decir algo importante.

Con aquella advertencia resonando en sus oídos, ella contempló el resplandor de los oficiales montados que cabalgaban a la cabeza de la columna, y observó las caras más curtidas y mucho más inteligentes de los centuriones, a medida que pasaban. Esos eran los hombres capaces de ver la posibilidad de una emboscada mucho antes de que ocurriese, y que podían percatarse también de los árboles medio cortados que oscilaban a intervalos en los márgenes de la calzada, dispuestos a caer con un par de hachazos más.

Por esos hombres precisamente ella había insistido en que se limpiasen las astillas a medida que las hachas las iban creando, y que se envolvieran los troncos cortados con musgo y líquenes. Para ellos también se habían situado con cuidado los mejores honderos, observando las marcas de rango y autoridad, con órdenes de apuntar hacia ellos enseguida, con presteza.

Sin embargo, no lo hicieron con la suficiente rapidez, y resultó que Longino tenía toda la razón. Privados de todo contacto con sus oficiales superiores, los doce centuriones atrapados en el lado malo del roble caído tomaron rápidamente el mando de sus hombres. Con una rapidez asombrosa convirtieron el caos en orden. Una docena de los legionarios que se hallaban más cerca de Breaca se volvieron y elevaron sus escudos, formando un tejado que les protegía de las lanzas que caían. Era un movimiento obvio para unos hombres que no habían servido en el oeste y que no sabían que las hondas irían dirigidas a continuación a las rodillas desprotegidas de aquellos que levantasen sus escudos para proteger rostros y cabezas, inutilizándoles de forma tan efectiva como si les hubiesen cortado los tendones.

No obstante, alguien que estaba más adelante en las filas lo sabía. Breaca oyó

frenéticas órdenes aulladas hacia atrás, hacia la columna irregular. Los hombres expuestos caían ya, pero un grupo, mucho más arriba, hacía mejor uso de sus escudos.

Dejando la nueva formación a Ardaco y a aquellos que luchaban con él, ella corrió entre los árboles hacia la fuente de los gritos. Las ramas de roble la apuñalaban. Las varas finas de avellano le azotaban el rostro. Llegó al mismo nivel que un grupo de ocho hombres que habían formado un anillo, arrodillados, con seis escudos sujetos hacia afuera y dos por arriba. No veía ni un solo lugar por el cual pudiese pasar un guijarro entre los escudos, y mucho menos una lanza. Desde el centro llegaba el aullido como de toro de un centurión, transmitiendo órdenes por las filas. Ya se formaban otros grupos de ocho. Lanzas inútiles rebotaban en los escudos elevados y se perdían en el pantano.

Duborno estaba junto al hombro derecho de Breaca. No le habían azotado como a ella, pero los inquisidores romanos le habían arruinado de todos modos mucho antes de eso. Durante los últimos ocho años la única arma que podía sujetar con la mano derecha era una honda. Había practicado duro y durante mucho más tiempo que cualquiera que ella conociese, y era increíblemente bueno.

Sin volverse, le dijo:

—Si yo separo los escudos, ¿podrías herir al menos al centurión del centro?

—Si puedo verlo, lo puedo matar.

Cualquier otro habría sonreído al decir aquello. Duborno nunca había sido de corazón ligero; soportaba demasiada culpa y dolor. Colocó una piedra en su honda e hizo girar la muñeca con soltura.

—Si puedes hacer algo para que baje el escudo con los cisnes negros de ahí, tendría el blanco más fácil.

Los cisnes negros se encaraban uno a otro a cada lado de unos rayos de color escarlata sobre negro, con el galón del centurión señalando hacia la izquierda debajo. Breaca veía la piel curtida por el viento del hombre cuya marca representaban. Sus ojos la miraron momentáneamente por encima del escudo y luego se volvieron a esconder. Dijo:

—Deberíamos ir montados para esto —y salió corriendo, sujetando la lanza ante ella como si estuviera cazando jabalíes.

La punta dio a mano izquierda de los dos cisnes, que era casi en el interior del escudo, atravesó la piel de toro y acabó alojándose en la madera laminada que había detrás. Breaca se arrojó con todo su peso, enganchando el escudo en su empuje.

La lanza se retorció en sus manos, crujió y se rompió. Una honda giró a toda velocidad en el rabillo de su ojo. El muro de rayos rojos osciló y luego se separó. Y entonces otro rayo, éste solo suyo, la golpeó en la espalda, entre los omoplatos, en el lugar donde su carne había sufrido más daños. Un grito hendió el aire y ella supo que era suyo en el momento inacabable que transcurrió antes de caer. Un momento después dio en las piedras que pavimentaban la calzada, y unas manos la cogieron, la sujetaron y se la llevaron. Algunas de esas manos recordaron no tocarle la espalda.

* * *

El dolor que sentía en el hombro era espantoso, como una nueva herida abierta. Alguien sollozaba de una manera infantil. Al parecer, no era ella. Cuando estuvo segura de eso, Breaca abrió los ojos. La cara de Duborno se inclinaba hacia ella. Él no sollozaba, sino que juraba y lloraba, todo a la vez. Las lágrimas formaban unas huellas brillantes en sus mejillas. Parecía diez años más viejo que cuando ella corría junto a él para romper el anillo de escudos.

—Nunca —dijo—, nunca, nunca, nunca pensé que harías eso. ¿Por qué no podías arrojar tu maldita lanza como todo el mundo que valora la vida por encima de esas estúpidas, estúpidas exhibiciones de heroísmo? Debemos sobrevivir, eso es todo. Precisamente tú no tenías que probar nada ahora mismo.

Había demasiada gente cerca para contestar a aquello, y notaba que un punto del hombro le quemaba como si hubiese recibido la hoja de una espada, cosa que parecía improbable. Los sollozos continuaban, y ella no podía situar el lugar de donde procedían.

Se sentó y miró a su alrededor. Un joven con el cabello color cobre se hallaba arrodillado cerca, con una magulladura de color escarlata atravesándole la boca y los ojos desorbitados. El pelo le caía desordenado junto al oído izquierdo, como si las trenzas de guerra le hubiesen sido arrancadas a la fuerza, y un verdugón amoratado en la muñeca derecha mostraba el lugar de donde recientemente le habían quitado una honda. Miró a Duborno como si éste fuese más peligroso que todos los ejércitos vengadores de Roma. Era él quien sollozaba.

Breaca le dijo:

—¿Ha sido tu honda la que me ha dado?

El rostro del joven era respuesta suficiente. Estaba demasiado aterrorizado para hablar. Ella dijo:

—¿Cómo te llamas?

Duborno respondió por él.

—Buranno. Fue uno de los que falló en las pruebas de la lanza de Cunomar, así que se entrenó como hondero. Aunque no lo bastante bien.

Breaca dijo:

—Podemos hacer una lista con todos los fallos de nuestra juventud para que él los sepa, pero costaría mucho más tiempo del que tenemos.

Trató de ponerse en pie y lo consiguió al segundo intento. Estaba mucho más metida en el bosque que antes, protegida por tres árboles de la calzada. Los sonidos de la batalla llegaban hasta allí con nitidez, pero sin detalles. Ella preguntó:

—¿Hemos conseguido romper el anillo de ocho?

Duborno se miró las manos. La honda todavía colgaba de su muñeca, conteniendo una piedra como si fuese la cosa más fácil del mundo caminar con la

piedra sujeta, y no algo que los jóvenes practicaban durante meses sin éxito.

—No. El centurión ha muerto y otro también, pero al caer tú, te hemos rescatado y el anillo se ha vuelto a formar. He mandado a una docena de honderos para mantenerlos ocupados. Si les dejamos pensar demasiado, recordarán que el ataque es mejor que la defensa, y empezarán a cargar.

—Entonces tenemos que forzarlos de nuevo, antes de que empiecen a pensar —alguien ofreció una honda a Breaca y ella la tomó.

—Buranno puede colocarse entre nosotros. Encarga a alguien con una lanza que sepa usarla que apunte a uno de los escudos. Podemos dirigir las piedras hacia el centro, si consiguen hacernos un hueco suficiente.

* * *

De vuelta a la calzada, con luchas a ambos lados, el escudo de los cisnes negros estaba ahora en el centro de una fila de cinco, con uno sujeto como tejado protector por encima. Unos guerreros jóvenes con hondas, escondidos entre los árboles, se tomaban su tiempo para practicar el blanco. Las piedras golpeaban el cuero de toro y el hierro. El sonido quedaba perdido entre los demás ruidos de la batalla.

Una docena de jóvenes con lanzas fueron más allá del refugio de los árboles para colocarse en los bordes de la calzada. Los legionarios atrapados dentro del anillo vieron el peligro. Momentáneamente apretaron más sus escudos, hasta que los bordes se superpusieron y no quedó ningún hueco en absoluto y formaron como una cochinilla enroscada. Entonces uno de los del centro, viendo lo que se avecinaba, dirigió tres palabras como orden y suavemente, con gran belleza, como si se tratase de un acto de los dioses, todo el anillo se desdobló y se convirtió en una fila.

Durante un latido, quizá dos, los legionarios no se movieron, cada hombre mirando de lado para ver si seguía en línea con sus vecinos. El oficial joven que estaba en el centro había cogido el casco de su centurión. La cresta de pelo de caballo ondeaba al viento, negra. Miró por la línea y tomó aliento para gritar una nueva orden.

Breaca se colocó ante él.

—¡Ahora!

La piedra de Duborno era demasiado pequeña para verla, apenas un susurro de niebla del pantano al pasar junto a ella. Un legionario cuyo codo aparecía descuidadamente a la vista chilló y se abalanzó hacia delante, con los huesos del antebrazo destrozados.

Los hombres que le flanqueaban ya estaban corriendo. Saltaron por encima del cuerpo caído de su camarada, y cuando aterrizaron se juntaron, llenando el hueco donde éste había estado colocado. Una lanza cayó en ángulo bajo por debajo del

escudo de uno, y éste tuvo que saltar para evitarla. La segunda vez, Breaca esperaba el relámpago de carne de su garganta.

Buranno se hallaba delante de ella. Notó la oscilación de su tiro y vio tambalearse al legionario. Su propia piedra iba apuntada más abajo, y rompió la rótula del hombre. Una lanza se incrustó en el escudo de su compañero, arrojada por una joven pelirroja que, si no era gemela de Buranno, era pariente cercana suya. Una espada le cortó algo de piel del antebrazo cuando la joven saltaba hacia atrás. Otro guerrero, sin importarle la muerte, se adelantó para meter una lanza en el rostro del legionario que moría, y en aquel momento se dio cuenta de que se enfrentaba a una docena de soldados él solo.

Breaca fue a empuñar su espada y juró violentamente cuando los dos primeros mandobles tiraron de los músculos que todavía estaban tensos por su combate nocturno con Valerio. Luego se calentó con el movimiento y, durante un rato, no hubo lugar para duda alguna ni para entumecimiento debido al dolor; solo acción y necesidad de sobrevivir, y con suerte, dar un ejemplo que no fuese del todo malo.

* * *

De una vida entera de escaramuzas chapuceras, aquella fue la peor. Al final Breaca bajó la espada. Estaba manchada de sangre, pero solo por haber cortado la garganta a un hombre que ya había caído. Se apoyó en el tronco de un árbol, y la presión que ejerció éste por toda su columna vertebral fue muy bienvenida.

—No es glorioso, pero no hemos perdido a nadie. Podría haber sido peor.

Duborno hablaba desde el sitio que ocupaba a su lado. Juntos, él y Breaca vieron que el joven, Buranno, corría hacia delante, hacia la muchacha pelirroja, y la abrazaba en mitad de la calzada, como si hubiesen librado un combate final, y no una pequeña escaramuza que se limitaba a cortar la punta de la cola de una serpiente cuya cabeza permanecía todavía ignorante del hecho y podía golpearles impensadamente.

Breaca dijo:

—Tiene que ser muchísimo mejor antes de que podamos encargarnos de una legión entera.

Se limpió el sudor de la frente. A cada lado, a lo largo de la calzada, todavía se libraba una docena de escaramuzas igual de desorganizadas, en las que guerreros de todas las edades atacaban a los legionarios en anillos o en filas. Los cascos con penachos negros y blancos oscilaban a intervalos por encima de las filas de la batalla. Ella vio uno rojo que sobresalía más alto que los demás, y lo vio caer también. Las lanzas pasaban por encima hasta perderse en el pantano.

Exhausta, Breaca se sentó en la hierba y pensó en Valerio y en lo que diría de la falta de disciplina de los guerreros de su hueste. Pensó en Ardaco y en que las osas a

las que había dirigido durante diez años en la guerra del oeste no necesitaban la disciplina de los rangos y el terror, sino que seguían el fuego y el corazón de la osa con Ardaco como líder en espíritu, más que en carne.

Pensó en los guerreros de Mona y los años que costaba entrenarlos, de modo que cada uno de ellos acudiese a la batalla con absoluta confianza en sus propias habilidades y en las de aquellos que les rodeaban. Miró la línea oscilante de guerreros sin entrenar y sin probar y consideró lo que costaría llevarles hasta aquel punto. Notó el peso de su hoja en la palma de la mano, y el entumecimiento que sentía desde que había empezado la jornada de combate, y lamentó hasta el punto de echarse casi a llorar la pérdida de aquel dolor agudo, emocionante, que la conducía a la batalla y cantaba en su interior hablando de inmortalidad y de historias junto al fuego.

XI

Lejos de los enfrentamientos, el campamento nocturno de las legiones oscilaba con el ritmo de la marcha. Hilera tras hilera, columna tras columna, centurias de hombres entraban por el hueco en las trincheras que Valerio había dejado como puerta, dejaban caer sus petates en el lugar donde se encontraría su tienda, el mismo en todos los campamentos de paso que habían ido montando, y empezaban a ayudar a cavar las trincheras y preparar la fortificación con un montículo de tierra y unas estacas clavadas en la punta, y a asegurar las tiendas, y a medida que iba oscureciendo, a preparar los fuegos y a hacer la comida.

Estaban echando a suertes los turnos de guardia y buscando en sus petates las tiras de cordero seco y los higos y avellanas que darían algo de vida a su cena, cuando la paz quedó destrozada por el áspero y agudo chillido de un cuerno legionario que daba la alarma. Sonaron tres notas tres veces, con un espacio entre la segunda y la tercera repetición, y una ráfaga pequeña al final.

—Dioses, han cortado toda la tercera cohorte y dos centurias de la segunda. Tu hermana ha estado muy atareada —como su vida y las acciones de los momentos siguientes dependían de ello, Longino hablaba en tracio, tranquilamente, y logró fruncir el ceño.

En latín, lo bastante alto para que todo el mundo le oyese, Valerio dijo:

—La cola de la legión está siendo atacada. Busca a Civilis. Y prepárate para montar.

Ya se estaba dando la vuelta. El pabellón del legado se hallaba situado a un lado del centro del campamento, donde se cruzaban los caminos directos y laterales. Los gallardetes de la legión y la marca personal de Cerial, que era el delfín verde azulado sobre blanco, colgaban todavía entre la niebla. Lucio, el joven mensajero recién marcado para Mitra, estaba fuera con la cabeza erguida, como un sabueso sobresaltado por un olor.

Valerio le llamó:

—¿Cerial? ¿Dónde está? —y siguió el movimiento de cabeza del muchacho hacia el interior.

Unas pieles de cabra muy bien curadas, perfumadas con aceite de romero y agua de rosas, formaban las paredes y el techo del pabellón del legado. Un brasero lo mantenía caliente. En un lado habían colocado una mesa para el escribiente.

Valerio encontró al legado saliendo del baño. Estaba húmedo e iba envuelto en una tela de hilo hasta los muslos. Su armadura colgaba del poste central de la tienda, brillante por el aceite del pulido.

—¿Excelencia? —Valerio dejó que el faldón de la tienda cayese y se cerrase tras él —. ¿Has oído la alarma? La parte trasera de la segunda cohorte está siendo atacada, y la tercera tiene graves dificultades. Los centuriones ya han tocado a retirada, pero si la hueste icena se ha dirigido hacia el bosque, es posible que ni siquiera aquellos que pueden correr sean capaces de llegar hasta aquí sin ayuda. Con tu permiso, quiero llevarme a Civilis y sus batavos y asegurar las centurias de retaguardia.

Había un riesgo en ofrecer una opinión táctica al hombre que se consideraba el maestro táctico de toda Britania, más astuto que ningún gobernador previo y al menos igual al que actualmente estaba luchando en el oeste. Valerio, esperando, tuvo tiempo para rezar.

Cerial tomó su ropa interior. Quienquiera que le hubiese asistido en el baño ya no se hallaba presente. Dijo:

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que ataquen el campamento?

Valerio meneó la cabeza.

—No creo que lo hagan. Ni siquiera los icenos están tan locos como para atacar un campamento fortificado de noche, pero el corneta de la segunda cohorte ha señalado que sus hombres han entrado en combate contra un número superior, y que ha perdido el contacto con las filas posteriores.

El cuerpo de Cerial estaba lleno de cicatrices por delante y por detrás, testigos de las tácticas de ataque y retirada que habían quedado muy lejos de tener éxito. Se puso la camisa.

—No puedes ir —dijo—. Los batavos no son de fiar.

—Civilis lleva con la Novena desde que estaban estacionados en el Rin.

—Y sueña con muerte y gloria en circunstancias como ésta. Te encontrarías en medio de un baño de sangre, con la disciplina abandonada en busca de un nombre que se pueda cantar las noches de invierno.

El olor del brasero no era diferente del que se consagraba a Mitra. El rojo que contenía era el rojo de la sangre derramada y el moteado de un pellejo de toro. La armadura del gobernador se veía rojiza con el resplandor y formaba un espejo, aunque distorsionado.

Valerio dio un suave paso de costado y otro más hasta que pudo ver la cara del legado claramente reflejada, junto a la suya propia. Contemplándose a sí mismo y al otro hombre por igual, dijo:

—Necesitamos buenos jinetes para llegar a tiempo a las filas de retaguardia, de lo contrario están perdidos. Es mejor arriesgar a Civilis que perder la mitad mejor de los batavos.

Sus ojos se encontraron, resbalando sobre el hierro pulido; un legado y un decurión convertido en mensajero que ofrecía tácticas con una voz tan seca, tan clara, tan carente de emoción que era difícil ver más allá.

Cerial fue el primero que retiró la vista. Tomó el vaso de vino que estaba colocado encima de la mesa del escribiente y bebió, saboreándolo. No ofreció vino al decurión

de voz seca que estaba de pie en el interior de su tienda. Al final dijo:

—Necesito la caballería aquí; no podemos quedarnos sin jinetes cuando el bosque puede estar infestado de guerreros rebeldes. Toma la media ala que trajiste aquí y ponte bajo las órdenes de Civilis. Déjame la otra mitad bajo el hijo de su hermana, Henghes, que es prefecto y les dirigiría ahora mismo si no fuera porque todos están juramentados con el viejo. Busca a Henghes y mándamelo aquí. Y haz señales a la segunda cohorte de que se apresuren más en su retirada. Los hombres tienen que llegar aquí rápidamente, y solo deben luchar si les obligan de forma activa.

—Excelencia…

El faldón de la tienda dejó entrar un poco de frío al abrirse y cerrarse. Cerial bebió su vino hasta las heces e hizo que el escribiente le volviese a llenar el vaso antes de mirar hacia la armadura en la cual se había reflejado la cara del decurión. Era difícil recordar su forma, solo la pasión en los ojos negros que era opuesta a la vacua sequedad de su voz.

Fuera, Longino sujetaba el potro de patas blancas para que lo montase Valerio. El animal se mantenía bien entre el caos de gente montando. A través de la conmoción, los hombres de la segunda cohorte entraban a raudales, corriendo ya, sabiéndose afortunados por no haber sido atrapados en la carnicería y agradecidos a su legado por ordenarles que entrasen a la seguridad del campamento nocturno con sus zanjas y su empalizada, y no obligarles a volver atrás para salvar a unos hombres que ya no tenían salvación.

Detrás, la mitad de los batavos había montado y la otra mitad no. Salieron a caballo y tomaron el camino del sur, con Civilis al frente, y los cuernos de toda una cohorte les enviaron de camino. Se mantuvieron en el centro de la calzada en aquella ocasión, acelerando el paso, y los legionarios de la segunda cohorte corrieron a los lados para dejarles pasar y luego volvieron a correr más o menos en formación hacia el campamento.

Cuando ya no podía oírles nadie, Longino dijo:

—Ya tienes exactamente lo que querías: la media cohorte que es más leal a Civilis cabalga con nosotros y el resto ha quedado atrás. ¿Has embrujado al legado?

—No. Le he dicho la verdad y él me ha escuchado. Los dioses apoyan eso por encima de todo, siempre. Dile al portaestandarte que sople cinco veces su cuerno.

* * *

A lo largo de toda la calzada de piedra de los antepasados, las cinco notas del cuerno de la caballería batava desgarraron los restos de la niebla y dejaron entrar al sol cegador.

Al oírlo, grupitos de guerreros y legionarios abandonaron la lucha. Espadas,

dientes y dedos apretados soltaron su presa en la carne, la piel y el hueso. Legionarios y guerreros por igual creyeron que aquel sonido indicaba que venía la ayuda para ellos solamente, pero a los guerreros se les había dicho que fingiesen temor y lo hicieron, de forma convincente.

Sin órdenes, o solo por un acuerdo tácito, ambas partes retrocedieron lentamente, renunciando a la estrecha tira de hierba verde que se había convertido en su campo de batalla.

Al principio de la lucha, los guerreros que querían vivir habían aprendido a no enfrentarse con ningún grupo de legionarios que formasen un muro con sus escudos y avanzasen hacia ellos. Los legionarios, por su parte, habían averiguado que salirse de la calzada y adentrarse en el bosque era un suicidio; una vez pasada la primera fila de árboles, era imposible mantener los escudos juntos, y cuando desaparecía el muro, eran presa fácil para lanzas y hondas.

Rápidamente, pues, la estrecha franja de hierba entre el bosque y la calzada se había convertido en el territorio de combate, la tierra de nadie donde ni los legionarios ni los guerreros prevalecían. Por ningún motivo en especial, solo porque existía y podía considerarse una victoria tomarla y mantenerla, esa franja de verdor se había convertido en el foco de los combates más violentos.

Ahora se encontraba vacía y tranquila. La paz cayó de forma irregular. Hombres y mujeres que estaban a punto de morir se atrevieron a respirar hondo y pensar en algo más que la simple supervivencia.

El sol ardiente de la tarde deshizo la última niebla que quedaba. Rayos de luz oblicua cayeron por igual sobre los muertos, los moribundos y los que habían quedado en pie y bebiendo agua de unos odres que pasaban a lo largo de cada línea, y mirando a los que tenían enfrente. Detrás de ellos el pantano parecía tan inocente como un nuevo día, de un verde grisáceo, extenso y llano, salpicado solo por algunos juncos y matojos de musgo de turbera. Aromas húmedos perfumaban el aire, delicados en medio de la carnicería.

Breaca estaba de pie bajo el abrigo de un abedul joven y contó a los que quedaban en pie. Por lo que podía ver a ambos lados, había más guerreros que legionarios entre los vivos y más legionarios que guerreros entre los muertos.

Estaba agradecida por esos dos hechos, y por señales de sentido de la batalla que surgían entre los grupos de guerreros que nunca antes se habían sometido a prueba. Pero también sentía temor por la falta de pasión en su interior, y se sentía embotada y con el corazón dolorido. Había matado con bastante eficiencia, y había dirigido también a los jóvenes que la habían seguido parte de la batalla, pero el hueco que tenía en su alma era tan grande como vasto era el horizonte del este, y el viento soplaba a través de él sin cesar. Daba vueltas a la empuñadura de su espada en la mano una y otra vez, sin parar, y le dolía mucho darse cuenta de que la música había desaparecido.

—No hay muchas personas que sean capaces de ver lo que falta, y menos aún que

sepan por qué.

La voz sonaba desde justo detrás de su hombro izquierdo. Las ramas se movieron y se apartaron y apareció Cygfa nimbada por el brillo de su cabello rubio con plumas de muerte entrelazadas, con una sonrisa tensa en el rostro y los ojos grises penetrantes y duros como el hielo invernal. Tenía el rostro moteado en un lado por manchitas de sangre seca, como si se hubiese acercado demasiado a la muerte de otra persona. Portaba la espada colgando a un lado, sin usar. Respiraba con ligereza y rápido, como un caballo al final de una carrera.

Cygfa siempre había sido bella. Era muy parecida en todo a Caradoc, su padre, pero hecho mujer y con más gracia. Dos años de cautiverio en Roma con el medio hombre en el que se había convertido su padre la habían vuelto más reservada y más dura, menos comprensiva con los demás e increíblemente salvaje en la batalla. Las sucesivas violaciones de los hombres del procurador la habían llevado mucho más allá en ese camino. Se había vuelto aguda y quebradiza como una espada que se ha pulido demasiado y que debe oxidarse pronto o romperse.

No se podía hacer ni decir nada. Airmid se había ofrecido a curarla pero al cabo de tres días fue rechazada. Solo Valerio, imperfecto y claramente dañado, le había ofrecido un cierto ejemplo. Cygfa era la única entre todos los guerreros que le había aceptado sin cuestionarle, viendo en él al único hombre que podía enseñarle cómo destruir todo lo que era Roma.

Breaca dijo:

—¿Has recorrido toda la extensión de la calzada?

—La mayor parte —sonrió Cygfa, aceptando el odre de agua. Se enjuagó la boca y escupió el agua, que se tiñó levemente de sangre por el sufrimiento de los pulmones debido a la carrera—. No había motivo para quedarse después de pasar la señal de Valerio, y quería estar aquí antes que él.

—Para verle luchar.

—Pues sí, en parte. Ya le vi en la Galia. Ahora será distinto, y me gustaría verlo. Pero no solo por eso —Cygfa le devolvió el odre. Su mirada era aguda y fría como un cuchillo de desollar en invierno, y no hacía esfuerzo alguno por suavizar su filo—. De haber pelea entre tu hermano y tu hijo por el liderazgo de tus guerreros, ¿a quién crees que tendrás como sucesor?

Excepto Valerio, nadie más se había atrevido a tocar ese asunto. Había un cierto alivio en poder hablar de ello abiertamente. Breaca dijo:

—Ya has elegido. Lo demostraste la mañana que murió el mensajero. Con tu claro apoyo, no debería llegar a haber batalla sino simplemente palabras.

—Es posible, pero Valerio necesitará a alguien más que a mí de su parte si quiere que le acepte la hueste. Los jóvenes solo saben lo que ven, pero la mayoría de los líderes de lanza son lo bastante viejos para recordar que él quemaba nuestras haciendas y mataba a nuestros guerreros. Cunomar no es el único que cree que acabará poniéndose de nuevo de parte de Roma, al final.

—Él lo sabe. Por eso se ocupó personalmente de llevar el mensaje de Camulodunum a Cerial, cuando está claro que podía haber enviado a Halcón o a Longino. Él ha traído la legión Novena hasta aquí. Quizá solo hayamos cortado la punta de la cola de la serpiente, pero no lo habríamos podido hacer sin él —Breaca vio que Cygfa se encogía de hombros—. ¿Crees que no basta?

—Es un principio. Tienen que verle en combate, no solo nosotros, sino las legiones. Cuando sea obvio de qué bando está, los guerreros empezarán a ver quién es y lo que puede hacer. Hasta entonces, esperan a cada momento que nos traicione y mientras tanto, si hay cualquier conflicto, se alinean con Cunomar.

—Solo habrá conflicto si ven que yo flaqueo —dijo Breaca—. Y eso no ocurrirá antes de que Valerio esté listo.

—Gracias —Cygfa siempre había sido la más directa de los hijos de Caradoc—. Esperaba que así fuera. Y primero, Valerio está de camino con los batavos. Puede que luchen por nosotros, pero si tenemos que unirnos a ellos, ¿me dejarás ponerme a tu lado del escudo contra los últimos legionarios que queden?

Breaca cambió de posición la mano que sujetaba la espada. Durante diez largos años de combates Cygfa siempre había ocupado su lado del escudo, y nunca tuvo que preguntarlo antes. Dijo:

—Ese lugar siempre es tuyo, hasta que no lo quieras ya.

Bajo la dura y aguda máscara estaba la hija que había compartido la vida y la muerte tantas veces con ella que ya ni se podían contar. Cygfa dijo, dulcemente:

—Eso no ocurrirá nunca.

Parpadeó con fuerza y esbozó una sonrisa forzada.

—Observa el caballo negro con patas blancas y una luna en la frente. Tu hermano ha encontrado una montura para sí que iguala al caballo-cuervo. Si consigue sacarle de ésta vivo, me pelearé con él por tenerlo, antes de que Cunomar tenga la oportunidad.

Por primera vez aquel día, Breaca sonrió.

—Eso valdría la pena verlo.



El día iba pasando suavemente, igual que una danza dirigida por los dioses.

Valerio cabalgaba con Civilis a la cabeza de su caballería. A su palabra, los batavos refrenaron sus monturas hasta ir al paso, y fueron cabalgando en fila india por el camino de hierba verde. El potro negro con patas blancas y la luna entre los ojos dirigía la marcha, pisando con delicadeza por entre los cuerpos de los muertos como si estuvieran dormidos y no quisiera molestarlos.

La fila de legionarios vivos saludó a caballo y jinete como si fueran viejos amigos.

Todos ellos conocían a Civilis y el potro que éste había domado; la mayoría había oído hablar del mensajero decurión que era León de Mitra, el dios oculto de las legiones, y había arriesgado su vida para llevar la noticia de que atacaban Camulodunum. Aunque no reconocieran directamente a Valerio, sabían que él traía la victoria y el rescate y que la lucha, para ellos al menos, casi había concluido.

Se adelantaron caminando por la hierba verde, golpeando los pomos de sus espadas contra los bordes de los escudos como saludo. El ritmo de su cántico de bienvenida hacía juego con el retumbar de los cascos de los caballos, un compás fijo de cuatro por cuatro. Apenas tuvieron tiempo de observar el muro de guerreros que esperaban al final de la fila.

Había doscientos hombres de la caballería y algo más de trescientos legionarios; no bastaba para igualar sus fuerzas, pero era lo suficiente para que cada caballo escudase a cada par de hombres. Así, cuando el último de los batavos pasaba ante el primero de los romanos, el jinete se detuvo e hizo girar a su montura hacia adentro, de modo que se enfrentase a los escudos y las espadas bajas de dos hombres que le conocían, al menos de vista, y le saludaron en latín, sonriéndole.

Cada uno de sus compañeros hizo otro tanto, de modo que, ante Breaca y Cygfa, estacionadas en la vanguardia de la masa de guerreros icenos que esperaban en el lejano final de la calzada, la línea de rostros que se aproximaban se convirtió en una ancha franja de carne de caballo ruano con las cotas de malla brillando por encima.

Los guerreros de la hueste no cantaban, ni daban golpes con los pies, ni saludaban, sino que esperaban en silencio, como les había rogado Valerio. Y aunque él no se lo había pedido, de forma inevitable, la inmensa mayoría de ellos sacaron las espadas del cinto cuando él se acercaba, y le miraron con el odio y la sospecha claramente pintados en el rostro.

Bajito, para que no lo oyese nadie más, Cygfa dijo:

—Si hace un movimiento en falso, no podremos hacer nada ni tú ni yo para salvarle.

El potro de patas blancas avanzó solo hacia el final de la fila, hasta que se enfrentó a los guerreros, lo bastante cerca para que ellos notasen el suave soplo de su aliento húmedo y caliente en el rostro. Con los ojos desorbitados, esperando, creyendo y sin creer a la vez, cada uno de ellos estaba dispuesto a matar al hombre que lo montaba, si les traicionaba de nuevo ante Roma.

Enfrentándose a todos ellos y sin sonreír, Valerio levantó el brazo de la espada.

Su hoja era romana, y también la cota de malla que vestía. El sol casi había desaparecido, desgarrado en tiras muy finas por los árboles, de modo que la tarde era más verde que dorada, y con sombras que viraban al gris. Rayos dispersos de sol extrajeron chispas del borde afilado de su espada, y la cota de malla y la plata que llevaba en sus arneses. El potro de patas blancas resopló y meneó la cabeza, salpicando saliva blanca que alcanzó por igual a Breaca y al centurión romano que se encontraba al final de la fila de legionarios, a menos de tres largos de lanza de distancia.

El centurión sonrió al hombre montado y se presionó con la palma de la mano en el centro del esternón, con el saludo universal que se hacían entre sí los iniciados de Mitra.

Breaca vio que una oleada de dolor invadía los rasgos de su hermano, que cerró los ojos y se llevó el nudillo del pulgar al mismo sitio. Sus labios se movieron, como si estuviera rezando, y ella notó que la presión aumentaba a su alrededor mientras esperaba, esperaba demasiado, esperaba con demasiada incertidumbre, y más de uno de los guerreros tomaba la decisión de matar.

Sin advertencia, demasiado rápido para verla o detenerla, la espada de su hermano bajó y seccionó la mano de la espada del centurión.

Dos caballos más allá, Civilis alzó la voz y emitió el grito de guerra de sus antepasados. El corneta de los batavos emitió tres notas como ladridos que cubrieron el comienzo de los gritos. Antes de que el último de los sonidos muriese, la lenta danza irreal se había transformado en el encontronazo del conflicto.

Cuatro centurias de legionarios, entrenados para responder a cualquier ataque, por muy improbable que pareciese, se pusieron en alerta de combate al momento. Dirigidos por Civilis, renacido como el héroe Arminio, los batavos se arrojaron al combate contra los hombres que habían sido sus camaradas, cantando himnos de muerte.

Al final de la fila, la gran masa de guerreros icenos, dirigidos por la Boudica, se ocupó de la centuria de hombres más cercana. Breaca luchaba con Cygfa a un lado y Duborno al otro, e hizo lo que pudo para que los ritmos de la lucha la llevaran hacia delante, hasta acabar por recordar lo que era matar sin llegar a pensarlo, sin planearlo, solo porque la abertura estaba allí, y arreglar de ese modo el agujero que tenía en el alma, y dejar que el viento soplase a su través de una manera mucho menos fría.

Valerio no se alejó en ningún momento. La vigilaba como había hecho en el bosque, cuando ella se probaba con la espada, y, como pasó en aquella ocasión, el conocimiento de ese hecho la espoleaba hacia delante, y le daba una chispa que no era realmente suya, pero que de todos modos era buena.

Hacia el final, ella notó que su atención vacilaba y le vio alzar las patas de su caballo hacia arriba para matar a alguien. No fue tan salvaje como la aniquilación del procurador, pero sí igual de eficiente y lo hizo sin pensar, como parte de un movimiento más amplio que acabó de romper el último muro de escudos del enemigo.

Ella le oyó gritar órdenes en un gutural batavo y vio que hombres que jamás habían estado antes bajo su mando le respondían, y le seguían porque sabían que les conducía a la victoria. Él los unió a todos como un puño de cota de malla y carne que introdujo en el pequeño círculo de legionarios, desmenuzándolo.

Breaca lo observó con el corazón y el alma entregados por completo a la belleza del combate. Duborno juraba en voz baja a su lado.

—Había olvidado lo que era verle luchar. Ha nacido para ello, igual que tú, pero a

él le preocupa mucho menos la vida. Si hubiese estado con nosotros desde el principio, muchas cosas habrían sido diferentes.

Pensativa, Cygfa dijo:

—Es una pena que Cunomar no esté aquí para verlo.

Y entonces fue cuando se dieron cuenta de que el hijo de la Boudica no estaba por ninguna parte, y que tenía que haber aparecido, y quisieron averiguar por qué no estaba.

XII

De repente, no quedaba nadie con quien luchar.

En la calzada de los antepasados, con el pantano delante y el bosque detrás, Valerio estaba sentado en su nueva montura y toda su atención se hallaba concentrada en respirar antes de que le estallase el pecho y el corazón se le saliese entre las costillas por falta de aire. La cabeza le daba vueltas con la emoción posterior a la batalla. Más que de costumbre, los espíritus arremolinados de los muertos reclamaban su atención y una explicación de la traición que les había matado.

Luchó por ver a través de ellos el lugar donde tenía que estar Breaca, entre los vivos. Como un amante cuya presencia se nota en el otro extremo de la habitación, había sabido exactamente dónde estaba durante toda la lucha, y solo había perdido el contacto con ella hacia el final. Pero aun así, creía que lo habría sabido si ella hubiese muerto.

Longino llegó hasta él abriéndose paso entre la multitud.

—Tu hermana está viva —dijo brevemente—. Y también Civilis.

Longino también respiraba con fuerza. Los últimos legionarios, en círculo, se habían colocado mirando hacia afuera y habían luchado con la fiereza de hombres que no tienen nada que perder.

Civilis se había arrojado contra ellos, desdeñando escudo y casco. Había luchado como luchan las tribus germánicas de las que era heredero: con un salvajismo que llevaba a la desesperación a los soldados más embrutecidos. Los hombres desesperados cometen errores, y todos aquellos que combatieron con Civilis cometieron errores que les valieron la muerte, y por tanto le negaron la muerte gloriosa que él tanto anhelaba.

—¡Estás ahí!

El viejo guerrero cabalgó hasta donde estaba Valerio y le dio unas aparatosas palmadas en la espalda. Tenía el rostro color escarlata y el cuello color morado, casi negro; su pelo brillaba como plata helada, por contraste. Su caballo y su espada estaban empapados de sudor y de sangre y de la baba viscosa de las entrañas humanas. Sus ojos brillaban como los de un joven que se ha enamorado por primera vez, o que combate por primera vez.

—¡Hijo de mi alma, qué batalla! Y esto ha sido solo la mitad… Reúne ahora a tus guerreros; tenemos un viaje rápido y duro hasta el campamento de Cerial, antes de que caiga la noche.

La respiración de Valerio ya se había calmado un poco. El cabello se le pegaba a la frente por el sudor y la sangre ajena. Se pasó los dedos por él, arreglándolo un poco.

De algún lugar consiguió extraer la energía suficiente para reír.

—No lo creo, viejo. Aquí estamos entrenando a unos jóvenes con la esperanza de que puedan seguir viviendo para luchar, no les enviaremos a la muerte, por muy envuelta en gloria que esté.

Civilis meneó la cabeza.

—Valerio, no es momento de bromas. Tenemos que irnos. Ahora mismo —espoleó a su caballo. Valerio dio la vuelta al potro de patas blancas de modo que le bloqueó el paso. El hermano de la Boudica ya no sonreía. Puso una mano en las riendas de Civilis.

—No.

—Pero no lo entiendo —frunció el ceño el anciano—. ¿Dejarás que Petilio Cerial mantenga el campamento con toda seguridad y vaya por la mañana a atacar a tu pueblo? ¿Para eso hemos luchado esta tarde?

La voz del anciano graznaba agudamente, como un cuervo. Era inevitable que le oyeran, de modo que más oídos, aparte de los de Civilis, esperaban su respuesta.

Maldiciendo interiormente, Valerio elevó su voz para acallar la del otro.

—Hemos luchado esta tarde para dividir las filas de la Novena, y casi lo hemos conseguido. Una cohorte al menos de las tres ha desaparecido del todo. Mañana esperaremos hasta que Cerial se acerque y volveremos a hacer lo mismo. Quizá mejor incluso, ahora que la mitad ya somos caballería. Lo que no haremos es atacar un campamento fortificado con un hombre que se ha labrado una reputación organizando asedios, tanto desde dentro como desde fuera. No tenemos bastantes…

—Valerio —dijo Longino, con calma, pero insistente. Entre la multitud, hombres y mujeres se separaron para dejar que pasase un grupito entre ellos.

—… guerreros para dedicarnos a exhibiciones de valor suicida. En cualquier caso, yo no quiero que la mitad de tus batavos se enfrente contra la otra mitad. Henghes es bueno, y aquellos que le siguen puede que se decidan al final a unirse a nosotros, si les damos la oportunidad. Nos hará la vida muchísimo más fácil si un ala entera de batavos es capaz de protegerse contra las cohortes que queden de la Novena, mientras averigua si es capaz de congregar…

—Julio, es tu hermana.

Entonces tuvo que volverse. Breaca se hallaba junto a él, con Longino al otro lado, y parecía preocupada, y no había tiempo de explicar que ya sabía que su hermana estaba allí, que lo había sabido antes de que la multitud se apartase, ni tampoco que sabía que ella estaba furiosa y no sabía por qué, solo que estaba exhausta y no estaba dispuesta a enfrentarse a él ante mil extraños, cuando la batalla se había ganado hacía tan poco y los lamentos quejumbrosos de los muertos todavía llenaban el espacio entre la tierra y el cielo. Suspiró audiblemente y por tanto se perdió lo primero que le dijeron.

—… cree que puede atacar el campamento nocturno de Cerial con un puñado de osas.

—¿Cómo? —las palabras llegaron tarde a su ánimo—. ¿Quién?

—Cunomar, ¿quién si no?

Breaca estaba furiosa con Cunomar, no con él. Era ridículo: el alivio que le producía esa constatación le dejaba aturdido.

Ella dijo:

—No se le ha visto desde que el roble cayó y atrapó a los legionarios. Ardaco cree que lleva a sus osas a la carrera junto a la calzada hacia el campamento nocturno, para atacarlo cuando caiga la oscuridad. Es algo que se canta en invierno, junto a las fogatas: el ataque de las osas al águila bajo el beso de la luna de Nemain.

Valerio se dio cuenta de que tenía la boca abierta, y la cerró. Al final, cuando quedó claro que se esperaba alguna respuesta de él, dijo, asombrado:

—Está realmente decidido a probar que puede superarme, ¿verdad? ¿Dicen las canciones que alguna de las osas sobreviva a la mañana? Si es así, mienten.

Pensó que Breaca iba a perder los nervios, lo cual, a fin de cuentas, no habría sido tan malo. Se preparó para ello, y la vio sonreír y menear la cabeza y se dio cuenta de lo mucho que tenía que aprender todavía.

—Por supuesto que están mintiendo, de eso tratan las canciones. Pero si queremos que siga viva alguna de las osas, tendrás que reunir a los batavos y a todos los que puedas de la hueste de guerra que encuentren algún caballo y, o bien intentar detenerles, o ayudarles. ¿Puedes hacerlo? ¿Lo harás?

Él pensó: «esto ha llegado demasiado pronto», y vio en el rostro de ella que era también consciente.

Dijo:

—Puedo ayudarle, Breaca, pero detenerle no. Solo tú podrías hacerlo.

Ella se encogió de hombros y él vio que la ira estaba cimentada en el dolor y la frustración producto en parte de las limitaciones de su cuerpo.

—La supervivencia de nuestro ejército importa más que los sueños y ambiciones de un guerrero —dijo, y retrocedió. Más alto, para que la oyesen todos, dijo—: Cygfa irá contigo. Allá donde ella vaya iré yo en espíritu, si no de hecho. Ve a ayudar a mi hijo, sabiendo que yo estaría contigo si pudiese.

XIII

El brillo de las estrellas, su intensidad y los dibujos que formaban en el vacío le decían a Bello que estaba soñando.

Las contempló un rato, hasta que los puntitos de luz acabaron por formar unos dibujos que tenían sentido: el Cazador saludaba como había hecho siempre a la Liebre, eternamente perseguida por el Perro; la Serpiente vigilaba a una Diosa y los tres Cisnes que la acompañaban. Sumido en su maravilla, Bello no recordó inmediatamente que ni la Serpiente, ni las Diosas ni los Cisnes se habían dibujado jamás en las estrellas en el mundo de su ceguera, y tardó algo de tiempo en comprender que si la diosa venía a él ahora, en el sueño, cualquiera que fuese su forma, aquello debía de tener un significado.

Luchó por centrar su atención, por no dejarse perder en las pequeñas cosas que le arrastraban de vuelta a la niebla de los sueños vagos, a recordar, por el contrario, las preguntas que un soñador podría hacerles a los dioses cuando les encontrase.

Un carrizo pasó revoloteando, y él estuvo a punto de unirse a él, por el simple gusto de volar y la sensación de libertad que le daba. Su propia voz dijo: «Detente. Piensa», y se paró a pensar, y se esforzó por recordar que estaba soñando y que debía mirar hacia arriba. Por encima, la forma de la diosa estaba más cerca, hecha de más estrellas, y los cisnes que estaban con ella la habían rodeado y se habían convertido en nueve, tres veces tres. Le cosquilleaban los pies y la respiración le quemaba la garganta.

Ásperamente, dijo:

—¿Qué es lo que quieres de mí?

Una voz que conocía desde antes de su propio nacimiento le dijo:

—Bello, ¿a quién amas?

Aquellas palabras penetraron en su interior, prendiendo fuego a su sangre, a sus huesos, a su carne; el sonido de la madre total, que podía haberle llevado a casa, a las tierras más allá de la vida y a cualquier momento que ella eligiese, y por el contrario le dejaba vivir el tiempo de vida que tenía en la tierra, solo con un debilísimo recuerdo de su compañía para confortarle.

Respondió:

—A ti, por encima de todo.

Ella rio con él, y por él, y a través de él, y luego, sin reír, dijo:

—Y cuando estás en la tierra y yo soy solo un recuerdo grabado en piedra y madera, ¿a quién amas entonces?

Él podía haber dicho que a Espino, pero no lo hizo. En el suelo uno no debe decir

las medias verdades de la luz del día.

Dijo:

—Amo a Valerio, pero solo como un hijo ama a su padre. Él lo sabe.

—Quizá —la diosa a quien su alma se había entregado hacía tiempo pensó un rato. Él temía perderla y luchó por mantener la atención fija en la última oleada de su voz mientras ésta penetraba en él, una y otra vez. Al final, ella dijo:

—Si hubiese alguien que necesitara ayuda, y ayudar a ese alguien fuese ayudar a Valerio, ¿lo harías, aunque te dijera que puede costarte mucho más de lo que imaginas?

Ninguna diosa debería tener que hacer esa pregunta. Él habló al extremo más alejado de la muerte sin miedo. Podía dar su vida por la mañana, sin lamentaciones. Dijo:

—Por supuesto.

—Gracias. Estoy bien servida. Vigila, pues, y haz lo que debas.

El carrizo que había captado su atención volvió, y le fue imposible aquella vez no unirse a él, no volar por puro goce de la libertad, por estirar la espalda y los miembros, por la frescura del día y el aumento de los aromas, por la visión, desde muy arriba, de una niña pequeña con el pelo rojo como la sangre del buey, con la espalda recta y las piernas cruzadas ante un fuego, con un arma, y un bello joven yaciendo en las sombras detrás de ella.

Bello se detuvo y dejó de ser un carrizo. Durante largo tiempo no supo qué forma había tomado, solo que podía ver y escuchar y aprender. Al final, tenía alguna idea de lo que se requería de él, aunque no a qué coste. Y mucha menos idea de si podría hacerlo o no, o cómo llevarlo a cabo.

Se despertó voluntariamente y bebió agua, porque la vejiga llena podía traerle de vuelta, si viajaba demasiado lejos en sueños. Entonces, echándose bien caliente bajo las pieles del lecho, se dispuso a dormir y a sujetarse al recuerdo de Valerio, y a todo lo que sabía de él.



La espada de su abuelo se encontraba en el extremo más alejado de la hoguera, esperando.

Graine notaba su presión, como la amenaza del trueno, o de la guerra, y no podía hacer nada. El silencio que la rodeaba no era del todo hostil, pero había un dolor detrás de sus ojos que era distinto del dolor que la mantenía despierta por las noches, y un murmullo en sus oídos que no era el murmullo del ejército de su madre en el claro, allá fuera, y un conocimiento en su corazón de que su abuelo estaba allí y tenía necesidad de hablarle, y que ella debía escucharle, y no podía.

Suspirando, se apretó los ojos cerrados con las manos y maldijo a la oscuridad vacía. Antes le gustaba la oscuridad; las abuelas llegaban en el duermevela, a cada extremo del sueño, y le mostraban los caminos de los dioses y a los antepasados muertos hacía tiempo. Los senderos entre la vida y la muerte le habían parecido abiertos a una niña de ocho años, a diferencia del mundo exterior, y si bien nada era completamente seguro, al menos había una cierta seguridad en la presencia de las abuelas que mantenía a raya los peores excesos de la guerra.

Luego llegaron los hombres de Roma a recoger sus impuestos, trayendo todos los excesos de la guerra, y toda la seguridad desapareció. Graine estaba viva, cosa que en sí era un milagro, y estaba muy agradecida por ello, y así había sido desde el momento en que se despertó entre las pieles de oveja en el lecho junto a su madre, una vez desaparecidos ya los romanos y la hueste de guerra reunida y el mundo entero de nuevo.

Pero el mundo ya no estaba entero, y nunca volvería a estarlo. Con aquel mismo despertar había llegado la lenta comprensión de que las abuelas habían desaparecido para ella, y el sueño con ellas. Ningún fantasma, al parecer, se dignaba visitar a una niña de ocho años violada por media centuria de hombres, y su ausencia dejaba el mundo deshecho, y los seres vivientes no podían hacer nada para arreglarlo.

Si Graine pensaba en todo esto la locura se cernía muy cerca de ella, o una desesperación tan profunda que era casi lo mismo. Durante doce días estuvo al borde de la demencia, hasta que le resultó difícil recordar cómo era antes. Ahora se esforzaba por respirar el humo de la fogata y la humedad del aire y se clavaba las uñas en los surcos de la palma, en el mismo sitio que todas las veces anteriores.

No le quedaba nada para distraerse. La hacienda estaba tranquila por primera vez desde la muerte del procurador. Había algo de paz en el ruido de la guerra. Graine yacía sola en su choza hasta que el parloteo de los guerreros se entretejió formando una manta de sonidos sin palabras que podía ofrecer seguridad a una niña que tanto la necesitaba.

El humo también la envolvía de cerca, la lluvia que mojaba el tejado había humedecido el aire y el humo de la fogata se escapaba por los lados hacia las paredes antes de elevarse hacia el tejado. Su espesor enturbiaba el resplandor del fuego, de modo que solo el rojo más profundo se filtraba y coloreaba la espada que se encontraba echada al otro lado.

La espada: la espada de combate de su abuelo, con su hoja de hierro azulado y la osa amamantando en el bronce, en el pomo. Habían pasado tres años desde que la Boudica escondiera la espada en un lugar que ningún hombre podía descubrir, y sin embargo, Valerio la encontró y la trajo de nuevo, y la escondió bajo una piedra que estaba consagrada a Briga desde el tiempo de los antepasados más antiguos.

Si las abuelas todavía hubiesen hablado a Graine, habrían podido explicarle cómo había ocurrido una cosa semejante. O bien Eburovic, su abuelo, a quien pertenecía la espada y que había sido el último en morir con ella en la mano.

Nadie hablaba, solo el fuego arrojaba su luz de sangre y la hoja de la espada aparecía teñida de rojo, como si la acabaran de usar, y la sensación de espera era mucho más urgente de lo que había sido, y Graine no podía hacer nada para cambiar aquello.

Ella siempre había sido una niña muy paciente, y Roma no le había arrebatado aquello. Estuvo sentada mucho tiempo, quieta. El humo se iba filtrando hacia los lados. La lluvia repiqueteaba a través de los huecos del precario techado. Más allá de las paredes, donde esas cosas no importaban, un hombre soltaba maldiciones. Una mujer se reía y otra después, íntimamente. Un trío de perros se peleaba por unas sobras del vertedero. Una gallina en las vigas de la choza cloqueaba, contenta, y se atusaba las plumas, dejando caer una tan lentamente que parecía que le iba a costar la noche entera tocar ala niña que contemplaba su caída desde…

—¿Graine?

El fuego estaba muerto por falta de leña. La lluvia había cesado y habían pasado un día y una noche desde que los guerreros habían partido para luchar contra los hombres de Roma. La suave voz de la puerta era la de Valerio, aunque no tenía que haberlo sido. Graine se dio cuenta de todas esas cosas antes de saber que estaba echada de lado, y que por tanto se había quedado dormida, y que la pluma pudo ser el inicio de un sueño, el primero desde que estaba libre de los recuerdos de la noche que la había destrozado.

Se agarró a la forma evanescente, queriendo que volviese.

—Lo siento, no quería despertarte —Valerio seguía allí—. ¿Debo irme?

—No —ella se incorporó—. Estoy despierta —miró a su alrededor—. Pensaba que estabas con la Novena legión, dirigiéndoles hacia una emboscada.

—Y estaba. La primera parte de la emboscada ya está cumplida. Ahora dirijo a la hueste de tu madre para ayudar a Cunomar a atacar el campamento nocturno romano —no explicaba cómo podía estar allí y cabalgando al mismo tiempo. Ella no pensó en preguntárselo. Él dijo—: No puedo quedarme. Tengo que estar con los guerreros. He traído a tu abuelo para que hable contigo.

Ella se frotó los ojos y miró a la oscuridad, junto a la puerta.

—¿Cómo es que no puedo verle?

—Si puedes verme a mí, con eso basta. ¿Qué le preguntarías?

Cuántas preguntas. ¿Por qué no puedo soñar? ¿Qué necesito para curarme? Las palabras bailoteaban en su cabeza. Por ningún motivo en especial, solo porque estaba allí, dijo:

—¿Qué va a ser de su espada?

Esperó, mirando hacia la oscuridad. Desde la forma que era Valerio, su abuelo habló. «Tú eres la portadora, pero quizá no la lleves. Uno que está ligado a ti por la tierra y el cielo puede llevarla en tu lugar, y para tu protección.»

Ella dijo:

—¿Halcón? Está ligado por el juramento de la tierra y el cielo, pero no es iceno.

Hubo silencio. Llena de pánico, ella dijo:

—¿Valerio? —y luego gritó—: ¡Valerio!

Su voz sonaba muy lejana.

—Lo siento. Tengo que irme. Aquí hay alguien más que necesita hablar contigo, alguien que está todavía en la tierra de los vivos. ¿Puede entrar?

—Si es un verdadero amigo, sí.

Valerio se hallaba demasiado sumido en las sombras para verle bien. Dio un paso atrás y alguien nuevo apareció a la vista. No era Halcón, ni Duborno, ni Ardaco, ni nadie del consejo privado de la Boudica. Se adelantó y se encendió el fuego allí donde antes solo había oscuridad.

Se sentó donde normalmente se sentaba Halcón, y era lo opuesto del oscuro coritano: rubio como el grano trillado, con el pelo algo ondulado y unas cejas claras que formaban una línea de plata en un rostro pálido. Sus ojos eran los de un gato montés, de un verde amarillento por los bordes, brillantes y penetrantes. Esos ojos despellejaron a Graine y la diseccionaron y la volvieron a montar de nuevo. Ella quería sentirse incómoda ante aquello, pero no pudo. Devolvió la mirada y vio que el resplandor de los ojos disminuía.

—Lo siento, era innecesario —el extraño se llevó la palma a la frente con el mayor honor. Su voz tenía un acento cantarín que a veces ella había oído en Valerio. Dijo—: Soy Bello. Tú eres Graine, la que es de Nemain.

—Era de Nemain. Ya no lo soy —se le hacía más fácil decirlo. Bello no vacilaba de la forma que había vacilado su madre. Graine dijo—: Ya no veo los senderos de los dioses. Solo soy Graine, la hija de Breaca.

—Y también Graine hija de Caradoc. Nunca olvides quién fue tu padre. Yo le conocí cuando era niño. Habría estado orgulloso de ti, como tú deberías estarlo de él. Cualquier niño estaría orgulloso de tener a esos dos como padres, pero tú eras algo más, y puedes volver a serlo. ¿Quieres curarte?

—Por supuesto —espetó ella, sin pensarlo, y vio que los ojos de gato salvaje se abrían mucho.

Con extrema suavidad, Bello dijo:

—No deberías hacer eso. Sabes que no es bueno hablar despreocupadamente en el sueño.

—Pero esto no es… —se detuvo. Valerio era una sombra, y se había ido, había vuelto con sus guerreros, cabalgando a lo largo de la noche y llevándose con él la sombra de Eburovic.

Bello, el de los ojos de gato, había encendido el fuego moviendo la mano, y sin embargo no había calor, solo luz, la suficiente para verle. Halcón estaba dormido; ella podía oír su respiración que subía y bajaba. Graine dijo:

—No puede ser. He perdido el sueño.

Ella notó que él sonreía.

—Este sueño es mío, es un regalo de Briga. Estoy en Mona. Si quieres curarte,

debes venir conmigo, aquí.

—Las legiones están en la costa occidental, preparándose para asaltar Mona y todo cuanto quede allí.

—Lo sé. Los combates no han empezado aún. Hasta que empiecen, y acaben del todo, yo seguiré aquí.

—Halcón no me dejará ir.

—Sí, te dejará —Halcón estaba de pie detrás de Bello. Sus ojos eran brillantes como los del ave de la cual había recibido el nombre, pero no tenían nada de los ojos de gato que todavía la sujetaban.

Dijo:

—Mi madre era soñadora del Ser Cornudo. Nunca permitiría que me interpusiera en el camino de otro soñador. Si necesitas ir a Mona, te ayudaré a encontrar una forma.

—Gracias —el Bello del sueño se llevó una vez más la mano a la frente—. Deberías partir al amanecer.

—No podemos. Tengo que decírselo a mi madre.

Desde muy lejos, la voz de Valerio dijo:

—Breaca vuelve a ti ahora. Estará en la hacienda antes del amanecer. Duborno va con ella, y Gunovar. Ambos conocen bien el camino de Mona y pueden guiarte. Diles que yo lo he dicho, y recuerda las palabras de tu abuelo. Halcón debe llevar la espada de guerra de los antepasados. Halcón, no Duborno. Eburovic lo ha dicho.

—Pero, ¿cómo podemos…?

El aire quedó vacío y luego se llenó de nuevo. Graine abrió los ojos. Bello había desaparecido. El fuego estaba apagado. La pluma seguía cayendo del techo. Halcón dormía ostensiblemente en sus pieles. Graine se quedó despierta en la oscuridad, escuchando el sonido de los caballos que hablaba del regreso de su madre.

XIV

Cunomar balanceaba el cuchillo que le había regalado su madre en un dedo, y miraba las chispas rojizas que se reflejaban en la hoja.

Un viento del sudoeste soplaba cálidamente, levantando brillantes filamentos de cenizas de cincuenta fuegos distintos en el campamento nocturno de los romanos. El viento distorsionaba el murmullo de las voces en latín y germano que contaban el día y el ocasional golpeteo de una espada con un escudo cuando un guardián se encontraba con otro y se saludaban en el incesante circuito del campo. La oscura mole del pabellón del legado era una sombra en las luces chispeantes, que tapaba los fuegos que quedaban detrás.

Las zanjas marcadas por Valerio y que los batavos habían cavado eran sombras invisibles con los bordes poco claros. Para aquellos que las estudiaban desde el borde exterior del bosque, las estacas cruzadas y afiladas eran la señal más visible de los límites del campamento, colocadas a lo largo de las líneas interiores para repeler a los invasores lo bastante estúpidos como para enfrentarse a las zanjas y los desechos arrojadas a ellas al caer la noche.

La única canción de las osas que hablaba de un asalto a un campamento romano por la noche contaba en términos muy vagos que la Boudica, ayudada por Airmid, soñadora de Nemain, y Ardaco, padre de las osas occidentales, entró en un campamento nocturno y llevó a cabo, mediante el sueño, la muerte del gobernador.

El acontecimiento tuvo lugar mientras Cunomar era prisionero de Roma, y había oído hablar de él a su madre solo dos veces en los años transcurridos desde su regreso. Su relato se parecía muy poco a la canción, pero interrogando a Ardaco y Airmid a lo largo de los años llegó a comprender plenamente lo que habían hecho. Si él podía reproducirlo era otra cuestión muy distinta, pero la osa recompensa el valor por encima de todo, y a Cunomar le quedaban treinta y ocho guerreros de la osa vivos, muchos más que los ocho que habían acompañado a su madre.

Se extinguió un fuego en la parte noroeste del campamento, y otro junto a éste. Desde la oscuridad a la izquierda de Cunomar, Ulla dijo:

—Los fuegos se van a apagar más rápido ahora. Hay la mitad de los que había al caer la noche.

—Cuando sean treinta, podremos atacar. Si hay más, seríamos vistos. Nunca dejan menos que ésos. He vigilado bastantes campamentos en las montañas occidentales para saberlo, digan lo que digan las canciones de la absoluta oscuridad del ataque de la Boudica.

Otro fuego parpadeó y se apagó. Parcelas de oscuridad se filtraron en la noche. En

torno a Cunomar, el resto de las osas bebía agua y no hablaba. El sudor y la grasa de sus cuerpos calentaba la noche. Un viento cálido esparcía su olor de vuelta al bosque, lejos del campamento.

Dentro de la empalizada, una hilera de seis fuegos de campamento fueron extinguiéndose uno tras otro, como si un dios hubiera soplado sobre ellos. Cunomar levantó su cuchillo bien alto y lo hizo girar. Sus tripas gorgotearon y luego se quedaron tranquilas. Ya no le dolía la oreja perdida. Separó ligeramente los pies y movió un poco los hombros para soltarlos. La tierra se balanceaba al ritmo de sus pies, agradablemente. Él se inclinó con ella, una y otra vez, y llegó a un punto de estabilidad en el centro.

La tierra continuaba oscilando bajo sus pies.

Ulla dijo:

—Caballos. Dos. Vienen por el bosque, no por la calzada.

—Caballería. Valerio ha resultado un traidor —no había tiempo para pensar, ni necesidad. Cunomar escupió. Ya era el momento de hacerlo. Un blanco relámpago de los ojos y hierro desnudo le mostró dónde esperaban sus órdenes las treinta y ocho hojas de los cuchillos de su guardia de honor

Una pequeña parte de su ser estaba pensando en asaltar el campamento nocturno pero, con enorme pesar, abandonó la idea. Ya no había esperanza alguna de secreto, y las vidas de aquellos que le seguían importaban demasiado para ser desperdiciadas por un simple capricho, por muy a gusto que hubiesen muerto todos por él.

—Id —agitó la mano hacia atrás—. Convertíos en parte del bosque. No volváis hasta que os llame.

Esperó solo, con los pies dispuestos y la mente vacía, tal y como le habían enseñado los ancianos.

Los dos jinetes que llegaban fueron a las puertas del campamento. Dieron la contraseña y les admitieron. La mole oscura de la tienda del legado se volvió de pronto menos oscura, iluminada por dentro con un brasero, y luego unas antorchas. Sombras de hombres jugueteaban en sus muros. Cunomar susurró un juramento y se dejó caer hasta quedar en cuclillas. Dio un paso hacia delante y luego se detuvo, cuando el resplandor cambiante de la tienda del legado quedó bloqueado por una sombra más oscura.

—No lo hagas —dijo Valerio, muy bajo—. Dos buenos amigos míos están arriesgando su vida ahora mismo en un esfuerzo por convencer al legado de que su campamento nocturno no está amenazado. Preferiría que no demostraras que están equivocados.

Cunomar notó un cosquilleo en el cuero cabelludo. Creía que solo Ardaco era capaz de acercarse tanto en la oscuridad sin que él lo supiera, nadie más. El cuchillo apareció silenciosamente en su mano. Vio que ningún metal brillaba junto a la silueta de Valerio, iluminada por las estrellas.

Dijo:

—¿Has enviado al tracio al campamento? —la incredulidad coloreaba la voz de Cunomar, y el desdén por un hombre que enviaba a su amigo del alma a un gran peligro y lo mantenía apartado de sí.

—Sí, ha ido Longino, y también Civilis, que fue mi padre adoptivo en los primeros días que pasé en la caballería de Roma. Él es el batavo que ha vuelto su caballería contra Roma en nombre de tu madre hoy. Sin él, las pérdidas de los icenos habrían sido mucho mayores.

En el campamento se encendían ya más luces. La silueta de Valerio se volvía más destacada. Su rostro era todavía imposible de ver. Solo se podía leer su voz.

Pensativamente, aquella voz dijo:

—Si me matas ahora, Civilis y sus batavos quedarán perdidos para la hueste de guerra. Creo que serían útiles para protegernos las espaldas mientras asaltamos Camulodunum. Aunque eliminemos a todos los oficiales y gente que sirve en el campamento, todavía quedan cuatro cohortes completas de la Novena en los cuarteles de invierno.

Se le ocurrió algo tarde a Cunomar que Valerio había elegido el camino del mayor peligro al acercarse a ver al hijo de la Boudica desarmado y solo en la oscuridad. O al menos eso podría parecer después ante aquellos que decidieran usar aquel camino.

Sin ruido, volvió a introducir su cuchillo en la funda. La luz del fuego jugueteaba en su rostro. Los ancianos de los caledonios habían pasado un invierno enseñándole cómo dominar sus pensamientos, de modo que nada se mostrase al enemigo, ni siquiera a uno que hubiese aprendido en Mona a leer las mentes delos hombres, desnudas en sus ojos. Así protegido, dijo:

—La osa no mata a hombres desarmados, sean éstos quienes sean.

—Gracias —un asomo de diversión apareció y desapareció de la seca voz—. ¿Existe una razón por la cual tu hermana Cygfa no pueda ser la que conduzca la hueste de guerra si tu madre resulta no estar capacitada? Ella me parece admirable en todos los sentidos.

Cunomar no esperaba aquello. Nunca había considerado una amenaza a su hermana. Le costó un momento recordar por qué.

—Mi madre vio el asalto final a Roma en un sueño febril. Cygfa iba en el ala derecha, y Ardaco en la izquierda. Duborno es un soñador que lucha como guerrero, y no se le vio en otro sitio. Podía ser él, pero está demasiado dañado por los inquisidores romanos para conducir a la hueste.

—Ya veo. Así que de todos los que están cerca de tu madre, eres el único que queda para tomar su lugar, si ella no puede hacerlo. Aparte de mí.

Un fuego ardió brillante en uno de los bordes del campamento. Un movimiento leve y deliberado apartó la cara de Valerio de las sombras, de modo que al fin pudiera ser visto. Parecía exhausto, eternamente joven. Podían ser ciertas ambas cosas o ninguna de las dos.

Dijo:

—Debemos hablar con claridad a este respecto. Yo no tengo ningún deseo de dirigir a los icenos, ni ahora ni después. Pero no dejaré que la búsqueda de gloria personal por parte de un hombre destruya el ejército, ni lo conduzca a la ruina. El futuro de nuestro pueblo y de nuestra tierra descansa en esta guerra. Y esas cosas importan mucho más que tu vanidad o la mía.

Así se establecían las líneas de su combate privado. Cunomar dijo, bajo:

—Y yo no dejaré tampoco que la traición de ningún hombre destruya aquello que mi madre ha construido dedicándole toda su alma. Te olvidas de que yo estaba contigo en la Galia cuando traicionaste a los hombres por los que habías luchado.

Sus ojos se alimentaron con el rostro del otro hombre. Creyó ver, más bien estuvo seguro de ver, un parpadeo de dolor, o de duda, o de temor, irrumpir en la máscara de autocontrol de Valerio. Valía la pena toda la noche de incomodidad solo por aquello.

Unas voces en latín que se alzaron entonces rompieron la tensión del momento. Las antorchas brillaban en los márgenes del campamento. Se hizo necesario moverse con rapidez y silencio al abrigo de los árboles y esperar desde allí, apretado contra la fría tierra, hasta que un grupo de ocho hombres armados pasó, arrojando luz y hierro por el sotobosque.

Hubo un largo silencio después de que pasaran. Cunomar se levantó hasta quedar en cuclillas y se quitó las hojas muertas de la cara. Nada se movía a su alrededor. No tenía ni idea de si todavía estaba acompañado o solo. En la oscuridad, dijo:

—No ha sido una búsqueda de renombre personal lo que ha traído esta noche aquí a la osa.

—¿Entonces qué ha sido? —Valerio estaba muy cerca. Su voz sonaba distante, como si hubiese estado soñando.

Cunomar dijo:

—Aquí hay dos mil legionarios. Atacarlos con treinta y ocho osas sería una locura. Nos proponíamos entrar en secreto y matar solo al legado, como mató la Boudica al gobernador en los días en que mi padre se hallaba cautivo en Roma.

—A menos que te apresaran, en cuyo caso también podrías ser enviado como cautivo a Roma. Deberías pensar que el hijo de la Boudica quizá valga más para Roma vivo que muerto. No creo que este emperador encontrase piedad en su corazón para ofrecer el perdón.

Las nubes se apartaron entonces y permitieron a la luna llegar hasta ellos. A la súbita luz, Valerio se parecía a su padre mucho más que nunca, y estaba exhausto, de eso no había duda alguna. Dijo, cansadamente:

—¿Y si lo pensamos por esta noche? Tenemos que dar a los guerreros otra oportunidad de luchar por la mañana. Necesitan mayor experiencia de combate antes de asaltar Camulodunum. Los veteranos de la Vigésima, que llaman a aquello su hogar, no quedarán atrapados en una fila con un pantano a su espalda, estarán defendiendo la tierra que ha sido su recompensa por veinticinco años con las legiones. Lucharán como osos acorralados, y aun con un ejército bien curtido en el

combate sería difícil derrotarles.

«… como osos acorralados…»

Era inconcebible que Valerio pudiera saber algo de su pesadilla. Saliendo de la luz de la luna, Cunomar dijo:

—No podemos volver a atacar la columna como hemos hecho hoy. Lo estarán esperando.

—Es obvio. Así que tenemos que atacarles cuando empiecen a desmontar el campamento —Valerio se agachó también.

Dibujó un cuadro en el barro con el dedo.

—Éste es el campamento —dijo—. Nosotros estamos aquí, en el lado oeste. Longino y Civilis están dentro ahora, contándole mentiras al legado. A menos que sugieras algo mejor, esto será lo que haremos…

* * *

Una serie de llamadas de cuerno resonaron en la mañana.

Cunomar esperaba al abrigo de los árboles con las osas dispersas a ambos lados. Por la noche, cuando los hizo volver hacia él y les dijo entre susurros lo que Valerio les pedía que hiciesen, Ulla fue la única que dijo lo que el resto no se atrevió a decir:

—Habría preferido que hiciéramos como habías planeado tú al principio, pero ya no hay vuelta atrás. Valerio nos ha confiado la mejor parte, y el resto de las cosas que quiere hacer son muy sensatas, si los hombres que están dentro del campamento hacen lo que él dice.

Si. Todo dependía de ese «si». Cunomar estaba echado en el suelo, en la fría mañana, contemplando a los legionarios que encendían los fuegos y preparaban tortas de cebada para desayunar. A su alrededor, los susurros de los líderes de lanzas hacían eco de la duda de Ulla y la aumentaban.

Más que la destrucción de la Novena, el frágil estatus de Valerio ante la hueste de guerra dependía del éxito de su plan. Si las osas luchaban bien y conseguían que ocurriese, podían reforzar su causa, así como la propia. Si fracasaban, dañarían su propia reputación tanto como la de Valerio. La amarga ironía que se transparentaba en todo aquello no hacía precisamente que la mañana fuese más cálida.

En el interior del campamento romano, el zumbido de la actividad ya era bastante agudo; el resto de los hombres de la Novena legión se habían despertado antes del amanecer, si es que habían dormido algo. Las actividades de la mañana, el desmontaje, su empaquetado y el desmantelamiento del campamento progresaban más rápido de lo normal, mientras todos se preparaban para seguir la marcha.

Cunomar había acechado un número incontable de campamentos nocturnos en las montañas occidentales, observando cómo se desplegaba siempre el mismo patrón:

invariablemente las centurias que habían llegado primero eran las primeras en empaquetar sus tiendas y partir, y aquellos que habían llegado los últimos quedaban para rellenar las zanjas y cubrir los fuegos.

En general los hombres hablaban o cantaban o silbaban mientras iban trabajando. En aquel claro, al borde de la calzada de los antepasados, trabajaban en un silencio que ejercía una gran presión, de modo que cualquier ruido de una pala o el chasquido de una tienda que se desmontaba hacían eco entre los árboles y volvían.

Un solo centurión se encontraba junto al borde occidental del campamento, rezando en voz alta a Mars Ultor, dios de las legiones, para que los hombres de su centuria que habían quedado de noche en el bosque estuvieran en aquel momento dirigiéndose por la calzada para reunirse con su legión.

Ulla no sabía latín. Cunomar, que había vivido dos años en Roma, puso su boca junto a la oreja de ella y se lo tradujo, con palabras que apenas eran un susurro.

Las tres notas del cuerno de la caballería destruyeron el silencio, y las plegarias, así como la traducción en susurros. El ruido se elevó, formó volutas y volvió a elevarse, tal como había dicho Valerio: «tres notas que se elevan, caen y vuelven a elevarse son la señal de un destacamento que está siendo atacado por enemigos en superioridad abrumadora, y que necesitan urgente rescate. Ha pasado mucho tiempo desde que lo toqué en un cuerno, pero un corneta que está sufriendo un ataque puede cometer un error. Si consigo que el sonido resulte medio auténtico, el campamento se sumirá en el caos».

Tenía que haber sido más que medio auténtico. Con una sensación de urgencia royéndole las entrañas, Cunomar vio que el campamento se sumía en el caos con rapidez.

Se abandonó el silencio: los hombres gritaban y corrían, y volvían a gritar de nuevo; se reunían los caballos, sonaban los cuernos sin coherencia obvia. «Espera una larga nota con una escala ascendente. Ésa es la llamada de Civilis a los bátavos para que monten y estén dispuestos a galopar.»

Llegó la nota, subiendo muy alto para saludar el amanecer. La mitad de los batavos estaban ya montados; suyo era el aparente fallo, suya la necesidad de recuperar el honor. Civilis se encontraba entre ellos, como una furia con el cabello blanco, gritando órdenes que se podían oír hasta gran distancia, en el bosque.

Cunomar vigilaba a Longino, que estaba más tranquilo y permanecía de pie junto a Cerial. Hubo un momento en que quedó una decisión flotando en el aire. Cunomar vio que el amigo de Valerio inclinaba la cabeza, deferente, y hacía un gesto pequeño con la mano, indicando la caballería y la calzada de los antepasados. Poco después, la decisión estaba tomada.

—Cerial es impulsivo. Lo único que necesita es un momento de ánimo para arrojarse a la acción. Longino estará ahí para pronunciar esa palabra. Si él consigue lo que necesitamos, el legado dirigirá a la caballería cargando sobre la calzada.

—Pero, ¿y si se dan la vuelta? —preguntó Cunomar.

—Los hombres de Civilis bloquearán el paso. Si no lo consiguen, o deciden que no son capaces de luchar contra los suyos, nos encontraremos encallados y a pie contra la caballería batava. Sugiero entonces que corramos hacia el bosque y no miremos atrás.

Valerio sonreía al decir esto, de modo que era difícil asegurar si hablaba en serio o no.

Cunomar, que había decidido que casi con toda seguridad hablaba muy en serio, no tenía, sin embargo, ninguna intención de conducir a sus guerreros hacia el bosque. Contemplando el súbito orden que iba poseyendo a la caballería cuando su legado los reunía, se permitió al menos considerar aquella opción.

Aun para los criterios de Roma, la salida de Petilio Cerial cabalgando a la cabeza de su caballería al rescate de sus cohortes atribuladas resultaba impresionante.

Una ráfaga de música de trompeta anunció su partida. Las notas apenas se habían extinguido cuando se dio la señal a los hombres que estaban en el terreno de tirar las empalizadas que bloqueaban las puertas. Cuando se tiró la última, el legado y doscientos cincuenta jinetes de la caballería batava irrumpieron entre las puertas con un furioso martilleo de cascos.

Pasaron de estar quietos a cabalgar al galope, con unos caballos alimentados con grano que conocían el sonido de los cuernos tan bien como cualquier hombre, y se esforzaban por responder a ellos; todos menos dos, que se quedaron cojos en los primeros quinientos pasos y tuvieron que ser retirados. Justo detrás de los márgenes del bosque, Cunomar contempló a Civilis y Longino que lanzaban rotundos juramentos, se echaban atrás y se apartaban del resto.

—Esos hombres son amigos míos. Se han arriesgado a sufrir una muerte lenta a causa de su plan. Apreciaría mucho que tus guerreros evitasen matarlos después.

Valerio no sonreía cuando decía aquello, y el filo que tenía su voz había dejado perfectamente claro que hablaba en serio.

Nadie mató a Longino ni a Civilis. Se quedaron en pie a un lado del camino, deliberando al parecer, y luego, con evidente desánimo, se volvieron y empezaron el lento y renqueante camino de vuelta hacia el campamento nocturno.

Sus camaradas continuaron corriendo por el camino, y por eso no vieron a la media ala de batavos de Civilis, sus antiguos camaradas, que estaban de pie, silenciosos, en el bosque espeso, sujetando con las manos los suaves hocicos de sus monturas para que ninguno de ellos emitiera sonido alguno y les delatara.

El sonido de la caballería que pasaba se fue desvaneciendo hasta quedar en silencio. El bosque captó el ruido del campamento y lo reflejó hacia adentro, de modo que la hondonada se convirtió en una algarabía de voces y gritos entrecortados que se hacían musicales por su repetición.

Cunomar se puso de pie y sacó el cuchillo.

«Aún no», se dijo entonces a sí mismo, y luego, en un susurro que pasó por toda la fila:

—Aún no.

En la hondonada, una columna de infantería formó en el interior del anillo de empalizadas y se dispuso a marchar, aunque los hombres de la cohorte más rezagada estaban todavía rellenando las zanjas y quitando las últimas estacas. Sonó un cuerno solitario. La hoja de una espada percutió en el tachón de un escudo, agudamente. La columna de hombres inició entonces la marcha dirigiéndose al norte, en pos de su legado, por si les necesitaba en su lucha contra los icenos. El rescate de Camulodunum fue abandonado temporalmente ante la mayor necesidad de la legión Novena.

Como hormigas siguiendo su camino pasaron de cuatro en cuatro, frescos y ansiosos como los caballos, e igual de dispuestos para la lucha. Sus botas claveteadas iban pisando de forma regular la hierba empapada de rocío, y resonaban en las piedras de la calzada. La canción de marcha era la misma que habían cantado el día anterior, con un nuevo verso compuesto aquella noche que loaba a Civilis y a un solitario jinete tracio por su valor.

Cunomar les vio saludar a Civilis y a Longino a medida que los dos hombres conducían a sus caballos inválidos de vuelta al campamento.

—Aún no.

Todos los hombres habían marchado hacia el bosque cuando el primero de ellos murió.

La caballería batava surgió de entre los árboles, emitiendo falsas llamadas de cuernos que dejaron confusos a los hombres que marchaban durante el espacio de unos pocos latidos, lo que costó aniquilar su formación y evitar que formasen anillos defensivos. La hueste de los icenos rodeó los restos del campamento, con sus zanjas ya llenas y sus empalizadas empaquetadas y las tiendas echadas como polillas aturdidas en el suelo de la hondonada.

—¡Ahora!

Las osas de Cunomar, como se les había prometido por la noche, se encargaron de la primera parte, y la más importante. A su orden, se arrojaron hacia las puertas medio desmanteladas del campamento nocturno, cayendo sobre la centuria de legionarios que quedaban y que todavía no habían empezado a empaquetar las cosas, sino que estaban de pie con palas y estacas en las manos, y las usaron como armas.

La lucha fue sangrienta y breve, y cuando terminó, los hombres de la primera y segunda cohortes de la legión Novena yacían muertos y había más muertos entre ellos que entre los icenos, en relación de cinco o seis a uno. Ninguno de los batavos cayó y solo murieron dos de las osas.

* * *

El proceso más largo de despojar a los cuerpos de sus armaduras y armas, vaciar sus

petates de comida y ropas y restos de hierro que podía fundirse para fabricar hojas de armas, duró todo el día.

Cerca del mediodía, Cygfa fue a sentarse junto a Cunomar mientras éste despojaba el cuerpo del último centurión que había muerto. La espada del hombre estaba rota, con tanta fuerza la había usado, y el tachón de su escudo aparecía aplastado y resultaba imposible de arreglar. A su alrededor yacían desparramados muchos guerreros muertos, todos con heridas en la cabeza o en el pecho. La sangre chorreaba desde debajo de su armadura, y de la herida mortal que tenía en la garganta, donde una hoja al final había hecho mella bajo su casco.

—Luchó bien —Cygfa se sentó encima de un escudo vuelto del revés y vio a su hermano desabrochar las grebas del difunto. Ella también sangraba. Un corte poco profundo en uno de sus muslos dejaba escapar una sangre oscura; dos en el brazo de la espada, sangre más roja.

Cunomar dijo:

—Te vi matarle.

Amaba a Cygfa. El día que fueron liberados de la ejecución del procurador, él juró ante Ardaco que protegería a sus dos hermanas durante el resto de sus vidas, y contra los desafueros de Roma. Cygfa no había necesitado nunca su protección, pero le ayudó creer que se iba a recuperar. El dolor agudo que sentía en el pecho no era digno de ella, ni de él. Dijo con gentileza:

—Habría matado a una docena más si tú no hubieses venido tan rápido.

Cygfa se encogió de hombros.

—Estaba cansado ya, y Duborno atraía toda su atención. Pero no quiero hablar de esto.

Los ancianos le habían enseñado a enfrentarse directamente a sus sufrimientos.

—¿De Valerio, entonces? ¿Te ha regalado el potro de patas blancas?

De todos cuantos se batieron en el campo de batalla aquel día, dos habían sobresalido: Valerio con su caballo-cuervo, el medio romano que luchaba por los icenos con absoluta despreocupación de su propia vida, lo cual marca a los que son verdaderamente grandes y los separa del resto, y Cygfa, hija adoptiva de la Boudica, la rubia hija de Caradoc que luchaba al otro lado del campo sobre un potro negro con las patas blancas, corcel que presentaba claramente la misma estampa que el notorio caballo ruano de Valerio.

Éste no era tan salvaje como el *Cuervo*, pero respondía al pensamiento de Cygfa más fácilmente que ningún caballo que hubiese tenido antes, como si ambos, jinete y montura, estuviesen fundidos en uno solo, y atraía todas las miradas con la brillante llamarada de su pelo elevándose por encima del negro y blanco de su montura. Cunomar la divisó, y trató de no ver el caballo como un pago por sus acciones anteriores; no deseaba ser un hombre que envidiase a los demás por su buena suerte, y mucho menos a su hermana.

Cygfa sonrió, una imagen tan rara que por sí sola ya alegró el corazón de

Cunomar. Dijo:

—Valerio oyó el rumor de que iba a luchar por él y me lo regaló antes de que yo pudiera desafiarle —se pasó una mano por el pelo, pensativa—. Pero tampoco he venido a hablar de esto. Es Valerio. Yo…

—Tú le apoyas como líder de la hueste. Lo sé. Todo el mundo lo sabe. Lo dejaste bien claro cuando nos reunimos —en aquel momento le había herido. Ahora, tras haber ganado la batalla, Cunomar se alegraba solo de que ambos estuviesen vivos para hablar de aquello.

—Todo el mundo se ha dado cuenta —Cygfa se quitó la suciedad de su rostro, pero éste quedó más sucio aún—. Y tú sabes perfectamente que yo apoyo al hombre que los dioses nos han entregado y que, ahora mismo, es lo mejor que tenemos, si Breaca no puede dirigirnos.

Tenía sus ojos clavados en él. Cunomar depositó cuidadosamente las grebas en la pila. Con el mismo cuidado, dijo:

—¿Ahora mismo?

Se conocían muy bien aquellos dos hijos de Caradoc. Se habían enfrentado juntos a la muerte en Roma, y a dos años en el exilio después de su perdón por parte del emperador Claudio. Habían compartido la caótica huida por la Galia y el momento duro y terrible en la playa cuando quedó claro que su padre estaba demasiado destrozado para volver. Habían vuelto ambos a Mona, y la habían convertido en su hogar, y habían partido de nuevo hacia el este con la Boudica. Solo ellos dos sabían cuánto habían costado todas aquellas cosas, o qué significaba luchar como hijo de un guerrero al que reverenciaba el mundo entero, o tener que hacerse un nombre que no se pronunciase comparándolo siempre con las hazañas del pasado.

Sobreponiéndose a todo aquello, tan duro, Cygfa dijo:

—El liderazgo no solo es cuestión de valor. Nadie duda de que tú lo tienes, y estos dos últimos días lo han demostrado a todo el mundo que no lo hubiese visto aún. Sin embargo, un líder ve el cuadro en conjunto, y sabe que la vida vale más que la gloria. Un líder no habría llevado a tres docenas de guerreros al asalto de un campamento nocturno él solo, dejando atrás a los tres mil que necesitaban experiencia de combate. Ha llegado la hora. Breaca todavía no está curada. No podía estar aquí, pero nos dirigirá contra Camulodunum. Más adelante ya veremos quién nos dirige. Yo te apoyaré entonces si creo que no vas a llevarnos a algún heroico desastre.

Cygfa sonreía al decirlo, y le tomó el brazo. Su pelo era una maraña de oro brillante y suciedad tras los combates, y su rostro también. Era su hermana, cosa que importaba más que nada. Se puso en pie y le dirigió el saludo de un guerrero a otro.

—La Novena ha desaparecido. Ahora tenemos el camino expedito hasta Camulodunum. Haz el mejor uso de ello, hermano pequeño, y tal vez puedas dirigir a la hueste en el asalto final a las legiones.

PARTE II

Finales de primavera, 60 d. C



XIV

«La legión Novena ha sido destruida. La serpiente-lanza se ha despertado al este. La Boudica combate contra Roma y los dioses guían su mano. La libertad está ahí, al alcance de la mano para quien desee cogerla. Únete a nosotros y forma parte de esa presa…»

Las palabras se extendían más rápido que el fuego, llevadas por los comerciantes que azuzaban a sus caballos de tiro para ser los primeros en llegar a cada poblado con las noticias, y por jóvenes guerreros con plumas de guerra con los cañones teñidos de rojo recién tejidas en su cabello, que corrían descalzos hacia su hogar y relataban su propio éxito y las muertes conseguidas en la batalla (siempre con honor) de sus compañeros de escudo, amantes, primos, hermanos…

Los comerciantes volvían antes de viajes cortos que no habían planeado, con bienes con los cuales no solían comerciar a menudo. Se dirigían hacia el lugar de la feria de caballos con hierro, sal, lana y pellejos, y más hierro, y obtenían menos de la mitad de su valor por el oro, la plata o todo ello, con la promesa de que se les pagaría en grano cuando acabasen las hostilidades.

Para no ser menos, los jóvenes volvían a cientos con más hermanos, amantes, primos, parientes, amigos y promesas de que vendrían todavía más cuando hubiesen acabado las plantaciones de la primavera, o quizás antes incluso. Después de todo, ¿quién necesitaba plantar grano, cuando los graneros de Camulodunum, Caesaromagus, Canonium y Verulamium pronto quedarían abiertos y el grano que contenían les sería devuelto a aquellos que habían trabajado para cosecharlo y se morían de hambre por su carencia durante los fríos inviernos, bajo la bota de Roma?

Empezaron a reunirse otros que no eran icenos: coritanos, votadinos del oeste y del norte, siluros y ordovicos del oeste, dumnonios y durotriges desde el lejano sudoeste de la tierra.

Llegaron guerreros cuyas tribus fueron enemigas durante generaciones, y aprendieron en días no solo a compartir los fuegos, sino también a compartir la comida y el ejercicio y las enseñanzas de la guerra con media ala de la caballería batava.

Unos pocos compartían esas cosas con el hermano medio romano de la Boudica. Aquellos que no podían tragarlo decidieron entrenarse solo con su hijo, el de los cabellos rubios. Hicieron un esfuerzo aquellos cuyo trabajo consistía en supervisar tales cosas para procurar que el ejército no se dividiese ya en una etapa tan temprana del conflicto. Pero no tuvieron éxito del todo.

Surgieron otros asuntos de mayor trascendencia. Empezaron a correr rumores de

un segundo asalto por parte de la Novena legión. Rápidamente, los más competentes fueron despachados a proteger los caminos hacia el norte y el oeste. Éstos mataron a ocho mensajeros en dos días; todos ellos transportaban ruegos de ayuda urgente de Petilio Cerial al gobernador de toda Britania. Después de que devolviesen la cabeza del octavo hombre ajusticiado en la alforja de su caballo, no enviaron a nadie más.

Tampoco aparecieron cohortes vengadoras marchando hacia el sur. Una vez se creyó que una partida de batavos iba a atacar a la hueste, pero la suerte de estos últimos se impuso y había batavos custodiando el camino aquel día, los cuales reconocieron a sus antiguos camaradas y les persuadieron de desistir de su propósito, de modo que la hueste ganó a otros cien jinetes, que prefirieron luchar por Civilis contra Roma que por Henghes en nombre del emperador.

Los rumores cambiaron y empezaron a afirmar que Petilio Cerial, legado de la Novena, se había retirado a sus cuarteles de invierno y se hallaba sentado contemplando el mar que subía y bajaba con la marea. Más tarde decían que había despedido al albañil ibérico, pero no antes de que los cimientos de los baños hubiesen quedado completamente inundados.

Cinco o seis días después de la quema de las torres de vigilancia empezaron a llegar gentes desde el sur, procedentes de la ciudad de Camulodunum. Primero de uno en uno, luego de dos en dos, y luego en grupos mayores, mal armados, nerviosos; hombres y mujeres de los trinovantes entraron a pie y a caballo en el lugar de la feria equina icena, donde se estaba congregando la hueste para la guerra.

Primero llegaron como refugiados, temiendo el ataque que se avecinaba de manera más que evidente, conduciendo carretas y con sacos que contenían pollos vivos y arreando su ganado. Solo después empezaron a ofrecerse para la guerra. Cuando lo hicieron eran ya dos mil, y se dedicaron a prepararse para el combate más rápido que aquellos que no habían vivido tan de cerca a la sombra de Roma.

Antes de que acabase el mes, todos los caídos habían sido reemplazados y el número de efectivos de la hueste era una vez más de cinco mil. De nuevo, hacia el primer cuarto del mes siguiente, había crecido en la mitad. Ni uno solo de los que llegaban traía noticia alguna de la hija menor de la Boudica, aunque todos habían oído hablar de su viaje a Mona. Una niña y tres guerreros, al parecer, habían pasado sin ser vistos por aquellas tierras. Los coritanos alababan mucho la capacidad de moverse furtivamente de Halcón, quien podía pasar inadvertido con un manto negro en medio de la nieve, y ocultar con facilidad a tres adultos y una niña. Otros observaban que Duborno y Gunovar se habían entrenado en Mona y que por tanto eran muy capaces de ocultarse si decidían no ser vistos. Nadie hablaba abiertamente de la otra posibilidad, y era que la de los cuatro hubiesen muerto.

La hueste se hallaba dividida entre aquellos que tenían la responsabilidad de su instrucción. Dos mil de los guerreros más capacitados quedaron con Civilis y sus batavos para que vigilasen las rutas por las cuales todavía podía atacar la Novena legión. La Boudica, montada en un potro bayo que era un regalo de su hija, condujo al

resto de la hueste hacia el sur, hacia el lugar antiguamente consagrado al dios de la guerra Camul, más tarde fortaleza de Cunobelin y últimamente Camulodunum, ciudad capital de Roma en la provincia de Britania.

Más de cinco mil guerreros acamparon en el valle de la Pata de Garza, en el lugar donde se unían los tres ríos y se convertían en uno; allí donde, durante los días anteriores a la invasión de Roma, se unían las fronteras de las tierras de icenos, trinovantes y catuvelaunos, y el valle pertenecía a las tres tribus por igual, y por lo tanto a ninguna de ellas, y aquella provincia era propiedad de los dioses, y donde, sin embargo, una partida de icenos había sido atacada en el valle de la tierra sagrada y casi la mitad de los que la formaban murieron, incluyendo a Eburovic, padre de la Boudica, que murió por la espada defendiendo a su hija, y también Bán, su hermano menor, cuyo cuerpo fue robado del campo de batalla, de modo que le creyeron muerto y le lloraron como tal casi veinte años atrás.

Y donde, por primera vez desde que Tago murió, dejando al mundo abierto a la rebelión, Breaca se tomó algo de tiempo para sí y se bañó.

* * *

La garza estaba erguida en un ensanchamiento del río donde se congregaban las aguas tranquilas. Una brisa del este ondulaba su reflejo. Los peces pequeños besaban la superficie en torno a ella, ignorados.

La garza parpadeó lentamente. Breaca yacía de espaldas en la fría corriente y dejó que su cabello ondulase entre las algas y vio que su propio reflejo se desvanecía y volvía a aparecer de nuevo en el arco de su ojo.

Una sombra se deslizó por su cuerpo y tapó el débil sol primaveral de su rostro. Sin moverse, ella dijo:

—Luain macCalma siempre me pareció más garza que hombre. ¿Crees que él nos habrá enviado ésta?

—Posiblemente. Pero prefiero creer que enviaría un mensajero de carne y hueso si necesitara transmitir un mensaje urgente a alguno de nosotros, aunque nunca podría estar seguro de ello.

Airmid estaba en la orilla, al alcance del ave, que no se movió. Era tan alta como el Anciano de Mona, e igual de esbelta, pero no había en ella nada de garza. Desde el ataque del procurador, cada vez tenía menos de la rana que era su sueño y más de Nemain, hija de Briga, diosa del agua y de la luna, de la curación y de los sueños y de todo lo que ya no estaba al alcance de Graine.

Ahora, cuando pensaba en la diosa, Breaca pensaba en Airmid; ambas se habían vuelto inseparables. Eso, entre otras cosas, explicaba la nueva distancia existente entre ellas.

La soñadora se acercó y se sentó en la blanda tierra. Tomó un tallo de hierba para masticarla y dijo:

—Si tuviese que enviar un mensaje sobre Graine, usaría algo más seguro, pero no tiene necesidad de eso aún. Han llegado noticias de Duborno y Halcón, enviadas a través de un mercader de sal: Graine y los que van con ella están a salvo.

Graine… a salvo…

Las palabras llegaron hasta Breaca a través de una lámina de agua, penetrando a través de sus huesos hasta su alma. El río le lavó la cara y ella quiso llorar y no pudo; por lo que podía recordar, no había llorado desde que el procurador romano apareció en la hacienda con sus veteranos tras él.

Desde un lugar distante que era la tierra, Airmid dijo:

—El mensaje ha sido enviado desde los ordovicos del sur. Están llevando a Graine al sur, hacia el lugar donde la gente de Gunovar, los durotriges y los dumnonios poseen el control de la tierra. La Segunda legión tiene una fortaleza allí, pero están bajo asedio permanente y no se atreven a ir más allá de sus muros; es un sitio tan seguro como cualquier otro de Britania para la hija de la Boudica. Graine puede tomar el barco desde allí hasta Mona, si es necesario, o para Hibernia, si macCalma ha evacuado la isla antes de que ella llegue.

Hablaba más por oír el sonido de su voz que por las palabras que pronunciaba, como hizo Valerio durante los días de la fiebre. Su voz era más suave que la de él, y la calidad de su amor muy distinta. Aun así, ya no era como antes.

Al cabo de un rato, dado que Breaca seguía flotando y no decía nada, Airmid se quedó silenciosa. El río susurraba entre ellas. Las primeras abejas bailaban entre los amentos que pendían sobre el agua. La garza dejó de parpadear y estiró el cuello. Su pico hendió la superficie, tan rápido como la estocada de una espada. El pez que ensartó era gordo y marrón, y dio coletazos en el agua espumeante antes de morir. El ave se lo tragó y quedó con el cuello desfigurado, y luego se alisó de nuevo. Después se atusó las plumas y parpadeó, se echó a volar desde el agua y se convirtió en una saeta contra las nubes, y luego desapareció.

Breaca se dio la vuelta hasta quedar boca abajo en el río, y fue flotando hasta que el frío le entumeció las mejillas. Salió a la superficie, nadó hasta el borde y aceptó la mano de Airmid para alcanzar la orilla. El aire parecía caliente después del agua helada. Se secó con la túnica y se vistió con ella. Su espalda era un amasijo de cicatrices. Algunas de ellas se abrían cuando se movía, pero el frío había eliminado casi todo el dolor, y el cálido viento aún no había vuelto a traerlo consigo.

Se sentó apoyada en un árbol y con la punta machacada de un palito se limpió la suciedad de debajo de las uñas. No era posible hablar; había pasado demasiado tiempo y se habían dicho demasiadas pocas cosas para encontrar las palabras.

Un rato después, en el frescor tranquilo y rozagante, Airmid dijo:

—¿Debería pronunciar tus miedos en voz alta en tu lugar? ¿Haría eso que fuesen algo menores?

—No —Breaca se examinó las manos. El resentimiento le tensaba el pecho. No había esperado tamaña intrusión procedente de Airmid, precisamente.

Dijo:

—Soy una guerrera que ha perdido el gusto por la guerra. Darle nombre no ayudará, ni lo hará más difícil de soportar.

Llevaba las uñas limpias. Dejó el palito en un círculo de luz solar rodeada por las sombras, y se volvió para ver y ser vista por primera vez.

Airmid se hallaba cerca. Olía a humo de espinos y a lanolina, y por debajo de esos olores, a sí misma. De lado, su rostro ofrecía un perfil fuerte ante la luz del río, perfecto, sin cicatrices, bello, y sus pestañas aparecían húmedas.

Breaca dijo:

—¿Qué ocurre?

—¿Debería pronunciar en voz alta mis miedos para que tú los oigas? —Airmid sonrió, seca—. Todo. Nada. La guerra. Graine. Tú. Tú te has ido, y no sé cómo alcanzarte. Nombrarlo no ayuda, tampoco.

La mano de Breaca estaba quieta, junto al palito. Se movió solo lo suficiente. Tras un largo momento, unos dedos sabios se entrelazaron con los suyos. Una mano que conocía cada parte de su ser mejor que ella misma suavizó los músculos de su hombro, evitando las peores cicatrices.

La voz que había sido el lecho fundamental de su vida estaba rota, y ella no lo esperaba.

A través de unas lágrimas rápidas, Airmid dijo:

—Tú eres la Boudica. Has nacido para hacer lo que haces. Todos los demás te apoyamos en lo que podemos, porque hemos nacido para ello. Y hemos fracasado. No te has curado.

No había esperado aquello, no estaba preparada para aquello. Dijo, con toda franqueza:

—Habéis hecho todo lo que habéis podido, tanto Valerio como tú.

—Eso no basta.

Con cuidado, Breaca se echó hacia atrás y apoyó la espalda en el árbol. Soltó los dedos y usó ambas manos para eliminar de su rostro la ira que lo había moldeado. Estaba más cansada que furiosa, y la pena pesaba sobre ella por la pérdida de Graine, por la pérdida de aquella que había sido.

—Quizá no se pueda hacer más. Estoy viva; puedo sujetar una espada. Puedo cabalgar también, a la velocidad requerida para el combate. Puedo estar presente, y quizá no morir; al menos mientras va creciendo la hueste y hasta que todo el mundo llegue a reconocer en Valerio al líder que necesitan y quieren, o Cunomar acabe por crecer interiormente y muestre el liderazgo que late en su interior. Si ocurre una de esas cosas pronto, bastará.

—¿Bastará para dejarte morir?

Ella tampoco había esperado aquello. Una abeja solitaria tejió un camino azaroso

a través de los amentos y llegó a detenerse junto a su rodilla. Cuando se echó a volar de nuevo, dijo:

—No lo sé. No quiero tener que fingir que soy la que era, y ya no soy. Quizá la muerte sea el mejor camino para hacerlo.

Buscó a ciegas la mano de Airmid y trazó las líneas de su palma con el pulgar.

—¿Crees que la muerte es el final? No es eso lo que enseñan los ancianos de Mona. Para ellos el pez se va, pero solo en esta vida, y en este mundo. En otros momentos y en otras vidas, será la garza, y la garza será el pez, o ambos, o ninguno de los dos. Tú hablas todo el tiempo con la anciana abuela, que murió el día en que yo abandoné la niñez. ¿Diría ella que la muerte es el final?

—Ella podría decir que hay un momento adecuado, y que abandonar la vida demasiado pronto por compasión hacia una misma no es un acto propio de la mujer a la que ella condujo hasta la edad adulta.

Breaca no había esperado tanta dureza, cuando ella, por su parte, había dejado a un lado toda su ira. Hubo un momento en que fue posible caer de nuevo en eso, encontrar una vía de escape en la furia.

Meneó la cabeza negativamente.

—No. No quiero pelearme contigo. Ya pasamos poco tiempo juntas…

—No estamos juntas. No puedo llegar hasta ti. No sé cómo hacerlo.

—Entonces, quizá debería ser yo la que intentase llegar a ti.

Todavía se hallaban demasiado lejos. Breaca tomó los dedos de Airmid y encontró que no estaba ni tan tensa ni tan dolorida como ella había pensado. Al cabo de un rato se volvió de nuevo y se echó, con la rodilla de Airmid como almohada, de modo que le fuera posible mirarla sin tener que torcer el cuello.

Había olvidado lo sencillo que era estar allí echadas, juntas y en paz, sin necesidades ni urgencias acuciantes. Los dedos de Airmid le peinaban el pelo para que se secara. El pulso de Airmid latía bajo su oído. Por encima, el collar de plata de Airmid, de huesecillos de rana, brillaba sobre su piel. Los hombres del procurador lo habían roto por dos sitios. Alguien muy hábil lo había arreglado después. Breaca trazó la línea con el dedo, y luego en la piel que había debajo, y pensó, aunque no lo dijo, que era mucho más fácil arreglar la plata que la carne y los huesos y el alma que se encontraba debajo de ellos, pero la plata no tenía alma y estaba destinada a seguir siendo plata siempre, cuando la carne y la sangre ya hubiesen desaparecido y el alma se hubiese desplazado a otras cosas.

Al cabo de un rato, pensativa, dijo:

—Si vamos a esta guerra temiendo la muerte, la muerte vendrá a buscarnos; así es como ocurre siempre en la batalla. Si morimos demasiado pronto, la guerra fracasará y las generaciones que vienen detrás de nosotros vivirán bajo el yugo romano, maldiciendo nuestros nombres. Si tenemos éxito, moriremos de todos modos, a su debido tiempo. Preferiría irme con Briga dejando la tierra libre detrás de mí, si tengo la posibilidad de escoger. No estoy segura de poder hacerlo, y nunca antes me había

sentido insegura. Eso me causa más terror que nada.

Entonces se detuvo, porque había dicho más de lo que pretendía, más cosas de las que pensaba desde el momento en que se despertó de la fiebre.

Las manos de Airmid se encontraban caídas en su regazo. Ella las miró, miró la piel agrietada y enrojecida, con las arrugas rellenas de algo blanco que formaba un ungüento o pasta. Dijo:

—Creo que estás viviendo ahora como han vivido todos los demás, conociendo tu propia mortalidad. ¿Puedes luchar así y seguir viviendo?

—No lo sé. Puedo intentarlo.

Había más paz en aquella incertidumbre que antes. El día era tranquilo y el sol primaveral brillaba para ellas, y el mundo todavía no estaba abiertamente en guerra. No era lo mismo que antes, pero se quedaron allí sentadas, y luego echadas, juntas a la orilla del río, y durante un tiempo cada una encontró solaz y un cierto alivio para el dolor en la otra.

* * *

Más tarde, cercana ya la oscuridad, Breaca fue en busca de su hermano.

Siguió el humo que se elevaba y los aromas de los fuegos para cocinar y el sonido que era casi de combate y le encontró en el centro del claro de la feria de caballos, rodeado de jóvenes a docenas, quizá centenares, armados con espadas, escudos y lanzas. Eran menos que antes; cada día había más que sabían quién era y lo que había hecho, y le dejaban para ir a entrenarse con Cunomar, o Ardaco, o cualquiera de los otros líderes de lanza con experiencia guerrera.

Los que no lo habían oído aún, o eran capaces de ver más allá del pasado, permanecían en filas, espada contra espada, lanza contra espada, espada contra lanza, y las entrechocaban con mudo entusiasmo mientras Valerio les contemplaba y les animaba, e intentaba evitar que se hiriesen. Viendo a Breaca dejó su lugar a Cygfa y se apartó a un lado.

Sus ojos la examinaron con tanta insistencia como habían hecho los de Airmid.

Dijo:

—¿Has tenido noticias de Graine? —y Breaca no estaba segura de si debía estar agradecida al ver que él sabía interpretarla tan bien o decepcionada al comprobar que resultaba tan abierta a la interpretación.

—Duborno ha enviado noticias a través de un mercader de sal. Está viva y a salvo —la novedad que aquello representaba no había acabado de desvanecerse todavía. Miró más allá de donde él estaba, a una fila de jóvenes guerreros que habían retrocedido siguiendo las órdenes de Cygfa y estaban recolocándose los escudos en el brazo. Dijo—: ¿Ya son mejores?

Él rio brevemente y sacudió la cabeza.

—Podrían aguantar un sitio, si les persuadimos para que nos escuchen, pero para un ataque decisivo contra los veteranos de la Vigésima, luchando por las calles de Camulodunum, no; los destrozarían en el acto. Aunque son mejores que ayer, y mañana serán mejores que hoy. Es lo único que podemos esperar. Sin embargo, tenemos un nuevo problema —puso cara seria—. La mayor parte de ellos nacieron en los años posteriores a la invasión, y todos llevan el mismo nombre. Lo grito y medio centenar de ellos adelantan un paso.

Él la miraba de soslayo, de una manera que ella ya conocía. Cansadamente, preguntó:

—¿Breaca?

—Claro. Y los chicos, por supuesto, son todos Caradoc. Algo menos de tres docenas, según el último recuento. Pero no solo eso. Hay trece Machas, más de una docena de Cygfas y al menos cinco que se llaman Ardaco, aunque lo pronuncian de formas distintas, y eso hace que resulte un poco menos confuso. Pero es una pesadilla si queremos emprender alguna batalla ficticia.

—Y será fatal en caso de combate verdadero. ¿Qué vas a hacer?

—Cygfa les ha pedido que escojan un nombre nuevo. Después va a tener lugar una ceremonia, cuando salga la luna. Cada uno de ellos ha de elegir algo distinto que suene diferente.

—Sería mejor retrasar el ataque, pues… podríamos pasarnos días aquí, discutiendo. ¿Tienes que formar parte de todo esto?

Valerio se pasó una mano por el pelo.

—No sería sensato. La mayoría de ellos escupen contra el viento o hacen la señal contra el mal de ojo cuando yo paso. Escuchan lo que les digo si les doy una razón lo bastante buena, pero sería justo decir que no me han entregado aún su corazón ni su alma como debería ser para dejarme que les ponga nombre.

Se sentía herido por eso; ella le conocía lo bastante bien para darse cuenta. Dijo:

—Ya lo sabrán cuando vean quién es el que mejor puede mantenerlos vivos —y luego, porque no se podía evitar y ya lo había retrasado demasiado, preguntó—: ¿Cuándo fue la última vez que estuviste dentro de Camulodunum?

El rostro de Valerio quedó helado. Sus labios formaban una fina línea blanca. Muchos recuerdos pasaron entre ellos, pocos buenos.

Con tono sombrío, él dijo:

—Estuve aquí un mes antes de la captura de Caradoc. Imagino que sería más o menos por la fecha del nacimiento de Graine.

—Entonces, ocho años. Casi nueve —no era fácil mirarle a los ojos entonces, pero sí necesario. Dijo—: Estuve allí hace poco, pero las cosas habrán cambiado; habrán cavado más pozos, habrán construido murallas, habrán completado el teatro y el templo. Si queremos organizar un plan de ataque adecuado, alguien que tenga buen ojo para la estrategia debería ir allí y comprobarlo, antes de atacar.

—¿Y? Tiene que haber un motivo más importante. La humanidad ha asaltado ciudades que apenas conocía desde hace mil años, sin necesidad de introducirse en ellas primero.

—Y además, quiero hablar con Teófilo para ver si le puedo convencer de que se vaya antes de que empiecen las hostilidades. Sus aprendices han llegado con la última carreta de refugiados, pero él está ocupado en su hospital, y cree que no puede irse. Nos mandó el aviso de que llegaba el procurador; sin él, habríamos perdido la mitad de nuestro ejército. Los icenos nunca abandonan a sus amigos en tiempos de guerra. No quiero empezar a hacerlo ahora.

Él empezaba a conocerla ya como ella le conocía a él. Las aristas de su rostro se suavizaron.

—¿Podrías soportar compañía o debes ir sola?

—¿Por qué estoy aquí, si no? —inesperadamente, se encontró sonriendo—. Tu compañía será muy bienvenida, si me la ofreces.

XVI

Entre una noche y la siguiente, floreció el endrino. Capullos blancos salpicaban el paisaje, esporádicos como la nieve antigua en el deshielo oscuro de la primavera. El brezo yacía, dormido; los helechos aún no se habían desenroscado, las montañas del oeste eran barreras imponentes de barro y rocas colocadas allí por un caprichoso niño dios para que apartaran a las legiones de Mona y de todos aquellos que allí se refugiaban.

Esa era la forma fácil de verlo, para no alimentar espantosas pesadillas y visiones insomnes que diezmaban a las tropas con tanta efectividad como lo habían hecho los fanáticos de la república, dejando a uno de cada diez hombres tan inútiles como si estuvieran muertos.

En realidad, más de uno de cada diez estaba incapacitado. Quinto Valerio Corvo, prefecto del ala Quinta de la caballería gala, estaba sentado ante su escritorio en la calma relativa de su tienda y oía el silbido del viento a través de las cuerdas tensoras, deseando poder oír en él palabras de consuelo que anulasen la detallada lista de personal que le leía Urso, el decurión del segundo escuadrón.

—… y Flavio tiene una disentería tan grave que apenas puede moverse de las letrinas para beber agua porque tiene que sentarse de nuevo y dejar que corra otra vez por el otro extremo. Sabinio dice que todo es mental; que no le pasa nada a la comida ni al agua ni al tiempo, que simplemente están asustados de muerte por los soñadores y lo que hacen con los hombres que capturan vivos. Sabinio tiene razón.

—Claro que sí. Ha vivido en Britania el tiempo suficiente para saber que los soñadores no hacen nada que no hagamos nosotros. Y nunca han crucificado a nadie, ni lo han intentado siquiera.

Corvo hacía girar el mango de un cuchillo entre sus manos. La punta dejó un pequeño punto rojizo en su dedo índice izquierdo. La cabeza de un halcón de bronce hueco formaba la empuñadura. Rodaba, frío y suave, por su palma, como un talismán contra el dolor recortado del viento.

—Lo que más importa ahora es cuántos son aptos para luchar. De quinientos hombres, tenemos como máximo a trescientos cuarenta que podrían sentarse en un caballo, y al menos treinta de ellos podrían constituir un peligro más grave para ellos mismos que para el enemigo en combate. No basta.

—Sí que basta, si lo único que vamos a hacer es quedarnos aquí sentados y ver cómo florece el brezo en las laderas de la montaña mientras el gobernador cuenta su reserva de jabalinas e intenta explicarles a sus batavos que sus tatara-tatarabuelos en tiempos atravesaron el Rin con armadura completa, de modo que no tendrán

problema alguno en pasar los estrechos.

Urso levantó la barbilla queriendo mostrar desafío pero quedándose, como siempre, a mitad de camino. Las cicatrices de antiguos picotazos de pulgas asomaban entre la barba, en el lugar donde descansaba el cierre de su casco. Necesitaba afeitarse, sí, pero casi todos los hombres necesitaban afeitarse y los únicos sin pulgas eran los que ya estaban muertos. Urso, simplemente, era mucho más sólido y terrenal que el resto de sus iguales, menos infatuado con las pretensiones de su cargo. La mayoría de los días aquello resultaba algo bueno.

Corvo suspiró y dejó su cuchillo de lado encima de la tablilla de escribir en la cual había tomado sus notas, y luego puso el estilo como tope para evitar que cayese de la mesa, rodando. No había nada plano allí, excepto la tienda del gobernador. Una de las pocas ventajas del rango era que aquella mesa al menos se encontraba lo bastante nivelada para sostener un vaso medio vacío sin derramar el vino en el fango.

Urso seguía esperando, haciendo todo lo posible por parecer tranquilo. Corvo dijo apaciblemente:

—Eso es traición. Debería hacerte azotar ante toda el ala, y tú lo sabes. Solo porque hayas escapado a las pesadillas de los soñadores, no hay necesidad alguna de atribuir la epidemia solamente a Roma. ¿Qué imaginas…?

—¿Entonces son los soñadores? ¿Crees, como Sabinio, que son ellos los que están haciendo que suceda todo esto?

—Claro que sí. Puedo sentir cómo lo hacen ahora mismo. La única cuestión es qué más nos depararán, cuando empecemos a avanzar. No me mires así, hombre, es malsano. Piensa: si estás soñando pacíficamente con los olivos que recuerdas de tu niñez, y de repente los árboles empiezan a andar, y la corteza muestra caras humanas, y todas ellas hablan con una sola voz de la condena que te espera en el momento en que te despiertes, y si eso ocurre durante cuatro noches seguidas, entonces puedes estar bastante seguro de que procede del exterior. El truco es aprender a hacerte amigo de los árboles que hablan. Que es lo que teníamos que haber hecho con los soñadores, y así no tendríamos a la mitad de nuestros hombres incapacitados para la acción. Vamos, debemos ir con el gobernador. No le preguntes cuándo vamos a atacar, te lo agradecerá.

Corvo sujetó el faldón de la tienda, dejándolo abierto. Fuera había empezado a llover, casi aguanieve. Recogió su manto del banco y se lo ciñó en torno a los hombros. Junto a él, Urso se puso una piel de lobo raída y mal curtida, comprada por una moneda de plata diez años antes a un mercader dacio. Aquella cosa apestaba y no le conseguía amigos precisamente, pero era su amuleto de la suerte desde hacía tres años, hasta que un buen día de batalla le convenció de que no era necesario. El hecho de que lo hubiese desenterrado entonces no presagiaba nada bueno.

Caminaron juntos a través del barro y la lluvia hacia el pabellón del gobernador, con tres estancias. A mitad de camino, cuando estaban lo más lejos posible de las tiendas, y era menos posible que les oyesen, Corvo dijo:

—¿Todavía está dolido Flavio por lo que ocurrió con el procurador?

Urso no alteró el paso, eso había que reconocérselo. Inspiró entre los dientes apretados, meneando la cabeza.

—No sé por qué ninguno de nosotros intenta guardar algún secreto contigo. Sí, «dolido» sería una forma muy suave de decir lo que siente Flavio. Y si cree que te lo he dicho, procurará que yo acabe con una espada clavada en la espalda durante la próxima escaramuza nocturna, cuando nadie pueda probar que no ha sido el enemigo. Y si piensa que no te lo he dicho pero que tú lo has adivinado, hará que te crucifiquen por adivino, si puede encontrar una forma de conseguirlo. No pienso darle la menor oportunidad de clavarme un cuchillo. Te sugiero que tampoco le des la menor ocasión de hablarle de ti al gobernador.

—No me ha mirado a la cara ni me ha dicho una palabra educada desde que salimos del poblado iceno —dijo Corvo—. Antes era empalagoso conmigo, como un hombre que cree que puede conseguir una promoción haciéndose indispensable. Si soy un adivino por observar eso, entonces tenemos un ejército entero de magos, y la mayoría de ellos con mando. Por el momento, había pensado que nos sería útil, pero veo con tristeza que no es así. ¿Vamos a ver cuántos braseros ha encendido el gobernador para nuestra comodidad, y si sus perros se están aprovechando del calor de todos ellos?

* * *

Siete braseros calentaban la mayor parte de las tres estancias de la tienda del gobernador, devorando el aire de tal modo que resultaba difícil respirar. Se había encendido también una docena de antorchas de sebo, que desprendían una luz espesa e indulgente.

Ochenta oficiales de distintos rangos a partir del gobernador mismo, pasando por los legados, los tribunos de mayor y menor categoría de dos legiones, los prefectos de cuatro alas de la caballería y sus centuriones y auxiliares, todos pasaban diligentemente alrededor de dos galgos corredores color azul pizarra de suave pelaje, que yacían echados en medio del suelo, en el lugar donde el calor era mayor y los juncos estaban más secos.

Un joven nativo que ostentaba en los antebrazos, ante quienes eran capaces de leer tales cosas, las marcas tribales de los atrebates, los de más antigua lealtad a Roma, se hallaba sentado aparte, junto a la pared. Hasta aquellos que no sabían nada de las tribus ni sus afiliaciones estaban impresionados por su aspecto.

Se había hecho correr la voz de que el chico de los perros y sus dos animales eran un regalo de los líderes tribales agradecidos a su gobernador, conocido en el mundo entero por su amor por las carreras de liebres. También se conocían sus otras

preferencias amorosas entre las tribus, desde luego, aunque su mujer no supiera nada.

Una maqueta moldeada con barro y piedrecillas se encontraba en el centro del suelo de la tienda, ocupando una cuarta parte del resto del espacio libre. Estaba construida en el interior de unos bordes de roble pálido que simulaban las montañas y el mar, fragmentos de brezo que simulaban los bosques, musgo por hierba, y unos fragmentos de vasija rotos que simbolizaban los estrechos hacia Mona, marcando con polvillo de cal blanco los remolinos de las corrientes que habían matado ya, según se sabía.

La isla misma era una sola piedra entera, aplanada y marcada con unos arañazos para representar las ensenadas a lo largo de la costa. Toda la maqueta se había secado hacía mucho tiempo con el calor de la habitación, el barro se había cuarteado y las piedras habían formado montanas que ya no eran verticales. El olor de musgo y de tierra era menor que antes, cosa poco afortunada; hubo un momento en que ganó la batalla contra los estragos del sudor, el vino y la diarrea antigua que emanaban de los oficiales allí reunidos, y el hedor único de la apestosa piel de lobo dacia de Urso.

Las montañas eran ahora el centro de atención. Un puñado de tiendas construidas con mucha gracia a base de trocitos de piel y palitos se acababan de colocar en su posición, en la falda de la montaña más elevada. Los emblemas de dos legiones y cuatro alas de la caballería estaban situados en hilera con unas fichas indicando el número de hombres.

Corvo y Urso fueron los últimos en entrar. El secretario del gobernador era un antiguo legionario calvo y con la nariz rota que había perdido la pierna derecha en combate y aprendió a escribir, ya que no podía cabalgar. Levantó la vista al notar la corriente que pasaba por el faldón de la puerta abierta.

—¿Cuántos? —preguntó.

Corvo dijo:

—Trescientos cuarenta que puedan cabalgar. Trescientos de ellos los considero efectivos.

—¿Oficiales?

—Todos están listos para el servicio, excepto un portaestandarte, y probablemente podría conseguir que se moviera.

—¿De verdad? —las palabras cayeron en el espacio y provocaron quietud. Venían de un hombre solo que estaba al otro lado de la maqueta montañosa. Suetonio Paulino, por la gracia de Nerón quinto gobernador de la provincia imperial de Britania, era tan puramente romano que se podían trazar sus antepasados en el senado hasta un tiempo en que no había senado. Consecuentemente, era un hombre bajito, limpio, recién afeitado y de una pulcritud escrupulosa. Tenía el pelo de un color roble oscuro salpicado con algo de gris en las sienes, y clareando un poco por la coronilla. Sus ojos eran castaños e inyectados de sangre, y su nariz se quejaba de los fríos invernales y húmedos de Britania.

Estaba sentado en una silla de roble tallado envuelta en un ropaje escarlata, y

llevaba su peto de ceremonia en una tienda en la cual el aire era tan espeso como la sopa por el aliento de los hombres, los gases de los hombres y el calor bochornoso de los braseros. Sin levantarse, señaló con un dedo a Corvo, que se adelantó un poco.

—Todas las demás alas cuentan al menos con la mitad de sus oficiales incapacitados para cabalgar. Los hombres dicen, aunque no a mí, desde luego, que los fantasmas de los muertos se están cebando con las almas de aquellos que llevan más tiempo en la tierra, y esos son siempre los centuriones y decuriones, los portaestandartes y los caballerizos. ¿Tú no lo crees?

—No, excelencia, no lo creo. Yo llevo en esta provincia más tiempo que nadie en este ejército. Si lo que dicen fuera cierto, yo tendría que estar languideciendo en mi tienda con los intestinos sueltos. Y, evidentemente, no es así —Corvo sonrió, con una sonrisa neutra—. Estoy, como siempre, dispuesto para el servicio allí donde pueda ser de más utilidad.

—Evidentemente.

La mirada del gobernador pasó sucesivamente de Corvo a su secretario, a sus dos legados de mayor rango y a uno de los inferiores, al muchacho atrebate de los perros y, con cariño, a los perros mismos, y luego volvió a su secretario, que asintió. El hombre hizo una adición a la maqueta de la montaña que había en el suelo: una figurita de caballo transferido desde el lugar de reunión del campamento del emperador hasta las costas de los estrechos.

—Deseo que una partida de vanguardia acordone las tierras del transbordador. Según los espías locales y tres de los enemigos interrogados recientemente, los transbordadores de esa isla maldita por los dioses solo atracan en uno de los dos lugares, y los dos están muy cerca. Deseo que vayas allí y asegures los embarcaderos y en ambos lados: nadie va a llegar a esa isla o a salir de ella sin mi permiso expreso. Cuando hayas hecho esto, infórmame y te enviaré los hombres y los medios necesarios para construir las barcazas que nos permitan atravesar al otro lado. Los batavos irán contigo poco después, para examinar el agua y ver cómo se pueden pasar los caballos a su través a nado. No podemos arriesgarnos a que suban en las pequeñas barcas que construyamos para los legionarios. Poco después nos uniremos a ti, cuando estén construidas las barcas y las legiones hayan reunido sus fuerzas.

* * *

—¿Querías que hiciéramos esto?

Urso lo había preguntado a lomos del caballo, a mano izquierda de Corvo. Ante ellos el mar embravecido formaba remolinos entre la costa en la cual se encontraban y aquella emborronada por la niebla, no tan distante, que marcaba la única parte que se podía ver de la isla de los dioses de Mona. A los pies de sus montañas había dos

malecones custodiados por auxiliares armados que ya maldecían el frío y el viento salino y los gritos de las gaviotas, que se podían convertir con demasiada facilidad en lamentos aullantes de los muertos.

—Flavio va a odiarte tanto por dejarlo atrás como por todo lo demás —dijo Urso, porque no había obtenido respuesta.

—Flavio odia todo cuanto no puede tener. Eso no impide necesariamente que sea un buen oficial, pero hace que resulte poco sensato confiarle algo importante.

El rostro de Corvo ya estaba blanco por el frío y la sal que soplaba sobre él. La yegua que montaba temblaba bajo su cuerpo, porque había galopado con demasiada dureza y luego la había obligado a quedarse quieta demasiado tiempo con el sudor todavía húmedo en el pellejo. Era zaina y con las patas largas, regalo del niño iceno al que el procurador iba a crucificar en la hacienda antes de que Corvo detuviese aquel procedimiento mediante una mentira. Esas cosas no tenían sentido para Urso más que retrospectivamente, y solo de forma vaga.

Corvo apartó su montura del mar y la isla que había más allá, pisando con cuidado las rocas que tenía bajo sus pies. Urso se quedó donde estaba, contemplando las olas que rompían grises sobre las rocas negras, estudiando las lapas y los manojos de algas, porque ambas cosas calmaban su mente.

No oyó detenerse el caballo, solo notó una mano en el hombro. Su carne dio un respingo, y con ella su alma, y oyó la voz calma y tranquila de Corvo, esa voz que le rompía el corazón, que decía:

—Ya sé lo que se siente, sé qué significa para ti y para él. No puedo cambiar la forma de funcionar del mundo, ni ofrecerte más de lo que puedo. Lo único que puedo hacer es prometerte toda mi sinceridad y hacer los mayores esfuerzos por mantenernos a todos vivos. En realidad no os desprecio a ninguno de los dos. Pero confío en ti, y en cambio en él no.

La mano dejó su hombro. A Urso le dolía la carne. Secamente, Corvo dijo:

—No te quedes al borde del mar mucho rato, si quieres pasar una noche tranquila; los soñadores saben que estamos aquí. Cuanto más nos acerquemos, más fácil será para ellos conocer cuáles son nuestros miedos.

La yegua zaina fue pasando de las rocas a los guijarros y luego a la hierba. Urso se quedó mucho más rato de lo que el frío o la cordura aconsejaban. Al irse, las formas del mar que rompía en las rocas no eran distintas de las que habían sido cuando llegó, pero él se sentía mucho más calmado, y más en paz con su propio mundo.

Cuando por fin dio la vuelta a su propia montura y se dirigió hacia el escándalo y las falsas bravatas del campamento, averiguó que Flavio se había levantado de su lecho de enfermo en la tienda que había más allá de las montañas y había cabalgado solo por caminos mal vigilados para alcanzar a los hombres que le habían dejado atrás.

Urso y él se saludaron el uno al otro como se suponía que debían saludarse un decurión y su portaestandarte, pero el equilibrio entre ellos había cambiado, y ambos

lo notaron. Urso sonrió y siguió sonriendo todo aquel día de frío y aguanieve y sombras vagas y movibles que se alzaban del mar y dejaban a los hombres blancos y temblorosos. Más milagroso aún: aquella noche durmió sin pesadillas por primera vez desde que llegaron al oeste. Flavio entró más tarde en la tienda y estaba borracho.

En algún momento del amanecer siguiente, yaciendo despierto y escuchando el sueño inestable de los que estaban a su alrededor, Urso llegó a darse cuenta de lo lejos que había llegado en el camino de convertir a su portaestandarte en enemigo suyo de por vida, y lo duro que sería recuperar alguna sensación de seguridad. Tenía que haberse sentido asustado. Mirando las pieles del techo de su tienda, observando el lugar donde las gotas iban engrosando antes de caer para unirse al charco que había en el suelo, se dio cuenta de que prefería enfrentarse a la enemistad cierta de Flavio que a los terrores desconocidos de los soñadores, y que si ponía toda su atención en uno, podía olvidar a los otros, y así acabó durmiéndose.

XVII

El hospital militar que servía a los ciudadanos de Camulodunum estaba tan tranquilo como siempre.

Tres camas se hallaban ocupadas: dos por mujeres que sufrían de fiebre de la leche después del parto, en ambos casos exacerbada por el miedo y los cinco días de sitio y de hambre; el tercero era Peltrasio Maximo, un veterano parlanchín y dogmático de la Vigésima que sufría de piedras en la vejiga.

Peltrasio había pedido para beber una jarra de agua del pozo a cada guardia, ya que agua era lo único que tenían en grandes cantidades, y naturalmente, esto había aumentado tanto la frecuencia como la cantidad de la orina. Sus aullidos de dolor a medida que cada piedra, del tamaño de un grano de cereal, pasaba por su uretra, se podían oír hasta en el teatro y en el foro.

En tiempos más felices, los hombres habrían hecho muchas bromas a costa del sufrimiento de Peltrasio, y habrían representado una pantomima a su alrededor de modo que el teatro se aprovechase de la desgracia de un hombre. Ahora, en cambio, con el humo de miles de fuegos oscureciendo el horizonte y corriendo rumores de que el número de guerreros que formaban la hueste de los icenos se elevaba a decenas de miles, los más crédulos de la población, veteranos y nativos, aseguraban haber oído que el fantasma de Cunobelin se alzaba de su montículo funerario y recorría las vacías calles de la ciudad. No aceptaban que el dolor agudo sonase igual que los aullidos de las almas vengativas de los muertos.

Peltrasio no iba a morir, solo deseaba que así fuera. Teófilo de Atenas y Cos, antiguo físico de emperadores y ahora reducido a atender a soldados retirados que sufrían por los excesos de su propia indulgencia, casi deseaba poder administrar una dosis de algo que acallase de forma permanente al hombre que tenía a su cuidado, algo que nunca le había pasado. Habría hecho que sus aprendices atendiesen a Peltrasio y se quedasen el pago, pero les había insistido en que se fuesen y, finalmente, a la tercera vez, consiguió que le hiciesen caso.

No habría imaginado nunca que pudiera echar tanto de menos el agudo ingenio de su ayudante, el chico al que había puesto de nombre Gayo, así como el talante mucho más lento y lúgubre de Felix, el aprendiz de físico. Su ausencia dejaba un hueco en la vida de su hospital que no podía llenar su dedicación a la curación de los demás.

No esperaba que doliese tanto cuando les pidió que se fueran por primera vez, de pie con ellos junto a la ventana abierta de su dormitorio, en el segundo piso, la noche que ardió la torre de vigilancia. Vestido con su camisón de dormir, con los pies

desnudos y fríos en el suelo de madera, Teófilo notaba el respeto y la reverencia que inspiraba a aquellos jóvenes que pensaban que conocían el fuego y la guerra, y todavía eran lo bastante jóvenes como para adorar ambas cosas.

Teófilo no se sentía inclinado a adorar nada, y nunca se avendría a defender la guerra; tenía demasiados amigos en ambos lados para no ver claramente la tragedia que representaba. Contempló la bola de llamas anaranjadas que iba floreciendo en la noche, y luego el reguero de llamas a medida que se encendía la cadena de fogatas, innecesariamente, como si fuera útil encender más fuegos, o necesario aumentar el mensaje del primero.

Antes de que la cadena pudiese completarse, se había vuelto desde la ventana, diciendo:

—Los icenos se están alzando. No puede ser nadie más. No atacarán aquí mientras la Novena pueda acercarse a ellos por la espalda. Tenemos algunos días para prepararnos. Deberíais ir a buscar a vuestras familias y salir de aquí. Id al norte con los icenos, si queréis tomar parte en su guerra. Id al sur, a Caesaromagus o al oeste, a Verulamium, si queréis hallar refugio entre los que apoyan a Roma.

—¿Y si no queremos hacer ninguna de las dos cosas? ¿Y si queremos continuar nuestros estudios contigo? ¿Qué debemos hacer entonces? —había preguntado Felix, el muchacho gordito y alegre que con idéntica soltura podía ayudar a una mujer en el parto, confortar a un hombre que se moría de flujo o arreglar las heridas de un joven aplastado por una piedra caída en la construcción del templo. Su voz sonaba suave y cálida, como las llamas que iluminaban el horizonte.

—Nos dirá que nos vayamos igualmente. Habrá un asedio y luego una batalla, y cree que es su deber protegernos a ambos, y no al revés.

Gayo había respondido antes de que Teófilo tuviese tiempo de hacerlo. Su escribiente había crecido mucho durante el año anterior, y era más alto que ninguno de los otros hombres de las tribus, delgado y fibroso, con la cara larga y unos ojos muy brillantes y agudos que veían el polvo de los rincones y lo limpiaban mientras revisaba en la cabeza las tarifas por los cuidados de una noche, más el vendaje, más un porcentaje adicional que se podía cargar en una factura por arreglar una muñeca rota, porque el que tenía que pagar había cometido el error de abrir la bolsa y enseñar la cantidad y calidad de su oro.

Aquella misma agudeza apareció cuando le ofreció una de sus raras sonrisas, diciendo:

—Sin embargo, nosotros sabemos que es nuestro deber protegerle a él. No puede obligarnos a partir. Si decidimos quedarnos y enfrentarnos a los icenos a su lado, no puede hacer nada por impedírnoslo.

Cosa que era cierta, y siguió siendo cierta después, de modo que durante seis días se resistieron a las súplicas de Teófilo y sus órdenes y sus intentos de razonar y continuaron atendiendo a los enfermos y heridos, cada vez en número inferior, y a los envenenados por la comida que se presentaban ante las puertas del hospital y pedían

ayuda, cada vez en número creciente.

Cuando Peltrasio empezó a chillar y corrieron los rumores, ellos se lavaron las manos y se pusieron sus vestidos de lana sencilla sin que se les pidiera y salieron por las noches, cuando los aullidos estaban en su punto culminante, e hicieron todo lo posible por convencer a aquellos que los oían de que el hombre que los profería estaba muy vivo y no tenía intención alguna de convertirse en un fantasma.

Tristemente, como ocurre siempre con el pánico, al verles habían corrido más rumores todavía, de modo que pronto se dijo que eran tres los fantasmas de Cunobelin, o a lo mejor era el hombre y sus dos hijos, uno que chillaba y los otros dos que gemían y murmuraban y tocaban a los viandantes con dedos de muerte. Al final se rindieron cuando un niño al que estaban curando por haberse roto un dedo juró en nombre de todos los dioses que su padre había intentado atacar a uno de los aparecidos y que su espada pasó limpiamente a través del cuerpo del fantasma y salió por el otro lado. Existía un riesgo demasiado importante de que alguien tratase de repetir aquel milagro en una población que cada vez se dejaba llevar más por la histeria.

Al fin Gayo y Felix se fueron cuando los únicos que quedaban en Camulodunum eran los veteranos y sus familias, o aquellos que se habían entregado de manera tan completa a Roma que ni siquiera se atrevían a irse. Los dos acudieron juntos ante Teófilo, el séptimo día después de que comenzara el incendio. Demacrado y pálido, Gayo dijo lo necesario.

—Solo quedamos nosotros entre los que no apoyan a Roma. Si nos quedamos, estaremos apoyando algo que es insostenible. La Boudica está llamando a los guerreros al lugar de la Pata de Garza. Si allí hay guerra, necesitarán físicos. ¿No quieres venir con nosotros?

Teófilo sabía qué les diría. Durante la mitad de la noche les había oído hablar en la sala del dormitorio, dos pisos por debajo del suyo. Había visto alzarse la luna y luego ponerse y había atisbado el resplandor de los fuegos nocturnos en el horizonte que mostraban lo mucho que se estaba acercando la guerra. Escuchando sus pies, que subían por las escaleras a buscarle, trajo a su mente el discurso que había pasado la noche preparando.

No sabía el aspecto tan arrugado y viejo que tenía cuando dijo:

—No puedo dejar el hospital mientras haya alguien en él. Si las mujeres se recuperan y Peltrasio acaba de expulsar la última piedra o exhala su último aliento, si nadie más ocupa su lugar, ya pensaré qué debo hacer.

Lo esperaban. Habrían matado a Peltrasio por él, y quizás habrían intentado encubrirlo, pero no a las mujeres. Felix sonrió entre lágrimas y dijo:

—Te hemos traído un regalo para que nos recuerdes mientras tanto.

El regalo estaba detrás de la puerta, e hicieron que se volviera mientras lo traían entre los dos. Pensó que podía ser vino, o el jabalí ahumado que tanto le gustaba antes de que empezasen los fuegos, o unas olivas guardadas en un oscuro almacén desde el

último envío del otoño. Por un momento, oyendo una respiración jadeante, pensó que podía ser un cachorro herido y le entró el pánico, porque nunca había poseído uno y no estaba muy seguro de si quería entregar su corazón tan completamente para que luego se lo rompieran, como había visto que les pasaba a otros hombres.

Mas no era un perro sino una espada, y era absolutamente sorprendente. La hoja era de una longitud media, un poco más corta que las que solían usar en las tribus, que luchaban solo desde el lomo del caballo, por honor, más que por matar, pero más larga que el *gladii* del legionario, pensada para asestar estocadas entre los escudos y así mantener intactas las filas. El hierro de la larga hoja que le traían estaba bruñido con un brillo de espejo, y el pomo era de cobre rojo y de oro, en forma de Perro del Sol, que había sido el emblema de Cunobelin antes de su muerte.

Teófilo se quedó con la boca abierta.

—Yo no…

—No sabes usarla. Ya nos hacemos cargo —Felix le dio unas palmaditas en el brazo—. Pero Peltrasio ha luchado con la caballería, y ha pasado los diez últimos años realizando un estudio de las formas de lucha de las tribus. Es una afición que cultiva. Haz que te enseñe cuando no esté chillando de dolor. Si estás aquí cuando lleguen los icenos, la necesitarás, sea cual sea el bando por el que decidas luchar.

No tenía intención alguna de luchar por nadie. Pensaba que era obvio, que no necesitaba afirmarlo en voz alta. Dijo:

—A estas alturas ya deberíais saber que…

Gayo le puso un dedo precavido en los labios.

—No, no lo digas. Aquí no. No cuando te oyen los dioses. Nosotros no tenemos por qué saberlo.

Pensaba que ambos habían abjurado de sus dioses, prefiriendo las frías aguas de la racionalidad a la cálida turbulencia de la fe. Estaban ansiosos por irse, y no era momento de empezar a decirles todo cuanto deseaba.

Sumido en el dolor del momento, Teófilo tendió las manos y los dos le entregaron la espada, dejándola a través de las palmas como si fuera un guerrero de los nativos. Felix lloraba abiertamente, cosa habitual. Gayo tenía los ojos húmedos, y eso no lo era. En un alejandrino, algo oxidado, dijo:

—Padre, todo cuanto nos has enseñado lo usaremos bien y para curar, y no para dañar.

Teófilo inclinó la cabeza.

—Entonces, si Peltrasio muere, puedo descansar sabiendo que no habréis sido vosotros —sonaba demasiado formal. No se atrevió a sonreír.

Ellos retrocedieron, llevándose la palma de la mano a la frente. Más tarde, en aquella misma guardia, les vio partir, cabalgando entre las calles casi vacías en unos caballos comprados con el salario de un año entero en oro al intendente.

El hospital se quedó muy silencioso cuando ellos se fueron, excepto por los aullidos de Peltrasio, cuando estos eran demasiado fuertes. Por primera vez en su

vida, el físico Teófilo deseó que uno de sus pacientes muriese, y que los otros dos se curasen sin su ayuda.

Al anochecer se vio obligado a realizar las tareas de ambos asistentes: lavó a las mujeres, las alimentó, procuró que tuviesen agua, cambió los orinales que tenían bajo el lecho y les dio las infusiones que llevaban medio día preparadas en su dispensario. Abrió los almacenes, que todavía no habían saqueado los ciudadanos desesperados, y preparó una magra comida para Peltrasio a base de judías verdes y cebada con ajo silvestre para ayudar a expulsar las piedras y llevó al hombre un aguamanil lleno de agua tibia para que se lavase. Le sujetó mientras chillaba y le dio un poco de adormidera después, para tranquilidad de ambos.

Encendió una pequeña lámpara de aceite e hizo el viaje hasta las bodegas para extraer más agua del pozo. El frío y la oscuridad estaban tan alejados de la guerra y del dolor de los demás como se podía imaginar. Los maldijo blandamente y dejó la lámpara en una plataforma junto al pozo. La luz enviaba su propia sombra danzarina a lo largo del muro basto y enyesado, hacia el lugar donde la primera araña que había escapado al control de Gayo estaba construyendo su tela. La contempló y miró también las vacilantes sombras que se unieron a ella, y oyó el leve roce en el suelo de piedra que no era el de una rata ni un ratón.

Sin volverse dijo:

—Saludos, Bán macEburovic, amado de Mitra. Te esperaba por una ruta más directa, y antes.

El cabello se erizó en su cabeza. Imaginó una hoja desenvainada y avanzando. Como no hubo más movimiento, ni ningún tajo que le rebanara la garganta, se volvió lentamente, manteniendo las manos a la vista.

—Mi hermano está fuera —dijo Breaca de los icenos, desde el extremo más alejado del pozo—. Ahora también es el amado de Nemain, no solo de Mitra. En nombre de ambos procurará que nadie nos moleste.

* * *

No había sido fácil para hermano y hermana, pobremente vestidos, entrar en Camulodunum al anochecer, la novena noche del asedio de la ciudad, pero tampoco había sido demasiado difícil.

Las zanjas y diques que protegían en tiempos la hacienda de Cunobelin, en los días de su poder, se podían salvar fácilmente, y no estaban cerca de la ciudad. Las trincheras y murallas que habían servido como fortaleza a la Vigésima en los primeros años de su existencia habían sido eliminadas y rellenas cuando se convirtió en una colonia de veteranos. No había ya barrera alguna, solo una fila de ruinas con hierba creciendo apenas entre ellas que mostraban dónde había estado. Un niño que

aprendiese a andar podía haberlas saltado para meterse en la ciudad o para abandonarla.

Las calles estaban menos tranquilas de lo que Breaca había imaginado. Mirando hacia abajo desde el promontorio que dominaba la ciudad, parecía que hubiesen pocos fuegos y poca gente fuera después de oscurecer, pero los habían detenido a ella y a Valerio y les habían interrogado cuatro veces en los primeros cien pasos unos grupitos de hombres reunidos por docenas bajo la luz disimulada de unas velas de sebo y antorchas de juncos.

En su mayor parte eran romanos: veteranos de pelo oscuro, piel oscura y ojos oscuros, más cerca de los sesenta que de los cincuenta, con grasa en la cintura, que ya había perdido su buena forma. Algunos hablaban animadamente, y solo se quedaban silenciosos cuando veían a los recién llegados, pero en su mayoría se hallaban ocupados construyendo barricadas o cavando trincheras contra los caballos que llegaban, y se mostraban más suspicaces que sus compañeros. Detuvieron a los extraños a punta de espada y les pidieron que expusieran su propósito. Valerio respondió torpemente, en catuvelauno, y luego se pasó a un latín macarrónico, diciendo que venían del barrio del norte de la ciudad y que llevaba a su mujer a ver al físico. Les dejaron pasar. Nadie les preguntó por qué.

También había mujeres bajo las velas de sebo, pero muy pocas; jóvenes y desnutridas, con los ojos gris humo y el pelo de un rubio rojizo de los trinovantes, estaban embarazadas o amamantando o con niños silenciosos a sus pies, mirándoles boquiabiertas y acosadas por un terror que no comprendían del todo.

Ninguna de ellas detuvo a la pareja de nativos vestidos con los ropajes marrones de los mercaderes con marcas del clan en los dobladillos. Solo una niña, mirándoles, se quitó los dedos de la boca y dijo:

—¿Quiénes son? ¿Han venido a ayudarnos?

Hablaba en latín con acento tribal. Su madre la hizo callar, diciendo:

—Son catuvelaunos, amigos de Roma —era difícil asegurar si consideraba aquella amistad como algo bueno o algo despreciable.

Abandonaron la calle principal poco después y se internaron por callejuelas más estrechas con sombras más oscuras. Un solitario veterano con la espada desenvainada se enfrentó a ellos en la primera, con la voz ronca por el miedo. Breaca respondió aquella vez diciendo que sufría de flujo sangriento y de escozor al orinar, y que iba al hospital para recibir tratamiento urgente. El veterano retrocedió, haciendo la señal contra el mal de ojo con la mano izquierda.

La mención del flujo no era una simple excusa improvisada. El hedor de heces rancias les acompañaba ya desde hacía un rato, mezclado con el hedor leve y resistente del miedo que arrebataba el corazón a Camulodunum. En tiempos las calles olían a vida y a alimentos. Ahora solo olían a orina de rata y a verduras podridas. El hedor se incrustaba en su garganta y les llenaba la lengua de limo. Breaca se llevó la mano a la nariz y siguió andando. Nadie más les detuvo. Cerca, un hombre empezó a

chillar agudamente.

Valerio le dio un golpecito en el hombro, haciéndola respingar.

—A la izquierda. Aquí. —Su voz sonaba ligera por la risa contenida. Ella le había oído un tono semejante en compañía de Longino un par de veces; fuera cual fuese el peligro, él estaba disfrutando…, quizás a causa del peligro mismo. Le siguió por una calle todavía más estrecha que la que seguían antes, apenas lo bastante ancha para caminar por ella sin rozar las paredes, y luego entraron en una casa sólida hecha de ladrillos e incrustada entre una hilera de chozas de adobe y cañas. Al entrar ella casi tropezó con Valerio, que se había agachado en medio del suelo.

Mirando hacia arriba, él dijo:

—¿Me ayudas a levantar esto? —ella se arrodilló y lo hizo.

Había dos aros incrustados en el suelo, cubiertos por mucho polvo y paja antigua. Cogieron uno cada uno y tiraron, y una parte del suelo se levantó suavemente sobre unas bisagras engrasadas con sebo, de modo que olía mucho a carne mientras se levantaba y se ponía vertical.

Él dijo:

—Hay unos escalones que bajan. Podrías llevar lumbre, pero es fácil caminar a tientas, y es menos probable que nos vean. Habrá luz en la sala del pozo, si hay alguien allí. Esperaré aquí y procuraré que nadie nos siga. Grita si me necesitas. Teófilo se sorprenderá, pero no creo que se desconcierte demasiado.



Y tenía razón, por supuesto, y por eso le había pedido a ella que fuera. Era uno de los motivos por los cuales se lo había pedido. Ella se abrió camino a ciegas a lo largo de un túnel de tierra apisonada y entró en una bodega de piedras muy bien encajadas, más lisas y suaves que ninguna del foro o de ningún otro edificio o propiedad. Estaban todas cubiertas con yeso y cal blanca, que se deshacía en copos bajo sus dedos. Luego osciló una llama en la densa oscuridad que tenía delante, y un viejo amigo apareció pisando las losas, murmurando y soltando tacos, ya que no tenía motivo alguno para pensar que nadie le pudiese oír.

Ella caminó rozando con los pies para que él supiera que estaba allí, creyéndolo necesario para el orgullo del hombre, y él pensó que se trataba de Valerio, cosa bastante razonable, probablemente. Ella sintió en cambio una ira irracional al ver que él no la reconocía.

Le respondió con demasiada brusquedad y lo sentía, y él vio ambas cosas. Ella había olvidado su capacidad de penetración. Era capaz de leer en ella casi tan bien como Airmid, y quizás en algunos aspectos mejor, porque no estaba tan cerca de ella y no le cegaba el amor.

—¿Breaca? —él tendió la mano y la empujó hacia la luz. Le puso la mano en el hombro y luego se volvió hacia ella y pasó unos dedos largos y finos por la espalda, cosa que no le gustó en absoluto. La carne de ella se erizaba ante su contacto, como había ocurrido con Airmid, que la conocía muy bien.

Ella se esforzó por permanecer quieta, para no insultarle. El hombre se mostraba muy delicado y hábil en su exploración. Se detuvo enseguida y apartó las manos. Si ella mantenía los ojos cerrados o la espalda vuelta hacia él, su voz no tenía edad y no dejaba traslucir el cansancio que había visto en su rostro a la luz inquisidora de su lámpara de aceite.

Con mucha calma él dijo:

—¿Has venido a verme en mi papel de físico? Airmid te ha curado muy bien, pero la verdadera curación del alma cuesta mucho más que la curación del cuerpo, y ésta no ha hecho más que empezar.

Ella se volvió de cara a él, intentando no ponerse furiosa de nuevo.

—¿Tan obvio resulta? ¿O acaso los veteranos hablaban de lo que hicieron tomándose unos vasos de vino, cuando volvieron?

—Ambas cosas —él se encogió de hombros, como disculpa. Su rostro era alargado y aparecía arrugado y gris bajo el caprichoso tono naranja de la llama de la lámpara—. Los veteranos lo contaban mientras bebían vino, días antes de que empezase el asedio, cuando pensaban que estaban a salvo y necesitaban algo que desterrase la vergüenza que habían sufrido a manos de Corvo. Hablaban de los azotes de legionario infligidos a una mujer de los icenos y luego, cuando el vino les afectaba mucho, también hablaban del daño irreparable hecho a sus hijas, por el cual no puedo expresar suficientemente mi pena. Pero en cuanto a ti, habría sabido casi todo nada más verte, por lo afilado de tu alma, por el viento negro que sopla en ella, y que está ahí para que lo oiga quienquiera que sepa cómo oírlo. Tu hermano era igual que tú; por eso os he confundido. Al menos debes reconocerme esa habilidad: soy capaz de oír el lamento de lo que se ha perdido. ¿Querías que mintiese y fingiese ignorancia ante mis amigos?

Era su amigo. Había mandado aviso al procurador y así había salvado la hueste de guerra en un momento en que el descubrimiento la habría destruido. Antes había sido amigo de Airmid y de Graine, de Cunomar y de Corvo, el que amó (y seguía amando) a Valerio, y fue correspondido. La había ayudado a matar a Eneit, cuando hubo que hacerlo de forma limpia. Por todo eso y por un sentido básico de la decencia, le debía la sinceridad.

El brocal del pozo era de piedra basta, con unas cabras con cola de pez grabadas una tras otra en la argamasa, en la superficie plana. Breaca se sentó junto a una de ellas y trazó la cola curvada y escamosa con el dedo.

Dijo:

—Valerio se ha convertido en sanador, así como soñador. Hay cosas que él puede hacer y Airmid no, y cosas que puede hacer ella y a las que él nunca aspiraría; pero aun así…

—Pero aun así, tú intentas luchar en una guerra cuando tienes el alma rota y el cuerpo todavía no responde a las órdenes de tu mente. Y sin embargo, por muy dañada que estés, has llegado hasta aquí, y tus guerreros están acampados a la vista de la ciudad, y cada noche, los trinovantes que te son leales desbaratan todos los intentos que se hacen de oponer una defensa. Los veteranos cavan zanjas para evitar a tus caballos, y los jóvenes y niños de esta ciudad las rellenan; los romanos construyen barricadas y antes de amanecer ya están destruidas. Hace dos noches la estatua de la Victoria fue arrojada al suelo desde su pedestal. Un objeto de mármol más grande que tú y yo juntos, y sin embargo, nadie lo oyó caer. Colgaron a un hombre por eso. Los dos veteranos que lo colgaron ya están muertos. Si esperas, Camulodunum acabará por amotinarse y habrá una insurrección, y no quedará una sola espada que se alce contra tus guerreros. ¿Es eso lo que planeas?

—No del todo. Esperaremos un poco más, sí, pero no indefinidamente. No quiero que se cuelgue a ningún hombre inocente por mi culpa. Y tengo guerreros que aún tienen que aprender a combatir. Los exploradores dicen que os mandan refuerzos desde el oeste. ¿Es verdad?

—En parte. Tenemos doscientos mercenarios que se pusieron en marcha desde el puerto del Puente de Vespasiano cuando empezó a arder la torre de vigilancia. Vienen a expensas de un comerciante de vidrio atrebate que tiene una villa aquí. Una cuarta parte de ellos tienen el flujo sangriento. Cincuenta más han contado el número de fuegos de vigilancia de tus guerreros y han devuelto la paga a su empleador. Saldrán por la mañana si tus guerreros les dejan salir, igual que han dejado salir a todo el que lo ha intentado. El resto luchará, supongo, igual que los veteranos. Y luego están dos o tres mil trinovantes que juran su lealtad a Roma y que lucharán contra tu ejército. Creo que quizá la mitad de ellos digan la verdad, ¿qué te parece?

Era demasiado educado para mirarla a ella buscando una respuesta. Breaca estudió las hechuras del pozo. El cubo era de piel de cerdo encerada, y se mantenía abierto con un aro de hierro en la boca. La cuerda que salía de éste pasaba por una polea y diversas ruedas, y no resultaba obvio de inmediato cómo se podía bajar y volver a subir de nuevo.

Examinándolo, dijo:

—La mitad, más o menos, sí. Y aquellos que luchen contra nosotros conocen perfectamente a los que no lo harán. Muchos morirán antes… ¿Es ése uno de tus pacientes?

El chillido fue apagándose, rebotando desde el suelo hasta el techo.

—Pues sí —Teófilo sonrió, fugazmente—. Tendrás que aceptar mi palabra de que su salud va mejorando. Pero si te paras a escuchar lo que se dice por la calle, oirás que el fantasma de Cunobelin camina de nuevo, y busca venganza por la profanación de su tumba. Eso tampoco dice demasiado a favor de la defensa de nuestra ciudad. Si me permites…

Pasó junto a ella, dirigiéndose hacia el mecanismo del pozo.

—Un amigo alejandrino me lo hizo cuando se quedó aquí atrapado, durante el invierno. Está diseñado para que lo use con menor esfuerzo un hombre viejo cuyos miembros no son tan ágiles como antes. Yo lo consideré un regalo producto de un intelecto magnífico, y no un insulto.

El físico dio la vuelta a una manivela y tres ruedas dentadas giraron a su vez. El cubo desapareció dando sacudidas en la oscuridad que había más allá de la lámpara. Pasó un rato y lo oyeron golpear en el agua. Teófilo dijo:

—Si das a la manivela que tienes a tu lado, volverá a subir.

Ella lo hizo y notó que casi no pesaba nada, y pensó vagamente que a Cunomar le habría encantado aquel mecanismo. También pensó que Teófilo le había dado más información de la que jamás se habría atrevido a pedirle, y no había que insistirle más sobre la debilidad de la defensa de Camulodunum. Después de todo no estaba allí para sonsacarle detalles de la defensa que se podían ver con claridad en las calles. No se proponía pedirle tampoco que la curase, pero era él quien había hablado del asunto y Airmid antes que él, y ella había tenido tiempo de pensar entre tanto.

Dando vueltas lentamente, dijo:

—Cuando Duborno volvió de Roma, me habló de Jenofón, que era tu maestro. Valerio también me ha contado cosas de él. Parecía… un físico muy sabio.

—Sí, lo era. Y en realidad fui alumno suyo, en mis días de juventud. Si me preguntas si tengo sus habilidades, pues no, hay cosas que él se llevó a la tumba y que ninguno de sus alumnos sabrá jamás. Si me preguntas si sé algunas cosas que él no sabía, pues sí, creo que sí. El invierno que pasé como huésped vuestro, en compañía de Airmid, valió por años de aprendizaje. Ahora debes dejar de dar vueltas, y mover el freno de la manivela. Entonces yo muevo esta palanca de aquí… así… y el cubo se desplaza hacia nosotros. ¿Lo ves? Sin esfuerzo.

El cubo se inclinó un poco y dejó caer algo de agua en el suelo. Desprendía un olor calcáreo y frío. Teófilo retrocedió hacia la oscuridad y volvió con dos jarras de cristal verde con unas gemas incrustadas en el borde.

Viendo que ella le miraba, hizo una mueca.

—Me regalaron cuatro de éstas como pago por un parto difícil. Normalmente no se considera sensato que un físico cuestione el buen gusto de un padre primerizo. Sobre todo si ese hombre es el subjefe atrebate que controla todo el comercio de vidrio desde aquí hasta los puertos de mar del sur, y tiene el mando de doscientos mercenarios. En aquellos tiempos sus hombres eran jóvenes e iban bien armados y no tenían flujo ni tampoco hacían cola a las puertas para irse a su casa. ¿Beberás un poco de agua conmigo, a pesar del color del vidrio? Lamento no tener cerveza y no te insultaría ofreciéndote vino romano.

Ella aceptó el agua. Mirándola por encima del borde de su jarra, él dijo:

—Y te lo pregunto de nuevo, ¿has venido para que te cure?

—He venido a preguntarte si quieres dejar Camulodunum antes de que la quememos hasta los cimientos. No quiero verte muerto por ningún acto que yo

cometa. Pero ahora que estoy aquí, y ya que te has ofrecido, pues sí, me gustaría curarme en lo posible. Ciertamente, ya no estoy en forma para luchar como antes.

Su rostro se veía verde detrás del cristal. Ella pensó que notaba una paz circundante, como la veía a veces en Airmid cuando su habilidad se usaba para lo mejor y procuraba la mayor de las alegrías: al final de un parto muy laborioso, quizá, o cuando un guerrero había llegado a curarse después de unas heridas de combate que parecían fatales.

En aquel momento ella vio toda el alma del hombre; después, una parte de él se retiró y apareció algo que ella no podía tocar. Esa parte la exploró tal y como habían hecho sus dedos, pero mucho más profundamente, de modo que ella se sintió flagelada de nuevo, y tuvo que sujetarse al brocal del pozo para mantenerse erguida.

Se puso rígida, bebiendo agua y mirando hacia abajo, a las cabras con cola de pez a través del cristal verde. Al cabo de un rato, cuando su jarrita estaba vacía y él todavía no había dicho nada, ella levantó la vista. Teófilo estaba sollozando en silencio, sujetando el vaso de forma que le ocultaba el rostro, de modo que las lágrimas verdes corrían por sus mejillas verdes.

No era un guerrero y el cristal no era su escudo, ni tenía por qué serlo. Con mucha dulzura, ella dijo:

—Háblame. Sea lo que sea, quiero que tú me lo digas.

Él aspiró aire largamente, con vacilación.

—Breaca de los icenos, sería la culminación del trabajo de toda una vida llegar a curarte.

Ella lo deseaba. No sabía lo mucho que lo deseaba hasta que lo dijo. Pero Teófilo seguía llorando.

Ella era una guerrera, aunque no fuera ya la mejor; nunca se había apartado del dolor. A través de un temor frío que crecía en su pecho, dijo:

—Pero no puedes.

—Costaría mucho más de lo que tú puedes darme. El daño que hay en tu interior no se hizo solamente en una tarde, por muy mal que te tratasen. Airmid lo sabe, y Valerio también. Curarte ahora significaría deshacer las heridas de toda una vida, y no sería ni fácil ni rápido; las heridas no son solo físicas, y las de tu corazón y tu alma son mucho más profundas que cualquier cosa que sufriera tu cuerpo. ¿Has hablado con Valerio, le has preguntado cuánto le costó curarse? ¿Sabe siquiera qué ha ocurrido?

Breaca no había pensado en ello. Volviendo a pensar en las largas conversaciones con su hermano a la cabecera de su cama, cuando ella tenía fiebre, dijo:

—Su padre, Luain macCalma, le pidió un año entero y él se lo dio.

Ella sabía que estaba demacrada, y no pensaba esconderlo detrás de la jarra de cristal. Con mucho cuidado dejó la jarra en el suelo junto al pozo, en un lugar donde no podía caer por accidente y romperse. Se notaba extrañamente hueca, como si el vacío de su alma se hubiese trasladado a la parte delantera, al pecho, y éste se hallase

abierto de par en par hacia la noche.

—¿Cuánto te costaría? —preguntó.

El rostro de él se suavizó. No sabía lo mucho que se parecía a su padre. Le dijo:

—Luain macCalma es Anciano de Mona. Tiene recursos que yo solo puedo imaginar, pero la herida de tu hermano era mucho más honda que la tuya, creo, y era de naturaleza distinta. Si yo digo que necesitaría estar contigo, despierta y durmiendo, sobre todo durmiendo, sin otra compañía, desde ahora hasta mediados del verano, y posiblemente más aún, ¿me darías ese tiempo? ¿Podrías hacerlo?

Él no era un estratega, pero había vivido entre militares toda su vida adulta. Había visto arder las torres de vigilancia, y podía contar los fuegos de la hueste tan fácilmente como cualquier otro hombre, y por tanto estimar el tamaño de su ejército. Sabía la distancia que había hasta Mona y la disposición de las legiones. A partir de todas esas cosas y más, sabía la respuesta que ella le daría antes de hacer la pregunta. Y por eso lloraba.

Breaca se puso de pie en silencio. Al cabo de un momento, cuando el dolor que sentía en el pecho se volvió de plomo, demasiado pesado para soportarlo, se sentó de nuevo en el brocal del pozo.

Teófilo dijo:

—Lo siento. Espera aquí —y se fue. Ella oyó el roce de sus pies en la piedra que se desvanecía hasta desaparecer. La lámpara de aceite gorgoteó y se apagó mientras él se alejaba.

Él chasqueó la lengua al regresar, y se fue de nuevo y luego volvió con otra luz, que por entonces no era nada bienvenida.

—¡Ah, cariño, cariño…!

Breaca podía llorar, después de todo, al parecer, y una vez empezaron a caer las lágrimas ya no pudo detenerlas, aunque ya no estuviese sola sino al cuidado de un hombre extraño, ante el cual tenía que haber sido más fácil mostrar su debilidad, pero no lo era.

Oyó que las rodillas del hombre crujían así como el eco que rebotaba en las paredes, y él se arrodilló ante ella y sus manos le rodearon los hombros, teniendo mucho cuidado con la espalda de modo que ella pudo inclinarse hacia delante y apoyar la cabeza en el hueco del cuello del físico, aspirando el sudor y el olor a hombre que era el de su padre, y el humo de fuegos extraños, y allí pudo llorar, ahogada por el tejido blanco de la túnica de él, y sus lágrimas, que corrieron libremente, acabaron mezclándose con unos sollozos convulsivos que no había experimentado desde la niñez, y quizá ni siquiera entonces.

Su cuerpo se agitaba y ella pensó que se iba a marear e intentó controlarse, respirando más rápido entre los dientes.

—Breaca, Breaca…

Apoyaba la barbilla en la cabeza de ella, de modo que su voz se filtraba a través de su pelo. Le dio unas palmaditas en las mejillas y las acarició con los dedos, y aunque la

mano se le quedó mojada de lágrimas y mocos no se la limpió en el pañuelo que llevaba al cinto. Por el contrario, le llevó una jarra a los labios, una sencilla, de barro, no de cristal enjoyado, y le vertió su contenido en la boca.

Ella probó el líquido y luego se lo bebió, y no era adormidera, ni verbena, ni betónica ni ninguna de las otras cosas que tanto temía. Le golpeó en algún lugar bajo el diafragma y los sollozos se iniciaron de nuevo. Ella contuvo el aliento, intentó detenerlos.

Teófilo la apretó como haría un padre con su hija.

—¿Ni siquiera ahora te vas a permitir una debilidad? Vamos, déjate ir, mujer. Llora si necesitas llorar; chilla si tienes necesidad de hacerlo. Nadie más que yo te oirá, y si lo hacen, pensarán que es Peltrasio, o el fantasma de Cunobelin, quienquiera que se les ocurra. ¿Cuándo has dormido por última vez? Dormir de verdad, no drogada, ni febril, ni preocupada por sueños de guerra.

Una nueva voz dijo:

—Cuando tenía doce años, creo, antes de que muriese su madre, aunque quizás hubiese algunas noches en Mona, con Caradoc, o más recientemente con Airmid, cuando ella se dejaba ir.

Hubo un silencio en el cual solo se oyó su aliento sobresaltado.

Breaca dijo:

—¿Valerio?

Estaba en algún lugar fuera de la vista, a su izquierda. Le oyó con la misma claridad incorpórea con que le había oído cuando tenía fiebre, pero entonces no tenía fiebre, solo se ahogaba en la desesperación. La lámpara se veía confusa, y su visión estaba emborronada por las lágrimas.

Su hermano le tomó la mano; ella nunca confundiría su contacto con el de ningún otro. Sus dedos eran fríos y secos y firmes.

Dijo:

—Mi padre pasó un año trabajando día y noche por mi curación, aunque yo no sabía que lo estaba haciendo. Como así te lo dirá Teófilo, no estoy curado del todo, pero sí mejor que antes. Si quieres, podemos esperar todo ese tiempo por ti.

Breaca ya tenía de nuevo el control de sí misma. Lo había conseguido la presencia de su hermano, o la bebida de Teófilo, o simplemente el tiempo que se había tomado para respirar y dar un paso atrás desde el borde del abismo que amenazaba con consumirla. Se apartó de ambos hombres y se apoyó contra la pared debajo de la lámpara de aceite recién cargada.

Valerio se sentó con la espalda apoyada en el mecanismo del pozo, contemplándola con el mismo tacto que había usado en la batalla con la Novena y antes incluso, cuando luchó con ella en aquel claro junto al altar de Briga, como si un excesivo escrutinio pudiera romperla.

Quizá tuviese razón. Como alguien que tiene que correr hasta quedar exhausto, ella dijo:

—Entonces, ¿quién dirigirá la hueste de guerra, si yo desaparezco durante seis meses? ¿Quién mantendrá a raya a Cunomar, y evitará que las osas ataquen antes de que estemos preparados? ¿Quién mantendrá viva a Cygfa lo suficiente para que dirija el flanco derecho a la hora de la batalla plena, cuando todo su instinto es matar y seguir matando, al riesgo que sea para ella misma? ¿Quién hablará en el consejo con los líderes de guerra de los coritanos, de los dobunios, los durotriges, los dumnonios, los siluros, los brigantes, los ordovicos, los atrebates, si todos ellos deciden alinearse con nosotros? ¿Quién ha intercambiado regalos con ellos los últimos veinte años, quién les ha dado cobijo en los fuegos del consejo y se ha sentado en los suyos, quién ha dirigido a su gente en la batalla y la ha ganado para ellos, de modo que puedan unirse a nosotros ahora y luchar juntos, sean cuales fueren las fricciones tribales? Si puedes darme un nombre en el que crea, te prometo que me iré.

Valerio era su hermano. Le sostuvo la mirada durante mucho más tiempo que la mayoría de los hombres, y cuando la bajó, fue para recoger y examinar la jarra de cristal con las gemas incrustadas en el borde. Mientras la luz verde deformaba sus dedos, dijo:

—Nadie puede hacer todo eso. No conozco a nadie dispuesto siquiera a intentarlo.

—¿Entonces, por qué me ofreces lo que no puedes darme? ¿Qué amabilidad hay en ello?

—No, no he dicho que no pudiéramos dártelo, solo he dicho que no podría hacerlo una persona sola. Hay personas que podrían hacer alguna parte, y es necesario: Cunomar está aprendiendo autocontrol y liderazgo, Cygfa está encontrando motivos para vivir más allá de cada batalla, Ardaco se halla dedicado a la destrucción de Roma, y él puede hablar con los líderes tribales. Cada uno de ellos puede jugar un papel, pero ninguno de ellos es la Boudica, que puede hacerlos todos e inflamar a los guerreros en la batalla de modo que se esfuercen más allá de sus propios límites.

—Cualquiera de vosotros puede hacer eso.

—No. Yo te vi luchar contra la Novena y tú no estabas tan bien como deberías, pero aun así, los guerreros que estaban a tu alrededor se incendiaron. En tu presencia, luchan como uno solo; sin ti no son más que jóvenes inexpertos, cada uno librando su pequeña batalla. No lo ves porque ha sido así para ti durante años, pero aquellos que lo vemos desde fuera sí nos damos cuenta, y tememos el momento en que te rompas y todo se rompa contigo. Es la Boudica la que convierte el ejército en lo que es. Te necesitamos para eso, Breaca, pero te necesitamos entera, porque de lo contrario nos romperemos contigo. No ahora mismo quizá, pero sí pronto, llegará un momento en que tenerte con nosotros en cuerpo, pero no en alma, será peor que no tenerte en absoluto.

—¿Por qué nadie me había dicho esto antes?

—¿Arrogancia? —él no parecía arrogante. Parecía un hombre llevado hasta el

extremo de su propio ser—. Pensábamos que podríamos curarte. Y pensábamos que entrar en combate te curaría. Y luego pensábamos que si Graine se hallaba a salvo, eso te curaría. Hoy mismo, pensábamos que Airmid, por sí misma, podría curarte. Pero estábamos equivocados. ¿Qué más puedo decir?

Teófilo estaba allí, con una mano en su brazo. Ella notaba como si su propio cuerpo fuese el de un extraño. Su voz sonaba vacía.

—Quizá tenía que saber esto. Si tengo que tomar parte en mi propia curación, ¿no podría hacerse con más rapidez? ¿En dos días? ¿En diez? Quizá podríamos esperar ese tiempo antes de quemar Camulodunum y todo cuanto contiene.

Su hermano apretó un rubí con el pulgar. Luego lo apartó y observó la huella blanca que había quedado en la carne.

Dijo:

—Para curarte del todo, primero debes comprender lo que has perdido y por qué. No conozco ninguna forma rápida de hacer eso —colocó la jarrita con cuidado en el borde del pozo y levantó la vista—. ¿Teófilo? ¿Tienen una respuesta acaso los físicos de Atenas y Cos?

—Podrías dormir una noche en el templo de Asclepio, pero hay un viaje de medio año hasta allí, y en cualquier caso, dudo de que bastase. Aparte de eso… Lo siento, no puedo ofrecerte nada a la velocidad que tú requieres. No hablaba a la ligera: daría seis meses de mi vida por tu curación, y creo que en ese tiempo podría hacerlo. No conozco ninguna forma de hacerlo en menos tiempo.

Hubo silencio y tiempo para pensar, y para separar lo posible de lo imposible y encontrar una forma de seguir avanzando.

Teófilo estaba sentado donde ella le había dejado, con las rodillas levantadas y los codos apoyados en ellas de una forma que estropeaba por completo la dignidad de su ropaje blanco. Breaca se puso de pie y luego se sentó ante él. No le tocó, pero se colocó lo bastante cerca para notar la tranquila calidez de su piel.

—Que hayas pensado en ello y estés dispuesto a concederme ese tiempo es un regalo mayor de lo que podría pedir. No es culpa tuya ni mía que no pueda aceptar. Ambos sabemos que la voluntad se hallaba ahí, y quizá vuelva a ella algún día. Mientras tanto, tengo que pedirte un regalo distinto, uno que no sea imposible. La mañana nos traerá la guerra, si no esta mañana, o la décima a partir de ahora, pronto. ¿Vendrás con nosotros para ponerte a salvo? No se te pedirá nada; es solo que yo te lo debo todo, y no pienso pagártelo con la muerte.

—Eso también es imposible —Teófilo meneó la cabeza—. No puedo irme ahora. El hospital tiene tres pacientes. Mañana al amanecer puede haber más. Hice el juramento de no abandonarles. No lo romperé simplemente para salvar mi vida. Si se van todos, o si queda claro que al quedarme no puedo hacer nada por ellos, entonces sí, seguiré a mis aprendices a tu campamento, pero eso no ocurrirá antes de tu ataque. Debe quedar claro que la decisión de quedarme es mía. Te absuelvo de todo el daño que pudiera proceder de ella, tanto a mí como a mi hospital.

Empezaron los gritos de nuevo en una habitación de arriba, con mayor volumen y tono cada vez, como si el afligido paciente no tuviera pausa para respirar.

Teófilo se puso en pie.

—¿Lo ves? ¿Cómo voy a dejar a un hombre con semejante dolor? Deberíais iros. Si puedo me uniré a vosotros. Si no, entonces tus dioses, quizá, guíen el resultado.

Los cogió a ambos por el antebrazo, con la mano en el codo, como hacen los guerreros antes de la batalla. Su rostro aparecía suavizado por la edad y el cansancio, sus ojos eran infinitamente sabios.

—Ocurra lo que ocurra, he vivido bien y mi vida se ha enriquecido al conoceros. No me hubiera gustado que fuese de otra manera. Id y haced la guerra que debéis hacer, y aseguraos de que al ganar encontráis una forma de quedar enteros, porque de lo contrario, todo esto no servirá de nada.

XVIII

La isla de los dioses de Mona se extendía baja en el océano, unas pálidas olas acariciaban sus flancos y el mar corría espeso como hierro líquido en los estrechos que la separaban de la tierra firme.

El amanecer no había llegado aún. Graine estaba echada de bruces en la oscuridad, entre unas descoloridas plantas de armeria marítima y la hierba basta y cubierta de escarcha, mirando hacia el lugar donde el agua se reunía con la tierra. La marea estaba bajando. Las olas acariciaban los guijarros, un poco más lejos cada vez. Periódicamente, ella medía la distancia desde las olitas cubiertas de espuma hasta la marca de la marea alta, que estaba ala distancia del ancho de una mano ante su cara, en el lugar donde la tormenta de los tres últimos días había depositado una luna creciente y deforme de algas y maderas de roble envejecidas por el mar y medusas transparentes con estrellas de un morado pálido en el centro, muy por encima del resto de detritus de la costa.

El tiempo se medía por olas. Entre ola y ola no había tiempo, y eso suponía una especie de paz. El olor penetrante del mar y de las algas podridas invadía su piel y su pelo, se pegaba a su lengua e hinchaba sus pulmones, despertando recuerdos enterrados de un tiempo «anterior», cuando vivía en Mona, cuando estaba entera y el mundo le parecía seguro, cuando su madre era la amada de Briga, una guerrera sin par, invencible, cuando Roma era un enemigo distante y sin rostro que debía ser derrotado por el poder superior de la Boudica y los dioses, cuando la hija de la Boudica estaba entregada a Nemain, y no le dolía hasta el último rincón de su cuerpo por la agresión de incontables hombres.

El dolor era menor que antes; el poder curador del mar había funcionado durante el final del viaje, y eso, esa libertad y esa euforia que producía el océano, fueron la primera sorpresa. Hasta que subió al barco enviado por Luain macCalma para recogerla, Graine no sabía que cabalgar en la proa de un barco que iba corcoveando le hacía más feliz de lo que jamás le había hecho y probablemente le haría nunca montar a cualquier caballo, hasta el más manso. El viaje desde el extremo sudoeste de Britania hasta el extremo suroccidental de Mona le había costado tres días, los dos últimos de dura navegación en las garras de una tormenta. Cada ola que rompía era un desafío tan grande y tan milagroso como las pruebas de lanza de su hermano y su hermana; todo ello había convertido en nada las magulladuras y lágrimas de su cuerpo, demostrándole lo pequeñas que eran las agresiones que había sufrido cuando el vasto y terrorífico poder de los dioses era tan inmenso. Al principio, solo enfrentarse a aquella fuerza sin sentir terror, quedarse quieta y aceptar lo que se le deparaba, ya era

un desafío suficiente. Más tarde, entumecida, helada y tonificada, había aprendido a luchar contra ella, gritando y chillando al poder del mar.

Atrapada por esa necesidad, pasó todos los momentos de luz diurna y buena parte de las noches a la luz de las antorchas en la cubierta del *Cormorán*, agarrada a las bordas de proa, aullando en las fauces del temporal que había levantado Manannan para proteger la isla de los dioses de Roma, con el mar azotándole el rostro y las manos hasta que la piel se le puso roja y se separó de la carne y su pelo color sangre de buey perdió el brillo y se volvió quebradizo y gris por la sal.

Halcón y Duborno quisieron llevarla abajo para su seguridad, pero Segovento, el anciano galo que había echado a la mar su barco por ella al menos medio mes antes de que nadie se atreviera a hacerlo, había prometido proteger su vida con la suya. Entonces Gunovar le hizo un arnés que ató al pasamanos de proa para que aunque se soltara no se viese arrojada por la borda, y los dos hombres abandonaron sus intentos de persuadirla, limitándose a llevarle la comida y a pedirle que bajara a dormir cuando la noche se hiciera más oscura. La última noche, viendo que la tormenta estaba ya a punto de amainar, ni siquiera se lo pidieron.

El viento fue muriendo mientras ellos bajaban la pequeña chalupa y remaban hacia la costa de Mona, de modo que las blancas crines que coronaban las olas fueron menguando y menguando hasta convertirse en simple agua verde que chapoteaba perezosamente y besaba las rocas de la costa.

El desengaño que ello supuso fue una bendición también; si Graine hubiese pasado directamente de la salvaje alegría a la desolación de la casa grande abandonada y la vaciedad de la hacienda abandonada, la pérdida de todo cuanto significaba Mona habría resultado demasiado difícil de soportar.

Sin embargo, resultó que los quinientos guerreros elegidos para quedarse formaron una guardia de honor para ella, y fue necesario saludarles y preguntar sus nombres y escuchar sus historias y ver el lugar preparado para el descanso donde se habían tallado las marcas de su sueño en las vigas del techo de la casa grande, de modo que casi había anochecido antes de que ella tuviese tiempo de buscar a Bello, el del pelo como el trigo y ojos de dios cuyo sueño la había traído de vuelta a casa. A diferencia de los demás, él no había reparado en sus magulladuras, ni había fingido no verlas; se había reunido con ella en el sueño y sabía muy bien lo que era ella. El alivio de su simple presencia la mantuvo unida a él durante el resto de la tarde.

Ella se sentó junto al fuego con él, compartiendo un poco de cebada malteada y crema de leche de oveja de los primeros corderos nacidos, antes de averiguar que él era ciego. Estaba echada en la oscuridad, medio dormida, cuando se le ocurrió que Valerio debía de saber sin duda que era ciego y sin embargo había decidido no decírselo, y había dejado que lo averiguase ella misma.

Después se quedó dormida preguntándose por qué y soñó algo pero perdió las formas del sueño al despertarse. La frustración de aquella pérdida y el doloroso vacío del poblado, antes vibrante, bastaron para hacer que se levantara de la cama y

recorriese el camino de vuelta hacia el malecón para encontrar un lugar donde poder echarse sin ser vista y averiguar por sí misma si todo cuanto le habían dicho sobre la inminente invasión era cierto.



Todavía no había la luz suficiente para ver nada. Sola en aquella especie de paz yacía echada de bruces en la áspera hierba, escuchando el suave respirar de las olas e inhalando el océano que se retiraba y el amanecer que devolvía poco a poco el color del mundo.

Las formas fueron surgiendo de los grises. Al final pudo ver la madera llena de lapas del malecón de la isla, a un tiro de lanza a su derecha. Durante un rato más solo hubo niebla y el mar de hierro más allá, y pudo traer a su memoria todo lo que Mona había sido durante su niñez; no en paz, porque los guerreros que la habían convertido en su hogar llevaban a cabo una guerra sin tregua contra Roma, y ella nunca había conocido la verdadera paz, pero la isla siempre había sido un santuario, seguro contra toda amenaza.

Y ya no era segura.

El mar se convirtió en un océano de espejos apagados, recogiendo la luz temprana y devolviéndola a lo alto, una y otra vez, hacia el cielo. Un par de ostreros se deslizaron por encima de las olas hacia ella, y luego giraron en ángulo y se dirigieron hacia el norte, a mar abierto, piando alarmados. Más allá de la línea de su vuelo se podía ver que el malecón del otro lado, el que tenía que haber ofrecido un lugar de desembarco en tierra firme, había desaparecido. En el lugar donde se encontraba las rocas aparecían chamuscadas y negras, y fragmentos de madera carbonizada todavía flotaban entre las olas.

Había una cierta tranquilidad en aquellos restos quemados, alojados entre la niebla y la roca, pero ya se divisaban unas líneas rectas que tomaban forma entre las piedras curvas. Los ángulos rectos crecían por los extremos y la luz creciente, con gran rapidez, fue mostrando las siluetas de las bordas y las proas de los barcos, y pronto vio lo que Bello le había descrito: que docenas de barcazas de fondo plano estaban atadas unas detrás de otras, cabeceando en las aguas tranquilas como cuentas de un collar con el que jugase un niño, y más allá, extendidas por la costa y hasta el brezo purpúreo y los helechos de los promontorios más bajos, se encontraban las tiendas, los pabellones, las mulas, los caballos, las zanjas de las letrinas y los montones de los intendentes, con perros encadenados custodiándolos para alejar a las ratas, de las dos legiones del ejército romano y sus cuatro alas de caballería auxiliar. Mucho más cerca que estos, dos grupitos pequeños de tiendas estaban colocados junto al saliente quemado del espigón, con los caballos en dos corrales separados y dos

estandartes distintos de la caballería chasqueando en la brisa por encima de ellos.

Graine no tuvo necesidad de contarlos; había crecido en un mundo en el que se conocían todos los estandartes y emblemas de Roma y el número de hombres de los que constaban, igual que conocía las marcas de sueño de los suyos. En conjunto, reunidos en tierra firme se contaban ocho mil hombres bien entrenados para la guerra. Una porción de agua era lo único que los separaba de Mona, y desde luego no bastaba.

—Tienen las barcas preparadas. ¿Por qué no atacaron ayer, nada más acabar la tormenta?

Graine lo preguntó en voz alta a la mañana silenciosa. Al cabo de un momento, Bello Ojos-de-dios, a quien todos los demás conocían como Bello el Ciego, dijo:

—¿He hecho algún ruido por el que pudieras saber que estaba aquí? —sonaba divertido y algo exasperado y no había respondido la pregunta.

—No. Los ostreros se han asustado de ti, y han dado la vuelta. Podrías ser Halcón, porque él también anda con mucho sigilo, pero tu túnica huele a humo de manzano, y la suya en cambio huele todavía a mar —Graine se dio la vuelta y le miró por encima del hombro—. ¿Sabe alguien por qué el gobernador no ha atacado todavía?

—Tenemos suerte, o quizá podríamos decir que Manannan ha extendido su gracia un día más. El lado oeste de la isla, donde desembarcasteis ayer, estaba claro, pero aquí, en este lado, la niebla cubrió ambos lados de los estrechos todo el día, de modo que uno no podía verse la mano ante la cara. Para mí no suponía ninguna desventaja, quizá para ti tampoco, pero bastó para detener a las legiones, por lo cual podemos estar muy agradecidos.

Bello no había mencionado antes su ceguera. Graine buscó amargura en su rostro y no encontró ninguna, solo vio que se cerraba algo que no había estado abierto del todo, como si él notase su escrutinio y todavía no estuviese dispuesto a desnudarse del todo.

Ella dijo:

—¿No habría sido un buen momento para atacarnos, mientras la niebla escondía sus verdaderos efectivos de nuestra vista? Ellos no tenían que ver demasiado, solo lo suficiente para saber que no se mataban entre sí.

—Los oficiales quizá pensaran así, sospecho que el gobernador también lo habrá hecho, pero los hombres tienen demasiado miedo de las bestias de las pesadillas y los muertos vivientes que acechan las costas de Mona. No atacarán en ningún momento que no sea con clara luz del día.

Ella estaba aprendiendo a conocerle, a interpretar la leve cadencia de su voz que indicaba su satisfacción y un leve punto de orgullo, aunque él lo mantenía apartado de su rostro.

Ella aventuró:

—¿Has creado tú las pesadillas?

—No, pero las he hecho mucho mayores de lo que deberían ser —sonrió al decir

esto, animado, y fue a sentarse junto a ella, estirando los pies desnudos por las piedras hasta que dieron con las algas gelatinosas.

Era esbelto, casi huesudo, y mucho más joven de lo que había parecido en sueños, o incluso en el fuego nocturno; quizá tuviese tres o cuatro años más que Halcón, pero no más. Su pelo era fino como la lana peinada e igual de claro, de un tono dorado mucho más brillante que el de Cunomar o Cygfa. Sus ojos eran de un asombroso azul de cielo al mediodía, y miraban a la nada, hacia el agua. Aun así, había venido solo desde la casa grande a reunirse con ella y llegado hasta la playa sin la menor duda.

Ella dijo:

—¿Conoces bien la isla?

—Lo bastante para saber por dónde voy.

—¿Por eso no te has ido aún? ¿Porque Hibernia sería un sitio nuevo, y resultaría difícil conocerlo tan bien como conoces esto? —no era una pregunta delicada, pero tampoco pretendía serlo; el día que ella había descubierto lo frustrante que era que los demás diesen vueltas sin atreverse a tocar sus heridas, Graine dejó de hacerlo con otras personas. Pero aun así contuvo el aliento esperando a ver si había traspasado alguna señal que ninguno de los dos veía.

Bello sonrió, pacífico. Todo en él era pacífico. Reflexivo, dijo:

—Viví en Hibernia dos años con Valerio después de liberarme de la esclavitud en la Galia, de modo que no sería un sitio totalmente nuevo, pero tienes razón, algo de eso hay. Sin embargo, todos los guerreros con vista se habrían quedado para defender Mona, si les hubiesen permitido hacerlo. Al final, solo dejaron quedarse a quinientos; el resto serán más útiles en otro lugar. Luain macCalma es el Anciano; él decide quién viene y quién se va, y si ha deliberado con Nemain y otros dioses sobre sus decisiones, no nos lo ha comunicado. Me ha pedido que me quede. Si me hubiese pedido que fuese a Hibernia, habría cogido el barco con los demás hace mucho tiempo, por muy a regañadientes que fuese.

—¿Te pidió él que nos hicieses venir a Mona?

—A ti. Solo te hice venir a ti. Los demás están aquí por su propia voluntad, y pueden irse cuando quieran por su propia seguridad. No, no te impacientes conmigo, enseguida contesto tu pregunta. No, macCalma no me pidió que te llamase, pero cuando ocurrió tampoco me pidió que dejase de hacerlo. Él no tiene sueños acerca de ti.

«Él no tiene sueños…» Una vez, Airmid había soñado con el nacimiento de Graine, y Luain macCalma había soñado con un lugar para ella entre los ancianos. Hacía muy poco, la noche anterior, aunque la mañana supuso un tranquilo dolor y una liberación, existía aún la esperanza de que Mona pudiese reavivar aquella promesa.

Los ostreros piaron en su largo camino de huida. Una séptima ola rompió más cerca de los restos arrojados por la marea que las demás. En el campamento de caballería, al otro lado, un hombre esbelto y con el pecho desnudo, con pelo negro

que le cubría la cabeza y los pectorales, se asomó desde su tienda y, bostezando, estiró ambos brazos para saludar a la mañana gris.

No era más fácil mirarle a él que a Bello. Dejando caer la mirada hasta los guijarros, Graine dijo:

—Quizá sea porque ya no queda nada en que soñar…

—Quizá. O quizá porque los dioses no saben todavía qué será de ti, lo que puede ser o no ser. Todos tenemos en mente que tú eres la pieza clave en el tablero de la Danza del Guerrero, la que puede moverse de un extremo a otro sin obstáculos, sin ser vista, y por tanto ganar el juego. Si estamos en lo cierto, entre nosotros podemos salvar Mona.

El viento del amanecer era demasiado frío, de repente, y las salpicaduras del mar en su rostro demasiado dolorosas. Graine se incorporó y se sentó, abrazándose las rodillas. Se sentía enferma.

—¿Y si estáis equivocados?

Bello todavía estaba muy tranquilo, todavía sonreía, todavía miraba al otro lado de un agua que no podía ver hacia la actividad del campamento romano en el otro lado del estrecho. Frunció los labios, pensativo.

—Entonces tenemos a dos mil soñadores que pueden ayudar a nublar su sueño. Si ellos también fracasan, entonces, por supuesto, habrá que luchar. Y para eso tenemos aquí los quinientos guerreros.

—¿Contra ocho mil legionarios y las suficientes barcazas para rodear toda Mona? Es una locura.

—Quizá, pero prefiero pensar que es práctico. Conocemos la isla y no nos asustan las pesadillas. Ocho mil hombres asustados se pueden perder aquí muy fácilmente, y antes que eso, las barcazas tienen que encontrar un sitio donde desembarcar, e ir llenas de hombres dispuestos a hacerlo —respondía de forma ausente. Ya no pensaba en ella—. Sospecho que lo averiguaremos pronto, y si yo estoy equivocado, supongo que tendrás tiempo para decírmelo. ¿Dirías que están disponiéndose a entrar en las barcazas?

Todavía seguía mirando sin ver más allá del agua, pero la inclinación de su cabeza era distinta. Graine miró hacia donde él dirigía sus ojos sin vista, y vio que los movimientos al parecer azarosos de la mañana se estaban volviendo más ordenados y lineales en el campamento de legionarios al pie de las montañas. Mientras abría la boca para hablar, una trompeta llamó a reunión. El sonido flotó impreciso por encima de los estrechos.

Bello frunció los labios y emitió un breve soplido entre los dientes.

—MacCalma tenía razón, entonces; será hoy —se puso de pie y tendió ambas manos hacia ella. Sus ojos azules sonreían a algo que estaba justo por encima de la cabeza de la niña—. Si te ofrezco ayuda para levantarte, ¿me ayudarás a llegar de vuelta a la casa grande? Puedo encontrar el camino yo solo, pero es mucho más rápido con ayuda, y hoy creo que no podemos permitirnos el lujo de perder tiempo

tocando la corteza del abedul y los líquenes en las piedras para orientarme.

* * *

Igual que en el campamento romano, los quinientos guerreros y otros tantos soñadores que habían dormido dentro y en torno a la casa grande de Mona estaban despertándose a un lento y gris amanecer que podía ser el último para ellos. Nuevos fuegos repartidos a intervalos por el claro parpadeaban con llamas pálidas y un humo azul contra el fondo de los robles con sus hojas nuevas.

Hombres y mujeres a medio vestir se lavaban o usaban el vertedero o permanecían de pie, con los ojos quietos, hablando a los dioses de sus sueños. Por los alrededores se ordeñaba a las ovejas y se perseguía a las gallinas hasta sus perchas nocturnas para coger el huevo, y se molía un poco de grano y se formaban con él tortas para la comida de la mañana.

Junto a la corriente, alguien sujetaba a una yegua en celo para que la cubriese el caballo de Halcón, un llamativo ruano azul con la frente blanca, regalo de un comandante de la caballería.

El caballo era tesalio y criado para las carreras de carros hasta que se peleó demasiado en los establos y lo enviaron a entrenar para la guerra. A la hora de subir al barco de Segovento pensaban que tendría la sangre demasiado caliente para aguantar un viaje entero sin destrozarse a sí mismo, el barco y a todos los que iban a bordo, y pensaron en dejarlo atrás. Al final aguantó la travesía marítima sin reparos, y fue el recio caballo negro que tiraba de la carreta de Gunovar el que tomó pánico en la pasarela, de modo que un hombre tuvo que estar con él durante la mayor parte del viaje para evitar que coceara el barco hasta hundirlo.

Gunovar estaba allí, procurando que la yegua no hiciese daño al caballo mientras éste la montaba, o al revés. Graine se hallaba sentada un poco aparte, apoyada en una choza de piedra que había sido de Airmid antes de que ella siguiera a Breaca al este, y ahora, al parecer, era de Bello. Gunovar había pasado la noche dentro; los aromas de sus hierbas medicinales, su cañuela y ajo silvestre todavía perfumaban el lugar, como ocurría con cualquier lugar donde la soñadora dumnonia llena de cicatrices se hubiese despertado y se hubiese preparado las infusiones que le ayudaban a soportar la mañana.

El caballo cubrió a la yegua con descaro, como se supone que tienen que hacer los caballos. Eran buenos augurios, presagiaba un potro fuerte, rápido, de mente aguda, y Halcón, eso se veía bien claro, hizo grandes esfuerzos para no parecer demasiado complacido, de modo que nadie pudiese pensar que veía a aquel caballo como a sí mismo y a la yegua como a su amante. Graine se esforzó por mirar y dejó que la invadiera la náusea pero no vomitó, cosa que era un logro en sí, mucho más aún dado

que nadie la miraba y lo hizo solo por sí misma. Fijó la mirada en una determinada rama en el bosque, lejos, y respiró profundamente, y no se movió cuando una sombra se deslizó a su lado y le tapó el débil calor del sol.

—¿Has bajado al malecón al amanecer? —Gunovar retrocedió tres pasos más y se sentó a su lado.

Graine dijo:

—¿Cómo lo has sabido? ¿Lo has soñado?

—No. He visto salir a Bello y le he preguntado adónde iba. Él tampoco había soñado contigo; simplemente, tiene mejor oído que los demás. Al perder un sentido, se agudizan los otros. Por eso los ciegos eran los mejores soñadores en los tiempos antiguos.

Gunovar sonrió con una sonrisa torcida, como hacía siempre. Como la mañana era la que era, Graine observó las cicatrices en el rostro de la mujer y en sus manos, y la forma renqueante e incómoda que tenía de caminar, y se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo desde que se había fijado en esos detalles. Gunovar no era bella, ni lo había sido antes de que los inquisidores romanos le rompieran el cuerpo: tenía los huesos demasiado grandes y el cuerpo demasiado robusto para resultar bella, pero se comportaba con una dignidad, un autocontrol y un humor que superaban todas esas cosas, de modo que no solo era posible ver más allá de los estragos sufridos, sino que era imprescindible.

Graine dijo:

—La niebla está clareando y las legiones se están preparando para lanzar sus barcazas. La caballería está allí. Antes de irse, Valerio dijo que si él estuviese al mando, haría que la caballería pasase primero nadando para tomar y mantener una cabeza de playa, y así las barcazas podrían tocar tierra fácilmente, pero el gobernador no sabe cómo hacer cruzar a la caballería, y probablemente los enviará nadando junto a las barcazas. ¿Has traído algo de cuscuta desde el este?

—Sí. ¿Por qué?

—Tengo una idea. Sulla, la mujer del transbordador, decía que las corrientes de los estrechos eran amigas suyas, y que podía nadar a su través de una orilla a otra y volver y no morir. Tendríamos que trabajar deprisa, antes de que la niebla haya desaparecido del todo, o si no verían a Sulla, pero si somos capaces de hacerlo, podemos hacer también otra cosa que nos ayudaría.

Era una mañana adecuada para saborear los pequeños placeres: la sorpresa en el rostro de Gunovar, y el relámpago de alegría indisimulada que iluminó sus ojos cuando comprendió qué se le proponía, de modo que se podía ver que en algún momento sí que fue bella, y luego la rapidez con la cual se movió y trajo su saquito de hierbas de la choza y se dispuso a hacer lo necesario mientras Graine iba a buscar a Sulla y ver si la mujer del transbordador todavía podía cruzar a nado los estrechos.

* * *

Sí, era posible, y Sulla acogió la idea y la mejoró incluso, y Duborno se dispuso a ayudarla a entrar en los estrechos y a salir de nuevo, y así era menos probable que se preocupase por Graine y por un momento, al borde del agua, la isla estuvo en paz.

Fue el rato suficiente para saborearlo antes de que un cuerno de toro emitiese una nota larga, baja, serpenteante, que resonó en las costillas y estremeció el aire en el pecho de todos los que tenía a su alcance, señalando la llamada a la reunión de los Ancianos.

Al otro lado del claro los soñadores dejaron sus tareas matutinas y empezaron a dirigirse en parejas y en grupitos silenciosos a la casa grande donde Luain macCalma esperaba para discutir con ellos el sueño de la noche y todas las noches anteriores, y cómo podían hacer mejor uso de lo que habían aprendido en defensa de su isla, y todo lo que representaba.

Junto al río, donde se había hervido la cuscuta, Gunovar dejó de remover su olla y se enderezó, frunciendo el ceño.

—¿Quieres venir? A pesar de todo lo que ha ocurrido, todavía eres soñadora por nacimiento y por derecho. Eres más que bienvenida.

Graine se hallaba metida hasta mitad de la pantorrilla en la corriente, lavándose para eliminar lo que había preparado. El agua marrón se arremolinaba a su alrededor, teñida por la turba. Vagamente se veían los guijarros y la arena y las pálidas formas de sus pies. El derecho todavía lo tenía negro y amoratado desde el empeine al tobillo, porque había intentado dar una patada a uno de los hombres y éste le había agarrado el pie y lo había aplastado con la mano, forzándolo hacia fuera.

Miró la magulladura y se esforzó por hablar sin sentir nada.

—No he soñado con nada desde que vinimos aquí. Esta mañana quizá, pero no lo recuerdo.

No dijo: «Bello y Luain macCalma creen que yo soy el comodín del tablero de juego, y eso me da mucho más miedo todavía que haber perdido los sueños, porque no tengo ni idea de lo que debo hacer, ni cuándo, ni siquiera si puedo hacerlo, aunque todo lo demás quede claro».

Gunovar dejó la olla boca abajo en la hierba húmeda. Enderezándose con algo de esfuerzo, dijo, sin rodeos:

—Bello puede estar equivocado. Y macCalma. No sería la primera vez —su rostro tenía un aspecto neutro, sin ofrecer ni desafío ni apoyo.

Graine se irguió muy tiesa en el agua. Tenía las piernas frías. Lo notaba como si formaran parte de una preocupación ajena, que solo conseguía atraer su interés a duras penas. Durante casi toda su infancia había formado parte del mundo en que un pensamiento podía extraerse del aire, si era lo bastante fuerte; nunca había entendido por qué no todo el mundo era capaz de hacerlo y algunos incluso se asustaban cuando

ocurría. Ahora comprendía ambas cosas, y que aquello también lo había perdido.

Algo muy duro se le había quedado atravesado en la garganta y no era capaz de tragarlo. Dijo:

—¿Sueñas tú que yo soy el comodín del tablero de juego?

La cara de la anciana se vio alterada por la preocupación.

—No. Yo sueño que tú eres una niña que está herida y que quizá se pueda curar. Mona tiene una gran capacidad curativa, más de la que tú jamás has conocido. El corazón de ese poder reside en la casa grande, y si no conseguimos defenderla, la casa grande quizá no esté ya en pie después de hoy. ¿No quieres venir conmigo y estar presente en compañía de los soñadores por última vez?

Ella fue porque no se le ocurría ningún motivo para no ir. La olla yacía boca abajo en la orilla del río con los restos de la cuscuta en su interior, y el rescoldo medio frío de un fuego de ajenjo.

* * *

—¿Qué es lo que ves?

Bello Ojos-de-dios lo había preguntado, ya que él estaba ciego, y quizá por eso tuviese buenos motivos. Hizo aquella pregunta bajito, para no interrumpir al Anciano, Luain macCalma, que estaba hablando.

Graine respondió igual:

—Veo un fuego pequeño, de espino y madera de pino, hecho con madera húmeda y demasiado humo, de modo que casi no ha prendido.

La zanja para el fuego ocupaba la mitad de la anchura de la casa grande. Estaban en el lado norte de ésta, junto a las pieles de yegua negra dobladas donde se sentaba Luain macCalma. El Anciano le había hecho un gesto afirmativo al entrar, pero nadie pareció darse por enterado; el final de Mona estaba demasiado cerca para hablar con niños, por muy interesantes que pudieran ser sus sueños.

—Pero, ¿hay algo de luz? —preguntó Bello—. Noto el calor.

—Un poco. Es roja en el centro, amarilla y casi llega hasta el blanco en el lugar donde las llamas prenden en la madera.

—¿Y la gente? ¿Qué ves de la gente?

—Lo que me permite la oscuridad. Veo rostros que recuerdo a medias. Puedo decir los nombres de algunos, quizá, si quieres.

Él la estaba conduciendo hacia algún sitio, y Graine se había dado cuenta. Gunovar había desaparecido, ya que la había convocado antes a la reunión de soñadores uno de los nombres medio recordados. Bello apoyaba el codo en la rodilla e inclinaba el rostro hacia ella. Los maravillosos ojos azules se veían casi blancos a la luz menguada de la hoguera, como hielo fundido procedente de detrás del sol. Se abrían

camino en el interior de ella de una forma que nada tenía que ver con la visión ordinaria. Dijo:

—Siéntate junto a las llamas, entonces, y haz con ellas lo que quieras. Habrá tiempo de sobras para eso antes de que empiecen las conversaciones.

La trataba como a una niña, cosa que era injusta, y así le era imposible imaginar qué quería: un lugar lleno de misterio y de sueños y la respuesta al final de Roma. Por el contrario, solo estaba lleno de soñadores cansados y asustados, sudando en la oscuridad fría y húmeda, con un fuego desfalleciente y humeante y las pieles de caballo en las cuales se sentaban tiesas por la vejez y el agua del mar.

Y más aún: ella quería el poder y las ideas de macCalma, estrategias que derrotasen a los miles de legionarios enviados contra ellos. Por el contrario, se hallaba sentada en la traicionera oscuridad y le oía dar nombre con toda exactitud al desastre que tenían ante ellos, y después a su carencia de toda respuesta. Invitó a los soñadores a compartirlo que los dioses les hubiesen ofrecido por la noche y así lo hicieron, con mucha verbosidad y careciendo de la precisión y exactitud de otras mañanas y otras reuniones, de modo que el tiempo pasaba y no ocurría nada importante excepto que Sulla había ido nadando a tierra firme y estaba de vuelta, y Duborno, que había ido a ayudarla, se introdujo en la casa grande y le hizo una señal a Graine para indicar que habían tenido un cierto éxito.

Seis soñadores habían hablado ya por entonces, hombres y mujeres roncos e inseguros por la proximidad del peligro. Sus voces eran sordas, sin vida, de modo que el simple hecho de permanecer despierta mientras hablaban le costó un gran esfuerzo. Después hablaron seis más, tan aburridos como los otros y sin sacar nada en limpio, y otros más.

Frustrada hasta lo indecible, Graine se quedó mirando el fuego y deseó haberse quedado fuera con Halcón, que tenía ideas que parecían sensatas y no estaban basadas en la sombra de un águila ratonera entrevista en el agua en un sueño, o el vuelo de una lanza a la que costaba tres días llegar a tierra y mataba al gobernador romano cada día, resucitando luego por la noche para poderle matar mejor a la mañana siguiente.

No por Bello sino por ella misma construyó las formas en el fuego. Halcón fue la primera, la más fácil; no era difícil coger las llamas y tejerlas dándoles su forma. Fue dibujando la agudeza de sus ojos, y la forma que tenía de cabalgar y de reír o de estar serio, según le apeteció. No había notado hasta entonces lo mucho que la observaba él, dándole todo lo que ella necesitaba. Envió su imagen a batallar contra las legiones de la costa y él se fue de buena gana, saltando por encima de las rocas como un ciervo, con su cabello negro flotando tras él y las marcas de lagarto de su clan vivas en los brazos.

Pero no bastaba con Halcón. Graine deseó que Valerio estuviese allí; por muy ambivalentes que fueran sus sentimientos hacia él personalmente, no negaba su fuerza para luchar contra Roma. Él jamás habría permitido las evasivas de los

ancianos. Su madre también habría insistido en la acción, más que las palabras. Mientras las llamas abarcaban toda su visión, Graine pensó en el pelo negro y el pelo color cobre, en los ojos negros y los ojos verdes, en el relámpago de una sonrisa seca e irónica que podía provenir tanto del uno como de la otra, en su dominio de las armas y los caballos, que ella tenía que haber heredado y que sin embargo estaba claro que no era así.

Envidiaba aquello; en el fuego podía admitirlo y convertirse en lo que deseara. El fuego mostraba los rasgos de la guerrera que podía llegar a ser, luchando como lo hizo Cunomar, o mejor aún, como Cygfa, porque hasta en aquellos momentos Cunomar estaba demasiado obsesionado probándose a sí mismo y Cygfa en cambio ya estaba muy por encima, si es que alguna vez fue consciente de ello.

En su mente, y también en las llamas, Cygfa volvía a Mona y esperaba en la costa mientras la caballería romana hacía pasar a sus caballos por los estrechos. Se sentaba en su potro de patas blancas que tenía el temple de su antepasado; Valerio se unía a ella con el propio *Cuervo* y luego Breaca, montada en el caballo zaino que le había regalado Cygfa.

Las monturas de los enemigos se acercaban a la tierra. Sus crines eran blancas como las de los caballos de Manannan, hechas de agua y de olas. Se dirigían hacia el lugar donde Graine había contemplado el amanecer. Ella estaba allí por un motivo, aunque entonces no lo supiera. Entre las volutas del fuego todo cobró sentido. Ella había hecho las paces con el dios en tres días de tormenta y luego en la quietud de la marea cambiante. La enorme masa de agua la conocía tan bien como ella conocía al agua.

Respirando sin ruido se envió a sí misma hacia allí, extendiéndose más y más hasta que ya no tuvo márgenes, y toda ella fue océano. Notó la subida y bajada de las olas y el lejano y lento ritmo de la marea. En su interior, sintió los caballos enemigos como avispones atacándole la piel. Fue consciente del pánico que les invadía y que era obra suya y lo sintió un poco, pero aquello significaba también que se moverían mejor en el mar, cosa que era buena.

No sintió nada en absoluto por los hombres. Eran todo hierro punzante, con almas que significaban la profanación de todo cuanto ella adoraba. No era bueno que estuvieran allí. Arañaban el lugar donde daba la vuelta la marea, donde la gran masa de agua que era su alma venía a descansar, y entonces, respondiendo a la llamada de Nemain, se volvían y empezaban a dirigirse hacia el otro lado. Había un doblez que ella conocía bien, que había conocido desde toda la eternidad, una forma de doblarse las olas una sobre la otra con la marea que haría con los hombres a caballo lo que ellos pretendían hacer con ella.

Sonriendo, Graine se volvió en el océano y notó esa doblez del mar otra vez, y vio a los caballos luchar por mantenerse a flote y soltarse, y a los hombres con armadura, incapaces de mantenerse a flote sin el soporte de sus monturas, dar volteretas, hundirse, rodar y quedar muy quietos en la arena que era el lugar de descanso para

ella, y también para ellos.

No todos estaban muertos. Quizás un centenar vivía aún, de los mil que habían partido a cruzar a nado los estrechos; tales cosas pueden pasar en la imaginación de una niña. Esos pocos salieron del agua hacia la costa, junto al lugar donde yacía Graine.

Ella sacó su alma del mar y la volvió a introducir en su cuerpo como se mete un brazo en una manga. Estaba echada boca abajo en los guijarros y usó la hoja de su cuchillo de desollar para captar el sol y enviar unas señales luminosas a Ardaco, como éste le había enseñado. Lanzas luminosas partieron a deslumbrar a los hombres de modo que, recién salidos de su casi-muerte en el mar, llegaron a una tierra de fuego y humo.

El humo y la niebla que se enroscaban a su alrededor procedían de ella. Igual que otras veces, había colocado ollas con fuego y plantas en torno a la cabeza de playa, llenas de cenizas y madera, y el fuego malo y húmedo de la casa grande y otras cosas que conocía: el humo de plantas que le había enseñado Airmid, y Teófilo, el físico griego que había pasado un invierno en su compañía. La historia de la cuscuta era suya, y las otras plantas que, al arder, confundirían a hombres y caballos. Todas ellas Graine las había llevado en cacharros desde la casa grande porque en su sueño ella era un guerrero, igual que su madre o Valerio, aunque diferente.

El humo que producían era espeso y volátil, y robaba las mentes de aquellos que no sabían cómo protegerse contra él. Incluso Graine, que lo había hecho, notaba que el cielo del paladar se le iba elevando hasta irrumpir a través de la parte superior de su cráneo. Su mente se soltaba, haciendo más fácil sacar el camino de sus pensamientos de su cuerpo y dirigirlo hacia la tierra y el mar y el humo.

Recordó las historias de Valerio, de lo mucho que costaba a los hombres nadar con armadura completa y lo difícil que era para ellos luchar en el otro lado. En el humo tejió la certeza de que aquella travesía a nado había sido agotadora, y que los hombres que llegaban a tierra estaban demasiado helados y cansados para luchar. Salieron del agua lentamente, deslumbrados y aturdidos. Conducidos por Valerio, los quinientos guerreros de Mona se acercaron a ellos y los mataron en el mismo sitio donde se encontraban, excepto a Corvo, que era amigo de todos ellos y no tenía por qué morir. Graine pidió su vida a los dioses, pero no supo si le habían oído o no.

Entonces se produjo un descanso, durante un rato al menos, antes de que llegasen más vivos. A su debido tiempo pasaron remando en una amplia oleada a través del agua. Centenares de barcazas repletas de hombres, cada uno de ellos acongojado por el miedo y la decisión sin comprender del todo qué había ocurrido en la isla.

Graine silbó. Su madre ya no estaba allí, pero Valerio y Cygfa cabalgaban como si fueran a la caza de los dioses junto al borde del agua. Sus caballos eran enormes, con manchas de luz en testuz y nuca y produciendo un ruido de trueno con las patas. Eran tres contra trescientos barcos y ocho mil hombres, pero tenían el fuego de su lado, y el humo, y los tres mil soñadores en él, que estaban muy versados en los temores de los

sueños de aquellos hombres, fomentados por Bello. Entre todos tejieron una red de humo y niebla marítima y miedo, y la arrojaron como si fuera una red de pescar hacia el agua, atrapando a los legionarios antes siquiera de que pudiesen abandonar las barcas.

Los quinientos guerreros estaban listos para introducirse en los espacios y matar a los hombres a medida que llegaban tambaleándose a la costa, pero apenas fueron necesarios. La telaraña de sueño confundió a los hombres que desembarcaban y lanzó a los unos contra los otros, de modo que cohortes enteras se pusieron a combatir entre ellos con la ferocidad del miedo y la ira.

Detrás de ellos, los quinientos guerreros de Mona esperaban para ocuparse de quienes quedasen vivos. Graine, que era la única hija de sangre auténtica de la Boudica, levantó una mano y luego la bajó como había visto hacer a su madre, enviándolos a todos al combate.

En algún lugar al fondo una voz monótona y baja hablaba todavía. El contraste con el brillante colorido y la acción del sueño del fuego era risible.

* * *

—¿Graine? ¿Graine? ¿Graine…?

Su nombre llegó a ella desde una enorme distancia, desde el exterior de la casa grande quizá, o incluso desde fuera de la isla. Unos dedos fríos le tocaron la muñeca. Unos ojos azules del color del cielo al mediodía se interpusieron en la línea de su visión y el pelo de Bello, enmarcándolos; fue como el resplandor de un relámpago.

—¿Graine? Ya basta por ahora. Puedes parar. Para. Ya basta.

A la niña le dolía la garganta y croaba como un alcatraz. Se detuvo a media palabra y se quedó en silencio.

Estaban silenciosos, todos los soñadores parlanchines y de monótono discurso, contemplándola y escuchándola, como llevaban, al parecer, mucho tiempo haciendo.

Luain macCalma estaba a su lado, blanco por un esfuerzo que ella no comprendía del todo bien, como si hubiese estado sujetando toda la red de la historia junto al fuego y a los tres mil soñadores en su interior, y el esfuerzo le hubiese costado muchísimo.

Dijo:

—Lo siento. No sabíamos cómo pedírtelo, solo esperábamos que ocurriese. Bello tiene razón, ya basta, es más que suficiente. Lo único que hemos de hacer ahora es todo lo que nos has mostrado, de la mejor manera que podamos. Lo que no está claro es qué plantas usarías en el humo para ofuscar a los caballos y los jinetes, y cómo podríamos reconocer a Corvo, a quien haremos todo lo posible por respetar. Si nos dices todas esas cosas, ya puedes dormir o volver con Halcón, que está muy enfadado

con nosotros por haberte utilizado y quizá tenga buenos motivos.

Graine le miró, incapaz de hablar. Se sentía hambrienta…, con un hambre feroz y doloroso, y cansada, y por debajo de esas sensaciones, cuando el sentido de lo que había dicho se le hizo obvio, notó un pánico ciego y espantoso que le cortaba el corazón a pedazos y amenazaba con atragantarla.

Alguien le pasó un odre con agua y bebió, echándose gotas de agua en la parte delantera de la túnica. Graznando todavía, dijo:

—No, no era un sueño. Yo tuve sueños, y esto no era así, no era más que una fantasía de lo que podría hacer cualquiera.

—Cualquiera que fuera hija de la Boudica, cuyo tío fuese Valerio, que compartiera sangre con Cygfa, y que pudiese construir sus fantasías en un fuego hecho de milenrama y roble, mientras los demás nos atragantamos porque apenas podemos hablar y las lágrimas caen a raudales de nuestros ojos. De esos tenemos muy pocos en Mona —Luain macCalma sonreía con tristeza—. Lo siento mucho. No debimos engañarte de esta manera, pero se ha sacrificado muchísimo por esto, y no hay tiempo de preocuparse por el bienestar de una niña, por encima del bienestar de Mona. Tienes razón, no fue un sueño. No es que te hayas curado, el proceso curativo ni siquiera ha empezado, pero nos has dado exactamente lo que necesitamos. ¿Podemos sentirnos agradecidos por ello ahora, y hacer con ello lo que podamos? Si te enfadas, cosa a la que tienes derecho, puedes desahogarte luego conmigo y yo procuraré arreglarlo. Pero ahora tenemos una isla en peligro y debemos hacer todo lo posible para protegerla.

XIX

—Veo movimiento en los árboles, por allí.

Corvo, prefecto de la Quinta unidad de caballería gala, detuvo su yegua zaina cuidadosamente contra el viento de su segundo decurión y la piel de lobo dacia mal curada que llevaba colgando de los hombros. Una cosa podía decirse a favor de Urso aquellos días, y es que uno sabía siempre dónde se encontraba.

También se podían decir de él otras cosas, desde luego: había quemado el espigón que había más al sur con bastante eficiencia, o al menos había dado las órdenes para que se hiciera, y había procurado que se llevase a cabo con rapidez; había organizado la cadena de suministro que mantuvo a hombres y caballos alimentados durante el primer medio mes, mientras se construían las barcazas, tuvo la previsión de marcar el lugar para el campamento del ala batava a cierta distancia de sus propias tiendas, de modo que ya estaba preparado cuando al fin los robustos jinetes germánicos llegaron al anochecer, tres días después, verdes todavía por los vómitos y la diarrea y con unos fetiches que apestaban mucho más todavía que la piel de lobo del propio Urso, incluso cuando éste la acababa de comprar. Por cosas tan nimias como aquélla, entre la niebla y el frío inmisericorde, Corvo dio las gracias a cualquier dios que se dignase cuidarle.

Y ahora, siguiendo la línea de la mirada de Urso a través del agua, dijo:

—Ha habido movimiento por allí desde antes de amanecer, pero es en un lugar diferente, y hay muchos, y han traído unos cacharros con fuego, cosa que no augura nada bueno. No podemos hacer nada; no podíamos esperar que no se diesen cuenta de que estábamos a punto de lanzar una flotilla contra ellos.

—Podríamos retrasarlo, de modo que no sea tan obvio que vamos hoy. Están haciendo fuegos por allí. El humo ya es demasiado espeso para ver.

—Ya lo sé, pero los batavos están preparados, al menos en lo posible; nunca lo estarán más. Así son las cosas. Si esperamos medio día más, una nube de la forma errónea tapará el sol, o la luna mostrará un halo rojo, o un gavilán cazará un pollo de petirrojo en una roca de un color determinado, y toda el ala de la caballería batava se retirará a sus tiendas y sacrificará otra yegua y hará collares con sus intestinos atados con pelos de su cola y los huesos del brazo de una niña recién nacida. Así que si pudieras…

Se detuvo. Urso le estaba mirando con las aletas de la nariz tan tensas que aparecían blancas por los bordes. Dijo:

—Dime que eso te lo has inventado.

Se le ocurrió a Corvo que el sentido del humor de Urso estaba mejorando y que

podía dar gracias por aquello también, cuando estaba rodeado de batavos que carecían por completo de sentido del humor. Sonrió.

—Vale, si insistes, me lo he inventado… en parte. Pero eso no significa que no sea verdad. Y el principio es el mismo. O los tenemos preparados y todo lo sobrios que sea posible y en el agua antes del mediodía, o no cruzaremos nunca. Si el gobernador viene aquí y no hemos obligado a la caballería a establecer una cabeza de puente para que sus preciosos barcos puedan tocar tierra con toda seguridad, somos hombres muertos.

—Pensaba que solo íbamos a proporcionar una escolta a las barcazas mientras atravesaban.

—No, eso era lo que venía a decirte. Paulino ha escuchado al final el consejo de sus comandantes de la caballería. Acaba de llegar un mensajero con un cambio de órdenes. Han enviado a los guerreros y soñadores para que se reúnan en la isla y no quieren que hagamos tocar tierra a las barcas con oposición. El gobernador quiere que nosotros aseguremos una cabeza de puente, para que ellos lleguen a salvo. Quiere que salgamos ahora mismo. Si vamos rápido, lo haremos antes de que cambie la marea. Es hora de reunir a los hombres.

Un par de aves pequeñas negras y blancas se abrían paso por encima de las olas. Volaron en paralelo con el cabo durante uno o dos aletazos, y luego se dirigieron hacia el oeste, hacia Mona. Ambos hombres las vieron partir. Pensativo, Urso dijo:

—Tú has vivido entre esa gente. ¿Es verdad que los soñadores pueden enviar sus almas como aves para espiar a sus enemigos?

Corvo hizo una mueca.

—Espero que no. Y si pueden, preferiría creer que no saben latín.



—¡Sujeta ese maldito caballo o te mato yo mismo!

Urso gritó hasta quedarse ronco, aunque podía haber susurrado. En el cabo, unos jinetes que sabían cabalgar antes de aprender a andar tenían problemas para sujetar a unos caballos que habían sido amaestrados para obedecer de inmediato y llevaban bocados tan duros que podían pincharles el paladar si olvidaban sus años de entrenamiento y obligaban a sus jinetes a endurecer las manos.

Sin embargo, lo habían olvidado, y la ferocidad de los bocados no importaba nada.

—¡Son los soñadores! ¡Han embrujado a los caballos! —chilló un batavo, desde una montura que permanecía erguida sobre las patas posteriores y parecía intentar trepar al cielo. Antes fue gris. Ahora estaba negra por el sudor y sus ojos sobresalían, muy blancos. Llevaba la boca ensangrentada y llena de saliva, y chillaba acuciada por

la necesidad de escapar. En torno a ella, caballos montados y sin montar giraban incontrolables, alimentados por su miedo.

Desde la izquierda de Urso, Corvo dijo con calma:

—Arqueros, matad al corcel de ese hombre.

Sonó un silbido y un gañido y el sordo impacto del hierro en la carne. El batavo cuyo caballo murió bajo su cuerpo tuvo la presencia de ánimo para arrojarse lejos de él al caer. Rodó y se levantó de nuevo, apoyándose contra una piedra, donde se sentó un momento, conmocionado, y luego agachó la cabeza hacia las rodillas y aulló, desesperado. Más que los galos y los tracios, los batavos amaban a sus caballos.

Corvo no tuvo que elevar mucho la voz para enviarla a través del aire inmóvil y la súbita e inquietante tranquilidad.

—¡Escuchadme! Yo he vivido entre estas gentes y os aseguro que pueden entrar en la mente de los hombres y enviarles pesadillas, que hacen niebla para confundir a los demás en los campos de batalla, que ciertamente, cogerán vuestros cuerpos y los mutilarán aunque todavía no estéis muertos…, todos lo sabéis, lo habéis visto. Pero no han entrado nunca, ni conseguirán entrar nunca en la mente de unos animales que no han elegido estar aquí, ni tienen la posibilidad de irse por su cuenta; sus dioses no lo permitirían.

—Si vuestros caballos se aterrorizan es porque existe un buen motivo para ello, podemos averiguar cuál es y cambiarlo. ¡Miradlos! ¿Veis que todos miran en la misma dirección, hacia las barcas? Esas barcas huelen a algo que ellos detestan. Urso, envía a tus hombres a registrar las barcas. Grannus, dile a tus batavos que retiren a sus caballos hacia el extremo más alejado de la playa. Tengo un potro negro joven, recién domado para la guerra. Está en el segundo corral, con el Ojo de Horus grabado en la espalda izquierda para que traiga suerte. Dáselo al hombre cuya montura ha muerto.

Iban a matarle; Urso lo notó ya cuando las primeras flechas estaban en el aire, notó la conmoción y la ira que se habían transmitido por toda el ala batava. Había pensado que los galos eran difíciles y emocionales hasta que conoció a los batavos, con sus bravatas y su arrogancia y su susceptibilidad, y las oleadas de llanto que les sacudían cuando el vino corría con demasiada prodigalidad, y la furia dolorida que venía después, y que solo se mantenía a raya a duras penas con un simulacro de disciplina militar.

En los cuarteles de los oficiales en Camulodunum se decía que se podía azotar a un batavo y que éste permanecería firme en el poste, en silencio, y te sonreiría después, pero que durante el resto de tu vida tendrías que asegurarte de que nunca se ponía a tus espaldas, en la batalla. La verdad es que muy pocos de ellos eran azotados, y jamás por nadie que no fuera de sus propios oficiales.

Nadie, que supiera Urso, había ordenado jamás que se disparase a un caballo batavo debajo de su jinete. Se quedó sorprendido por tanto al notar que la ira remitía ante el regalo del potro negro y, ya mientras daba la orden de registrar las barcas, rezó para que se encontrase algo en ellas que probase que Corvo tenía razón. Esa era la

única ventaja de su asombrosa superstición: si creían que un hombre tenía suerte, harían todo lo que fuera necesario para mantenerle con vida. Corvo necesitaba desesperadamente que se viera que era un hombre con suerte.

Los hombres de Urso habían oído la orden y solo necesitaban saber cómo quería que se distribuyesen. Los envió en partidas de tienda a lo largo de la costa para examinar los costados oscilantes de las barcas. No le costó mucho a Corvo probar que era muy afortunado, realmente.

—¿Piel de cerdo? ¿Se asustaban de una piel de cerdo? Pensaba que los caballos batavos iban a la batalla con las cabezas podridas de sus enemigos atadas a la silla… —Flavio lanzó un bufido y escupió. El paquete se había encontrado en la barca más cercana, y lo arrojaron a la costa.

Urso dijo:

—Los caballos odian a los cerdos, y por el olor que desprende eso, hay algo más que no es solo el pellejo putrefacto de un jabalí.

Dio al paquete con un pie y descubrió que el hedor que desprendía superaba mucho al de la piel de lobo, lo cual le sorprendió. Conteniendo el aliento, se agachó y cortó la correa que lo ataba. El paquete se abrió y dejó al descubierto la parte del pelo de una piel de jabalí sin curtir, ablandada por completo por el mar. Al abrirla se desprendió un espeso matojo de hierbas sujeto a su vez por una correa. En la playa, a más de un tiro de lanza de distancia, los caballos se agitaron llenos de pánico.

—¿Pero qué hay ahí? Son las hierbas las que le dan miedo al caballo, y no el pellejo de jabalí.

—Cañuela, avena silvestre, betónica. No hay nada de lo que deba asustarse un caballo —Corvo se hallaba junto a ellos. Se arrodilló en contra del viento y removió el contenido con un trozo de madera—. A menos que… —pinchó con el palito en el manojo de hierbas—. Corta esa atadura, ¿quieres? No te acerques. Quizá tengas que cabalgar más adelante, si alguna vez empieza esta maldita invasión, y quiero que seas capaz de montar sobre tu caballo sin volverlo loco.

Urso empleó el cuchillo con mucha cautela, con el brazo bien estirado. El paquete de hierbas se abrió. Un pequeño disco de tejido grasiento se desprendió de su centro.

—¡Quema eso! ¡Ahora mismo! —Corvo dio un salto hacia atrás. Era el único movimiento de retroceso que le había visto hacer Urso en un campo de batalla—. Procura que el fuego esté en contra del viento con respecto a los caballos, y averigua dónde están los demás paquetes. Si hay uno, habrá más.

Hicieron un fuego más allá del malecón quemado, bien apartado de las barcazas y el punto de partida del cruce. La grasa chisporroteó y ardió, y el humo que produjo era muy negro. Una investigación posterior descubrió cinco paquetes más extendidos a lo largo de toda la costa. El perro del campamento encontró los dos últimos y fue recompensado de la forma más generosa que había conocido en su dura y corta vida.

Más tarde, cuando el caos se tranquilizó un poco y los caballos se aquietaron y los hombres estaban ya casi preparados para la monta, Urso dijo:

—No lo comprendo. Lo que más asustaba a los caballos era la placenta de una yegua, que expulsa cada vez que da a luz. Nosotros las recogíamos en los cercados de mi abuelo y las secábamos en el fuego, y nos las poníamos pasándolos por una cuerda en torno al cuello para contar el número de potros de cada manada. Las yeguas buenas venían andando y tocaban con el hocico las que eran suyas. Ningún caballo se ha asustado nunca de eso, que yo sepa.

—Normalmente no —Corvo hizo una seña y uno de los mozos trajo su montura y la de Urso. Llevándolos hasta el borde del mar, dijo—: Una vez lo vi en Alejandría, para sacar a un carro de una carrera. La placenta se empapa en cuscuta y la orina de un niño pelirrojo y luego se tuesta en un fuego de ajenjo. No sé por qué, pero a los caballos les da un miedo terrible, y los que han colocado esto lo sabían perfectamente. Si el gobernador no hubiese cambiado de idea, habríamos intentado pasar a nado los caballos junto a las barcazas. Ya puedes imaginar el caos que se habría producido.

—Gracias, prefiero no hacerlo —Urso suspiró—. Y no tengo ninguna prisa por averiguar quién ha hecho esto tampoco, si esto significa que hay insurgentes en las montañas que tenemos detrás lo bastante atrevidos para pasar mientras nosotros dormimos en nuestras tiendas.

—Creo que se trata de algo peor todavía —Corvo se limpió las manos en la túnica. Urso vio unas húmedas marcas de sudor en ese lugar. Su comandante le sonrió débilmente—. El pellejo de cada paquete estaba empapado, y los barcos donde los habían escondido estaban bastante secos. Llevamos en la costa toda la mañana y no hemos visto nada. Creo que alguien de la isla ha encontrado una ruta segura para nadar hasta aquí que nosotros no conocemos, y no es una idea que me dé muchos ánimos, precisamente. Y vamos a perder la marea, además.

Urso notó que la sangre desaparecía de su rostro. La ruta que planeaban tomar se la había dado un siluro que vivió toda la vida cruzando desde tierra firme a la isla. Dos cosas estaban bien claras: que la suya era la única ruta segura, y que debía hacerse antes de que cambiase la marea. Los inquisidores habían jurado que la información era fiable, que aquel hombre no había cambiado su historia desde el principio, cuando intentó venderla por una gran suma de dinero, hasta el final, cuando se compró a sí mismo una muerte que deseaba con ansiedad mediante la misma información. Los inquisidores no solían equivocarse, pero cuando lo hacían sus errores se contaban entre las peores catástrofes sufridas por el ala.

Urso dijo, débilmente:

—Vamos a morir.

—Posiblemente —los hombres ya estaban formados. El batavo que sollozaba se había secado los ojos y conducía un potro negro mejor que cualquier montura que hubiese tenido nunca. Corvo levantó la mano. A lo largo de la cabeza de playa, desde un espigón al otro, los jinetes batavos y galos montaron sus caballos con un solo movimiento fluido, acompañado de ruido de armaduras. El sol les bendijo y las verdes olas les lamieron suavemente las patas a sus monturas.

Corvo se volvió hacia su segundo decurión y sonrió. No parecía ya nervioso, si es que lo había parecido en algún momento. Sus ojos grises eran claros y dolorosamente vivaces. Encontrándose con ellos, Urso recordó de pronto que su comandante había naufragado una vez y casi se había ahogado. Sobrevivir a aquel hecho y conducir a su escuadrón a través de unas aguas desconocidas, con armadura completa, exigía mayor valor del que ningún hombre podía contemplar. Urso enrojeció por demasiados motivos para nombrarlos todos.

Corvo le miró de reojo.

—Creo —dijo—, que al entrar en el agua sería muy saludable no pensar demasiado en la cuestión de lo que es o lo que deja de ser, y sobre todo en lo que nos puede esperar ahí delante. De todos modos es demasiado tarde para hacer nada al respecto, y es mejor reservar el miedo para lo conocido y visto en la batalla. ¿Montamos?

Asombrado de sí mismo, Urso se dio cuenta de que sonreía y asentía, y comprendió que se le había pedido y había dado la orden de iniciar la invasión de Mona. Abrió la boca para hablar pero se lo pensó mejor y calló.

A su derecha, riendo, Corvo dejó caer el brazo.



El mar los devoró.

Las aguas frías y verdes mordían las patas de sus caballos. Frondas de algas les arrastraban hacia abajo. Desde el momento en que los caballos empezaron a nadar y los hombres se deslizaron de sus lomos para nadar a su lado, el océano tomó conciencia de ellos como del enemigo.

Corvo iba delante. Durante el transcurso de la travesía era el lugar más seguro, apartado de todos los cascos que iban agitándose excepto los de su propia montura.

Pero no se sentía demasiado seguro. Las olas que desde la costa parecían pequeñas, apenas unos promontorios infantiles en las montañas inmensas que podía formar el mar, se volvieron enormes como casas y se estrellaron contra él, empapándole con un agua fría y salada que llenó su armadura, sus oídos y su garganta, le hizo estornudar y luego tragar y le llevó, medio atragantado, hasta un punto en que casi se ahoga, de modo que si su yegua no hubiese permanecido bien firme a su entrenamiento y no hubiese nadado valientemente hacia delante, si su brazo no hubiese quedado bien sujeto a los lazos tejidos en su crin, si no se hubiese entrenado para hacer aquello día y noche durante la mayor parte de su vida, habría muerto.

Pero se había entrenado, y su yegua, a la que amaba con todo su corazón, nadó con valiente decisión siguiendo sus enseñanzas, y los hombres que iban tras él,

tosiendo y maldiciendo, siguieron su ejemplo, y el mar acabó escupiéndolos de nuevo, balanceándose, un hombre junto a cada caballo, y se fueron abriendo camino con insoportable lentitud a lo largo de la ruta que se les había asignado, sabiendo ahora que no era la única vía segura para atravesar y que quizá no fuese tan segura, después de todo.

Se hallaban a mitad de camino de la isla cuando Corvo notó que la marea cambiaba. La masa del océano que había debajo y a su alrededor dudó un momento en su martilleo contra él, contuvo el aliento y se decidió, y luego hubo un cambio, de modo que la fuerza vino desde delante, en lugar de venir desde atrás, como si el tirón de la luna se hubiese convertido en un empujón, apartándole de la isla.

Como el agua y el viento eran primos, la brisa que antes soplaba de popa cambió de sentido al mismo tiempo y empezó a darle con fuerza en el rostro. El océano, ya decidido, se enfrentó a él con redoblado poder. Una ola enorme le levantó y luego le arrojó hacia atrás, y luego otra, de modo que se atragantó y respiró frío y agua, y se volvió a atragantar de nuevo, golpeando el agua con el brazo revestido de la armadura para mantenerse a flote. Su yegua, bendita entre todos los animales, siguió nadando por aquellas aguas que se habían vuelto de pronto el doble de traicioneras que antes. Él se agarró con más fuerza a las crines y se levantó más sobre el agua, y vio antes que los demás el plano fragmento de agua, pulida como hierro vertido, con unos pequeños círculos que crecían y disminuían en el centro, que se encontraba ante ellos.

—¡A la derecha! —agitándose, Corvo levantó el brazo. Sabinio, su portaestandarte, iba detrás y a su izquierda, con un estandarte más corto fijo a la perilla de su silla de montar. Cuando la siguiente ola volvió a subirlo y bajarlo en su seno, vio la inclinación del estandarte del escuadrón, y cómo gualdrapeaba. Un poco después, cuando el mar desalojó sus oídos, oyó la voz de Sabinio, áspera por el viento salado que inhalaba, demasiado débil para que la oyese alguien que no estuviese al lado. Hizo eco la voz de Urso, y se alegró de oírla, y luego Flavio, y sorprendentemente, también se alegró, y luego solo quedó tiempo para sobrevivir, y no para escuchar a ver quién más había podido apartarse de aquel agua demasiado plana.

Las olas eran demasiado pequeñas. Deseó, perversamente, que fueran mucho mayores, más vigorosas, capaces de subirle hasta el cielo y aplastarle de nuevo, y apartarlo de aquella lámina de agua amplia y verde tan quieta como las arenas movedizas, justo delante de él.

Se hallaba demasiado cerca. Ya la fuerza de la corriente le arrastraba más rápido de lo que podía apartarse. Estaba en el lado equivocado de la yegua. Ésta nadaba justo hacia delante, llevándoles cada vez más cerca de la muerte. Empujó con el hombro y dijo:

—¡A la derecha, ve a la derecha! —su voz era como un aullido de tono muy alto.

La yegua era un regalo de la hija de la Boudica. Los icenos entrenaban a sus caballos para que reaccionasen con la precisión del grosor de un pelo, pero no en el

agua. Corvo no tenía ni idea de si sus años de enseñanza contarían ahora que estaban en el océano de verdad.

Pataleando con todas sus fuerzas, hablándole en iceno y en latín, echándose con un brazo por encima de su cruz, lo único que consiguió al principio fue una menor presión contra su hombro, luego una inclinación, un giro, y luego (¡bienamada entre todos los animales!) la yegua le sacó de allí, lejos de la traicionera absorción de la corriente.

Hubiera llorado de alivio, pero no le quedaba aliento. Siguió pataleando y empujando y nadando, y el tiempo se expandió, de modo que pasó toda una vida entre las crestas de cada ola y luego de repente se encontró de nuevo en las rompientes, con los caballos de los dioses junto a él, hermosos con sus blancas crines, y su yegua fue pataleando hasta hacer pie de alguna manera y más adelante, el agua se rizó, blanca de espuma, entre las algas verdes por un lado y las algas marrones por otro, y Corvo se dio cuenta de que el siluro que había intentado hacerse rico y había acabado por comprar su propia muerte con todo lo que tenía de valor no había mentido.

El sol entonces se reflejó sobre algo pulido que se encontraba entre las rocas, y el relámpago que emitió le hirió, y recordó que había guerreros en aquella tierra esperándoles a él y a sus hombres, y supo sin duda alguna que en aquel momento no tenía fuerzas para luchar, ni para ponerse en pie siquiera.

El resplandor le cegó de nuevo, y a través del brillo hiriente, vio sombras que se movían con un cierto propósito y bajaban al agua. Oyó en su cabeza la voz de Urso, ronca por el miedo, que decía: «vamos a morir», y supo que probablemente era verdad, aunque no necesariamente era una idea desagradable, ni irracional, dadas las circunstancias, aunque él tenía su orgullo profesional y no deseaba que le vieran fracasar en la tarea que le habían encomendado.

Las patas de su yegua tocaron la arena y los guijarros, y hubo un momento en que el animal estaba ya tocando la tierra y en cambio Corvo todavía flotaba en el agua, y luego él tiró de las crines y se retorció hacia arriba, se subió a la silla y se sacudió para eliminar el agua, y desenvainó la espada, porque veinte años de entrenamiento habían automatizado por completo aquel acto, fuera cual fuese el estado de su cuerpo, y al momento cabalgaba hacia delante para vivir o morir, para matar o acabar muerto, probablemente ambas cosas. Solo cuando la niebla se cerró en torno a él y se dio cuenta de que no veía nada pensó en volver atrás y buscar a Urso, o Sabinio, o a cualquiera de los que tenían que haber salido sanos y salvos del mar, al menos, y entonces ya era demasiado tarde, porque la niebla no era niebla sino un humo apestoso e insidioso que le envolvía, espeso, y se le metía en los ojos de modo que le chorreaba la nariz y los ojos y en realidad no veía nada en absoluto.

—¿Corvo? —la voz era la de Valerio, pero era imposible a este lado de la muerte —. Corvo, desmonta. No estás a salvo en las rocas. La yegua se romperá las patas y caerá, y tú morirás.

—¿No estoy muerto ya? —dijo, y oyó su voz espesa por el humo, de modo que las últimas palabras se prolongaron más y más y fueron haciendo espirales por su cabeza.

Desmontó para no ofender a los dioses. Las piedras oscilaban y se movían bajo sus pies, como si estuviera en la cubierta de un barco. Recordó a Segovento, el contramaestre de la *Greylag* y la serenidad de aquel hombre que sujetaba la caña del timón de un barco condenado a la destrucción. Notó los vaivenes y embestidas del oleaje y, por primera vez en una vida entera de viajes por mar, se mareó. De hecho estaba a punto de vomitar. Ya mismo.

Se arrodilló en las piedras oscilantes y apretó la frente sudorosa contra las algas y vomitó hasta que el estómago amenazó con subírsele a la garganta.

—¿Corvo? Ya basta. Bebe esto; te irá bien.

Se arrodilló en la roca y el brazo de Valerio le rodeó el hombro, y su otra mano le apretó la frente, y la piedra seguía moviéndose como si estuvieran en una tormenta en medio del océano, y el chico en cambio no vomitaba, cosa que significaba que sin duda los dos estaban muertos y que allí, en las tierras que había más allá de la vida, Corvo había encontrado de nuevo el amor que había ocupado casi todos sus momentos de vigilia durante más de veinte años.

El dolor que sentía en el corazón y que había ignorado durante años se volvió avasallador. Se esforzó por levantar la cabeza y miró la bella frente, los pómulos altos y aristocráticos, la larga y recta nariz, el pelo negro y lacio, ahora ya veteado con hilos de plata que antes no tenía. Vio las cosas que estaban presentes y otras cosas ausentes y las amó todas de nuevo.

—Eres más viejo de lo que creía que serías cuando la vida nos separó —dijo—. Y ya no tienes la cicatriz en la garganta —y luego, como una cosa le llamó la atención más tarde que las demás—: ¿Por qué llevas la cinta de los soñadores? ¿Te han acogido de nuevo los icenos como uno de los suyos?

Unos ojos de un negro intenso se unieron a los suyos, y sus mundos se encontraron en lo más íntimo de esa mirada. Vio la seca ironía que le había apasionado desde el principio, incluso en el muchacho que todavía no había aprendido a usarla como defensa, o a comprender la fuerza que le daba. Vio la compasión desaparecida hacía tanto tiempo, y la preocupación, y las sombras del dolor, y sintió que la muerte no hubiese borrado todo eso.

La voz que conocía mejor que ninguna otra en el mundo, tanto que podría haberla distinguido entre miles, dijo:

—Corvo, lo siento. Yo no soy Bán, a quien tú conocías como Valerio. Soy su padre. Pero te gustará saber que todavía estás vivo. Si confías en mí, volverás sano y salvo a tierra firme, y si tienes cuidado de ahora en adelante, te reunirás con mi hijo al menos una vez más en esta vida, quizá lo suficiente para aliviar vuestro corazón antes de que la muerte os reclame a los dos.

Se habría dado cuenta de no estar tan enfermo, y habría notado la diferencia en una voz que no había conocido el sufrimiento de las legiones. Entre los jirones de sus

pensamientos, escogió el que más le importaba:

—No es esta vida lo que importa ahora. ¿Puedes prometerme que nos reuniremos después, en la muerte? ¿Pasaremos un tiempo juntos? —nunca había preguntado una cosa semejante a nadie, tan crudamente, con tan desesperada pasión.

—¿En el lugar sin tiempo? —los ojos negros no estaban tan llenos de compasión como se podría haber esperado, solo de una súbita profundidad y un débil atisbo de humor—. Todo es posible en la muerte, igual que en el sueño. Si puedes encontrarle y estás con él en tus sueños, le encontrarás de forma similar en la muerte. Pero creo que puede haber otros buscándote a ti, y a los que quizá desees ver también. Al menos uno más, ¿no es cierto?

Un rostro relampagueó en la niebla, con unos rasgos sureños, alejandrinos, y un halcón emitió un chillido y una estatua dorada de Horus se atusó el plumaje y volvió a posarse, con un solo ojo, vigilándole. Dijo:

—Ver no significa necesariamente amar, ahora —pensó que decir aquello podía significar su final.

Luain macCalma, Anciano de Mona, tomó su muñeca y le ayudó a incorporarse.

—No tengas prisa en decidir tus acciones cuando la vida ya no te sustente. Todo es posible; todos los amores quedarán íntegros y se mantendrán así durante toda la vida, si lo deseas. Pero si quieres volver a verle de nuevo en esta vida, deberías irte ahora mismo. La batalla de Mona no ha hecho más que empezar, y la muerte acecha demasiado cerca para que tú te quedes aquí con seguridad.

—¿Irme? —Corvo lo preguntó como un niño, tontamente—. ¿Adónde?

—Con tu caballo, nadando, de vuelta a tierra firme. O en una barcaza, si prefieres esperar. Pronto quedarán algunas vacías, creo, y los hombres que vienen en ellas y que queden vivos necesitarán un comandante con autoridad para devolverlos a las costas seguras.

XX

La batalla por la ciudad de Camulodunum empezó con truenos, relámpagos que eran venablos de los dioses bailando encima de las tejas doradas de los tejados y la lluvia que caía en sábanas ininterrumpidas desde el océano del cielo.

Las osas de Cunomar abrieron el ataque, por el honor que representaba y porque luchaban a pie y podían pasar con toda seguridad por un terreno traicionero, en la oscuridad anterior al amanecer, cuando los guerreros montados no podían.

Desnudos y sin llevar luz alguna, empapados por la lluvia continua, corrían en una oleada de silenciosa destrucción por la larga loma hacia la ciudad, a través de la tierra de pastos todavía embarrada por los rebaños invernales, y pasaron junto a los surcos arados dispuestos para la siembra primaveral, bajo el arco de la Victoria y el pedestal vacío de la estatua de la Victoria y los fragmentos de la estatua rota aún esparcidos en el camino que quedaba debajo, y en la primera de las trincheras que se habían excavado a lo largo de las calzadas para inutilizar los caballos que llegasen.

Como había ocurrido las cinco noches anteriores, veteranos romanos retirados de la Vigésima legión hacían guardia en las trincheras para protegerlas de las bandas de jóvenes y niños que venían por la noche a deshacer el trabajo que ellos habían hecho el día anterior. Hombres de mediana edad que pensaban que los días de guardias nocturnas habían quedado muy atrás lo habían echado a suertes con un casco de legionario, como en los viejos tiempos, gruñendo cuando perdían.

Llevaban toda la noche de pie y estaban cansados y hambrientos y nerviosos por los fantasmas que merodeaban y las amenazas mucho más tangibles de jóvenes insurgentes y guerreros cuyas fogatas iluminaban las colinas por la noche, y que luego, de repente, se apagaron todas.

Los guardias nocturnos miraban y se hacían preguntas a gritos unos a otros, cuando llegó la lluvia y el trueno estremecedor. Ya no eran jóvenes y no podían pasar la noche a la intemperie bajo la lluvia. Habían retrocedido buscando refugio, mirando hacia afuera, al ciego vacío de la ciudad desierta que de repente también había resultado no estar desierta, sino llena de muerte, sonriente, bien provista de cuchillos afilados.

Húmedos y aturdidos, murieron sin hacer ruido. Sus cuerpos ayudaron a llenar las trincheras que ellos mismos custodiaban, y pronto quedaron cubiertos de barro y de escombros para que los caballos pudieran pasar por los lugares donde ellos habían estado antes.

Una barricada pequeña y sin vigilar seguía en pie dentro de la línea de las trincheras, construida de piedra y madera y escombros de villas abandonadas hacía

poco. Con las trincheras ya seguras, las osas avanzaron y empezaron a desmantelarla.

Llegó la aurora despacio, envuelta por la lluvia. Cunomar trabajaba con las manos desnudas, quitando ladrillos rotos y trozos enteros de adobes y cañas a un lado del camino. En un momento dado se dio cuenta de que la oscuridad ya no era completa y que podía ver cerca la figura de Ulla.

Ella llevaba el pelo negro pegado a la cabeza, de modo que sus puntas se reunían debajo de la barbilla, y la pintura que cubría de remolinos sus brazos y hombros se encharcaba, arenosa, en las arrugas de sus codos. Un manchurrón de cal le veteaba la cara por encima del puente de la nariz, subrayando la forma de su rostro. Habría sido fácil para Cunomar verla como un fantasma si sus miedos le hubiesen inclinado a ello. Ella le sonrió y entre ambos levantaron una viga de un tejado y se clavaron astillas en las palmas y se quedaron un momento quietos, quitándoselas con los dientes.

Ella estaba tan cerca que él podía oler su sudor, ver la saliva emborronada alrededor de su boca y en sus palmas, antes de que la lluvia la borrase. Se vio un relámpago y ella se volvió de plata de repente, riendo. En el hueco que quedó antes del trueno ella llevó la mano a la única oreja de Cunomar y gritó, por encima de la lluvia insistente:

—Nunca conseguiremos encender fuegos de señal con este tiempo; la madera está demasiado húmeda. Tendrás que colocar la bandera en algún tejado, en algún sitio.

—Ya lo sé.

La tormenta se iba alejando. Había un espacio cada vez mayor entre la luz y el sonido. Cunomar tuvo tiempo de gritar todo eso a la oreja de Ulla y luego los dioses entrechocaron las nubes y el ruido ahogó toda posible conversación. Él le dio unos toquecitos en el brazo y vio que ella le seguía.

Con las otras osas a su alrededor, corrieron hacia el norte y un poco al este hasta una casa grande, hecha de ladrillos, que tenía tejas de arcilla en el tejado y no las de bronce de las villas a su alrededor. El muro exterior era lo bastante alto para resultar útil, pero no demasiado, de modo que se podía escalar. Cunomar lo había observado desde la colina, al principio de sus tres días de vigilancia, y se sintió extrañamente complacido al averiguar que todavía no se había demolido, igual que otros muchos edificios, para formar una barrera que protegiese la ciudad interior.

Ulla vio las posibilidades, igual que las había visto él. Dijo:

—Será un buen sitio para izar el estandarte de la Boudica, y mejor aún para contemplar la batalla y ver dónde se nos necesita más.

—Sí.

Él había llegado a esperar que ella pensase como él, e incluso dependía de ese hecho. También fue lo mismo cuando levantaron la viga del tejado en la barricada, y antes, llenando la trinchera, y antes también, de mil pequeñas formas a lo largo de todos los días de planificación. Algo había cambiado desde la aniquilación de la Novena; más que el azotamiento, o el invierno entero de entrenamiento, el acto de

haber matado juntos en combate les había unido como auténticos compañeros de escudo. Las viejas canciones hablaban de esas cosas. Cunomar lo había visto en su madre, y en la relación que mantuvo con Caradoc y posteriormente con Cygfa.

De niño, observando, llegó a pensar que lo comprendía. Y ahora, en el corazón de la tormenta, con los fantasmas de los muertos caminando abiertamente hacia los dioses y los hombres vivos enviados a matarles a un tiro de lanza de distancia, con el ejército en la loma aguardando impaciente su señal, entendió que aquella era una puerta abierta a un nuevo mundo, que estaba de pie en el umbral, mirando hacia dentro, y que era un sitio adonde anhelaba ir. Pensó en Eneit, que estaba muerto, y supo que la misma puerta se había abierto allí, y que durante toda su vida, una parte de él lamentaría haberla cerrado cuando lo hizo.

—Ulla…

—Más tarde. Podemos hablar de ello más tarde —ella ya no sonreía. Sus ojos aparecían oscurecidos por la lluvia y la luz exigua y resultaba demasiado difícil verlos, pero su rostro estaba sereno y abierto, y parecía que su pensamiento la había llevado con él…, o que el de ella le había arrastrado a él, y ella había llegado a aquel lugar primero.

Él dijo:

—Debes saber que me preocupo por ti y que te necesito en la batalla.

—Ya lo sé —una sonrisa con el relámpago—. Y tú tienes que subir ahora y plantar el estandarte, porque de lo contrario será demasiado tarde.

Ella abrió los pies y apretó los hombros contra el muro y juntó las manos para formar un estribo. Cunomar retrocedió un paso y luego se aupó, apoyándose ligeramente en el hombro de ella al subir. Con los dedos de los pies le manchó la piel de barro, y el pie se le deslizó un poco de lado, pero él ya estaba arriba, intentando agarrar el canalón y las tejas que había más allá y apretando las manos contra la arcilla mojada, y subía más y más, pensando en el oso para encontrar el poder suficiente que le ayudase a trepar, balanceando las piernas para hacer presa, hasta que llegó arriba del todo y se puso de pie en el tejado en pendiente, con la lluvia rebotando hasta la altura de sus rodillas, tan dura como el granizo, y el viento salvaje alborotándole el pelo a pesar de la humedad y la ciudad extendida y oscura bajo la tormenta, apenas iluminada dentro del anillo de la sólida barricada interior que protegía su corazón y donde las familias mantenían encendidos los fuegos en los hogares para obtener calor y luz y una cierta ilusión de seguridad.

Las tejas estaban resbaladizas por el musgo. El agua corría entre sus pies, desbordando del canalón. Extendiendo bien los dedos de los pies, él se incorporó y sintió el tirón del viento y la fuerza de la lluvia. Los dioses enviaron a Cunomar el distante rodar del trueno y gritó su nombre y luego el de su madre y luego los ocho primeros nombres de la osa en la menguante oscuridad.

El viento atrapó las palabras y las desgarró, pero la lluvia había disminuido lo suficiente para que él pudiera desenrollar la bandera que llevaba envuelta a la cintura

y atarla al palo que Ulla le pasó, de modo que cuando el último parpadeo de relámpago abrasó el cielo y levantó vapor de las tejas de bronce en un tejado vecino, él supo sin asomo de duda que su madre y sus guerreros podían verle a él y ver también la serpiente-lanza roja sobre el azul iceno que ondeaba, y la huella de la pata del oso en blanco en la esquina inferior izquierda, por el corazón de la osa en cuya luz él vivía.

* * *

La hueste se aproximaba con estrépito de cascos y de ladridos de perros. Ya no había necesidad alguna de secreto, si es que la hubo alguna vez. Hacían sonar los cuernos y golpeaban los escudos con las espadas y algunos habían pensado incluso en portar yesca en recipientes de arcilla y habían encendido teas con brea y resina y sebo, bien atadas con lana de oveja, para que ardiesen a pesar de la lluvia, y la marea de caballos brillaba aquí y allá con el fuego que llevaban a Camulodunum.

Rodearon la ciudad y se movieron lentamente a través de las calles desiertas. Los caballos pisoteaban el barro húmedo y lo licuaban, y las calles se convirtieron en torrentes borboteantes bajo las últimas embestidas de la lluvia. La altura y anchura de la barricada interior les detuvo. Se habían demolido casas enteras para construirla, y cuerpos de hombres ahorcados yacían en los cimientos, para prestar la fuerza de sus huesos a su parapeto.

El enemigo se reunía en número creciente dentro de la seguridad de su anillo. Cunomar les veía desde su punto de observación en el tejado: hombres con armaduras viejas, que corrían de casa en casa gritando en latín y trinovante, y llamando a los mercenarios atrebates pagados con el oro de un comerciante, y que eran los últimos residentes tribales de una ciudad que había permanecido fiel a Roma.

Cunomar sostuvo la bandera bien alta hasta que los primeros caballos estuvieron al alcance de la barrera. Su madre pasó a caballo junto a él con Cygfa como compañera de escudo a su izquierda, igual que había hecho tan a menudo en Mona, cuando Caradoc se fue.

Con los ojos bien abiertos, Cunomar vio la sombra que desaparecía ante la llama de su madre, pero también vio la cabeza de Breaca inclinada, el cobre batido de su cabello oscurecido por la lluvia, vio cómo cambiaba el peso al levantar la espada y la rigidez que procedía de las heridas no curadas de su espalda…, y vio, con un corazón generoso, los movimientos simétricos de Cygfa, al cubrir a la Boudica.

Por primera vez en su vida Cunomar comprendió cómo desplazaba su hermana su peso a lomos del caballo, solo una fracción, para acercarse a la izquierda de modo que su cuerpo formase un escudo extra para Breaca, y vio que ambas lo hacían sin pensar, porque era sencillamente la forma en la que iban al combate.

Algo pequeño y dulce penetró en su interior, como la canción de una alondra en

un páramo, y supo que había averiguado por accidente algo único, compartido con muy pocos, y que si lo hubiese codiciado antes, el anhelo de tenerlo simplemente le habría matado.

Era bueno ser adulto y darse cuenta de esas cosas. Miró a su alrededor buscando a otros que conocía en la bullente marea de jinetes, y vio los lazos que unían a las parejas, o la falta de ellos, y la forma en que luchaban. Valerio y su jinete tracio, por fortuna, se hallaban fuera de la vista: o bien venían muy por detrás o se acercaban desde el sur, dejando el este para Ardaco, que había conducido a su grupo de selectos guerreros hasta allí desde la puerta oriental, muy cerca del Templo de Claudio, que era quizás el edificio más defendible de la ciudad y por tanto el mejor custodiado. Allí, las barricadas interiores estaban hechas de argamasa vertida, y las calles se habían sembrado con pinchos de hierro contra los caballos de los guerreros.

En el oeste, donde Cunomar permanecía de pie en el tejado, la lucha comenzó en serio al desmontar los guerreros de la Boudica, dejando sus caballos quietos en el barro mientras ellos empezaban a buscar cualquier punto débil de las barreras. Había pocos lugares donde poder atacar abiertamente, pero los veteranos romanos que hacían la guardia nocturna en las trincheras habían dejado unas puertas, que resultaban muy difíciles de cerrar desde el interior.

Cunomar divisó un grupo de jóvenes guerreros que formaban una cuña justo enfrente de una de esas aberturas. Desde su mirador podía ver a los mercenarios atrebates y los veteranos romanos que se reunían en el interior. Los atrebates portaban lanzas de caza, con la hoja ancha y larga y una pieza cruzada en el cuello que evitaba que un jabalí se ensartara en el mango, pero que también se podía usar para arrancar un escudo del brazo de un guerrero desprevenido y poco ducho.

Muchos de los guerreros de la Boudica no eran expertos; aquellos que habían tomado parte en la aniquilación de la Novena, y por tanto se consideraban endurecidos en el combate, estaban con Ardaco o Valerio viniendo desde otros ángulos. Los jóvenes a los que Cunomar veía formar aquella cuña lo habían hecho una sola vez en prácticas y nunca contra un adversario real. Los hombres que esperaban dentro de la barrera se dieron cuenta y su alineación se hizo mucho más sólida.

Ulla se hallaba todavía bajo la villa, esperando. Miró hacia arriba cuando Cunomar susurró su nombre y sonrió al oír lo que él le dijo. Otras cinco osas estaban también allí cerca: Scerro y su prima y los otros tres que permanecían más estrechamente ligados en torno al hijo de la Boudica. No se consideraban a sí mismos curtidos en la batalla: habían visto luchar a la Boudica antes de sus heridas, y a Valerio después, y sabían exactamente la experiencia que les faltaba, pero habían pasado todo el invierno entrenándose con Ardaco y Gunovar en el uso del cuchillo y ninguno de ellos carecía de cicatrices ni dudaba de dónde se encontraba la línea entre la vida y la muerte.

También estaban en forma y eran capaces de saltar fácilmente en el estribo de las

manos unidas de Ulla hasta alcanzar el tejado. Ella fue la última, la subió el propio Cunomar echado de bruces y con otros dos sujetándole los tobillos, de modo que pudo agarrarle las muñecas y subirla a pulso.

Solo iban armados con cuchillos y la tormenta ya no les ocultaba. Cunomar plantó el asta de la bandera en un hueco entre dos tejas y luego, agachándose mucho, dirigió la carrera por encima de los tejados, saltando de la arcilla manchada de verde por el moho al brillante verdín del bronce y luego, más delicadamente y entre plegarias a la osa, a un tejado de paja de una sola vertiente con una viga que apenas era un palo y se balanceó al correr por encima de ella.

Antes de abandonar el tejado dorado, Cunomar había visto a su madre llegar a la barricada y girar a la derecha, hacia el sur, donde había aparecido una abertura mayor. Desde entonces ella había permanecido fuera de la vista. Por primera vez en varios años se alegraba mucho de no verla ni ser visto en la batalla; quería desesperadamente que la Boudica no tuviese que rescatar a su particular grupo de jóvenes sin entrenar en aquella concreta brecha de la barricada.

Un vertedero formaba una fácil aunque apestosa ruta desde los tejados hasta el suelo. Cunomar tomó un puñado de paja al bajar del tejado y lo usó para limpiarse la suciedad de los pies y las pantorrillas, mientras los demás se unían a él.

Se hallaban en un callejón dentro del círculo de la barricada. A su derecha, dos grupos de ocho hombres permanecían en pie con sus escudos romanos cuadrangulares sujetos borde con borde, en dos líneas iguales ante la abertura de la barricada. Uno de la derecha dio una orden en latín y desenvainaron las espadas. No eran romanos sino mercenarios, hombres de los atrebates, cuyos bisabuelos habían luchado contra Julio César. En dos generaciones habían adoptado las armas y la lengua de Roma.

Cunomar les maldijo en voz baja y con creciente euforia. El amanecer ya era real, y el tiempo iba siendo más fácil. El aire ya no era una lámina continua de lluvia. Él y sus osas estaban solas detrás de un muro que albergaba a miles de enemigos; la muerte era una palabra, o un suspiro. Su promesa era gloriosa, pero la vida y la victoria eran todavía más gloriosas.

Ulla le tocó el antebrazo.

—No podemos sorprenderles como hicimos en el bosque; nos verán.

—Quedan jabalinas de sobra más allá de donde están ellos de pie —las había visto desde el tejado—. Tú y yo tenemos que ir al extremo más alejado para cogerlas, y los otros tres se pueden quedar en este lado. Espera a que golpee la cuña.

Esperaron. Los jóvenes que estaban fuera de la barricada salmodiaban el nombre de la Boudica. En un momento dado, cuando el ruido consiguió concentrar todo su valor, cargaron hacia delante, todos a pie.

Cunomar oyó los gritos en latín, y los nombres de Júpiter, Marte Ultor y el dios cornudo pronunciados en atrebate, y vio a la primera línea de mercenarios apoyar los hombros en los escudos y sujetarlos bien, mientras sus camaradas pinchaban desde

atrás con jabalinas, apuntando a los rostros y los ojos de los jóvenes que venían hacia ellos lanzando gritos de guerra.

Los jóvenes murieron chillando, como había quedado claro que ocurriría desde el principio. En el punto culminante, Cunomar se apartó hacia la izquierda y luego a la derecha, fuera del camino. Las jabalinas que buscaba se encontraban sueltas, fuera de los paquetes, con las correas que las ataban dispuestas para cortarlas, de modo que los hombres pudieran cogerlas con facilidad.

Cunomar recogió dos, una en cada mano. Se hallaba en el extremo más alejado de la hilera de mercenarios. El hombre que tenía más cerca se había estirado al máximo, enterrando su jabalina en el rostro de una joven guerrera. Vio la sombra que se acercaba a él y lanzó una maldición e intentó sacarla, y como no lo consiguió, dio un salto hacia atrás y buscó su espada. La jabalina le atravesó la garganta porque todavía se estaba volviendo. Ulla le asestó un golpe.

Como el hombre al cual apuntaba se estaba volviendo y Cunomar se interponía en su camino y estaba desequilibrada, y como había un hombre que agonizaba cerca de sus pies, falló y la fuerza de su golpe la desequilibró también.

Cunomar la vio levantar el hombro y oyó su juramento breve, con voz ahogada. Vio su piel morena, casi despojada por completo de la pintura de cal, y las líneas toscas en rojo y blanco de las cicatrices de su espalda por los azotes recibidos, algo que casi había olvidado y se las había ingeniado para no ver en ninguno de ellos desde hacía días, y la vio dar traspiés hacia el hombre que había matado… pero que todavía no estaba muerto.

Con el mismo movimiento lento y empapado vio la muerte llegar hasta ella cuando el hombre moribundo levantó la espada. No tenía por qué empeñar fuerza alguna en aquel golpe, solo sujetar bien la hoja, a la altura del pecho, y dejar que ella cayese encima, tal y como estaba haciendo, con una lentitud líquida e inexorable.

—¡Ulla, no!

Cunomar no sabía que pudiese gritar tanto, ni que le importase tanto. La muerte era bella y gloriosa, pero él no tenía ninguna intención de dejar que su recién descubierta compañera de escudo hallase la gloria en el corazón de la osa tan pronto.

Estaba desequilibrado, pero no tanto como ella, y, en el tiempo congelado de los posibles futuros, el dios le permitió moverse, le permitió deslizarse a un lado y extender el brazo y empujarla, apartándola de su vuelo directo, de modo que pudo abalanzarse encima del hombre a quien había intentado matar, y el hierro afilado y maligno de la espada erguida rasgó la parte interior del muslo de Cunomar y volvió a salir, y no acertó en los testículos por una noche de más de afilado.

Se hallaban en plena batalla y no podían detenerse. El hombre de Cunomar había muerto y el de Ulla no, hasta que fue alcanzado por detrás por la prima de Scerro, cuyo nombre era Adedomara, o Mara, cuando estaban en combate y no había tiempo para gritar algo más largo que un aliento.

—¡Mara! ¡Derecha! —no hubo tiempo, tenía un atrebate a su derecha cuyo

hermano agonizaba a causa de ella.

Scerro se ocupó de él, ensartándole desde abajo y hacia arriba de modo que perforó el músculo de su muslo y, por pura casualidad, aunque él más tarde diría que era por habilidad, la gran vena que bombeaba en el muslo del hombre y que fue latiendo con chorros de sangre brillante al mismo ritmo que su moribundo corazón. Otros dos atacaron también, y aunque ninguno de ellos consiguió una muerte limpia, sus rivales cayeron y no supusieron ya ningún peligro.

Todavía quedaban siete contra doce, y los hombres escudados y con armadura y ya dispuestos, apartándose del hueco, dejaron a tres para custodiarlo que solo tuvieron lugar para colocar sus escudos en la abertura de la barricada y apoyarse en ellos; y los de fuera no pudieron atravesar. Los otros nueve formaron una cuña a su vez, bien hecha, y nivelaron sus *gladii* y adelantaron al trote, proponiéndose romper la fila desordenada de las osas por la mitad.

—¡Osas! ¡Romped la cuña!

Habían practicado aquello solo una vez. Valerio insistió en ello al mirar hacia abajo desde la falda de la montaña y ver a los veteranos retirados que hacían la instrucción con los mercenarios atrebates en la plaza que había ante el foro. Como Cunomar se resistía, Ardaco se puso del lado de Valerio.

—Los veteranos son viejos; no son idiotas. El momento para averiguar cómo debemos actuar es ahora, y no cuando avancen en formación contra ti.

Las osas hicieron lo que se les pedía, y luego volvieron a hacerlo, no sin contratiempos, pero lo bastante bien, de modo que los atrebates corrieron hacia un lugar donde no había nada salvo la pared lateral de madera de un almacén, y los que iban al frente tuvieron que girar a un lado, y la mayor parte de ellos tuvieron que aflojar el paso, por miedo a aplastarles.

Valerio había dicho que las legiones podían invertir una cuña y volver de nuevo en cualquier dirección al oír una simple orden gritada o la nota de una trompeta. Esos hombres no eran romanos; no se habían entrenado a lo largo de una docena de inviernos, con todos los climas y en todas las maniobras. Por esa razón las osas pudieron seguir viviendo.

Era difícil pensar con claridad, considerar las tácticas cuando tenían la sangre bajo los pies y el aire se hallaba impregnado del olor a sudor provocado por el miedo. Cunomar aceleró hacia la izquierda y notó que Ulla y Mara iban con él. Scerro estaba al otro lado de la cuña, con tres de sus siete, o seis, mejor dicho; uno de ellos había caído, alcanzado en el costado por una espada al pasar. No hubo tiempo para ver quién era, solo supo que no era ni Ulla ni Mara y que Scerro, aterrorizado, estaba corriendo en dirección equivocada.

La barricada formaba un muro seguro para protegerles la espalda. Cunomar la alcanzó y alzó su jabalina robada.

—¡A mí! —su voz se alzó por encima de los gritos de los heridos. Ulla y Mara llegaron hasta él y se enfrentaron a los mercenarios, que quizá no hubiesen sido

capaces de invertir la cuña, aunque más que capaces de aguantar juntos en una sola fila, de modo que lo habían hecho y ahora les esperaban, mirando de soslayo hacia la calle, sujetando sus escudos unidos entre sí, sin temblar, riendo y esperando…

—Hay veteranos que vienen pasando junto a la casa donde plantaste la bandera —dijo Ulla, con tranquilidad. Cunomar notaba su calor, el olor de su sudor y su falta de preocupación por la muerte. Ella casi había muerto. Él la había salvado. Esas cosas llegaban hasta él separadamente, sin conexión.

Ella le miró fugazmente, sin miedo.

—Podemos formar la línea del oso. Si vamos a morir, debemos sacar el mejor partido posible.

Nadie que hubiese formado la línea del oso había sobrevivido después para contarlo. Cada guerrero marcaba un círculo en la tierra o en la hierba y juraba no abandonarlo en ningún momento, excepto para atacar cuerpo a cuerpo al enemigo más cercano, con las manos, los dientes y el cuchillo, usando la carne y la sangre como se usa la espada para atrapar la hoja del enemigo, de modo que, al morir, al menos un fantasma sería compañero suyo en el viaje a través de los bosques del más allá, hasta el corazón de la osa a quien estaban entregadas sus almas.

Scerro no aparecía por ninguna parte. Los otros estaban lo bastante cerca para oírlo que ella dijo. Tenían miedo y se sentían valerosos al mismo tiempo, y ya miraban a Ulla como si ella se hubiera unido a la osa y formase parte del misterio. Cunomar sintió un orgullo salvaje e inesperado por sí mismo, por los demás, pero especialmente por Ulla. Por primera vez en su vida sabía que tenía algo por lo que vivir que importaba más que probarse a sí mismo a los ojos de su madre y de Ardaco.

La voz de Cygfa resonaba claramente en su cabeza, separada por el tiempo y la guerra: «Un líder ve todo el cuadro en conjunto, y sabe que la vida importa más que la gloria». Sabía que ella tenía razón cuando lo dijo; igual que con los compañeros de escudo, la comprensión era distinta, mucho más profunda. Ansiaba detener la batalla, encontrar a su hermana y decirle que por fin había comprendido.

Mas no había tiempo; como bien decía Ulla, una compañía de soldados veteranos romanos se acercaba y los tres que mantenían la brecha en la barricada que estaba tras él habían hecho retroceder a los jóvenes de la cuña. Para la osa atrapada en el lado erróneo de la pared, no había ningún sitio adonde ir… excepto arriba.

—¡Arriba! —retrocediendo hasta apoyar sus hombros en la pared, Cunomar deslizó su cuchillo en el cinturón y entrecruzó los dedos. Les gritó por encima de los aullidos de los guerreros—: ¡Por encima de la barricada! Encima de mis hombros, como hicimos con la bandera.

Ulla lo vio y comprendió. Ella era su compañera de escudo y compañera del alma. Se unió a él y le gritó a Mara:

—¡Vete ahora, antes de que te vean!

Los mercenarios ya se estaban moviendo, rompiendo la línea para correr hacia delante tan sorprendidos como decepcionados; los guerreros icenos nunca dejaban el

corazón de la batalla…, nunca.

La Boudica lo hizo una vez para salvar a los niños. Los niños ahora tenían que salvarse solos…, y dudaban. Mara se quedó quieta, como atontada, sin saber qué hacer. Cunomar chilló:

—¡En nombre de la osa, salvaos! Ulla, ve tú la primera.

Mara se estaba moviendo. Ulla nunca le dejaría, eso estaba claro. No tenía poder para ordenarle nada, ni había tiempo. Los mercenarios ya estaban a su alcance. Él entonces se rindió, empuñó su cuchillo y dijo, para que todos pudieran oírle:

—No, tienes razón. Haremos la línea de la osa.

Iba a morir. Había cosas que tenía que hacer, invocaciones que debía pronunciar, nombres ocultos de la osa que necesitaba colocar a la vanguardia de su mente, donde en lugar de todo eso se encontraba el recuerdo de Ulla, vestida de relámpagos y riendo, y el primero de los mercenarios atrebates que se acercaba perezosamente, sonriendo, bizco y con la nariz chata, con la espada ante él, sin saber que estaba a punto de matar al hijo de la Boudica.

Cunomar pronunció mentalmente el noveno y secreto nombre de la osa, y notó que la hoja de su cuchillo resbalaba por el sudor de su mano y lanzó una imprecación, porque solo tenía una oportunidad de matar, y notó el barro caliente entre los dedos de sus pies por la sangre de otro hombre, y recordó todas las cosas que amaba en la vida, todas a la vez, como un torrente.

Dio un paso hacia delante apretando los músculos y fijó la mente y el corazón en la garganta del hombre que venía hacia él, de modo que se convirtió en todo su mundo, y en un objetivo adecuado. Al final se vio sorprendido por el poder del terror que sentía y que le elevaba por encima de todo lo demás, flotando.

Todavía flotando, saltó.

El ruido era extraordinario. En medio del estrépito oyó que alguien gritaba su nombre. Pensó que era Cyfga, y deseó haber hecho las paces con ella y supo que tendría que esperarla en las tierras más allá de la vida, porque estaba muriendo y todavía no había dado su cuchillada, cosa extraña, porque el mercenario bizco ya no sonreía y había mucha más sangre en los pies de Cunomar cuando éste aterrizó en el fango y no en el cuerpo del hombre a cuya garganta apuntaba. Se tambaleó y sacó una mano y notó que el hierro se deslizaba por sus dedos y lanzó un juramento.

Una sombra pasó sobre él.

—¡Aquí! Tómala, maldita sea, vienen cuarenta. Empuña la espada y haz algo útil con ella.

Era Cygfa, que se parecía muchísimo a su padre, y era muy hermosa. Confuso, Cunomar cogió la espada que ella le había arrojado. Seguía sin haber ninguna posible vía de escape. Notó a Ulla pegada a su hombro y no supo si debía alegrarse de que ambos viajasen y se dirigiesen a la osa juntos, o sentirse triste porque ella no podía sobrevivir y ver más cosas maravillosas de la vida.

Cygfa dijo:

—Moveos a la derecha, dejad que pasen los otros. Necesitamos números igualados.

Hizo lo que se le decía, porque nada tenía sentido y la osa cazaría por él. Esperó a sentir el tirón del bosque y usó este tiempo para seguir a Ulla y a Cygfa escabulléndose como una araña hacia la derecha, de modo que pudieran salir más sombras desde el portalón que tenía detrás de él y formar una línea y luego otra.

Los guerreros que entraban no eran de la osa. No luchaban desnudos, y solo llevaban un cuchillo, pero iban vestidos de cuero y cotas de malla robadas, con escudos y espadas largas y algunos de ellos incluso con cascos arrebatados a los legionarios.

Reconoció a algunos guerreros a los que había visto luchar contra las legiones en el oeste. Allí estaba Braint, la que había sido amante de Cygfa en los días anteriores a su cautiverio en Roma, y que era Guerrera de Mona, con todas las responsabilidades que comporta ese rango; ella no tenía ningún motivo para estar allí.

Otros se adelantaron en línea junto a ella, hombres y mujeres que habían luchado en las batallas de la invasión contra la primera oleada de las legiones y que huyeron a Mona con la Boudica y Caradoc, para continuar la resistencia allí. Estaban tan bien adiestrados como los veteranos de las legiones; más aún, porque habían pasado todos los inviernos entrenándose y no se habían sumergido en las cubas de vino de la jubilación, en sus años de ocaso.

Formaron una línea con Cunomar en un extremo. Ulla dijo:

—Yo seré tu escudo, como Cygfa lo es para tu madre. ¿Me honrarás aceptándome?

Él dijo;

—Debería ser al revés. Tú eres la que tiene más valor. Yo he sido lento, he seguido tu guía.

Ulla sonrió. La arruga que se formaba en sus mejillas era el último sitio donde había quedado algo de pintura de cal blanca.

—Tú nos has traído hasta aquí —dijo—. Si morimos ahora, será en la mejor de las compañías. La mitad de los guerreros de Mona están aquí.

Era demasiado tarde para discutir. Los veteranos bajaron el ritmo, se tranquilizaron y tomaron la misma decisión. Las dos líneas se quedaron quietas un momento en reconocimiento mutuo y luego, lanzándose por igual hacia delante, se encontraron entre un estrépito de huesos rotos y armaduras torcidas. Ulla se convirtió en su escudo. Lucharon juntos, con Cygfa siempre en el rabillo del ojo, con su pelo rubio y resplandeciente, luchando con Braint por primera vez desde que estuvo prisionera en Roma.

A mitad de camino, cuando los muertos empezaron a acumularse visiblemente, Cunomar pensó que no iba a morir, y que eso era algo que había que celebrar, y que solo podría hacerlo plenamente cuando la línea de veteranos hubiese desaparecido y su ciudad quedase libre y bajo el estandarte de la Boudica. La conmoción y el

entumecimiento le abandonaron, y se sumergió, por el contrario, en un nuevo miedo, uno que se transmutó en auténtica fiebre de combate, y que fue la tercera novedad que llegó a él aquel primer día de enfrentamientos en Camulodunum.

Luchó y mató y fue herido y no sintió nada y salvó a Ulla y fue salvado por ella y vio andar a los muertos alrededor de los dos, y disfrutó de cada inspiración como un regalo de los dioses y cada espiración como un regalo suyo hacia ellos de la continuación de su vida, y de la lucha, y de las muertes, y de la amistad.

* * *

Fueron a descansar junto al almacén de maderas, con la cosecha de veteranos ya aventada detrás de ellos, asegurándose de que los caídos estuviesen bien muertos mediante un corte de cuchillo en la garganta.

El agotamiento les invadió, de modo que resultaba imposible imaginar que pudiesen blandir una espada una vez más, o levantar un escudo, o parar un mandoble. Hablar era algo que se podía imaginar, pero para más tarde. Los compañeros de escudo daban las gracias a aquellos que les habían salvado la vida con un movimiento de la cabeza y un gruñido. Guerreros heridos vendaban las heridas de otros que habían sufrido heridas peores.

Alguien pasó un odre de piel de cabra lleno de agua. Estaba marcado en un lado con la serpiente-lanza, y en el otro con la garza del Anciano de Mona. Cunomar bebió y lo pasó a su derecha, allí donde Cygfa estaba apoyada en su escudo, riendo hasta quedarse sin aliento por algo que había dicho alguien. Captó la mirada de su hermano y se serenó un poco.

—Ha estado bien. No pensábamos que ésta sería la primera brecha. Breaca estará muy orgullosa de ti.

Había olvidado a su madre. Hubo un tiempo en que su propia necesidad de ser visto la habría mantenido en su campo de visión a lo largo de toda la batalla. Se volvió a mirar y así averiguó que el hueco en la barricada, que antes era lo bastante estrecho para que dos hombres lo defendieran fácilmente, se había ampliado y se hacía cada vez más ancho gracias a los jóvenes de la hueste que se habían organizado en equipos y estaban desmantelando las barreras con mayor rapidez de la que los veteranos las habían erigido. En algún lugar, en la retaguardia de la multitud que se arremolinaba, había caballos y en algún lugar entre ellos se encontraba su madre. Breaca llevaba la cara embadurnada de barro, de modo que parecía una versión oscura de la pintura de la osa. Tenía la cara demacrada y los ojos hundidos, pero siguió mirándole y le devolvió la sonrisa, y cuando Cunomar se abrió camino por el hueco para reunirse con ella, leyó en su rostro la misma clase de orgullo que él había sentido por Ulla, y que nunca había visto antes de verdad.

Las trenzas que ella portaba en la sien izquierda se habían soltado por el peso de las plumas de muerte que llevaban entretejidas. Ella se soltó una por completo y se la tendió. Era negra con una banda de oro en torno al cañón por el incontable número de romanos muertos.

—Debes tenerla tú —le dijo—. Yo nunca intenté hacer una línea de la osa con cuatro guerreros frente a cuarenta legionarios.

Cunomar sintió que se sonrojaba.

—Nunca habrías sido tan idiota para permitir a los guerreros que te siguieran hasta verse acorralados y sin ninguna alternativa. Un buen líder ve de antemano los peligros que pueden sobrevenir.

Ella le miró mucho rato y al final acabó esbozando una pequeña sonrisa.

—Un buen líder ve cómo puede zafarse de los problemas, y hace que suceda. Quizá mis guerreros me habrían hecho caso y habrían saltado conmigo por encima de la pared cuando se lo dijese. Eso llegará con el tiempo. No se puede forzar. Aun así, era una buena idea.

Eso era cierto, y él lo sabía, y había sido idea suya y no de Ulla. Era mucho más difícil de lo que había imaginado jamás aceptar el orgullo que tanto había ansiado, libremente entregado, merecido. Tomó la pluma y no intentó ocultar el temblor de sus manos.

No tenía cabello en los lados de sus sienes en el cual trenzar la pluma; se había afeitado el pelo en forma de arco por encima de su oreja perdida, y también por el otro lado para equilibrarlo. Se tejió la pluma de su madre en la cola de pelo que le caía por detrás. A su alrededor, los guerreros a los que conocía desde niño se quedaron mirando. Él notó el peso de su experiencia y recordó que le habían conocido de joven, y lo lamentó.

—No lo comprendo —dijo a su madre—. ¿Por qué está aquí Braint y los guerreros de Mona?

Breaca esperó hasta que la pluma quedara perfectamente sujeta y pendiera bien plana por detrás de su cabeza. Cuando habló lo hizo secamente, de modo que su voz sonó como la de Valerio, y era difícil decir si la ironía se hallaba teñida de humor o de frustración.

—Porque Luain macCalma nos los ha mandado, habiendo decidido que la guerra estaba aquí, y que se necesitaban aquí más guerreros curtidos que en su propia guerra en el oeste. Allí tiene un cuerpo entero de soñadores bien empapados en el poder de la isla de los dioses, y tiene a Graine, que se ha unido a él. ¿Cómo van a ganar las legiones ante todo eso?

XXI

El humo los asfixiaba a todos por igual.

Se alzaba, amarillo y gris, espeso como lana de oveja y acre, de las ollas de humo, e iba serpenteando por la playa entre las mareas. Cuando tocaba el mar, se extendía de lado hacia las depresiones entre ola y ola, y se veía arrojado a puñados por el agua. En tierra, se encontraba con las rocas y el viento y se alzaba entre ambos, llegando hasta la altura de los ojos y pendiendo allí, formando un velo que se podía rasgar con facilidad entre este mundo y los otros, y a través del cual los incautos podían caer con facilidad.

La caballería de Corvo cayó a través de ese velo, o al menos quienes habían sobrevivido al pliegue del mar de Manannan. De los mil que dejaron tierra firme, más de la mitad se ahogaron. El resto se hallaba sentado en sus monturas tiritando, y mirando ciegamente el humo que se arremolinaba, espeso, como vendas ante sus ojos. Corvo no había ordenado que se rindiesen, pero tampoco les había dirigido hacia el combate; parecía improbable que consiguiesen tener la presencia de ánimo suficiente para obedecerle en cualquiera de ambos casos, si lo hubiese hecho.

Aun así, los quinientos guerreros de Mona no se lanzaron sobre ellos y de momento no había ningún romano muerto. Hubo muchos muertos en el fuego entretejido de Graine. Bello el Ciego, que era el único de aquellos que estaban en la costa que no acababa de perder la vista, notó que la primera y débil grieta de escisión crecía entre el fuego falso que Graine había tejido y la realidad que se estaba construyendo en los espacios intermedios entre el mar y la tierra, y eso le preocupó. Quería localizar a Luain macCalma para preguntarle por qué había tenido lugar aquel cambio, pero se le requería para cosas más importantes, y la primera de ellas era que cumpliese su papel en el futuro que había construido la hija de la Boudica.

Tres mil soñadores permanecían hombro con hombro a lo largo de la costa. Bello caminó ante ellos, más cerca de la línea de los cacharros con fuego que él y Graine habían llenado y los demás habían colocado. El humo se alzaba de ellos a nubecillas, y era más denso en algunos lugares, allí donde los pequeños fuegos estaban en rescoldo. Al cabo de un rato, cuando llegó a reconocer las pautas de su colocación, contuvo el aliento cada vez que se acercaba a los recipientes y respiraba más profundamente el aire limpio que había entre uno y otro.

Siguiendo el mismo camino de la mañana, fue caminando hasta el lugar donde se había echado Graine. No había notado nada especial allí, al principio, y ahora tampoco notaba nada diferente, pero había visto el lugar de nuevo con el fuego, y había un anclaje con él que importaba, y que no se encontraba en ningún otro sitio.

Respirando con precaución el humo ya más claro, se echó de cara e intentó agarrarse y evitar los primeros susurros de la imaginación de los hombres que llegaban a él desde el lado más alejado de los estrechos.

No era fácil precisamente entonces, cuando más importante resultaba. Otros pensamientos se apiñaban en el lugar donde tenía que haber claridad. Espino se hallaba en el extremo más septentrional de la línea, muy lejos de su alcance. Ella había querido retenerle, hablarle, quizás algo más incluso por la mañana, y Bello había decidido, por el contrario, seguir a Graine. No hubo tiempo para hablar con ella después, solo un toque de la mano al pasar, y un silencio que él no supo leer.

La propia Graine no estaba lejos en la línea, con tres guerreros-soñadores con ella, para mantenerla a salvo, o para intentarlo al menos. Halcón, Duborno y Gunovar; durante los dos días transcurridos desde su llegada, Bello había llegado a conocer y respetar a cada uno de ellos. Había notado sus temores por la niña, y hasta qué punto ahogaban cualquier preocupación por su propia seguridad. Quiso tranquilizarles, y no supo cómo.

Dejó a todos ellos a un lado: su amante, los guerreros, la niña a la que protegía, y, por el contrario, buscó el consuelo que daba a su corazón Mona y todo cuanto amaba de ella. Buscó y encontró los sueños de antepasados lejanos, fuertes y duraderos como raíces principales, que crecían hacia abajo durante generaciones desde los antepasados más antiguos, que habían construido la casa grande, hasta la última generación, más joven y vulnerable, que podía vivir para ver su destrucción o morir poco antes.

Entre las despedidas de los antiguos y los muy antiguos, hombres y mujeres, abuelos y abuelas, halló trazas del paso de Luain macCalma, más brillante, más joven que los demás, serpenteando entre una raíz y la siguiente, construyéndolas como si fuese una red que formase el núcleo de la isla de los dioses. Por debajo, en lo más profundo, se encontraba la corriente inferior que estaba al cuidado de los dioses, y que los sostenía a todos ellos.

Al encontrar aquello, Bello volvió a la costa, a las algas y los graznidos de las gaviotas, al humo espeso y embriagador que surgía de los cacharros de fuego de Graine, a la línea de soñadores y la calma que producían entre todos, a la vorágine lejana y discordante que eran los legionarios que venían. Respirando todo aquello, Bello abrió su mente como había hecho una vez junto al fuego y hurgó entre los miedos de los hombres que venían a matarle.

Fuego. Llamas. Calor. Muerte.

En el mundo de los temores ajenos, encontró un muro de llamas voraces, insaciables, que se comían a los hombres por el puro gusto de hacerlo. El calor le devoró, asando su piel hasta desprenderla y haciendo hervir su sangre, y le llegó a los pulmones, donde extrajo el alma de su cuerpo. Si hubiese podido correr lo habría hecho, pero sus miembros no respondieron a su llamada. Yacía boca abajo en los húmedos guijarros y el sudor corría a raudales desde su frente como hizo en tiempos

en la fragua de Valerio. El rostro le ardía. Intentó respirar, pero cada inhalación resultaba dolorosa. Se atragantó y sintió que se cerraba en los bordes de su mente una negrura que era muy diferente de la negrura de su falta de visión.

En algún lugar hablaba macCalma, frío como un beso invernal: «Recuerda que este mundo es una ilusión». Lo había olvidado. Bebió aquellas palabras y recordó. El vapor se alzó dentro de su pecho en el lugar donde cayeron. La calma llegó poco a poco, y se fue separando de las llamas, de modo que pudo empezar a ver a los hombres detrás de ellas, así como la oleada de sus pensamientos.

—¿Por qué fuego? —macCalma estaba allí en persona, arrodillándose a su lado. Le puso una mano seca en la frente.

Bello se esforzó por imaginar una respuesta. Los pensamientos se deslizaban como anguilas sin poder ser atrapados, demasiado rápidos para cogerlos. Se echó atrás y contempló los dibujos que formaban.

—Las legiones vieron el humo antes de desembarcar —dijo, finalmente—. Creen que en Mona se quema a los hombres vivos. Temen eso más que a nada.

—Aunque no lo bastante para hacerles retroceder…

—No. Les pone furiosos. Quieren matar a todo el mundo que pudiera quemarles vivos.

—¿Puedes averiguar algo más, aparte del fuego, que mine su rabia y les debilite? O que les confunda, de modo que un hombre luche contra sus hermanos; eso sería lo mejor.

—Puedo intentarlo.

Bello podía haberse creído un aprendiz de nuevo, tratando de abrirse camino, aunque el viento soplaba en su rostro, el humo soltaba su mente de las amarras, Espino se enfrentaba a hombres que podían matarla sin el menor escrúpulo…, toda Mona se enfrentaba a la ruina, todo eso era real.

Serenamente, el Anciano de Mona dijo:

—Tú naciste para esto. Puedes hacer lo que necesitamos, Bello de Briga.

No quería aterrorizarle, pero lo consiguió. Nunca antes le habían identificado con el nombre de una diosa y él no sabía hasta qué punto lo deseaba…, ni tampoco que había deseado a esa diosa por encima de todas las demás: la madre de todo, la que da la vida, la guardiana de la muerte y custodia del río final y de todo aquello que aparece en las tierras que hay más allá de la vida.

Se le ofrecía un regalo que sobrepasaba a todos los regalos y no estaba seguro de merecerlo. Las esperanzas y temores de una generación entera, de todas las generaciones, dependían de su capacidad de ver más allá de su propia ceguera. Durante un momento el miedo a su propio fracaso le abrumó, de modo que se convirtió de nuevo en un niño perdido, sin esperanza ni futuro, en los burdeles del puerto del mar galo. Pensó en Valerio y notó la confusión que siempre le embargaba cuando recordaba al hombre que le había comprado y por qué lo hizo, y entonces, a causa de ello, recordó lo que era ver, y que la diosa le había arrebatado la vista para

darle a cambio una visión distinta, pero aun así, quizá no bastase. Cuatro años de ira reprimida cayeron sobre él.

Luain macCalma dijo:

—Bello. Piensa.

Con eso bastó. La confusión, la ira, el temor y la duda formaban parte de él y siempre sería así, pero él sabía ahora cómo apartarlas a un lado y lo hizo.

Aspiró las últimas briznas del humo de Graine y dejó que éste se elevara hasta el cielo de su boca y soltó la mente de sus amarras. Llegó la claridad, y las oleadas de raíces de los ancianos y sueños de los antepasados y la chispa brillante que era Luain macCalma, uniéndolos a todos, y luego apareció ante él la diosa, a la cual siempre había sentido, a la que nunca había nombrado, y Bello formó parte de todo aquel tejido, y luego se elevó por encima de él y flotó rozando apenas la telaraña, libremente.

Las llamas se apartaron y le dejaron pasar a su través. El miedo llegó hasta él dividido en dos: la mitad desde el mar, donde los hombres sentían miedo de la batalla que se aproximaba, y la mitad desde tierra, donde temían perdérsela. En voz alta, Bello dijo:

—Paulino no los ha enviado a todos, solo a la Vigésima. La Decimocuarta todavía está en reserva. No es como en el fuego de Graine.

—Con eso basta. El resto vendrá después. Hoy solo tenemos que luchar contra aquellos que vienen a nosotros ahora mismo.

Era más que suficiente. Cinco mil hombres llegaron hasta ellos en barcazas, remando a contra corriente. Bello se tranquilizó y arrojó la red de su mente para apresarlos a todos en ella y entonces, de uno en uno, empezó a recoger los miedos como peces saltarines que se retorcían, y se los llevó para entregárselos a aquellos que mejor uso podían hacer de ellos. En el mundo de la carne y la tierra, apretó las palmas contra la roca y se puso de pie. Bajo sus pies la roca se convirtió en guijarros y luego en arena. En torno a él, una línea de tres mil soñadores se enfrentaba a doce mil legionarios y él pudo notar las chispas de cada uno de ellos, y decir su nombre y los colores que habían llevado al mundo, y cómo cambiaría el futuro con sus muertes.

El tiempo abrió su propio tejido y él pudo ver cuáles estaban destinados a morir entonces y cuáles más tarde, y cuándo. Espino estaba allí. La vio cruzar el río al cuidado de Briga, y supo el momento, y el lugar, y la forma. Su propio desapego le sorprendió.

En la costa de Mona fue recorriendo la línea, caminando desde una luz brillante a la siguiente y entregando las imágenes como se le mostraban:

—Vosotros sois las almas de las abuelas asesinadas, venid a vengar a vuestros asesinos. Vosotros sois niños, sois muertos que andan. Vosotros sois mujeres sin ojos, vestidas de negro, locas de dolor y de miedo, y no podéis morir.

Nada de todo aquello le resultaba nuevo; había hablado de los temores de los legionarios en la casa grande mientras iba moldeando el sueño a lo largo de la

primavera, pero ahora iba uniendo a los soñadores con los sueños, hilando los hilos para cada uno, conectándolos a los legionarios como los pescadores a su pescado. Para unos pocos los males eran menores, se creaban con mayor facilidad:

—Haced los sonidos del cuervo y del águila, mezcladlos si podéis, de modo que seáis muchos de cada clase, atacando en bandadas. Arrojad arena al aire; haced que forme una serpiente. Enviad hierba para que se retuerza entre ellos. Sois serpientes, atacando a centenares.

Llegó al final. Espino estaba allí, viva y dispuesta a reunirse con él, recorriendo los labios de él con sus dedos, sujetando la mano de él contra su propia mejilla.

Él dijo:

—Tú eres las gaviotas que se alimentan con los ojos de los hombres —ella le apretó la mano y él notó su firmeza, como la de un roble enraizado desde hace mucho tiempo, y la ausencia de miedo a la muerte. Ella suspiró un poco, concentrándose, y él notó el tirón del mar y el cielo agudo y limpio y bandada tras bandada de aves marinas que se alzaban como desde el centro de una tormenta, volviéndose tan tumultuosas como los truenos.

Agachándose, le besó la frente a ella:

—Gracias. Te amo. Nunca lo olvides.

Ella sonrió pegada a su cuello, y él se alejó, con un desgarro que le partía el corazón.

Los huecos de su red estaban bien cerrados. Ya no quedaba nada por decir. Bello se volvió lentamente, ensanchando los pies en los guijarros. Un viento contrario le golpeaba el rostro, salpicando el agua de las olas que pinchaba como agujas. Pudo oír el chapoteo de los remos en el agua, y la áspera respiración de muchos hombres.

Cerca. Muy cerca.

Bello alcanzó a Graine con la mente, y la encontró, y se regodeó en la breve alegría teñida de tristeza que les invadía a ambos cuando ella se veía tocada de aquella manera. Por debajo subsistía una corriente de dudas, tan fuerte en ella como lo había sido en él; solo ellos dos habían visto el tejido en el fuego. Solo ellos dos sabían hasta qué punto los preparativos de la costa no eran tales y como ella los había visto. Y aunque lo hubieran sido, no tenían ni idea de si todo aquello funcionaría o no.

Abriendo su boca a la diosa, Bello volvió el faro de su atención hacia los soñadores que le rodeaban, y hacia la red que había tejido y que colgaba, esperando, por encima de los hombres que se aproximaban.

La voz de un hombre gritó en latín, parecido al de Valerio y sin embargo distinto. Una barca con fondo plano acababa de varar en los guijarros.

Bello notó un latido de terror sin diluir. Desde su centro, rezando, gritó: «¡Ahora!».

XXII

Camulodunum estaba ardiendo.

La tormenta que había descargado en los primeros momentos del ataque ya había pasado hacia el oeste. Una brisa refrescante había secado la madera de las casas de los comerciantes y las cañas de las chozas de los artesanos, al menos lo suficiente para alimentar las pequeñas llamitas que lamían los bordes de la ciudad y que escupían humo hacia el cielo.

Valerio se hallaba al sur, dirigiendo a los guerreros que habían decidido entrenarse con él y luchar con él. Encabezándolos, se enfrentaba a una fila de veteranos romanos que habían formado en el interior de la barrera de ladrillos y mortero, con armaduras de hierro y cuero y escudos recién pintados, los rostros quietos, expectantes. Se olía el humo que iba aumentando al oeste mucho antes de poder verlo. Aquel olor era muy bienvenido, pero estaba extrañamente fuera de lugar, como si los fuegos matutinos de una casa redonda hubiesen quedado encerrados entre hierros ensangrentados, sudor e intestinos sueltos.

Había muchísimos intestinos sueltos, la mayoría de ellos entre los jóvenes a los que Valerio conducía hacia las líneas de ataque. Todavía no había encontrado una forma adecuada de advertirles de lo muy distinta que era la guerra contra las legiones de las canciones de batalla, y que sin los ritos de las largas noches y las pruebas de lanza, no tenían base alguna para la confianza en sí mismos; que la confianza en uno mismo era lo que constituía la diferencia fundamental en el enzarzamiento y la crisis del combate, y que la suma de esos momentos brutales era lo que hacía perder la batalla o ganarla; y que, hasta en los días anteriores a la invasión de Roma, nadie había corrido o cabalgado nunca hacia el combate sin verse sometido a un terror que les retorcía las tripas y que nunca cesaba, y solo disminuía un poco, lo suficiente para pensar con algo de claridad y poder luchar.

Las llamas parpadeaban en el rabillo del ojo. Al volverse hizo una seña a un joven delgado y con la nariz ganchuda que había mostrado cierta iniciativa en los entrenamientos y le envió hacia delante a la cabeza de medio escuadrón, porque todavía pensaba en términos de la caballería romana (debía arreglar aquello), a que diera media vuelta y se dirigiese hacia el extremo más alejado de la fila de veteranos.

El joven tenía la mitad de su edad más o menos, y era uno de los muchos Caradocs. La ceremonia de dar nuevos nombres para ellos y para las varias docenas de Breacas llevó toda una noche y la mitad del día siguiente, pero al final tuvo éxito.

De modo que Cuchillo, el de la nariz ganchuda, corrió hacia delante, a la cabeza de una docena de guerreros y los hizo formar en arco con sorprendente eficiencia.

Una joven recién nombrada como Conna se mantenía en el centro, con Longino ayudándola, y el propio Valerio quedaba completamente a la sombra de un joven llamado Caracol, sobre una yegua pía, que portaba el estandarte de Valerio y que era, de hecho, mucho más hábil de lo que sugería el nombre que había elegido.

—¡Caracol! ¡Haz señas a las dos alas de que se replieguen hacia dentro!

Valerio gritó aquello por encima del estrépito. El estandarte ondeó haciendo un giro en el sentido de las agujas del reloj, y, afortunadamente, tanto Cuchillo como Conna estaban mirando y ambos recordaron lo que había que hacer. Sus dos medios escuadrones se acercaron mucho, con los escudos superpuestos por los bordes y las espadas sujetas entre ellos. Siguiendo una orden de Longino, se arrojaron las lanzas desde detrás, en una dispersa andanada.

Ninguna dio en la carne. Entre los enemigos, algunos aullaron una orden desde el extremo más cercano a Valerio, y los veteranos echaron sus escudos hacia atrás, empezando los movimientos que transformarían su línea en un cuadro, como si lo hubiesen estado haciendo toda la vida, cosa que habían hecho en realidad, excepto en los últimos diez años.

Lo hicieron con mucha fluidez, pero no tan rápido como hubiera sido de desear. Los escudos formaron ángulo hacia un lado y volvieron a su lugar con cierta torpeza. Valerio vio una exigua abertura entre un hombre y el siguiente y arrojó al caballo-cuervo hacia allí. Chillando, dio un mandoble hacia abajo con la espada, y notó el impacto del hierro en el hierro que hacía conmoverse sus venas de una forma que nada más podía conseguir.

Empezando a sentir ya la fiebre del combate, gritó los nombres de sus dos dioses, y vio que los jóvenes que le seguían por la brecha captaban aquel espíritu y se crecían con él, y golpeaban con mucha más dureza y rapidez.

Aun así, eran muy jóvenes y no tenían experiencia. Por cada veterano que caía moría un puñado de guerreros, chillando. El olor de las heces que se vaciaban y de los intestinos esparcidos se sobrepuso por completo a los olores de sudor, sangre y humo. A la izquierda de Valerio las llamas hicieron una mejor presa en la ciudad y se elevaron más aún. Recordaba haber estado echado en la ladera de la colina, contemplando a los veteranos que hacían una zanja contra el fuego en la barrera interior, pero no podía precisar mentalmente en qué lugar exacto se encontraba.

La lucha era demasiado encarnizada para pensar en algo, aparte de procurar sobrevivir. El número acabó por imponerse a la experiencia, y el cuadro de veteranos cayó hundiéndose sobre sí mismo, roto por el caballo-cuervo y los guerreros montados que pasaron detrás. Se ladró otra orden a lo largo de la formación, y los antiguos legionarios rompieron filas y corrieron a su derecha, colocándose de espaldas a un muro de mampostería.

Girando hacia la izquierda, Valerio buscó al hombre que había gritado la orden. El joven, Caracol, seguía a su sombra, sujetando aún en alto el estandarte del toro sobre el color gris de Mona que fue de Valerio durante todo su tiempo con la

caballería romana. El chico lo sujetaba con un orgullo algo incómodo, como si todavía no hubiese resuelto las contradicciones que albergaba en su interior.

Sin embargo, no era el único; en un momento tan reciente como la noche anterior a la batalla, el ejército de la Boudica se había dividido claramente en dos bandos con relación a sus sentimientos hacia Valerio y el liderazgo sobre ellos. La inmensa mayoría de los jóvenes todavía odiaba al hermano de la Boudica por lo que había sido. Un número menor había conseguido sofocar sus recuerdos de las canciones junto a la hoguera y había aprendido de él con mucha sensatez, y cuando llegó el momento de repartir el ejército quedó bastante claro quién iba a seguirle de buen grado y quién no.

Caracol fue uno de los que estuvo mejor dispuestos, y mejor dotado para la lanza que la mayoría. No había garantía de que pudiera hacer en la guerra lo que había hecho en las prácticas, pero valía la pena probarlo.

La lucha fue disminuyendo entonces, como ocurría siempre: ni los veteranos ni los jóvenes tenían aguante suficiente para combates largos. Las dos filas se enfrentaban la una a la otra con los muertos en medio, dos grupos de extraños metidos en su propia burbuja de vida y muerte, mientras el fuego, las espadas y las lanzas se enzarzaban en los demás sitios de la ciudad.

En un momento más tranquilo, Valerio se quitó el sudor que le corría por la nariz y dijo:

—Caracol, aquel que lleva la cabeza de carnero blanca en el escudo. Quiero que lo mates con la lanza.

El chico se puso solemne y se lo pensó demasiado. Su cabello color trigo era fino, y después de la lluvia, todavía lo llevaba pegado, de modo que los ojos enormes y conmocionados parecían ocuparle toda la cara. Los cerró y el soñador que había en Valerio vio la plegaria que llegó y se fue, silenciosa. El hombre que había en él vio los momentos de autoexamen y de incertidumbre, y los lamentó, por estar fuera de lugar en medio de la batalla. Caracol dijo:

—Hazlo tú. Tú le matarás. Yo puedo fallar.

—No, no fallarás —Valerio se acercó a él—. Dame el estandarte para apuntar bien. Hazlo rápido, antes de que te vea.

—¿Y antes de tener tiempo para pensar demasiado y fallar el blanco?

Caracol sonrió con tristeza. Sin decir nada, Valerio apartó a un lado al caballo-cuervo para dejar el espacio despejado para el chico. Desde la izquierda oyó a Longino murmurar órdenes y vio que el medio escuadrón de Conna estaba realizando una maniobra de diversión. Tres lanzas salieron de sus filas, apuntando al extremo final a mano izquierda de la fila de los veteranos. El ex centurión con la marca de su antigua unidad recién pintada en el escudo volvió la cabeza y gritó una nueva orden.

La lanza de Caracol formó un arco elevado, de un gris denso ante el gris más claro del cielo. Durante un momento muy breve quedó colgada en el aire, pareciendo que iba a acertar. Luego su trayectoria se torció y cayó un poco a la derecha, dando no al hombre, sino a su escudo. Lo que le faltaba de precisión le sobraba de fuerza. El hierro

mordió profundamente en el pellejo de vaca y astilló la madera de abedul. El mango tembló con la fuerza del tiro, y luego se combó, arrastrando todo el escudo con él.

Un escudo con una lanza clavada es peor que inútil, es un lastre para un brazo cansado y una cosa lenta y molesta que hay que levantar y girar; cualquier hombre que haya sobrevivido a más de una batalla lo sabe. Antes de que el mango se hubiese parado, el centurión había arrojado su escudo y se había echado hacia delante, hacia el montón de hombres muertos y armas desechadas que tenía ante él. Una fracción más tarde, sin recibir ninguna orden, cuatro de sus hombres le siguieron, dos a cada lado, como protección.

—¡Adelante!

Longino y Valerio gritaron al unísono. Largos días de entrenamientos dieron sus frutos. La fila de jóvenes a pie se arrojó hacia delante, manteniéndose firme junto a sus compañeros de escudo, el de la izquierda protegiendo al de la derecha, de modo que este último pudiese golpear con total impunidad.

Valerio azuzaba al caballo-cuervo hacia delante cuando recordó a Caracol. Arriesgó una mirada hacia atrás. El joven aparecía de un feo color verde, conmocionado, y no mostraba signo alguno de movimiento. Los ojos demasiado grandes se hallaban fijos en Valerio, haciéndole preguntas que él no podía descifrar.

—¡Venga, adelante! —contra todas las convenciones de la batalla, Valerio dio la espalda al enemigo. Longino estaba delante en la acción, acercándose ya al centurión. Valerio le notaba, igual que antes había notado a Corvo; de inmediato, una gran seguridad en medio del incierto caos del combate, y sin embargo todavía con un flanco oculto, vulnerable a los ataques no previstos, que había que proteger a toda costa.

—¡Caracol! Vete atrás, o avanza. ¡No te quedes ahí parado! —había gritado hasta quedarse ronco durante un mes entero diciendo exactamente lo mismo: que la clave para la supervivencia en la batalla era moverse sin cesar. Breaca se lo había enseñado a él antes de que ninguno de los dos hubiese estado siquiera en una batalla, y luego Corvo, y Civilis, y todos los demás comandantes de cierta valía: «vigila al enemigo; observa bien quién está detrás, delante y a los flancos; no te quedes quieto nunca, a menos que tengas una pared a la espalda, y otros que sujeten escudos en ambas manos».

Igual podía haber estado hablando en tracio. Caracol se hallaba encerrado en un mundo aparte. Mirando ciegamente al frente, el joven dijo:

—Sus escudos. Nos dijiste que apuntásemos a los escudos, si no estábamos seguros de matar. Y es lo que he hecho.

—Sí, lo dije. Te has acordado. Bien hecho —el caballo-cuervo había empezado a morder el bocado, a dar coces y vueltas. Eso tampoco era seguro en combate.

En las filas donde se luchaba, el centurión había conseguido un nuevo escudo. Los cuatro hombres que le apoyaban se habían vuelto espalda con espalda, de modo que cada uno de ellos iba protegido por los otros. De ese modo iban avanzando de lado,

como los cangrejos, de vuelta a sus filas. El resto de los veteranos avanzaba para unirse a ellos, abriéndose camino hacia delante. Los gritos se alzaban estentóreos y ásperos, relatando sus propias historias: tres de los jóvenes del centro estaban heridos, posiblemente moribundos, y Longino necesitaba ayuda.

Con premura, Valerio dijo:

—Caracol, debes de elegir. No puedo hacerlo por ti. Vete atrás, si es necesario; no hay deshonor alguno en ello. No nos servirás de nada con una espada en la garganta.

—Breaca ha muerto.

—¿Cómo? —Valerio giró, observando el oeste, de donde venía el humo.

Una mano le asió la muñeca. Unos dedos pequeños se clavaron en su piel, como las garras de un ave, llevándole hacia atrás. Llorando, el chico dijo:

—Conna… Lo siento. Su nuevo nombre era Conna… El centurión la ha matado. Es culpa mía.

Valerio se soltó los dedos que le agarraban el brazo. Conna. Intentó escribir el nombre en su mente, donde no pudiera olvidarlo después.

Dijo:

—No es culpa de nadie. Te lo he dicho antes, no hay culpas en la batalla. —«No hay que buscar las culpas cuando se combate. No antes, ni después, y sobre todo nunca en el calor de la batalla. Hay que hacer lo que uno pueda. Si mueren amigos o amantes, no se puede hacer nada salvo asegurarse de permanecer vivo para poder llorarles.»

Eso también lo había dicho tantas veces que era imposible contarlas. Los jóvenes del ejército que le seguían escuchaban, adustos y silenciosos en todas las ocasiones, y él creía que le habían comprendido. Pero sabía que había desperdiciado el esfuerzo; todo el mundo se sentía culpable en su primera batalla. El endurecimiento venía después, cuando los muertos eran tantos que se hacía imposible contarlos.

Inesperadamente, Valerio se dio cuenta de que le importaba mucho que aquel joven conmocionado y tembloroso no se endureciera hasta el punto de que le resultase imposible contar sus propios muertos.

No estaban en las legiones; no podía dar órdenes, solo consejos, como un igual a otro, que podían seguirse o no. Con toda la autoridad de la que fue capaz, dijo:

—Caracol, ve atrás, detrás de las barreras. Te necesito vivo para otros días.

No había tiempo para procurar que el chico escuchase. Estaban luchando contra hombres profesionales que podían leer una batalla igual que las tiradas de sus dados. Valerio había sido visto dando órdenes. Caracol estaba marcado desde el principio como portaestandarte suyo, y los veteranos conocían bien aquel pendón.

—¡Valerio! —el nombre lo había gritado en latín una voz que no conocía, y luego, un momento después en tracio, Longino.

—¡Valerio! ¡Jabalinas!

Todavía estaba con el estandarte en la mano. Agarrándolo fuerte se dobló en dos, con el rostro enterrado en la crin negra y el abrasador sudor del caballo. Con la mano

libre cogió a Caracol por el pescuezo, obligando al muchacho a agacharse con brusquedad sobre el cuello de su montura.

Sintió el toque frío de una corriente de aire y oyó el silbido del hierro que volaba, detenido en su pureza total por la fealdad del desgarrón en la carne, y la sangre se unió al sudor que corría por su rostro. El caballo-cuervo se detuvo como si fuese de piedra. Solo el temblor de su cuello bajo las manos del hombre reveló la presencia de la herida, a mitad de camino de la cerviz.

Valerio no había perdido tantos caballos como para haberse endurecido ante la perspectiva de su muerte; sabía exactamente lo mucho que amaba a aquel caballo. Una oleada de pánico le soltó las tripas y otra más después, al pensar qué sería de su reputación si perdía el control del campo de batalla. Se incorporó con precaución y soltó al joven que tenía agarrado.

—Caracol, tienes que ir atrás. Podemos llorar lue… ¡abajo!

Dejó caer el estandarte en el barro. La hoja no dio a ninguno de los dos, pero por pura casualidad. Los dioses no le habían advertido, ni mediante el susurro de Nemain ni con el mugido del toro de Mitra. Una parte de Valerio se rebelaba contra ese hecho, mientras el resto de su ser empuñaba su espada y hacía girar al caballo-cuervo y buscaba espacio para asestar un mandoble, para luchar, para mantener al centurión y a los cuatro hombres que le protegían (¿cómo era posible, en nombre de Mitra, que todavía siguiesen vivos?) apartados de Caracol, que casi con toda seguridad iba a morir por el único crimen de ser joven y estar abatido por la pena y asustado.

A pesar de todo esto, durante los momentos siguientes no hubo tiempo de preocuparse por nada excepto de permanecer montado, y por tanto de seguir vivo. Entregado por fin al combate propiamente dicho, el caballo-cuervo explotó en un frenesí mortífero.

Habían pasado años desde que fue herido en combate; Valerio había olvidado lo que era montarlo con todo el acaloramiento de su furia guerrera. Era como cabalgar en las olas de un océano embravecido, como intentar montar el relámpago y el trueno en medio de una tempestad. El animal reculó y empezó a cocear, machacar, morder, y los veteranos que lo habían conocido cuando luchaba de su lado no sentían inclinación alguna a luchar ahora en su contra.

Un veterano perdió pie y resbaló en el barro ensangrentado, y murió a causa de ese desliz. El centurión tomó una jabalina del suelo y la arrojó. Caracol chilló con una voz aguda, como una cierva herida, y Valerio perdió un segundo esforzándose en no volverse a mirar. Una espada llegó a su hombro, y solo el caballo-cuervo, que giraba sin control alguno, la evitó. Valerio bloqueó el mandoble que venía desde atrás y que vino a continuación, y lo devolvió con tanta fuerza que se le entumecieron los dedos.

Alguna otra persona mató al hombre contra el que luchaba. Pensó que había sido Cuchillo, pero no podía estar seguro. El caballo-cuervo ya se había vuelto de frente a un nuevo enemigo, el centurión, que evidentemente no sentía miedo alguno del caballo. El hombre sonrió, dio un paso apartándose de su camino y lanzó una nueva

jabalina al muslo de Valerio.

—¡Tendrías que haberte quedado con nosotros, dos veces traidor! Te habríamos mantenido con vida.

Valerio y su montura estaban ya completamente unidos; los pensamientos de uno eran las acciones del otro. Giraron para enfrentarse a su enemigo. El caballo-cuervo reculó. El centurión dio un paso atrás para tomar impulso, levantó el escudo bien alto y avanzó, lanzándolo con el borde por delante, y éste dio en las patas delanteras del animal al caer al suelo.

El golpe de la madera en la carne produjo un ruido espantoso. Valerio sintió como si le hubiesen aplastado sus propios brazos. El caballo-cuervo gruñó y se tambaleó, pero no cayó. Chilló lleno de rabia y de dolor, salpicando enormes goterones de espuma blanca por encima de todos ellos. Valerio notó una neblina roja de genuina furia combativa nublarle la visión, y luchó por calmarse; el exceso de rabia mataba a los hombres tanto como su defecto. El centurión se rio y arrojó otra jabalina, provocándole.

No había tiempo para el refinamiento. Valerio habría enviado al *Cuervo* hacia delante confiando en que aplastara al hombre, pero el campo de batalla de repente estaba repleto y el animal resbalaba de lado, empujado desde atrás. Los caballos se arremolinaban a su alrededor cuando antes no había ninguno.

Longino estaba allí todavía vivo, todavía a salvo. Gritó:

—¡Honderos, aquí! —cosa que no tenía sentido alguno, porque los honderos estaban todos con Breaca, al otro lado de la ciudad.

Lo imposible ocurrió de nuevo. Una honda silbó ante la cara de Valerio y mató al centurión, dándole con toda limpieza en el puente de la nariz, de modo que hueso y cartílago se convirtieron en pulpa y los ojos quedaron abiertos. Una segunda piedra dio al hombre que estaba a su izquierda. Valerio dejó que el caballo-cuervo saliera disparado hacia delante entonces, y un tercio de los hombres del centurión murió bajo sus patas delanteras.

Longino sorprendió al cuarto hombre de espaldas, meneando la cabeza lleno de vergüenza al mismo tiempo, y luego fue la desbandada: hombres que salían huyendo perseguidos con rapidez por guerreros bien curtidos que mataban de forma eficiente con lanzas, hondas y espadas, y que habían perdido la cuenta hacía mucho tiempo de sus muertos, y no les preocupaba si veían a un hombre cara a cara antes de matarle.

Luego todo acabó, y solo quedó un chico herido al que atender, si es que estaba vivo, y un caballo, antes de conseguir recuperar un cierto control, y luego cuidar también las heridas propias, si era posible.

Lentamente, el caballo-cuervo empezó a tranquilizarse de nuevo. Valerio volvió a meter la espada en la funda. Las manos le temblaban tanto que las movía con torpeza y le costó más de lo habitual. Aspiró aire con fuerza para tranquilizarse y entonces osó mirar a su alrededor.

Longino estaba con Caracol, y por tanto debía de estar vivo. Entre él y ellos dos

esperaba un guerrero bajo y musculoso con una cicatriz ancha y plana de quemadura en el rostro que unía la nariz con el oído, y una sola pluma de muerte con banda de oro flotando en su cabello.

Captando la mirada de Valerio, el recién llegado alzó una ceja.

—En el oeste aún damos las gracias a los hombres que nos salvan la vida —dijo, y luego—: Madb está aquí. Si recuerdas quién soy, te enseñaré dónde espera ella.

Su voz estaba llena de la música de las tribus occidentales. Se comportaba con el orgullo de muertes innumerables, de modo que resultaba duro, pero no imposible, recordar al chico que había sido cuando, como Caracol, portaba el estandarte de un hombre en el cual no confiaba plenamente. A diferencia de Caracol, había luchado con un valor intachable y le había cogido gusto a la batalla. Y eso hacía mucho más extraño aún que se encontrara allí.

—Eres Huw, de los siluros. Quinto primo por parte de madre de Caradoc. ¿Cómo podría olvidar al mejor hondero de Mona? —Valerio tenía la boca seca y tragó saliva —. ¿Por qué estás aquí en el este, cuando Suetonio Paulino tiene dos legiones y cuatro alas de la caballería dedicadas a la destrucción de Mona? ¿Acaso ha caído la isla? ¿Es demasiado tarde para detener su destrucción?

—Podría ser, pero lo dudo. Nos ha enviado Luain macCalma. Decía que podías necesitar algunos guerreros que supieran luchar, para compensar la juventud del ejército de la Boudica.

—Y por ahora ya habrás visto que no podría estar más acertado. Pero, ¿qué está ocurriendo en Mona? ¿Acaso no va a ocurrir el asalto de Paulino?

—El asalto acababa de empezar cuando partimos. MacCalma tiene a los soñadores y los dioses de su parte. ¿Por qué quiere guerreros, cuando podemos matar romanos con un efecto mucho mejor en Camulodunum? —Huw miró los cuerpos esparcidos y luego hacia atrás—. Aunque quizás hemos llegado más tarde de lo necesario. Tu caballo loco sangra por el cuello, y el golpe que tiene en las patas delanteras le ha aplastado la carne. Me gustaría conservar mi cabeza de una sola pieza y por tanto no te ofreceré ayuda, pero Nydd está aquí, y aunque todavía te odia, siempre ha adorado a tu caballo. Tiene ciertas habilidades curativas. Si se lo pides, quizá te ayude.

—Gracias. Le pediré ayuda si la necesito.

Valerio lo dijo abstraído, mirando más lejos, al lugar donde Longino estaba ayudando a Caracol a bajar de la yegua pía y luego hacia la derecha, a un lugar donde una mujer con el pelo gris pizarra y unos ojos brillantes de grajilla se inclinaba sobre el cuello de un ruano castrado, mirando hacia atrás.

Ásperamente, Valerio dijo:

—¿Madb? —y vio que ella asentía.

El caballo-cuervo estaba más tranquilo. Se podía conducir entre otros caballos con la máxima seguridad posible. Juntos, hombre y caballo buscaron un camino entre la multitud.

La mujer-grajilla tenía el rostro fuerte y ancho, y unos dientes grandes. Los

mostró al sonreír.

—Ha sido estupendo ver de nuevo luchar a tu animal. Pensaba que sería demasiado viejo, que le habrías retirado ya para hacer de semental.

—Se mataría intentando saltar los setos antes de dejar pasar una guerra y no participar en ella.

Inclinándose, Valerio tomó el antebrazo de la mujer con el suyo, como hacían los hibernios. Se sentía extrañamente complacido. Dijo:

—Madb de Hibernia, mi corazón siente una gran calidez al verte de nuevo, aunque estés luchando otra vez en una guerra que es mía, y no tuya. ¿Estás aquí siguiendo órdenes de Luain macCalma o sigues tu propio camino?

Ella le miró con recelo.

—Yo no acepto órdenes de ningún hombre, como sabes muy bien. Pero he oído que Braint venía al este y pensaba que sería bueno verte de nuevo. Ha pasado mucho tiempo desde que vi luchar a un hombre y oí música en mi cabeza mientras lo hacía.

—Me alegro de que sea música para ti. Yo oía la voz de todos los hombres a los que respeto lanzando juramentos porque me preocupaba por un muchacho herido. Parece que sigue vivo, y eso está bien.

—¿El chico de la yegua con manchas marrones? —ella miró por encima de su hombro izquierdo y asintió.

—No podrá luchar durante un tiempo, pero quizá sea mejor. No está hecho para luchar. Qué diferencia con tu amigo de la caballería tracia. No pensaba verle dispuesto para cabalgar todavía, y mucho menos luchar, pero también es estupendo verle.

—Gracias —Longino la había oído, tal y como ella pretendía. Estaba vivo, ileso, y solo cubierto de suciedad por los despojos de otros hombres y la sangre de un muchacho herido. Acabó atando un cabestrillo hecho de un trozo de manto de lana desgarrado alrededor del cuello de Caracol y ayudó al chico a ponerse en pie. Sus ojos recorrieron toda la estampa del caballo-cuervo y luego a Valerio. Dijo:

—A los dos nos falta un poco de práctica.

—Por supuesto. Pero mejoramos con cada batalla. Deberíamos irnos antes de que nos alcance el fuego. Los heridos pueden quedarse atrás, más allá de la zanja exterior. El resto puede venir hacia delante con nosotros y nuestro nuevo escuadrón de caballería.

Usaba de nuevo el latín *turma*; nunca iba a conseguir erradicar aquello. Longino le sonrió, levantando las cejas.

Madb escupió a un lado. Dijo:

—Si te oye Braint, se hará una manta para el caballo con tu pellejo.

—Puede que se la haga de todos modos. ¿Sigue rogando cada noche por mi muerte?

—Es posible, no le pregunto qué hace por las noches, pero la verdad es que ruega todos los días en voz alta y en compañía ser capaz de luchar con la Boudica y con Cygfa, su hija de cabellos dorados que combate como si los dioses dirigieran su

espada. Si el Anciano de Mona se lo hubiese pedido, se habría quedado para entregar su vida por la isla de los dioses, pero se siente muy feliz de estar aquí. Se ha unido a tu hermana en la parte occidental de la ciudad, allí donde el fuego es más fuerte. Dirige a quinientos a caballo.

—¿Quinientos? —la alegría saltó como un pez veraniego en el pecho de Valerio—. Entonces tenemos más de un ala, y eso iguala a cinco del enemigo.

Era casi cierto. Los guerreros que luchaban por Mona eran los mejores que habían podido conseguir las tribus, educados y entrenados en la isla, donde las legiones todavía no habían puesto los pies.

Valerio llevó a un lado al caballo-cuervo para dar espacio a Longino para que montase y se volvió a mirar a su alrededor. Caras conocidas, con cicatrices y envejecidas por la batalla, con los ojos sabios y firmes, le devolvieron la mirada. No todos ellos sonrieron o le dirigieron algún tipo de saludo, de hecho lo hicieron muy pocos, pero ninguno hizo el signo de protección contra el mal de ojo ni escupió al viento para desviar su mirada.

La mayoría de ellos miraba hacia el oeste, hacia el lugar donde ardía la ciudad. El fuego de Breaca ya era devastador: una larga línea de llamas que escupían un humo que velaba toda la parte occidental de la ciudad.

Elevando la voz para que llegase a la parte posterior de su escuadrón, Valerio dijo:

—Los veteranos han abierto un cortafuegos para proteger el hospital, el teatro y el templo. Aquellos que queden estarán ahora dentro del círculo, a salvo del fuego, si no de nosotros. La Boudica se reunirá con nosotros allí, y Ardaco, que ha traído a las osas a Mona y a los icenos. Juntos destruiremos lo que queda de la capital de Roma.

Hubo un murmullo cercano a la aprobación. Valerio hizo avanzar al caballo-cuervo. Estaba muy firme y ya no sangraba. Longino cabalgaba a su izquierda, riendo con Nydd como si ambos no se hubiesen encontrado en los lados opuestos de un campo de batalla. A su derecha, Madb cantaba una canción guerrera en un hibernio muy cerrado, haciendo que su caballo siguiese el ritmo.

Un poco por detrás, a la altura de su hombro izquierdo, Huw de los siluros, el mejor hondero de Mona, había recogido el estandarte del toro rojo del barro y lo llevaba como lo había hecho antes, en las montañas, con un viento mucho más fuerte que allí. Cuchillo, de los icenos, que había luchado bien y a quien habría que felicitar más tarde, dirigía a los guerreros a pie y los llevaba detrás en buen orden.

Cabalgaban sin oposición alguna a lo largo de la calle ensangrentada que conducía al centro de Camulodunum. Dirigiéndoles bajo el débil sol matutino, con el toro de Mitra ondeando sobre el gris de Mona por encima de su cabeza, Valerio se dio cuenta de que había desaparecido de sus hombros un peso que no sabía que llevase. Se sintió más ligero y, asombrosamente, más joven.

Por primera vez desde que podía recordar se sentía feliz de verdad.

PARTE III

PRINCIPIOS DEL VERANO, 60 d. C.



XXIII

El templo del dios Claudio, antiguo emperador de Roma y de todas sus provincias, se alzaba enorme y blanco en el mar de cenizas y cañas quemadas que era Camulodunum.

A la luz del final del atardecer las sombras eran mucho menos agudas, y los fuegos que quedaban eran mucho más vivos. Se recortaba contra el cielo una silueta mellada y angulosa, punteada con flores rojas y anaranjadas de las llamas que fluían en algunos lugares formando verdaderos muros de fuego.

Unos fuegos más pequeños y contenidos caldeaban a los guerreros que cocinaban y calentaban agua para lavar sus heridas. Se habían recogido unas antorchas de juncos de las casas sin quemar al este del templo y se habían colgado por las calles, de modo que hileras de pequeñas luces mostraban los lugares donde sobresalían las casas sin quemar en el borde de la ciudad, hacia el este.

El templo lo dominaba todo. Carecía de toda elegancia, era solo de un tamaño abrumador y con gran cantidad de oro en el tejado que no se había fundido aún porque el fuego no podía salvar el gran hueco del patio pavimentado que lo rodeaba por completo.

Si un emperador deificado debía calibrar el amor de sus antiguos súbditos por el tamaño del edificio que habían construido en su honor, Claudio se habría sentido muy complacido por la escala del templo que le habían erigido en el lugar de su única victoria. Diez guerreros altos podrían haberse colocado uno sobre los hombros del otro y la cabeza del más alto de todos no habría tocado el techo. Quince igual de altos podrían haberse echado uno tras otro en el suelo, tocando con los pies la cabeza del anterior, y aun así no habrían cubierto toda su longitud.

Las paredes de sílex bebían las luces de muchos fuegos y hacían malabarismos con ellos, mezclándolos en las sombras, de modo que parecían lavados con sangre de batalla y restos, un santuario a la mayor gloria de los moribundos. Por la parte frontal, una hilera de columnas blancas acanaladas, gruesas como enormes troncos de roble, sostenían el tejado. Detrás de ellas unas enormes puertas de bronce, cada una tan ancha como largo es un caballo, permanecían cerradas ante los guerreros y la noche que se avecinaba. Por encima, las tejas que cubrían el tejado eran o bien de plomo dorado o, mucho más probablemente, de oro macizo. Arrojaban una luz suave y difuminada hacia el patio gris.

Era sobrecogedor por su grandeza, aunque feo. De pie ante su resplandor, con *Piedra* a su lado, Breaca preguntó:

—¿Es así en Roma?

Teófilo estaba de pie junto a ella. Ella le había encontrado en la bodega de su hospital, a salvo, cuando el resto de la ciudad ardía a su alrededor. Tenía la cara y los pies algo quemados y un brazo también, pero no estaba peor que el resto de los ocupantes.

Dijo:

—Un poco. Cuando todos los tejados están hechos de oro, uno se fija menos en ellos y más en las mentes que hay detrás. Tus guerreros querrán compartir contigo sus celebraciones.

Breaca quería hablarle del pozo, o de las quemaduras en los pies de los guerreros de su ejército, o de cualquier otra cosa que no fuese la guerra, pero él miraba concentrado por encima de su hombro de modo que ella se volvió e intentó no parecer demasiado cansada.

Cygfa se encontraba allí, más allá de un tiro de lanza de las puertas de bronce, con Braint y un puñado de guerreros a los que Breaca reconoció de Mona, junto con algunas docenas a quienes no reconoció. La saludaron y ella se habría unido a ellos y a su entusiasmo pero vio a Valerio a un lado, sentado a horcajadas en un murete bajo, con la espalda apoyada en la de Longino y hablando animadamente con un joven delgado con una cicatriz de quemadura que le atravesaba una mejilla. Había intentado lavarse desde la última vez que le vio, de modo que la ceniza antigua y la sangre seca habían desaparecido de su rostro y solo le quedaba un polvillo de ceniza nueva, de las pavesas que todavía caían regularmente del cielo.

Él vio a Breaca y su rostro permaneció sereno, como siempre ocurría en aquellos días, examinándola. Pareció contento con lo que vio y estaba a punto de hablar cuando miró detrás de ella y sus ojos se abrieron mucho y ella leyó en ellos el asombro, el alivio y una alegría no fingida, y lo que era más sorprendente aún de todos esos sentimientos es que él no intentaba ocultarlos. En algún momento de los últimos dos días él había mudado la piel y ahora emergía, nuevo y fresco, de una forma que ella todavía no había comprendido del todo bien. Dio unas palmadas al joven en el hombro y dijo algo a Longino, que se quedó con él, y pasó las piernas por encima de un segundo murete bajo para acercarse a ellos.

—¡Teófilo! —abrazó al anciano con suavidad, evitando las heridas más obvias, y luego le apartó un poco para examinarle mejor—. ¿Dónde te ha encontrado? No sabía que se pudiera sobrevivir con ese fuego…

—Como un topo, se refugió en el pozo —dijo Breaca, agriamente—. Y salió vivo, probando que la ingeniería alejandrina es la mejor del mundo. ¿Qué te ha pasado en el brazo?

Su hermano llevaba un corte en el antebrazo que necesitaba atención. En el pasado él lo habría ocultado; ahora estaba abierto y rezumaba sangre antigua por los bordes.

—Un hombre que ya creía muerto resultó que no lo estaba —Valerio se había arrodillado para saludar a *Piedra*—. Y otro está de pie ante mí. Hoy ha sido un día

para que vivan los muertos, solo que esta vez me hace feliz —se reía, un poco atolondrado por el alivio del final de la batalla. Se dirigió a Teófilo—: ¿Estás aquí para presenciar la caída del templo de Claudio? Has llegado demasiado pronto. Aunque no tengan agua, aguantarán una noche y un día.

—Sí que tienen agua —dijo Teófilo—. Han estado almacenando barriles en la parte de atrás de los *cella* desde antes de que vinieseis a verme. Y grano.

—¿Ah, sí? Alguien pensaba con cordura, pues. De modo que Cygfa tenía razón: tendremos que entrar por el tejado —Valerio captó la mirada del joven con la cicatriz en la cara—. Huw, tienen agua y comida suficiente para medio mes. ¿Puedes ir a ver a Madb y decírselo? Yo buscaré a Ardaco y le traeré aquí para hablar. Longino, si puedes llamar a Cygfa, nos reuniremos en la base del altar de Claudio. Breaca, ¿has pensado qué podemos hacer con…?

Teófilo levantó una mano y le detuvo.

—¿Es tan urgente? —preguntó—. ¿O puedes entregarme a tu hermana para una parte de la noche al menos, antes de empezar a planear tu asalto?

Fue el tono de su voz más que las palabras lo que les impresionó. Longino casi se había retirado ya. Se volvió y miró al viejo físico con la serena concentración que dedicaba a la mayoría de las cosas que eran realmente graves.

Valerio captó la mirada de Breaca y le planteó una pregunta silenciosa. Ella le respondió del mismo modo y entonces él dijo:

—Los guerreros necesitan descanso y comida. No empezaremos antes de amanecer, y no tenemos que planear tantas cosas que requieran la presencia de Breaca, aunque estaría bien que volviese antes del amanecer. ¿Qué quieres de ella?

—Quiero que venga conmigo y vea un lugar que pronto habrá desaparecido.

Breaca preguntó:

—¿Cambiará eso lo que vamos a hacer?

—No sé lo suficiente de los asedios y las guerras para contestarte a eso —dijo Teófilo, precavido—. Pero creo que sí puede cambiar quién eres.



Él la condujo a través de las puertas orientales hacia la ciudad moribunda y luego salieron por unos prados y campo abierto. El terreno era verdeante y ondulado, intacto a pesar de la violencia de aquel día. Una suave brisa del este enviaba las cenizas, los ruidos y los olores de la guerra hacia el otro lado.

Caminaban lentamente porque tenían los pies quemados y porque *Piedra* se hallaba todavía muy rígido por el combate. Las estropeadas ropas de Teófilo rozaban la hierba al compás de su paso. El sonido se convirtió en el susurro del viento en los árboles, y se unió al refrescante aroma del anochecer, que lavó por completo la

suciedad de la guerra.

Apartado de los braseros y antorchas, el paisaje nocturno se instaló en los tonos grises superpuestos y apagados. Breaca trazó las líneas de las lomas distantes mentalmente y luego volvió a hacerlo otra vez y al fin:

—¿Vamos a algún sitio que yo pueda reconocer? —preguntó.

—Creo que deberías —Teófilo hizo una pausa en la cima de una pequeña elevación—. Estabas aquí cuando Cunobelin, el Perro del Sol, fue enviado a reunirse con los dioses, ¿verdad?

—Ese hombre no tenía dioses —dijo Breaca, secamente—, o solo los encontró al final de su vida. Pero sí, es cierto, estaba aquí. ¿Podemos parar un momento? No quiero encontrarme con él de nuevo sin prepararme antes, aunque no quede de él más que el recuerdo.

Ella notó el contacto de la sonrisa de Teófilo cuando se volvió y se unió a ella.

—Tu hermano ha sido generoso con su tiempo Tenemos hasta el amanecer, si lo necesitas.

Se pusieron de pie y luego se sentaron juntos en la cima del altozano, un hombre, una mujer y un perro de guerra lisiado, mirando hacia abajo, hacia el sur y el este, donde se encontraba un montículo más pequeño y con los bordes agudos, incrustado en el paisaje.

Al tacto, Breaca fue deshaciendo los nudos del pelaje de *Piedra*. Reflexiva, dijo:

—Cunobelin fue el mejor diplomático de su tiempo. Caradoc dijo una vez de su padre que podía superar a cualquier otro hombre en el juego de la Danza del Guerrero, y que nunca dejó de jugar. Sus manipulaciones hirieron a su familia, pero mantuvo la tierra a salvo. Durante cinco décadas equilibró los deseos de Roma con las necesidades de su gente, y mantuvo las legiones apartadas de sus costas.

—¿No te gustaba? —Teófilo lo dedujo del tono, más que de las palabras.

—Era el padre de Caradoc, a quien yo amaba, y Caradoc es padre a su vez de mis tres hijos. No, no me gustaba. Aprendí a respetarle a él y todo cuanto intentó hacer, nada más.

—Entonces, quizá no deberíamos bajar a ese túmulo funerario —dijo Teófilo. Apoyó la barbilla en un puño, pensativo—. Después de que te fueras, tuve tiempo de pensar antes de que descendiera tu ejército sobre la ciudad. Me pareció entonces que había algo… diferente en el túmulo, que podía actuar a tu favor, como el templo de Asclepio hace para los griegos.

—¿Crees que podría soñar mi curación allí?

—Al menos, el inicio. Posiblemente. No te garantizo nada.

—Ningún sanador garantiza nada nunca. Nadie les creería si lo hicieran —Breaca eliminó un último coágulo de sangre del pellejo de Piedra y se puso de pie—. Deberíamos irnos.

Caminando al ritmo de la ropa de Teófilo, era difícil no recordar la magnificencia y el colorido del funeral del Perro del Sol y todo lo que había procedido de aquello. A

pesar del esplendor del sol, las semillas de la destrucción habían brotado allí por primera vez.

Breaca dijo:

—Si no fuera por los hijos de este hombre yo no tendría hijos, pero tampoco tendríamos guerra con Roma. Fue Amminio, su segundo hijo, quien pidió ayuda por primera vez al emperador Gayo para reconquistar unas tierras que pensaba que eran suyas por legítimo derecho, y por lo tanto invitó a venir a las legiones a Britania.

—¿Qué habrías preferido, la vida tal y como es ahora, o no tener hijos ni tampoco invasión?

—Pues no lo sé. No puedo imaginar la vida sin ninguna de las dos cosas. ¿Es éste el túmulo? Lo recordaba más grande.

Teófilo dijo:

—Hemos llegado por detrás. La entrada da al este, y parece más alto desde allí. En tiempos hubo una puerta de madera, con césped por encima, pero los veteranos lo quitaron y la cortaron para hacer fuego. Los niños juegan ahora en su interior.

El recuerdo y los años pasados habían hinchado el túmulo hasta el tamaño de una casa redonda, bañada por la luz del amanecer, y mucho más brillante debido a las capas de oro. En la oscuridad de una noche de batalla, se volvió a encoger hasta convertirse en un montículo bajo y achaparrado, como un oso dormido y echado en la oscuridad.

Comparado con toda la grandeza y altura del templo de Claudio aquello no era nada, apenas una arruga en los prados llanos, solo lo bastante alto para que un guerrero entrase dentro, y quizá veinte permaneciesen de pie en su interior, si no les importaba estar apretados. Era ovalado, con el costado más largo de cara al este y el oeste, el sol levante y poniente. Breaca caminó alrededor de la curva norte y vio la herida abierta de la puerta, y el hedor oscuro que procedía de dentro.

No era dada a rezar abiertamente, pero pronunció en voz alta un juramento a Nemain, a medida que la oscuridad llegaba a ella. Los niños quizá jugasen en aquel montículo de día, pero era difícil imaginar que nadie, niño o adulto, decidiese ir allí igual que estaba haciendo ella, a la mortecina luz del final del día, con la madera rota y el pellejo oscilando en la brisa y la absoluta negrura de la tumba llena de susurros de las pequeñas bestezuelas nocturnas.

Teófilo se unió a ella y quedó de pie a alguna distancia.

—Este lugar permaneció intacto todo el tiempo, cuando la Vigésima tenía aquí la guarnición. La orden de abrirlo procedió del emperador Cato.

Breaca se volvió y escupió al viento.

—Confío en que el Perro del Sol se haya reunido con él en las tierras que hay más allá de la vida, y le haya requerido un pago por la profanación de su lugar de descanso.

—¿Fuiste tú quien le mató?

Ella había olvidado que él no lo sabía.

—No. Apenas estaba viva, y desde luego no podía levantar una espada. Fue Valerio, con su caballo-cuervo. Los dos son uno solo cuando entran en combate. Ningún hombre puede sobrevivir a los dos juntos.

—Había esperado que fuese él.

Teófilo se acercó más y se agachó debajo del dintel, quedando de pie en el interior de la tumba. Su ropa se volvió más oscura aún debido a la negrura. Desde allí su voz hacía eco.

—Este lugar no es un templo, pero hay algo en él que raramente he notado, ni en el más sagrado de los lugares. Puedo quedarme contigo, si quieres, o dejarte sola con lo que pueda haber aquí.

Era de noche entonces, ya no crepúsculo. Las estrellas brillaban con fuerza en lo alto, pero no daban la luz suficiente para ver bien. *Piedra* permanecía apretado contra la pierna de Breaca y no avanzaba. La boca de la tumba bostezaba, abierta y negra, con fragmentos de madera rota en los bordes. El aire a su alrededor olía a algo seco, a huesos viejos y a cuero.

Ella dijo:

—¿Podrías esperarme al otro lado? Así estaría sola, aunque no del todo.

—Por supuesto —unos dedos huesudos se clavaron en su hombro, dándole fuerza —. Llámame si me necesitas.

El suave susurro de su túnica se oyó en el extremo más alejado del montículo y luego se hizo el silencio.

* * *

«Los griegos duermen en el templo del dios-soñador, y sueñan con su curación.»

Así lo había dicho Maroc, el Anciano, en los días idílicos de Mona, cuando lo único que importaba era quién se convertiría en el siguiente Guerrero después de que Venutio le pasara el cuerno.

El túmulo construido para Cunobelin, Perro del Sol, no era un templo a ningún dios, ni, evidentemente, era posible dormir allí.

Al principio fue bastante fácil adentrarse en la oscuridad, como había hecho Teófilo. El grisáceo fin del día fue engullido del todo, y no produjo nada. Breaca bajó la mano y sintió los pelos tiesos del cuello de *Piedra* al apretarse el perro a sus tobillos. Notó que se le ponía carne de gallina.

—Nunca fue un enemigo —dijo en voz alta.

La oscuridad esperaba y quería más. Durante un momento ella no pudo darle más, sin embargo; luego, buscando antiguos recuerdos ya resecos, dijo:

—El Perro del Sol me dio su anillo y su juramento. Yo soy su hija espiritual, y se me prometió su ayuda hasta el confín de la tierra y los cuatro vientos.

Era ya un juramento antiguo cuando lo pronunció Cunobelin, y sonaba muy arcaico en la lengua de un hombre tan evidentemente ligado al comercio y las costumbres de Roma. En aquel tiempo, Breaca pensó que aquel juramento era pura palabrería y orgullo, y pronto lo olvidó.

Allí, en el lugar de su descanso eterno, no se lo parecía tanto. Esperó en la boca de la tumba. Sus palabras fueron engullidas y no volvieron, pero la sensación de enemistad disminuyó, y ella pudo avanzar, paso a paso, y sentir cuál era su camino hacia la cavidad.

En tiempos el interior del montículo estuvo forrado con madera nueva, madura, perfumada con resina y los aromas de la comida recién preparada, colocada allí para enviar al alma muerta a su descanso en plena forma. Solo quedaba ya la tierra seca, que se desmenuzaba bajo sus dedos hasta convertirse en polvo y se le metía en los ojos.

Ella se esforzó por recorrer a tientas todo el perímetro antes de echarse. Los hombres del procurador lo habían vaciado por entero. No quedaba nada del escudo de oro, ni de las espadas brillantes, ni del carro dorado que había entregado Cartimandua, siempre tan ostentosa, ni de las jarras de vino y olivas, las bandejas y vasos de pan y carne y cerveza colocadas durante tres días y luego rotas, para que pudieran pasar a las tierras más allá de la vida y no alimentar a los vivos. No quedaba nada, tampoco, del ataúd en el cual yacía el cuerpo del Perro del Sol, ni de la urna de cenizas que se colocó allí después de incinerarlo.

—Se lo habrán llevado todo a la luz del día. Ningún romano vendría aquí después de anochecer.

Breaca hablaba con *Piedra*, que yacía echado a su lado con la cabeza apoyada en su pierna y el cuerpo muy apretado contra el suyo, de modo que notaba su aliento y el leve temblor bajo éste.

Ella quedó un rato allí echada y pensó en dormir, y en curarse. Cuando ninguna de ambas cosas sucedió, dejó que su mente vagase hacia el túmulo tal y como había sido, y al hombre para el cual había sido construido. Se representó una imagen de él lentamente, a partir de leves recuerdos, y lo llenó con aquellas cosas que habían pasado a través de las generaciones y por tanto eran más cercanas y más amadas: los ojos de Graine, el cabello entre el de Cunomar y el de Cygfa, las cejas de Caradoc, su nariz levemente aguileña…

… Y por tanto pensó en Caradoc, cosa que no había hecho desde el invierno de la muerte de Prasutago, y fue retrocediendo más y más, hasta el principio, y día a día, año a año, empezó a reconstruir su vida de nuevo, con todas las heridas desnudas, como nunca se había atrevido a hacer.

Había llegado al nacimiento de Graine y al medio día de felicidad sin mácula y todo el caos que siguió después, cuando oyó el susurro de ropajes de nuevo y el roce de los pies en la hierba.

—¿Breaca? —la voz de Teófilo estaba rasposa por el sueño—. ¿Quieres algo de

luz? ¿O comida? Tengo de las dos cosas.

Ella se incorporó y quedó sentada.

—¿Cómo sabías que estaba despierta?

—Te oía sollozar. Si prefieres la oscuridad y la soledad, te dejaré de nuevo.

—No. No necesito la oscuridad para recordar la luz, y agradecería mucho algo de compañía.

Él trajo entonces una antorcha encendida mojada en resina de pino y un soporte que la mantenía erguida al colocarla en el suelo. La luz produjo unas sombras danzantes y sacó el pasado y los fantasmas afuera, a la noche. Se hallaban en un túmulo de tierra con los muros medio desmoronados y esqueletos de ratones en el suelo.

Teófilo se sentó cerca de ella, con *Piedra* entre ambos. De un saquito que llevaba colgado a un hombro sacó un poco de queso de cabra envuelto en hojas de ortiga, un odre con agua y un puñado de avellanas.

Desde su temprana niñez, su madre siempre guardaba para ella queso de cabra envuelto en hojas de ortiga. Breaca dijo:

—Tu ciudad ha ardido hasta los cimientos. ¿Dónde has encontrado estas cosas? ¿Acaso te las ha dado Airmid?

—Reconóceme algo de ingenio —Teófilo consiguió aparecer a la vez ofendido y complacido—. El hospital tenía una bodega hecha de piedra, que no ha ardido. No ha sido un acto de genialidad especial trasladar la comida a los recintos de abajo cuando estaba claro que el ejército de la Boudica venía con el fuego y la destrucción en mente. Tengo también una manzana, ¿la quieres? Y un bálsamo para las quemaduras que tienes en los pies.

En medio de la guerra, mientras otros comían tortas de avena requemadas y mordisqueaban tiras de carne ahumada, ellos se dieron un verdadero festín y se extendieron un ungüento hecho de olivas machacadas y consuelda en los pies.

Breaca dijo:

—Me siento como una niña protegida de las realidades del combate.

—Pero solo por esta noche —dijo Teófilo. Se comió una avellana con delicadeza, como si fuera un ratón de campo—. Mañana por la mañana lucharás como hacías antes. O de forma distinta, quizá. ¿Me quieres contar por qué sollozabas?

Ella pensó un momento y dijo:

—El pasado es demasiado real aquí.

—Quizá tenga que ser así —se secó los dedos en su túnica—. Te lo preguntaré de nuevo: ¿qué era lo que te hacía llorar?

Era una historia larga, y no quedaba demasiado de la noche. La antorcha parpadeaba con una nueva corriente y de ese modo, aunque no era el principio, ella empezó con el fuego, y la luz del sol, y el oro deslumbrante del funeral del Perro del Sol.

Hablando en voz alta a un ser vivo era más fácil conjurar la magia que Luain

macCalma había aportado al primer día del funeral, con sus pepitas de oro incrustadas en la verde hierba del túmulo, para captar los primeros rayos del sol naciente, y luego el oro que había detrás, y que brilló llamativamente en el amanecer hasta que se colocaron las pieles que cubrían la puerta.

Fue más fácil también recordar al hombre, reconstruir sus rasgos en la vida y en la muerte, trazar la línea de su rostro cerúleo en su ataúd, elevado hasta los cielos, y luego el fuego y el humo después, cuando ya le habían incinerado, que olía muy distinto del fuego y el humo de Camulodunum.

Ella habló también de Caradoc, tercer hijo de Cunobelin, que fue su segunda pérdida, después de Valerio, y llegó al nacimiento de Graine con mayor rapidez, y a la pérdida de Caradoc, y a los años de caza solitaria que vinieron posteriormente.

Teófilo ya conocía su viaje a las tierras de los icenos, pero ella le contó cosas que no le había contado a nadie, y mucho menos a sí misma: los tensos inviernos con Tago, que quería engendrar un hijo y no podía, pero de todos modos lo seguía intentando; la pérdida de Cunomar y su regreso; la muerte de Tago y la sorprendente pena que sintió por ella; la inexorable escalada de la guerra y el procurador, que casi la había destruido; el dolor de Graine y de Cygfa y de Cunomar y la alegría de Valerio, y luego otra vez, como siempre, Graine.

La mañana ya había llegado hasta ellos y la antorcha de resina gorgoteó hasta desvanecerse, y ella descansó. Breaca se llevó una mano a los ojos. Después de un rato, recordando que estaba en compañía, dijo:

—Te he mantenido despierto toda la noche. Lo siento.

—No, no lo sientas —Teófilo fue a sentarse frente a ella. La luna tardía había salido ya, dando la luz suficiente para ver. Él inclinó la cara y miró a través de los ojos hasta ver lo que había en su interior.

—¿Cómo te encuentras?

Ella se sentía igual, o peor. Le dolía mucho la cabeza. Tenía la lengua entumecida por haber hablado demasiado. El futuro seguía tan gris e informe como lo había estado desde el final de las fiebres.

Luchando por encontrar algo, dijo:

—Me siento menos asustada por este lugar, y me importa más el hombre que estuvo aquí. Como Eburovic, Cunobelin fue el abuelo de mis hijos. Y eso importa.

Teófilo le tomó el brazo y la volvió hacia el gris pálido del amanecer y buscó en su rostro con los ojos y en su espalda con los dedos inquisidores, y le miró la lengua y puso los dedos planos encima de su muñeca y luego en el cuello para oír la canción de su pulso. Al final, dejó caer su brazo. La pena y la desilusión le envejecieron.

Breaca se puso de pie junto a la boca del túmulo. Dijo:

—Me dijiste que me costaría seis meses.

—Pero este lugar me pareció distinto, me pareció que tenía gran parte de lo que te faltaba a ti —él retrocedió—. Lo siento. A veces las viejas heridas deben abrirse de nuevo para que se curen limpiamente, pero no había pensado causar tal destrucción

en ti.

—Si hay destrucción fui yo quien la causé —Breaca fue a abrazarle y le encontró tan tieso como ella de frío—. Has hecho cuanto has podido. Si no hay curación, no es culpa tuya —entonces sonrió, porque él lo necesitaba, y dijo animadamente—: Debemos ir y calentarnos un poco en los fuegos de Camulodunum. Hoy tenemos que asaltar un templo.

XXIV

El cadáver yacía boca abajo en el agua. Tenía el cabello extendido alrededor de su cabeza como las frondas de una anémona marina, vibrando un poco con el balanceo de las olas. Era de un amarillo sucio, del color de la paja vieja, y eso no ayudaba precisamente a identificarle. Podía ser fácilmente un siluro, un amigo cuyo cuerpo debía ser retirado y entregado con limpieza a Briga, o bien uno de los jinetes batavos de los que quizá había que ocuparse con más respeto aunque solo fuera por Corvo, o también uno de los romanos con el cabello pajizo que salpicaban la legión Vigésima, producto del tiempo pasado entre las tierras del norte. Si era así, no había razón para no dejar que se hundiese lentamente y alimentase a las criaturas de Manannan como acción de gracias por su ayuda en la batalla.

Graine estaba sentada al final del espigón de Mona, con los pies colgando justo por encima del chapoteo del agua, y le veía dar suaves golpes contra el pilar de roble. El hombre no llevaba armadura, pero eso no significaba nada: la mitad de los legionarios habían abandonado su armadura en la travesía exterior, cuando vieron la ira de los dioses del mar. Para unos hombres que habían vivido y muerto por la espada, la muerte por ahogamiento era algo que había que temer casi tanto como la muerte por fuego. Era preferible enfrentarse a guerreros sin armadura que caer en el agua hambrienta y ahogarse todavía vivo.

Una barca vuelta del revés empujaba suavemente al muerto, como una vaca que dirige a su ternero, sacándole hacia el mar. El cuerpo giró un poco, con los miembros extendidos, como una estrella de mar. Faltaba el brazo derecho desde el codo hasta abajo. La sangre fluía en perezosos hilos manchando los percebes y las algas de un gris verdoso. Llevaba un tatuaje que subía hasta la axila. Éste despertó en ella recuerdos antiguos, aunque no claros. Nada llegaba a ella con claridad; el horror de la batalla había detenido el funcionamiento de su mente y ella no había encontrado la forma de hacerla seguir de nuevo. Miró hacia el agua e intentó rezar un poco. Tampoco lo consiguió.

—Es un batavo. Le oí caer —Bello vino a sentarse junto a ella. Llevaba un bastón, algo nuevo en él, largo, retorcido y pintado. Ella pensó que quizá fuese de espino, pero no estaba segura. Parecía obra de Luain macCalma: un regalo antes de la batalla, quizá. Ella lo cogió y hurgó en el agua, y usó el mango en forma de cuerno de Carnero que llevaba al final para enganchar el hombro del ahogado y darle la vuelta para verle bien la cara. Tenía la boca abierta, con los dientes muy blancos y regulares. Podía ser siluro perfectamente.

Graine dijo:

—¿Cómo sabes quién es si no puedes verle?

Hubo un pequeño paréntesis, un tiempo suficiente para darse cuenta de que había sido muy brusca, y supo que a él no le importaba, pero le preocupó lo que podía responder.

Al final dijo:

—Su fantasma todavía está cerca.

Ella tenía que haberlo sabido. El campo de batalla se hallaba atestado de fantasmas de los muertos, y ella los notaba solo por la ausencia de vida que nublaba su mente. Dijo:

—Creo que a lo mejor ya sé qué significa estar ciego en la tierra de los que ven.

Bello era gentil, amable y tolerante. Había tenido un día mucho mejor de lo que podía haber soñado jamás; ella le había visto caminar a lo largo de la costa, dirigiendo a los soñadores como si viera lo mismo que cualquiera de ellos. Solo una vez tropezó un poco, y fue porque un caballo se había soltado y sus cascos coceantes pasaron demasiado cerca de su cabeza.

Él dijo entonces:

—No, no es verdad. Pero quizás estés sorda mientras los demás pueden oír. No es lo mismo, pero tampoco es fácil. ¿Te gustaría saber más de él? —recuperó su bastón y secó el mango con el manto que llevaba. Sin esperar respuesta, continuó—: Era un jinete. Su caballo ha muerto este mismo día, y Corvo le ha regalado otro. Ha permanecido cerca del decurión a causa de este hecho, y por tanto vivía aún cuando el mar ha venido a devorarles. Uno de los legionarios le ha atacado cuando Corvo ha traído a sus tropas para que les escoltaran hasta la tierra. Estaba demasiado lejos en el sueño para distinguir a amigos de enemigos.

—¿El legionario o el jinete?

—Ambos. Pero el hombre de la caballería se estaba recuperando cuando éste ha muerto; podían verlo bastante entre el humo para distinguir la tierra del mar, y no todos han quedado atrapados en la confusión de las pesadillas, como los legionarios. Corvo ha comprendido lo que estaba ocurriendo. Ha sido bueno que tu visión en el fuego dijera que lo mantuviéramos con vida.

Eso era lo que estaba mal. El estómago de Graine se retorció y se sintió marcada. Dijo:

—No fue lo que vi en el fuego. En el fuego, la caballería y todos los legionarios se mataban entre sí, hasta el último. No quedaba vivo ninguno de ellos excepto Corvo.

Ella miró hacia fuera, a los estrechos. A lo lejos, junto a las costas de la tierra firme, las primeras barcas romanas estaban ciando con los remos de sotavento, volviéndose de costado para llevar a los hombres heridos y exhaustos lo más cerca posible de la costa para que pudieran llegar sanos y salvos, de modo que no tuvieran que desembarcarlos en las aguas profundas. Corvo los había reunido y ellos habían quedado bajo su mando, en buen orden, más o menos. No era como el final que ella había tejido en el fuego.

Ella dijo:

—El gobernador solo ha enviado a la mitad de sus hombres a atacarnos, y la mitad de éstos ha regresado. En el fuego, dos legiones murieron en Mona. Deberíamos haberlos matado a todos.

Esta vez Bello tardó más en responder. Lo bastante para que la barca que iba dando golpecitos al batavo de la caballería se lo llevara afuera, al agua abierta de los estrechos, donde las corrientes lo atraparon y empezaron a darle vueltas lentamente y luego más rápido y lo condujeron hacia abajo con cada vuelta, hasta que la espiral de paja que era su cabello se hundió demasiado en el agua para poder verla.

Ella notó un súbito pinchazo en el costado y un hueco parecido al de una habitación que se hubiese vaciado de pronto.

Como estaba furiosa, dijo:

—Espino ha sobrevivido. Te vi decirle adiós, como si pensaras que no iba a vivir.

—Eso fue para más tarde —Bello estaba siendo muy paciente con ella—. Nadie vive para siempre, y no hay mal alguno, nunca, en disfrutar de la felicidad de un día mientras dura.

Se inclinó hacia delante y arrastró la punta de su bastón por el agua, creando un surco. Más serio, dijo:

—Si no hubiésemos dejado a Corvo con vida, entonces probablemente los legionarios se habrían matado entre sí hasta el último hombre, como en tu visión. Ciertamente, todavía estaban atrapados en el sueño cuando los llevamos a las barcas y les hicimos partir. Él es un buen hombre que comprende a los dioses, de modo que no siento haberle dejado vivir, pero es posible que hayamos alterado algo que cambie el futuro más allá de lo que tú viste.

Graine ya había pensado en ello. Dijo:

—No vi a Corvo asesinado cuando miré en el fuego. Y vi que dos legiones atacaban Mona. Hoy el gobernador solo ha enviado la Vigésima. No ha dejado atrás a la Decimocuarta por nosotros.

—No. Y tú viste que Valerio y Cygfa dirigían la carga en la playa, pero no la Boudica. Me parece que quizá vieses dos cosas a la vez, que parte de la visión era para hoy, y el resto sucederá en otra ocasión. Si no es así, no podemos hacer nada para evitar lo que ya ha ocurrido, solo vivir con lo que nos ha sido dado.

Bello se puso de pie. Su bastón le llegaba a la parte superior de la cabeza. El cuerno de carnero estaba tallado en forma de cabeza de cuervo, con ámbar en los ojos. Pequeños puntitos de fuego que brillaban al sol. Unas serpientes se retorcían por debajo, bajando y subiendo por toda su extensión.

Graine dijo:

—MacCalma te ha marcado para Briga.

Él sonrió con dulzura.

—Creo que la marca se hizo hace mucho tiempo. El Anciano simplemente me lo ha dejado claro, para que yo lo vea. ¿Volvemos antes de que haya demasiada

oscuridad? Las legiones no volverán hoy. Posiblemente tampoco vuelvan mañana, y pasado mañana quizá sabremos por qué han ocurrido las cosas como han ocurrido. O no lo sabremos, y volveremos a luchar, pero será contra hombres que ya han sido derrotados una vez, y esa ventaja es nuestra, y no de ellos.

Él extendió la mano, como disculpa por desaires que no eran culpa suya, como ofrecimiento de ayuda y promesa de apoyo.

Graine la tomó y dejó que él la pusiera en pie y caminaron juntos hacia la casa grande a lo largo de caminos que él sentía y ella veía, donde empezaba ya a crecer el llantén y a salpicarse el perifollo silvestre de pequeñas florecillas blancas como granizo, ahora que el espino había pasado ya, y un zarapito se alzaba piando desde lo más alto de la playa y luego volvía a bajar planeando por encima de la hierba salada de los prados y hacia el nuevo verdor del brezo y del abedul que había más allá.

Por el camino ella vio una espada en la costa y corrió de vuelta a cogerla, de modo que, por primera vez en su vida, caminó en la oscuridad hacia el hogar de los soñadores con una espada en la mano.

* * *

Corvo había perdido la espada y por tanto no podía matarse con ella, cosa muy desafortunada, porque había jurado entregar su vida como sacrificio al mar.

Salió vadeando del agua y vio a su yegua que caía de rodillas y luego de costado en la dura piedra de la costa. Él también cayó de rodillas junto a ella y le puso una mano en el corazón. El latido del corazón se inició a su contacto, débil aún e inestable, pero cierto. Eso era lo que importaba, por encima de todo, por encima de Urso y de Sabinio y de Flavio y de su comportamiento en el largo y desesperado viaje de vuelta nadando, por encima incluso de los hombres de la Vigésima legión que le habían seguido a través de la niebla de sus pesadillas y habían vuelto a casa a través de una milla de hambriento océano, hasta la seguridad. Desde luego, por encima de la presencia imponente de Suetonio Paulino, por la gracia del emperador, y por cortesía de la lánguida paciencia del emperador, gobernador de toda Britania, encargado de la tarea de someter al oeste o morir en el intento.

El gobernador no había muerto en el intento. En su lugar lo habían hecho tres mil hombres, con muy poco provecho. Otros dos mil aproximadamente habían vuelto vivos de la batalla, pero destrozados. El gobernador, evidentemente, no había pensado que esto constituyese ningún tipo de victoria, y era bien sabido que no toleraba la derrota.

Se hallaba de pie en la playa, en los márgenes del brezo y de las rocas, con las manos juntas y apretadas ante él y el rostro adusto, como si ya estuviese tallado en mármol monumental. Sin mirar hacia abajo, al lugar donde estaba Corvo arrodillado,

dijo:

—Prefecto, preséntate.

Corvo se puso de pie. Le castañeteaban los dientes y no podía parar. Su carne temblaba como la de un hombre con parálisis. Dejó caer la mano por puro hábito hacia el lugar donde tenía que haber estado el pomo de su espada. Con algún esfuerzo, recordó que se la había desabrochado y la había dejado caer en la costa de Mona justo antes de devolver su yegua a las olas, hacia un lugar donde las corrientes eran letales y ya habían volcado dos de las barcas.

En un mundo y un tiempo en el que no había certeza alguna, ni la solidez del suelo que tenía bajo los pies, ni la identidad de los hombres que tenía a su lado y que habían empezado a tomar forma de cuervos, había pensado que dejar caer la masa de hierro ligada a su cintura era un acto de notable cordura. Y una parte de sí todavía lo creía.

—¿Has visto un diezmo alguna vez?

El rostro del gobernador estaba muy cerca. Los ojos inyectados en sangre lagrimeaban por el viento. La rabia, o aquel mismo viento quizá, habían puesto su nariz tan roja como la cresta de un gallo, y chorreaba mucosidad. Parecía un actor representando una farsa griega.

Sin embargo resultaba que sí, que Corvo había visto un diezmo una vez. El recuerdo permanecía cuidadosamente enterrado en la parte más oculta de su mente, donde no era probable que emergiese sin advertencia y le acobardase. Tuvo mucho cuidado de no pensar en aquello, en esos momentos. Dijo:

—No.

El mar todavía estaba dentro de sus oídos, su garganta y sus senos nasales. Le picaba en los ojos, de modo que tenía problemas para enfocar bien la visión, o quizá fuese la resaca del humo de los soñadores; tampoco en Mona podía enfocar bien.

Era el mar, no la isla, lo que había mermado sus sentidos; su nariz y su garganta estaban estragadas por la salmuera dejando tras de sí solo sequedad. Urso se hallaba cerca, pero Corvo no notaba el olor de la piel de lobo del dacio. Hubo un momento, menos de un día antes, en que habría pensado que aquello era un milagro. Ahora solo parecía un hito más en el camino hacia el desastre. Consideró la extrañeza de un mundo sin olores y, por un momento, le importó más que la amenaza del emperador.

—Corvo…

Corvo suspiró y no se preocupó de ocultarlo. En la costa de Mona había mirado a los ojos y corazones de unas cosas peores que la muerte. Luain macCalma le había prometido la vida pero no la cordura, y su protección no se había extendido hasta el punto de salvaguardar la integridad de la mente de Corvo.

Cansadamente, dijo:

—El segundo gobernador, Escapula, amenazó con diezmar a la Vigésima en Camulodunum cuando los icenos se hallaban en rebeldía. Entonces decidió que no tenía la autoridad suficiente. Estos hombres se hallan en las garras del agua y de los

soñadores. Están demasiado exhaustos para caminar; la mayoría de ellos no puede ni mantenerse en pie. Aunque puedan oírte, dudo de que sean físicamente capaces de echarlo a suertes, y si lo hicieran, no creo que pudieras encontrar a nueve de ellos sanos para levantar una porra en contra del décimo. En cualquier caso, ninguno de los que ha sobrevivido al infierno de las costas de Mona estaría dispuesto de buen grado a asesinar a un amigo que estuviera a su lado. La Decimocuarta podría hacerlo, pero si pones a los hombres de una legión a matar a los de otra, causarás una escisión que durará más que nuestras vidas, por mucho que podamos vivir ambos.

La mirada del gobernador se paseó por la bahía y luego volvió a Corvo. Inhaló aire visiblemente pero luego se arrepintió; sin duda, la piel de lobo de Urso estaba cerca, y húmeda por el mar, lo cual no serviría precisamente para disimular su hedor. Dijo:

—No considero probable poder permitirme el lujo de llegar a una edad avanzada, y mucho menos después de lo de hoy. Debemos tomar esa isla y eliminar a todos los que viven allí o morir. Podemos morir en el intento, pero será mejor eso que lo que pueda ocurrir a manos del César si volvemos derrotados. ¿No tienes ningún motivo más poderoso por el cual no deba ejercer la ira de Roma sobre los hombres que me han fallado?

Y así, Corvo explicó el resto de lo que había entendido al arrastrarse fuera del agua y darse cuenta de que llevar media legión de hombres de vuelta vivos y arrancados a las fauces del Hades no iba a bastar.

Con tranquilidad, claramente, sabiendo lo que hacía, dijo:

—No te has ganado ese derecho. No estabas allí para enfrentarte al enemigo con ellos.

Vio el golpe que venía y no hizo nada para evitarlo. El pomo del cuchillo del gobernador le dio en la sien izquierda, en el lugar donde su casco podía haberle protegido de no haberlo arrojado también a la playa de Mona.

Notó la conmoción y la rabia súbita que siempre sentía cuando le golpeaban y luego una larga, larga caída que duró un siglo, y tuvo tiempo suficiente para verlos rostros de aquellos con quienes querría reunirse, si finalmente se le permitía morir. No pensó que fuese pronto, dada la terrible ira del gobernador. Vio a Urso, con aspecto preocupado, y no estuvo seguro de si era en su mente o no. Vio a Valerio, montado en su caballo loco, y supo que se había desmayado, y por tanto se sintió libre después de irse Valerio de abrazar al alejandrino de cabello oscuro que le dio el halcón de Horus como regalo de despedida, y que nunca volvió. Lo último que vio fue a su madre, cosa que le sorprendió, pero al final no: había aterrizado como enemigo en la tierra de Briga, y era justo que una madre viniera a ver su final.



Los batavos estaban de celebración, y alguien había matado a un cerdo.

El sonido de canciones de borrachera iba y venía en un ritmo oscilante, más sonoro que el mar. El sonido era acorde con el dolor punzante que notaba en la cabeza, concentrado en la sien izquierda. El olor a cerdo descuartizado iba y venía también con el mismo ritmo, y no conseguía cubrir del todo el hedor de la piel de lobo mojada que le llenaba la nariz y la cabeza y los pulmones, espeso y acre como el de un pez pescado hacía un mes. Corvo yacía quieto, saboreando aquella horrible mezcolanza de olores, y se sentía agradecido de no tener que morir sin la capacidad del olfato para recordar el mundo.

Yacía cubierto, cosa que le sorprendió. Una lluvia indecisa tamborileaba en la tienda de piel de animal que tenía por encima de la cabeza, diluyendo el coro de los batavos. Más allá de la descomposición del pellejo de lobo, el aire olía agradablemente, a humedad. Estaba echado encima de unas sábanas, y no llevaba ya la armadura. Alguien le había desvestido y lavado. Tenía la cara limpia y despejada, y no notaba sabor a sal cuando se pasaba la lengua por los labios. No conseguía abrir los ojos, pero el mordisco agudo del aire hablaba de la noche.

No sentía dolor alguno, cosa que representaba una segunda sorpresa, excepto en la cabeza, que se había abierto como un huevo y dejaba escapar sus pensamientos hasta el suelo, en un confuso revoltijo. Aquello había ocurrido antes y Teófilo le había tratado los dolores de cabeza que le postraban. Perdió algún tiempo pensando en Teófilo y cómo se tomaría las noticias de que su amigo el prefecto había sido ejecutado por no conseguir cumplir con su deber.

Corvo quería llegar hasta él, explicarle la naturaleza del sacrificio asumido voluntariamente, y la naturaleza de la obligación. Quería que se supiera, que se conociera más ampliamente y no solo por parte de Teófilo, que los dioses aceptaban tales cosas con el espíritu con el cual se les ofrecían, y que no había deshonor alguno, por mucho que pudiera parecer a los ojos de Roma. La necesidad de su propio orgullo le sorprendió; a través de todos sus años de combates, con la muerte nunca más lejos que el grosor de su propia piel y la espada que podía penetrarla, había pensado que lo que importaba era la vida y la forma de vivir, no la naturaleza y el momento de su muerte. Luain macCalma, por el cual sentía un perdurable respeto, había dicho algo similar: «toma la vida que se te ofrece y vívela bien, según la verdad de tu propio corazón».

Se le ocurrió que Luain macCalma era capaz de ver cosas que él, Corvo, no podía, y que el soñador no había querido que él entregase su vida a Manannan, el de los mares salvajes, solo por aplacar la cólera de otro hombre.

En la oscuridad sin fin oyó la voz del Anciano, con la del dios del mar detrás: «si tienes cuidado de ahora en adelante, te reunirás con mi hijo al menos una vez más en esta vida».

Pensaba que había tenido mucho cuidado. Se durmió buscando a Teófilo y al soñador para preguntarles en qué se había descuidado. En el lugar sin tiempo, soñó

con un diezmo y lo que representaba contemplar a una legión entera en la cual nueve de cada diez hombres golpeaban con una porra hasta matarlo al décimo, con el cual hasta aquel momento habían compartido la vida, el pan y la batalla y, en algunos casos, el lecho, la pasión y el amor. En su sueño él podía detener aquello, pero en vida no había podido hacerlo.

Cuando se despertó a continuación, alguien que sabía muy bien que el aire fresco ayuda a despejar el dolor de cabeza había levantado el faldón de la tienda detrás de su cabeza y lo había dejado abierto al cielo. La brisa que le acariciaba el rostro era muy suave, no el viento cortante de Mona, que llevaba consigo el lamento de hombres y mujeres ancianas muertos hacía mucho tiempo y aquel humo insidioso. El olor a cerdo y a sangre fresca había sido sustituido por el olor a cerdo asado, cosa que significaba, ahora que lo pensaba, que en su ausencia alguien había ordenado que mataran al único cerdo de la Quinta Gallorum.

Una voz áspera y cansada dijo:

—Te está costando mucho. No te dio tan fuerte. Empezaba a pensar que los soñadores te habían robado el alma y que tendría que mandar de nuevo a Flavio nadando a Mona, para encontrarla. Habría ido por ti, lo sabes bien. Después de lo de hoy, creo que te seguiría hasta el mismísimo Hades y de vuelta, sin rechistar.

—Urso —dijo Corvo sin entonación alguna, cosa poco amable, y sonrió para eliminar la posible aridez. Había bloqueado un mandoble de espada que podría haber decapitado a Flavio. No era un acto que tuviese un mérito particular, y no pensaba que nadie más lo hubiese visto. Posiblemente no era así, pero el propio Flavio lo había contado, y eso significaba algo, aunque no podía imaginar el qué.

Se le ocurrió que podía sentarse pero luego se lo pensó mejor y se quedó mirando las pieles de la tienda y luego de lado la pequeña lámpara parpadeante de esteatita que arrojaba unas sombras de formas extrañas por encima de su pecho. Las contempló un rato y luego vio que tenía la apestosa piel de lobo echada encima, como manta. Nunca, en los cinco años que hacía que conocía a Urso, había visto que aquel hombre permitiera a otro poner un solo dedo encima de su talismán.

Dijo:

—Estoy mucho más agradecido de lo que puedo expresar, pero no deberías estar aquí. Después de lo de hoy, no es seguro estar a mi lado.

Urso se sentó junto a su cabecera. Sonrió y él lo vio boca abajo, de modo que cuando le hizo un guiño por un momento se convirtió en uno de los monstruos de la playa de Mona y Corvo tuvo que cerrar los ojos para librarse de aquella visión. Contra la negrura de sus párpados, oyó decir a Urso:

—Estás a salvo hasta que Paulino acabe de hablar con los mensajeros, cosa que podría durar hasta mañana, por lo que parece. No suele recibir mensajes personales dirigidos a él por parte de la realeza.

—¿La realeza? —Corvo se incorporó con excesiva rapidez, y el mundo se volvió desagradablemente rojo. Apoyó la frente en las rodillas y respiró por la boca. Con voz

ahogada, dijo—: ¿Qué realeza? ¿Han enviado los icenos un mensajero al gobernador?

—No creo. Si Sabinio no se equivoca, y ha pasado una enorme cantidad de tiempo arreglando el mango de su estandarte muy cerca de la parte trasera de la tienda del gobernador, el mensaje viene de Cartimandua, reina de los brigantes por la gracia del emperador. Pero también está el legado, dos tribunos y las dos primeras cohortes de la Segunda que vienen del lejano sudoeste por iniciativa propia. Traen todos el mismo equipo de campaña, cosa que significa que probablemente es cierto.

Corvo se llevó las manos a los ojos y deseó pensar con mayor claridad. Las imágenes de sus sueños se agolpaban en los lados de la tienda, de modo que podía oír a los hombres chillando y luego la súbita quietud cuando todo se detuvo.

—¿Cuál era el mensaje? —preguntó—. ¿Qué mensaje puede ser, que lleva al brazo armado de la Segunda tan al norte y a un mensajero de Cartimandua tan al sur, antes de que las rutas comerciales estén plenamente abiertas?

No había sutileza alguna en Urso. Las noticias surgían de él antes incluso de que hablase, ahogándole en su enormidad y sus implicaciones, tanto personales como políticas. Como un hombre que ofrece un regalo de gran valor, dijo:

—El este se ha rebelado. Los icenos se han alzado de nuevo y están asaltando Camulodunum. A estas horas ya estará convertida en cenizas, y después Camonium, Londinium, Verulamium. Sin legiones que les detengan, tienen el camino libre a través de todas las ciudades al sur del río hasta las tierras de Beriko, que están junto al mar.

Era imposible. Era inevitable. Aquellas dos ideas corrían juntas en su mente y chocaron de forma terrible en su sien izquierda.

—¿Y qué ha pasado con la Novena? Eran ellos quienes defendían el este. Podían detener cualquier rebelión antes de que ocurriese.

—Ya no. La Novena está destrozada. Los icenos usaron la táctica de Arminio en el Rin y les hicieron pedazos. Lo que queda, que no es mucho, está bajo sitio en la fortaleza de la costa este. Petilio Cerial aún vive, pero supongo que no por mucho tiempo. Si tiene algo de sentido común, se dejará caer encima de su espada.

Urso no le daba importancia, como si perder una legión fuese una menudencia que arruinase a un hombre solo y no un acontecimiento que podía derrocar emperadores y a los hombres que los servían. Volviendo a recuperar el dominio de su corazón, dijo:

—Flavio cree que la mujer a la que liberamos era la Boudica. Es una suerte que tú le hayas salvado la vida hoy, porque de lo contrario ahora mismo estaría informando al gobernador y tú y yo y Sabinio seríamos hombres muertos. Paulino puede perdonarte por haberle llamado cobarde cuando no había nadie más que lo pudiera oír. No te perdonará por liberar a una rebelde que ha encendido la yesca en el pozo del alquitrán de las tribus del este y…, ¿me estás escuchando?

«La Novena ha sido aniquilada. Los icenos han usado la táctica de Arminio…» No eran los icenos sino Valerio. Nadie más podría haber traicionado a Roma de la misma

forma que Arminio. Viéndole encima de su caballo demente en el poblado iceno, con el procurador a sus pies, Corvo había comprendido que Valerio iba a unirse a su hermana, si es que vivía aún, y si el resto de la nación icena le aceptaba y no le lapidaba desde sus umbrales.

Visto desde una cierta distancia, con la sabiduría que da la experiencia y la comprensión de las tribus, era posible entender que toda la vida de Valerio había sido moldeada por los dioses solo para esto, si uno deseaba creer en los dioses y en que los dioses moldean a los hombres. En aquel momento, Corvo deseó con intensidad creer que algo moldeaba nuestras vidas y todo cuanto comportaba ese hecho. «Todo es posible en la muerte, como en el sueño…» Quería creer también eso.

A través de la negrura de una súbita y dolorosa pérdida, oyó su propia voz que decía:

—Por supuesto. Siempre te escucho. Si tuvieras algo de sentido común, me denunciarías tú mismo.

Esperó una respuesta similar, pero solo recibió silencio. Se apartó las manos de la cara. La llama de la pequeña lámpara de esteatita era demasiado brillante.

Urso le miraba meneando la cabeza.

—No me escuchas. Flavio es inestable. Te ama, y ahora te debe la vida y por lo tanto también se siente contrariado. Hablará porque se le calentará la boca y solo pensará después en los motivos. Pensaba que lo comprenderías, pero no ha sido así. Podías haberle dejado morir allí en la costa, y no habría pasado nada. Nadie lo habría sabido.

—Quizá —el olor de cerdo asado llegó al vientre de Corvo y a su cabeza al mismo tiempo. El hambre y la náusea le mordisqueaban por igual, haciéndole salivar. A veces comer ayuda. Lo consideró y lamentó haberlo pensado.

A través de las náuseas crecientes dijo:

—Soy un hombre condenado. El gobernador puede hacer que me cuelguen por la mañana, por dirigir la retirada de Mona, o por liberar a Breaca de los icenos de la crucifixión del procurador. En cualquiera de los dos casos, o en ambos, solo puedo morir una vez. Tú y Sabinio todavía tenéis una vida por delante. Prefiero creer que Flavio es su peor enemigo, y que se matará a sí mismo antes de matar a otros, pero si los dos pensáis que es un problema, podéis decidir qué hacer con él mañana, o cuando él se olvide de que le he salvado la vida. Mientras tanto, si no quieres que vomite encima de tu piel de lobo, ¿crees que podrías pedirle un favor a los batavos y traerme algo de cerdo?

Una voz que procedía desde detrás del faldón de la puerta dijo:

—Ya lo tengo. Y quizá yo sea mi peor enemigo, pero no olvidaré lo que hiciste.

El aire de la tienda de repente se puso agrio. El olor a cerdo era intenso y abrumador, y aun así, no llegaba a oscurecer ni de lejos el hedor de la piel de lobo húmeda. Corvo cerró los ojos y luego los abrió. Dijo:

—Lo siento —y las palabras cayeron en el abismo abierto a sus pies. No bastaba,

nunca bastaría.

Flavio se hallaba de pie ante el faldón de la puerta, sin entrar aún. Meneó la cabeza cansinamente.

—Decías lo que pensabas, y él también dijo lo que pensaba antes. Puede que tenga razón. Si no te hubiese visto parar la espada del centurión hoy, quizá estaría ahora mismo hablando con el gobernador. Y quizá lo haga mañana, lo recuerde o no. Pero puedo llegar demasiado tarde, y puede que muera contigo. No soy el único que sabe qué fue lo que hiciste; veinte de los nuestros cabalgaron contigo hacia el poblado de los icenos para enfrentarse al procurador, y seguramente no soy el único que dedujo a quién habíamos salvado. Si crees que solo yo deseo comprar mi propia vida a cambio de información, eres más tonto de lo que yo pensaba.

La mirada de Flavio recorría el cuerpo de Corvo desde las cicatrices de los tobillos producidas a bordo de un barco hasta el nudo causado por una lanza entre las costillas y la reciente magulladura en un lado de su rostro. Algo aleteó en sus ojos que podía ser pena, o rencor, o desdén, o promesa de retribución, ahorrada para más tarde.

Dijo:

—El gobernador quiere hablar contigo en su tienda. Ha convocado un tribunal. Deberás vestirte primero.

Le había llevado una tabla con tres tajadas de carne caliente y un montoncito de olivas a un lado. La carne estaba perfecta, un poquito sonrosada por el centro. La piel tostada y crujiente tenía los bordes marrones y finos. Las olivas estaban aliñadas y las habían colocado en círculo, señalando hacia fuera. Dejó su regalo en el umbral de la tienda y retrocedió hacia la noche sin nubes. Se volvió para irse, dio tres pasos y volvió, y el dolor que se veía en su rostro era muy visible, y se transmitía desde la garganta hasta la boca.

Con la voz ronca, Flavio dijo:

—Tenía mejor opinión de ti.



Fue un riesgo desde el principio. Desde el momento en que Corvo entró en la hacienda de los icenos con los veinte hombres de su séquito personal a su espalda y vio a una mujer conocida en el suelo, junto a un poste de azotamiento; desde antes incluso, cuando vio a un explorador-halcón de los coritanos con una herida de cuchillo en el labio y detectó el salvajismo en sus ojos; o antes incluso, cuando vio a un jovencito de los icenos en una feria de caballos en la Galia y detectó en él algo más que salvajismo…

Retroceder en la línea de sus acciones no tenía sentido alguno. Se habían

traspasado las fronteras y se había traicionado la confianza, y en cada uno de los pasos Corvo había creado justificaciones para sí mismo: que no traicionaba a su emperador, ni a su estandarte, ni a su juramento a su general; que comprendía las complejidades de la vida tribal y estaba bien situado (posiblemente, en la mejor situación) para juzgar cómo se podían reconducir las cosas después de las calamidades de las acciones de otros; que él podía actuar por simple honor y que así mejoraba el honor de su raza y su cargo.

Caminando la corta distancia a través del brezo y el principio del barro de la tienda del gobernador, pensó en decir algo semejante al tribunal que le esperaba dentro, pero las palabras se enredaron en su boca y las abandonó sin pronunciarlas. No pensaba mentir, ni mancillar la vida que le quedaba. Al menos eso sí que lo había aprendido.

Pensó en lo que podía decir: «lo hice porque una mujer me ofreció una espada en una ocasión, cuando la necesitaba, y yo no comprendí entonces la profundidad de lo que me estaba dando». O bien: «una niña me dio su caballo, como una hermana a un hermano, y en mi ignorancia, pensé entonces que comprendía lo que ella me daba, y no fue así hasta que he pasado hoy los estrechos y he visto la grandeza que encerraba ese gesto». O sencillamente: «me pareció lo único honorable que se podía hacer».

Eso último sonaba falso. Pero era también lo único que se podía esperar que comprendieran quienes le esperaban allí dentro. En conjunto, pensó que podía ser mucho más fácil permanecer en silencio; creía que el resultado final no supondría diferencia alguna.

Llegó a la tienda. El resplandor de los braseros dibujaba manchas rojizas en las pieles. Sentía el calor y la humedad y el sudor y el aire viciado del carbón ardiendo desde más allá de la puerta, y luego lo olió todo. Él mismo olía a piel de lobo húmeda, cosa muy desafortunada, pero que no se podía cambiar.

Aspiró el aire y saboreó el aroma a brezo y a mar y el frío agudo de la noche primaveral y luego rascó el faldón de la puerta y oyó que el escribiente que estaba dentro se adelantaba a abrirlo, y le anunciaba a aquellos que iban a juzgar todo lo que había sido.

* * *

No era un tribunal, sino algo mucho mayor. El legado y los tribunos de la Segunda legión estaban allí, y también los de la Decimocuarta. Dos de los tres oficiales de mayor rango de la Vigésima habían muerto aquel día, y solo quedaba un tribuno joven para dirigir la legión.

Ocho oficiales, por tanto, se hallaban sentados en un escritorio pensado para cuatro, hombro con hombro, muy apiñados, con lámparas encendidas ante ellos, de

modo que las líneas de la oscuridad y las llamas formaban rayas en sus rostros. Un noveno hombre, más grueso que los demás y con el cabello de un rubio casi blanco, se encontraba en un extremo de la mesa, con espacio para respirar y moverse y estirarse hasta coger con sus gruesos dedos un vaso de vino. Tres veces tres, el número de Júpiter; una corte militar en pleno.

Los juncos del suelo se habían cortado húmedos, y habían empezado a pudrirse. Corvo notó que sus pies resbalaban al ir avanzando. El tiempo bostezaba a su paso, de modo que la distancia de la puerta al lugar donde debía permanecer en pie, donde las lámparas arrojaban su luz, era tan largo como el recorrido a nado hasta Mona. Conocía a todos los oficiales que estaban situados frente a él, a algunos mejor que a otros. Galenio, legado de la Decimocuarta, había sido amigo suyo antes de los veinte; Agrícola, tribuno de la Vigésima, compartía la tienda del gobernador. Clemens, tribuno superior de la Segunda, había estado acuartelado en Camulodunum durante un invierno, y compartieron baño, vino y cenas demasiado a menudo para contarlo.

Ninguno de aquellos hombres le miraba a los ojos, ni mostraba señal alguna de conocerle. Correspondió al britano de cabello rubio platino volverse y estudiarle, de la cabeza a los pies, y luego decir:

—¿De modo que éste es el hombre a quien queréis ver muerto? No tiene el aspecto de uno que se enfrente a los dioses y viva demasiado, ni en el mar ni fuera de él.

Hablaba latín con el acento del norte. Nadie quiso responder; en un tribunal militar, por orden o por gracia del emperador, los presentes cedían la palabra al oficial de mayor rango, que era el gobernador. Un hombre de las tribus, aunque fuera un mensajero enviado por una reina leal, era un bárbaro, y por tanto se excusaba su ignorancia del protocolo.

Corvo llegó a su lugar al fin, y se detuvo ante el gobernador. El hombre de cuyo favor dependía que se le permitiera vivir o no levantó la vista al fin de los dos galgos corredores color azul pizarra, que atraían hasta el momento toda su atención. Paulino estaba de nuevo circunspecto; la rabia anterior había desaparecido, reemplazada por la habitual curiosidad seca y acerba.

Corvo le había visto condenar a hombres exactamente en ese mismo estado de ánimo. Se enfrentó a la mirada abierta y castaña con toda la serenidad que le permitía su terrible dolor de cabeza, y esperó. Era posible creer que los hombres que le iban a juzgar no oyesen el latido de su corazón en su pecho. Menos posible, en cambio, que no viesen el temblor que se apoderaba de todo su cuerpo con cada espasmo. Presionó ligeramente con las puntas de los dedos a sus costados, para estabilizar las manos.

Al final, el gobernador le preguntó:

—¿Has descansado y dormido?

—Sí —era mentira, una pequeña mentira de escasa importancia, comparada con el enorme abismo de engaño que Flavio, o uno de los demás, podía abrir. De los veinte que habían cabalgado con él a la hacienda de los icenos, ocho habían muerto en

el mar o a manos de los soñadores. Había confiado su vida a los demás, y ellos la suya. Intentó no pensar quién más podía traicionarle; esas cosas se revelaban con demasiada claridad en el rostro de un hombre.

—Bien.

El gobernador apartó su silla del escritorio, se puso de pie y apoyó las manos en la mesa de roble. El escribiente, a quien Corvo despreciaba, estaba sentado detrás en la penumbra, presto para tomar nota de los veredictos.

El gobernador levantó una de las lámparas del escritorio que había ante él y la colocó en una repisa a un lado, de modo que las sombras se alargaron y el escribiente se volvió invisible. Paulino volvió a colocarse de pie detrás de su asiento y el único sonido que se percibió entonces fue el roce de sus pies en los resbalosos juncos del suelo.

Rígido bajo una luz mucho más brillante, se le ocurrió a Corvo que no conocía lo bastante bien a aquel hombre; de todos los gobernadores con los que había servido, Suetonio Paulino era el único a quien no había tenido tiempo o no había hecho el esfuerzo de comprender.

Los amores del gobernador eran bien conocidos: más allá de los placeres fáciles de los perros y de su chico, Agrícola había compartido su tienda desde que llegaron al oeste. También eran bien conocidos sus odios: el desorden, la ineficacia que gobernaba sus vidas, y sus viejas campañas en las montañas del Atlas, techo del mundo. Los detalles de todas esas cosas eran moneda común entre las legiones que servían a su mando, pero no revelaban los hechos que habían dado forma a su niñez y su juventud, los hombres a los que admiraba, aquellos a los que despreciaba, aquellos que todavía le encendían la mente y cuya aprobación significaba algo para él, y cuya desaprobación podría herirle.

Demasiado tarde se le hizo muy obvia la falta de aquellos conocimientos, y que el hecho de compartirlos podía haberle salvado la vida a Corvo. La presión que sentía en la cabeza se hizo tremenda, increíble. Se preguntaba si se desmayaría, y si cambiaría algo, de ocurrir tal cosa.

El gobernador miró hacia abajo, sus propias manos unidas. Sus dedos eran tan finos como los de un artista, las uñas bien cortadas y muy limpias. Le costaba un esfuerzo enorme conseguir todo eso en campaña. De todos los oficiales presentes, las uñas de Corvo eran las únicas que estaban igual de limpias, pero solo porque había pasado la mayor parte del día en el mar. No servía de nada recordar ese hecho.

El gobernador dijo:

—He descrito el fracaso de tu asalto a Mona a nuestro invitado, Velocato. Él opina que no deberías seguir vivo.

Hubo un cierto alivio en el hecho de que la espera hubiese terminado. Corvo dijo:

—Tienes el poder de hacer que eso sea cierto.

—Por supuesto. Y todavía puedo hacerlo. Ciertamente, hay algunos entre tus pares que apoyarían tal cosa —Paulino recorrió con la vista la fila de cabezas que

había debajo de él. Clemens, de la Segunda, enrojeció. El resto permaneció en un discreto silencio y quietud—. Mi invitado, sin embargo, considera que eso sería muy duro. Cree que tú posees un extraordinario valor y fuerza, y asegura que debes permanecer bajo la protección de los dioses de esta isla. Lo primero, por supuesto, es lo que se espera de cualquier oficial de las legiones de Roma. Lo segundo es… afortunado, dadas las actuales circunstancias.

«Si tienes cuidado, te reunirás con mi hijo una vez más en esta vida…»

Corvo sintió que el aire se abría y se movía. Como estaba teniendo un cuidado excepcional, no preguntó qué era lo que sabían, ni sonrió, ni aspiró el aire que necesitaba, sino que levantó una ceja y se volvió a examinar al rubio hombre de las tribus, que estaba sentado en el único lugar algo cómodo, en el extremo de la mesa.

Era un hombre mucho más corpulento que todos los presentes, de complexión robusta, como los batavos, con un cuello de toro que parecía emerger directamente de los hombros. Tenía un cabello extrañamente afeminado, que quizá fuese de un blanco plateado a la luz del día, pero que las lámparas volvían de un amarillo bruñido, como de potro. Le caía suelto por los hombros, descansando pesadamente en una túnica de un verde intenso, con un dibujo amarillo en el dobladillo y en las mangas cortas. La banda de oro que llevaba colocada por encima del codo era mucho más lujosa que las que podían permitirse las tribus del sur. En ella se veía incrustada la larga silueta de una yegua en oro blanco, con un triángulo por encima.

Velocato. Aquel nombre empezó a sonarle. No era un simple mensajero. Su situación a la cabecera de la mesa empezaba a resultarle más coherente. Corvo dijo:

—Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos honrados con un mensajero de los brigantes, y mucho menos el consorte de Cartimandua, su reina.

Los ojos del hombre resultaban pálidos a la luz de la lámpara.

—Ha pasado mucho tiempo desde que los icenos se rebelaron. Entonces eras prefecto, creo, cuando el hijo del gobernador consiguió sus hojas de roble en la batalla de las Tribus Rotas, ¿no es cierto?

El gobernador conocía muy bien la verdad de aquella batalla, y nunca había estimulado el servilismo en sus oficiales. Con impecable cortesía, Corvo dijo:

—¿Así es como se la conoce en el norte? Los icenos la llaman la batalla de la Trampa de Salmón, y la celebran como victoria. No pienso discutir con ellos, solo diré que las represalias posteriores sobre su pueblo fueron brutales, y que ellos podrían decir que perdieron por culpa de ese hecho.

El tribuno más joven de la Segunda dio un respingo audible, mientras que sus pares mantuvieron el control. Galenio, legado de la Decimocuarta, que en tiempos había sido amigo suyo, permitió que su mirada se desviase un poco a la derecha, y dejó caer el párpado de un ojo.

En el extremo opuesto de la mesa, el hombre rubio de las tribus se quedó mirando y luego fue a tomar su vino. Le dio vueltas en el vaso hasta que sus dedos quedaron teñidos de rojo. Al final dijo:

—Hay suerte y hay imprudencia alocada. A veces es difícil distinguir la una de la otra. Quizá tus actos en la isla de los dioses de hoy fueran menos valerosos de lo que parecían, y más bien se tratase de una incapacidad plena de comprender los peligros. ¿Crees que las represalias contra los poblados icenos bastarían para compensar la destrucción de Camulodunum? ¿Les impediría que quemaran todo al sur de la ciudad, hasta los puertos más lejanos, donde están atracados vuestros barcos y comercian vuestros mercaderes?

Corvo dijo:

—Los icenos solos no son tan numerosos para conseguirlo, ni tampoco creo que sus ambiciones les lleven tan lejos de sus tierras nativas.

El gigante rubio sonrió. Sus dientes eran muy grandes y recios, con huecos entre ellos.

—Entonces resulta muy desafortunado que no estén solos. Los trinovantes se han unido a ellos. ¿Cómo no iba a ser así, cuando Camulodunum está siendo asaltado? Los catuvelaunos quizá sigan leales a Roma, pero los coritanos y los cornovios de las tierras medias han jurado lealtad al estandarte de la Boudica y media ala de caballería batava ha desertado y mantiene a los restos de la legión Novena sitiados en sus fortalezas invernales. Las lanzas de los brigantes todavía no se han unido al ejército. Mi señora mantiene a los que podrían hacerlo bajo un yugo muy tenso. Si ella flaqueara, entonces todo el este resultaría perdido para vosotros, sin lugar a dudas —había orgullo en su voz, detrás de la falsa pena.

Galenio, de la Decimocuarta, era el de rango superior, después del gobernador. Apoyó las manos planas en la mesa de modo que las puntas de los dedos quedaron blancas. Hablando por primera vez, dijo:

—Y nuestros invitados de la Segunda legión informan de que durotriges y dumnonios del sudoeste están menos controlados que antes. Al parecer, ellos también se han unido a la rebelión.

Había una silla al costado de Corvo. A una seña de Paulino, Corvo se sentó. El gobernador hizo señal al escribiente de que trajese la caja de arena de un lado. La superficie ya había sido bien aplanada. El escribiente usó un estilo para dibujar el contorno de Britania, con el dedo gordo en el oeste y la espalda curvada al este, y las islas de Mona y su hermana mayor, Hibernia, fuera de la salvaje costa occidental. Exageradamente preciso en todos sus movimientos, dejó a un lado el estilo y colocó una pequeña águila de cobre en la costa, frente a Mona.

El gobernador colocó una huella del pulgar en el este, borrando con un solo movimiento el recuerdo de Camulodunum. Movió el pulgar hacia abajo y en ángulo hacia dentro.

—Aquí —dijo—, a lo largo del Támesis, que los nativos llaman el Gran Río. Clemens piensa que no, pero yo digo que cuando acaben de quemar Camulodunum, que será en los próximos tres días, a menos que ocurra un milagro y los veteranos puedan resistir un asedio más largo, vendrán hacia el sur, al lugar de su primera

derrota, para quemar los puertos comerciales a lo largo del río hasta el puente que construyó Vespasiano. Lo hizo muy bajo para que los buques grandes no pudieran pasar por debajo. El puerto que fundó es el mayor del río, y probablemente resistirá contra los ataques. Si pudiéramos llegar al puente, tomarlo para Roma y organizar a los magistrados locales para que resistieran, tendríamos una ruta por la cual llegar a las tribus del sur que han sido leales a Roma desde hace más tiempo.

—Los atrebates de Beriko —dijo Corvo.

—Eso es. Si nos cortan todas las rutas de paso a la costa y al mar, estamos perdidos. El puente es nuestra línea vital, y el ataque es la mejor defensa. Las legiones se mueven con excesiva lentitud; solo lo puede hacer la caballería. Necesito un escuadrón dirigido por un oficial que conozca bien las costas y las mareas y a los capitanes que me acompañarán. A cambio de tu vida, vendrás tú.

Corvo le miró.

—¿Para enfrentarme a todos los icenos? ¿Nosotros dos y un ala de la caballería? —no pensaba que el gobernador fuese de los que se entregan a la muerte con tanta facilidad.

—Menos de un ala…, no caben tantos en los barcos. De modo que debemos llegar antes que los icenos, en compañía de unos jinetes que puedan volver con órdenes. Una legión solo puede ir tan rápido como la más lenta de sus mulas. Dos docenas, quizá solo una docena de jinetes pueden tomar un barco desde este puerto de aquí hasta aquí… —dibujó con el estilo al sur y lo plantó como una bandera en la costa, hacia el oeste del puerto de mar, en el río—. Los magistrados sabrán cuál es la naturaleza del peligro y lo cerca que se hallan de la destrucción. Si tenemos tiempo de llamar a las legiones, lo conseguiremos. Si no, sabremos a qué nos enfrentamos. En mi ausencia, el legado de la Decimocuarta dirigirá el asalto continuado a Mona.

—¿Cuándo partimos?

—Con la marea del amanecer. Los icenos no esperarán, ni sus aliados. Si queremos vivir hemos de volver a tomar Britania. Y para hacerlo, debemos partir.

XXV

En Mona, Halcón dijo:

—Voy a enseñarte a luchar.

—No —respondió Graine. Se hallaba sentada en una piedra junto al río, donde cazaban los aguzanieves. Un abedul arrastraba sus hojas nuevas por el agua. Las alondras piaban en la colina. No había viento. El humo azul del fuego de la casa grande se extendía horizontalmente, como una capa de nubes debajo del azul del cielo abierto. La guerra estaba a un día y una noche de distancia, era ya un recuerdo lejano, y ella no deseaba atraerlo más cerca.

Halcón dejó caer el paquete que portaba y se apoyó en el tronco de un abedul en la orilla opuesta, mirándola a través de las hojas desfallecientes. Llevaba el pelo mojado por haber nadado en la poza, más abajo. Le quedaba lacio y negro, pegado a la cabeza como el pellejo de una nutria, y la pluma de halcón colgaba del moño. Su piel ya estaba bronceada por el sol primaveral, sin mácula, excepto la marca de lagarto del clan que serpenteaba por su brazo y el hematoma verdoso del labio inferior producido por el cuchillo de Valerio.

Ya casi había desaparecido del todo; podía sonreír sin que su rostro se distorsionara. Lo hizo entonces, con una franqueza que desarmaba.

—Tu abuelo entregó esta espada a mi cuidado para que la mantuviera cerca de ti, y ayer, tú volviste de la costa con otra Pensaba que quizás era ya el momento de que aprendieses cómo usar al menos una de ellas.

—Las dos son demasiado grandes para mí —ella miró a Halcón de arriba abajo—. Tú podrías empuñar la espada de los antepasados de Eburovic; eres lo bastante alto y no hay ninguna maldición que lo prohíba. Y la que recogí yo podría irte bien para ir a caballo, si prefieres luchar así.

Graine se las ofrecía no porque esperase que él las aceptara, pero sí con la esperanza de que él viese el corazón que ponía detrás de ese regalo y la dejase. Quiso que se fuese, aquel joven esbelto, ardiente, de ojos brillantes, que le había entregado su vida sin que ella se lo pidiera, aquel hombre-niño que la había seguido por tierra y por mar con la gran espada de guerra de su abuelo atada a la espalda, de modo que parecía crecer de sus hombros.

Ella quiso que se fuera y luchara también el día anterior, no por ella, ni porque fuera necesario en la lucha, sino porque era mejor que tenerlo sentado a su lado, percibiendo los temblores que le recorrían el cuerpo al contemplar a los soñadores combatir contra los legionarios en la costa.

Él era un perro de caza al que mantenían alejado de la caza de modo injusto, un

caballo refrenado al principio de una carrera, cuando generaciones de cría le habían preparado solo para la carrera, y aquello no tenía sentido. Ella no le había pedido que le dedicase su vida y sus cuidados, y no los necesitaba. Del mismo modo que él, evidentemente, no necesitaba que ella le regalase la espada de otro hombre.

—No, creo que no —dijo Halcón, gentilmente—. Las espadas de tu linaje son para tu familia, no para un extraño de otra tribu. En cualquier caso, yo tengo ya mi propia espada. Fue un regalo de mi padre.

Se sentó con las piernas cruzadas en el musgo. La madre de ella había matado al padre de él. Nunca hablaron de aquel hecho. Ella no quería hacerlo entonces, y él tampoco quería, al menos eso le parecía a ella. Estaba empezando a reconocer aquella quietud que se apoderaba de él cuando se metía en su propio interior, más allá de todo posible contacto. Él parecía educadamente atento, cosa que no era fácil de soportar, precisamente.

La mañana era demasiado buena para estropearla. La niña se sentó, pues, frente a él, y se retiró también hacia su propio interior, y esperó.

Al cabo de un rato, cuando lo único que se oía era el río y las alondras distantes, Halcón se inclinó hacia delante y desenrolló los dos extremos de la piel de oveja de modo que ésta quedó plana en la orilla del río, con el pelo hacia arriba y la piel hacia abajo. El curtidor le había dejado las dos orejas y también el inicio del rabo, de modo que las manchas blancas y de un marrón como de barro se podía imaginar que quedaban en el lomo de la oveja que había corrido por los prados, junto a la casa grande, el último verano que estuvo viva.

A través de las manchas y entre ellas, enterrada en parte en la lana de modo que se veía muy poco salvo el brillo mate de un hierro azulado, se encontraba la espada y un cuchillo de un tamaño adecuado para una niña de nueve años.

Graine volvió a decir:

—No quiero aprender a luchar.

Halcón levantó la espada. Una liebre corriendo en bronce formaba la empuñadura, con la cabeza como pomo y la curva del cuerpo dispuesta de modo que se adaptase a una mano pequeña. Los cuartos traseros se extendían hacia fuera y se retorcían sobre sí mismos, y corrían hacia la hoja de modo que la unión entre ambas era muy fluida, como si la liebre emergiese del agua o de la luna. A lo largo del hierro de la espada se habían incrustado unos símbolos de cobre y de plata. Éstos se arremolinaban ante los ojos de Graine, susurrando palabras que ella no podía oír. Apartó la vista.

Halcón dijo:

—Valerio hizo éstas para ti. Tu madre me las dio antes de que partiéramos. Me pidió que no te las entregara hasta que estuvieras preparada para usarlas.

Había renacuajos en el río. Alguien había arrojado los restos de una pata de liebre estofada a los bajíos que había a un lado, y ahora se encontraba rodeada por una hilera de pequeñas formas bulbosas como de anguila, como una flor voraz de pétalos

negros.

Graine metió el pie en el agua formando ondas y vio que los negros seres culebreantes se desperdigaban y luego volvían de nuevo. Sin levantar la vista dijo:

—Dáselas a alguien que las quiera. Hay muchos jóvenes que aún están creciendo en Hibernia y que darían su alma por una espada de batalla de un herrero iceno. Si no les dices quién las forjó, no desdeñarán usarlas.

—¿Eso quieres? Yo creía que te gustaba Valerio.

—Y me gusta —llegaron algunos pececillos entre los renacuajos. Un insecto zapatero patinó por encima de la superficie, donde antes había metido el pie. Ella dijo —: O sea, que no me desagrada. Mi madre le quiere, y él me importa por ese motivo. No desdeño su espada, ocurre solo que no quiero ser guerrera.

Halcón se rio, y ella levantó la mirada, sorprendida. Meneando la cabeza, él descruzó las piernas y se puso de pie, apoyando el hombro de nuevo en el árbol.

Con los ojos todavía llenos de regocijo, exclamó:

—Graine, soñadora de milagros, si yo quisiera convertirte en guerrera, tú y yo podríamos pasar el resto de nuestras vidas intentándolo y acabaríamos los dos ancianos y frustrados. No podría convertirte en guerrera aunque quisiese, y no pretendo hacerlo. Simplemente, quiero que estés segura.

—Estoy segura. Te tengo a ti, a Duborno y a Gunovar. No puedo dar ni un paso sin que uno de vosotros o todos aparezcáis al momento. Tú eres de los mejores guerreros de la hueste, y todo el mundo lo sabe. Si os matasen a los tres, el que yo tenga o no tenga una espada no supondría ninguna diferencia.

—Sí, Graine. Sí que la supondría —él se puso serio de repente, no cerrado, como antes, sino con una vida en los ojos que ella había visto solo una o dos veces anteriormente, cuando las cosas eran importantes de verdad. Él abrió la boca para decir algo y luego se lo pensó mejor y se agachó, poniéndose en cuclillas, y se abrazó las rodillas y metió la barbilla entre los antebrazos doblados, y la examinó, pensativo. Las ramas de abedul se arrastraban por encima de su rostro, enmarcando la profundidad de sus ojos.

Cuando hubo encontrado las palabras adecuadas en la cabeza, dijo:

—En la batalla, los hombres matan a aquellos que les amenazan. Si los tres estamos muertos, Mona estará perdida, y tú también con ella. Creo que todos nosotros preferiríamos entonces que tú murieras también y cruzaras el río de Briga en nuestra compañía, en lugar de quedar viva para que las legiones te pudieran hacer… otras cosas.

Frunció los labios, mirándola para ver si las palabras le habían causado daño. Con menos tensión, dijo:

—No voy a enseñarte a matar legionarios, Graine de los ojos grises, sino a tener un aspecto peligroso, de modo que la muerte venga más rápido y nunca tengas que vivir lo que ya viviste antes. ¿Me permitirás al menos que haga eso con las espadas que forjó tu tío?

Ella no lo habría hecho por nadie más. Por Halcón, por la pureza de su sinceridad y por la solemnidad de su rostro y el humor que podía volver de nuevo, y porque no siempre quería que él se alejase, ella tomó la mano que le tendía a través del río y las dos espadas que le ofrecía, la larga para la izquierda, porque ella trabajaba mejor con esa mano, y el cuchillo para la derecha.

Notó el equilibrio de cada una, y lo diferente que era de sostener la espada de Corvo o la de su madre. Los signos inscritos en la hoja danzaban a través de la liebre y ascendían por su brazo, y ella sintió un susurro en sus huesos que le dio ganas de llorar y de arrojarla al suelo. Rechinó los dientes, hizo una mueca y vio que Halcón lo había visto, y la compasión que vino después, que no era lo que ella quería, en absoluto.

Se esforzó por sonreír y cuando él se lo pidió, ella adoptó la pose que había visto todos los días desde su nacimiento y que nunca pensó que tendría que emular, y empezó los primeros y lentos movimientos de la danza del guerrero, sabiendo que nunca tendría que matar con ella, sino solo aprender a parecer peligrosa.

XXVI

En la ciudad quemada de Camulodunum no quedaba ni un solo ser viviente salvo las ratas y los cuervos y los guerreros que aguardaban en silenciosos corros concéntricos junto al templo de Claudio, antiguo emperador, protector de su pueblo, y los quinientos que esperaban igual de silenciosos dentro, rezando en busca de la protección de un dios en el que realmente nunca habían creído del todo.

Breaca se secó la palma de la mano en la parte delantera de la túnica y luego el pomo de la espada en la manga y en el hueco del brazo. Mil guerreros se hallaban de pie a cada lado con ella detrás del pequeño muro de piedra del patio del templo, y ninguno de ellos se sentía a gusto esperando. A lo largo de sus filas, en lo más profundo de ellas, había un silencio mucho mayor y más tenso que el que había aguardado a los hombres de la Novena legión, mientras marchaban por el camino de los antepasados hacia el olvido.

Ella pasó el odre del agua a Valerio y él bebió, y el roce que produjo el cuero en el muro de piedra delante de ellos fue el sonido más intenso que se podía oír a lo largo de todo el muro. Se quedaron un rato de pie, contemplando el amanecer. Una nube ocultaba el sol y no se movía, de modo que, aunque el cielo estaba muy claro y azul, el día no era resplandeciente.

Contemplándolo, Valerio preguntó:

—¿Encontraste lo que necesitabas con Teófilo, la noche pasada?

—Quizás el principio —dijo Breaca. Estaba enferma por la falta de sueño y el olor de la carne quemada le revolvía el estómago.

Él la miró como había hecho Teófilo, como había hecho luego Airmid, cuando volvió. Como todos los demás, dijo:

—No tienes por qué estar aquí. Podemos tomar el templo sin ti.

—¿Y después qué?

—Después, es posible que Cunomar esté ya preparado para dirigir el ejército.

Eso también lo habían dicho por la mañana, aunque con menos convicción. La línea de combate no era el lugar ni el momento para discutir. Al final Breaca dijo solamente:

—No es necesario aún.

Quedaron ambos silenciosos y contemplaron el cielo. Al final, el sol apareció por encima de los árboles, todavía agazapado detrás de su nube. Cuando estaba tan alto que las sombras deberían haber llegado ya hasta la mitad del patio vacío, Valerio dijo:

—Si no salen pronto, tendremos que… —y se detuvo, porque la primera parte de la espera, al menos, había concluido.

Se oyó un sonido metálico en el amanecer, como el de un escudo que se golpea para saludar a los dioses. Siguió un roce de metal sobre piedra, y la puerta de bronce del templo se abrió lentamente, como si pesara muchísimo y los que estaban detrás tuviesen miedo de abrirla con rapidez.

Durante un momento de respiro volvió el silencio, luego se oyó el llanto de un niño, muy débil. Aguardaron más y luego cuatro niñas con las túnicas manchadas y el pelo rubio y sucio salieron tambaleantes, parpadeando ante la luz oscurecida por las nubes. Se quedaron de pie en los escalones de piedra blanca, medio desnudas y muy sucias, abrazando unos trapos y unos juguetes de madera para consolarse, y mirando hacia afuera, al círculo de guerreros que les rodeaban. Todas lloraban silenciosamente, desinhibidas, moqueando por la nariz y con los ojos enrojecidos y muy abiertos.

Cuatro niñas, ninguna de ellas mayor que Graine. Solo cuatro, no más.

La puerta de bronce se cerró, estremeciéndose.

Cygfa dijo:

—Tiene que haber más.

—No hay —dijo Valerio.

Breaca dijo:

—Necesitan ayuda.

Airmid ya se había adelantado atravesando el muro bajo hacia el templo. Fue caminando ella sola, con la espalda muy recta bajo la luna tardía y la niebla y el sol velado. La piedra caliza del templo volvía blanca toda la luz, de modo que se reflejaba en su pelo y la volvía de plata, marcada por Nemain. Ella fue caminando por el largo patio, pasó junto al bloque rudamente tallado de la piedra del altar, todavía por consagrar, hasta los pies de los escalones. Al verla las niñas chillaron y se volvieron hacia las puertas, y habrían corrido quizás hacia el inseguro interior, pero ella se detuvo y se agachó e inclinó la cabeza a un lado y dijo algo demasiado bajo para poder oírlo donde esperaban los guerreros; solo les llegó el murmullo, y luego vieron que las niñas súbitamente se ablandaban y se acercaban caminando hacia ella, que las abrazó.

Lanis se unió a ella, ya que era soñadora de los trinovantes y les resultaba conocida. Cogieron a una niña cada una y se llevaron de la mano a las otras. Cuatro niñas, cuando se había ofrecido amnistía y salvoconducto y no sufrir daño alguno a todas las mujeres y niños del interior.

Solo cuatro.

El sol nublado se fue alzando, y los contornos de los muros del templo empezaron a adquirir un simulacro de sombra y textura. A lo largo del parapeto de piedra que rodeaba el recinto la tensión se fue relajando. Hombres y mujeres descansaron sus escudos y bebieron agua y comieron carne ahumada y puñados de cebada en remojo y hablaron unos con otros de modo que el balanceo y los ritmos del habla llenaron el silencio. Los guerreros no esperaban ya nada, salvo alguna señal que les demostrara que un momento difería del que le había precedido y podía empezar por tanto el

asalto final.

Breaca retrocedió desde donde se encontraba y fue a ver a Airmid y a las niñas en el lugar seguro que habían encontrado junto al destruido arco del teatro, cerca del lugar donde había muerto Eneit. Era muy difícil ver aquello y no recordarlo; Breaca fue caminando junto al borde para evitar pisar la arena central, que había sido camino de su venablo.

Las niñas se hallaban en un lado, en la primera fila de asientos. Teófilo estaba sentado con ellas, y ellas le conocían bien. Tenía una en las rodillas y otras dos apretadas contra sus caderas, y les limpiaba las manos y las piernas con unos copos de lana de oveja mojados en agua y aceite de romero. Habían permanecido encerradas en un lugar de piedra sin aire y sin sol durante dos días con sus noches, compartiendo con otros quinientos la comida, el agua y las letrinas que estaban en las esquinas, sin nada con que poder limpiarse.

Tres de ellas aceptaron su contacto y el alivio se mostró en sus caritas. La cuarta estaba sentada aparte, agarrada al perrito de madera con el cual la habían enviado, y miraba al frente, sin hablar. Su cabello era rojo óxido, mientras los otros eran de color paja sucia, y sus ojos eran más verdes que azulgris, y la nariz más aquilina y fuerte que la de las demás. De las cuatro, era la que más fuertemente olía a heces y a orina masculina rancia.

Airmid se había ido y había vuelto ya.

—He encontrado esto para que coman. No es mucho, pero es mejor que lo que han tomado hasta ahora.

Era mejor que lo que había tomado cualquiera de ellos, o el ejército sitiador, o los sitiados. Abrió una cestilla de sauce y en su interior había cebada malteada, tortitas calientes, un poco desmigajadas porque llevaban poca leche, y algo de miel. En una ciudad quemada, habitada por un ejército en pie de guerra que portaba apenas lo que necesitaba, Airmid había encontrado miel. Ni siquiera Teófilo la tenía.

A pesar de todo el miedo, la tensión y el odio que llevaba consigo aquel día, Breaca tuvo que tragar con fuerza y resistir la abrumadora tentación de abalanzarse hacia la cesta. Las tres niñas que se agolpaban en las rodillas de Teófilo no tenían tales inhibiciones; dos días alimentándose solo de grano sin cocinar las había dejado muy bien dispuestas al soborno de la miel y la cebada malteada. Tomaron cuanto se les ofrecía y se metieron en la boca más de lo que podían tragar.

La cuarta niña, la del cabello más oscuro, como óxido, que abrazaba a su perrito y no fijaba la vista, miró a través de la comida, como si no fuera capaz de verla ni ver a la mujer que se la ofrecía. Sus ojos eran del color de los estrechos que mantenían a salvo a Mona, pero aparecían rojos e hinchados por el llanto.

A Breaca, en iceno, Airmid le dijo:

—¿Dónde está *Piedra*?

Estaba con Valerio, a quien entregaba parte de su corazón cuando no estaba Graine. Breaca silbó y el viejo perro trotó a su lado y olió la torta que ella sujetaba

para él a distancia, de modo que su paso se aceleró y sus orejas se irguieron, enhiestas. Ella rompió la tortita por la mitad y le dio una parte al perro, y se sentó en el suelo polvoriento y le hizo carantoñas hasta que el animal se echó y se puso a rodar y ella le pudo rascar el vientre, lejos de la carne y piel rosadas de la herida que se estaba curando en sus costillas.

La niña pelirroja lanzó una mirada de lado, sin mover la cabeza. Breaca la examinó del mismo modo, observando las señales de cuidados, como la túnica, que se le había desgarrado y alguien había remendado torpemente debido a la mala luz; el pelo, que le habían cortado recientemente, de modo que las puntas todavía estaban rectas, y las contrapuso a las señales de descuido, que eran mucho más visibles. Estaba mucho más delgada de lo que podían haber provocado solo dos días de raciones reducidas, y tenía el pelo muy enmarañado por detrás, con paja y estiércol en algunos sitios. Llevaba los pies muy sucios hasta los tobillos, como si hubiese estado metida en una pocilga, cosa que no era enteramente imposible; más de cerca, con el viento soplando tras ella, apestaba a cerdo, así como a hombre.

Piedra rodó de lado y gruñó al estirarse su herida. Breaca le pasó los dedos por el borde, buscando el calor. A la niña, sin mirarla directamente, le dijo:

—Se llama *Piedra*. Su padre era *Granizo*, que murió para proteger a Graine, y a su padre, Caradoc. El procurador romano trató de matarlo. Ha sido necesaria toda la habilidad de Airmid para mantenerlo vivo. ¿Hay perros dentro del templo? Si los pueden mandar fuera, nosotros los cuidaremos. No les causaremos ningún daño.

No hubo respuesta. La niña volvió la mirada hacia otro lado. Breaca dejó de hablar y se sentó. *Piedra* movió el rabo sobre la tierra, levantando polvo y cenizas antiguas. Ella le acarició con el dedo del pie y él le hocicqueó la pierna, y ella olvidó a la niña durante un momento, hasta que una vocecilla muy aguda, sorprendentemente profunda, dijo:

—Han matado a los perros para comérselos y para que no gastaran comida.

No se podía decir nada, ni se podía hacer nada. Breaca levantó el pie de *Piedra*. El perro se levantó, sorprendido, y fue a olisquear a la niña, que lo apartó. Breaca lo llamó y lo condujo de nuevo hacia los guerreros, dejando a los niños con Airmid y Teófilo, que no hacían la guerra y no eran la causa de que nadie matase a los perros para comérselos en un templo dedicado a un hombre que habían convertido en dios.

En un cielo de un azul muy claro, la única nube todavía cubría el sol. Los guerreros seguían esperando fuera del parapeto. El día era todo polvo y muerte, y no se podía hacer nada para cambiar aquel hecho.

* * *

La nube se deslizó a un lado poco a poco, liberando el sol. En la puerta de bronce del

templo, una raya de luz iba creciendo en la bisagra y se amplió. Un brillo que tenía la anchura de un filo de cuchillo se convirtió en la anchura de un dedo, luego de una mano, luego un brazo de fuego puro. Las tejas que había encima brillaban con un suave resplandor dorado, y luego mucho más brillantes que el bronce que había debajo.

Para quienes observaban, el templo fue consumido por el fuego divino, enviado no por Claudio, sino por los dioses de las tribus, a los que se había rogado desde el amanecer, desde los días de su primera batalla perdida y todo lo que había venido después.

Un murmullo lo recorrió todo y se elevó hasta formar un grito, y luego se tranquilizaron de nuevo, llenos de sobrecogimiento y conmoción porque se había puesto a prueba la fe y ésta había demostrado tener firmes cimientos. Habían pedido una señal, los guerreros unidos de los icenos, de Mona, de los trinovantes, de los coritanos, los votadinos y los brigantes; a través de Valerio, que hablaba con la luna y con el sol por igual, habían pedido que se les diera algo tangible, y las pruebas se encontraban ante ellos, en el brillo turbulento y resplandeciente del horno de los dioses que se abría ante ellos.

Valerio permanecía muy quieto, deseando que sus ojos no se cansaran de contemplar aquello. Había pedido ayuda mientras salía el sol, dirigiéndose más allá de los límites orientales de la ciudad hasta un lugar donde podía ver tanto el primer arco del nuevo día como la luna antigua, que empujaba por encima del horizonte y delante de éste, y por tanto podía abrirse igualmente a ambos dioses a los que servía. A la luz de un gris plateado, con una pequeña salpicadura de escarcha en el suelo, con el aire tan claro como agua de río y libre de la contaminación del fuego, había notado la puerta abierta en el silencio cavernoso de su mente, y había dado un paso adelante hacia el umbral con una pregunta formulada en los labios.

No esperaba nada más que la liberación de preguntar. Entonces llegó el amanecer y el cielo fue adquiriendo un azul transparente, dolorido, claro desde un horizonte al otro excepto por la nube que se había sentado obstinadamente encima del sol, de modo que la mitad de la mañana había pasado a su sombra y los guerreros se habían ido poniendo cada vez más inquietos, aun después de que salieran las niñas.

Valerio estaba a punto de hablar con Breaca, de organizar una retirada. Estaban juntos cuando la cubierta de la nube se apartó del sol mediante la mano de Mitra o la de Nemain o la de Briga o la de todos ellos actuando juntos, para enviar el fuego de los dioses hacia el cielo y que se reuniese con el fuego de la tierra, endurecido por el hombre, y que la reunión de ambos se convirtiese en algo radiante, de modo que quienes lo contemplaban se regodeasen en aquella luz solar líquida y quedasen cegados y tocados por los dioses y agradecidos.

Era necesario moverse, empezar, iniciar el movimiento del día, y todo cuanto podía seguir a continuación. Valerio no cayó de rodillas con alivio, aunque el momento era apropiado para hacerlo. Flexionó los dedos y los obligó a moverse y

luego dijo:

—¿Huw?

Y oyó que el mejor hondero de Mona se aprestaba a su costado y oyó el ruido de una piedra que caía en el cuero y el susurro de la honda que la enviaba en su rumbo.

La piedra enviada era un pedernal del tamaño de un huevo de gallina que habían encontrado juntos en el rocío de la noche anterior. Un lado aparecía roto y abierto, mostrando la negrura del corazón, bajo la piel blanca. Briga envuelta por Nemain; les había parecido una buena elección para empezar el final.

El martilleo de la piedra contra la puerta de bronce fue como el escudo de batalla de un gigante golpeado por un dios. Resonó en la loma que había a diez tiros de lanza por detrás, e hizo eco sobre sí misma, como las ondas en el agua.

Durante un par de latidos más siguió la quietud. Luego, bajo el resplandor de la luz de los dioses, con todo el ruido y el esfuerzo que pudieron reunir, Valerio y sus guerreros se arrojaron contra la puerta de bronce.

El ruido fue extraordinario, más grande incluso que el ensordecedor clamor habitual de la guerra. Carecía de gritos de heridos o moribundos, o del habitual choque sordo del hierro sobre la carne, pero en su lugar se oía la lluvia constante del hierro sobre el bronce, y de la madera sobre el bronce, y de la piedra sobre el bronce, mientras espadas y mangos de lanzas y hondas golpeaban incesantemente el metal sólido de las puertas. No provocaron muesca alguna, ni tampoco movieron sus bisagras. No esperaban hacer tal cosa.

Algún tiempo después, cuando pensaba que se había quedado sordo, Valerio oyó un silbido muy alto por encima del clamor.

Retrocedió, apartándose el sudor del rostro. Le dolían la garganta y el pecho. Los ojos le escocían como si hubiera estado en un combate real. Le dolía el brazo derecho.

—¡Aquí!

Miró hacia arriba. Cygfa se hallaba a veinte metros por encima del tejado del templo. Con el sol dándole de lleno, su pelo era como un nimbo de llamas, y sus rasgos tan finos como el mármol tallado. Parecía el joven Alejandro en un fresco de una villa gala. Valerio sintió que su pasado irrumpía, sin ser solicitado, en el presente, y sacudió la cabeza para liberarse de él.

Cygfa gritó para ser oída por encima del ruido.

—¡Está hecho! Envía las cestas de fuego —hizo un gesto imitando a alguien que arroja un objeto y vio que él se hallaba preparado y le arrojó algo hacia abajo, y cuando él lo tomó, resultó ser una teja de plomo dorado, barata y que se podía romper fácilmente.

Notó algo a su costado. Breaca estaba allí, como salida de la nada; ella no había tomado parte en el ataque a la puerta. Él le entregó la teja y ella la dobló por la mitad, y luego en cuatro, como los viejos romanos doblaban sus tablillas de maldiciones. Su rostro era ilegible; él no estaba acostumbrado a aquello.

Detrás de ella las cestas de fuego pasaban ya de guerrero en guerrero, en rescoldo,

sin arder plenamente, eructando un humo fino y polvoriento y un olor a corteza de roble y a brea. Valerio miró hacia el corazón del estruendo de los que todavía asaltaban la puerta.

—¡Huw!

El chico no estaba muy lejos, y había visto a Cygfa. Sonrió y su honda relampagueó una vez más.

Valerio le hizo una señal y gritó para que retrocediera.

—¡Échate atrás!

Los guerreros no tenían la disciplina romana y el ruido tenía un poder especial sobre ellos, de modo que resultaba difícil detenerlo y arriesgarse de nuevo al silencio amenazador de antes. Pero aun así fueron aminorando, a medida que se necesitaban más para pasar las cestas de fuego y otros iban retrocediendo para colocarse en los parapetos y contemplar a Cygfa y los doce de su guardia de honor que reunían una cesta tras otra en el tejado del templo, desprendiendo un humo que manchaba el claro azul del cielo.

Los que estaban dentro del templo descubrieron lo que había ocurrido más tarde que los de la horda asaltante. El ruido de las puertas era muy desagradable fuera; en la cámara de piedra resonante del templo, resultaba absolutamente ensordecedor, de modo que el sonido de las tejas del tejado que se iban levantando y quitando se perdió entre aquel clamor. Unos pellejos húmedos cubrían el creciente hueco que se iba formando, no dejando pasar luz alguna que traicionase demasiado pronto lo que estaban haciendo.

Ocho guerreros permanecían de pie en el tejado inclinado, cada uno de ellos con una cesta de la pila que tenían a su lado. Otros cuatro sujetaban los bordes de los pellejos húmedos. Cygfa levantó una antorcha de pino con brea, que eclipsó al propio sol.

Valerio dio la orden, porque lo de las cestas había sido idea suya, y era bueno que se viese que él formaba parte del enfrentamiento final.

Lanzó un grito, levantó la mano y Cygfa sonrió y alzó su antorcha encendida con el saludo del guerrero, y dijo algo que no se pudo oír desde el suelo. Los cuatro guerreros que sujetaban las pieles de cabra tiraron de ellas y las apartaron. Cygfa formó un lento círculo y ocho cestas de fuego se encendieron, eructando llamas y humo alquitranado y oscuro. El sonido de un grito masculino presa de pánico y luego una algarabía de voces subió por el hueco del tejado cuando arrojaron por allí las primeras antorchas.

XXVII

Los defensores salieron corriendo antes de que arrojasen la última de las cestas desde el tejado.

Nadie esperaba otra cosa; si tenían elección, pocos guerreros o incluso mercaderes, curtidores, talabarteros o magistrados capaces de convertirse en guerreros si les daban una hoja que pudieran sujetar preferirían morir quemados a morir luchando, o tener la oportunidad de vivir, si luchaban mejor de lo que habían imaginado.

Los dioses habían hablado. No existía la menor oportunidad de vida para los que salieron, pero habían permanecido encerrados en la oscuridad, y no sabían que el fuego del sol ya había fundido las puertas de bronce, y que corrían hacia las espadas de los guerreros que caminaban con sus dioses juntos a ellos y no podían perder, ni siquiera en la muerte.

Breaca permanecía apartada de los demás, con *Piedra* a su lado. Ella no se había propuesto estar sola. Al principio, Cygfa quiso estar en su lado del escudo, y Valerio en el de su espada, y ambos habrían muerto para protegerla. Pero cuando les despidió, Cygfa para que irrumpiera desde el tejado y Valerio dispuesto ya a asaltar las puertas, hubo otros: Braint de Mona, Madb de Hibernia, que estaba ligada por un juramento de honor con Valerio, y Cunomar, que era el único de los que luchaban que todavía no estaba harto de matanzas y seguía dirigiendo a sus osas con un fervor que bordeaba la locura de combate.

Uno a uno, ella los había ido enviando allí donde eran más necesarios: Braint a ayudar a Cygfa, Madb a apoyar a Valerio cuando el humo empezó a filtrarse por una grieta abierta entre las puertas; Cunomar a reunir a las pocas docenas de trinovantes que hacían guardia en la puerta oculta del templo, porque si alguien iba a salir de éste, sería pronto.

Así, cuando las puertas se abrieron al fin, de repente, y salieron unos hombres que todavía eran capaces de pensar y luchar, ella se encontraba sola en el extremo del patio del templo, con su perro de guerra lisiado y el pomo de la espada resbaladizo por el sudor.

Breaca levantó el escudo, probando su fuerza. La charla de la noche pesaba mucho en ella, y no solo por falta de sueño. El escudo era más pesado que en días anteriores, y luego le pareció mucho más pesado de lo que había sido nunca en su juventud; no creía que fuera capaz de sujetarlo con la habilidad requerida en la batalla durante una larga refriega.

Buscó la canción de su espada y no pudo oírla, ni sentir el dolor punzante de la

palma de su mano que era un anticipo del fuego salvaje que siempre la había sostenido en la batalla anteriormente. Hubo algo de aquello en los bosques del norte, luchando contra la Novena legión, pero ella había pensado que era mísero e insuficiente. Ahora, hasta aquello habría sido bienvenido.

Había visto a otros luchando solamente mediante su ingenio y su habilidad, y ella nunca había tenido que hacer lo mismo. *Piedra* se apretaba contra su pierna, temblando. Era imposible saber si estaba ansioso por luchar o por huir. Ella le devolvió la presión con la rodilla, al no tener ninguna mano libre para acariciarle el pelaje, y se apoyaron el uno en el otro, contemplando el río de veteranos que bajaban de las puertas por los escalones y el estrépito que formaban al enfrentarse a los guerreros que aguardaban. Las líneas ordenadas se desintegraron pronto en el caos del combate, y ni Breaca ni su perro mostraron una prisa excesiva por unirse a ellos.

Valerio estaba casi en la vanguardia, con Cygfa a un lado y Madb, la mujer hibernia con ojos de grajilla, en el otro. Longino, como siempre, le cubría la espalda, leal como cualquier perro de guerra. Huw, el hondero, se hallaba en algún lugar justo detrás de su hombro izquierdo, con Cuchillo y otros que habían empezado a seguirle hacia la vanguardia del combate.

Su hermano tenía su propia guardia de honor, aunque él habría negado que existía, como ellos también habrían negado ser tal cosa, y sin embargo, habrían muerto todos por él. Breaca le vio matar a un veterano y usar su escudo para proteger a Cygfa mientras ésta daba un mandoble del revés a otro. El cabello de su hija era como una llama que flotaba bajo el sol recién liberado, un revoloteo de rubio casi blanco contra la puerta de bronce y el humo que se arremolinaba desde allí. Ella era la punta de lanza que sujetaba la parte superior de los escalones y detenía la marea de los doscientos veteranos y aquellos que se cobijaban tras ellos y evitaba que cayeran en cascada bajando por la escalera de mármol hacia el patio que había debajo.

Ni siquiera Cygfa, que era Caradoc hecho mujer, podía sujetar a quinientos ella sola. Los veteranos se abrían paso a la fuerza y se veían detenidos por Madb o Valerio, y luego otros, y otros, de modo que muy pocos llegaban a los pies de las escaleras con vida. Luego, el montón de cuerpos que quedaban bajo los pies hizo la lucha mucho más difícil, y como nadie estaba dispuesto a combatir dirigiéndose hacia el templo, los guerreros empezaron a recular de forma instintiva para tener más espacio, y así pudieron pasar más junto a ellos.

La mujer del pelo rojo y los ojos de un gris verdoso llegó hasta Breaca desde el extremo más lejano de la escalera. No era guerrera; no danzaba con la canción de su lanza, ni oía el alma de su espada, pero era rápida y tenía la cabeza despejada y estaba llena de rabia como una hembra de jabalí que se ve obligada a usar la violencia en defensa de sus jabatos. Solo con ese poder, ella mató al joven coritano que se adelantó a recibirla e hirió a la chica icena que llegó tras él.

No había niños corriendo a sus pies; Breaca lo comprobó antes de adelantarse para bloquear su impulso hacia delante. Quedaron atrapadas en un rincón del patio

con un muro bajo en un lado, un lugar demencial para luchar cualquiera de las dos. *Piedra* fue dando la vuelta mientras la mujer pelirroja se acercaba, hostigándola desde un lado, de modo que ella se vio atrapada contra la pared y con el escudo entorpecido por ella.

La hoja de Breaca también se hallaba entorpecida. Ella se apartó de la pared para tener más espacio libre. La mujer pelirroja intentó empujar y meterse a través del hueco, quedando así expuesta a un golpe en ángulo desde el lado que le arrebató la espada de la mano y la arrojó muy alto por encima del muro, aterrizando en el barro cubierto de cenizas que había más allá.

Matar era demasiado fácil, y había preguntas que importaban. Breaca adelantó la espada y la colocó horizontal, a la altura del pecho, como una barrera. La mujer se detuvo y se quedó quieta, respirando con rapidez y con intensidad. Bufaba y escupía como un gato salvaje, pero no hizo ningún movimiento que hubiera hecho necesario matarla.

—¿Por qué estuviste metida en una pocilga? —le preguntó Breaca.

La mujer miró hacia abajo. Llevaba los pies marrones desde el tobillo por los excrementos secos. Además del hedor de la batalla, apestaba a cerdo.

Algo en ese hecho la obligó a moverse. Lanzó un gruñido y movió el escudo como arma, de modo que fue necesario por un momento parar el golpe y retroceder y dejar que se acercara *Piedra*, pero no tanto como para que pudiera resultar herido, y luego acorralarla de nuevo contra el muro bajo de piedra que tenía a la espalda.

Breaca se volvió y, por segunda vez, su espada acabó en la garganta de la mujer, y no la introdujo entre la piel y la carne y el hueso. Dijo:

—Podría matarte ahora mismo. O podría decirte primero que tu hija está viva. En tu lugar, yo querría saberlo.

Solo quienes están verdaderamente perdidos se enfrentan a la muerte sin preocupación alguna, y ninguna madre que sabe que su hijo está vivo se encuentra perdida del todo. La mujer pelirroja dejó de intentar luchar. Bajó el escudo y se cubrió el rostro con una mano que tenía los nudillos blancos y se puso de pie, temblando, como había temblado antes *Piedra*, pero sin apremio, solo con desesperación y terror y el dolor de una pérdida inexpresable.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—¿Que es hija tuya? Tiene tu mismo pelo y tus mismos ojos.

La otra asintió levemente. Breaca dijo:

—¿Por eso la escondiste en la pocilga? ¿Fue a buscarte la multitud? ¿Les traicionaste a Roma?

—Eso decían —las palabras sonaban espesas, entre los dedos que las ahogaban.

Breaca apartó la espada y se sentó en el muro de piedra. En los escalones del templo hombres y mujeres, guerreros y romanos morían y quedaban heridos, o vivían y se envalentonaban con su propio éxito. Ella había quedado en una burbuja de quietud, con *Piedra* haciendo guardia y una mujer rota delante. Dijo:

—¿Porque el padre de tu hija era romano? ¿O peor aún? ¿Era uno de aquellos que dejó entrar a Claudio en la ciudad?

La mano que cubría el rostro de la mujer cayó. Ella estaba pálida antes, ahora estaba amarilla y sacudida por algo que era más que el temor a la muerte. Empezó a hacer la señal contra el mal de ojo y al verse a sí misma se detuvo, dejando que la mano cayese inútil a su costado.

—¿Acaso lo llevo escrito? —preguntó—. ¿Estaré mancillada hasta la muerte y más allá por un solo error?

—No, tú no. Tu hija tiene su nariz, y algo de su rostro, pero ella vivirá para ser mucho más de lo que su padre fue nunca. ¿Fue el propio Heffydd o alguno de sus hijos?

—Él. No le quedaban hijos vivos. Quería uno. Por eso él… por eso yo…

No había palabras. Podían haber estado solas. Heffydd ya había pasado su mejor edad en tiempos de Cunobelin. En aquel día en que el mundo estaba patas arriba, la idea de que el falso soñador de los trinovantes, el hombre que había traicionado a su pueblo y su aprendizaje ante Roma, pudiera haber engendrado a una niña que ahora tuviera unos ocho años resultaba muy desagradable.

Breaca dijo:

—¿Te pagó acaso?

Lo dijo sin pensarlo debidamente. En pleno fragor de la batalla, con la muerte caminando entre el estrépito, era un insulto tan malo como cualquier daño que pudiera haber infligido su espada.

La mujer la miró con los ojos fijos, muy abiertos, y la cabeza muy alta y tiesa.

—Así que soy del tipo de mujer que se vendería, y a «ése».

Su voz sonaba más forzada que nunca. *Piedra* se acercó a ella y se apretó contra su pierna, como había hecho con Breaca. La mujer bajó la mano y agarró el pelaje que tenía en la base del cuello, donde era más espeso. Cuando retiró la mano, mechones de pelo invernal quedaron adheridos a sus dedos. Ausente, los enrolló formando una bola, como si fuera a pulir algo con ella más tarde.

Dijo:

—Heffydd me sorprendió marcando a mi hijo para Nemain, bajo la luna vieja. Roma nos habría matado por eso, a mí y a Gwn y a su padre, si no hubiese muerto ya en la batalla de la Trampa de Salmón. Heffydd vio algo que le gustó en Gwn, vio que era fuerte, que podía luchar, aunque solo tenía diez años. Nos ofreció la vida y su mecenazgo bajo su cuidado, con todo lo mejor que podía ofrecer Roma, si yo le daba un hijo igual de fuerte.

—¿Qué ocurrió cuando le diste una hija?

—Murió mucho antes de que ella naciera. Briga vino a por él dos días después de que dejase su semilla en mi interior —la mujer desnudó los dientes, salvaje. El canino de un lado estaba roto—. Le maté. No me dieron las gracias por ello, aquellos que vinieron por la noche con sus porras y sus cuchillos y su muerte lenta para aquellos

que favorecían a Roma. Habrían matado a una niña de siete años por el crimen de tener un padre equivocado.

—¿Acaso los veteranos te dejaron enviarla fuera, para un nuevo comienzo, sin saber quién era? Intento averiguar con qué pudiste amenazarla para obligarla a salir.

—Le dije que dejaría la espada que me habían dado y me negaría a luchar si ella no salía, y que nos quemarían a las dos juntas. Le dije que si ella se iba, yo lucharía, y le prometí que mataría antes de morir, de modo que supiera que ya estaba vengada.

—Y lo hiciste; yo lo vi. ¿Y tu hijo? ¿Dónde está?

—No lo sé. Se fue hace tres años, a Mona. No he sabido nada más de él desde entonces.

Todo aquello podía ser una gran mentira, pero *Piedra* confiaba en ella, y Breaca se sentía inclinada a confiar en él antes que en una muchedumbre armada con porras y cuchillos y una muerte lenta. Era necesario tomar una decisión, en un sentido u otro. La lucha en los escalones y en el patio superior se volvía deshilvanada, y se deshacía en diversos grupitos, y demasiados de cada lado ya estaban acercándose a ellas.

Breaca dijo:

—Si te dejo vivir, ¿lucharás contra nosotros o ayudarás a aquellos que lo hagan?

—No. Lo sabes todo sobre mí…, ¿no eres capaz de ver eso?

—Me gustaría creerlo. Ve con Airmid y Lanis, en el teatro. Allí tienen a las niñas. Diles que te he enviado yo.

—¿Y quién eres tú?

—Breaca, madre de Graine, que fue violada por Roma. Si pudiera haberla ocultado en una pocilga, lo habría hecho. Viviré el resto de mi vida lamentando no haber tenido la oportunidad de hacerlo. Salta por encima del muro y corre. Haré lo que pueda para evitar que te sigan.

Breaca vio salir a la mujer y solo tuvo que evitar que Cuchillo saltase el muro para seguirla, y luego un veterano, que quizás había comprendido mejor lo que estaba ocurriendo. Lucharon y el veterano murió, porque llevaba dos días comiendo mal y ya había luchado contra cinco personas antes de ella, y ambos sabían que si la cosa hubiese estado equilibrada, él habría ganado; en la guerra, esas cosas están muy claras y solo los imprudentes las ignoran.



Al final, cuando el templo estaba vacío y ardiendo y los muertos se apilaban en su interior, Breaca fue al teatro a buscar a Airmid y a Teófilo, y descubrió que ambos se emplearon a fondo con los heridos en una zona cubierta fuera de las fronteras de la ciudad, donde el hedor y la amenaza de que se propagaran las enfermedades era menor.

Las tres niñas a las que Teófilo había lavado y Airmid alimentado se hallaban en el mismo lugar, jugando de mala gana a las tabas entre las cenizas y el polvo, y oyendo los cuentos que les contaba una esbelta guerrera icena que llevaba el brazo vendado y pegado al pecho con unas tablillas a lo largo de los huesos. Ella era una de los varios cientos que habían seguido a Cunomar, aunque todavía no era una osa y luchaba en la periferia, esperando llegar a serlo. Como los demás con los que luchaba, se había afeitado la cabeza en arco por encima de cada oreja, dejando un largo mechón de cabello de un rojo intenso en el centro, en el cual se había aplicado cal para blanquearlo y grasa de ganso para que formase una cresta, como la quilla de un barco.

Las tres niñas de cabello pajizo quedaron fascinadas por el resultado, o asustadas. Se sentaban a sus pies, olvidando las tabas, y ella las alimentaba con historias de batallas ganadas contra Roma que solo cesaron cuando llegó la Boudica, reina y heroína de aquellas historias, solo después de su hijo.

Breaca se quedó de pie algo alejada del grupo. Las niñas estaban más tranquilas y ya no olían mal. Aun así, la miraron con los ojos muy abiertos y se metieron el dorso de la mano en la boca. Una de ellas chilló y las demás la hicieron callar. Breaca miró hacia abajo y vio sangre fresca en su túnica, pero estaba demasiado cansada para intentar taparla solo para que ellas no la vieran.

Dijo:

—¿Qué ha sido de la cuarta niña? ¿La pelirroja, con la nariz del soñador de Cunobelin?

La joven guerrera la miró. Lentamente, dijo:

—Su madre vino a buscarla. Tú la mandaste con pelo de tu perro como prueba. Ella dijo que tú le habías prometido la seguridad, y que podían irse sin sufrir daño alguno. Comprendimos que tenía que ser verdad. ¿Cómo podía haber salido del templo viva, si no? —la chica frunció el ceño, algo confusa—. ¿Acaso nos hemos equivocado?

—No, no os habéis equivocado. Yo lo he interpretado mal. Esperaba que se quedase, pero no había motivo alguno por el que debiera hacerlo.

Excepto que no había ningún sitio adonde ir en la ciudad quemada, donde solo quedaban cenizas y escombros. Breaca sonrió a la guerrera y le dijo algo también a las niñas para que no se asustaran de la sangre reciente de su ropa y del sudor y la suciedad que le manchaban el rostro.

Cuando las dejó fue para volver de nuevo a buscar a Airmid y Teófilo, para ver a los heridos y averiguar los daños del día, y finalmente para hablar de lo que se podía hacer para devolver el liderazgo a los que carecían de él.

Por casualidad, en su camino por el prado de hierba corta hacia el este, hacia el círculo donde se entrenaba a los caballos y donde se había colocado a los heridos, se volvió a mirar al templo.

Ya había pasado el mediodía. Mientras miraba, la última rendija de sol pasó por encima de las puertas y el fuego del dios se oscureció, dejando las enormes placas de

bronce apagadas con aquella luz menos intensa.

Aquello le trajo un recuerdo, tan pequeño que Breaca casi lo pierde. Se quedó de pie durante largo rato contemplando aquella imagen apagada hasta que lo encontró y pudo nombrarlo y traerlo con toda claridad a la mente.

No acudió entonces a las tiendas donde se albergaban los heridos, sino que flanqueó los toldos inclinados de los prados de los caballos y pasó hacia el sur, a lo largo de un camino antiguo, de modo que sola, sin ningún físico griego que le ofreciera su compañía, pudo regresar al pasado y a la compañía de los muertos.

XXVIII

Cunomar yacía de cara en un mosaico de mármol rosa y gris, descansando la barbilla en el puño para contemplar mejor la puerta de roble que era la salida oculta del templo de Claudio.

A su alrededor se encontraba un jardín amurallado muy ornamentado que se extendía hacia los alojamientos de los esclavos de la casa de un centurión. Aquel lugar ya estaba recubierto de hiedra crecida desordenadamente e invadido por correhuelas salpicadas de flores blancas sin abrir, enroscadas con tanta fuerza como si fuesen sogas.

El muro era sólido, y no era fácil escalarlo. Los pedernales y piedras que lo formaban habían sido introducidos con demasiada profundidad para proporcionar un asidero para las manos, y además estaba coronado de mortero bien redondeado con pedernales aguzados incrustados a lo largo del borde. Nueve golpes con el hacha larga habían roto la cerradura de la cancela exterior, permitiendo entrar a las osas y colocarse en orden de combate entre los caros olivos y las parras y las fuentes gemelas de mármol verde, en las cuales unos muchachos cabalgaban sobre delfines en un mar eternamente seco.

Cunomar yacía en la sombra de la segunda fuente. A cada lado, sus guerreros se pasaban odres recién llenos en el pozo del hospital derruido. Todos ellos aparecían quemados o heridos en alguna medida. A Cunomar todavía le dolía la entrepierna por el golpe fallido de la hoja que casi le había costado su virilidad. Ulla, que estaba echada junto a él, tenía una quemadura a lo largo del antebrazo, pero aparte de eso estaba entera.

Ella le pasó un odre y él bebió y se lo devolvió.

La puerta del templo seguía obstinadamente cerrada. Tan alta como un hombre y cinco veces más ancha, estaba hecha de roble muy curado, con bisagras de cuero remachadas con hierro para hacerlas más difíciles de cortar, diseñadas para que sirvieran como ruta de escape o como entrada secreta, como si la mitad de Camulodunum no hubiese sabido que estaba allí desde el primer día que la construyeron.

El sol subió más en el cielo y las zonas de sombra se hicieron más pequeñas. Al final, cuando las moscas empezaron a molestar demasiado, aquellos guerreros que todavía no eran de la osa y por lo tanto sabían menos de disciplina empezaron a apostar sobre quién podría levantar una de las fuentes de mármol verde.

Al cabo de un rato se olvidaron de susurrar y las apuestas se hicieron más serias. Tres se dirigieron hacia la fuente al mismo tiempo que escupían en sus manos. Cada

uno de ellos se había afeitado el pelo de la cabeza formando un arco por encima de ambas orejas, y se había untado la línea central con cal. Uno se había cortado la oreja o había hecho que se la cortara alguien. Cunomar no conocía el nombre de ninguno de ellos. El más alto se colocó junto al mármol, haciendo fuerza de tal modo que las venas sobresalieron en unos músculos llenos de nudos como un buey en el arado. Otros gritaron, animándole. El mármol no se movió.

A cubierto de los ruidos, Ulla dijo:

—Muy pronto ha abandonado tu madre la batalla del templo. He visto que dejaba que se fuera una mujer, cuando podía haberla matado.

—Todo el mundo lo ha visto —dijo Cunomar.

—¿Lo ha hecho para que la viéramos? ¿Para que no quedase ninguna duda de que ya no quería dirigirnos?

En medio de la batalla, el temor de Cunomar había sido exactamente aquél, empañado por la vergüenza que suponía y el pánico de que sin su madre el ejército titubease. Él había fallado una muerte muy fácil a causa de aquello, y tuvo que rematar al hombre posteriormente, cuando la batalla ya había pasado y era el momento de retroceder. Ahora, echado a la sombra de un olivo, lo veía todo bajo una luz mejor.

—Creo que lo ha hecho exactamente por ese motivo. Al irse cuando la victoria era segura, ha conseguido que nadie sufriera por su pérdida. Y ha dejado el camino abierto para que su sucesor tome su lugar en la parte final de la guerra. La balanza del ejército está igualada entre Valerio y yo. Creo que ella realmente no sabe a quién de nosotros dos apoyar. Nos ha dejado la libertad de probamos nosotros mismos frente al ejército entero.

Ulla dijo:

—Debe de ser duro para una mujer elegir entre su hermano y su hijo.

—Y para Cygfa lo mismo. Ella admira a Valerio por su caballo-cuervo y por la forma que tiene de luchar con él. Ambas necesitan un motivo para elegir en un sentido o en otro. Nosotros podemos ponérselo fácil —desde la derrota de la Novena, Cunomar había intentado verlo de aquel modo. Allí, en aquel momento, con la perspectiva de una victoria bastante espectacular al alcance de la mano, era más fácil aún.

El más fibroso de los tres jóvenes consiguió levantar la fuente de mármol, a fuerza de inclinarla un poco y metiendo una piedra con el pie debajo de la base, y luego desequilibrándola mientras se apoyaba con todo su peso en el borde ondulado y verde de la pila, que golpeó las losas grises de mayor tamaño que había a su alrededor y se rompió en fragmentos agudos como cuchillos que saltaron en un amplio arco.

Maldiciendo suavemente, Cunomar se inclinó a su derecha, hacia un joven trinovante larguirucho que conocía el camino hacia el jardín.

—Diles que se aparten del mármol roto, si no quieren cortarse los pies cuando se abra la puerta. Pásalo por toda la fila.

Vio cómo fluía el mensaje mientras una cabeza se acercaba a la anterior, más morena o más rubia, y luego se alejaba hacia la siguiente. A Ulla le dijo, irritado:

—Valerio les habría detenido impidiendo que levantaran la fuente ya desde el principio.

—Y ellos no habrían aprendido nada excepto a molestarse con él por estropearles sus apuestas. Tu forma de hacer las cosas no es necesariamente la peor.

El mensaje había alcanzado al último de los que estaban en fila ante los fragmentos de piedra como cuchillos cuando se oyó una cerradura en la oscura puerta de roble y un cerrojo se descorrió y se apartó una barra y una puerta de roble maciza, del espesor de una mano, tan alta como un hombre y cinco veces más ancha, golpeó contra los guijarros y pedernales del muro del jardín.

Cunomar tuvo tiempo de gritar: «¡mantened la fila!» y notar a Ulla junto a su hombro antes de que la confusión se abatiera sobre él adoptando la forma de la batalla más feroz que podía haber imaginado jamás.

* * *

Los veteranos que cargaban desde la sala que había detrás de la puerta estaban tan delgados que parecían escuálidos, sin afeitar y mugrientos, con marcas de quemaduras en los rostros y antebrazos, pero su armadura de cuero era suave y sus espadas estaban afiladas y tenían la expresión tensa de hombres que se conocen desde hace décadas y pueden confiar en la seguridad de la presencia del otro.

Como los héroes espartanos de las Termópilas o la Banda Sagrada de Tebas, eran hombres que se habían consagrado a la guerra y nunca se confiaban. Durante días Cunomar había yacido en la hierba reseca por encima de Camulodunum y contemplado a una centuria completa de veteranos practicar sus maniobras diarias.

Cuando la informadora trinovante llegó con la noticia de que un cierto grupo se reunía cada noche en un santuario oculto en la parte posterior del templo, supo sin lugar a dudas quiénes eran, y cuántos. Lo único que necesitaba de ella era la ubicación, y si habían conservado sus armaduras anteriormente.

Esto se les había dicho explícitamente:

—Tendrán todo cuanto puedan necesitar o querer. Yo les limpio la sala, y por todas partes hay colgadas armaduras, excepto en una pared, que está forrada de lápidas para honrar a sus muertos.

Los veteranos salieron en forma de cuña, apuntando hacia el lugar más espeso de las filas de Cunomar. Mataron a tres de los icenos más jóvenes antes de que la puerta golpease en el muro. Una cabeza medio afeitada cayó y rebotó, cercenada limpiamente por la velocidad de los hombres que pasaban y la ferocidad de los golpes de su líder. Una docena de jóvenes más cayeron hacia atrás, y sus aullidos guerreros se

ahogaron y quedaron en nada.

Las verdaderas osas se habían enfrentado a una cuña en la torre de vigilancia y sabían cómo tratarla. Debían darle las gracias a Valerio por ello; él les había hecho practicar todo el invierno. Recordándolo, aquellos que lo sabían se encontraron unos a otros entre el estrépito y formaron parejas, o grupos de tres o cinco, y apretaron los hombros unos contra otros, para poder actuar como si fueran uno solo.

Caminaron de lado, más allá del alcance de la cuña, y arrojaron lanzas y luego fragmentos de mármol roto del tamaño de puños a las piernas de los hombres que iban delante. Un puñado tropezó y murió cuando sus escudos bajaron. Uno corrió recto hacia la lanza de Cunomar, que éste mantenía horizontal como si fuera un bastón, de modo que el mango le rompió el cuello.

Los romanos habían sido una centuria; ochenta hombres en total. En aquella primera carga quedaron reducidos a menos de una docena. El resto abandonaron a sus caídos y se dividieron en grupos de tienda tan rápidamente como si todavía durmiesen cada noche en campamentos, y no en sus villas con los tejados dorados.

Formaron cuadrados de dos por lado, mirando hacia fuera, con los escudos sujetos como barreras impenetrables y las espadas sobresaliendo y pinchando entre ellos. A diferencia de los hombres de la Novena, no se quedaron paralizados invitando al ataque, sino que avanzaron manteniendo los cuadrados, matando a más guerreros de Cunomar mientras lo hacían.

—¡Necesitamos honderos! —gritó Ulla, apartándose de la senda de la muerte que se aproximaba. Hizo una pausa y arrojó una pieza de mármol del tamaño de un puño. Ésta rebotó inútil en un escudo.

No tenían honderos, pues estaban todos con Valerio, emparejados con los mejores honderos de Mona, eliminando a los defensores en el interior del vasto espacio del templo.

Cunomar gritó:

—¡No les dejéis llegar a la puerta! —había dicho aquello mismo antes, mientras hacían planes en el gris anochecer—. Si consiguen salir del jardín, llegarán al templo desde detrás. Perderemos a cientos antes de que los detengan.

Sus seguidores le habían escuchado entonces. Enfrentados a la ferocidad de la carnicería de los veteranos, muy pocos le hicieron caso.

Ulla estaba cerca, y Scerro, así como un puñado más que habían luchado con ellos en las barreras el primer día del asalto a la ciudad. Cunomar levantó el cuchillo y aulló el nombre de su madre. Otros más lucharon por unirse a él, quizás unos veinte en total.

—¡La puerta!

Corrió sin esperar a ver si le seguían. Por las sombras que saltaban delante de él supo que sí, y que al menos dos habían sido demasiado lentos y habían caído.

Quince vivieron para llegar a la puerta.

—¡Dispersaos! ¡Formad dos filas!

Cunomar abrió mucho los brazos. Sus guerreros eran lentos, tenían los ojos blancos y jadeaban. Aquellos que habían luchado en las barreras sin miedo se encontraban de pronto anulados por los veteranos y su metódica brutalidad. Pero aun así, los días de entrenamiento por encima de la ciudad funcionaron. Quince de ellos formaron dos filas y bloquearon la puerta.

Cunomar gritó:

—¡Ulla! ¡Scerro! Salid por la puerta. Cerradla y poned una cuña. Encontrad a Valerio, traedle para que nos ayude.

Los dos se volvieron para irse. Una parte de él estaba exultante al ver que su liderazgo al final prevalecía, y la necesidad de obedecerle superaba a la de quedarse. Una parte mayor de sí mismo se desgarraba ante la pérdida. Quería decir algo pero no había tiempo: tres partidas de tienda de veteranos habían formado ya una fila enfrente, y avanzaban corriendo. Olía el aliento agrio de la mala alimentación, así como sus cuerpos sin lavar y el aceite nuevo y brillante de su armadura de cuero.

Llegaron las sombras y se volvieron a ir cuando se abrió y se volvió a cerrar la puerta detrás de él. Algo cercano a la gratitud hizo que Cunomar centrase su atención en el líder de los veteranos, que avanzaba por el centro, enfrente de él. Los dientes del hombre estaban muy sucios, y se había afeitado con algo muy mal afilado, de modo que tenía la piel llena de manchas rojas por la barbilla y las mejillas. En medio brotaban pelos negros. No habría comido decentemente desde hacía al menos tres días, pero bailaba sobre la punta de los pies y cuando levantó su hoja fue con una certeza de matar que Cunomar no había conocido nunca antes, excepto quizás en Valerio, y entonces no iba dirigida a él.

El hombre que venía hacia él sonrió. El aire se volvió fétido por el hedor de sudor antiguo y nuevo. Cunomar pronunció el noveno nombre de la osa y se concentró por completo en su enemigo. Libre de miedo, levantó su escudo y lo interpuso ante la hoja que se aproximaba, retorciéndolo para formar un hueco en el muro de escudos que tenía enfrente. Su propio cuchillo se curvó en un arco que debía haber acabado en las tripas del otro hombre…

Sin embargo no lo hizo, porque Ulla estaba allí con su lanza y la había clavado en la carne blanca de la cara que había por debajo del casco. Un grito, procedente de ella o de él, hendió el aire.

—¡Ulla! —el grito de Cunomar se alzó con fuerza—. ¡Vete! ¡Busca a Valerio!

—No… hay necesidad —Ulla estaba viva todavía. Retrocedía soltando su lanza—. Ya está aquí…

No tenía tiempo de mirar hacia arriba ni a un lado. La lucha era tan feroz como nunca había visto ni imaginado. Los veinticuatro hombres de la fila de los veteranos luchaban ante la puerta como si su honor y sus vidas dependieran de ello. No consiguieron alcanzarla, pero cada uno de ellos se llevó al menos a uno de la hueste con él al morir.

Lentamente, entre el milagro de su supervivencia continuada, Cunomar llegó a

observar que había muchos más guerreros en el jardín que aquellos con los que había llegado, y que una pequeña proporción de ellos se habían afeitado la cabeza en arco por encima de la orejas, o se habían untado el cabello con cal blanca.

Cuando una honda pasó a su lado, y mató al hombre que amenazaba su vida de forma más inmediata, su mente embrutecida por el combate supo por qué. Mientras avanzaba luchando, alejándose de la puerta, y oía cómo se abría ésta, y paladeaba el aire limpio entre aquel calor asfixiante, y notaba que los cuerpos se deslizaban junto a él y salían hacia el jardín, captó un destello de la puerta de roble negro y vio más guerreros aún que pasaban por ella, y sintió alivio y frustración por igual, un sentimiento que no era nuevo para él, y era mucho menos bienvenido que la claridad dulce y sin trabas de la batalla.

La lucha se fue haciendo más lenta y quedó claro para Cunomar que él ya no era tan necesario; unos brazos más frescos que los suyos se habían hecho cargo de las dos últimas docenas de romanos y les obligaban a retroceder hacia el muro, y empezó la lenta y peligrosa tarea de la muerte.

Se apoyaba en la segunda de las dos fuentes de mármol cuando una fría voz, que conocía y odiaba, dijo en voz lo bastante alta para que los demás le oyeran:

—Muy bien hecho, hijo de la Boudica. Habría sido muy duro para todos nosotros que hubiesen conseguido salir y volver a entrar al templo a nuestras espaldas.

—Valerio… —Cunomar se volvió lentamente. Todo su cuerpo temblaba por el cansancio y la conmoción posterior al combate—. ¿Ha vuelto mi madre al campo de batalla?

—¿Estaría yo aquí si lo hubiese hecho? —Valerio también estaba gris y se movía despacio. Una herida en su antebrazo sangraba profusamente, y presentaba un brillante hematoma del tamaño de un puño en el codo opuesto, y la carne ya se hinchaba a cada lado de éste.

Cunomar dijo:

—Así que hemos de hablar —siempre habían sabido que al final llegaría aquello, o incluso algo más.

—Desde luego —sonrió Valerio, oblicuamente—. Sugiero que vayamos mejor a otro sitio, donde haya menos oídos cerca. ¿Vamos a ver lo que guardaban los veteranos al otro lado de su puerta de roble negro?

XXIX

A la luz del día, con los rayos del sol viniendo oblicuos desde el oeste, el túmulo de Cunobelin era un lugar muy pacífico.

Breaca se puso de pie en su interior, de frente al muro posterior, con el cuchillo en la mano. Apuñaló la tierra seca, excavándola, y luego de nuevo a un ancho de mano a la derecha.

«Más a la izquierda. La abertura estaba alineada con el ángulo del sol el día de mi muerte.»

Ella conocía muy bien su voz; no su textura, seca como la tierra agostada, sino las curvas redondas de las vocales que heredó después Caradoc, y que todavía oía todos los días en Cygfa, que era la más parecida a su padre, y por lo tanto reflejaba de cerca a su abuelo.

Ella se volvió lentamente. De no haber sido de día, quizá no le habría visto. No aparecía con tanta claridad como su padre, y mucho menos que los muertos recientes de la ciudad quemada, ardiendo con la conmoción de su asesinato.

Cunobelin, Perro del Sol, líder guerrero de dos tribus, era apenas un brillo de la luz vespertina, no más sustancial que la propia luz. Como había hecho por la noche, Breaca puso en él los ojos de Graine y el pelo de Cygfa para que pareciese más humano. Él sonrió entonces, y ella vio esa sonrisa con más facilidad que el resto; su sonrisa siempre había sido su parte más cálida.

Dejó el cuchillo en el suelo.

—Pensaba que el sol de occidente te calentaría mucho más que la helada luz del amanecer —dijo—. Si prefieres que no estorbe la paz de tu túmulo, me iré ahora mismo.

«¿Por qué has venido otra vez?»

Como todos los muertos antiguos, su voz era el susurro del viento en las hojas invernales.

—Vi el sol que se reflejaba en las puertas de bronce y eso me recordó lo que hizo por ti Luain macCalma el día que te trajimos aquí por primera vez.

«MacCalma lo hizo mejor.»

—Sí. El ingeniero que construyó el templo en honor a Claudio sabía cómo celebrar la plena luz del sol de mediodía, pero Luain macCalma construyó este túmulo de manera que el sol te honrase al ponerse, así como al salir.

Breaca levantó el cuchillo y pasó la punta por el muro hacia la izquierda, y encontró el rectángulo, tan largo como su brazo y la mitad de ancho, donde la tierra estaba menos apretada. Empezó a cavar allí usando la parte posterior del filo. Los

terrones de tierra le cayeron encima. Limpiándose, dijo:

—Encontré a Caradoc aquí, el tercer día de tu funeral. Nos peleamos; él acababa de engendrar a Cygfa con otra mujer, y yo no lo sabía. Entonces me importaban esas cosas. Iba a poner tu anillo en el ataúd para honrarte. Él me lo impidió, diciendo que tú no querías que se te devolviera el regalo.

«Igual que en tantas otras cosas, mi tercer hijo era el que mejor me conocía. Lamento eternamente no haberme preocupado más por él.»

—Habría sido un hombre diferente si lo hubieses hecho, y quizá no tan grande —la verdad de aquellas palabras se instaló por primera vez entre ellos. Breaca cavó con más energía en el muro—. Recordando a Caradoc, recordé también la última vez que te vi en vida. Me llamaste hija, e hiciste un juramento —ella dio más fuerza a las palabras, enviándolas para que hicieran eco en las paredes curvas—. «Los dioses no han considerado oportuno bendecirme con una hija. Ahora, quizás empiece a tener una. Si necesitas ayuda en nombre del Perro del Sol, se te dará, hasta los confines de la tierra y los cuatro vientos.»

«… hasta los confines de la tierra y de los cuatro vientos».

Dos voces pronunciaron las palabras rituales del juramento. La del muerto era la más fuerte.

—¿Te liga más allá de la tumba? —preguntó ella.

«Siempre. Como averiguarás a su debido tiempo.» El humor puso calidez en su voz, y algo más profundo, que podía ser pesar. «¿Qué le pedirías a uno que está obligado a darte ayuda? ¿Aceptarías la curación de manos de un hombre muerto en quien no confiabas en vida? ¿Confiarías en mi preocupación por ti…, hija de mi espíritu?»

La calidad de su voz le llegó, mientras que su sonrisa y su presencia no lo habían conseguido. Dijo, con toda sinceridad:

—Eres el abuelo de mis hijos. Si me ofrecieras la curación, yo le daría la bienvenida y confiaría en ese don.

El muro de tierra se estaba desmoronando más rápido bajo su cuchillo. Ella acabó excavando césped vivo hasta llegar al aire libre que había detrás. Un rayo de sol vespertino irrumpió por la abertura y arrojó una luz ambarina en el suelo y a los pies del Perro del Sol.

Entonces él resultó más fácil de ver: un hombre fuerte, con una mata de pelo leonado y los ojos de un gris nuboso que ella tanto amaba en su hijo. Él la miró pensativamente, sin sonreír ya.

«Entre todos tus recuerdos, ¿no hay uno sobre la profecía de la antepasada-soñadora?»

La precaución cosquilleó a lo largo de su columna vertebral. Ella recordó entonces con quién estaba hablando: el hombre que podía superar a cualquier otro en el juego de la Danza del Guerrero, y que nunca dejaba de jugar. Se volvió y bajó el cuchillo por segunda vez. Por primera vez le dedicó a él toda su atención.

—Sería algo muy difícil de olvidar —dijo—. Llevé a mis hijos al este por la fuerza de esa profecía, sabiendo que podía perderlos. Mi hija se fue hacia el oeste sin estar curada del todo, por la profecía también. Mi hijo ha moldeado su vida en torno a ella, luchando por convertirse en algo que no comprende.

El brillo en el sol se intensificó. El aire en los márgenes se hizo menos borroso.

«Tenías que llevar a cabo tres tareas Enuméralas para mí.» Los ángulos de sus vocales eran como el hierro.

No resultó duro para ella retroceder a lo largo del sendero de su vida, encontrar de nuevo la cueva en las montañas y la presencia provocadora de la antepasada-soñadora. Simplemente, era algo que Breaca no habría querido hacer.

A partir de un recuerdo claro, dijo:

—En primer lugar, necesitaba encontrar una forma de devolver a la gente el corazón y el valor que habían perdido. En segundo lugar, debía hallar una forma de convocar a los guerreros y armarlos, y encontrar al guerrero con ojos y corazón de soñador que los dirigiera. Y por último, tenía que encontrar nuestra marca, la de la antepasada y mía, y buscar su lugar en mi propia alma.

Ella respiraba deprisa cuando terminó, como si hubiesen entrechocado las espadas en un desafío. En su propia defensa dijo:

—Los icenos han obtenido el valor necesario para alzarse en rebelión. El ejército se ha reunido y armado. La marca de la antepasada-soñadora ha sido revelada como la de Briga. Si descansa en mi alma, corresponde a la diosa mostrarla. He hecho cuanto he podido.

«No, no lo has hecho. ¿Quién es el guerrero con ojos y corazón de soñador que puede dirigir a tu pueblo, y devolverles el ánimo y el valor que han perdido?»

Los ojos de él la quemaron como fragmentos de pedernal fundido que perforasen su alma.

Ella no tenía respuesta para aquello.

«Piensa.» Él se iba. La amenaza y la promesa de su presencia se hacía menos tangible. Lo que quedaba de él se acercó mucho, de modo que ella notó el lugar en el cual el aire se movía a su alrededor. «Encuentra la respuesta y será todas las respuestas. Piensa.»

Él le puso una mano en la cabeza y ella se sintió fría y caliente a la vez. La invadió una sensación de preocupación tan profunda que la dejó temblando, y una pasión por la vida que había conocido en tiempos y que ya había olvidado.

Cunobelin dijo:

«Me ha producido un gran placer verte de nuevo, hija de mi alma. Si te sientes tan conmovida, sería bueno tener la ventana abierta para dejar que el sueño de Luain macCalma viva de nuevo.»

Su voz al despedirse cayó sobre ella levemente, como la lluvia de otoño.

«En la pregunta está la curación, y la respuesta. Recuerda también mi otro don. Ninguno de los dos se otorgó a la ligera.»

* * *

Unos pies rozaron la hierba. Era un manto lo que susurraba, no la túnica de Teófilo. Una voz viva dijo:

—¿Breaca? ¿Quieres estar sola?

Airmid hizo una pausa ante la boca abierta de la tumba, un poco hacia atrás, de modo que tuvo que protegerse los ojos con la mano del sol occidental, muy bajo ya. Su mirada se posó en la nueva luz que penetraba hasta el suelo, y en los fragmentos de tierra amontonados en el muro posterior, y en el cuchillo desenvainado que yacía encima.

—Has hecho una ventana en la pared posterior —dijo.

Breaca dijo:

—Estaba ahí antes, cuando construyeron el túmulo. Luain macCalma la hizo para que la luz entrase desde el oeste, y cayese en la urna que contenía las cenizas de Cunobelin.

—El baño al muerto con dos soles. Lo había olvidado —Airmid dudó, como si quisiera irse—. ¿Has venido a encontrar paz? ¿O a hablar con el muerto?

—Ambas cosas. Vamos, entra.

Airmid olía a agua de río y al aceite de romero de Teófilo más que a humo y a sangre y a terror y a dolor de los campos de curación. Ella no traía gran cosa de la guerra que alterase la tranquilidad de la tumba. Se sentó enfrente, en las sombras más oscuras. Dubitativa, dijo:

—La batalla por el templo casi ha terminado. He visto lo que has hecho para liberar a la madre de Illenna. Ha sido un acto honorable.

Breaca frunció el ceño.

—¿La mujer del pelo rojo? La había olvidado. No lo hice por honor. Era una madre que había perdido a su hija. Entre tanta mortandad, no hay necesidad de crear más dolor.

—¿Breaca? —Airmid le tomó la mano—. ¿Debo decirte que no luches más si eso te pone enferma?

—No, es obvio. Iba a buscarte, a decirte que iba a entregar mi escudo y mi espada a Cunomar, porque Valerio todavía no tiene el apoyo necesario entre el ejército. Entonces he visto que el sol pasaba por las puertas del templo y he recordado una promesa.

Abrió la mano. El anillo de Cunobelin se encontraba en ella, el primer regalo que él le había hecho. El oro no brillaba con gran vivacidad, sino que permanecía tranquilo y quieto en su palma, a la luz del crepúsculo. Era pesado, como para un hombre. En la superficie plana se hallaba dibujado un perro, alzando el hocico para saludar al sol. Breaca lo apretó con la carne callosa de su pulgar y vio que la marca del perro se tornaba blanca y luego roja.

Viendo cómo se desvanecían los colores, dijo:

—Cunomar ha pasado años ansiando ser el guerrero con ojos y corazón de soñador, intentando construirse a sí mismo para serlo. Yo soy su madre. Quería que tuviera éxito. Hasta hoy, todavía lo creía posible.

Suavemente, Airmid dijo:

—Tu hijo es excepcional, y honra a sus padres, a ambos, pero ningún seguidor de la osa tiene la mente y el corazón de un soñador ni lo tendrá jamás. Sus corazones están entregados en juramento a la osa, que es algo muy grande y suficiente. Cunomar aprenderá a celebrarlo y eso le hará mucho más fuerte aún.

Había una calma tan grande en ese conocimiento, en ver cómo se confirmaba un medio pensamiento… Breaca se probó el anillo en los dedos. Era demasiado grande para todos excepto el pulgar. Lo dejó colgar allí, suelto, como un brillo de calidez de miel en la luz, y se preguntó por qué era tan difícil hablar.

Esperó a que Airmid llenase el silencio, que se fue prolongando sin llenarse.

En su momento, cuando la espera resultaba más dura que hablar, Breaca dijo:

—Valerio, entonces. Siempre ha sido él. Él empezó como guerrero, pero el soñador es ahora mucho más fuerte en él, si no el más fuerte. Lo supe en cuanto volvió a nosotros, solo que no sabía lo mucho que decepcionaría eso a Cunomar.

Una pequeña tos ahogada, o una risa, o quizás el principio de un sollozo, le llegó a través de aquel espacio breve.

Breaca levantó los ojos al fin del anillo. Airmid la miraba, parpadeando. Una oleada de sentimientos cruzó su rostro: sorpresa, risa y exasperación, todas juntas. La soñadora unió las puntas de los dedos y las presionó, y se esforzó por tranquilizarse.

—Breaca, yo amaba a tu hermano cuando él era Bán; era un niño excepcional. Lloré su pérdida y lo sentí mucho más aún cuando averigüé que estaba vivo y que había vendido su alma a las legiones. Me alegré mucho y podría llegar a amarle de nuevo ahora que es Valerio y cabalga entre nosotros, pero tienes que saber esto: tu hermano es un soñador, y lo fue desde el día que nació. Si hubiera seguido siendo Bán y nunca le hubiesen secuestrado, sería Anciano de Mona cuando su padre desapareciese. Por eso fue concebido y educado y se le mostraron todas las promesas de su cumplimiento ya de niño.

Breaca dijo:

—Pero es un guerrero. Le has visto luchar. Brilla del mismo modo que Caradoc, de la misma forma que Cygfa, o incluso más.

—Brilla como tú, en efecto, y debemos dar gracias a los dioses por ir más allá de los planes de los ancianos. Bán habría sido un soñador excepcional, pero nunca habría sabido lo suficiente para destruir a la Novena, o quizás ayudarnos a destruir los restos de las legiones de Paulino. Los dioses le han moldeado de acuerdo con las necesidades de este tiempo. Muy pocos hombres podrían haber aceptado las cargas que él ha aceptado y superarlas con el corazón y el alma intactas. Él es un hombre notable, y lucha como un guerrero notable, pero antes que nada es soñador, y después

guerrero, y nunca conducirá a la gran masa de los icenos a la batalla.

Había un gran alivio también en saber aquello, aunque solo fuese por el bien de Valerio.

—¿Quién, entonces? —dijo Breaca—. ¿Quién queda? Cygfa nunca ha mostrado ninguna facilidad para el sueño, y Duborno se encuentra demasiado dañado. Ardaco es de la osa, pero si verdaderamente tienes razón con respecto a ellos, nunca podrá…

—Breaca… —Airmid ya no sonreía, ni tampoco parecía que fuese a reír.

Se inclinó hacia delante y puso ambas palmas en el suelo a ambos lados de la luz del sol. Su rostro estaba iluminado por aquella luz antigua.

—Escúchame. Piensa. ¿Quién fue nombrada Guerrera de Mona más joven que nadie? ¿A quién condujo la anciana abuela a través de las largas noches después de que la mujer estuviera muerta? ¿Quién lleva el fuego salvaje que puede unir a jóvenes inexpertos que no han luchado nunca y arrastrarlos de modo que salgan del combate con vida? ¿Quién ha hablado esta mañana con un muerto en un túmulo, y antes en las cuevas de las montañas del oeste, y antes en sus largas noches? ¿Quién se ha visto probada más allá del límite de la resistencia y debería permanecer en paz, pero aun así la necesitamos para que nos dirija, y necesitamos que se cure?

«Piensa.»

El Perro del Sol había dicho lo mismo, y Breaca no había pensado. Ahora no podía pensar.

El anillo la deslumbraba. Lo cubrió con la mano y levantó la vista. La mirada de Airmid era como una rendija de sol a través de su rostro. Breaca apartó la vista y miró la tierra de la pared.

Airmid dijo:

—Si es demasiado, si no puedes hacerlo, podemos pedírselo a tu hermano.

—No, no es eso. Sí que puedo. Quiero hacerlo, solo necesito tiempo para pensar.

No solo para pensar: necesitaba tiempo sencillamente para escuchar a los fantasmas arremolinados que acudían entonces a ella.

La anciana abuela era la primera, diciendo de nuevo, con más dulzura, las palabras que pronunció en sus largas noches. «La sangre de los antepasados corre en tu linaje, de lo contrario, no soñarías como lo haces», y de nuevo, décadas después, de pie en el rincón del taller de Breaca, dirigiéndola en la construcción de unas lanzas de garza que solo un herrero-soñador podía hacer; y ahora, aquí, en el espacio cambiante del túmulo, diciendo: «si te hubiésemos declarado soñadora antes, ¿te habrías convertido en la guerrera que eres?».

La antepasada-soñadora siguió a continuación y le hizo la misma oferta que antes, cargada ahora con otro significado: «no te prometo nada, solo que estaré contigo». El aire crujía con su risa seca y cáustica.

Entonces apareció su padre, Eburovic, sólido en el baluarte de su herrería, haciéndole una espada con la serpiente-lanza en el pomo, y enfrentándose a ella en una lucha de entrenamiento con la espada de los antepasados de su linaje, que llevaba

a la osa amamantando. Para ella era real ahora, en el túmulo de Cunobelin, como no lo fue cuando se levantó su espada a la luz de la luna en la oscuridad del altar de Briga.

Notó el contacto de su sonrisa.

—Enviamos tu espada a Mona con un guerrero de los coritanos —dijo—. Lo siento.

«No, no lo sientas. Yo te lo pedí. Hay cosas que todavía se deben hacer con ella. Por ahora, baste con que sepas quién eres.» Él era todo lo que no era el Perro del Sol: un hombre abierto, claro, directo, resplandeciente de honradez. Ella le amaba y él estaba muerto.

Los muertos llegaron con menos claridad después de Eburovic, o ella fue menos capaz de verlos: llegó Macha, y Gunovic, y Maroc, y una docena más de ancianos soñadores de Mona, cada uno de ellos menos tangible que el anterior.

A su tiempo, solo quedó la luz del sol y Airmid, soñadora viviente de la Boudica, que era sólida, y real, y estaba sentada muy quieta, como si respirar pudiera romper algo demasiado frágil para arriesgar un suspiro.

Breaca dijo:

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Al principio pensaba que lo sabías. ¿Cómo no iba a ser así, cuando toda tu vida apuntaba hacia esto? Más tarde, cuando quedó claro que no era así… —Airmid apartó la vista por primera vez, y luego volvió a ella—. Yo te amo. No quería cargarte con más de lo que podías soportar.

—¿Y ahora?

—Ahora sabes quién eres, y la elección sigue siendo tuya. No tienes que tomar nada, si no quieres. La Boudica conduce a la victoria porque ella «es» la victoria, no porque se la haya convencido de su liderazgo, aunque sea de forma bienintencionada.

—¿Bienintencionada? —Breaca se llevó las manos a la cara. La antepasada había sido la última de los muertos antiguos en partir. En el eco brillante que dejó su partida, una lanza de guerra crujió dos veces y luego se torció. Las serpientes de dos cabezas de su mango se retorcieron y entretejieron, mirando al pasado y al futuro: antes de ser suya, la señal de Briga, diosa de la guerra, portadora de la vida y la muerte, de la esperanza y la pérdida, mantenedora del pasado y el presente, y de todo lo que queda al margen del tiempo.

Una sola voz divina e indiscutible dijo: «Boudica».

—¿Airmid? —Breaca la buscó a ciegas. Unos dedos largos y delgados tomaron los suyos y los sujetaron, ofreciéndole fuerza y un ancla en el presente. Breaca se echó hacia atrás y, como hacían en la niñez, se levantaron la una a la otra hasta ponerse de pie. El fragmento de luz del sol quedaba entre ellas. Salieron juntas torpemente, como extrañas, asustadas de lo que podían encontrar. Breaca apoyaba la cabeza en el hombro que se le ofrecía. Airmid besó el lugar de su coronilla donde el Perro del Sol había colocado su mano. La sensación era de calor, que se transmitía a la tierra a través de sus pies.

—Estás de vuelta —dijo Airmid—. Bienvenida —su voz era algo en lo que podía deleitarse, entrar y no salir nunca.

—Sí, estoy de vuelta. Y quiero dirigir al ejército de guerra. Siempre lo he querido. Es que pensaba que no estaba en forma.

—Ahora sí que estás en forma. Los guerreros se darán cuenta, te lo prometo, hasta el más inexperto de los jóvenes.

Breaca se soltó entonces. Se agachó y tomó su cuchillo.

—Puede ser demasiado tarde. He dejado el campo de batalla muy pronto. Si los guerreros de mi ejército creen que estoy perdida y que ya he aceptado a Valerio o a Cunomar, no podemos deshacer lo que se ha hecho. ¿Vendrás conmigo a comprobarlo?

XXX

El fuego todavía no había llegado a la antecámara del templo, solo una nube de humo había cubierto el olor de expectativa y de fiebre de combate que los veteranos habían dejado atrás.

Por debajo, mucho más seco, se encontraba el aroma a incienso y a vino antiguo derramado. Cunomar notó que se le erizaba el vello. Como un sabueso, se quedó muy erguido, con las piernas tensas, y se volvió en círculo, examinándolo todo.

Era un lugar que había sido muy frecuentado, sin que nadie hubiese vivido en él hasta que los veteranos lo habían necesitado. Las losas de piedra del suelo las habían recorrido muchísimos pies, y aparecían desgastadas en algunos puntos, donde el tráfico era mayor. Las paredes también estaban recubiertas de piedra, y el techo tenía las tejas desnudas, sin forro alguno. Unos soportes para antorchas sobresalían con unas manchas negras de hollín detrás, por incontables noches de fuego, pero no había baúl alguno para almacenaje, ni lechos, ni señal alguna de taller.

En cambio, colgaban cotas de malla y armaduras de unos soportes de la pared, junto a piezas de arneses de caballo y viejas armas desgastadas por el combate, fijadas sobre madera pulida, y preservadas tal y como se habían usado por última vez, con manchas de sangre en pomo y hoja.

Entre ellas se encontraban los estandartes de las legiones, en miniatura; pequeñas águilas doradas agarrando unos rayos cruzados miraban desde cada muro hacia la puerta, un jabalí rojo corría a través de un gallardete azul que ocupaba la mitad de la anchura de una pared; tallados en madera, sobresalían una cabra, un caballo, un perro de tres cabezas, un carnero con los cuernos curvados como nunca se habían visto en Britania. Todos ellos eran más que su simple silueta, y la madera viva lo sabía; la sensación de ser observado, entonces, se explicaba quizá por ello.

Cunomar dijo:

—Parece un santuario dedicado al poder de las legiones. Deberíamos salir de aquí y quemarlo, como todo lo demás.

—Esto no es más que la antecámara. El verdadero santuario es la bodega que se halla debajo —Valerio se apoyó en el muro más alejado, con un brazo doblado para que hiciera de almohada debajo de su cabeza. Estaba gris por el cansancio, o por el dolor, o por ambas cosas.

—El primer templo a Mitra construido en Britania está en la bodega, a la que se puede llegar por esta habitación y por la casa del centurión que se halla al otro lado del jardín. Aquí me llevaron ante el dios por primera vez.

—¿Querrás que lo conservemos?

—¿En medio de una ciudad quemada hasta los cimientos? No. En cualquier caso, el dios está en las piedras y la tierra, no en los lugares que los hombres construyen para él. No le importará el contacto del fuego desde aquí —Valerio dobló las piernas y se sentó en el suelo, con la espada apoyada en el muro gris.

Estaban solos excepto Longino, que permanecía de pie tranquilamente ante la puerta, para que los fatigados guerreros no molestasen sin darse cuenta con sus celebraciones al hermano y el hijo de la Boudica en su conversación.

La gente necesaria esperaba cerca, pero fuera: Ulla y Scerro y un puñado de los que apoyaban sin discusión a Cunomar; Longino por Valerio, obviamente, y también Cuchillo y el joven Caracol, que había encontrado su papel atendiendo a los heridos, y una salvaje mujer hibernia con los ojos como una grajilla, y Huw, el hondero con la cicatriz en el rostro, ambos luchando por Mona.

Había un sorprendente número de guerreros de Mona que apoyaba a Valerio, y que no parecía tener en cuenta la existencia del hijo de la Boudica. Cunomar se había propuesto que eso cambiase con la batalla por la puerta trasera del templo. No estaba seguro de haberlo conseguido.

—Deberíamos hablar —dijo Cunomar al hombre que se hallaba sentado en el suelo frente a él—. Y luego atender a los heridos. Mi madre se ha retirado en el punto culminante de la batalla. Ha hecho lo que ha podido, y lo fundamental. La capital de Roma en esta provincia es nuestra y podemos quemarla toda entera. Pero tenemos tres legiones más y otras ciudades que tomar antes de consideramos libres. Para obtener un éxito completo, el ejército debe ser dirigido con fuerza, no con debilidad. Tú dijiste una vez que no dejarías que la búsqueda de gloria personal de ningún hombre destruyese al ejército. Ahora te pregunto si todavía crees que…

—El liderazgo es tuyo.

—… que mi conducta al tomar la ciudad… ¿Qué? —Cunomar se frotó su única oreja, y se sintió tonto después de hacerlo.

La cabeza de Valerio había caído hacia atrás, apoyándose en la pared, de modo que miraba hacia el techo, como si buscara inspiración allí, o apoyo.

Dijo:

—El liderazgo de la hueste de guerra de tu madre es tuyo. Aquellos que me siguen continuarán haciéndolo, y yo seguiré tu dirección. Solo tienes que decir qué pretendes hacer y lo haremos —su voz sonaba enteramente hueca.

Algo había alterado a los guerreros que aguardaban fuera. Se alzaron unas voces agudas como los pájaros de la mañana. De repente, Cunomar quiso encontrarse al aire libre, aspirando solo el hedor de los muertos recientes que espesaba el aire.

Se puso en pie, apretando las manos contra la madera de la mesa.

—Hablemos claramente. ¿Me estás diciendo que me concedes todo el liderazgo del ejército completo a mí y que…?

—¿Julio? —Longino hablaba desde la puerta. Había un cariño en aquella palabra que era mucho más profundo que la intimidad despreocupada del campo de batalla o

del lecho, y una profundidad de afecto que hablaba del agotamiento del otro hombre y perdonaba una decisión mal tomada, y hablaba también de algo más, que traía esperanza a un mundo sin ella.

Todo eso lo oyó Cunomar y lo interpretó mal, porque al principio no comprendió que el tracio estaba hablándole a Valerio, que evidentemente tenía otro nombre.

Así que se volvió demasiado tarde, solo después de que Valerio se hubiese levantado, y Longino, con mucha delicadeza, hubiese repetido:

—Julio, tu hermana esta aquí.

* * *

Valerio había pensado que quizá podría dormir apoyado en aquella pared, y comer allí cuando se despertase, y luego volver a dormir, y solo después de eso, empezar a ocuparse de las consecuencias de la decisión que había tomado mientras veía a su hermana abandonar el campo de batalla.

Viéndola volver, se levantó sobre unos miembros que se resistían y acabó poniéndose en pie, muy tieso y más despacio de lo que hubiese querido, y se apoyó de nuevo en la pared porque con estar de pie ya bastaba.

Breaca se apoyó en la jamba de la puerta, igual que él. Llevaba un manto azul iceno por primera vez desde el principio de la guerra, sujeto con un broche en forma de serpiente-lanza con unos hilos de lana vieja colgando de él. *Piedra* estaba con ella, menos dolorido que antes, y Airmid sonreía, algo que Valerio pensaba que había olvidado cómo hacer.

—¿Habéis tomado una decisión? —la voz de la Boudica inundó la sala de una forma que antes no habría conseguido.

—No —dijo Cunomar.

—Sí —replicó Valerio.

Breaca miró al uno y luego al otro, y luego volvió a mirarlos otra vez. El borde afilado de su sonrisa era el que Valerio había visto en un barco, recién llegado de la Galia, y nunca antes, desde su niñez. Podría haberse echado a llorar. Quizás estuviese llorando ya. No se llevó la mano a la cara para comprobarlo. Divertida, su hermana dijo:

—¿Debo irme de nuevo hasta que al menos os pongáis de acuerdo en esto?

—¿Cómo? —preguntó Valerio.

—Se me ha visto abandonar el campo de batalla. Si uno de vosotros desea reclamar el liderazgo del ejército, no tengo derecho alguno a negárselo.

Valerio no había llorado, solo estaba cansado. Se rio agriamente.

—Mira detrás de ti —dijo, y señaló con la cabeza a Breaca hacia los jardines, donde la osa y los guerreros de Mona se habían unido al resto del ejército y ya no

estaban desnudando a los muertos o levantando a los heridos, sino reunidos en una masa compacta de humanidad expectante—. Si quieres darte la vuelta y decirles que te vas de nuevo, adelante. No estoy demasiado seguro de que te dejasen.

Encontró la energía para unirse a ella junto a la puerta. Cunomar tuvo el sentido común de permanecer al otro lado. Juntos, la Boudica, su hermano y su hijo se enfrentaron a la multitud de hombres y mujeres que acababan de seguirles hasta el borde de la muerte y de vuelta; cada uno de ellos había sido conducido hasta el límite de su resistencia, cada uno de ellos había dado ese pequeño paso más allá de donde habrían llegado solos.

Entre todos habían tomado por la fuerza la primera y única ciudad romana de su tierra. Para hacerlo habían luchado dos días casi sin descanso de una forma que ninguno de ellos había experimentado ni imaginado: a través de las calles, en villas construidas de ladrillo, contra romanos armados y trinovantes desarmados. Habían matado a veces con honor y valor, y otras veces sin ninguna de las dos cosas, y la mancha que ello representaba y la euforia de la victoria se apoderaban de todos ellos por igual.

Eran mucho más grandes que antes, quizá más de lo que nunca hubiesen imaginado, y podían ser todavía mejores, pero necesitaban que alguien se lo dijera, y que se les diera una razón para encontrar el camino de la victoria en su propio interior.

Por puro habito y por sus dos décadas de entrenamiento, Valerio abrió la boca para hablar. Breaca llegó antes que él.

—Guerreros de la Boudica… —su voz llegaba mucho mejor que antes, cuando se había dirigido por primera vez a ellos en el borde de la marisma, pero todavía no lo bastante lejos; el jardín estaba lleno y más y más se agolpaban a las puertas para entrar, o trepaban por aquellos muros imposibles. El murmullo y un rumor que se iba extendiendo ahogaron las primeras palabras, aun cuando se las gritaban unos a otros, haciendo así más ruido aún.

Había un pedestal a un lado de la puerta que recientemente había sustentado una urna. Breaca se subió a él y se quedó en pie, enmarcada por la blanca pared del templo. Como todos los demás, aparecía quemada y manchada de ceniza y de humo y de restos de la batalla. A diferencia de ellos, había sido visitada por un dios, y eso se notaba. Se irguió, alta, contra la piedra blanca del templo, y el sol de la tarde puso oro en el rojo bruñido de su pelo, y pulió hasta convertirlos en joyas resplandecientes el hierro y el bronce de la hebilla de su cinturón, el pomo de su espada y su broche de serpiente-lanza.

Otros dioses vinieron también a añadir su toque: el viento le alzaba el cabello convirtiéndolo en un amplio casco de cobre. Su manto se hinchó por detrás, de modo que ella parecía un cielo azul y tardío ante el blanco, con el sol todo alrededor. Un cuervo danzó en las tejas doradas de los tejados y graznó tres veces. La última llamada cayó en un profundo y expectante silencio.

No era una cuestión de liderazgo, entonces. Si el hermano o el hijo de la Boudica hubiesen intentado hacerse con él, sus propios seguidores los habrían matado; si la Boudica hubiese intentado alejarse, ellos habrían cerrado las puertas hasta que ella entregase todo su corazón y se quedase.

Viéndolo y sabiéndolo, Breaca alzó su voz con toda la potencia que pudo, y empezó de nuevo.

—Guerreros de la Boudica. Habéis conquistado una ciudad, y la primera parte de una guerra. Ninguno de vosotros ha quedado sin herida. Cada uno de vosotros ha perdido a amigos, amantes, hermanos, hermanas, padres y madres en esta batalla y todo lo que ha conducido a ella. Pero aun así, nos hemos enfrentado al ejército de Roma, que ha construido un imperio en virtud de su poder, y hemos ganado. Ésta era la capital de las legiones, su primera fortaleza, su orgullo en la provincia de Britania. Cuando nos vayamos será solo ceniza, que se llevará el viento y volverá a la tierra. Nunca más ningún ejército hundirá sus cimientos en el terreno limpio de la fortaleza de Camul.

»Y esto es solo el principio: las demás ciudades de Roma deben quedar arrasadas, las legiones de Roma deben ser destruidas. Nuestra tierra ha de quedar libre. Con vuestra ayuda, con vuestra sangre y vuestro valor y la ayuda de los dioses, lo conseguiremos. Nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos vivirán en una tierra en la cual Roma no sea más que una amenaza distante, olvidada hace tiempo, y nosotros seremos los causantes de ello. No lo olvidéis nunca. Somos el ejército que derrotará a las legiones.

Dijo esto último en medio de un silencio tan espeso y vibrante como cuando había empezado. Éste se suavizó poco a poco a medida que cinco mil mentes agotadas por el combate comprendieron en su plenitud cuanto acababan de hacer y qué se les pedía que hicieran.

Necesitaban una respuesta y estaban demasiado cansados para pensar hasta que, muy atrás, alguien sin identificar gritó: «¡Boudica!», y les dio la respuesta.

—¡Boudica! ¡Boudica! ¡Boudica!

El sonido rebotaba en las paredes y habría alzado las tejas doradas del tejado del templo, de no haberse fundido ya.

Breaca bajó de su pedestal. Ellos se apartaron para dejarla pasar, y se unieron de nuevo tras ella. Muy lentamente, ella caminó por en medio de su ejército hacia la puerta posterior del jardín. Como los gansos siguen a su líder, así la siguieron ellos afuera, y a través de la ciudad, hacia el espacio verde más allá donde podían descansar y comer y relatar de nuevo las historias del incendio de Camulodunum y planear cuanto estaba todavía por llegar.



Se hizo de noche antes de que Breaca se quedara sola.

No habían ido a hablar con ella personalmente los cinco mil en pleno, pero lo parecía. Y entonces llegó el momento de hacer planes con aquellos que habían asumido la responsabilidad de la estrategia mientras ella no podía. Luego se fue Cunomar, y las osas y los guerreros de Mona. Cygfa, Duborno y Ardaco acabaron de demostrarle su sosegado agradecimiento y de expresar el breve y sobrio elogio de la batalla.

Al final, hasta Longino, Teófilo y Airmid desaparecieron, para acercarse a los fuegos donde se cocinaba para la noche y al humo que mantenía a raya a los insectos del anochecer. Solo quedó Valerio. Breaca se sentó con su hermano en la hierba, junto a un montón de cenizas en rescoldo en el extremo occidental del campamento. Uno de los dos tenía que haber removido las brasas en el centro y colocado más madera de la pequeña y ordenada pila que habían dejado por la mañana, cuando el mundo era un lugar distinto. Ninguno de los dos encontró la energía suficiente en aquel momento.

Valerio empezó a quitarse la cota de malla. Se puso de pie, se dobló por la cintura, los eslabones de hierro se fueron invirtiendo y, tintineando suavemente, salieron por encima de su cabeza.

Se sacudió y luego se enderezó. Llevaba el pelo tieso. Su camisa interior de lana aparecía marcada por el sudor, el óxido y la sangre. La malla había dejado un enrejado de huellas rojizas en la parte superior de sus brazos.

Él no hizo caso de nada de todo aquello y se sentó, y dijo:

—No habrían accedido con tanta rapidez si hubiese sido yo o Cunomar quienes lo hubiéramos sugerido.

Breaca tomó al fin un trozo de madera cortada y lo colocó a través del fuego. Entre el humo nuevo que se formó dijo:

—Siento no haber tenido tiempo de hablar contigo antes. ¿Te complace ir al sur a tomar Canonium y las demás ciudades? Están mucho más lejos y son más difíciles de alcanzar que Verulamium.

—Verulamium es la batalla más fácil, y la más gloriosa con diferencia. Cunomar se las arreglará bien. Sí, me alegro mucho de ir hacia el sur.

Aquel era el plan de Breaca, concebido en el momento en que se puso en pie en el podio del jardín y vio su ejército tan claramente dividido. Incluso en el momento en que luchaban juntos al unísono, con un solo esfuerzo, le pareció bien dividir las fuerzas en dos. Menos bocas para alimentar en cada ejército en marcha, menos causas de conflicto, y dos veces el poder de combate.

Ella lo había ofrecido, y lo habían tomado: Valerio aceptó dirigir a sus seguidores hacia el sur, y luego al oeste para atacar las ciudades y puertos romanos a lo largo de las orillas del Gran Río, acabando en el lugar donde las legiones habían cruzado en su primera invasión, en el lugar que los romanos llamaban Puente de Vespasiano; Cunomar había saltado de alegría ante la oportunidad de llevar a los suyos hacia el

oeste para aniquilar la segunda ciudad más importante de Roma, Verulamium. Ya tenían exploradores que se conocían bien, no había sido difícil arreglar el sistema mediante los cuales un relevo de jinetes podía mantener a los líderes de los dos pequeños ejércitos en contacto entre sí.

Valerio apoyó la espalda en las alforjas de su silla y examinó a su hermana entre la creciente nube de mosquitos. Parecía pensativo, como lo había estado Cunobelin, pero además cargado con el peso de la vida.

—No has dicho qué ibas a hacer tú mientras expulsábamos a Roma de las ciudades y puertos del sur. Cunomar cree que irás con él, pero teme que te unas a mí, y por eso no lo ha preguntado. El resto cree que sus temores son ciertos. No te necesito, y lo sabes muy bien. Así que, ¿dónde estarás?

Breaca observó a un cuervo que reunía todo su valor para acercarse a uno de los muertos inmóviles en el patio delantero del templo. Dijo:

—Airmid me ha pedido que no luche durante nueve días. Voy a ir hacia el norte a reunirme con Venutio de los brigantes y ver si puede traer a sus guerreros para unirse a nuestro ejército. Él tiene al menos dos mil lanceros con experiencia de combate que responderían a su llamada, y odian a Roma tanto como nosotros. Nos las arreglaremos mucho mejor contra las legiones si los tenemos con nosotros.

—Sin embargo, no deberíamos enfrentamos a las legiones en línea de combate —dijo Valerio—. Eso no ha cambiado. Hasta Cunomar está de acuerdo, creo, tras enfrentarse a los veteranos en el jardín. Si con una centuria ya resultó duro, imagínate una legión entera con cinco mil —la luz de la noche se reflejaba en su rostro. Él se apartó un poco y, tomando el cuchillo que portaba al cinto, empezó a limpiarse la mugre de la batalla de debajo de las uñas.

—No pienso llegar a eso. No permitiremos que ocurra. Los exploradores pueden llevar mensajes entre nosotros tres. Dentro de cinco días llegaremos a la mitad del verano. Si tus guerreros y los de Cunomar están listos dentro de cuatro o cinco días, os podéis reunir en un lugar al oeste de Verulamium. Yo llevaré a los guerreros de Venutio al sur y nos uniremos de nuevo al ejército, y tú nos dirás cómo podemos conseguir la victoria contra tres legiones.

—Si Venutio accede a enviar sus guerreros —dijo Valerio—. Quizá no lo haga.

—Quizá no —accedió Breaca, con serenidad. El cuervo aleteó desde la pared y cayó desmadejado sobre el cuerpo que había debajo. Como ave de Briga, llamó a sus compañeros para que se unieran a él. Otros dos se acercaron, de modo que tres se alimentaron juntos.

Un último umbral esperaba, más allá del cual se encontraba una tierra en la que ella nunca había penetrado y de la cual no podría volver. Mientras los tres cuervos se alimentaban, Breaca le dijo a su hermano:

—He oído decir que me has hecho una lanza como las lanzas de la garza de los caledonios, pero con hierro en lugar de plata en la hoja, y que Airmid ha tallado en el mango serpientes, de tal modo que forma una auténtica serpiente-lanza, sin plumas

para equilibrarla, y que se podía usar en la batalla. ¿Es cierto?

Valerio dejó de limpiarse las uñas. Apartó el cuchillo y lo dejó delante de su silla.

—No se lo he dicho a nadie. ¿Cómo lo sabes?

—Nemain me lo ha dicho. Al final de la fiebre. Dijo que tú creías que eso haría que me agarrase con más fuerza a la vida.

La luna todavía no se había alzado. Él miró hacia el oeste, hacia el sol poniente. Su rostro era el de Macha, mucho más endurecido por la batalla.

—Yo era arrogante en mi desesperación —dijo al fin—. No tienes por qué aceptarla.

—Quiero, pero todavía no. Cuando vuelva del norte y esté entera, me gustaría mucho.

Se levantó y le tomó el brazo a él, que se transformó de nuevo en Bán y ella en Breaca, y ambos fueron caminando hacia la casa redonda para tomar la cena y la vida fue como siempre había sido antes de la pesadilla de las legiones, o al menos se podía imaginar que era así durante una sola noche, antes de separarse.

XXXI

Corvo, prefecto de la Quinta Gallorum, asignado temporalmente a la guardia personal del gobernador, celebraba el amanecer de la mitad del verano en una encalmada a bordo de un balandro de carga de gran calado, con una sola vela hinchada que se balanceaba sobre las olas como en un estanque de patos, y hacía que todos los hombres excepto los más avezados al mar vomitasen en sus literas.

Corvo no había pensado que él fuese particularmente marinero, pero estaba claro que lo era más que los que viajaban con él. Se quedó de pie con las piernas separadas en la cubierta de popa, con el timonel y el capitán del barco, y levantó un vaso de vino aguado ante el borde ensangrentado del sol.

Nunca había sido sacerdote ni funcionario de ninguno de los cultos de Roma, pero dedicó unas palabras a Júpiter, que le parecía uno de los dioses más razonables, y luego vertió parte del vino en el mar de un verde grisáceo por Neptuno, para que pudieran ver quizás algo de viento pronto, y volver sanos y salvos a la costa a un lugar donde ni las mareas, ni las corrientes ni las rocas ocultas pudieran matarlos. Por último, en alejandrino, que ni el capitán ni el timonel entendían, habló en voz alta de las preocupaciones de su corazón a los espíritus de aquellos más cercanos a él y que le escuchaban, como había hecho cada solsticio de invierno y de verano desde que entró por primera vez en las legiones.

Aquel ritual le calmó, como siempre le sucedía, e hizo que la locura de lo que estaban haciendo le pareciese menor. Vista con la luz adecuada, aquella empresa podía resultar heroica y sin duda parecería así más tarde, en el senado y los baños de Roma, a hombres que disfrutaban oyendo hablar de las muertes de otros y consideraban la búsqueda de gloria y las exhibiciones de valor algo enteramente admirable en otros que no fueran ellos mismos.

Corvo echó un último chorrito de vino en el agua y ofreció el vaso, con ambas manos, al timonel, que bebió y lo pasó al capitán, que a su vez bebió y se lo devolvió de forma similar a Corvo, para que todos compartieran el botín de la mitad del año con los dioses. El vino era dulce y olía a otoño y a fruta madura. Corvo lo dejó descansar un poco en la lengua y se lo tragó con el siguiente balanceo de la cubierta.

—¿Veremos tierra hoy? —pronunció las palabras con exagerada claridad.

—Al caer la noche —el capitán era del norte, un hombre gigante con el pelo amarillo y un anillo de puntos azules tatuados en la piel curtida por la intemperie, alrededor del cuello. Su latín era tan rudimentario como su galo, y ambos mejores que su dominio de las lenguas británicas. Conocía las embarcaciones ligeras y los mares entre Hibernia, Galia y Britania de una manera excepcional. Se le pagaba una cuota

que abultaba más que el salario anual de una partida de tienda de legionarios y su centurión, y valía dos veces más por su habilidad para llevar las embarcaciones a tierra a salvo.

La elección del barco no había sido suya; inexplicablemente, entre las tribus que en teoría estaban muy bien dispuestas hacia Roma no había barcos libres cuando el gobernador los necesitaba. Si el capitán nórdico no hubiese usado algo de su oro para conseguir la tripulación que necesitaba, no habrían tenido tampoco marineros. Habían tenido que comprar aquel balandro a un precio pasmoso al hijo de un hombre cuya vida había salvado Corvo una vez. Y aun así, les habían rogado que se lo llevaran después de anochecer, para poder decir que se lo habían robado. Además de su tripulación llevaba exactamente dieciséis hombres más, con un caballo cada uno. Corvo no quiso ni imaginar cómo iban a conseguir cabalgar con seguridad a través del país, hasta Londinium, si nadie en los territorios pacificados estaba dispuesto ni siquiera a venderles un barco.

El norteño rubio hizo una seña hacia delante, hacia el lugar donde descansaba uno de los botes pequeños del barco en una eslinga.

—Esta noche —dijo—. Remos. Oscuro. Caballos nadando detrás. No vistos —puso los ojos en blanco de manera muy gráfica—. Pájaros mantienen secos.

Las palomas se hallaban a cargo de Flavio de manera especial. Había seis, todas con base de vuelo en la fortaleza de la Vigésima, desde donde un hombre con un caballo rápido podía cabalgar en menos de media mañana hasta la costa. Las cuidaba como si fueran sus propios hijos, y le había dicho al norteño, que parecía considerarlas como simples raciones extra, que si se las comía él se comería sus testículos inmediatamente después. En su momento había parecido una amenaza algo extraña pero creíble.

Corvo dijo:

—¿Esta noche? —e intentó pensar qué podía costar conseguir que el gobernador y sus hombres se levantasen al caer la noche y fuesen capaces de caminar y, posiblemente (pluguiera a los dioses que todos los caballos superaran el viaje sanos y salvos), cabalgar.

—Esta noche —sonrió el gigante—. Viento viene pronto. Barco va rápido. Olas pequeñas. Gobernador menos mareado.

* * *

Remaron por la noche, en la oscuridad, antes de que la luna se alzase, con los remos y los caballos nadando y formando un fuego fosforescente en el mar, de modo que dejaban un débil rastro sobre el agua que señalaba dónde habían estado.

El gobernador estaba pálido y olía muchísimo a aceite de menta, cosa que no

acababa de cubrir del todo el olor a vómito. Aun así, fue el primero en poner el pie en la costa, y se quedó bastante erguido, con la espada dispuesta, mientras los demás daban la vuelta al bote y lo volvían a enviar con el timonel del buque remando, a que esperase fuera de la costa su señal, y Corvo y los dos hombres que había llevado consigo dirigieron los caballos a la costa y avanzaron a tientas en la oscuridad casi total hasta encontrar hierba con la cual secarlos bien y les dieron puñados de grano para devolver la vida a sus ojos y compensarles por el frío, la oscuridad y el mar. Comprobaron sus patas y sus flancos y no encontraron cortes ni hinchazones ni calor, y Corvo dio abiertamente las gracias a Neptuno por el regalo de aquellos caballos procedentes del mar.

La luna creciente se alzó en un cielo velado. A su luz, quince hombres se reunieron en la oscuridad, en el montículo de arena, y en torno a su gobernador y general, húmedos hasta los muslos por haber tenido que vadear el tramo final hasta la costa, bien envueltos en mantos invernales para protegerse del frío de aquella noche veraniega.

Once de ellos eran de las legiones Decimocuarta y Vigésima. Eran voluntarios, pero solo en la medida en que la orden se había presentado como una petición; ninguno de ellos habría considerado la posibilidad de negarse. No todos eran oficiales. Como Alejandro de Macedonia, Suetonio Paulino había hecho el esfuerzo de aprenderse los nombres y logros de los hombres que servían a sus órdenes, y por tanto todos eran de mediana edad, un poco más jóvenes que el propio gobernador, y todos habían demostrado un valor excepcional o ingenios o recursos, ora en Britania ora en las campañas mauritanas de Paulino.

Los dos hombres de la caballería eran los únicos que no había elegido directamente el gobernador: Urso y Flavio venían invitados por Corvo, el uno para ofrecerle apoyo, el otro porque no era seguro dejarle atrás, donde no se le pudiera vigilar, y por sus preciosas palomas, que había mantenido bien secas mientras remaban hacia la orilla y que todavía podían salvarles la vida.

El último de los quince, y no menos importante, era un guía local llamado Gayo que había vivido hasta entonces en la fortaleza de la Vigésima legión, y que había adquirido un acento que se remontaba directamente a las alcantarillas de las tres calles que pasaban entre el Mons Avertina y el Tiber, en Roma. Se rumoreaba a bordo del barco que el gobernador le había prometido la ciudadanía si se ganaba la guerra contra las tribus. Rumores más plausibles afirmaban que el hombre tenía tres hijos, de los que estaba enormemente orgulloso y que quería la ciudadanía para ellos, más que la vida para sí mismo.

Suetonio Paulino, gobernador de toda Britania, se hallaba de pie entre las algas y la arena de una playa nativa que debía ser amistosa, o al menos no hostil. Llevaba la armadura de cuero, porque no tenía intención alguna de morir si se hundía el pequeño bote, y su espada estaba destinada a su uso, no al desfile ceremonial. El pomo y la empuñadura estaban cubiertos de piel de jabalí, así como la pieza de la cruz, de

modo que ninguna parte de ella reflejase la luz del sol o de la luna y le descubriese. Su casco estaba mate por la antigüedad y podía haber sido el de cualquier legionario. Eran todos iguales: hombres duros, adustos, que comprendían exactamente qué se requería de ellos, y lo grandes que eran los riesgos que corrían.

Leyó con la mirada sus rostros y se sintió contento. Dijo:

—A partir de ahora y hasta que lleguemos al Puente de Vespasiano, actuaremos como si los nativos fuesen enemigos. Cabalgaremos rápido, cabalgaremos duro. Evitaremos el enfrentamiento o incluso el roce con las tribus, pero a todos aquellos que nos encontremos, los mataremos.

* * *

Viajaron con dureza, mas no con rapidez.

Se decía que el emperador Tiberio, en los días en que era general en las Germanias y todavía no era emperador, había cabalgado una vez ciento veinte millas en un solo día. Si eso era cierto, habría recorrido toda la anchura de Britania aquel mismo día, pero las carreteras entonces no existían, y habría tenido que cambiar de caballos en las postas cada veinte millas.

Suetonio Paulino y sus quince hombres no tenían tales recursos. Cabalgaban por los senderos y caminos de cabras y dependían para su orientación de la guía de Gayo, que era de los siluros del norte y no conocía bien las rutas, y cada hombre tenía que cuidar de su caballo, sabiendo que si se desmoronaba, debía encontrar otro inmediatamente o lo dejarían a un lado.

Se toparon con muy pocos nativos, todos ellos guerreros pintados con plumas de muerte entretejidas en el pelo. Ninguno de ellos se acercó lo suficiente para combatir y el riesgo de una emboscada, o de reventar a los caballos, era demasiado grande para seguirles. Mataron a un chico que no corrió lo bastante rápido, y no sabía que Flavio, como todos los demás que iban ante él, tenía gran habilidad en el lanzamiento del cuchillo.

Aparte de esa muerte tan poco gloriosa, no hubo más que días muy duros en la silla y frecuentes retrocesos en el camino cuando alguno resultaba intransitable, y solo la anchura creciente del río les decía que estaban haciendo progresos.

Llegaron a la primera de las postas desiertas alrededor del mediodía del cuarto día de viaje. No era un lugar demasiado imponente, un embarcadero apenas mayor que el muelle de Mona, recubierto de algas de río y los desechos de una escaramuza. Una cuerda cortada oscilaba en el agua marrón, apresada en el equilibrio de las corrientes del embarcadero. Era solo un trozo de lana tejida que mostraba algo de verde por debajo, el resto de un manto infantil desgarrado por la prisa o por accidente en la huida.

Ocho chozas de comerciantes se alineaban a lo largo del río, hacia arriba y hacia abajo de la corriente del embarcadero. La más cercana era la mayor, financiada por los peajes del río de aquellos que deseaban cruzar el pequeño embarcadero hasta la otra orilla, y los impuestos comerciales más sustanciosos de aquellos que querían evitar los puertos inferiores y navegaban desde mar abierto a través de la boca del río hasta allí.

Solo se podía enviar a un hombre para que hiciera un reconocimiento. Corvo sacó la piedra blanca del casco y fue solo a mirar. Paseó su potro negro por la orilla del agua. El caballo no era estrictamente el suyo de repuesto, pero había nadado hacia Mona mucho mejor que la yegua y el batavo que lo cabalgaba había muerto, así que Corvo no quería volver y encontrarse con que el hermano del alma del hombre había tomado aquel caballo como compensación.

El animal respingó ante el faldón de piel de una puerta y luego más violentamente aún ante una cerda que habían dejado en una pocilga sin comida ni agua y que chilló cuando vio que Corvo se acercaba. Éste abrió la portezuela y la dejó salir, y el animal cargó con las orejas aleteantes hacia la orilla del río. Una bandada de patos se alborotó, presa de pánico, graznando de tal modo que durante un momento hubo un pandemónium de gritos y Urso trajo al galope a la mitad del pelotón de Paulino con las espadas desenvainadas, pensando que estaban atacando a Corvo.

—No hay nadie aquí —dijo Corvo. Ya había comprobado todas las chozas. Los fuegos estaban fríos y húmedos, pero en un día lo bastante cálido para cabalgar en mangas de camisa todavía no había moho en las piedras del fuego. Dijo—: Llevan fuera más de dos días y menos de cinco.

Urso dijo:

—¿Se han ido a través del río o hacia el este? No pueden haber ido hacia el oeste; nos habríamos encontrado con ellos.

Gayo, el guía siluro, llegó después del primer revuelo de la acción. Poseía ciertas habilidades como rastreador. Caminó a lo largo de las ocho chozas y volvió y se inclinó hacia la pocilga. Era más alto que ninguno de ellos, como buen norteño.

Se agachó un poco para no parecerlo tanto.

—Los barcos se han ido —dijo—. Algunos de ellos probablemente han cruzado, pero al menos tres carretas han viajado hacia el este a través del camino.

—¿Estamos muy lejos del Puente de Vespasiano?

—A medio día a caballo. Nos llevan mucha delantera.

—Y todos los que se hayan dirigido hacia allí —Corvo se alzó hasta la silla—. Espero que los magistrados del puerto estén preparados para alimentar a mil bocas extra.



Los magistrados del asentamiento que se extendía a lo largo de la orilla norte del Támesis, a ambos lados del Puente de Vespasiano, no estaban bien preparados. El pandemónium en el círculo de chozas y puestos comerciales y el intercambio de grano central se parecía bastante al guirigay organizado por cerdos y patos en cuanto al ruido, y se extendía por una zona mucho más amplia.

Era un puerto comercial basado en un puente, y el puente mismo constituía, con mucho, la pieza arquitectónica más imponente que contenía. El lugar era apenas una ciudad: había un edificio para los impuestos construido con madera de roble y unas balanzas y un escribiente, y otro construido de piedra para mantener los registros. Había dos hileras de establos para los caballos de los visitantes y monturas para mensajeros que pudieran tener la necesidad de viajar a Camulodunum, donde se encontraba el gobierno central. Había también ocho tabernas de diversa reputación y dos burdeles, uno que suministraba mujeres y otro que ofrecía todo cuanto pudiera pagarse con dinero.

De las cien casas que había, más o menos, las mejores eran las de los comerciantes, y aun éstas eran apenas cabañas hechas de adobe con tejados de canas. Reses, ovejas, cerdos y cabras y pollos con cinco dedos se paseaban por los tejados o pacían en los corrales. Había también pajares y almacenes de comida, y un granero, y también una hilera de pozos para cuando el río venía hinchado con las crecidas primaverales y resultaba demasiado marrón para beber. Pequeñas callejuelas embarradas unían una casa con otra, y un pasaje con otro, y otras calles un poco más anchas unían todas éstas con las grandes carreteras norteñas que se dirigían a Verulamium y Mona en el noroeste, y al nordeste hacia Camulodunum. Un barco oscilaba en el puerto, y lo estaban cargando con todo lo que era precioso para aquellos que lo fletaban, dispuesto para huir.

No había murallas.

Paulino condujo a su grupo hacia un promontorio boscoso situado muy por detrás de aquel caos. Les habían visto, pero no se habían acercado a ellos. Se quedaron un rato sentados, observando carreta tras carreta, familia tras familia, dirigirse hacia el interior desde las dos carreteras más anchas y no volver hacia el exterior. Había más niños que adultos, y más mujeres que hombres. Iban desarmados, a menos que se considerasen sus pequeños cuchillos como armamento, cosa que solo un hombre optimista o desesperado podía hacer. Como ovejas en manada, convergían en número creciente en el Puente de Vespasiano. Éste pasaba por encima del río, lo bastante ancho para una carreta y un caballo de lado a lado, lo bastante alto para que un barco marino pasase por debajo, bello como una escultura, un testimonio de los ingenieros de las legiones, capaces de crear belleza y utilidad a un tiempo. Se podía llorar por la belleza de aquella obra y su pérdida inevitable.

Cansado del puente y su ciudad aneja antes que los otros, Corvo se puso a contemplar una neblina de humo en el horizonte oriental, y por tanto fue el primero en ver a los exploradores icenos.

—Enemigos —dijo, calmado—. Al este de aquí, y al norte de los matorrales de roble con la nube en forma de yunque detrás. Quince, que pueda ver, y apostaría a que al menos hay uno más jóvenes a pie. Solo con cuchillos. Trenzas de guerra y plumas de muerte. Nos igualan en número y la mayoría son mujeres. Eso no puede ser un accidente.

Eran todos hombres curtidos que habían luchado en el oeste, donde por cada uno de los enemigos vistos había una docena no localizada entre las rocas y las rendijas de las montañas. No hicieron girar sus caballos, ni gritaron, ni se quedaron mirando, sino que hablaron y bromearon entre ellos y desplazaron sus monturas un poquito, como para no aburrirse, y movieron las espadas en sus vainas como para practicar, hasta que, como si fuera al azar, y ciertamente por casualidad, todos quedaron de cara un poco hacia el este, y pudieron mirar sin que lo pareciera hacia el lugar que había descrito Corvo.

Los exploradores se fueron yendo de su escondite, uno a uno. Se quedaron de pie medio desnudos entre los saúcos y los cardos granados, con las piernas separadas y los cuchillos en el cinturón, sin dignarse a desenvainarlos en presencia de Roma. Eran dieciséis, ocho de ellos mujeres.

En tiempos los gobernadores de Britania habían azotado a los hombres por sugerir que las mujeres luchaban en los ejércitos nativos. Ahora, Suetonio Paulino, quinto de la lista de gobernadores, dijo:

—Nos mandan a la flor y nata de su juventud.

—Les envían a vigilar el Puente de Vespasiano, a demostrar que el ataque vendrá al amanecer —dijo Corvo—. Sus dioses no apoyarían una batalla en la cual no se hubiese dado justa advertencia.

—¿No temen que los magistrados y la gente preparen una defensa?

—¿Ves acaso que tal cosa esté ocurriendo?

No era así. Los combatientes conocen bien el sonido del pánico, y ahora esos sonidos procedían del puerto del Puente de Vespasiano. Donde antes había caos ahora se vivía un pánico evidente.

En el puente, el leve embotellamiento se convirtió en un verdadero atasco, y las carretas se rompían los ejes antes que retroceder o apartarse. Unas figuras trepaban por encima de ellas y en torno a ellas y caían al agua y eran ignoradas por los demás, que pensaban que la seguridad se encontraba en el sur.

En el río, el barco que estaba cargando en el muelle se vio inundado de pronto por hombres con sus familias que abandonaban la necesidad de preservar la plata familiar y luchaban entre sí para conseguir un lugar en la pasarela y luego en cubierta. El silbato del capitán sonó lo bastante fuerte como para ser oído en la colina. Los hombres que respondieron a la llamada iban armados.

Paulino se inclinó hacia la parte delantera de su silla. Se pasó la lengua por los dientes superiores, pensativamente, y los quince hombres que estaban en torno a él encontraron otras cosas que contemplar, en lugar de captar su mirada y por tanto su

atención. Dos veces en su pasado, en Mauritania y antes en Partia, Paulino se había enfrentado a una decisión y había dado a los hombres que estaban con él la oportunidad de votar cuál sería su acción. A aquellos que eligieron mal se les permitió echarse sobre sus espadas, antes de que los demás se movieran. Los que dudaron fueron mantenidos bajo vigilancia y luego se les dejó morir según su propia elección.

El gobernador desplazó su caballo a un lado.

—¿Plebio?

Desde el principio Plebio había cabalgado a mano derecha de su general. Era un duplicario tuerto de la Segunda Cohorte de la Decimocuarta, que tenía un talento natural para los números y era obsesivamente concienzudo. Por acuerdo tácito se había convertido en intendente de aquella pequeña tropa, y llevaba las monedas y el oro que necesitaban para los sobornos y pagos. Con la cara pétrea, el hombre llevó a su caballo adonde no podían oírle sus iguales y escuchó al gobernador, que le explicó qué quería.

Con sus órdenes ya, Plebio asintió y buscó su equipaje y vació cuanto encontró en su casco. El metal resonó con fuerza sobre el metal.

Suetonio Paulino hizo girar a su caballo sobre los cuartos traseros y se enfrentó al semicírculo de hombres a los que había elegido para que le acompañaran, y cuyas opiniones pretendía respetar. Su rostro nunca se mostraba expresivo, pero sus ojos, en gran medida, y la mayor parte de los días, hablaban por su alma. Ahora, con aquel frío viento que soplaba desde el río, aparecían inexpresivos y vigilantes.

Dijo:

—Cada uno de vosotros tomará un denario y un as del casco.

El casco fue pasando. Corvo fue el último. El as era como una lágrima de cobre, en contraste con el hierro apagado. Resistió la tentación de morderlo y notó la textura del metal. El denario era de plata, y era demasiado obvio que estaba chapado para que valiese la pena morderlo. Un joven y delgado Augusto miraba malhumorado hacia el este desde una de sus superficies. En el otro lado, un toro más esbelto y delgado permanecía erguido, con su dogal y unas guirnaldas, aguardando el sacrificio. Corvo cerró la mano a su alrededor; el dios del toro nunca había sido el suyo.

El gobernador dijo:

—Tenemos dos opciones: o nos quedamos y preparamos una defensa en la ciudad, esforzándonos por defender el puente, que es nuestra mejor ruta hacia la costa sur, o bien nos vamos ahora mismo y cabalgamos muy duro hacia la costa y tomamos un barco y volvemos con las legiones para enfrentarnos al ejército de los icenos conjuntamente. Cada una de las opciones tiene puntos que la recomiendan; no insistiré excesivamente en ellas. Sacaréis la mano derecha, conteniendo una moneda. Cuando yo lo pida, abriréis la mano y revelaréis lo que está escondido. La moneda de plata vota por quedarnos y defender el puente. La de cobre vota por volver al barco y reunirnos con las legiones, dondequiera que estén. ¿Alguien no tiene claro qué moneda significa cada opción?

Nadie dijo nada. Un hombre puede morir limpiamente si se abalanza sobre su espada; cada uno de ellos se había enfrentado a una muerte peor a diario en la batalla. Todos hicieron su elección a solas, como soldados, como oficial de las legiones, como veterano con veinte años de experiencia de lucha, como hombre dispuesto a vivir y a morir por la calidad de su juicio táctico.

Corvo había tomado la decisión antes de ver a los exploradores; el volumen de humo en el viento le dijo todo cuanto necesitaba saber del tamaño del ejército que avanzaba, y la velocidad a la cual el Puente de Vespasiano quedaría aplastado. Colocó las dos manos juntas y cuando las separó la moneda más ligera, más pequeña, más brillante y más reciente estaba en la derecha, tan ligera que casi no se notaba. Miró a su alrededor. Los demás, tranquilos, permanecían en sus caballos y sujetaban los puños cerrados, de modo que el gobernador se hallaba rodeado por un anillo de carne morena surcada por cicatrices de combate.

Solo Gayo, el explorador, parecía indeciso. No podía dejar de haber oído la historia de Suetonio Paulino y los oficiales condenados de Partia, pero no tenía los años de servicio suficientes para saber que la única respuesta posible era la que dictaba el sentido militar. Para sobrevivir, debía tomar la decisión como si él dirigiese la legión, o un ejército completo; solo entonces se ganaría el respeto de Paulino. Aquello que mataba a los hombres, lo que hacía que perdiesen su honor y su vida a ojos del gobernador era la adulación, o un intento de comprar una ovación del senado a expensas de ganar la guerra.

Aguardaron, porque Gayo no era capaz de decidirse. Las venas de sus sienes latían, azules y emborronadas por el sudor. Su piel estaba tan amarilla como su cabello. Tomó una decisión, luego rectificó, y solo por eso se enfrentaba a la muerte, y lo sabía. Un sol desvaído brillaba sobre ellos. El día era caluroso. En el bosquecillo de saúcos que tenían detrás se oyó un tordo. Los exploradores de los icenos estaban sentados en la hierba larga y las ortigas, a través de las cuales se habían arrastrado, y les miraban con interés.

En un silencio tan espeso como el suero cuajado, Gayo adelantó el brazo derecho hacia el círculo.

—Reveladlo.

Corvo notó que su brazo se movía solo, y sus dedos se extendían. Urso estaba a su derecha. Vio el brillo del cobre en la mugrienta palma del hombre antes de verla suya propia. La piel de lobo había quedado atrás. Se preguntó, ociosamente, si eso haría que ambos tuviesen mala suerte.

Flavio, a su izquierda, abrió la palma una fracción más tarde. Él también tenía la moneda de cobre.

En el círculo, catorce hombres llevaban las monedas de cobre en las palmas. El decimoquinto, que llevaba la de plata, era Gayo.

La cabeza del gobernador se volvió lentamente, como la de un búho, sin parpadear.

—¿Crees que se puede fortificar el Puente de Vespasiano? —preguntó.

Gayo no era ningún cobarde.

—Creo que se puede congregar al pueblo —su voz sonaba fuerte.

—Baja de tu caballo.

Así lo hizo.

—Arrodíllate.

Así lo hizo.

—Te prometí la ciudadanía, y ahora te la concedo. Eres Gayo Fortunato, ciudadano de Roma y oficial auxiliar de las legiones con el rango de decurión. Tu paga es de un sestercio por día. Ya se te ha pagado por adelantado. Ahora deberás ganártelo.

El hombre parpadeó a la escasa luz.

—¿Cómo?

—Preparando una defensa con la gente del Puente de Vespasiano. ¿Cómo si no? Irás ahí ahora mismo y lo defenderás, o morirás en su defensa. Si me entero de que has huido, haré que te declaren traidor en todo el imperio y tu familia lo pagará. ¿Ha quedado claro?

—Sí.

Hay formas peores de morir, y la ciudadanía se transmitía por línea masculina, a menos que se revocase. Gayo se volvió a mirar el lugar donde iba a morir, y a Corvo le pareció que la sonrisa que flotaba en su rostro era genuina. Saludó al sol y al agua del río, y les habló en una lengua que no tenía en su acento la menor traza del Tiber.

Ellos le vieron bajar a caballo. Los icenos se levantaron a su paso, como si tuviesen alguna idea de lo que había ocurrido.

El gobernador fue el primero que se volvió, y buscó a Flavio, que estaba a cargo de las palomas, y al centurión de la Vigésima que actuaba como escriba suyo, y le dictó un breve mensaje para que se lo enviasen a Agrícola y a Galenio de la Decimocuarta, que tenía el mando en Mona.

La preocupación de Flavio por los pájaros era la de un hombre con un caballo nuevo. Los sujetaba suavemente entre sus delicadas manos, procurando que el mensaje en sus patas quedase firme y no les rozase. Les habló con unas palabras que nadie más podía oír, de modo que las aves inclinaron las cabecitas hacia él, con los ojos brillantes y dispuestas.

Las arrojó a lo alto y aprovecharon el impulso que les había dado y luego extendieron las alas y hendieron el aire y se alzaron y volaron muy rectas, una tras otra, hasta que cuatro de las seis desaparecieron en el horizonte.

El gobernador las saludó, como habría hecho con un legado que dirigiese una legión en una batalla distante.

—Si los soñadores les envían halcones, haré que los crucifiquen.

* * *

Cabalgaron rápidamente hacia el oeste. Nadie sintió la necesidad de señalar que su guía acababa de ser enviado a la muerte; todos seguían bien las huellas y podían reconstruir el camino que habían seguido una vez. Los exploradores icenos lanzaron un grito de guerra cuando ellos se fueron, un largo aullido ululante que hizo eco desde uno a otro y luego a otro y duró mucho tiempo después de que quedasen fuera de la vista.

Más tarde, cuando el sol se elevó sobre sus cabezas y se escondió hacia el oeste y hacia el mar que iban buscando, Paulino llevó su caballo junto al potro negro de Corvo.

—Comprendes las lenguas nativas mejor que la mayoría. ¿Qué ha dicho al sol y al río antes de bajar cabalgando al Puente de Vespasiano?

—¿Gayo? Hablaba en la lengua de sus antepasados. Encomendaba su vida y la de sus tres hijos a Lugh, el de la Lanza Brillante, dios del sol. En los días en que los dioses eran jóvenes, Lugh notó la sed del fuego eterno y vino a la tierra a saciarla. Se bebió el Gran Río hasta dejarlo seco, y luego apoyó la cabeza para dormir. Nemain y Manannan, juntos, enviaron la lluvia, y el río se hinchó y hubo una crecida, pero no tocó al dios. Formó una curva, para dejarle durmiendo y seco.

—¿Y por eso el río es sagrado? ¿Y sobre todo el lugar donde forma una curva, allí donde Vespasiano construyó su puente?

—Sí, eso es. Ellos no habrían construido nunca un puente allí. Ni tampoco le habrían puesto el nombre de un general romano. En la lengua nativa recibe su nombre del dios que lo consagró por primera vez. En la lengua de los antepasados es Lugdunum.

* * *

El único saúco en pie junto al muelle de Mona se hallaba en plena floración. Una cascada de un blanco cremoso espumeaba y oscilaba en la brisa que se alzaba del mar.

Graine tomó media cabezuela de flores y fue separándolas una a una y comiéndoselas, y se manchó la túnica con polen de modo que el verde se convirtió en verde-dorado, a manchas. Se fue adelantando y quedó con los pies colgando por encima del borde del roble, y notó que la mayor de las olas se alzaba y le besaba las plantas de los pies. La marea estaba en su punto álgido, cubriendo lo que quedaba de los desechos de la batalla. Un guerrero iba andando con un cachorro de sabueso a sus tobillos a lo largo de la rompiente de las olas. Observándolos, Graine se dio cuenta de que echaba de menos a Piedra por primera vez desde que lo había dejado para que

cuidase a su madre.

Vio que la sombra se iba alargando y se deslizaba a través de las rocas en la base del espigón y apostó consigo misma a cuál de las tres personas podía pertenecer, cosa que significaba que no podía volverse demasiado pronto a mirar.

—¿Puedo quedarme contigo?

Había perdido la apuesta.

—Por supuesto.

Se volvió de lado, lo suficiente para mostrarse educada, y Luain macCalma, el Anciano soñador de Mona, se levantó la túnica y fue a sentarse junto a ella, dejando colgar sus piernas largas y delgadas por encima del borde, hacia el agua.

—¿Quién creías que era?

—Halcón. O quizá Bello, pero tú no eres tan silencioso como ninguno de los dos. De modo que he pensado que quizá fuese Efnís, que había vuelto de Hibernia. Si me lo hubiesen preguntado, habría dicho que era él.

—Sí que ha vuelto. Podría traerle, si quisieras.

—No especialmente. ¿Ha venido a ver cómo se van las legiones? Han estado desmontando el campamento desde que cambió la marea. Quizá Manannan envió la ola grande para asustarlos.

—Creo que tiene que ver con la paloma mensajera del gobernador, que escapó a los halcones del acantilado y volvió a su percha a media mañana —macCalma unió las dos manos y las levantó por encima de la cabeza, estirando los brazos. Las articulaciones de sus hombros crujieron un poco, asustando a algunos pájaros que vadeaban la corriente—. El ejército de tu madre ha incendiado el este y el sur —dijo —. Creo que la destrucción de Mona ya no es la principal preocupación del gobernador.

El día se volvió frío de pronto. Graine se llevó las rodillas al pecho y con la túnica se tapó los dedos de los pies. Envolviendo los brazos en torno a las espinillas, dijo:

—¿Mi madre está…?

—¿Curada? Sí, ya ha empezado su curación.

Dejó tiempo para que ella hiciera una pregunta. Graine descubrió un poco de suciedad entre los dedos de sus pies y se lo quitó con el índice.

—¿Has hecho que los halcones dejasen a la paloma? —preguntó.

—No. No podíamos hacer tal cosa. Pero les hemos ofrecido dos de las gallinas jóvenes para alimentar a sus polluelos, y no han cazado en todo el día. Puede que los dioses atiendan nuestra plegaria, pero a veces debemos actuar según nos dicta nuestra sabiduría, y esperar que con eso baste —la voz de macCalma no había cambiado, que Graine pudiera notar, pero ya no hablaban de halcones ni de palomas mensajeras romanas. Dijo—: Bello me dice que has estado soñando.

Graine contestó:

—No son sueños reales. No tenían ningún objetivo. Yo no sabía que estaba soñando. Ni pude preguntar nada, excepto a las liebres —había dos liebres en su

sueño. Cada una había dado una respuesta contraria. Ella no se lo había contado a Bello ni tampoco le había dicho cuál era la naturaleza de su pregunta.

—Gracias —macCalma se echó hacia atrás y cruzó las manos detrás de la cabeza.

—¿Volverá la gente aquí a Mona, ahora que se han ido las legiones? —preguntó Graine.

—Eso creo. Podemos ver qué ocurre en el sur primero.

—¿Habrá otra batalla?

—Espero que no. Las legiones ganarán, si eso ocurre —macCalma volvió la cabeza para mirarla. Graine se dio cuenta, conmocionada de que estaba exhausto, como si hubiese librado ya esa batalla, y él solo. Nunca le había visto de otro modo que fuerte, y siempre de buen humor.

Él vio la mirada de ella y sonrió cansadamente, de la misma forma que hacía Valerio cuando se sentía incómodo. Tomó aire para decir algo y cambió de opinión, y dijo, por el contrario:

—Graine, ¿quieres ir con tu madre? Creo que eso hará que cambie lo que ocurra cuando tengan que luchar contra las legiones.

—¿Porque yo soy el comodín en el tablero de la Danza del Guerrero? —odiaba esa expresión. No tenía ni idea de lo que debía hacer.

—Me temo que sí. Pero solo en parte. Además, la Boudica te necesita para restablecerse por completo. Y tú también la necesitas para estar entera, y cada una de vosotras necesita a la otra para hallar esa plenitud. Mona ha hecho todo cuanto ha podido por ti: ahora puedes soñar un poco, y puedes mirar en el fuego; es más de lo que cualquiera habría pedido cuando llegaste.

No era aquello lo que deseaba oír Graine. Le ardían los ojos. Como la ira era mejor que el dolor, sobre todo en aquella compañía, dijo, cáustica:

—Y sé combatir. Halcón me ha enseñado. No lo olvides.

Le había enseñado todas las mañanas durante nueve días mientras veían a las legiones que se iban agrupando y planeaban su asalto final, y lo planeaban otra vez, y volvían a planearlo, aunque nunca lo llevaban a cabo. Ella era mucho mejor que antes, pero no sería más que un estorbo en un campo de batalla.

Vio que Luain macCalma dejaba bien claro que no había condescendencia ni en su rostro ni en su voz cuando dijo:

—Sí, y además, sabes combatir.

Buscó en la bolsa que portaba al cinto y sacó un broche pequeño de plata en forma de liebre. El diseño no era nuevo. Las líneas estaban talladas en las vigas de la casa grande, y se remontaban a trece generaciones; ella las había contado en una ocasión. Pensaba que el propio broche sería nuevo, o al menos que no lo habría llevado nadie antes.

Él dijo:

—Si yo te diera esto y te prometiera que te uniría a Mona mientras existiera Mona para ti y tú quisieras unirte a ella, ¿te irías y lo llevarías contigo, e irías a reunirte con

tu madre, dondequiera que esté? Tu guardia de honor iría contigo, y Bello también, creo, y quizás Efnís, si cree que no se le necesita aquí… ¿Por qué sonríes?

Graine se puso de pie, meneando la cabeza. La idea de Halcón, Duborno y Gunovar como guardia de honor suya resultaba muy divertida o muy triste. No deseaba pensar demasiado para no tener que decidir.

Se habría ido de todos modos sin la plata o sin los dos soñadores heridos, pero aceptó la liebre que se le ofrecía y se la prendió en la túnica, arriba, en el hombro izquierdo. Allí se quedó corriendo como las liebres de su sueño, y sin darle aún ninguna respuesta.

PARTE IV

MEDIADOS-FINALES VERANO, 60 d. C.



XXXII

El trueno siguió al relámpago, pero no tan de cerca como antes. Valerio se hallaba de pie bajo un toldo de piel de toro cogiéndose con los dedos la muñeca y contó los latidos entre el relámpago del fuego de los dioses y el golpe del martillo en el yunque que lo había creado.

Cuando supo que podían oírle por encima del ruido y de su eco, dijo:

—Diez. Se está alejando.

—¿Podemos pedir a uno de tus dioses que se mueva más rápido?

Teófilo estaba a su lado de pie bajo el toldo, compartiendo así la ficción de que de ese modo podían permanecer más secos que si, pongamos, hubiesen dado un paso al frente y se hubiesen quedado bajo la lluvia interminable, o totalmente vestidos de pie entre las aguas de un río muy crecido que se había desbordado en las orillas y pasado a través de los restos humeantes del puerto del Puente de Vespasiano.

—Ya habrá desaparecido al mediodía. Una vez empiezan a desplazarse, no duran mucho.

Valerio salió de debajo del toldo entonces y se quedó desnudo bajo la lluvia. Se había desnudado hasta la cintura tres días antes, cuando empezó la tormenta. El segundo día, junto con todos los demás excepto Teófilo, se quitó las ropas que le quedaban, ya que resultaban menos que inútiles, y se quedó desnudo entre el barro y la ceniza.

La lluvia corrió por su cuerpo, formando charcos en el hueco de sus clavículas y cayendo en forma de sábanas que rebotaban en sus cicatrices. Un hombre que hubiese tenido los conocimientos adecuados podría haber leído en ellas toda la historia de su vida, aunque no los motivos que había detrás.

Teófilo, que sí podía y leía cada día nuevas cosas en el mapa de los cuerpos de aquellos que le rodeaban, dudó en el simulacro de sequedad del cobijo. Por razones que no estaban claras ni siquiera para él mismo, pero que tenían que ver con la modestia y la dignidad y los hábitos de su juventud, había descartado el calzado, pero continuaba llevando túnica y manto. Ambos llevaban tres días empapados por completo. El frío y la lana húmeda le irritaban los sobacos y la entrepierna, y le provocaban un humor notablemente irritado.

Valerio dio la vuelta a su alrededor con jocosa precaución, cosa que no contribuyó precisamente a mejorar su estado de ánimo. Mirándole ahora de soslayo, el hermano de la Boudica dijo:

—Tenemos que destruir el puente antes de irnos. Ya sé lo que sientes al respecto. Si prefieres no presenciarlo, puedes empezar ahora mismo el camino hacia el norte y

ya te alcanzaremos.

—¿Sí? ¿Crees que el camino del norte es seguro para un hombre que ha vivido a ambos lados de esta guerra? Yo lo dudo —Teófilo se limpió la nariz con el pulgar y el índice, y se sacudió de ambos dedos el agua de lluvia. Miró a Valerio con aire taciturno—. A veces creo que eres casi tan romano como los hombres contra los que luchas. Luego, miras una maravilla de la ingeniería como ese puente y no piensas más que en destruirlo y yo estoy seguro de que eres mucho peor, en realidad; a pesar de toda su bravuconería, Paulino tiene un corazón que late en algún lugar debajo de su armadura. Tú, en cambio, eres más parecido a Vespasiano o César, que llegaron aquí para saquear vuestro grano y plata para alimentar y pagar mejor a sus propios ejércitos.

Esperó un momento y vio que la sonrisa del otro hombre se hacía más intensa, y luego, con un ojo avinagrado clavado en la inclinación del agua que caía por encima del borde del toldo, Teófilo de Atenas y Cos, lugares ambos eternamente favorecidos por un tiempo seco, se decidió y salió hacia el océano de barro que primero fue un prado para los caballos de Lugdunum, y luego para el puerto del Puente de Vespasiano.

La lluvia caía en cascadas, deslizándose por su cabello hacia el cuello y por sus hombros, empapando mucho más aún la tela de su manto. Durante un momento pensó seriamente en despojarse de sus ropas y de la indignidad que habían llegado a infligirle, y luego miró más allá de Valerio y del mar de toldos, igualmente inútiles, más allá de los caballos tristes, con la cola vuelta hacia la humedad más intensa, más allá de los guerreros desnudos agazapados en sus cobijos, comiendo oveja fría hervida robada de los almacenes del puerto incendiado, hasta el río hinchado por la crecida, donde el puente formaba un arco por encima del torrente.

El puente lo dominaba todo, ahora que el puerto que había a sus pies había desaparecido. Escueto y negro, orgulloso ante el barro y el cielo gris, colgaba suspendido como un encaje de geométrica precisión por encima del caos de lluvia y guerra.

A lo largo de los tres días de tormenta, Teófilo había llegado a identificarse con el puente y su capacidad de soportar todo cuanto le había ocurrido. Aquel era el motivo por el cual iba todavía vestido, y seguiría así. Le importaba mucho mantenerla fe en todo cuanto aquello representaba. De pie en la lluvia, contemplando su destrucción, pensó que era capaz de llorar, y luego que ya estaba llorando.

Alcanzó a Valerio.

—Es muy bello, mucho más que el foro de Camulodunum, o el teatro, o la grotesca monstruosidad del templo de Claudio. Es perfecto…, un testimonio del poder de los hombres sobre los dioses. ¿Por qué tienes que destruirlo?

—Por ese motivo, aunque no fuera por otro. Estamos intentando restaurar a los dioses en la tierra que los hombres han tomado, y que nosotros podemos devolverles.

Valerio era de nuevo él mismo, vivaz y optimista, como si la lluvia alimentase el

núcleo de su alma, o las batallas quizá. No era como Julio César, sodomita de reyes, sino que tenía mucho de Vespasiano, quien comprendía las diversas capas de causas y efectos más allá de las guerras y por debajo de éstas.

Estaba claro que era un hombre que había madurado hasta llegar a ser casi todo de lo que era capaz. Si a Teófilo le hubiesen pedido que señalara lo que le faltaba, lo habría encontrado difícil. Solo sabía que faltaba una pieza para completar el mosaico, y que cuando ésta llegase y encajase al fin, el resultado sería excepcional.

El resultado ya estaba muy lejos de ser trivial. El asalto a Lugdunum señaló un modelo de uso inteligente de los recursos, de modo que casi no hubo pérdida de vidas entre los atacantes. A lo largo de la acción Valerio usó a Teófilo como caja de resonancia para discutir asuntos que necesitaban una visión más clásica de la que podía ofrecerle Madb de Hibernia, o Huw, o el joven Cuchillo, quien durante esos días demostraba ser un explorador aventajado.

Ahora le estaba usando del mismo modo, caminando por los prados con la lluvia cayendo en tromba sobre sus hombros y las líneas esbeltas de su torso.

—Se dan, asimismo, motivos estratégicos para destruirlo: cuando Cunomar haya destruido Verulamium, toda la tierra al norte del río será nuestra, hasta los brigantes. El sudoeste siempre ha sido nuestro y ha estado en contra de Roma. Allí —señaló al otro lado del río—, todas las tribus al sur del río son leales a Roma y seguirán siéndolo. Si Paulino decide llevar a su ejército al sur, yo preferiría que él no fuese capaz de cruzar el río en territorio atrebate. Podemos hostigar a una legión en marcha hasta destruirla; lo hemos demostrado ya con la Novena. Será mucho más duro si nos vemos obligados a atacarles en territorio aliado.

—Paulino no se atrevería a huir ahora —habían llegado a la carretera del norte, construida precisamente para que las legiones transportaran con mayor rapidez hombres y provisiones hacia el norte, a la guerra en el noroeste. Estaba pavimentada y colocada sobre un lecho de guijarros de arenisca, de modo que solo estaba cubierta por el agua y no hundida hasta la altura del muslo en el barro. Por allí podían caminar el uno junto al otro y fingir que eran gente civilizada. Teófilo dijo:

—El gobernador ha sido enviado hasta aquí para triunfar o morir. Aunque no haya ningún Nerón detrás de él amenazándole de muerte, no es de esa clase de hombres que rehúyen la batalla.

—Pero puede elegir la discreción por encima del valor. Si marcha con las legiones hacia el sur a través del puente, podría pasar el invierno con toda seguridad con Berico de los atrebates, o Cogidumno de los regnios. Ambos hombres han entregado su corazón y su alma a Roma.

Llegaron al final del prado. Valerio saltó por encima de la viga de un tejado que había caído, y que por accidente marcaba el margen exterior del puerto. La lluvia eliminaba el hedor de la muerte, pero no su visión. A cada lado guerreros desnudos y niños ya crecidos todavía paseaban entre los restos de cabañas quemadas y puestos de mercaderes, apoderándose de todo el metal que pudiera resultar útil para hacer

armas, o cuero para armaduras, o comida que no hubiese quedado estropeada por el fuego o la proximidad a la carroña.

Había mucha más carroña que en Camulodunum: la tormenta detuvo el fuego antes de que pudiera limpiarlo todo quemándolo, y no hubo un asedio final a un templo construido de piedra. El Puente de Vespasiano no tenía nada lo bastante sustancial como para que valiera la pena un asedio, y ningún veterano dispuesto a organizar una defensa. La matanza fue rápida y en su mayor parte se produjo mediante la espada y la lanza, y el fuego iba a limpiarlo todo después.

Viendo que se avecinaba la tormenta, Valerio ordenó a sus guerreros que formasen un anillo de tres cuartos junto al puerto con un hueco hacia el río, y solo al principio, e hizo que se mantuviesen firmes siguiendo órdenes muy estrictas, de modo que no hubiese rupturas inesperadas en el muro de hierro. La lucha fue rápida y disciplinada. Junto al centro, el último grupo de defensores murió inhalando humo. Todavía yacían allí, exactamente tal y como habían caído, hinchándose ya con el gas que desprendían el calor y la muerte.

La carretera se hallaba completamente limpia de cuerpos y de madera quemada, tal y como había ordenado Valerio como prioridad. Fueron caminando por ella hacia el puente.

Valerio preguntó:

—En mi lugar, ¿qué harías?

La lluvia cesó un poco. El humor de Teófilo mejoró proporcionalmente. Dijo:

—Exactamente lo que estás haciendo, pero me preocuparía más que Paulino pudiera ordenar a sus reyes aliados del sur que alzaran las lanzas juramentadas y enviasen a un ejército hacia el norte, cruzando el río, a ayudarle. Y estoy de acuerdo contigo: solo para evitar eso, destruiría el puente. Sin embargo, ¿qué harás si está demasiado húmedo para arder?

—Tengo como ingeniera a Madb de Hibernia. Ella comprende la madera de la misma forma que un herrero conoce el hierro. Si te quedas verás cómo destruyen las tribus lo que Roma ha construido con tanto empeño.

* * *

El explorador llevó noticias a Ulla, quien se las comunicó a Cunomar, el cual se encontraba con media docena más en un establo junto a la casa del magistrado principal de Verulamium, intentando rodear a tres vacas ruanas y sus dos terneras.

—El puente de Vespasiano ha caído.

Ulla se quedó en la puerta y lo gritó para que lo oyeran mejor entre las risas y mugidos.

Las risas cesaron. Los mugidos no, pero disminuyeron un poco. Jadeando,

Cunomar se apoyó en un poste de amarre y se pasó una mano fría y húmeda por el cabello. La sonrisa fue lo último que desapareció de su rostro, cuando todo lo demás ya se había calmado, como si esa parte estuviera menos dispuesta a dar por terminado el juego. Escupió la paja que tenía entre los dientes y miró al suelo, y se convirtió de nuevo en líder de lanzas.

—¿Cuándo cayó? —preguntó.

—Ayer, justo antes de anochecer —la llovizna de la mañana se había secado ya. Ulla estaba de pie ante un sol acuoso, haciéndose pantalla ante los ojos—. Valerio lo convirtió en una ceremonia, y entregó la mitad del puente como ofrenda a Nemain. La otra mitad se quemó al ponerse el sol, como regalo a Lugh, de la brillante lanza, dios del sol de los antepasados. Todos los guerreros y los refugiados lo vieron. Dicen que la parte del ejército que viaja y lucha con el hermano de la Boudica está bendita por los antepasados, y que ha formado una hueste imponente por sus propios méritos.

Los ojos de Cunomar se tensaron en los lados.

—¿Valerio dice eso?

—Claro que no. Pero los guerreros de Mona que luchan con él lo dicen, y ellos son de la isla de los dioses, de modo que todo el mundo les hace caso. Ahora tiene más lanzas que nadie: los siluros han venido desde el oeste para unirse a él, y también guerreros de los durotriges y de los dumnonios leales a Gunovar. Buscaban a la Boudica, pero al no encontrarla, se han unido a su hermano —Cunomar parecía cada vez más tenso. Ulla dijo—: Están con Valerio porque fue a él al primero que encontraron. Cuando lleguen adonde estamos nosotros esta noche, quizá decidan unirse a ti.

Toda traza del chico que disfrutaba con el juego matutino había desaparecido.

—¿Valerio y su ejército están viniendo hacia el norte para reunirse con nosotros? ¿Aquí? ¿Hoy?

Las reses callaron al fin. Los más jóvenes de las osas se miraban cautelosamente unos a otros y empezaron a apartarse del revoltijo de paja del establo. Estaban marrones hasta los tobillos y apestaban a estiércol fresco. Antes no importaba, pero ahora sí que importaba mucho, si querían cumplir con algo de honor la tarea que se les había encomendado.

A diferencia de la batalla de Lugdunum, la de Verulamium no fue gloriosa: no hubo quema ceremonial de ningún puente, ni quema de ninguna ciudad, al menos todavía. La Boudica había enviado a un tercio de su ejército con su hijo con instrucciones de abrir la segunda ciudad romana de la provincia, para que él pudiera probarse como táctico y líder de lanzas en un escenario seguro, antes de las grandes batallas. Para su perdurable vergüenza y la de sus guerreros, no había conseguido probar nada semejante.

Todo el asunto había sido un anticlímax tremendo. No se le había ocurrido a ninguno de ellos que la ciudad contra la cual marchaban podía no desear que la

abriera nadie, y que, por el contrario, pensaba dar la bienvenida a los guerreros sin apenas luchar.

Resultó que el humo que se alzaba de Camulodunum habló por sí mismo, de modo que los habitantes de Verulamium que se habían vendido más asiduamente a Roma por el precio de la ciudadanía estaban desaparecidos o habían muerto cuando llegaron el hijo de la Boudica y sus guerreros.

Varios miles de ancianos, mujeres y niños quedaron en la ciudad sin defensas. Al ver a los jinetes de vanguardia de Cunomar, se cambiaron y se pusieron trajes no romanos, o al menos lo mejor que pudieron encontrar, y abrieron de par en par las puertas, invitando al hijo de la Boudica a entrar con exageradas muestras de gratitud y alegría ante su llegada.

A pesar de sus desesperadas ansias de matar sin tregua, Cunomar dio órdenes de que respetaran a todos y cada uno de ellos, y se les dio comida y carretas, con las cuales podían irse si lo deseaban antes de que el municipio fuera arrasado.

Sorprendentemente se fueron muy pocos, de modo que a la mañana siguiente Cunomar se encontró organizando la alimentación de miles de personas más, cosa que significaba que había que vaciar la ciudad de toda la comida que hubiese antes de quemarla, y por eso estaba en el establo de las vacas, procurando atrapar a una ternera ruana delgaducha con un grupo de amigos, como si no hubiese una guerra que ganar y lo peor que pudiese ocurrir fuera quedar cubierto de excrementos hasta los tobillos y tener que meterse en el río para quedar limpio.

Los guerreros del establo ya estaban más tranquilos y serios, esperando sus órdenes. Cunomar pasó revista a todos, asegurándose de que su mirada se encontraba con cada uno de ellos y así percibieran que su gratitud era sincera.

—Gracias a todos. Quizá deberíamos olvidar nuestro deseo de ponerles el ronzal a estos animales y conducirlos afuera, con los demás. Se podrán ordeñar más tarde, cuando tengamos más tiempo. Vosotros tres —movió el brazo y ellos se separaron, dividiéndose en dos grupos—, podéis haceros cargo de eso, los demás venid conmigo. Me parece que tenemos que quemar una ciudad, y no podemos tardar mucho.

Los ancianos de la osa le habían advertido en contra de la borrachera de liderazgo. Cuidando de no deleitarse en exceso al notar la intensidad de su devoción, Cunomar contempló a la primera mitad de su grupo dirigirse con encomiable decisión a reunir el ganado, y luego encabezó al resto por las callejuelas de la ciudad, donde el sol eliminaba todo el frío del viento y secaba los edificios para poder quemarlos.

Las carretas permanecían fuera de las puertas, rodeadas por grupos de jóvenes similares que las llenaban de grano de los graneros de impuestos de la ciudad, y de barriles con paja y carne ahumada, pescado, jarras de olivas e higos en vino, regalo de un emperador agradecido a aquellos nativos que le habían demostrado el apoyo más decidido e inequívoco. Más incluso que el propio Camulodunum, Verulamium se había esforzado mucho por hacerse plenamente romano, y con él la provincia.

Cunomar encontró trabajo para aquellos que le seguían, y para sí mismo, y envió

más exploradores a averiguar los progresos de Valerio y a asegurarse de estar en un lugar donde pudieran encontrarle nada más llegar, cuando tocase el turno de informar.

* * *

No fue un explorador quien le encontró cuando estaba sosteniendo un lado de un carro cargado para que pudieran arreglar el eje que estaba roto, sino Braint, Guerrera de Mona.

Tenía el cabello negro, veteado de gris, y con un poco de barro. Sus cejas eran líneas incisas negras por encima de unos ojos negros como ala de cuervo, que penetraban por igual a amigos y enemigos, con poca calidez para ambos. Ella se acercó a Cunomar, esbelta y fiera, impulsada por algo que estaba más allá de las necesidades del día, aun de aquel día.

El eje quedó arreglado. La rueda se colocó de nuevo en su lugar y se volvió a ajustar la clavija mediante una maza. Él soltó la esquina que sujetaba y flexionó los dedos, y condujo a la Guerrera de Mona fuera de los prados de los caballos, donde había menos oídos que pudieran escuchar.

Una yegua castaña bizca estaba de pie en el rincón más alejado, observándole desconfiada. Cunomar llevaba tres días intentando dominarla intermitentemente. Entonces se dirigió hacia ella, con Braint a su lado.

—Creía que estabas con Valerio —dijo.

—Y lo estaba —ella habló con los ojos brillantes y fríos. Cygfa podía haber depositado su confianza en Valerio, pero era bien conocido que su amante, la Guerrera de Mona, odiaba al hermano de la Boudica casi tanto como odiaba a las legiones.

El estrecho margen entre el odio mayor y el menor había permitido que Braint llevara el mensaje de Valerio.

—Me ha enviado de vuelta con la mitad de mis guerreros para traerte noticias que te van a alegrar el día: Suetonio Paulino viene hacia el sur, hacia ti, trayendo lo que queda de sus legiones después de que los dioses de Mona les escupieran de los estrechos.

Las tripas de Cunomar se agitaron de forma alarmante.

—¿Y cómo lo sabe él? —preguntó—. Nuestros exploradores llevan medio día a caballo fuera en todas direcciones, y no han visto al enemigo.

Braint dijo:

—Valerio vio a Corvo y al gobernador con un grupo de oficiales en las colinas por encima de Lugdunum. Cree que habían acudido a preparar la defensa, pero vieron que era indefendible y dejaron que la quemasen.

—Cosa que él ha hecho.

—Pues sí. Los oficiales romanos se fueron cabalgando al oeste, hacia la costa. Valerio cree que harán venir a las legiones desde Mona para unirse a ellas y, todos juntos, marchar hacia el sur por la nueva carretera que habían construido, y que es lo bastante ancha para ocho hombres, y se extiende todo el camino hasta el Río Grande.

—El hermano de tu madre tiene diez mil refugiados de Canonium y Caesaromagus y Lugdunum. Si las legiones se encuentran con ellos, habrá una carnicería. Me ha enviado a pedirte, por tanto, que hostigues a las legiones como hiciste en los bosques del este contra la Novena, hasta que él pueda unirse contigo. El lugar designado por la Boudica para reunirse con vosotros dos está justo al norte de aquí. Él desea esperarla aquí, a menos que ella ya se haya reunido contigo.

Latía una advertencia en las palabras, más que una pregunta casual. Durante un momento, la amenaza y la promesa de las legiones fue algo pequeño.

—No, ella no está aquí —dijo Cunomar—. Han pasado doce días desde que se fue, y no hemos sabido nada desde el tercer día después de separarnos. ¿No ha enviado noticias a Valerio?

—Ninguna —los ojos de Braint eran menos fríos: Cygfa, que era amiga del alma de Braint, había sido la elegida para cabalgar con la Boudica. Si Breaca se perdía, su hija también se perdería con ella.

Cunomar dijo:

—Yo pensaba que estaba contigo, o al menos que te habría enviado noticias. Podríamos enviar exploradores para buscar…

—¿Cuando ella cabalga con Ardaco y con Cygfa? —sonrió Braint, tensa—. No tenemos exploradores que puedan encontrar a esos dos. Si ella quiere que la encontremos, la encontraremos. Y si no quiere, o no puede, los exploradores no encontrarán nada. Estarán mejor ocupados vigilando a las legiones.

La boca de Cunomar se había secado tanto que no podía tragar saliva para hablar, y por lo tanto soltó de nuevo la mandíbula.

—¿Cuántos son? —preguntó—. ¿Y a qué distancia están?

—Casi toda la Decimocuarta con un tercio de la Vigésima, más dos alas de caballería. Quizá seis mil legionarios, y mil caballos. Y en cuanto a la distancia, Valerio cree que habrán llegado ya a las tierras de los coritanos, que adoran al dios cornudo. Hay lugares allí que se prestan a la emboscada. Deberíamos ser capaces de atacar fácilmente la cola de la serpiente, como antes.

Braint se pasó la lengua por los dientes.

—Valerio podría haber enviado a los guerreros de Mona solos —dijo—, pero me ha enviado para que me una a ti. Si fueras un perro, imaginaria que te está arrojando un hueso. ¿Estás dispuesto a aceptar tal cosa? ¿Tienes los guerreros necesarios para sorprender en emboscada a las legiones?

Cunomar buscó de nuevo a la osa, y se sintió vacío. Oyó a su madre, hacía mucho tiempo, antes de que viniera al este.

«Cuando los dioses te llenan más, te sientes más vacío que nunca. Entonces es el momento de cabalgar el viento y dejar que éste te guíe.»

El viento venía del sur y del este. Soplaba hacia el norte y el oeste, hacia Mona y las legiones en marcha. Cunomar levantó la vista. Unos cuervos se elevaron en bandada, como trapos flotantes graznando en el aire. Tiñeron el cielo de negro con sus círculos, y luego se volvieron y volaron decididos al norte y al oeste.

Notó el aliento cálido en el cuello. Dejó que vagasen sus ojos, pero no su cuerpo. La yegua bizca estaba tras él, lamiéndole el hombro, dispuesta para ser cabalgada. Sin saber por qué le recordó a Corra, la pelirroja, una de las aspirantes a osa; buena organizadora, aunque se había fracturado el brazo y no podía luchar; guardaba un tesoro de sensatez en su interior y se podía confiar perfectamente en ella para completar la evacuación y la quema de Verulamium, y se sentiría muy agradecida de que se lo pidieran.

Otros le vinieron a la mente en rápida secuencia. Pronto, Cunomar dijo:

—Tengo cincuenta osas que podrían correr junto a tus caballos hacia la tierra de los coritanos y luego luchar con gran efectividad en la retaguardia. Si se combinan con tus guerreros, creo que les podemos dar a las legiones un motivo para bajar el ritmo de su marcha, como nos pide Valerio. Si es un hueso para un perro, lo acepto.

Braint hizo que los guerreros saludasen a la manera antigua, que todavía se usaba en Mona.

—Tú eres el hijo de la Boudica, su Perro del Mar. Si es un hueso te lo has ganado, y probarás que vales para mucho más, después.

XXXIII

Graine cabalgaba desde el oeste y el norte un día detrás de las legiones, con cuidado.

La carretera abrazaba la costa. El mar quedaba a su izquierda y las montañas a su derecha. Como si un dios la hubiese pisado, la tierra que quedaba en medio estaba aplastada por donde habían pasado los hombres que marchaban; el brezo y la hierba estaban planos en los lugares donde se habían plantado las tiendas y los hombres habían dormido; había círculos de cenizas negras en los lugares donde los fuegos habían alimentado a siete mil hombres, y unas letrinas cavadas a toda prisa y rellenas más aprisa aún rebosaban todavía de moscas.

Incluso un niño podría haberles seguido la pista. Durante gran parte del primer día después de que dejaran Mona, Halcón estuvo muy enfurruñado, y luego descubrió lo que era cabalgar con un ciego que puede ver en los mundos del más allá, y se puso de nuevo optimista y cabalgó junto a Bello, con los ojos cerrados, tratando de averiguar cómo puede ser ver sin ver.

Tal y como se había convertido en hábito entre ellos, Duborno cabalgaba a un tiro de lanza por delante y Gunovar detrás para proteger la retaguardia, y por tanto Graine acabó cabalgando junto a Efnís, de los icenos del norte, de quien sabía muy poco excepto que era el sucesor designado por Luain macCalma como Anciano de Mona, y que había sido amigo de su madre desde la niñez, y que quería mucho a Valerio cuando éste todavía era Bán. Lo que pensaba ahora de él lo desconocía por completo, y no se atrevía a preguntarlo.

—¿Qué sientes por Halcón?

Él se lo preguntó el segundo día, con ligereza, en el mismo tono en que le habría preguntado si había visto al halcón abalanzarse sobre la paloma o las tres garzas de pie en el río. El mar se encontraba tras ellos, y la tierra llana y cenagosa que se encontraba al este de las montañas. Cabalgaban a través de la amplia y fértil llanura de aluvión de dos ríos, cruzando puentes construidos por Roma. Los caballos andaban con cautela, notando el hueco que quedaba debajo de sus patas y el flujo torrencial del agua de verano.

Graine miró a la carretera que tenían detrás. Halcón ya no jugaba con Bello. Aquel último día había vuelto a convertirse en explorador, o cazador, dejando su caballo a cargo de Duborno y corriendo delante o a los lados a pie. Ella pensó que él había desaparecido la primera vez que miró, y luego le encontró a la derecha, corriendo entre los espinos y los endrinos del extremo más alejado del valle. Él vio que le miraba y la saludó. Ella le devolvió el saludo.

A Efnís le dijo:

—Él se preocupa por mí.

MacCalma habría insistido y habría querido más. Efnís asintió y la miró, y vio a través de ella y más allá el risco lejano y la pequeña colina que se alzaban allí cerca, y dijo:

—Tu padre luchó allí una vez, la primavera antes de que tú nacieras. Ya llaman a ese sitio Caer Caradoc. Hay otros tres sitios con el mismo nombre a dos días de distancia a caballo de aquí.

Ella estaba averiguando que Efnís era un hombre muy distinto que Luain macCalma, quien había engendrado a Valerio en Hibernia y acabó viéndole en las garras de una tormenta en la tierra de los icenos y le vigiló desde entonces, al parecer.

Efnís, al menos que ella supiera, no había engendrado a nadie, y no parecía en absoluto inclinado a hacerlo. Había compartido el lecho con una de las guerreras jóvenes y cuando ella viajó al este con Braint para luchar contra Roma en suelo iceno, él lloró abierta y desconsoladamente desde el día de su partida, y luego se alejó en la evacuación que se hizo a Hibernia. Cuando Graine volvió a verle, él ya había vuelto en sí, abierto y claro, allí donde macCalma era opaco e inalcanzable.

Había desventajas en su transparencia, y eso lo estaba averiguando ella entonces. Era mucho más fácil ignorar las oblicuas preguntas de macCalma.

Cabalgaron un rato dejando la pequeña colina y los riscos tras ellos, y siguieron la calzada romana hasta una tierra más amplia, boscosa, que se alzaba y bajaba suavemente y no suponía esfuerzo alguno para los caballos. Halcón se alejó mucho más aún, de modo que ella no podía verle. Había ahora una cierta urgencia en sus movimientos, y una atención que ella no había visto antes. Como estaba claro que la pregunta de Efnís no había quedado respondida del todo, dijo:

—Me siento segura en su compañía, como en la tuya.

Él dejó de observar a un par de urracas que se peleaban por algo que habían dejado atrás las legiones y concentró de nuevo su atención en ella.

—Yo no formé parte de lo que ocurrió y que tanto daño te causó. Halcón era un explorador pagado por Roma. Les ayudó a hacer lo que hicieron.

—Mi madre mató a su padre.

Ella quería que con eso bastase. Pero no fue así. Dijo:

—Fue a buscar ayuda. Trajo a Valerio y entonces Corvo pudo detener al procurador y enviar lejos a los veteranos. Sin él, habríamos muerto.

Ella no lo había visto, pero todo el mundo excepto Halcón y Cunomar le habían hablado de aquello, y de cómo se había hecho Halcón el corte en el labio que le había desfigurado la cara y todavía le provocaba un hematoma violáceo, después de tres meses. Dijo:

—Se ha disculpado tantas veces que tiene la garganta destrozada. No puedo odiarle.

—¿Te preocupa lo suficiente para sentir pena si muere en combate?

—Halcón no morirá.

Lo dijo demasiado rápido, sin pensar, y se sintió sorprendida al oír su poder; ella no habría dicho lo mismo de su madre, ni de Cunomar, ni de Cygfa, ni de ninguno de los demás, cuyos nombres y posible mortalidad resonaban en su mente. No habría dicho lo mismo acerca de ella misma.

Efnís frunció los labios y ella vio una sombra de dolor en sus ojos, que macCalma habría ocultado y él no podía ocultar. Dijo:

—Lo siento. No tenía que haberte presionado hasta este punto —y se quedó callado.

Un tiempo después, cuando hubieron cruzado un segundo puente y el río había girado de nuevo hacia el oeste, y habían trepado por un risco y bajado dando vueltas por el otro lado, dijo:

—Estamos acercándonos a las tierras de los cornovios, que adoran al dios cornudo. Viven una vida distinta de la nuestra, pero aun así honran a Mona y yo creo que honran también a la Boudica con tanta fuerza como los demás; ciertamente, sabrán que tú eres su hija y te respetarán, pero son enemigos jurados de los coritanos y sabrán que Halcón es uno de ellos. Si quieres que viva, deberías dejarles muy claro tu interés por él.

Ella no había pensado en preguntar por qué Halcón había dejado su caballo y se había puesto a explorar de nuevo. Ahora le parecía un descuido fatal. Se enderezó en la silla y no miró hacia el lado donde pensaba que podía estar. Volvió la cabeza.

—¿Y por qué estamos aquí? ¿Por qué no vamos por otro camino?

—Luain macCalma lo dijo muy claro: si nos perdemos la batalla que se avecina, estamos todos muertos. La única forma de aseguramos de estar en el lugar adecuado en el momento adecuado es seguir de cerca los talones de Roma. —Halcón lo sabe muy bien.

—¿Acaso sabía él que el camino pasaba por las tierras de los cornovios?

—Ha luchado contra esa gente desde que era niño, exactamente igual que luchaba contra los icenos. No puedo imaginar que no lo supiera.



Breaca se reunió a solas con Venutio de los brigantes, después de anochecer, en un lugar salvaje junto al borde de una escarpadura rocosa que tenía por un lado una roca marrón y arenosa que caía vertiginosamente hasta los matorrales que había debajo, y por el otro brezo, aún no plenamente morado, y unos cuervos que volaban haciendo saltos mortales en las corrientes y un par de águilas ratoneras que lloriqueaban cortejándose en círculos por encima.

Ella se había acercado rápidamente, dejando a Airmid con el grueso de sus guerreros. Solo Cygfa iba con ella; la velocidad se conseguía yendo en pequeño

número. Ardaco estaba ya allí con Venutio. Solo él podía haber rastreado a un hombre que se escondía de Roma y que se mostraba muy precavido para que no lo vieran, y solo Ardaco era conocido por Venutio por sí mismo en primer lugar, y en segundo lugar como escudo de la Boudica en todas las cosas, de modo que sus palabras eran las de ella, y ostentaban el mismo poder. Un hombre buscado por las legiones por el crimen de traición contra Cartimandua, su reina, no habría venido con ninguna otra persona.

El lugar de reunión era elevado y llano, con una vista muy clara a su alrededor, de modo que nadie podía llegar a ellos inesperadamente. Los dos líderes guerreros se sentaron en unas rocas secas junto a un fuego con raíces de brezo y abedul viejo, rodeado de unas piedras erguidas que habían sido talladas cuando los dioses eran jóvenes, de modo que los líquenes se acumulaban en las rendijas y hasta las marcas del borde que daban el número de soñadores y guerreros apenas resultaban visibles.

—Te necesitamos —dijo Breaca. *Piedra* se encontraba detrás, echado, cazando liebres en sueños, de modo que sus temblores se comunicaban hasta ella.

Venutio había sido Guerrero de Mona y había vuelto con su pueblo para mantener el equilibrio contra su reina. Había envejecido desde la última vez que se vieron, mucho más de lo que habría sido normal por el paso de los años, y eso demostraba todavía más la profundidad y el detalle de su preocupación. No ofreció respuesta alguna sino que masticó un poco de venado seco y dejó que aquello llenase el hueco.

Al final dijo:

—He venido aquí a verte porque Ardaco me ha recordado la danza de la osa tal y como él la realizó en Mona, y todo lo que provino de aquello. Por eso, y por todo cuanto has sido, te debo el honor de escucharte, aunque mi corazón no lo exija. Por lo que Cartimandua hizo a Caradoc, y yo no conseguí evitar, te debo la propia vida. Pero no puedo dártela ahora. Los brigantes se hallan completamente divididos. La mitad me siguen a mí, y lucharán contra Roma. La mitad siguen a Cartimandua, y caerán sobre nuestras espaldas y nos matarán si mostramos cualquier señal de que nos hemos unido a ti. Si venimos, te traeremos más preocupaciones que ayuda. ¿Realmente es eso lo que quieres?

—Si arrojamos las legiones al mar, o hacia el interior de la tierra, si quedan rotos y no vuelven nunca, si el emperador abandona Britania y todo cuanto contiene, ¿qué pasará entonces con Cartimandua?

Él sonrió con inesperada brutalidad; ella nunca había pensado que fuese un hombre resentido.

—Que estará muerta. La mataremos a la manera romana, clavada a una madera y dejándola expuesta al cielo. Pero aun así, la sangre y la carne de mis brigantes alimentarían a los cuervos durante días, después de la batalla que condujese a ese fin. Justamente ahora, mientras Roma está todavía aquí y aún tiene poder, es imposible; somos muy pocos, y ella es demasiado poderosa. Perderíamos, y tú tendrías ocho mil

lanzas hostiles a tu espalda, mientras intentas combatir contra Roma. Si ganas (es decir, cuando ganes) bastantes de los que ahora la favorecen se alinearán con nosotros, y ella quedará derrotada. Hasta entonces, debemos trabajar con discreción y ganar unos pocos guerreros en secreto cada día mediante el poder de nuestros argumentos, y no miles mediante el poder de las lanzas.

Era verano, y la noche era cálida. Venutio no llevaba manto, solo una ligera túnica sin mangas. Llevaba los brazos también desnudos de ornamentos o marca de clan, como siempre había hecho; el antiguo Guerrero de Mona se abstenía del brillo que otros disfrutaban mostrando ostentosamente. Eso le daba una austeridad de la que otros carecían, y le apartaba del grueso de su pueblo.

Se echó atrás en la roca. Las estrellas punteaban el cielo sin luna; el Cazador alzaba su venablo contra la Liebre tan brillantemente como había hecho siempre en Mona, cuando Venutio era el Guerrero. Él estudió a Breaca largo rato a la luz del fuego, y luego dijo:

—Lo siento. Se lo podría haber dicho a Ardaco y te habría ahorrado un viaje.

—Podías haberlo hecho, pero no lo siento. ¿Por qué no lo hiciste?

—Pensaba que querías que te lo dijera yo mismo. Y quería ver cómo estabas. He oído cosas de segunda mano, o de tercera mano, y rumores que vienen de dos en dos, uno diciendo lo contrario del otro. Necesitaba saber si era cierto que la Boudica había perdido su corazón después de la violación de sus hijas, como decían algunos, o si por el contrario, como prefería creer yo, había crecido después de aquello y se había hecho mucho más grande de lo que nunca fue en Mona y en las guerras occidentales.

Estaban solos; su guardia de honor se había apartado echándose al abrigo de las rocas, envueltos en sus mantos, sobre lechos de brezo mullido. Cygfa cazaba sola en alguna parte. Ardaco estaba cerca y despierto aún, pero ya no compartía su fuego. Se hallaba sentado y apoyado en una roca, con abedules a cada lado, y no podía oírles. Ella veía el brillo de sus ojos y luego finalmente la oscuridad, cuando los acabó cerrando. No creía que estuviera dormido.

Venutio se sentó con las manos envueltas en torno a una rodilla, mirándola. La luz del fuego bailaba en su rostro, explorando los nuevos huecos que un año de huida había dejado en él. Él le había enseñado a ella en qué consistía ser Guerrero de Mona, y le había entregado el cuerno, que a su vez ella entregó a Gwyddhien. Ningún ser vivo sabía cuánto costó hacer tal cosa. Como podía preguntárselo y esperar una respuesta concreta, ella le dijo:

—¿Y qué opinas, entre los rumores y el hecho?

—Que has cambiado mucho más de lo que esperaba. Que hay partes de ti que se han roto, y partes que son mejores que antes, mucho mejores. Ahora te veo claramente y hay una luz que brilla desde tu interior, como si hubiese caído un manto que te ocultaba necesariamente, para protegerte del brillo a ti tanto como a nosotros. Pienso que no debe de resultar fácil convivir con aquello en lo que te has convertido, pero también pienso que has encontrado algo por lo que luchar y que antes no sabías.

—En efecto, así ha sido.

Era tarde; tendrían que haber dormido, pero ninguno de los dos podía. Echaron más brezo al fuego y se sentaron cerca, y luego se echaron, cabeza con cabeza, y por primera vez desde que ocurrió, Breaca habló de la profecía del antepasado y de la pregunta que planteaba y de la curación que había encontrado en su respuesta.

Más tarde, cuando los ojos de Ardaco llevaban mucho tiempo cerrados y Venutio estaba echado con la cara tan cerca de la suya que las palabras pasaban de aliento a aliento entre ellos, ella le enseñó el anillo que había sido un regalo de Cunobelin e intentó poner en palabras qué significaba ostentar el linaje del Perro del Sol y sus promesas; que él formaba parte de ella y al mismo tiempo no era como había llegado a ser la antepasada-soñadora; que aquello había cambiado la forma que tenía de comprender la muerte, aunque ella había vivido en la frontera entre los mundos durante toda su vida adulta.

Venutio era sabio y había sido Guerrero, y sabía lo que era luchar por algo más grande que la propia vida y la sangre. Escuchó hasta que ella se quedó sin palabras, y al final le hizo una sencilla pregunta, y no insistió, aunque ella fue incapaz de responder.

Más tarde, cuando él se hubo retirado a otro fuego para dormir, ella se cobijó debajo de una piedra que sobresalía, con la cabeza apoyada en su silla de montar y *Piedra* a su lado para mantener el calor, y se quedó mirando las estrellas, preguntándose aquello mismo. Se durmió sin haber encontrado una respuesta.

* * *

Ella se despertó al amanecer, y seguía sin verlo claro.

El fuego era ya un puñado de rescoldos rojos, y solo calentaba si ponía las manos lo bastante cerca para quemar la piel. Lo alimentó con unas ramitas finísimas de brezo y hojas muertas, y avivó las llamas hasta que éstas le mordieron los dedos y se pudieron dejar solas.

A su espalda, el sol preparaba también su propio fuego. Era mayor aquí que en el sur, colgado justo por encima del borde del acantilado, de modo que parecía que ella podría salir del refugio de su roca y adentrarse en él directamente. Se puso de pie sobre la piedra fría y vio a los dioses atizar su propio fuego y les hizo la pregunta de Venutio.

El fuego rojo se volvió de oro, luego de oro blanco, y no hubo respuesta. A su alrededor la escarcha como de encaje se iba fundiendo y goteando de la roca. Un pino largo y esbelto se quedó súbitamente desnudo de cuervos. El cielo se puso escandalosamente negro. Una sombra se deslizó a su lado y más allá, y Ardaco dijo dulcemente:

—Bueno, ¿qué es lo que vas a salvar, pues, tu tierra o tu linaje?

—No lo sé.

Había alimentado la vana esperanza de que él no estuviese escuchando. Se sentó en el borde del acantilado y se abrazó los pies y miró por encima. Allá abajo pequeñas sombras humanas cruzaban la tierra a medida que los cazadores de Venutio iban siguiendo el rastro de un ciervo. Ardaco vino a sentarse encima de una piedra. Iba desnudo y olía a grasa de oso y llevaba el pelo enmarañado, como cuando había estado cazando. Ella le preguntó:

—¿Qué has matado?

—Nada. He ido a ver a la osa, no a cazar.

—¿Y la has encontrado?

—No. Estamos demasiado al sur, y las legiones han cazado mucho.

Ardaco se apretó los ojos con las manos. Estaba demacrado y cansado. Como Venutio, había envejecido desde el invierno y Breaca no había tenido tiempo de darse cuenta de ello. Era más fácil recordarle joven, lleno de vitalidad, bailando con una osa y sus cachorros en Mona, que recordar al hombre que fue azotado por Roma y luego se recuperó lo bastante para luchar de nuevo, menos de un mes después.

Era más fácil recordar todo eso que al guerrero que había criado a su hijo durante dieciséis años y le había entregado en cuerpo y alma a la osa, porque solo de ese modo podía crecer y apartarse de la sombra de la Boudica y ser todo aquello que debía ser.

Dado que tanto Ardaco como la pregunta necesitaban más de una respuesta, Breaca dijo:

—No es una elección que tenga que hacer ahora encima de una roca desnuda, sin nada que le dé algo de forma.

—No. Pero tú esperas no tener que hacerla nunca, en ningún momento —Ardaco se levantó para irse—. Eres mucho más fuerte de lo que crees, y en cambio yo no. Cuando llegue el momento, no te eches a un lado deseando que la pregunta pase sin respuesta a tu lado.

Venutio les esperaba junto al fuego. Iba vestido con más formalidad, con un buen manto de lana teñido de negro por Briga y un broche de aguja en el hombro con la forma de un caballo brigante. Un joven se hallaba de pie a su lado sujetándole el caballo. Era de estirpe romana, con una marca al hierro en el hombro izquierdo.

Dijo:

—Debo irme, pero voy a hacerte un regalo antes de partir.

—Tu pregunta ya era un regalo en sí.

—Ya lo sé. Pero es para después. Por ahora, hay cosas mucho más urgentes. Mis exploradores han ido siguiendo a Paulino y sus legiones mientras hollaban las tierras vecinas a las nuestras. Esta noche han acampado en la tierra limítrofe de los cornovios y los coritanos. Les sigue un día por detrás un pequeño grupo de Mona: una niña con el cabello pelirrojo y una soñadora de los durotriges con cuatro hombres, uno de ellos un explorador halcón de los coritanos.

—Tus exploradores son buenos.

—Los mejores —él sonrió con timidez—. Excepto Ardaco, que es excepcional y nos ha encontrado a nosotros antes de que le encontrásemos a él. ¿Qué sabes de los ancianos cornovios y su adoración del dios cornudo?

—Muy poco. Los soñadores cornovios que vinieron a Mona decían que ya no profesaban el culto antiguo. Existían rumores de que algunos de los ancianos todavía seguían el camino de los antepasados, que entregaban a hombres vivos al Ser Cornudo, y que corrían con el Cazador en las estrellas, para traer algo de buena suerte al año siguiente.

—Nosotros también hemos oído los mismos rumores. Creemos que son ciertos — se estaban pasando señales entre los brigantes con creciente urgencia. Trajeron el caballo de Venutio hacia delante. Éste colocó una mano en la silla y despachó al joven que la había sujetado antes.

Inclinándose, dijo:

—Roma ha matado a nuestros soñadores más jóvenes, aquellos que se entrenaron en Mona. Los ancianos que siempre han seguido el camino antiguo están en ascenso, y experimentan tanta desesperación como cualquiera por librarse de las legiones; harán lo que crean necesario para conseguirlo. Esta noche es la primera luna con cuernos desde el solsticio de verano. Si van a sacrificar a alguien, será ahora.

Breaca dio un paso atrás desde su caballo. La compasión aparecía claramente en su rostro. Nunca había visto aquella parte de él ni la esperaba. Él dijo:

—No había pensado que la amenaza a tu familia procedería de las tribus. Lo siento.

—Gracias —la prisa por volverse y alejarse la ponía rígida. Se esforzó por permanecer quieta y pensar y hacer la pregunta necesaria—. Sin embargo, no apresarán a Graine. Es una niña. No puede ser el dios.

—No, a ella no. Y algunos de los de su partida se hallan a salvo. No tocaran al soñador ciego, ni a la mujer soñadora de los durotriges, aunque quizá deseen que permanezca como Briga por ellos, al menos durante la noche; verán su presencia como un regalo de la madre. No se arriesgarían a la ira de Mona, de manera que el casi Anciano está a salvo, pero hay dos más en la partida, y cualquiera de ellos les puede convenir. Mis exploradores no se han acercado lo suficiente para averiguar su identidad ni cómo podrían elegir los cornovios entre ambos.

—Duborno y Halcón —ella miró más lejos de sus guerreros y su impaciencia desapareció. Dijo—: A Duborno le conoces. Vino a Mona un año después que yo. Fue cautivo con Caradoc, y volvió con Cunomar. El otro es un joven guerrero de los coritanos. —una idea medio apuntada fue tomando forma—. Halcón, cogerán a Halcón. Los cornovios han estado en guerra con los coritanos tanto tiempo como nosotros. No han aprendido todavía que las tribus deben luchar unidas para derrotar a Roma.

—Los seguidores del Ser Cornudo creen que ellos mismos son los únicos en

situación de derrotar a Roma sin ayuda —Venutio movió su caballo hacia atrás para que pudiesen ver por el camino donde él estaba. Dos de sus corredores aguardaban cerca del lugar donde éste bajaba del acantilado. Dijo—: No ocurrirá nada antes de que salga la luna. Si quieres seguir a mis guías, puedes llegar hasta ellos en ese momento. Sería bueno que tuvieses a Airmid contigo, ya que ellos consideran a Nemain hija de su dios, y escucharían de buen grado a una que está tan estrechamente ligada a ella, mas no hay tiempo. Tú eres la Boudica, consagrada por Briga. Te escucharán. Quizá también hagan caso a lo que les digas.

XXXIV

—¿Halcón?

Halcón no estaba por ninguna parte. En su lugar se encontraba una docena de guerreros, todos de mediana edad, situados en círculo en la carretera, donde antes no había más que niebla matutina, piedras y espinos, y huellas de las legiones en marcha.

No había mujeres entre ellos, solo hombres, muy robustos y desnudos aparte de los cinturones para el cuchillo, y pintados con arcilla roja formando líneas rectas desde los tobillos a la frente y desde el sobaco hasta la muñeca. Sus plumas de muerte eran de gallina roja y tenían unas bandas negras en los cañones. Llevaban también el pelo tieso con ocre rojo y dividido arriba en dos partes, de modo que formaba unos cuernos. Los cinturones de sus cuchillos eran de piel de ciervo roja, y los cuchillos que colgaban de ellos tenían el mango de asta.

Graine no había visto a un hombre desnudo desde la noche del asalto; solo entonces, entre el pánico y la náusea, se dio cuenta del esfuerzo constante y callado que se había hecho para que no ocurriera tal cosa. Incluso en aquel momento, con el peligro rodeándoles, Duborno atravesó su caballo ante ella para que no tuviera que mirar.

Era demasiado tarde, pero él lo había intentado, y ella lo amaba por ese gesto. Bajó la vista hacia la crin de su caballo y respiró muy fuerte por la boca, y notó la mano de Bello en la espalda, entre los dos omoplatos, y la ansiedad que demostraba, así como la necesidad de no hacer una escena.

Al momento Gunovar apareció muy cerca de ella, erguida en la silla, con el manto echado hacia atrás de modo que sus cicatrices se pudieran leer con mayor facilidad, y se viera mejor la diadema de soñadora de Mona. Proyectando su voz como si se estuviera dirigiendo a los ancianos en la casa grande, ella exclamó:

—Escoltamos a la hija de la Boudica. Se hallaba en Mona para su curación después de ser violada por Roma. Ahora se la necesita para que tome parte en la guerra contra las legiones. ¿Queréis hacerle daño?

Los hombres oscilaron adelante y atrás, como los abedules movidos por la brisa. Uno de la izquierda, del lado norte, dijo:

—Nunca haríamos daño a hija de la Boudica.

Su voz sonaba con espeso acento de los antepasados, como si no hubiese vivido la pesadilla de Roma, ni las guerras entre las tribus que llegaron antes.

Gunovar dijo:

—¿Entonces podemos pasar?

Halcón estaba allí, muy por detrás, en los árboles. Graine y Duborno le vieron.

Ambos volvieron la cara para mirar a otro lado.

Los hombres pintados de rojo oscilaron una vez más y se enderezaron de nuevo. El que estaba más al norte dijo:

—Hija de la Boudica puede pasar. Sola. O puede esperar contigo y tus hombres.

Nunca se le había ocurrido a ninguno de la partida de Mona que Efnís, Duborno o Bello pudiesen ser considerados hombres de Gunovar. La extrañeza de oír tal cosa resonó entre ellos. El anciano-ciervo se dio cuenta. Se adelantó hacia Gunovar y levantó la mano, y le puso a ella la palma en la frente, y luego sus dos primeros dedos, de modo que le dejó una marca y dos rayas verticales de arcilla roja por encima de la diadema de soñadora.

Dijo:

—Entregada a la diosa. Entregada a la diosa. Marcada por Roma y por Mona. Ahora marcada por algo más grande. Te honramos, aunque ellos no.

Sus ojos eran ojos de ciervo, enormes y castaños, aunque no había miedo en ellos, como en los de un ciervo. Miró a Graine pensativamente un momento, y luego le dibujó una pequeña línea vertical entre las cejas. Ella notó su contacto y luego un cosquilleo que duró largo tiempo después de que él hubiese dejado la arcilla.

—Entregada a la hija-liebre joven, pero vieja dentro. No demasiado joven para bailar. Mejor si vienes con nosotros y esperas con los otros.

Él retrocedió y miró a su alrededor, a los bosques de matorrales y los brezos que había detrás. Para que su voz llegase lejos, dijo:

—El coritano seguirá.

Halcón había desaparecido, era solo una sombra en algún lugar entre los árboles. Pero no había duda de que seguiría a Graine allá donde fuera, o de que Graine iría adonde fueran llevados los otros.

Gunovar preguntó:

—¿Y qué esperaremos?

—Que asista el dios.



Cabalgaron hacia el oeste, muy duro y muy rápido por el día, y esperaron al dios ya casi oscurecido en un valle boscoso a los pies de un acantilado muy alto de caliza que caía en vertical. Un túmulo de los antepasados estaba situado, achaparrado y silencioso, en el reborde occidental, y los guerreros-ciervos pintados de rojo no lo miraron mientras tiraban de las riendas de sus monturas, en la parte superior del acantilado.

El sol era como una yema de huevo posada en el horizonte. Una luz intensa se extendía ampliamente y rozaba las copas de los árboles en el valle que había abajo. La

roca era del color del azufre, caída como si el hacha de los dioses la hubiese partido y echado a tierra. Graine miró por encima del borde y notó que el sueño de sí misma se tambaleaba y se deslizaba en la inconsciencia. Se quedó helada, agarrada ala silla, sin poder moverse.

—No podemos bajar ahí —eso lo dijo Bello, que no veía. El hombre-ciervo que se hallaba más cerca le miró de soslayo con los ojos bordeados de blanco. El líder, que se distinguía de los demás por una sola raya roja que corría hacia arriba desde su barbilla, desmontó y se abrió paso entre los guerreros y los pinos jóvenes y dispersos que salpicaban la punta del acantilado.

Él era el único capaz de mirar a Bello a la cara, de frente. Lo hizo durante una eternidad, y luego asintió y dijo:

—Tú puedes.

—¿Cómo? ¿Puedes llevarnos tú acaso? Yo no veo, y la niña no puede moverse.

El jefe ciervo se encogió de hombros. Su rostro mostraba un desdén aburrido.

—O vais o morís.

Gunovar levantó la mano y el otro vaciló. Dijo:

—Has jurado que no harías daño alguno a la hija de la Boudica.

—Y no se lo haremos. Pero no podemos protegerla si está aquí. Solo estará a salvo en el valle con nosotros. Ningún hombre que se queda en el peñasco cuando viene el dios puede vivir —lo pensó y corrigió, dirigiéndose a Gunovar—: Ni tampoco ninguna mujer —hablando hacia los árboles dijo—: Si el coritano desea encontrar una muerte limpia, él también bajará con nosotros. No puede ocultarse en la tierra del Ser Cornudo.

«… encontrar una muerte limpia…»

«Halcón no morirá.»

En voz alta, en griego, porque en Mona lo habían practicado un poco y los hombres-ciervo era muy poco probable que lo conocieran, Graine dijo:

—Halcón, vive. Encuentra a la Boudica. Cuéntale qué ha ocurrido.

El anciano-ciervo sonrió y pareció menos humano. Asintió, como si ella hubiese interpretado su papel correctamente en una obra que él había imaginado. Esperó, contemplando el sol que iba oscureciendo, y la sonrisa desapareció de sus ojos mucho después de que sus ojos hubiesen adoptado el rojo corazón de fuego del dios, y se lo hubiesen bebido, y lo hubiesen convertido en algo más antiguo y menos benigno. En un determinado momento, cuando la luz del sol casi había desaparecido, levantó la cabeza y mugió con intensidad y profundidad, como un ciervo en celo.

Los árboles se movieron y aparecieron tres docenas de hombres-ciervo donde antes no había nada, y Halcón en el centro de todos ellos, rodeado de cuchillos desenvainados. La sangre brotaba de un corte que le habían hecho en un lado de la cara, de modo que también llevaba rayas rojas como ellos, como si fuese una parodia, o un inicio.

Graine lo vio y no pudo creerlo. Una parte de su ser se alejó para separarse y

quedar a salvo, como había hecho cuando empezó la violación. Oía la voz de Bello, clara como el piar de un carrizo.

—No te vayas. Él necesita que pienses y te preocupes por él. Mantente a salvo y pídele ayuda a Nemain —ella no sabía si él lo había dicho en voz alta o en su mente, pero el caso es que funcionó, ella volvió y se sintió enferma, que era mucho mejor que no sentir nada.

El anciano-ciervo saludó a Halcón y luego a Graine, conectando a ambos. Se dirigió a sus propios hombres en una lengua que seguía siendo el gruñido de los ciervos, y luego una vez más se adelantó hacia el borde del peñasco.

—Vamos abajo —dijo, con voz espesa—. Aquellos que necesiten ayuda, la tendrán.

Y nadie le contradijo en aquella ocasión.

* * *

El descenso fue una pesadilla, que era mejor no recordar. Una caída en picado en la cual las rocas blancas y desmenuzadas mantuvieron a Graine con vida, y un hombre que no era ninguno de aquellos en los que había aprendido a confiar apretaba su cuerpo contra el de ella, sujetándola en la roca en las ocasiones en que su pie resbalaba o su presa resultaba poco segura y ella empezaba a caer por la cara del precipicio.

La cabeza le daba vueltas y sus tripas se rebelaban, pero las palabras de Bello permanecían muy claras en su cabeza, de modo que mantuvo la imagen de Halcón fija en la mente, con aquel único corte de cuchillo rojo en la cara, y el poder de aquella visión hacía que siguiera moviéndose y colocando los pies donde le decían y las manos agarradas a la roca y no se quedó paralizada por el miedo, como podía haber ocurrido, y todo aquello acabó, después de una eternidad, al llegar a un terreno firme, entre dos abedules inclinados, y se agarró al hombre-ciervo y dejó que la sujetara hasta que dejó de temblar.

En comparación, subir a la caverna un poco después fue muy fácil. A Bello le ayudó el anciano-ciervo, porque los demás guerreros ciervo no podían acercarse a él: veía demasiado. Siguiendo a esos dos, Graine subió a gatas por unas rocas blancas y luego por un estrecho sendero que se convirtió en una serie de agujeros tallados en la roca donde colocar las manos, y luego un reborde plano que bastaba para caminar y dar la vuelta a una esquina.

Llegaron de pronto a la cueva, como si ésta se hubiese desplazado no para ocultarse de ellos, sino más bien para mostrarse. La boca permanecía abierta como la de un oso acosado, lo bastante grande para tragarlos a todos. Frondas de helechos ocultaban el arco, adornándolo con dientes verdes. Bello se detuvo y luego Graine.

—La usaban los antepasados —dijo él—. Es más antigua que la casa grande de

Mona.

El anciano-ciervo tocó la roca con una mano, como si fuese algo que él mismo hubiese hecho, orgulloso.

—Es más antigua que los túmulos de los antepasados. Hay huesos de ciervo en esa cueva en los cuales las marcas de los años han contado cincuenta generaciones, y ya eran viejos antes de que empezasen las marcas.

Era imposible imaginar tantísimo tiempo. Graine dijo:

—Es más antiguo que Roma.

El anciano-ciervo la miró y profundizó en ella y pareció sorprendido por lo que vio. Pensó un momento y luego retrocedió y apartó unos helechos para que ella pudiese ver los dibujos que había en las paredes y que representaban a unos hombres con los cuerpos rayados de rojo y cabezas con cornamentas.

—Eran soñadores del ciervo aquí, antes de que Roma fuese un pueblo con tres gallinas y una vaca muerta de hambre —dijo. Su acento era menos espeso que antes, ya que no necesitaba distanciarse tanto. Hablaba con la misma tranquila intensidad que Luain macCalma o Valerio o, con menor frecuencia, Breaca—. Queremos que sigan aquí, libres de soñar, cuando Roma quede reducida a eso de nuevo. Tú que luchas con nosotros eres bienvenida. La cueva te mantendrá a salvo en la parte oscura de la noche, antes de que salga la luna.

Eran diferentes cuando entraron en la cueva, menos prisioneros que se movían bajo coacción, más participantes en un rito que todavía no había comenzado. Graine notó un picor en la línea de arcilla que tenía marcada en la frente como si la acabasen de hacer y todavía estuviese caliente, procedente de las ollas al fuego. Siguió a Efnís a través de una rendija en la piedra caliza, más pequeña que las grandes cuevas del oeste y más blanca, pero con sitio suficiente para un fuego y las docenas de personas que se agrupaban a su alrededor.

La cueva se abría por la parte trasera formando una cámara amplia y circular. Las calaveras de dos ciervos adornaban la entrada a ésta, una a cada lado, y en los combados muros de caliza se encontraban pintados ciervos, caballos, liebres y hombres que se habían convertido en ciervos y bailaban ante un fuego pintado.

Un fuego real se había encendido en el centro, muy atrás, de modo que su luz apenas llegaba a la entrada y no podía ser vista desde fuera. El humo llenaba el aire, ligero: pino, roble verde y pelo de animal chamuscado. Otros hombres-ciervo se sentaban ya en círculo a su alrededor, demasiados para contarlos.

Como ciervos, Graine y todos los que iban con ella fueron conducidos hacia el rincón más alejado y allí los dejaron. Ella se sentó en el suelo y se apoyó en la pared que tenía detrás, e intentó que su respiración volviese a la normalidad. Vino un joven y le ofreció tortas de avena, ennegrecidas por el fuego.

Duborno dijo:

—Nos están agasajando. Deberíamos sentirnos honrados —sonaba como Valerio; su voz tenía la misma ironía seca. Ella no había visto nunca con tanta claridad que se

trataba de una defensa contra el miedo.

Gunovar dijo:

—Es comida del dios, que nos marca para el Ser Cornudo. Habrán matado un ciervo. Se espera que todos comamos de él antes de que se ponga la luna por la mañana. Sospecho que no estará cocinado.

—¿El fuego es para otras cosas? —preguntó Bello, y nadie le respondió.

Halcón llegó el último y no se sentó. Se quedó de pie con la espalda hacia la piedra caliza y miró hacia afuera, a la noche, más allá de la boca de la cueva, donde una súbita y fuerte tormenta había pasado y dejado la noche fría y húmeda. En algún momento del descenso le habían quitado todas sus armas. Solo habían desnudado a Halcón. La herida del cuchillo recorría todo su cuerpo, desde la cadera al hombro y la frente. Sangraba como si se lo acabasen de hacer.

Graine se movió para sentarse más cerca de él.

—¿Sabes qué van a hacer?

—¿A ti? Nada. No se atreverán. Incluso aquí el nombre de la Boudica está al lado del de los dioses.

Había apoyado los hombros en la pared. Ésta había quedado manchada con sangre de una línea equivalente que tenía en la espalda. Estaba todo empapado por una ligera capa de sudor, y con carne de gallina en los brazos.

Graine dijo:

—No preguntaba por mí. ¿Qué te van a hacer a ti?

—No lo sé —Halcón bajó la vista por primera vez, apartándola de la boca de la cueva y la noche que había más allá—. Nuestras madres nos cuentan cosas cuando somos pequeños para hacernos chillar y abrir los ojos y quedarnos en la casa grande hasta que amanece. Yo las creía, claro, porque todos los niños creen a sus madres, pero nos contaban cosas parecidas de los icenos, y no me ha parecido que muchas de ellas sean verdad.

No la miraba a los ojos. El hematoma del labio que procedía del cuchillo de Valerio había desaparecido y era de un verde muy débil, de modo que Graine no lo habría encontrado si no hubiese sabido dónde mirar. Importaba mucho menos ahora que antes.

Era el mejor explorador-halcón de su generación y Valerio lo había tratado como a un cachorro arrogante que necesitaba entrenamiento. Los hombres del dios cornudo habían visto lo mismo. Ella pensaba que quizá Valerio tuviese razón, pero que el viaje a Mona y todo cuanto había ocurrido allí le habían cambiado, de modo que ahora los hombres del ciervo estaban cometiendo un error. No estaba segura de si le tratarían de una forma distinta, si conseguía que lo comprendieran.

Gunovar se acabó la torta y se secó los dedos en la túnica. Dijo:

—Le convertirán en el Ser Cornudo, con pintura y cuernos, y le harán bailar conmigo, y aparearse después. Si no baila o se niega a aparearse, le desollarán vivo y usarán su piel para cubrir a uno de los suyos, que lo hará en su lugar. Si hace lo que le

piden, y baila bien, le matarán de otra manera, y será breve, de modo que su muerte ocupe solo el tiempo justo después del amanecer, cuando el sol y la luna cornuda compartan el cielo —jugueteó con los dedos, de modo que pudiesen verla cicatrices en los lugares donde se los habían roto—. Ayuda saberlo —dijo—. Si yo estuviera en tu lugar, bailaría si me lo pidieran, y haría todo lo demás. No me enfadaré contigo.

La cabeza de Halcón giró lentamente sobre sus hombros, como la de un búho.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿De qué otra manera me matarán si hago lo que ellos quieren?

—Como han empezado, con cuchillos. O con fuego. Creo que se te permitirá elegir.

—Eso es lo que nos contaban nuestras madres —dijo Halcón. Parecía sorprendido, casi aliviado—. Tenías razón. Ayuda mucho saberlo —dudó un momento, y luego se agachó y se sentó con ellos, y aceptó una de las tortas quemadas y dejó que Efnís y Duborno hablasen con él sobre la cueva y la forma en que estaba pintada y la conversación derivó hacia otros asuntos y él no volvió a mirar a la oscuridad.

Al cabo de un rato, como todavía no había ocurrido nada, salvo que llegaron más hombres-ciervo y el fuego cada vez era más intenso, le pidió a Duborno y a Efnís que le ayudaran a trenzarse el pelo a la manera de los icenos, con el moño del guerrero a un lado y la única pluma de muerte negra colocada en la sien. Efnís le dio un collar con cuentas de ámbar talladas en forma de animales de sueño; osos de seis patas seguían a unos gatos monteses con largos dientes y nutrias que sujetaban serpientes entre las mandíbulas. Bello tenía un brazalete de bronce que ajustaba bien en el brazo de Halcón, y Gunovar pellizcó un poco de lana del borde de su túnica y la ató alrededor del cañón de la pluma para marcarle como a uno que ha salvado a otros en combate, a riesgo de su propia vida. Parecía muy distinto cuando terminaron.

Duborno dijo:

—Te quieren como coritano, no como iceno.

Halcón sonrió.

—Entonces pueden cambiarme. Pero sabrán que lo han hecho.



El rito del dios cornudo empezó cuando tres mujeres jóvenes pintadas por completo con espirales negras empezaron a tocar unas flautas talladas con cuernos de ciervo que producían unos sonidos ululantes y bajos, como de aves nocturnas.

La música fue subiendo y bajando, tejiendo sonidos que rodearon a Halcón como una red rodea al salmón, y le apartaron de los demás, dejándole de pie junto al fuego. Hicieron que se colocara en el norte, el lugar del cazador, del guerrero, del dios

cornudo. El líder era el mismo que les había capturado desde el principio. Se quedó de pie y a pesar de toda su fuerza era más pequeño que Halcón, y su cabello no brillaba como el de él, ni el bronce de su piel se veía realzado por el brazalete del mismo color y el ámbar que llevaba alrededor del cuello. No portaba plumas de muerte, con rayas rojas o sin ellas, y por eso era inferior, y tenía que haberse dado cuenta.

Halcón dijo:

—Los coritanos adoran al Ser Cornudo por encima de todo excepto Briga. Aun así, no enviarían al dios la vida de alguien que no lo deseara.

—Ni nosotros tampoco. Cuando comprendas lo que pedimos a los dioses y ellos a nosotros, abrazarás tu muerte de buen grado. La música y el baile lo harán mucho más fácil.

Tres jóvenes con rayas blancas pintadas trajeron a Gunovar para que se uniese a él. Ella estaba coja desde que los inquisidores romanos la torturaron, y no había hecho nada para adornarse, y aun así, parecía regia. Con mucho cuidado ellos le quitaron la diadema de soñadora de la frente y le dieron a cambio una diadema hecha de huesos de ciervo.

Los guerreros del ciervo formaron un pasillo y los dos de delante cogieron las calaveras y golpearon con los huesos en ellas hasta establecer un ritmo, como hacían las osas con sus tambores de calavera, pero más discordante.

El anciano tomó su cuchillo y practicó en el cuerpo de Halcón un tercer corte, y éste se quedó quieto, dejándole hacer. El hombre retrocedió y gruñó de nuevo, medio ciervo otra vez.

—Fuera. Todo el mundo —sus brazos se elevaron, ampliamente—. Todos nosotros, desde el más joven hasta el más viejo, bailaremos para encontrarnos con el dios allá fuera, bajo las estrellas y la luna cornuda.

XXXV

En la tierra de los cornovios, solo Ardaco podía viajar con total seguridad.

Los guías de los brigantes eran rápidos y silenciosos, y no dejaban rastros tras ellos, pero no veían al explorador que les contemplaba desde la ladera de una colina. Ardaco sí lo vio y lo encontró y lo mató, y volvió con un cuchillo cornovio, con el mango de pata de ciervo, como prueba. Breaca dio las gracias a los guías y les envió de vuelta con Venutio.

Poco después de aquello Ardaco dejó su caballo en tierra abierta, donde pudieran encontrarlo otros, y siguió a pie, yendo de lado a lado por el brezal y hasta la trama abierta del bosque, dejando marcas que solo Cygfa podía encontrar. Breaca seguía su dirección, aunque no sabía si era segura o peligrosa; no podía hacer otra cosa ni acelerar su viaje. Milagrosamente, se sentía libre de toda responsabilidad por primera vez desde que llegó al este desde Mona, a las tierras de los icenos.

Era una ilusión, pero ella aceptaba el regalo de aquella libertad, y decidió no pensar demasiado en lo que se avecinaba, o en la búsqueda fallida que podía haber detrás, o en la pregunta que Venutio le había ofrecido como inesperado regalo.

Con Cygfa delante y *Piedra* a sus talones, cabalgaba rápido por caminos estrechos, o sin caminos en absoluto, dirigiéndose hacia el sur y un poco al oeste. La arenilla y los brezales del lugar de reunión se convirtieron en elevados peñascos de caliza y valles con profundas grietas con bosques comidos por los bordes por el hacha de las legiones, aunque no reducidos todavía a tierra cultivable.

Cerca de la noche, bajo un cielo claro con el sol muy rojo en el horizonte, vieron a Ardaco por primera vez desde que había abandonado su caballo. Estaba sentado en un abedul caído, comiendo flores de perifollo borde y de saúco, de modo que llevaba los labios empolvados de amarillo y los muslos veteados donde se había pasado los dedos para limpiárselos. Había tenido tiempo de trenzarse el pelo y colocarse en él el diente de oso que era su derecho. Tenía la cara pintada con arcilla blanca y sus ojos ya no parecían cansados. Llevaba tres cuchillos con mango de ciervo colgando del cinturón.

Breaca dijo:

—Te has reunido con la osa.

—Sí, así es. Y está contenta —había una vida en sus ojos que ella no había visto desde hacía años; él también se regocijaba por el regalo de un día de libertad, fuera lo que fuese lo que les esperase al final. Él encontró su mirada y la mantuvo y dijo sin hablar las cosas que ella más necesitaba oír.

Deteniéndose, él señaló por encima de su hombro hacia el bosque, donde el

matorral bajo crecía hasta la altura del pecho y parecía imposible de franquear.

—A partir de aquí tenemos que dejar también nuestros caballos —levantó la vista y la miró de hito en hito—. ¿Estás preparada para correr?

Era un desafío, como aquellos que se hacían el uno al otro en Mona, mucho antes, cuando el mundo era joven. Ella levantó un hombro y dijo:

—Pues no lo sé. ¿Lo averiguamos?

* * *

Ella podía correr, y era bueno saberlo, y le produjo un gran júbilo durante un buen rato antes de convertirse sencillamente en un duro trabajo.

El desafío era mayor de lo que podían haber establecido en Mona. Entonces no la habían azotado, ni había caminado por las tierras grises que transcurren entre la vida y la muerte, ni había perdido y vuelto a encontrar los motivos para seguir viviendo. Solo una vez en Mona habían tenido que correr y luchar y esconderse con la muerte a su alrededor, procedente de lugares desconocidos.

Allí no todo era correr: Breaca se arrastró por caminos entre densos matorrales que se abrían solo a duras penas y se cerraban tras ellos; atravesó ríos sobre unas piedras casi cubiertas por ramas de avellano y de aliso que colgaban de modo que resultaban invisibles hasta que las pisaba; se tuvo que cobijar debajo de un arbusto de espino blanco durante una tormenta y luego seguir corriendo.

Ya bien entrada la noche se arrastró por un sendero estrecho a tientas, y se sentó un momento en la parte superior del peñasco de caliza agarrada al serbal medio encorvado que le servía de sujeción con una mano y a *Piedra* con la otra, y pensó que, si no estaba tan en forma como cuando era joven en Mona, tampoco estaba mucho peor que antes de los azotes del procurador, y quizás incluso algo mejor.

Poco después vieron los fuegos en el valle boscoso, abajo y a la derecha.

—Espera aquí —Ardaco le puso una mano en el brazo. Breaca se sentó y le vio deslizarse solo en la oscuridad.

Cygfa no esperó. Se fue y volvió como una silueta fantasmal en la oscuridad; solo resultaba visible su cabello y el blanco plateado de sus ojos.

—Graine está ahí, en el valle.

—¿Y los demás?

—Todos están allí, y más de un centenar de cornovios, todos bailando. Halcón está en el centro con una calavera de ciervo con cornamenta. Hay una mujer con él. Creo que se trata de Gunovar.

Desde algún lugar a la derecha Ardaco dijo:

—Sí, es ella.

Se abrió camino entre las ramas que le salpicaron lluvias antiguas y se acercó lo

suficiente para que ella pudiera verle bien en la oscuridad. Él amaba a Gunovar, como en tiempos había amado a Breaca. Aquel peso abría nuevos surcos en su rostro.

Para él, Breaca dijo:

—Si atacamos a cien cornovios, moriremos y quizá maten a los demás. Para vivir, tenemos que llegar vivos hasta los ancianos. Si caminamos hacia ellos abiertamente, ¿crees que los exploradores nos matarán antes de que puedan reconocer quiénes somos?

—Ya lo saben —ella vio la inclinación de su rostro en parte iluminado, mientras bajaba la vista hacia sus manos—. Solo por ser quien eres se nos ha permitido llegar tan lejos. Si no tuvieran órdenes de guiarnos hasta los ancianos, nos habrían echado hace mucho tiempo —esa confesión le dolía; en tiempos, él había sido el mejor. Alzó su voz de modo que las palabras llegasen hasta los árboles susurrantes—. He visto a seis que nos vigilan, y lo han hecho desde que entramos en los bosques. De los otros dos no estoy tan seguro.

No era imposible, solo inesperado. Breaca nunca se había sentido insegura al cuidado de Ardaco. Dijo:

—Si sabían que tú andabas por ahí, ¿por qué te han dejado matar a tres de sus exploradores?

Las marcas dejadas por el sol se hicieron más hondas alrededor de sus ojos.

—Los que murieron no eran lo bastante buenos. Los hombres de los ciervos, como los seguidores de la osa, prueban a sus jóvenes contra los oponentes más valiosos. Yo soy… no del todo inútil. Esas muertes no se nos reprocharán.

—Sin embargo, ellos no te han matado al ver quién eras. Y ellos tampoco son inútiles del todo. ¿No se aplica lo mismo?

Él sonrió, y de nuevo surgió el joven que ha superado un desafío.

—Ellos no sabían dónde estaba, excepto que iba contigo, y tú eres la Boudica, a la que protegen ahora mismo alguien más que Briga y las abuelas. Tú haces tus propias leyes, o los dioses las hacen para ti.

—¿Y cómo sabían eso?

Él meneó la cabeza ante la simpleza de esa pregunta.

—Breaca, se ve en ti. Siempre ha sido así, aunque algo menos cuando estabas enferma. Los ancianos del Ser Cornudo no son distintos de los ancianos de la osa. Lo verán igual que nosotros. Si quieres ponerte ahora en pie y dirigirte a aquellos que andan escondidos, podemos comprobar si tengo o no razón.

* * *

Graine bailaba para el dios cornudo bajo los pinos cargados por la lluvia, con ritmos de tambores-calavera y música de flauta y unos cánticos bajos y apremiantes que el

dios había dado a los antepasados y nunca habían cambiado.

El golpeteo en las calaveras era como los latidos del corazón, a veces tranquilo, a veces atormentado, a veces (y Graine se cerraba en esas ocasiones) avivado por el celo y el poder del dios en las batallas entre ciervos y el aparcamiento posterior, que era el derecho del vencedor.

Exceptuando esas veces, ella bailaba entre el sudor y el humo y la red de sonidos entretejidos, porque no podía hacer otra cosa; las canciones resonaban en su sangre, los tambores de calavera latían en la médula de sus huesos, las flautas atraían a su alma de modo que su carne tenía que seguirla.

Bailaba en un círculo de cornovios. No eran solo hombres, pero todos salvo ella eran lo bastante mayores para haber tenido hijos, y todas las mujeres mostraban las marcas lineales del embarazo en sus vientres. Iban todos desnudos y nadie trataba de protegerla de su visión, y ella se dio cuenta de que ya no le importaba.

Con Duborno ante ella, animado como nunca le había visto, bailó una y otra vez todo el ciclo de la vida que era más sagrado para los cornovios: el crecimiento de las pequeñas semillas sembradas por el ciervo en el vientre de la cierva, el rápido deslizamiento del nacimiento, los primeros pasos en un mundo en el que el Ser Cornudo hacía que la nueva vida fuese sagrada.

Efnís tenía los ojos desorbitados y saltaba sin cesar, y ella bailaba una y otra vez el aliento envolvente de la madre y la primera conciencia de frío de la ternera, su primer temor, la primera vez que saboreaba la leche y las cosas verdes que crecían y la corteza en el invierno, cuando la nieve ocultaba la tierra.

Con Bello muy cerca de ella, con los pies tan firmes como cualquier cierva de montaña, ella bailaba y se convertía en la cierva y vivía y casi moría libre de cuidados humanos, y así empezó a tocar los bordes de todo cuanto podía significar aquello. Ella era una más entre cientos y cientos, y todos bailaban en círculo con el hombre cornudo en el centro, que era Halcón y no era Halcón, y la mujer que era más que Gunovar que se reunía con él y se pintaba el rostro con la sangre de él.

Bailaban, y la lluvia caía sobre la hierba y las estrellas giraban y adoptaban nuevas formas y todos y cada uno de ellos se vieron arrastrados por la magia de los tambores y las flautas y ya no fueron icenos y cornovios y un solo coritano, para siempre en guerra, sino una sola pulsación, un solo latido, una sola respiración, un solo baile por la vida hasta la muerte inevitable, y no quedó ninguno entre ellos que no hubiese saltado de buen grado por el precipicio que formaba su baile para caer en brazos del dios que les esperaba, cuando éste les llamó.

Cada vez se acercaban más y retrocedían y empezaban el ciclo de nuevo con el celo y la implantación de la semilla, y sentían envidia de que el del centro fuese el elegido, de que su semilla permaneciese para crear nueva vida y él volase hacia el dios en el momento de su perfección, y fuese honrado por ello para siempre.

Graine se dio un golpe en el dedo del pie. Era una cosa pequeña, y solo ocurrió porque era la más joven con diferencia y la más menuda de los bailarines. Ella era una

cierva, o quizás una novilla joven, y la caza empezó, y ella estaba empezando a huir de los perros, cosa que significaba que debía saltar más alto que Efnís y Duborno, y cayó de una forma torpe y se torció el dedo gordo del pie y le dolió tanto que saltó y perdió el ritmo, y por tanto perdió el baile.

Comprendió el poder que tenía solo por la conmoción producida cuando se salió de él. No dejó de bailar, porque haciéndolo se habría arriesgado a ser pisoteada por los demás, pero el sudor salado en sus labios ya no era la sal del nacimiento y el corazón que le golpeaba el pecho lo hacía por el agotamiento, no por la caza, ni por el celo, ni por la proximidad de la muerte.

Miró a su alrededor y vio a Efnís completamente entregado al dios, y, cosa mucho más sorprendente, a Duborno bailando con los ojos medio cerrados y el éxtasis pintado en las colinas y valles de su rostro como nunca lo había visto en todos los días de su vida. Era un hombre transformado, dolorido por el temor de la caza y la proximidad de la muerte y al mismo tiempo sumido en un éxtasis como nunca había sentido su atribulado corazón.

Buscó a Bello y le encontró cerca, y esa fue la sorpresa mayor de todas. Él saltaba con los demás y movía la cabeza con el ritmo de los golpes, pero cuando le buscó y le encontró, él volvió el ciego rostro hacia el de ella y le sonrió, con bastante normalidad, y luego parpadeó con ambos ojos ciegos a la vez, con una señal tan obvia que ella dejó de bailar por un momento y se creó un revuelo y discordancia en toda la fila.

—No pares —Bello estaba a su lado, empujándola hacia delante para que pudieran continuar—. Mantente consciente, observa y aprende. No es malo entregarse al dios, pero la luna se alzará pronto y las cosas cambiarán, y es bueno que los entregados a Nemain sean capaces de apartarse de ella cuando surja la necesidad.

—Pero tú estás entregado a Briga.

—Y ella es la madre de todas las cosas. Hasta del dios cornudo. Incluso de la muerte. Y creo que si miras ahora entre los árboles, verás que ella ha enviado a alguien que cambiará lo que iba a pasar aquí. Quizá no tengas que ver morir a Halcón.

Graine miró, confusa. Se hallaba bailando de nuevo y el fuego brillaba. Más allá, el bosque era un remolino de oscuridad y oscuridad, y ninguna de las oscuridades tenía forma, más allá de una sombra, excepto la neblina plateada del horizonte, que era el primer borde recortado de la luna en forma de hoz. Bello la tomó y la levantó y la arrojó hacia lo alto, y se la colocó encima de los hombros. Con las manos la sujetaba bien erguida, sobresaliendo. Él se mostraba tan exuberante como los demás, pero por un motivo muy distinto.

—Tienes que ser mis ojos —dijo, riendo, de modo que ella se rio también—, y decirme que tengo razón y que no solo es la Boudica ya curada, sino que ha encontrado la canción de una espada que nos llevará a todos más allá de las legiones.

* * *

Breaca oyó la canción de la espada de su padre mucho antes de llegar.

A causa de *Piedra* no podía bajar por la roca hasta el seno del valle. Como no había otro camino para bajar, los exploradores cornovios que se habían convertido en sus guías la condujeron al sur a lo largo de la parte superior del acantilado, hacia el extremo más alejado, donde la caliza iba bajando hasta unirse al brezal y un perro podía bajar con total seguridad.

A causa de ello llegaron hasta los caballos y los bultos que todavía portaban.

Ardaco tenía razón: los exploradores sabían quién era Breaca y la temían: incluso en la oscuridad, cuidaban mucho de no mantener su mirada durante mucho tiempo, o de mirarla a la cara de frente. Estaba equivocada con respecto a su número. Había nueve guías dirigiéndoles y rodeándoles, y siguiéndoles cuando perdían el camino; los ocho que ella había visto y uno más.

La vergüenza de este último no visto cayó sobre él a lo largo de todo el camino, corriendo y saltando por la cresta del peñasco, más allá del fuego y de los bailarines y los tambores y las flautas que llegaban desde abajo, en el valle, y casi les atrapaban en la red de sus ritmos.

Ya no se movían con lentitud. Los exploradores podían correr a través de un bosque denso por la noche tan fácilmente como de día, y eran buenos guías; aquellos que les seguían no eran mucho más lentos. Aun así, las estrellas se habían movido largo rato por el cielo antes de llegar al final del peñasco, de modo que Breaca empezó a preguntarse si no debía haber dejado atado a Piedra, para volver a recogerlo por la mañana. Entonces encontraron el camino y bajaron corriendo hacia el valle, y un caballo que ella conocía relinchó en la oscuridad y después de todo no resultó una pérdida de tiempo correr hacia el final del valle.

—Ésa es la yegua de Graine —dijo.

Lo era, y con ella estaba el caballo gris de luna de Duborno y el caballo de tiro de Gunovar y el zaino de los ojos raros de Halcón. La luz de los fuegos se extendía hasta allí, aunque no más; lo bastante, sin embargo, para mostrar que sus equipajes estaban intactos, con las armas envueltas en una piel aceitada y atada a la silla.

Unida al lomo del caballo de Halcón estaba la espada de su padre, que había sido enviada a Mona para su salvaguardia, siguiendo órdenes de Eburovic. Ella sintió una presencia tangible, como si su tatara-tatarabuelo la acabase de hacer y la hubiese levantado del fuego y colocado en su mano, oliendo todavía a hierro quemado y a sudor. Notó la rudeza de su rostro al besarlo, las manos de él en sus hombros, su voz, que le hablaba, pero no las palabras que dijo. Él era su padre y no era su padre, una parte diferente de su linaje.

La espada cantó para ella como no lo había hecho en la silenciosa hondonada junto a la poza de los dioses, con Valerio contemplándola como si se fuera a romper,

y su hijo prendiendo fuego a la torre de vigilancia romana en el primer ataque de la guerra. O quizá cantaba de la misma manera y ella no había sido capaz de oírla, entonces.

Los caballos estaban maneados junto a una corriente que fluía rápida. Bajo la estrecha vigilancia de los exploradores cornovios, ella les habló y habló también brevemente a los chicos que los guardaban, y la espada fue suya, bien envuelta y cantando. Le ardía la palma como si se acabase de hacer aquel corte. Habría llorado al notar que volvía aquella sensación, que había pensado que ya no recuperaría nunca.

Se arrodilló y colocó la hoja en las piedras y el brezo de la corriente. Las estrellas le dieron su luz. El Cazador había pasado por encima, pero el Perro seguía, reflejándose en el agua corriente, y las Serpientes gemelas que iban detrás. Buscó y encontró los nudos con los que Halcón la había ligado estrechamente.

—No, todavía no. No la desenvuelvas aquí —Ardaco era una sombra apenas entrevista en la plata de la corriente. Hablaba bajito, de modo que el sonido se perdía entre el agua susurrante—. Si debes usarla para luchar y abrirte camino, estaremos perdidos de todos modos, pero creo que será más importante que se desenvuelva junto al fuego, frente a los ancianos, bajo la luz de la luna cornuda —se acercó lo suficiente para tocarla—. Puede cantar para ti envuelta, igual que desenvuelta.

Ella siempre había confiado en el sentido común de él.

—Gracias —le apretó el brazo—. No hay vergüenza alguna en haber perdido al noveno explorador.

—Tendría que haber muerto por ello —su voz era menos amarga de lo que ella había temido—. Pero por esta noche me alegro de que no sea así. Solo para oír la música que hacen vale la pena vivir una noche más —señaló con la cabeza hacia el valle, mientras el fuego hacía que los árboles brillaran, rojos, y la música de los hombres ciervos se colaba entre las ramas—. ¿Los tambores de calavera de las osas marcan tan fuertemente las almas de aquellos que no forman parte de sus ritos?

Breaca sonrió.

—Mucho peor. Pero tú nunca has enviado a un hombre involuntariamente a su muerte. Para eso hay que crear algo de discordia. Ahora tendremos que movernos rápido, si queremos llegar ante los danzantes antes de que salga la luna. La osa no es amiga del ciervo. ¿Estarás a salvo si volvemos al fuego?

—Tan a salvo como cualquier otro. Y no voy a permanecer alejado. Podemos llevarnos los caballos. Así parecerá mejor.

* * *

Su madre llevaba el caballo de Halcón, y *Piedra* iba con ella.

Breaca avanzó entre los árboles y se detuvo un momento allí donde cesaban los

árboles, de modo que los pinos permanecieron como guardia de honor suya a cada lado, y el fuego convirtió su cabello en bronce líquido y el caballo rojo de Halcón en oro jadeante y sudoroso.

Ella estaba cambiada, distinta, como de otros colores. Graine lo vio todo en los primeros vertiginosos momentos, cuando lo único que podía hacer era agarrarse fuerte a Bello para no caer de sus hombros en el torbellino alocado de la danza, y mirar hacia los árboles era demasiado.

Graine vio a su madre y el caballo y el perro y algo iluminó a los tres desde dentro, algo que era más grande que el fuego y no se parecía a nada que hubiese visto. Si era la curación o no, no sabría decirlo.

Ella no podía oír la canción de ninguna espada, cosa que era buena.

Sujetándose bien a las muñecas de Bello para no caer, habló hacia el rostro de él, vuelto hacia arriba, cargado de infinidad de preguntas.

—Nunca he visto el fuego del combate en mi madre. ¿Es esto?

—No lo sé —seguía estando alegre—. Pero es mucho más de lo que se podía esperar. ¿Y la canción de la espada?

—No lo sé. No la oigo. Creo que puede ser la espada de mi abuelo. Valerio se la regaló a Halcón. Todavía la llevaba en su caballo.

El hierro chocó contra el hierro en su cabeza mientras hablaba. Sin comprenderlo, ella dijo:

—La danza te debe de haber abierto mucho más de lo que es tu derecho. Esa canción no pueden oírla los demás.

El rostro de Bello era abierto y sabio. Había soñado en Mona, y estaba entregado a Briga. Cantó mientras la balanceaba:

—Esta noche, hija de la luna, todo el mundo lo puede oír todo.

Él había soñado en Mona, y estaba entregado a Briga, y ella era una niña y no se había curado aún del todo. Sin embargo, seguía sin creerle.

Los árboles se volvieron a separar. Cygfa apareció entonces a su través, y luego Ardaco, al otro lado de Breaca. Otros les vieron y la danza titubeó, y luego las canciones, y las flautas, y uno de los tambores. Su gemelo siguió un solo errático durante una docena de golpes, y luego también calló.

Halcón siguió saltando y girando en el centro del círculo; el dios le llenaba, y él no podía parar. Gunovar también le seguía, para que no se quedase solo. El resto de los bailarines, cornovios e icenos, acabaron por detenerse, sudorosos.

Bello dijo:

—Ahora tienes que bajar.

Graine bajó inestable al suelo, sujetándose a los antebrazos de Bello y luego a sus hombros y más tarde a su cintura. Le abrazó cuando sus pies tocaron el suelo, y notó el suave susurro de sus labios mientras él se inclinaba a besarle la cabeza.

Alrededor de ella, hombres y mujeres volvían a su ser, poco a poco. Ninguno de ellos deseaba hacerlo. Efnís meneó la cabeza y se inclinó con las manos apoyadas en

las rodillas, recuperando el aliento.

—Demasiado… pronto —dijo—. No tendría que… haber acabado aún —no tenía aire para respirar, pero no era un hombre roto, sino solo preocupado.

Duborno sí que estaba roto. Se quedó junto a Graine, mirando hacia el este, donde el primer borde de la luna aparecía por encima del peñasco. La luz del fuego no le tocaba. Estaba blanco como el hueso, con los ojos como pozos en el rostro y el peso de un negro dolor encima de él que eclipsaba sus años de melancolía y los dejaba en la sombra, por comparación.

Solo porque era el que estaba más cerca y porque le preocupaba, Graine deslizó la mano hacia la de él. Duborno dio un respingo y se apartó un paso, y luego volvió en sí y dejó que la pequeña mano le sujetara, y notó el temblor y el vacío de su alma y el túnel que la había conducido hasta el dios y que ahora se estaba cerrando.

Bajó la vista hacia ella, intentó sonreír, mas no lo consiguió. Conmocionada, ella vio fluir las lágrimas y unirse al sudor en las mejillas de Duborno.

—Ya ha terminado —dijo, y su voz denotaba que había perdido toda esperanza—. Estábamos tan cerca, y tu madre lo ha roto.

Graine dejó caer su mano y no intentó consolarle más. Nunca en toda su vida percibió tal dolor en la voz de ningún hombre.

Se volvió hacia su madre y no supo qué hacer, solo que lo que estaba roto podía volverse a recomponer, y solo la Boudica, que era quien lo había roto, podía arreglarlo.

XXXVI

Graine.

Graine en el círculo de bailarines que saltaban y giraban, sola, moviéndose entre ellos, con los miembros ágiles y activos como un cachorro de sabueso en su primera caza.

Graine que giraba en lo alto, encima de los hombros de un joven de cabello rubio y ojos que brillaban como discos lunares a la luz del fuego.

Graine que reía (¡reía!) y miraba hacia el espacio abierto, hacia su madre, y dejaba al momento de reír.

Graine que agarraba los brazos del joven y hacía que la bajara, y le dejaba besarle la cabeza.

Graine que hablaba con Efnís, que parecía nublado por el dios, y luego con Duborno, que parecía que había muerto pero su cuerpo esperaba a tener permiso para caer desplomado. El único color que le animaba era el de la piel de zorro en su brazo, brillante como la luz del fuego.

Graine. Graine que venía a verla, un poco más alta, un poco más parecida a la mujer que sería y menos a la niña herida; Graine, libre finalmente de moretones y de sombras oscuras bajo los ojos; Graine, concentrada y seria, caminando entre los danzantes como si estuviera en la casa grande durante la ceremonia más importante, con el mismo aspecto que Airmid, o Luain macCalma, o Valerio cuando sus dioses estaban con ellos, y quizá no era demasiado esperar por tanto que ella también hubiese encontrado la curación y estuviese entera de nuevo.

Graine ante el potro rojo, con una mano en el eufórico *Piedra* y la otra en la rodilla de su madre, con la cara levantada mostrando unos cuernos marcados con arcilla en la frente, por encima de sus ojos enormes, de un gris marino, que se habían vuelto verde cobre a la luz del fuego.

Graine, la hija de su alma, no del todo curada, después de todo, pero sí mucho mejor, diciendo:

—Ahora no puedes pararlo. La semilla se ha derramado con demasiada frecuencia. No se puede romper antes de que vaya al dios, o todos quedaremos rotos, no solo Duborno.

Era necesario, de pronto, bajar del caballo.

Breaca se deslizó al suelo y pasó un brazo por encima de la silla para sujetarse con fuerza ante la locura de la cabalgada nocturna.

Necesitaba aquel asidero; el mundo no era tal y como había sido. El redoble de los tambores de ciervo todavía resonaba en la tierra y ascendía a través de las plantas de

sus pies. La espada de su padre cantaba y no quería quedarse callada. El anillo de Cunobelin que colgaba de una correa en torno a su cuello hacía presión en el hueco entre sus clavículas, y oyó el susurro sin voz del Perro del Sol, seco como las hojas antiguas, diciendo: «hija».

Fugazmente, vio el tejido de los mundos estirarse con fuerza aunque sin romperse, con Graine en su centro. El alivio era asombroso. Se sujetó a la silla de montar con más fuerza todavía, para no caerse.

Se habría quitado el anillo entonces y se lo habría entregado a su hija como prueba de su linaje ininterrumpido, de no haber sido por un hombre que había venido a situarse de pie ante ella, pintado con líneas rojas desde los talones hasta la frente, y que tenía los mismos ojos que la antepasada-soñadora. Él fue a tocarla y le tomó la muñeca, tranquilizando su mano.

Más amablemente de lo que parecían indicar sus ojos, dijo:

—No, todavía no. Hay cosas que debes hacer antes de ceder a otros el peso de todo lo que tú llevas, y esta hija no puede sujetarlo todo. Recuerda la pregunta que se te ha hecho.

«Llegado el momento, ¿qué salvarías, tu tierra o tu estirpe?»

Un anciano de los cornovios no podía haber oído a Venutio, y ningún explorador del mundo se habría acercado a ellos en la cima de la roca desnuda. Se le erizó el vello.

—¿Quién eres tú?

—Súr macDonnachaidh. Anciano. Amigo de la Boudica, como era antes y como es ahora, protectora de los hilos del pasado y del futuro. Tú no estarías aquí viva sin haberlo dicho yo.

Eso era cierto, ella así lo creía. Graine todavía se hallaba cerca, y no tenía miedo. Breaca se agachó para que sus ojos estuvieran a su nivel. *Piedra* se metió en medio y las unió a ambas.

—Corazón mío, ¿qué es eso que está roto y que hay que arreglar?

Su hija frunció el ceño.

—El círculo, la danza. No sé. Duborno podrá decírtelo.

Duborno no estaba preparado para hablar. En su lugar, el anciano del ciervo pintado dijo:

—Se está alzando la luna con cuernos. Esta noche mi gente y la tuya han bailado la vida en la muerte. Se debe entregar una vida, o el círculo quedará roto. El tejido ya se está deshilachando.

Efnís estaba allí, jadeando pero consciente. Dijo:

—Dice la verdad. Hemos llegado demasiado lejos para parar esto. Romper el círculo ahora significaría arruinar mucho más que a los cornovios.

Breaca dijo:

—Podrías haber parado esto antes de que empezase. ¿Por qué no lo hiciste?

Era el hombre que iba a ser nombrado siguiente Anciano de Mona. Con toda la gravedad que comportaba el momento, dijo:

—No podía detenerlo. Solo podía negarme a tomar parte. Querían a Graine, y yo me he comprometido a estar a su lado. Adonde ella va, yo voy. Si ella baila, yo bailo.

—Ella no tenía que bailar.

—Sí, tenía que hacerlo —dijo Graine—. Halcón bailaba. No podíamos dejar que lo hiciera solo —la sencillez de una niña con capas y capas por debajo de ella.

Halcón todavía bailaba, en cierto modo. El redoble de los tambores de ciervo aún le movía, mientras que a Efnís lo había abandonado y Duborno había quedado abandonado a su suerte. Oyó su nombre y se sintió más capaz de andar que Duborno. La corona con cabeza de cuervo le hacía destacar por encima de los demás, mientras se abría paso entre la multitud. La portaba con gracia. El anciano del ciervo se hizo a un lado para dejarle sitio.

Respiraba con tanta fuerza como un caballo de carreras, pero eran las marcas que llevaba lo más importante. Desde la distancia parecía pintado como los hombres del ciervo. De cerca, las marcas rojas resultaban ser cortes de cuchillo, una docena o más, separados por la anchura de una mano, y que recorrían su cuerpo como la pintura el de los ancianos. Extrañamente, aquello le enaltecía. Aparecía esbelto y bien formado, y su cuerpo era perfecto.

Su mente también había crecido en Mona; había perdido su arrogancia y su temor. Estaba claro que había bailado hasta los límites de su resistencia y más aún, pero devolvió la mirada a Breaca de una forma mucho más limpia que nunca. El antiguo redoble de los tambores de ciervo resonó una vez más entre ellos y luego calló.

—He hecho todo lo que he podido para mantener a salvo a tu hija —dijo—. He mantenido mi juramento.

—Ya lo sé. Y todavía lo sigues haciendo. ¿Sabes qué es lo que te piden?

—Sí.

—¿Y lo aceptas?

El anciano-ciervo vaciló. Efnís aspiró aire entre los dientes.

Graine levantó una mano para tocar a su madre y la volvió a retirar.

Halcón la miró con calma.

—No me aferraría a la vida si con ello llevase a la ruina todo aquello por lo que has luchado —había aprendido también a elegir sus palabras, como hacían los soñadores.

Breaca dijo:

—¿Acaso no anhelas abrazar al dios en la muerte?

—No.

Hubo un susurro y un lamento en alguna parte que quizá procedía de la espada de su padre, o del anillo, y luego se dio cuenta de que era Duborno, que estaba de pie, balanceándose y emitiendo un sonido que solo podía proceder de las tierras que hay más allá de la vida.

El anciano-ciervo rezó en silencio con el alma en los ojos.

Se humedeció los labios y bajó la vista, y la volvió a alzar, formulando las palabras y emitiéndolas. Al final dijo:

—Si hace esto, nos veremos apartados para siempre del dios.

Breaca dijo:

—Tus guerreros pueden matarnos a todos nosotros. Solo entonces tendrás tu sacrificio.

Estaba claro que él ya había pensado en aquella posibilidad.

—No serviría de nada; el ungido debe aceptarlo de buen grado o no sirve.

—Halcón no lo acepta de buen grado.

—Sí lo hacía, antes de que tú llegases. Se le puede convencer de nuevo.

Breaca se volvió.

—¿Halcón?

Los ojos de él se clavaron entonces en los de ella un momento, con tanta ceremonia como podía conseguir un hombre que ha bailado hasta quedar exhausto y mucho más aún, y sin embargo lleva al dios en su interior, y entonces inclinó la cabeza y se quitó el tocado de ciervo con toda su cornamenta y se lo entregó al anciano-ciervo.

—Lo siento. Comprendo lo que significa, pero mentir ahora no ayudaría. No he estado dispuesto en ningún momento, y nunca lo estaré. La vida es demasiado preciosa para perderla por algo así.

Cygfa movió su caballo un poco más cerca de Breaca, como habría hecho al principio de una batalla. Dijo:

—Quien lleva la espada de tu padre es tu hijo, y por tanto es sacrosanto. —La hoja yacía quieta en la parte trasera de la silla. Desatarla fue cuestión de un momento, y luego desenvolver el sudario de tela aceitada. La osa que tenía en el pomo estaba fundida en bronce, y cobraba su vida más espectacular bajo la luz brillante del mediodía—. Aun así, brilló también en el lugar nocturno del dios cornudo, dibujándose a la luz del fuego y prolongándose mucho más profunda y roja hacia los extremos más lejanos del claro.

En el momento de conmoción que siguió, Breaca dijo:

—Entonces, tú, Halcón de los coritanos y ahora de los icenos, ¿aceptas la espada de mi padre, como ofrenda ahora, y no solo para su custodia, sabiendo que si aceptas, te convertirás en hijo mío en todo, como Cygfa es mi hija?

—Con enorme gratitud —el alma le chispeaba en los ojos—. Sin embargo, quizá debas decírselo a Cunomar. No me gustaría ser responsable de esto.

Con cierta aspereza, Ardaco dijo:

—Eso lo puedo hacer yo —y así quedó establecido, y la Boudica tuvo entonces otro hijo, aunque éste no era del linaje del Perro del Sol, ni del linaje de su propio padre.

Era un acto pequeño, la entrega de una espada, realizado con poca ceremonia, solo pasando de las manos de ella a las de él, y él aceptó, probó su peso de nuevo,

como si no la conociera, y, consciente del momento, se volvió y la levantó bien alto hacia el fuego y los bailarines que había detrás de él, y dejó que se abatiera de nuevo, en silencio.

En silencio. Los terribles lamentos habían cesado. Breaca temió que Duborno perdiera la conciencia, o que su cuerpo concordase con su alma y cayese muerto, pero parecía que seguía vivo y podía caminar, cosa que era un milagro, y se iba acercando, y quizá fuese más bien una maldición.

El cantor alto y demacrado siempre había sido melancólico, desde su primera juventud, cuando llegó a Mona, pero aquella noche había ido mucho más allá. La pena se había grabado en todos y cada uno de los rincones de su ser; una vida entera de suplicio aparecía a la vista como nunca antes. Sus ojos eran túneles hacia otros mundos, y cada uno de ellos era un tormento. Miró a través de Breaca a Cygfa, a quien amaba desde hacía diez años sin esperanza de correspondencia, y luego volvió a mirar a Breaca, de modo que ella sabía, antes de que hablase, lo que iba a decir.

—Yo iría de buen grado con el dios.

—¡No!

—Cuidado, Duborno, no puedes.

Ella y el anciano-ciervo hablaron a la vez. Sus voces chocaron como espadas por encima de la cabeza de él, que miró a uno y luego al otro y recuperó algo de color ante el desafío que ellos le ofrecían. Tocó con dos dedos la banda de piel de zorro que llevaba en la parte superior del brazo. Su calidez le inflamó.

—¿Por qué no? He bailado bajo la oscuridad de la luna en el tiempo perdido antes de que el dios cornudo enviase a su hija para iluminarnos; he sembrado la semilla tan a menudo como Halcón; me he ahogado en el nacimiento y he vuelto de nuevo a la vida, jadeando como un salmón en tierra; he usado por primera vez los pies, tambaleándome bajo el avellano de nueve ramas; he aprendido a correr, he probado la primera leche, el primer césped, las primeras bayas de haya; he excavado en busca de forraje bajo la primera nieve y he visto caer la lluvia en torrentes en primavera; he contemplado a los jóvenes luchando en el tiempo de las bayas de serbal y he luchado con ellos, jugando y en serio; he mugido como el ciervo, y he entrechocado los cuernos con él, y he ganado, y he perdido en el mismo aliento. He vivido la vida con todos sus ciclos innumerables veces, y he bailado hasta el borde del precipicio cada vez, sabiendo perfectamente lo que hacía.

—Desde el principio envidié a Halcón el don de su vida al dios, y ahora me entero de que en realidad no desea entregarla. Yo soy cantor. Sé lo que es hablar con los dioses. Comprendo lo que necesitamos ahora, de un modo que ningún otro hombre comprendería. Yo puedo buscar en las raíces de mi alma la ayuda que necesitamos para mantener la tierra fiel a los dioses y nosotros mismos fieles a la tierra. Me ofrezco a mí mismo de buen grado en el lugar de Halcón; irse ahora, por este motivo, sería para mí la mayor de las alegrías posibles.

Era un cantor, entrenado durante media vida en ritmos y metros en la casa

grande. Sabía cómo proyectar su voz para encandilar a su audiencia, ya estuvieran ante los fuegos invernales de un hogar familiar o en las grandes trincheras ardientes de la casa del consejo, en Mona. Sabía cómo modular las palabras para que se ajustaran a sus deseos, y lo hizo entonces, dedicando toda su habilidad a ese fin.

Se había colocado frente al anciano y todos los danzantes mientras hablaba. Y al fin él, que conocía a Breaca tan bien como ningún otro ser vivo, se volvió y se dirigió solo a ella.

—Éste no es un gesto final e inútil de autoinculpación porque no conseguí proteger a Cunomar y luego a Graine. En cada momento hice todo lo que pude, y eso lo sé, y sé que tú lo sabes. Esto es mucho más importante que cualquier recriminación o culpa sin importancia; es mi destino, el pináculo hacia el cual ha apuntado toda mi vida. Airmid lo comprendería. Ella me ha sujetado en la tierra de los vivos desde la primera vez que intenté partir. Ella no me sujetaría ahora. Es el único regalo que te he pedido nunca…, y te lo pido desde lo más profundo de mi alma. Ella no dejaría que me lo arrebataras.

Breaca estaba llorando; algo ridículo, aunque resultaba un testimonio de la habilidad de él. Graine, con el rostro seco, había deslizado una mano en la de ella y se la apretaba como hacía en los tiempos en que se desplazaban por primera vez hacia el este, huyendo de Mona. *Piedra* le hociqueaba la pierna y gemía.

Cygfa dijo:

—Te haces a ti mismo y a nosotros un gran honor —su voz estaba llena de emoción y admiración. Y sin embargo seguía sin amarle.

Ardaco dijo:

—¿Se puede hacer? Tú no has bailado en el centro del círculo como Halcón. No estás marcado para el dios.

—Se puede hacer, y Mona lo apoyaría. Pero no aquí, ni ahora, ni como estaba planeado —Efnís respondió antes de que el anciano-ciervo pudiese hablar. Volviéndose, señaló hacia el este y todos miraron hacia el lugar donde el primer reborde de la luna en forma de hoz se había abierto camino entre las piedras blancas del acantilado y ya iluminaba el claro.

Hablando hacia la multitud, dijo:

—Es demasiado tarde para empezar lo que habrían hecho los hombres del Ser Cornudo, pero puede haber una forma de unir a los dioses de la noche con los dioses del día, y unir al dios más antiguo de todos, el Ser Cornudo, con los dioses de nuestro tiempo. Duborno, si lo desea de verdad, podría llevar el anhelo de nuestros corazones a los dioses de una forma que trasciende toda plegaria y todo sueño. Tal cosa se ha hecho en los recuerdos vivos de Mona, aunque no a menudo. Sería algo grande poder hacerlo aquí y ahora, en el momento de mayor necesidad de nuestro enfrentamiento con Roma.

A los que estaban más cerca, les dijo:

—Sería una muerte más rápida que la que se planeaba para Halcón, y habría que

llevarla a cabo al amanecer precisamente, cuando el sol comparte el cielo con la luna cornuda. Hay tiempo hasta ese momento para hacer los preparativos. Si Duborno lo desea de verdad.

—Lo deseo.

Al hombre pintado que tenía delante, Breaca le dijo:

—¿Permitirás que se haga?

Sur macDonnachaidh, anciano del dios cornudo y amigo de la Boudica, cerró los ojos y consultó con el dios que llevaba en su interior. Al abrirlos habló en su propia lengua a los hombres silenciosos y pintados que se habían congregado más cerca.

Al final dijo:

—Es posible. No podemos decir más que eso. Si el hombre-zorro desea entregarse voluntariamente, entonces el dios no le rechazará. Pero no debería hacerse aquí, en el lugar de la danza, en tierra consagrada solo al dios. Os llevaremos al brezal, más allá del río, donde el sol y la luna se pueden ver juntos sin árboles que los entorpezcan. Hay tiempo, si nos movemos con rapidez.

* * *

No hicieron ningún fuego entre los brezos. La última luna colgaba aguda y brillante y muy clara por encima de ellos, proyectando más luz que cualquier objeto procedente de las manos humanas. Debajo de su luz, las semillas de los dientes de león volaban en la brisa y los ranúnculos resplandecían pálidos como la leche.

Duborno les condujo hacia los brezales y a través de ellos. Era un hombre transformado: enfrentado a la muerte y a su liberación, había vuelto en sí como quien vive su propio destino, después de años de negativas.

Los bailarines del ciervo les seguían en procesión. Llevaban sus tambores de calavera y sus flautas y a su dios, en lo posible. Halcón no volvió a coger el tocado de cornamenta de ciervo, ni tampoco se lo ofreció a Duborno en su lugar; la noche ya había ido más allá.

Graine caminaba con Bello entre Cygfa y Halcón, que había pasado de casi-muerto a casi-hermano con una velocidad que la dejaba insegura del lugar donde quedaba ella. Llevaba la espada de su abuelo en un arnés a través de la espalda y aquello lo cambiaba todo, aunque ella todavía no sabía en qué sentido.

Quiso preguntarle a él si era capaz de oír la canción de la espada, pero nadie habló en el largo y oscuro recorrido desde el lugar del baile a través de los bosques y más allá del río donde dejaron los caballos sujetos y luego afuera, en el brezo, donde la luna cornuda brillaba intensamente en el cielo.

Ella se olvidó de su pregunta al cabo de un rato y se dejó llevar por los ritmos de los tambores de ciervo que mantenían sus pies en movimiento mucho después del

momento en que ella, de no ser por el sonido, habría intentado dormir. Mas el oscuro silbido de las flautas de cuerno que flotaba sobre los vilanos hacía latir su sangre, dándole la energía suficiente para correr y bailar otro ciclo de vida y otro después, si se requería.

El cielo se iluminaba hacia el este. Graine lo notó en el apremio creciente de los tambores. Empezó a caminar más rápido y luego a correr, pero no corría exactamente, sino que aquello era una especie de baile. Gunovar, cojeando, iba delante con Duborno. Ella empezó a cantar con su voz profunda y áspera, un canto que era más antiguo en su lengua y ritmo que el de los ciervos, más profundamente enraizado, más inquietante en sus desafíos.

Corrieron con ese nuevo ritmo, golpeando la tierra con los pies, de manera que parecían caballos que cruzaban la tierra seca. Al cabo de un rato Efnís empezó un contrapunto y otros se unieron a él, tejiéndolo una y otra vez con las esencias de otros dioses.

Entonces corrieron más rápido todavía, hasta que la sangre les hervía en los corazones y cubría sus ojos una niebla que no era solo la niebla matutina. En ella, indistintamente al principio y luego de una manera más clara, Graine vio a los dioses que corrían con ellos. Nemain les dirigía, disfrazada de liebre, y luego como Airmid o alguien muy parecido a ella; después iba Briga, que era la vida y la muerte, el nacimiento y la guerra, y el señuelo del cuento del salmón que aleteaba debajo del avellano de nueve ramas; Herne corría con las dos, hermano y padre, amante e hijo: el dios cornudo que era el ciervo y el lobo, la liebre y el perro, la paloma y el halcón, parte eterna del ciclo de cazador y presa.

A esos tres los conocía y los esperaba Graine. Detrás de ellos, alrededor de ellos, venían unos a los que no sabía nombrar del todo: Lugh de la lanza del sol, y Camul quizá, que había sido el dios de la guerra de los trinovantes que habían bautizado Camulodunum en su honor; Belin, que era el sol bajo un nombre diferente, para una gente distinta, y Macha, la yegua-madre, que traía la vida a los dumnonios con su leche y su pellejo y su alumbramiento anual de potrillos.

Detrás de ellos y alrededor de ellos iban los dioses de los antepasados, mucho más antiguos y salvajes, cuyos nombres no había oído más que en el humo de las fogatas de la casa grande con sus imágenes corriendo por las vigas; allí estaba la antepasada-soñadora, y la osa de Ardaco, y el ciervo con cornamenta que llegaba a enmarañarse con las estrellas, y perros que llevaban serpientes a su alrededor, mientras corrían, y una figura de hombre y mujer al mismo tiempo hecha de luz de estrellas y luz de muerte y unida con la luz del amanecer que era el horizonte alzado y era más antigua que todos los demás combinados.

Habría tenido que estar asustada. Estaba asustada, pero el canto la sostenía y no la dejaba caer, y el rostro de Bello estaba lleno de maravilla, de modo que era difícil imaginar que tenía miedo y que Halcón estaba allí y que él también podía ver lo mismo que ella, y que la mano de él le rozaba la muñeca, de modo que podía notar la

vida que había en él y oír, muy débilmente, la canción de la espada de su abuelo, cosa mucho más terrorífica que todo lo demás, y también jubilosa y embriagadora, de modo que ella podía correr y no sentir miedo.

Se detuvieron. Todo se detuvo: la música, el canto, los tambores, las flautas, el estruendo de los corazones por la carrera y la niebla que venía con él. Los dioses estaban allí pero menos sustanciales, de modo que solo mirando de reojo podía verlos Graine todavía, y solo fugazmente.

Se pusieron de pie en el borde de un lugar donde el musgo de turbera yacía inocente y verde y se esponjaba la algodonosa como cabezuelas de diente de león y el mirto perfumaba el aire con su aroma mentolado y la propia tierra llana y lisa advertía del peligro.

Jadeante, Bello dijo:

—Lo harán aquí. Él morirá con la tierra y el agua. Graine, ¿ves una piedra? Del tamaño de tus dos puños, más o menos. Habrá una cerca. Sería bueno que la encontraras tú, no otra persona.

Al final ella la encontró: era una piedra suave, con forma de huevo, atravesada por la mitad por una veta de cristal pálido. Bello la tomó en la mano y la levantó hasta su oído y dijo:

—Perfecto. Guárdala para luego. Sabrás cuándo. Ahora, deberíamos estar más cerca —Halcón les condujo a todos hacia delante, entre la multitud.

Cygfa seguía porque aquellos eran su hermano y su hermana, y la noche era un momento para permanecer juntos, no porque quisiera estar cerca de Duborno en el momento de su muerte. Mas todo llegó al mismo punto. Cuando Halcón se detuvo allí estaba Breaca, con Efnís, que tenía a Duborno a un lado y Gunovar al otro, y los cantos todavía resonaban en ellos y se entretejían, de modo que quedaron separados del resto como los dioses lo están de su pueblo.

La luna aparecía tan afilada como un cuchillo. Cortaba el cielo con el borde de su curva; al oeste vivía la negrura absoluta de la noche, y al este una cierta palidez sutil, azul en lugar de negra, iluminándose grado a grado en el horizonte oriental.

Efnís dijo:

—Hemos llegado a tiempo; la noche no se ha perdido aún —se echó atrás de modo que Duborno y Gunovar quedaron juntos, respirando todavía con rapidez y pesadamente por la carrera, y empapados de sudor. Dijo—: La semilla se ha vertido una y otra vez en el canto y en el baile. Debería convertirse en sangre viva y hueso ahora, para que la vida venga de la muerte.

Si Cygfa no hubiese estado allí podrían haberlo hecho de pie en aquel mismo lugar, perdidos en el espacio de los dioses y la urgencia terrenal del canto y la necesidad que ambos sentían claramente, pero sí que estaba, y la mirada de Duborno se posó en ella mientras Efnís hablaba.

Él la amaba, siempre la había amado, e iba a morir. Graine se hallaba cerca de él. Fue la primera que leyó su anhelo, y luego los demás.

En el espacio en el que nadie hablaba, Cygfa dijo:

—Que sea yo.

Los dioses y el mundo contuvieron el aliento. Graine oyó un quejido como el que había producido antes Duborno, y no pudo localizar su fuente, solo oyó el dolor inacabable, imposible, y lloró por él.

Duborno no lloraba. Alzó la vista a la luna y luego al sol y a su alrededor, hacia el lugar donde las sombras de los dioses yacían en la tierra.

—No. Gracias, pero no.

Cygfa dijo:

—Lo he ofrecido de buen grado —había lágrimas en sus pestañas. Graine nunca lo había visto.

Duborno sacudió la cabeza.

—Ya lo sé. Gracias —sus ojos eran antiguos. El dolor se había hecho tan vasto que se había convertido en compasión—. Pero «de buen grado» es algo diferente de un anhelo que crece desde la raíz del corazón, y yo no lo querría de otro modo. En cualquier caso… —sonrió y vieron la ligereza de lo que podía haber sido si su vida hubiese dado un giro distinto—, no hay tiempo para lo que yo querría, y menos que eso sería… demasiado poco —se adelantó y la besó, apoyando unos secos labios en su mejilla, y luego se apartó. Ella se quedó de pie, conmocionada y blanca ante la ausencia de él.

Con un valor que se podía tocar, Gunovar dijo:

—Volvemos, pues, a lo que ha dicho Efnís. Tú y yo podemos hacerlo.

El momento había pasado; hasta Graine podía notarlo.

Duborno meneó la cabeza.

—¿No puedo irme tal y como estoy? ¿Necesitan los dioses que deje una semilla, cuando lo que yo llevo es nuestra petición de ayuda?

Fue Sur macDonnachaidh, el anciano-ciervo, el que dijo:

—El momento de la siembra de semillas ha pasado. Lo que haremos aquí es algo nuevo. Lo que quiere el hombre-zorro, lo tendrá. Los dioses no honrarán el don de su vida, de no ser así —mentes más que humanas sabían que tenía razón.

La aurora iba aumentando, la noche iba disminuyendo. Estaban a unos latidos del corazón de distancia del momento en que el sol brillase más que la luna, y el día engullese a la noche.

Efnís dijo:

—Deberíamos empezar, Duborno, ¿cómo quieres que…?

Graine oyó que Bello aspiraba aire entre los dientes y notó que se le ponía carne de gallina en los brazos.

Duborno dijo:

—La muerte triple. Así debe ser.

Era más antigua que las muertes que los ancianos de los ciervos habían planeado para Halcón, y honraba a muchos más dioses. Bello soltó de nuevo el aliento

mediante un largo suspiro.

—Bien hecho. Muy bien hecho —dijo, con calma. Graine no creía que fuese para que lo oyera nadie.

Efnís asintió y se pasó la lengua por los dientes, y dijo:

—¿Y quién debe hacerlo?

Graine no había pensado que se le daría a elegir. La piedra que había encontrado pesaba mucho en su mano, súbitamente, y quiso arrojarla, o dejarla caer, pero no podía. Su mirada se deslizó hacia su derecha, donde ella estaba de pie entre los demás, y su corazón se detuvo en su pecho y luego empezó de nuevo a latir aparatosamente, mientras él le sonreía y sus ojos le decían adiós y su mirada se deslizaba más allá y descansaba en Cygfa, que se ponía blanca como la luna, y parecía no respirar durante el largo rato que le costó despedirse sin palabras también, y luego pasó, y se detuvo más brevemente en Halcón e intercambió una extraña mirada con la mirada ciega de Bello y luego los ancianos y Gunovar y luego todo resultó obvio, porque llegó a ella al final, a aquélla a quien elegiría.

No se arrodilló, aunque se le ocurrió la idea, solo dio un paso adelante para enfrentarse a la mujer que permanecía un poco apartada de los demás, como había hecho desde el principio, aquella que había corrido justo detrás de él todo el camino desde el lugar de las danzas, que permanecía allí de pie ahora, de espaldas al sol naciente, reuniendo toda la luz del día y de la noche para quedar exactamente equilibrada en la frontera de ambas, y que las sujetaba ambas, y que era ambas, de una forma radiante.

Para que todo cuanto pedía y ofrecía se pudiese leer con total libertad en su rostro, Duborno realizó el saludo del guerrero de los icenos y dijo:

—Breaca, ¿harías esto por mí?

* * *

Ella le oyó decir su nombre a través de la embriaguez que provocaba el amanecer en su cabeza.

Vio su rostro radiante y no pudo comprender por qué nunca antes le había parecido guapo. Más que un hombre enamorado, más que un ganador de batallas, transmitía paz, y la asombrosa gracia de una vida vivida hasta el límite. Ella respondió a su saludo y supo que si los ancianos-ciervo le hubieran visto así, no habrían elegido a Halcón para llevar su ruego al dios.

Más dioses, y no solo el Ser Cornudo del bosque y de la noche, se agolpaban alrededor de ellos, de modo que el aire estaba preñado de espera. La tensión que eso creaba y el aumento paulatino del amanecer, como si fuese una tormenta que está a punto de estallar, le llenaban la cabeza y le dificultaban el pensamiento.

—No pienses —Duborno se hallaba junto a ella, tan cerca como un compañero de escudo en una batalla, como la pareja del baile final—. Actúa, Breaca. No podemos pensar ahora.

Allí estaba Efnís, y Gunovar, y el bello joven ciego y rubio de Mona, de modo que ella se encontraba atrapada en un arco de soñadores. Luego, Graine se adelantó entre ellos con la cara muy tirante por la seriedad. Llevaba una piedra del tamaño de un huevo de águila entre las dos manos, y se la ofreció.

Breaca no podía moverse.

Duborno la tomó.

—Gracias. Es perfecta —estaba cegado por la luna, tenía los ojos muy abiertos y negros. Encontró las manos de Breaca al tacto y apretó la fría piedra entre ellas—. Es el primer regalo de tu hija. Necesitarás una correa o cordón para el segundo.

Ella llevaba uno alrededor del cuello con el anillo del Perro del Sol. Esperaba que alguien entre los centenares de los presentes se adelantara con algo mejor, pero todos iban desnudos y nadie tenía nada que ofrecer.

El anillo servía. Ella no lo había esperado. Desató los extremos del cordón y lo enroscó todo en su mano izquierda. La piedra de Graine pesaba, fría, en su mano derecha.

La aurora rugía ya como una tormenta a punto de estallar. La luna cornuda cantó una solitaria y altiva nota. En algún lugar del equilibrio entre ambas se abrió un hueco, una puerta cuando la luz de cada una todavía se hallaba en la tierra, y la noche se veía perfectamente emparejada con el día. A través de esa puerta podía pasar un hombre que tuviera la necesidad y el deseo de hacerlo, que estuviese claramente concentrado en su intención de saludar a los dioses y ellos se abrirían y le darían la bienvenida, advertidos ya de su llegada.

En la lengua de los antepasados, tan vieja como la piedra, Duborno dijo:

—Breaca, debe ser ahora mismo o habremos perdido el tiempo.

Otros cantaban, y no eran humanos. Los ruidos convergían y formaron un espacio de silencio en el cual, afortunadamente, era posible pensar, y por fin, actuar.

Se encontraban de pie en el borde de la ciénaga. Breaca sujetaba la piedra de Graine con una mano. Duborno se colocó el cordón alrededor de su propio cuello. La luna les sujetó: toda noche, toda poder de la oscuridad y de lo no visto, y no dicho. Luego apareció el amanecer y el susurro de su comienzo, de todos los comienzos, del nuevo día y la nueva vida y la nueva esperanza los llevaron al lugar donde día y noche, principio y final, vida y muerte eran exactamente iguales, y se les requería, con un paso hacia la vida y otro hacia la muerte, mantener el equilibrio.

—Sujétame —dijo él, y ella le sujetó.

Iba desnudo excepto la piel de zorro que llevaba en torno a su brazo. Ella notó el roce de la piel entre sus pechos, húmeda con el sudor de ambos. Ella aspiró el olor de su cabello, de su piel y su aliento. Percibió el martilleo del corazón de él, mucho más firme que el propio; su pulso, que saltaba como los ciervos, como el salmón, de un

latido al siguiente, urgente, alegre. Notó la seguridad de su decisión, la súbita y cierta concentración, y le oyó decir:

—Breaca, ahora. Por favor.

Con la piedra ella le rompió la cabeza. El huevo se adecuaba a la curva de su palma. Su peso abrió el cráneo. El espíritu de él voló libre de su cuerpo. Él quedó pesado en sus brazos.

Con la cuerda que portaba al cuello ella le quitó el aire para que su aliento pudiera detenerse, igual que en tiempos se había iniciado, cuando le cortaron el cordón que le unía a su madre.

Por último, le dejó caer con cuidado boca abajo en la ciénaga para que pudiera volver al agua de donde venía, y al abrazo de la tierra que había debajo. A su izquierda el amanecer, tanto tiempo demorado, empezaba a ser.

«Gracias.»

El alma de él habló desde más allá de la tierra y el agua. Él brillaba. Sus ojos eran la luna y el sol. La paz le envolvía como un manto, y la certeza del lugar adonde debía ir. Ya se estaba moviendo, apartándose de ella por el camino brillante que el nuevo sol formaba para él. Dijo: «Ya sé qué necesitamos. Con toda mi alma, lo pediré».

Ella no podía hablar. Tenía la garganta cerrada, sin palabras y sin aire, como si un segundo cordón la rodease. Él dijo: «no lo sientas. Ha sido la mejor de las muertes. Los dioses la aprueban».

Ella notó eso. La tensión de esperar, de vigilar, había desaparecido, y en su lugar solo había tranquila gratitud. El aire era menos pesado sobre su piel. La puerta que ella había visto entre el amanecer y la noche se hallaba abierta. Briga estaba allí, y también Nemain y otros dioses más antiguos. Ella vio a la antepasada-soñadora y al Perro del Sol, juntos y entrelazados, y una pieza acabó de encontrar su lugar en su alma, y ambos tuvieron sentido, así como ella misma.

Lo que había sido Duborno dijo:

«Debo irme.»

—Sí.

Todavía de cara a ella retrocedió, más rápido. Hubo un río donde antes no lo había, y nueve piedras que lo atravesaban. Avellanos de nueve ramas caían sobre el agua corriente. Un cuervo estaba aposentado en cada rama. Un ciervo esperaba, orgulloso, al borde del agua. Levantó la cabeza y mugió. Duborno se volvió y echó a correr.

Ella había visto a muchos hombres y mujeres caer en el campo de batalla y después vagar perdidos. Nunca había visto a uno que pasara sin ayuda el río y saltara a su través. Se quedó largo tiempo mirando después de que él se marchase.



—¿Madre?

Pensó que podía ser Graine. Pero era Halcón, llamándola madre por primera vez. Graine estaba con él, y Cygfa a su otro lado. Tenía cuatro hijos, cuando antes solo eran tres. Otro que se añadía a su linaje, otro para que ayudase a preservar la tierra. Era más fácil pensar así que añadir más peso a un lado de la balanza de la pregunta de Venutio.

—¿Te gustaría comer?

El olor a ciervo asado se filtraba a través de la luminosidad del musgo y el mirto y la sangre de la cabeza de Duborno. Ella se hallaba todavía agachada a su lado, clavada en el sitio. Tenía las manos en el cuerpo de él, que ya estaba frío. Pensaba que se había puesto de pie. Se puso de pie entonces. Las rodillas le crujieron y tardaron en enderezarse.

Duborno yacía boca abajo, tal y como ella lo había colocado. El pellejo de zorro que llevaba en el brazo estaba negro por el agua. Su pelo era del mismo color. Desde que era joven ya clareaba. Ahora parecía algo más espeso, flotando alrededor de su cabeza, entretejido con el musgo.

—¿Madre? —aquella vez fue Graine quien lo dijo.

—No. Quiero decir que sí, me gustaría comer. Gracias.

Le llevaron comida y ella comió y volvió lentamente a la mañana. El sol estaba mucho más alto que antes, y la luna era un pálido gajo fantasmal, desapareciendo ya por el oeste. Ella se sentó en una piedra y dejó que el sol le calentara la piel e intentó apartar la imagen de él saltando desde la última piedra hacia la nada.

Un joven vino a sentarse junto a ella. Tenía el cabello de un rubio deslumbrante y sus ojos no se centraban en su rostro.

Ella le recordó en la danza, pero no sabía qué era lo que había hecho. Dijo:

—Soy Bello, antes de los belgos. Tu hermano Valerio, que antes fue Bán, me trajo desde la Galia y me convirtió en soñador de Mona. Fue él quien llamó a tu hija a la isla, y yo la devuelvo ahora. El Anciano, Luain macCalma, cree que ella puede ser la pieza clave de la Danza del Guerrero. La envía de vuelta, deseando que tú y ella encontréis la curación juntas —su mirada se afiló, de una manera desconcertante—. Anoche pensé que estabas curada.

—¿Y ahora?

—Ahora… Has ido más allá. ¿Puedes ver adónde debes ir?

Ella recordó algunas cosas que había contado Valerio acerca de aquel joven, y vio que otras, en cambio, no se las había contado. Dijo:

—No con claridad. Nunca de ese modo. Solo que debemos estar donde están las legiones, y ellos se mueven hacia el sur. Son nuestra pesadilla. Su destrucción es nuestra salvación, o no, si fracasamos. Lo que ocurra ocurrirá solo en su compañía.

Súr macDonnachaidh estaba cerca, comiendo la carne de una costilla. Había envejecido a lo largo de la noche. Sus ojos escrutaron el rostro de ella.

—Ardaco puede llevarte, pero perdería un día entero buscando su rastro. Mis

exploradores han estado viendo el progreso de las legiones, y aquellos que las cazan.

Detrás de él se reunió un cierto número de jóvenes que no habían estado presentes aquella noche. Portaban cinturones para los cuchillos, mientras sus compañeros iban desnudos, y los rostros y el pelo pintados con arcilla, convirtiéndoles en parte del suelo. Dijo:

—Si tomáis nuestros caballos y los vuestros, podéis alcanzarles cuando se ponga el sol. Tu hijo y el Guerrero de Mona han traído mil lanzas y están siguiéndoles muy de cerca. Atacarán pronto, antes de que llegues allí. Les superan en número, pero esperan usar la sorpresa, como antes. Creo que no tendrán éxito.

El hilo oscuro de la trama tomó forma y tamaño. Bajo el sol, el día parecía muy frío. Envió una plegaria a Duborno y notó que él se acercaba mucho, como se podía acercar un niño.

Dijo:

—Si tus exploradores pueden llevarnos, cabalgaremos lo que nos ofrezcáis.

XXXVII

Sol, y sol, y sol en el metal pulido reflejando más sol, cegadoramente.

Corvo cabalgaba hacia el sur, al mediodía, en el cénit del cálido verano, con dos legiones de infantería marchando con armadura completa ante él y una nube de moscas alimentándose de su rostro.

Quería vendarse los ojos, apartar de si aquel resplandor. Quería meterse algodón en los oídos y amortiguar así el martilleo de los pies y el estrépito de los arreos y los interminables y sangrientos cánticos de marcha de las cohortes, siempre desafinados. Quería matar a todas las moscas de la provincia y luego beber incesantemente agua fría de arroyos de montaña que corriesen por valles oscuros hacia pozas donde solo llegase la luz de la luna. Quería volver a los estrechos de Mona, o a la fortaleza de la Vigésima en Camulodunum, aunque estuviese quemada. Quería estar en cualquier parte menos en una carretera abierta con legionarios marchando de seis en fondo a toda velocidad ante él, y un tren de equipaje moviéndose casi tan rápido, aunque no del todo, y él mismo como los dientes de la cola de la serpiente, atrás, para asegurarse de que la retaguardia podía morder cuando fuese atacada, que lo iba a ser. Lamentó haber diseñado tamaña estrategia, y odió al hombre, quienquiera que fuese, que le había hablado de ella y le había animado a usarla ahora.

La ola de calor duraba desde hacía tres días. El recuerdo de las tormentas había desaparecido de los hombres y de la tierra. Las moscas estaban insoportables y decidió no pensar en ellas. Casi igual de malo era el polvo arenoso que inundaba el aire y se posaba en la crin de su yegua zaina de batalla y sus arneses y se filtraba a través del cuello de Corvo y su cintura y su entrepierna, erosionándolas constantemente de modo que casi notaba ya el fluir de la sangre donde le apretaba el cinturón, encima de la cota de malla. Comprobó su silla de montar por centésima vez y quiso creer que su montura favorita de combate no estaba sufriendo un daño similar.

Bebió de su pellejo y se vertió un poco de agua en la mano, y con ella se lavó la cara, luego se inclinó hacia delante y frotó la mano húmeda por entre las orejas de la yegua, apartando las moscas y murmurándole, mientras tanto:

—Ya ha pasado el mediodía. Ya ha pasado lo peor. Camina firme y todo irá bien.

Le había dado por hablar con la yegua los últimos dos días, desde poco después de que el pequeño grupito del gobernador, cabalgando hacia el norte, se hubiese encontrado con las legiones que marchaban hacia el sur con el resto de su ala, la Quinta Gallorum, como escolta.

La reunión fue muy celebrada por ambas partes, con verdadera alegría, pero al cabo de una jornada Corvo se había quedado sin nada que decirle a Sabinio, que

llevaba los estandartes y había dirigido el ala en ausencia de su comandante. La yegua, en general, parecía alguien mucho más agradable con quien hablar. Ella no le contradecía nunca, y raramente respondía cuando Sabinio era muy probable que hiciese ambas cosas. Él llevaba casi veinte años escoltando a la infantería en territorio hostil; sabía exactamente lo largos que eran los días y que lo peor, casi con toda seguridad, no había terminado aún.

El portaestandartes gruñó y entrecerró los ojos intentando ver a través de la neblina vibrante producida por el calor, delante de ellos. Dijo:

—No me has dicho hasta dónde tenemos que avanzar, de camino hacia el sur. Si el Puente de Vespasiano y Verulamium han sido destruidos, entonces no queda ningún sitio al que llegar.

—Es que no lo sabemos. No creo que Paulino lo sepa tampoco. Quizá podamos marchar hacia el oeste del puente y hallar otra forma de cruzar el río, pero no sé si podremos hacerlo. Nos enfrentamos a un ejército rebelde que, en el mejor de los casos, tiene de quince a veinte mil guerreros, y nosotros somos menos de siete mil. Se podría discutir muchísimo dónde nos encontraremos con ellos, creo, pero al final lo haremos, y si seguimos marchando así, de modo que sus exploradores puedan vernos desde medio día de distancia, sin necesidad de acercarse a nosotros siquiera, entonces les podemos atraer hacia nosotros, evitándonos así el esfuerzo de ir a buscarles. Paulino tendrá su batalla final y gloriosa.

—Y todos nosotros moriremos gloriosamente —Sabinio se sacudió un tábano, distraído, y levantó la vista hacia el cielo impoluto—. Mientras quede alguien vivo para llevar la noticia a Roma…

—Paulino tiene palomas mensajeras que volarán a la Galia con su informe de todos aquellos que deban ser recompensados por su valor. Nuestros nombres permanecerán para siempre en los anales del Senado.

—Si los halcones de los soñadores no capturan las aves en el cielo y se las comen antes de que se acerquen siquiera a la Galia.

—Gracias. Sí. En ese caso.

Y por eso Corvo hablaba con su caballo. Resultaba mucho menos deprimente.

Se quedaron silenciosos, entonces. Por delante, las cuatro cohortes de la disminuida legión Vigésima iniciaron un nuevo canto de marcha. Eran menos de dos mil y todos ellos veteranos de antiguas campañas; la enfermedad, las pesadillas y las salvajes aguas de los estrechos, instrumentalizadas hábilmente por los soñadores de Mona, habían seleccionado a los más jóvenes y los menos experimentados. Los que quedaban vivos, por tanto, eran los más preparados, los mejores. Desgraciadamente, también eran los que habían pasado dos décadas de inviernos inventando nuevas letras que cuadrasen con los antiguos ritmos ya establecidos de la marcha.

Empezaron algo oxidados, hasta que aquellos que conocían las palabras se las fueron dictando. Muy pronto, para sorpresa de todos, los dos mil hombres se las aprendieron y alzaron el volumen intentando ahogar a los que cantaban en la

Decimocuarta, que iba enfrente.

Aunque no quería hacerlo, Corvo oyó los fragmentos cada vez más coherentes que se alzaban entre el humo arremolinado; un triple ritmo muy complejo que hablaba de calor, y de polvo, y de sublevación, y de que todo se salvaba de la ruina gracias a los grandes ojos castaños de un chico de Alejandría.

Incluso para alguien encallecido por los treinta años pasados en las legiones resultaba ingenioso, y sonrió la primera vez que lo oyó completo, y sonrió por segunda y tercera vez con las repeticiones. Cuando llevaba diez, o veinte quizá, quiso de nuevo tener un algodón para los oídos y, al carecer de él, dejó que su mente vagase hacia Alejandría, un lugar mucho más cálido, ciertamente, que la tierra por la que cabalgaba, y mucho más polvoriento, y desde luego, mucho más proclive a intrigas letales y a rebeliones contra cualquiera que intentase gobernar lo ingobernable.

De acuerdo con su experiencia, nada se había salvado gracias a los grandes ojos castaños de ningún chico, aunque sí que hubo un hombre, y sus ojos eran, efectivamente, castaños, y gran parte del camino vital de Corvo, si lo pensaba bien, era producto de aquel hombre y de todo cuanto le había ofrecido, y el resultado podía considerarse la salvación, si uno decidía mirarlo de ese modo.

El día estaba al rojo vivo y las imágenes fluían con facilidad, traídas por el ritmo de los pies que marchaban y una canción insidiosa que conseguía relacionar a todos los generales de ambas legiones y ambas alas de la caballería mediante métodos anatómicamente improbables con el joven alejandrino de ojos castaños.

Una estatuilla pequeña de Horus batió las alas desde su equipaje y se elevó por encima del espejismo de los hombres que marchaban. Su único ojo de azabache le hizo un guiño y se convirtió en el ojo castaño de un hombre alejandrino, lleno de sabiduría y cariño, y muerto muy, muy prematuramente. El ave volaba alto. Desde su altura, una voz masculina dijo: «¿De qué sirve a un hombre servir a los dioses de dos mundos?».

Siempre había hablado así, planteando adivinanzas en su críptica lengua alejandrina y con una voz tan suave como el azogue y tan dulce como la ambrosía. Las respuestas nunca se encontraban en el primer lugar en que uno las buscaba.

Decidido a no llorar, Corvo dejó que su mente vagase y siguiese vagando y, como le ocurría siempre cuando divagaba, llegó al final a un pensativo y solemne joven de ojos negros de los icenos, y al doloroso camino que había recorrido hasta convertirse en oficial de la caballería romana, temido por su ferocidad por aquellos que luchaban a ambos lados del conflicto en Britania, y declarado traidor en Roma porque había cometido el error de comprometer su honor mediante un juramento a un emperador pocos días antes de que éste muriese.

Pensó en el hombre en que se había convertido aquel muchacho y en su imagen sobre un caballo mano, de pie encima del procurador de toda Britania con el crimen en los ojos y algo muy diferente brillando en su corazón.

A su yegua zaina de batalla, Corvo le dijo en un murmullo:

—Pero Valerio está entregado a Mitra, el matador de toros. Solo le sirve a él; un dios del mundo que ha dejado atrás. Los dioses de los icenos nunca lo aceptarían.

«¿Por qué no?»

Durante cinco pasos más Corvo siguió los meandros de su ensoñación, y luego su mundo se hizo añicos como un cristal arrojado contra un muro blanco de mármol.

—¡Sabinio! ¡Señal de alerta a vanguardia y retaguardia!

Apenas reconocía su propia voz; como salido de la nada, había encontrado el aliento y la pujanza de primera hora de la mañana y la seguridad de las órdenes de combate.

El estandarte de Sabinio revoloteó en la brisa, dos veces hacia delante, dos veces hacia atrás. Un trompeta de infantería dio la señal y la envió hacia adelante en las filas. Otro la envió hacia atrás en un tono distinto; cada uno de los siete mil hombres, incluyendo al gobernador, sabían de dónde venía la orden, y a quién había que culpar por tanto si era errónea.

Corvo miró a su alrededor. El espejismo había desaparecido. Los hombres marchaban como correspondía. Su canto ya había desaparecido en el aire. Movían sus equipajes y aflojaban los *gladii* y el peso de sus pies en la marcha se hizo más ligero y elástico. El silencio los protegía como un escudo.

Le picaba el cuello. Sus palmas estaban húmedas en las riendas. Miró a su alrededor con unos ojos distintos. La carretera estaba elevada, como siempre. La tierra a su alrededor era plana hasta la distancia de un tiro de lanza a cada lado, y tenía que haber estado despejada, solo con la hierba desnuda, a lo largo de tres tiros de lanza más desde allí. En tiempos podía haber sido así. Se habían abatido los árboles, desde luego, al menos hasta el principio del lugar donde se elevaba la tierra, pero en el último año, los hombres de las legiones tenían mejores cosas que hacer que asegurar las carreteras, y aquella tierra era un caos de matorrales recientes que podían haber ocultado a la mitad de los hombres que marchaban y fácilmente a otros tantos guerreros.

Ambos lados eran distintos. A la izquierda la tierra se alzaba suavemente formando un pequeño promontorio cubierto de arbustos. A la derecha se alejaba más empinada y habían quedado unos árboles que crecían cerca de la carretera; los ingenieros no creían que los guerreros pudiesen atacar colina arriba.

Corvo pensaba que tenían razón. El peligro venía de la izquierda. Miró hacia allí a través de las ortigas y cardos en flor y espinos con sus bayas verdes y arbustos de saúco y no vio nada, solo sintió odio y excitación y se reconoció casi dispuesto a atacar. Desenvainó su espada y se pasó el escudo del hombro al antebrazo.

Sabinio le imitó.

—¿Valerio? —le preguntó.

—No lo creo. Supongo que yo lo sabría si él estuviera… —Corvo meneó la cabeza —. Sí, yo lo sabría. No está aquí. Pero hay alguien… muchos. Aguardando, observando…

Sus ojos le escrutaban. Se le retorcieron las tripas y pensó que se iba a marear, pero siempre le pasaba lo mismo cuando se dirigía hacia una emboscada. Y nunca se había mareado.

Sabinio escupió, enviando un agua preciosa a la carretera.

—Están intentando separar la retaguardia como hicieron con la Novena.

—Ya lo sé. Pero no vamos dirigidos por un idiota. Y esta serpiente tiene un aguijón en el rabo que ellos jamás se han encontrado.

Había liberación en la acción. La yegua zaina de combate dio la vuelta en un giro impecable y bailó en el sitio, perfecta y bella, dispuesta para luchar. En voz lo suficientemente alta para que lo oyeran los que estaban a su alrededor, Corvo le dijo a Sabinio:

—Tienes el mando de los dos primeros escuadrones. A toda costa debes proteger las mulas y el equipaje; no quiero dormir a cielo abierto esta noche, aunque tú lo hagas. Voy a volver a reunirme con Urso y Flavio en retaguardia.

Urso y Flavio ya estaban preparados. Aquél había desplegado a las dos docenas de hombres más cercanos por los flancos, enviándolos en parejas, sobre todo a la izquierda, alternándose hacia fuera y hacia atrás, de modo que cada hombre en el exterior protegía el costado y la espalda de su compañero, y cada pareja exterior cubría el costado y la espalda de los que estaban en el interior.

Flavio dirigía a los arqueros. Desde el otoño anterior, la Quinta Gallorum mantenía a una docena de arqueros escitas a caballo, contratados a un coste desorbitado, que se vestían de seda y se quejaban todos los días del frío y del barro y había que atenderles y servirles buey caliente especiado y olivas y buen vino y permitirles tener su propio cocinero privado y había que entrenarlos en secreto, con exploradores situados en los alrededores para evitar a los espías, de modo que ahora, cuando más se los necesitaba, pudieran emplearse en la acción contra un enemigo desprevenido, probando que todo aquel dinero y mimos exagerados valían la pena, y ni un solo hombre lamentase ni una sola oliva gastada en ellos.

Flavio los había tenido a su cargo, y había llegado a preocuparse por ellos como el atrebate que cuidaba de los sabuesos mimaba a los perros de pelaje azul del gobernador, y por el mismo motivo: ellos le hacían distinto de los demás. Había empleado tiempo en aprender su lengua, que era mucho más de lo que había intentado cualquier otro, y les gritaba con claridad, con la resonancia de una campana, cuando Corvo se acercó.

Como los sabuesos, los escitas anhelaban la liberación de la acción. A la primera señal de Flavio empezaron a tensar sus pequeños arcos malignamente curvados y a elegir flechas de los carcajs que había en los lomos de sus caballos, y a colocarlas de forma tranquila y discreta, para mantener mejor el secreto ante los guerreros que observaban.

El resto del escuadrón cabalgó hacia delante a un paso regular, sin volverse a mirarlos ni a señalar ni hacer nada que pudiese atraer la atención del enemigo; sus

órdenes eran muy claras en ese sentido. Los jinetes de los flancos les cubrían, y tenían órdenes de morir en su defensa.

Siguiendo sus propias instrucciones, Corvo cabalgó junto a ellos hacia la retaguardia, sin mirar. Flavio le dirigió un saludo extraño, medio amistoso, al pasar. Urso inclinó la cabeza brevemente. Tenía la misma pregunta que Sabinio, pero planteada con menos tacto:

—¿Es Valerio? Si es él, sabremos qué hacer, y cómo hacerlo.

—No, no es Valerio. Él no está aquí. Pero eso no significa que no haya pasado el último medio mes entrenando a estos que sí están.

—¿Y qué hacemos?

—Pues luchar mejor que ellos —dijo Corvo, con gravedad—. Y rezar para que no haya llegado a Valerio la noticia de la existencia de los arqueros. Mantenedlos de cara hacia la izquierda, de ahí vendrá el peligro.

* * *

—Ése es Corvo, a quien Valerio vio por encima de Lugdunum. Él conduce a la caballería. Es amigo de la Boudica.

—Y en tiempos fue amigo del alma de Valerio. Es conocido en Mona.

Cunomar se hallaba echado con Braint en una zona de ortigas que les llegaban a la cabeza, a menos de medio tiro de lanza desde la carretera. Ni siquiera cuando atacaban a la Novena había estado tan cerca. Veía las gotas de sudor en los rostros de los hombres al marchar éstos, y regueros negros de sudor en los cuellos de los caballos. Veía la suciedad, las moscas, los ojos apagados de los soldados que llevaban cuatro días andando a toda marcha, y tenían todavía más días de expedición ante ellos. Oía los pies que resonaban en el suelo, y las cancioncillas sin sentido de la marcha y cerró los oídos a ellas, de modo que el súbito bramido de las trompetas le sorprendió y dio un salto, y se maldijo, y se esforzó por tranquilizarse de nuevo.

Braint no había saltado aunque Corvo había hecho girar a su yegua zaina de costado, casi tocándole la cara. Entre todos los guerreros de la osa pintados con cal y untados de gris, ella era la única que iba sin pintar y casi sin adornar. Portaba en el pelo una sola pluma con bandas de la cola de un halcón peregrino, y dos colmillos de gato montés colgando de una correa de piel de caballo en torno al cuello. Se había untado polvo y barro en el pelo de modo que parecía un terrón que se hubiera desprendido, pero por lo demás, su piel estaba tostada por el sol veraniego y el viento, y mate por el polvo de los hombres que marchaban, y antes de que el primer escuadrón de la primera cohorte de la primera centuria de la legión Decimocuarta hubiese pasado, se había convertido en otra sombra entre muchas sombras entre las ortigas.

Se quedó quieta y silenciosa, y parecía no notar las moscas. Excepto cuando accedió a atacar pronto a la legión, antes de que el resto de los guerreros se unieran a ellos, Cunomar nunca la había visto sonreír.

Recordaba las historias que contaba su madre de Braint cuando era una chica joven en Mona y más tarde, en las batallas de la invasión, de su dolor por la muerte de su primo y su vitalidad cuando consiguió superarlo, y su osadía, de modo que había atraído a un escuadrón entero de jinetes galos a su muerte usando su propio cuerpo como cebo.

El fuego que provocaba estaba todavía en ella, se podía ver, pero el dolor y la alegría habían ardido por igual en ese fuego, dejándola tan inquebrantable como el hierro. Ella era una buena guerrera, eso era incuestionable, excelente incluso. Cunomar estaba empezando a darse cuenta poco a poco de que, junto a su propia familia, podía ser quizá la mejor que había conocido nunca.

Y ahora, desde su izquierda, sin moverse, ella dijo:

—MacCalma tenía razón. Tienen arqueros. Mira.

Durante el tiempo que costó que cuatro filas del ala pasaran cabalgando, Cunomar miró y no vio nada. Y luego vio el parpadeo de unas plumas escarlata, y a partir de ahí trazó la silueta de una flecha, y luego de un arco, y del hombre de piel oscura y nariz de halcón que lo empuñaba. Una vez visto, era fácil identificar a los demás.

—Doce —dijo—. Están todos ahí.

Braint le había hablado del peligro oculto el día anterior, cuando los fuegos de las legiones eran solo chispas cálidas en el horizonte. Su propio fuego eran solo tres trozos de carbón apenas rojizos en un hoyo. Inclinándose hacia él, de modo que pudiera ver el resplandor rojo en su rostro, ella dijo:

—Luain macCalma tiene tres informadores entre los exploradores siluros usados por las legiones. Ellos le informan únicamente en circunstancias excepcionales, y solo a través de un intermediario. Si la verdad nos ha llegado con certeza, han guardado bajo vigilancia a una docena de arqueros de piel oscura que pueden disparar a una paloma en el cielo y al halcón que la sigue y luego volverse y matar a una liebre y al perro que corren en direcciones opuestas. Todo ello de pie, sentados o a caballo, y en cualquier dirección.

—¿Y a qué distancia pueden disparar? —preguntó Cunomar.

—Dos tiros de lanza, con toda precisión. Tres, si apuntan a un blanco tan grande como un guerrero.

—Entonces, si no tenemos más guerreros que flechas tienen ellos, estamos acabados, y todas las vidas perdidas.

—No. MacCalma nos ha enviado cinco honderos. Lo único que hemos de hacer es mantenerlos vivos mientras apuntan a los arqueros. ¿Pueden conseguir eso tus osas, tú crees?

—Pues no lo sé —dijo él—. Contra la caballería montada estamos en desventaja.

Podemos correr y cortar los tendones de los caballos, pero con gran coste en vidas. Podemos arrojarles lanzas, pero los arqueros serán más rápidos. Podemos correr hacia ellos, pero no tenemos los efectivos suficientes para abrumarlos. Podemos intentar atacar de noche, pero ellos se fortifican bien, y cuentan con centinelas cada dos pasos, que cambian ocho veces a lo largo de la noche y por lo tanto están alerta. ¿Qué sugieres?

Braint había vuelto la cabeza al fin y le había mirado. Al único calor de los rescoldos, su mirada fue larga, fría y desapasionada. Era como si le mirara a uno un sabueso; a él nunca le había gustado. Al final ella dijo:

—Sugiero que le pidas ayuda a la osa, y hagas lo que ella aconseje.

Él había consultado a la osa. La respuesta no había sido diferente. Había bailado para ella con la primera aparición de la luna cornuda hasta quedar exhausto, y el suave ritmo de las palmas que golpeaban la tierra (no se habían atrevido a usar los tambores de calavera, teniendo al enemigo tan cerca) le había elevado fuera de sí mismo, y le había conducido al salvaje cuidado de la bestia a la que se había entregado.

Había olido la calidez carnívora de su aliento y había notado el roce de sus pelos contra su rostro y había visto a mil osas enzarzadas con mil caballos de la caballería, partiéndolos por la mitad y dejando tres muertos.

En algún lugar de aquel caos un cervatillo moría dos veces, y una serpiente se enroscaba sobre sí misma y atacaba la parte posterior de su cabeza de modo que notaba los dientes que le pinchaban el cráneo. Después contó todo aquello a los que golpeaban la tierra, esperando que alguno de ellos viese con claridad.

Fue Ulla quien dijo:

—Los honderos no necesitan mucho tiempo, solo el suficiente para ver a los arqueros y matarlos. Podemos hacerlo, si Braint dirige a los honderos. Nosotros tenemos al dios cornudo de la caza para que nos guíe, y media noche para hacer realidad los sueños de la osa.

Cunomar no estaba seguro entonces, ni lo estuvo después. Quería gloria y la muerte de Roma, no la aniquilación de las osas producida por haber fracasado en su primer deber como líder, que era proteger a sus guerreros.

El momento de las dudas había pasado. El final de la columna estaba a ocho caballos de distancia. Los jinetes exteriores pasaban a la distancia de un brazo de su cabeza.

Ofreció su alma a la osa, sabiendo el valor que tenía aquello y que toda vida era una lección, y que había que explotarla hasta el fondo para ver todo lo que podía dar, aunque aquella explotación acabase en la muerte, o sobre todo si ese era el caso.

—Vamos —dijo, y buscó la lanza que yacía en el suelo ante él.

* * *

Corvo dijo:

—¡Ahí! ¡Entre las ortigas! ¡Algo se ha movido!

Los doce arqueros dispararon. Las flechas silbaron, como seda que se desliza rápidamente sobre la seda, y se introdujeron sólidamente en la carne y el hueso.

Alguien o algo murió, retorciéndose. Después, el tintineo de arneses y el redoble de pies que corrían sonaron hasta apagarse, de modo que el aire quedó impregnado de silencio y solo se oyeron dos palabras de felicitación en escita pronunciadas por Flavio.

Ásperamente, Urso dijo:

—Dioses, qué cerca ha estado. Podían casi tocar a los caballos desde allí.

Corvo tuvo que tragar saliva para hablar.

—Eso si no le hemos dado solo a un jabalí dormido.

—Los jabalíes no duermen mientras dos legiones marchan a su lado —Urso esperó y esperó, y luego dijo—: ¿No es así?

Corvo asintió:

—Quizá podrían hacerlo si los soñadores les hubiesen alimentado con las plantas adecuadas. Aquí hay algo raro. Creo que… ¡moveos! ¡Cubrid a los arqueros!

La piedra de honda le pasó rozando la cara. Notó el viento que desplazaba. En su mente, que funcionaba despacio, creyó que podía ver la pintura negra que la cubría. Su alma se encogió al notar aquella amenaza.

Murió un arquero. Un segundo fue alcanzado en el hombro.

—¡A la derecha! ¡Están a la derecha!

Corvo chilló. Un trompeta (extremadamente valeroso) la hizo sonar claramente para la tropa y la infantería que iban delante. Por aquel simple acto el hombre se convirtió en objetivo. Murió mediante una lanza y no una piedra de honda, al mismo tiempo que un tercio de los doce arqueros.

Era el momento de gritar su nombre y promesas de honores, de modo que su fantasma que partía y los hombres de su grupo de tienda lo oyesen, para que alguien pudiera sobrevivir y recordarlo, y luego se desencadenó el infierno y los aullidos de los guerreros de la osa se oyeron por todas las filas hasta la distancia que podía ver Corvo, y resonaron gritos y relinchos de hombres, mujeres y caballos, de modo que no existía la oportunidad de que una sola voz se hiciese oír y solo los trompetas y los estandartes mantenían la disciplina y el orden.

Corvo mató a una mujer con el pelo rojo y la piel bronceada y no hizo ninguna pausa para ver si la conocía. Esquivó una piedra y sacó su escudo para proteger a Urso, que había desplazado su propio escudo para cubrir a Corvo. Ambos lanzaron estocadas y dieron en carne y en hueso y notaron el gusto de una sangre que no era suya, y su mundo se encogió hasta la inmediatez de la supervivencia, pero ellos tenían

el deber de proteger a la infantería y Corvo también tenía que pensar en ello.

Ahora había guerreros a su izquierda, así como a la derecha. Corvo miró a su alrededor y vio cerca a otro trompeta, junto al grupito de arqueros supervivientes, que disparaban detrás de un escudo humano de la caballería, y acertando tiro tras tiro, se ganaban con cada uno el oro y el esfuerzo y el tedio que había costado mantenerlos.

—El trompeta… —Corvo se lo dijo a Urso pronunciando bien, y éste asintió. Se acercaron hasta que el hombre les vio y retrocedió, de modo que se unieron en una isla de calma relativa, con la muerte y las heridas a su alrededor.

—Toca el golpe de las dos serpientes.

El hombre le miró y sonrió, e hizo sonar la trompeta de modo que las notas flotaron altas y puras como alondras por encima de los hombres que luchaban. Se habían entrenado una y otra vez hasta que hombres y monturas por igual sabían qué hacer al oír aquel sonido, y cualquier caballo podía tomar parte solo, aunque su jinete estuviese muerto o fuera de control.

La yegua zaina lo sabía igual de bien que los demás. Corvo notaba el amasijo de músculos debajo de él, y el esfuerzo por aspirar aire, y la aceleración cuando vio un hueco y se lanzó hacia él. Se echó apretado contra la crin para no ofrecer resistencia, con la espada en una mano y el escudo cubriendo al animal tanto como su propio cuerpo, y dejó que le condujese hasta una relativa seguridad.

Urso estaba detrás de él, y el trompeta, y una banda de hombres suyos cada vez más numerosa. Dio la vuelta en redondo y notó el tirón cuando la yegua saltó de la carretera y tomó la curva que le colocaría a la espalda de los guerreros atacantes. Urso se apartó de él y cabalgó hacia el otro lado, hacia la derecha. Un hombre de cada dos le siguió.

Durante un momento, lo único que tenía que hacer Corvo era cabalgar. Así lo hizo, ignorando la voz diminuta y tranquila de la parte más profunda de su mente que quería saber qué era aquello que habían matado al principio de todo los arqueros y que no podía ser un jabalí dormido, pero que esperaba con todo su ser que no fuese un hombre determinado.

Había menos guerreros en el lado izquierdo, y no tenían experiencia con los caballos. Murieron sin armar escándalo. Corvo vio un movimiento entre los arbustos a su izquierda y dirigió a su caballo hacia él. El trompeta le siguió, enviando notas plateadas como alondras en cascada detrás de él. Flavio y dos de los arqueros abandonaron la formación y fueron con él.

* * *

El cervatillo había muerto solo una vez, cuando Cunomar le hundió el puñal en el pecho.

La herida era pequeña, fácilmente rellena con hierba seca y musgo, de modo que no olía a sangre fresca y no podía alertar a los caballos que pasaban. Le había cosido también el ano y el prepucio con unos tendones para que no goteara y pudiera desenmascararles. Le rompió las patas delanteras para conseguir moverlas a pesar de la rigidez de la muerte. Braint había encontrado y entretejido una corteza de abedul formando unas cuerdas lo bastante largas y fuertes para que llegasen y no se rompiesen.

Colocarlo en posición sin aplastar las ortigas había costado la mitad de la noche, de modo que el cielo estaba pálido y el sol muy rojo en el horizonte oriental cuando retrocedieron dejando las cuerdas de corteza tendidas, siguiendo un camino que habían limpiado previamente para que ninguna piedra las cortara o bloqueara. Tuvieron tiempo para hacer una sola prueba, con Braint en la carretera y Cunomar en el arbusto de saúco más lejano, lo suficiente para comprobar si le podían ver cuando tirase de su extremo de la lanza o si el movimiento que hacía bastaba para atraer los ojos de los jinetes que pasaban.

Muchas cosas dependían de aquello. Tuvieron éxito, pero estuvieron muy cerca del fracaso.

Corvo cabalgó directamente hacia él. Braint se incorporó y se puso en cuclillas. Sin mostrar precipitación alguna, tomó una piedra de la bolsa que llevaba y la colocó en su honda.

Cunomar no sabía que la usaba. Lamentó no haber aprendido él mismo a usarla también. Sin saber por qué, dijo:

—Ama a Valerio, y él le ama también.

Ella sonrió débilmente.

—Ya lo sé.

Estaban tan cerca que podían oler los caballos. Ella se levantó y echó el brazo atrás.

Un hombre con la piel oscura y vestido de seda roja se movió con la misma velocidad.

Helado, Cunomar dijo:

—¡Arqueros! ¡Lleva a dos de los arqueros!

Durante el resto de su vida, por mucho que durase, Cunomar recordaría el dolor que apareció en el rostro de Braint cuando ella eligió uno de los tres blancos posibles, y la asombrosa precisión de la piedra, y la malevolencia con la cual la envió, como si matando al hombre que suponía mayor peligro pudiese dañar a los otros a quienes más odiaba.

Y murió sin saber si había tenido éxito o no.

Cunomar nunca olvidaría la impersonal muerte de una flecha, de tres flechas enviadas con tanta velocidad que podían haber procedido del mismo arco, de modo que el alma de ella no tuvo tiempo de entretenerse ni de considerar la vida que había vivido.

Ella estaba viva y al momento siguiente había muerto, y el único motivo de que a Cunomar no le sucediese otro tanto era que Ulla había arrojado una lanza y tres osas más habían aparecido por el otro lado, y ninguna de ellas era hondera, pero una tuvo suerte y abatió al arquero que quedaba, tirándolo de su caballo, de modo que la amenaza inmediata desapareció y Cunomar buscó a la osa, aunque no la encontró, así que quitó su lanza de las cuerdas de abedul y saltó desde el saúco y luchó, intentando no morir, sin pensar todavía en cómo iba a darle a Cygfa la noticia de la muerte de Braint.

Vio un relámpago de movimiento por el rabillo del ojo y en un momento de locura inspirada por la osa arrojó su lanza.

* * *

Corvo vio la segunda piedra de honda pasar junto a su cara y no tuvo que mirarla para ver si estaba pintada de negro, para enviar mejor a su alma a la aniquilación total, ya que podía notar su odio cuando la piedra pasó. Oyó el impacto y el golpe de un hombre que caía y desvió a la yegua zaina a un lado por si había más honderos y atacó con la espada a un guerrero que iba a por él.

Falló, y volvió a fallar, y vio al hijo de Breaca saltar fuera de cubierto y supo que había sido reconocido. Una lanza pasó junto a él sin hacerle daño, y llevó a la yegua zaina hacia delante entre el torbellino de guerreros.

Tenía más hombres y más caballos y estaban, con toda la modestia debida, manifiestamente mejor entrenados que cualquier guerrero nativo. Aun así, hombres de menor valía, mal adiestrados, habían ganado contra todo pronóstico en el pasado, y los caballos solamente tienen valor contra la infantería si los que van a pie tienen miedo de los caballos y no los conocen.

Los icenos contra los que luchaban ahora vivían, morían y daban sus primeros pasos a caballo. Además, estaba luchando contra los guerreros de la osa, que no concedían valor alguno a sus vidas, sino solo a la muerte en el abrazo de la osa y ansiaban ser honrados después por una vida vivida hasta el límite.

Como prueba de ello, el hijo de la Boudica irrumpió entre los guardias que rodeaban a los arqueros y clavó su cuchillo en el pecho de uno de los caballos. Corvo le vio saltar al lomo de la bestia que caía y llevarse con él abajo a su jinete. El arma de Cunomar se tiñó de rojo. Su rostro estaba congelado en un chillido de dolor y triunfo al que ningún hombre en su sano juicio podía enfrentarse. Ningún oficial se lo pediría jamás a ninguno de aquellos que le confiaban sus vidas.

Pero había una forma para unos hombres que se habían entrenado a la perfección y que confiaban en su comandante.

Corvo gritó al trompeta:

—¡Fila! ¡Llama a fila! Aquí atrás. ¡Formad conmigo!

Notas de alondra plateadas volaron por encima de aquella carnicería… y cesaron.

El trompeta se encorvó como una hoja, agarrándose el hombro derecho del cual sobresalía un cuchillo que alguien había arrojado. Su trompeta colgaba de la correa que llevaba atada al antebrazo. Corvo lanzó una estocada una vez más al demonio aullante que le atacaba (le pareció que era una mujer, pero no podía pararse a mirar) y azuzó a la yegua zaina hacia delante, al lado del hombre. Usó su propia espada para cortar la correa de la trompeta y dio gracias por tenerla más afilada de lo necesario y por el hecho de que su filo no se hubiese embotado por las muertes del día, y mucho más todavía por haber aprendido la habilidad de tocar la trompeta y las notas básicas del mando.

La mitad de sus hombres ya le habían oído gritar, de todos modos. Se estaban agrupando por pares y luego de tres en tres y de seis en seis y de ocho en ocho para formar la fila que barrería el terreno y aplastaría en la tierra a todos aquellos que osaran interponerse en su camino.

Corvo se humedeció los labios y levantó la brillante trompeta y tomó aliento y sopló la primera nota, temblorosa…, y el sonido quedó ahogado por el ruido más estruendoso y chillón de diez cuernos que aullaban al unísono desde la parte delantera de la columna.

—¡No! Que los dioses te maldigan, no…

Podría haberse echado a llorar. La llamada de la trompeta resultaba inútil. Sus hombres estaban a sus costados, solo seis luchaban por ponerse en fila, uno de ellos herido y dos acosados por ambos lados y que resultaba improbable que sobrevivieran. Había dieciocho hombres con él, y podían haber barrido la ancha llanura desde un extremo de la columna al otro.

—Todavía podemos hacerlo.

Corvo miró a su izquierda. Flavio estaba allí, sonrojado y respirando con fuerza, atrapado en una oleada de victoria. Sus ojos se encontraron. Flavio sonrió y vio que no le odiaba. Dijo:

—No lo hemos oído. Los cuernos están demasiado lejos. Solo podemos oírte a ti. Dinos que carguemos.

Dieciocho hombres querían creer aquello. Ni uno solo de ellos habría dicho lo contrario más tarde. Hasta el gobernador habría reconocido que, en combate, no todas las órdenes se pueden oír. El deificado César, en una ocasión, no consiguió convocar a sus hombres y envió una segunda señal solo para dar suerte cuando sabía que habían conseguido ya una victoria en contra de sus órdenes. Con un precedente así, ¿qué general podía disciplinar a unos hombres que habían luchado y ganado?

Corvo se llevó la trompeta a los labios. No tenía necesidad de llamar a formación, ya estaban con él, perfectamente alineados, extendiéndose alrededor del fulcro que era él y volviéndose como el arco de una rueda hacia el sur, de modo que pudieran correr paralelos a la carretera. Los guerreros se estaban dispersando. Dos más habían

muerto. El hijo de la Boudica les llamaba, les llamaba sin parar…

Los cuernos resonaron de nuevo más fuertes aún. El enorme cuerno de toro del propio contingente de caballería del gobernador, que debían llevar entre dos hombres, resonó con una sola nota larga, que hizo temblar la tierra. Los estandartes de ambas legiones y la Quinta Gallorum giraron hacia derecha e izquierda.

—¡No, maldita sea! ¡Ahora no! —Corvo arrojó la trompeta al duro suelo. Rebotó y su yegua zaina reculó, y él le dio con los talones, cosa imperdonable. Sus hombres juraron a su alrededor, con el rostro endurecido, protegiéndole en lo más oscuro de su locura, cuando estaba demasiado sumido en su rabia para protegerse de los honderos o de las lanzas que todavía les arrojaban.

Maldijo otra vez y cerró los ojos y tragó saliva, y se esforzó por recuperar de nuevo el equilibrio. Nunca en toda su vida había perdido los nervios en el campo de batalla. Lo hizo entonces, e hizo girar a la yegua de batalla y levantó el brazo buscando un estandarte y, con una amargura que permanecería con él durante el rápido y duro galope de vuelta a la columna, condujo a sus hombres lejos de la victoria, siguiendo al gobernador, para proteger la retaguardia de las legiones que ahora huían, adonde quiera que las dirigiesen.

* * *

—Se han ido —dijo Ulla—. ¿Por qué?

—Los cuernos del gobernador les llamaban y no podían ignorarlos. Por qué habrá sucedido esto es algo que nadie puede sospechar. Quizá Valerio ha llegado temprano y ha atacado la parte frontal de la columna y ellos lo consideran a él más amenazador que a nosotros, y necesitan sus mejores tropas para enfrentarse a él. No podemos vencerles a pie. Deben de saber eso.

Cunomar se arrodilló junto al cadáver de Braint. Su propio cuerpo estaba lacerado y lleno de cortes y magullado por un costado, en el lugar donde le había caído encima un caballo. No sentía nada. Se inclinó sobre Braint y puso una mano en su garganta y buscó su pulso, como si ella todavía estuviese viva, cosa ridícula, pero lo hizo de todos modos.

Las flechas habían traspasado su pecho y habían salido por la espalda, detenidas solo por las plumas escarlata y negras. De ese modo no podía permanecer echada sino arqueada, como si estuviese agonizando, con el pecho alzado hacia el cielo.

Todavía no estaba rígida. Suavemente, Cunomar la levantó hasta colocarla sentada y la apoyó en su rodilla. Rompió las flechas por el astil y la dejó descansar de espaldas. Con los pulgares le cerró los ojos y los mantuvo un rato cerrados, para que ella no mirase de ese modo al cielo de la tarde. Preso del estupor, dijo:

—Ella era Guerrera de Mona. Deberíamos llevarla con nosotros. Aquellos a los

que dirigía querrán llorarla.

Ulla dijo:

—Cygfa querrá llorarla.

—Si es que vuelve. Se ha ido con la Boudica y no hemos sabido nada de ella. Es posible que no vuelvan —la idea surgió, espontáneamente, de los temores más informes de la mente de Cunomar, y fue pronunciada antes de que él pudiera reprimirla.

Ulla se le quedó mirando, abrió la boca y la cerró de nuevo. Dijo:

—Ella volverá, y la Boudica también, y entonces tendremos a las legiones atrapadas. Valerio no nos dirige a nosotros; nos habría enviado recado con los exploradores, si así fuese. Las legiones no se encaminan hacia la guerra sino que huyen en busca de seguridad, hacia algún lugar que puedan defender mejor que una carretera abierta. Lo único que hemos de hacer es esperar a que Valerio saque sus lanzas juramentadas, y los tendremos atrapados como ovejas en un redil. Mañana lanzaremos nuestra hueste contra ellos y por la noche la tierra estará libre de dos legiones más.

«Mañana…»

Sin avisar, la vieja pesadilla volvió a Cunomar, la del oso que se rebelaba en su cubil, dispuesto a despedazar al primer loco que se acercase. Aquella vez no tenía duda alguna de que la osa le había enviado aquella imagen, con todos sus presagios de peligro.

Con miedo de nombrarlo en voz alta, Cunomar se esforzó por sonreír, por Ulla.

—El mañana está demasiado lejos para pensar en él. Primero debemos llevar a los heridos de vuelta al lugar de reunión y esperar que Valerio haya llegado ya. Tiene a Teófilo con él, que puede curar las heridas. Cuando haya acabado, prepararemos una pira para Braint que le demuestre a todo el mundo lo grande que era. ¿Me ayudarás a llevarla?

Ulla le pasó el dedo pulgar por los labios y con él borró la falsa sonrisa. Su mirada eliminaba las capas de falsedad que había en él.

—Por supuesto; siempre te ayudaré. ¿Por qué lo preguntas?

XXXVIII

Cunomar y Valerio encendieron la pira funeraria de Braint juntos, al anochecer, ante los guerreros reunidos de la hueste y a la vista de las legiones acampadas.

Los insectos ennegrecían el aire de la noche. Vencejos y murciélagos pasaban entre ellos como guadañas estridentes. Fuegos de campamento a miles, y decenas de miles, enviaban el humo hacia el cielo todavía azul.

Un risco bajo separaba a los dos ejércitos, una arruga en la tierra de altura inferior a la de un hombre.

Al oeste relumbraban los fuegos de las legiones, colocados en líneas perfectas, hilera tras hilera en la oscuridad creciente.

Eran tan pocos, tan orgullosos en su arrogancia… Como había dicho Ulla, habían encontrado un refugio. Un valle con el extremo ciego les había acogido en su seguridad, con empinados muros de verde tierra alzándose a ambos lados y detrás que les mantenían en un redil, como ovejas. Eso ayudaba a Cunomar a pensar en ellos todavía como ovejas, y por tanto, indefensos; demasiados terrores se agazapaban en la imagen de un oso atrapado que se revolvía contra aquellos que le daban caza.

Al este del risco los cincuenta mil guerreros de la hueste de la Boudica se preparaban para la batalla en la continuada ausencia de la Boudica. Un caos jovial se extendía por los dispersos fuegos de campamentos familiares, donde aquellos demasiado jóvenes o demasiado viejos, demasiado frágiles o demasiado asustados para luchar competían por recordar los relatos de cómo darían la vuelta al curso de una batalla con un odre de agua tendido a un guerrero en el momento crucial, o llevando un caballo ala vanguardia cuando más necesario era.

Hacia el extremo sur, unos fuegos más ordenados ardían para Civilis y su caballería batava, recién convocados por Valerio para unirse a la hueste de guerra. A izquierda y derecha de ellos, el hermano de la Boudica había colocado a sus propios guerreros, que le seguían ahora como si ninguno de ellos hubiese dudado jamás de su valor como líder.

Al frente de todos ellos, el fuego de Braint tocaba el cielo. Si la altura de una pira era testimonio del honor y valor de un guerrero, entonces aquella valía por media legión.

Los días de fuerte sol habían dejado mucha leña seca y los refugiados de Verulamium descubrieron en sus carretas suministros de resina de pino y aceite de lámparas y vellones de lana seca marrón, y los habían entregado libremente como regalo para la mujer que partía y para los dioses, para que el fuego de la Guerrera pudiese iluminar el cielo y llegar a las legiones romanas, como una premonición de su

condena. Al menos ellos confiaban en la victoria del día siguiente.

Cunomar no confiaba del todo. La enormidad de lo que había ocurrido fue penetrando lentamente en su interior durante todo el día, hasta que, a la luz del fuego, se sintió vacío y enfermo.

Antes de llegar portando el cuerpo de Braint en sus brazos, Valerio empezó a mantener consejos de guerra y a diseñar una estrategia para el enfrentamiento que ahora tendría lugar. A Cunomar, cuando se fueron los líderes de lanzas, le dijo:

—Nunca deberíamos haberles acorralado. Fue culpa mía; te pedí que les acosaras y no sabía que tenían ahí el valle para refugiarse. Lo siento.

Cualquier posible pregunta sobre un hueso arrojado a un perro cayó en el olvido. El hermano y el hijo de la Boudica estaban unidos en la necesidad de salvar la victoria a partir de la catástrofe, o al menos evitar la derrota. Cunomar propuso:

—Podemos apartarnos y dejarles. No se arriesgarán a venir tan lejos de la carretera.

Valerio se pellizcó el puente de la nariz.

—Si fuéramos menos, ciertamente haría eso, pero tenemos treinta mil refugiados ahora que han venido los tuyos de Verulamium; no podemos abandonarlos a la carnicería que seguirá. En cualquier caso, los guerreros están convencidos de que los dioses enviarán un milagro y que la Boudica aparecerá, procedente del sol poniente, para dirigirles hacia la victoria; alguien lo ha dicho y ellos creen que es verdad. No podemos persuadirles de que se vayan, igual que no podemos persuadirles de que quizá no ganen mañana. No tiene sentido intentarlo. Tienen que creer que nosotros creemos en ellos.

Cunomar dijo:

—¿Y no creemos en ellos? Superamos a las legiones por cinco a uno. —Todavía había esperanzas. No quería abandonarlas.

—Los ciervos superan en número a los perros al principio de una cacería, pero aun así, mueren —dijo Valerio—. En este momento lo que importa es el entrenamiento y la experiencia, y no el número. Nos vamos a enfrentar con la Decimocuarta y la Vigésima, que han luchado todo el verano y se han entrenado todo el invierno durante los últimos veinte años. Quizá tengamos a dos mil guerreros de Mona que tienen una década de experiencia de combate. Tus osas están muy entrenadas, pero solo han luchado en ciudades y bosques. ¿Recuerdas la lucha de los veteranos en el jardín detrás del templo? Será así, pero mucho peor. Luchar en campo abierto contra una legión es como intentar navegar por el océano con un barquichuelo en plena tempestad, después de ir remando por un plácido lago. En cuanto al resto, contamos con cuarenta mil aficionados muy entusiastas, la mayoría de los cuales tenían prohibido empuñar una espada desde la primera invasión. Necesitamos suerte, muchísima suerte, para tener alguna oportunidad.

Valerio no sonreía. Todo asomo de humor seco y socarrón había desaparecido. Y eso resultaba casi tan preocupante como lo que había dicho.

Con gravedad, Cunomar dijo:

—Entonces necesitamos conseguir esa suerte.

—Ya lo sé. Si tu madre se uniera a nosotros, quizá supondría una diferencia. En su ausencia, tú y yo haremos lo que podamos.

—¿Está volviendo ella? —a sus propios oídos Cunomar sonó como un niño. Sin embargo, en aquel preciso momento, no le importaba.

—Eso espero. Pero los exploradores todavía no tienen noticias suyas.

Y así empezó la noche, haciendo creer a los demás lo que no se podía creer, y ocultando un temor creciente. Por falta de alguien mejor, Cunomar ayudó a prender el fuego de Braint, no porque tuviera derecho, o porque ella hubiese deseado tal cosa, particularmente. Queriendo estar en otra parte, él tocó con su antorcha de pino las yescas que se habían colocado en los márgenes y se quedó de pie mientras las llamas prendían cerca de su rostro.

Quiso que Cygfa estuviera allí, que se enfureciese con él por la muerte de Braint, y poder decirle lo mucho que lo sentía. Quiso que la Boudica estuviese allí, como un milagro andante, para probar que esas cosas eran posibles. Y quiso con desesperación que volviese Ardaco, sencillamente por la presencia del viejo guerrero.

Sin embargo, como ninguno de ellos se encontraba allí, porque ni siquiera era seguro que todavía estuviesen vivos, Cunomar pronunció en voz alta las palabras de invocación a Briga para enviar a una Guerrera de Mona a su cargo. Entonces, siguiendo el consejo de Valerio y en presencia y a oídos de los dioses y los guerreros reunidos, nombró sucesor de Braint a Huw de los ordovicos, a menos que los Ancianos de Mona decidiesen nombrar a otro en su lugar, o hasta que lo hicieran.

Su voz era más profunda de lo que recordaba, como si la muerte de Braint hubiese roto por fin el último puente con su niñez, cuando había pensado que éste había desaparecido hacía mucho tiempo. Los ecos de sus palabras cayeron y resultaron quemados con las mariposillas entre las llamas. Un murciélago chilló al pasar volando junto a su cabeza, provocando una corriente de aire frío en el lugar donde antes tuvo la oreja. Se había pintado el cabello con cal en honor a ella, y lo había teñido con jugo de bayas para que quedase negro como las espinas de un erizo, en la larga cresta que iba desde la frente hasta la nuca. Notó que se ponía tieso por el calor, tirándole del cuero cabelludo. Las antiguas cicatrices de la osa en el hombro le picaban más que nunca desde que se las hicieron en las cuevas de los caledonios. Intentó leer un mensaje en aquel hecho, mas no lo consiguió.

Cerró los ojos y contempló las llamas que formaban rojos abanicos en el interior de sus párpados, y los abrió y se volvió hacia la izquierda, al lugar donde estaba de pie Valerio, con manto oscuro y su pelo oscuro, la nariz de fino dibujo y los altos pómulos, como un espejo perfecto de Luain macCalma, su padre, que era Anciano de Mona, y sin embargo, todavía muy romano, aunque no llevaba ni un solo hilo de ropa romana. Las llamas le trataban con amabilidad, suavizando las arrugas de preocupación en torno a su boca y sus ojos y eliminando el manto de amargo humor,

de modo que dejaban solo un hombre, cansado hasta más allá de lo soportable, pero intentando hacer lo que creía que debía hacer.

Era posible entonces ver con claridad al hermano de su madre como un hombre involuntariamente dividido, incrustado en el hueco entre dos naciones; por primera vez admiró de verdad, en lugar de despreciar, su lucha diaria por reconciliar los opuestos en su propio interior. Era posible (y de repente hasta abrumadoramente necesario) comprender que esa paradoja, precisamente, era la clave para ganar una batalla que de otro modo sería imposible.

De manera formal, en el lenguaje de la casa grande, porque el momento lo requería, Cunomar dijo:

—Una cosa ha quedado sin decir en nuestros planes para mañana: en el supuesto de que la Boudica no aparezca entre el crepúsculo, necesitaremos un líder que lleve a la hueste de guerra a la batalla. Yo te nombro líder. Los guerreros de la osa seguirán al hermano de la Boudica al combate. Solo tienes que dar la orden y nosotros entregaremos nuestras vidas para conseguir que suceda.

—No.

Algo perforó un hueco en el pecho de Cunomar.

—¿No quieres que luchemos?

—Por el contrario. Haré todo lo que pueda para convencerte de que luches, excepto obligarte a punta de espada. Iba a decir que las lanzas juramentadas del hermano de la Boudica seguirán al hijo de la Boudica adonde éste las conduzca, que solo tienes que dar la orden y moriremos para hacer que ocurra… —ahora el fuego proyectaba nuevas líneas en el rostro de Valerio—. Yo he diseñado el plan de batalla porque tengo más experiencia de las legiones que la mayoría, y sé qué haría falta, pero no dirigiré a las tribus hacia el combate.

Hubo un silencio, entre chasquidos del fuego. El cabello de Braint se inflamó y ardió como un súbito diente de león de llamas. El aire olió ásperamente durante un momento y luego de nuevo dulce, a resina de pino.

Cunomar dijo:

—No lo comprendo. ¿Por qué no? ¿Acaso te muestras reacio a atacar a Roma?

La sonrisa aguda y burlona volvió.

—No es eso. Llevo años atacando a Roma. Conduciré el ala derecha en forma de cuña, y me sentiré muy honrado de hacerlo. Pero no tomaré el liderazgo pleno de una hueste de guerra que se ha reunido en nombre de la Boudica. Ese lugar es legítimamente tuyo, y creo que ahora eres capaz de asumirlo. En cualquier caso, ellos no me seguirían a mí.

—Nosotros sí —dijo Huw, apaciblemente—. Los guerreros de Mona te seguirán a cualquier lugar. Y adonde nosotros vayamos, el resto nos seguirá.

Había una curiosa satisfacción en aquello. Cunomar asintió sin palabras.

—Gracias. La osa se sentirá muy honrada de seguir a los grises mantos de Mona, adonde quieran conducirnos.

Un músculo se estremeció bajo el ojo de Valerio. Éste dijo:

—Entonces, seguirán todos tu estandarte —apareció una dureza en su mandíbula que era exactamente como la de Breaca, cuando ella se mostraba más obstinada. Cunomar nunca la había visto en ninguna otra persona viviente aparte de su hermana Graine. Pensaba que él compartía la misma intransigencia, y que en ello sobrepasaba a todos los demás hombres. Y en aquello parece que también Valerio le superaba.

Se volvió de espaldas al fuego. Las llamas habían alcanzado el cuerpo de Braint, y fluían por encima y por debajo de él como agua iluminada por el sol, de modo que era posible imaginarla fresca y agradable. Al contemplarla, el rostro de ella se quemó y se puso rojo y luego negro y empezó a fundirse. Su espada se encontraba colocada a lo largo de su cuerpo. El pomo vibraba, rojo, en el calor que iba elevándose. Cunomar la recordó viva, así como la fría chispa que brillaba en sus ojos, y cómo cambiaba ante la perspectiva de una batalla. Ella nunca había necesitado buscar a las osas ni leer el mensaje en el tirón de las cicatrices antiguas para saber qué hacer, cómo y dónde.

Él dejó a un lado los restos de su orgullo.

—No puedo dirigir nada —dijo, con serenidad—. No sé qué hacer.

Valerio le miró durante un momento largo y frío. Abrió la boca para hablar. En su rostro impenetrable, Cunomar leyó que le daba pena. Y por encima de todo era eso lo que no deseaba.

Anticipándose a lo que pudiera ocurrir, dijo:

—No estoy diciendo esto solo porque necesite pagar una compensación por lo de Braint y ésta sea mi única forma de pagar. Lo estoy diciendo porque tú ya luchabas con Roma antes de que yo naciese. Tú has dirigido a más hombres en más batallas que yo cacerías, y todas ellas con éxito, estuvieras del lado que estuvieses. No quiero morir sin motivo alguno. Y mañana será así, si tú no nos dices cómo ganar contra los hombres bien adiestrados de las legiones. No basta con haber establecido el plan de batalla; te necesitamos en el campo, para que nos digas qué hacer cuando hagan algo que no teníamos planeado.

La noche había llegado mientras contemplaba la pira. El cielo estaba más oscuro que antes, y el fuego más brillante, de modo que consumía todo el horizonte. Hacia el oeste el sol se abrió y sangró encima de la silueta del risco.

Valerio se pasó una mano por el pelo y se pellizcó el puente de la nariz. Dijo:

—Hay algo que se llama buena suerte y que es tan necesario en la batalla como cualquier entrenamiento. Todo lo que dices es cierto. Nos enfrentamos a la aniquilación si flaqueamos en la disciplina, y las tribus nunca han luchado con rigor. Cuesta años formar a una legión del calibre de la Decimocuarta. Solo tenemos una noche, y si nos queda algo de sentido común, pasaremos la mayor parte de ella durmiendo. Si no tienen eso, los guerreros necesitan a cambio una figura a la que seguir, en la que crean. Alguien a quien los dioses apoyen abiertamente, y que tenga la habilidad de desviar el curso de la batalla mediante el simple poder de su presencia. En ausencia de la Boudica, el hijo de la Boudica es el único sustituto posible.

—No es el único sustituto, pero quizás ahora sí que sea un sustituto valioso.

La voz de Cygfa llegó hasta ellos desde la oscuridad que había más allá del fuego. Ella siempre se había movido con el mismo sigilo que las osas. Cunomar dio un salto y se odió a sí mismo por haberlo hecho. Valerio, pensó, casi lo hace también, y con eso se sintió mejor. Sostuvo la mirada del otro hombre y vio su propio y súbito dolor reflejado en él.

Hubo un momento de equilibrio. Valerio asintió muy ligeramente, y dio medio paso atrás, dejando el espacio abierto, con todo lo que ello implicaba.

Le costó a Cunomar más valor del que había empleado en nada, más que enfrentarse a los ancianos de la osa y a sus cuchillos, más que las dos mañanas distintas de su propia crucifixión, volverse hacia su hermana y decir:

—Braint ha muerto. Ha sido culpa mía. No sabíamos que venías. Hemos encendido la pira sin ti. Lo siento.

Vio a Cygfa a través de un velo de llamas. El rostro de ella aparecía borroso, suavizado, de modo que parecía de nuevo la niña aún no crecida, a la que apenas recordaba de su niñez en Mona.

Al final ella preguntó:

—¿Cómo? —y miraba a Valerio.

Cunomar dijo:

—Flechas. La caballería tenía arqueros. Dos de ellos se acercaron a nosotros. Ella mató a uno con su honda. El otro le dio a ella. Sabía que ocurriría. Dio su vida para matar al mejor de los dos, y así darnos una oportunidad de matar al resto del escuadrón.

Los ojos suavizados por el fuego se volvieron al fin hacia él. Ella era todavía un ser de llamas, silueteado ante la oscuridad creciente. Él pensó que el hielo de su corazón se había fundido, pero no sabía qué quedaba en su lugar, solo que ella era más fuerte por resultar menos quebradiza.

—¿Los matasteis? —preguntó.

Él tenía que haberlo hecho; mejor haber muerto intentándolo que vivir y tener que admitir su fracaso. Cunomar dijo:

—No. Es decir, creo que maté a uno, pero no estoy seguro. El resto… se fueron a caballo. Tenían que cabalgar y atacarnos, cuando les llamaron de nuevo. Corrieron en una dirección y nosotros en la opuesta. Nos esperarán mañana —su propia sangre se convirtió en hielo al decirlo. Las palabras eran como paja seca en su garganta.

Asombrosamente, ella sonrió.

—Entonces les daremos la bienvenida como hubiese deseado Braint. Al menos, el fuego que habéis encendido por ella les demostrará quién era. Gracias por hacerlo.

Ella se quedó un rato contemplando las llamas y luego miró a los dos, Valerio y Cunomar.

—Si sirve de algo —dijo—, habría seguido de buen grado a cualquiera de los dos en los combates de mañana.

Ninguno de los dos quería hablar. Fue Huw, nuevo Guerrero de Mona, quien dijo:

—¿Os «habría» seguido…? ¿Entonces…, no estás sola?

Cygfa retrocedió. Otras sombras se movieron allí donde ella se encontraba. Cunomar pensó que había traspasado por fin la línea del sueño porque allí apareció Graine, con su pequeña jaca regordeta, tan entera y sana como se podía desear, y luego Ardaco, y Halcón, y Gunovar, y Efnís, y un soñador de pelo dorado a quien no conocía, y por último, aunque no debería haber sido lo último, ya que faltaba Duborno y el hueco que dejaba tenía un extraordinario tamaño, su madre apareció cabalgando en el crepúsculo, como había dicho alguien que ocurriría, y se detuvo justo delante de él.

Su madre. Entonces dejó de pensar y, sencillamente, se quedó mirando.

Durante todas las noches de su niñez y gran parte de su juventud Cunomar había visto a su madre a la luz del fuego. Mejor que a la luz del día, la danza de las llamas vivas la abrían a él, como la luz de la luna se abre a los rastros de los cazadores. Desde que abrió los ojos, había contemplado aquella suave luz jugar con su cabello, y pensaba que era un ser vivo, un río de cobre, que caía en cascadas sobre las rocas de sus hombros solo para él.

Más tarde, cuando se hizo mayor, contempló el fuego que cobraba vida cuando ella se acercaba a la batalla, y vio, sin comprender aún, el fuego tan distinto que la llenaba cuando estaba a punto de dar a luz, y contempló, y lamentó también, el progresivo enfriamiento de aquella llama a lo largo de sus últimos años en Mona y su tiempo en tierras icenas, cuando lloraba la pérdida de la tierra y el exilio perpetuo de Caradoc macCunobelin, su padre. Siempre era de noche cuando mejor comprendía lo que le había pasado.

La estudió entonces a la luz de la pira de Braint, y vio que su cabello era de nuevo un río de fuego, y que el fuego sagrado brillaba en ella, y que ella era todo lo que había sido, y sin embargo, todo era distinto, de modo que él no tenía ni idea de qué era lo que le pasaba, solo que lamentaba con todas las fibras de su ser no haber formado parte de ello.

Dio un paso adelante ignorando el calor, y le tendió los brazos. Detrás, miles de guerreros y refugiados reunidos vieron al hijo-oso de la Boudica saludarla, enmarcados ambos por el fuego de la Guerrera y la noche que quedaba más allá, y el trueno de sus vítores llegó tan alto como las llamas y se unió a los dos horizontes.

Era imposible no sentirse conmovido por aquello. Imposible hablar también. Al cabo de un rato, cuando hubieron gritado hasta quedarse roncos y las oleadas de sus gritos murieron, de modo que él pensó que ella podía oírle, ella y nadie más, le dijo:

—No deberíamos estar aquí. Lo sé, es culpa mía y lo siento, pero no puedo deshacer lo que se ha hecho. Te necesitamos ahora para encontrar la victoria.

XXXIX

«No puedo deshacer lo que se ha hecho. Te necesitamos ahora para encontrar la victoria.»

Nadie podía deshacer lo que se había hecho, y Breaca no tenía ni idea de si podría encontrar la victoria o no, solo que se la necesitaba o si no se perdería la tierra. Así se entretejían juntas la trama de la oscuridad y de la luz; una hueste de cincuenta mil guerreros enfrentándose a ocho mil legionarios, y toda la ventaja, sin embargo, con el enemigo.

«… existe algo llamado buena suerte…, es tan necesario como el adiestramiento…».

Valerio lo había dicho, y había establecido un plan de combate que era tan sólido como pudiese desear cualquier hombre. Era limpio, se aprendía con rapidez y sin embargo tenía las suficientes argucias como para confundir al enemigo. Se había reservado para él la parte más peligrosa, y Breaca no se lo había impedido, creyendo que era la mejor probabilidad de éxito que tenían.

Ella le habló de aquello, sentados junto al fuego, cuando los líderes de lanza ya se hubieron ido y el campamento se preparaba para dormir.

—Duborno dio su vida abiertamente por esto, para llevar nuestras plegarias a los dioses. ¿Estás pensando en hacer lo mismo en la batalla mañana?

Él estaba más delgado que cuando se separaron en Camulodunum, y su piel había recibido más sol. Su humor se había vuelto más libre también, de modo que ella pudo ver muchas de sus facetas: soñador y guerrero, muchacho y hombre, iceno y latino, Nemain y Mitra, todos en la sequedad de su sonrisa y la tranquilidad solemne que la seguía.

Inclinándose hacia delante, Valerio dedicó su atención un momento a Piedra, que estaba echado encima de sus pies, y luego dijo:

—Los dioses guían, raramente exigen. Depende de cada uno escuchar los susurros y hacer lo que podamos con ellos. Duborno les ha hablado de nuestras necesidades y de nuestra sinceridad con la magnitud de su regalo. No tengo intención alguna de seguirle. Mañana haré cuanto sea necesario. Igual que tú —hizo una pausa y ella pensó que se iba entonces, pero él siguió con entonación distinta—: En Camulodunum, dijiste que yo debía entregarte la serpiente-lanza si estabas entera cuando volvieses. Y ahora estás más entera de lo que nunca te había visto. Si vas a tenerla alguna vez, será esta noche. ¿Te la doy?

Entonces se mostró tímido, como un chico que ofrece su primera talla a su hermana mayor. La caja que le trajo era tan larga como alto era él, pero más estrecha.

La colocó a la luz del fuego y se sentó detrás, mirándola.

Ella habría admirado la habilidad artesana de la caja, pero la noche era corta. La abrió y dentro se encontraba una lanza con el mango tan largo como su cuerpo, de fresno blanco, y una punta larga y estrecha en forma de hoja de árbol.

El corazón de ella, que se había detenido un momento, volvió a su ritmo más rápido.

—¿Es una verdadera lanza de garza, como la que usan los caledonios? No desearía arrojar una de éstas a la ligera la mañana de la batalla.

—No —él la levantó, balanceándola con dos dedos. Por primera vez en su presencia, el artesano que había en él se mostró plenamente, eclipsando al soñador y al guerrero—. La hoja no es de plata, y no he hecho pluma para unirla al cuello y alterar su vuelo. Airmid talló las serpientes del mango.

—Y tú has puesto el sol en el hierro de la hoja —dijo ella, maravillada.

Ella nunca había recibido un regalo semejante. La sujetó cerca del fuego y vio los remolinos de cobre rojo batido e incrustado en el hierro azul de la hoja, de modo que atraía la luz del fuego y la hacía más brillante. Vio las serpientes que se curvaban con diseños vivos a lo largo de la madera, y las suaves líneas del sabueso de cobre batido en el hierro de la hoja.

Se puso de pie y la probó. El equilibrio era perfecto. La canción era sutil, y le costó un cierto tiempo oírla entre los chasquidos y chispazos del fuego. Cuando al final llegó hasta la canción, o la canción llegó hasta ella, era la canción de su propia alma a contrapunto.

Dijo:

«Encuentra la marca que es nuestra y busca el lugar en tu alma.»

—¿Cómo?

—La profecía de la antepasada. Era la tercera tarea: tenía que reunir un ejército, encontrar al guerrero con ojos y corazón de soñador, y ambas cosas las he hecho. La tarea final era hallar la marca que es nuestra (mía, de la antepasada, de Briga) y buscar su lugar en mi alma. Yo pensaba que iba a comprenderlo mejor, y luchaba por hacerlo. Pero ahora… —Breaca levantó la hoja y su luz brilló suavemente ante el fuego—, tú me la has entregado.

Se volvió a sentar, sintiéndose muy ligera.

—No tengo palabras.

—No las necesitas —la sonrisa de él procedía de su propia alma, despojada de toda ironía.

Se quedaron sentados con la lanza y el perro junto al fuego. Largo tiempo después, Breaca dijo:

—Tres tareas, y tres respuestas. Una vida puede acabar después de completarlas.

—O podría ser solo el principio —Valerio estaba echado de espaldas, con las manos juntas detrás de la cabeza y una rodilla doblada. Sus ojos buscaron los de ella y se mantuvieron allí—. Mañana es la culminación de todo aquello por lo que hemos

vivido, tú y yo. Todavía es posible que salgamos vivos de todo esto.

Él era el hermano que ella había perdido, y que ahora empezaba a recuperar. Estaba equilibrando mucho mejor las dos mitades de sí mismo. Su propio perro había vuelto, el sueño de *Granizo*, que corría a su lado. Ella empezaba a aprender que solo aparecía y se le podía ver cuando él estaba en un gran peligro, o había abierto por completo su alma a uno u otro de sus dioses. Se encontraba entre ellos, una forma larga, cálida, intangible, formada por una luz y una sombra desiguales. Ella descansó una mano en la rodilla y notó el áspero pellejo que le cubría el cuello.

—Es verdad que los dioses guían y no exigen —dijo—, pero también protegen, creo, o nos dan a cada uno de nosotros los medios para nuestra protección. No olvides eso en el calor de la batalla.

Un poco después, cuando el perro se veía con menos claridad, Valerio dijo:

—Y los dioses nos dan nuestra suerte, que está en ti. No lo olvides tampoco en el calor de la batalla.

* * *

Él se levantó algo después y fue a hablar con Longino y Teófilo, que le esperaban con la noticia de que unos refugiados de Verulamium, o de Canonimn, o de Caesaromagus habían encontrado una tienda en sus carretas. Pensando honrarle, la habían montado y habían colocado un brasero en su interior, de modo que el antiguo romano que había quemado sus ciudades en nombre de la libertad pudiera dormir cómodamente, como los generales de las legiones.

Breaca y Airmid se unieron en círculo a los demás, admirando en voz alta las pieles finas y las costuras dobles y reforzadas, y la forma en que la luz del brasero formaba sombras en los muros. Era una buena manera de acabar la noche, reírse con los amigos y salir de nuevo para dormir junto al último rescoldo del fuego de Braint.

O no dormir, sino sentarse con *Piedra* a su lado y pensar.

«… los dioses nos dan suerte, que está en ti…»

Breaca miraba la luz roja. La pira se desplomó sobre sí misma una vez más. El montón de cenizas había bajado hasta la altura de los hombros. Dejó que su mirada se emborronase, hasta que solo vio rojo.

Como si él se lo pidiera de nuevo, oyó entre las llamas la pregunta de Venutio y se preguntó si podría escapar a su respuesta. Como si la sopesara de nuevo en la mano, notó la piedra que había aplastado el cráneo de Duborno y liberado el alma de su cuerpo. Como si fuera real, aun sabiendo que no lo era, contempló la luna cornuda convertirse en luna llena, y vio a la liebre que vivía en su superficie bajar a la tierra. Un viento suave respiraba entre los rescoldos de lo que había sido Braint. El fuego suspiraba y se convertía, distante, en el ladrido de los perros, elegidos por sus voces y

su velocidad. Cazaban sin cesar, pero no mataban.

Piedra alzó la cabeza y gimió suavemente, y luego volvió a echarse a descansar. Desde detrás, Airmid murmuró:

—Deberías dormir. La batalla te necesita bien espabilada y despierta.

—Quizá más tarde —Breaca estaba tan espabilada y despierta como nunca lo había estado en toda su vida. Imposible imaginar siquiera volver a dormir.

—¿Quieres que te ayude a llegar al corazón del fuego?

Poseer la comprensión suficiente para plantear aquella misma pregunta ya era un regalo sin medida. Ella buscó por detrás y encontró el brazo de Airmid, y lo apretó.

—Quizá más tarde.

Se quedaron sentadas en silencio en medio del círculo de su familia. Graine yacía acurrucada en su manto. Al cabo de un rato *Piedra* se unió a ella y se convirtió en su almohada, sin despertarla de su sueño. Cygfa se hallaba sentada hablando con Gunovar cerca de un grupito de espinos. Halcón dormía con la espada-osa de Eburovic como compañera. Cunomar y Ardaco y aquellos que los seguían habían desaparecido; en algún lugar cercano, los tambores de calavera de las osas tocaban su ritmo discordante, a una distancia suficiente para no alterar el descanso de aquellos que necesitaban dormir.

Valerio seguía despierto, sentado con Longino y Teófilo. Ella veía sus siluetas de perfil, y la tensión creciente que carecía de razones obvias. Él se movió un poco, y ella vio que el perro le había dejado de nuevo, y que estaba sentado a solas, mirando hacia la noche como si esperase algo o a alguien.

Ella había pensado aquello y se preguntaba quién podría ser, y estaba a punto de levantarse y preguntárselo cuando la noche se movió y vio que había llegado demasiado tarde.

—¿Valerio?

Una voz le llamaba desde la oscuridad que había más allá del fuego. Breaca vio que su hermano se levantaba, lentamente, como si, ahora que había llegado el momento, prefiriese seguir esperando. Apareció a la luz Huw, el joven hondero con la cicatriz en la cara que era ahora Guerrero de Mona. El metal brillante relampagueaba entre sus manos.

Valerio no tomó aquello que se le ofrecía: una pequeña estatuilla de un halcón, Horus, con la cabeza abollada y un ojo de azabache. Se quedó de pie con la cabeza inclinada, mirando sus propios puños cerrados, y no se movió.

Fue Longino quien preguntó:

—¿Dónde está? —no tenía necesidad de dar nombre alguno; él también había estado esperando.

Huw dijo:

—Al otro lado del risco. Lo tienen los exploradores. Lo matarán, si tú das la orden.

—¡No! —fue Breaca quien lo dijo, poniéndose de pie—. Valerio, ¿es Corvo? —y como no obtuvo respuesta—: Ve. Era amigo antes de que todo esto empezase. Puede

volver a serlo cuando acabe. Ahora no podemos volver la espalda a la amistad.

Y entonces Longino lo dijo también, dulcemente, y con otros matices en su voz.

—Ve. Yo esperaré aquí, al calor. Falta una larga noche antes de que empiece el día; podemos arreglar entonces lo que se hubiera roto —y eso bastó al final para despegar los pies de su hermano y ponerle en movimiento hacia la oscuridad, más allá del fuego.

* * *

Se sentía enfermo, cosa ridícula justo antes de una batalla. Había pensado que Teófilo se ofrecería a ir con él, y no estaba seguro de ser capaz de encontrar la voz para enviarle de vuelta. Se sentía agradecido de que no hubiese sido necesario. Siguió a Huw a través de la oscuridad, ciegamente, y prefirió no pensar adónde se dirigía ni por qué.

Llegaron a un lugar donde un pequeño arroyo corría a lo largo de la base de la cresta montañosa, con un avellano a cada lado. Los había marcado para los líderes de lanza, para el día siguiente, no porque resultasen útiles como cobertura, porque no había cobertura propiamente dicha en la llanura abierta frente al valle de Paulino, sino como puntos de reunión, que todos los guerreros podían ver con facilidad.

—Aquí —Huw depositó el pequeño Horus en sus manos—. No andará lejos —y se desvaneció de vuelta hacia las sombras, en el risco.

La noche estaba vacía. Podía haberse encontrado solo bajo las estrellas, pero había un ligero aroma en la brisa que habría reconocido en cualquier lugar, en cualquier momento, incluso en el ciego fragor de la batalla, en el frío invernal de la montaña, entre una multitud de legionarios en una asquerosa taberna de un puerto de la Galia…, o allí, al borde de una llanura normal y corriente en la cual se decidiría el futuro de una provincia al romper el día.

Dijo:

—¿Por qué estás aquí?

—Para verte —Corvo estaba sentado en una roca con los pies desnudos metidos en la corriente. Viniendo tan recientemente desde la luz del fuego, a Valerio le costó algo verle. El agua fue lo primero, formando olas plateadas alrededor de sus tobillos, y luego la figura del hombre se reveló poco a poco.

Parecía mucho más cansado que en la hacienda de Prasutago, cuando envió lejos a los veteranos del procurador salvando así la vida de Breaca. Su pelo tenía mucha más plata que antes, en los años de su juventud, y quizás estaba un poquito más grueso por la cintura. Pero aparte de todo eso era el mismo hombre que había naufragado en la costa icena hacía veintitrés años, el mismo oficial que había salvado a un chico de la esclavitud y le había introducido en la caballería.

Se quedaron en lados opuestos del arroyo, y las palabras no conseguían establecer un puente. Al cabo de un rato Corvo se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Todavía tienes tu caballo loco?

—Sí. Y Cygfa a su nieto. Conserva el espíritu de su abuelo, pero no está tan loco.

—Dioses… Con dos de esos en el campo de batalla…, deberíamos huir ahora.

—¿Lo harás?

—No.

Aquella falsa levedad decayó. El río discurría entre ellos. Valerio se agachó y colocó el Horus de bronce en una piedra en mitad de la corriente. Su ojo de azabache le miraba resplandeciente. Dijo:

—Es tuyo. Tengo que devolvértelo.

—Gracias —Corvo no hizo ademán alguno de cogerlo—. Ha viajado muchísimo para estar aquí.

—¿Desde Alejandría?

—Sí.

—Nunca me dijiste su nombre —Valerio no tenía ni idea de por qué dijo aquello. Hubo unos años en que pudo haberlo preguntado, y la respuesta se le habría dado con total libertad.

Corvo dijo:

—No estoy seguro de haber conocido nunca su nombre real. Él se llamaba a sí mismo Alexandro —dijo con su acento suave del sur, deslizando las consonantes por la raíz de la lengua. Sonrió débilmente, de modo que el río lo reflejó—. Yo fui su Hefaistion.

—¿Tanto le amabas?

—Eso creía. El amor era… muy distinto entonces. Más sencillo —Corvo se agachó para recoger el halcón, y sus dedos siguieron la abolladura que tenía en la cabeza—. Yo tenía diecinueve años. Pensaba que sabía todo lo que había que saber de la vida y el amor y todas las cosas que quedan entre ambos.

—¿Y ahora? —le preguntó Valerio, en voz baja.

—Ahora no sé nada, y sé que no sé nada. No… eso no es cierto —Corvo aspiró brevemente y luego expulsó el aire y sacudió la cabeza—. Ya no sé qué decir cuando estoy contigo. Por el amor de los dioses, ¿debemos quedarnos sentados así con un río entre los dos, cuando todo acabará mañana?

Era difícil hablar, pero necesario.

—Hay sitio aquí —dijo Valerio—, y en tu lado también. Puedo cruzar yo, o puedes cruzar tú…, no creo que haya sitio para ambos y para el Horus en la piedra del centro.

—No —Corvo rio brevemente—. No, no lo hay. De modo que, ¿cruzo yo, o cruzarás tú? Parece que es importante. ¿Qué te dicen tus dioses?

—Que nunca tendríamos que haber llegado a esto —la voz de Valerio se atascaba en su garganta—. Espera, ya voy.

Se mojó los pies, se dio un golpe en el dedo gordo y aterrizó como un pez fuera del agua en la otra orilla, y se echó allí riendo, tembloroso. Estaba sollozando, y aquello le hacía mucho bien, más de lo que había supuesto.

Con la palma de la mano se secó la humedad de los ojos y se incorporó.

—Se supone que voy a dirigir el ala derecha mañana. Dudo de que me siguieran, si vieran esto —podía decirlo y no se perdía nada; sería obvio desde el principio del diseño de la batalla.

Revelando también algo, Corvo dijo:

—Entonces ya nos encontraremos. La Quinta Gallorum está destinada a mantener la izquierda.

—Todavía hay tiempo para cambiar eso —Valerio lo pensó—. Pero no lo haremos. Haremos lo que debemos hacer, porque no hay forma ya de cambiar las cosas que importan realmente —se incorporó. Las lágrimas caían a ambos lados de su nariz, como si se hubiese abierto un caño y no se pudiese cerrar. Él las apartó, confusamente, y estrechó unas manos que le esperaban—. Quinto Valerio Corvo. Te amé mucho más de lo que yo mismo sabía. Nunca habría desechado aquello con tanta ligereza si hubiese sabido lo que significaba.

Las manos que yacían en las suyas estaban quietas y frías, y solo un pequeño temblor las traicionaba. Corvo dijo:

—Alguien me dijo una vez que los hombres están condenados a aprender mediante el dolor hasta que puedan encontrar una forma de aprender a través de la alegría. Parece que tenemos muchísimo que aprender todavía, los dos.

—Sí, es verdad. ¿Eso era de él? —señaló con la cabeza el Horus.

—No. Pero es de aquella época. Una mujer. Ella era para Isis lo que tú eres para Mitra. Y ahora para Nemain, creo. ¿O es Briga?

—Nemain.

—Debe resultar duro mantenerse fiel a ambos a la vez.

—Imposible. Todavía soy dos personas en una sola piel. Supongo que siempre será así.

—Pero una sola alma, y es icena, y ahí es donde se halla el tesoro —Corvo levantó la mano de Valerio y trazó las líneas de su palma con un dedo, y dijo—: Sabes que si pudiera devolverte todo cuanto se ha perdido, lo haría.

—Lo sé. Gracias.

Sin hablar, ambos se habían desplazado y se habían sentado más cerca, de modo que era posible una vez más para Valerio inclinar la cabeza a un lado y encontrar un hombro que le esperaba, como siempre le había esperado, y el peso de una mejilla en su cabeza, y notar un brazo en torno a él, y el ritmo firme, firme y seguro, de un corazón que cantaba al suyo. Los dioses estaban allí, tranquilos, sin conflicto, de modo que era posible volver a ser joven, y no saber nada excepto la sencillez del amor, y al mismo tiempo ser viejo, y saber que todavía había que aprenderlo todo.

—Luain macCalma —Corvo pronunció aquel nombre en su pelo, como una

bendición o una maldición—. Le pregunté si nos reuniríamos en la muerte. Él me prometió que nos reuniríamos una vez más en esta vida. En ese momento no le creí.

«Una vez más.» Las palabras les hirieron a los dos, y las creyeron.

Valerio dijo:

—Es mi padre, ¿lo sabías?

—Sí, él me lo dijo. Siempre lo había creído así, solo que cuando Eburovic vivía me parecía inadecuado preguntar. Él estuvo allí desde el principio, desde el primer naufragio. ¿Estará ahora aquí, al final?

—No lo sé. Cree que Graine es la pieza fundamental del tablero. La ha enviado de vuelta con Breaca, de modo que pueda estar aquí. Es posible que crea que con eso basta.

—Por el bien de tu pueblo, sería bueno pensar eso.

—Sí —el llanto había cesado y después de todo no había necesidad de hablar. Valerio se quedó quieto, escuchando los latidos de un corazón y sintiendo la presión de una mejilla, y los labios en su cabeza. Luego se incorporó un poco más de modo que la cabeza quedara junto a la suya, y habría sido poca cosa volverse hacia adentro y buscar el beso y el consuelo que llevaba diez años negándosele.

Una parte de él quería hacerlo. La mayor parte, la conectada con los dioses, no quería. El hueco entre los dos dolía con un anhelo antiguo y familiar.

Inseguro, Corvo dijo:

—Creo que ya basta. Habernos visto, haber hablado…

—Saber que no hay odio.

—¿Y nunca lo hubo?

—Nunca.

La noche era más fresca que antes. El brillo de la pira de Braint era como un sol poniente en el horizonte erróneo. Era difícil separarse. Mucho más difícil aún imaginar la despedida. Y lo más difícil era imaginar la batalla, y el final que podría suponer. Se separaron lentamente, haciendo que los momentos durasen más allá de su lapso normal.

Corvo recogió el Horus y le secó el agua con el borde de su manto. Dijo:

—Luain macCalma sabe cosas que nosotros no sabemos. Si alguien puede extraer algo de sentido del sinsentido, es él. Él me salvó la vida en Mona. Me gustaría pensar que hubo algún motivo, y que no fue para la destrucción de nosotros dos, o de nuestros pueblos.

La piedra del centro estaba libre. Valerio cruzó de nuevo la corriente con los pies secos, y no titubeó. Desde la otra orilla, que era icena, al menos hasta la mañana, dijo:

—Ocurra lo que ocurra, debes saber que siento muchísimo todo lo que dije, y que te hirió.

—Siempre lo he sabido. Pero no siempre he podido hacerte saber que lo sabía.

La alegría que aquello suponía podía haberle ablandado por completo, si hubiese permanecido en el lado romano. Valerio dedicó el saludo de un guerrero a otro

guerrero y dijo:

—Hasta mañana entonces, y lo que sea que suceda después. Si cruzo primero el río de los dioses, te esperaré, por mucho que tardes.

—¿Lo permitirían tus dioses, no siendo los míos? —Corvo nunca se había atrevido a expresar aquel temor, ni para sí ni ante nadie más. Vio que Valerio hacía una pausa en su lado del río y buscaba en su interior de una forma que nunca había hecho en sus años jóvenes. La respuesta, cuando llegó, fue por tanto mucho más tranquila y sólida y cierta, y rodeó el corazón de Corvo como un vendaje dispuesto para un dolor previsto.

—Siempre lo permitirán. Solo los hombres necesitan pertenencias. Los dioses permiten más libertad.

El mensaje venía de los dioses, y era para todo aquel que pudiese oírlo. La sonrisa fue solo para Corvo, y él la atesoró.

XL

Valerio caminaba por la orilla del arroyo. Cuando no pudo oír el sonido de los pasos que iban en la otra dirección, se inclinó a lavarse la cara.

Nadie vino a unirse a él ni a hacerle innecesarias preguntas. No había luna todavía, que abriese plenamente los caminos a Nemain. Tampoco había toros pastando junto a los dos ejércitos que le acercasen más a Mitra. Aun así, se había cruzado una frontera que era algo más que mojarse los pies en un río y un último recuerdo de amor. La noche era más intensa que antes, de modo que las estrellas resultaban como agujeros pinchados en el vacío, y como si la luz de los dioses se filtrase a su través. Se volvió para caminar a lo largo de la vasta llanura hacia el campamento y se dispuso, abierto, a esperar.

Cygfa fue a reunirse con él. No era, precisamente, a quien más deseaba ver. Estaba sola, en medio de una noche tan negra que solo el brillo de su cabello revelaba su presencia, y aun así, era de un color peltre, apagado y extraño, y no el oro del legado diurno de su padre. Ella había cambiado desde la batalla de Camulodunum, y Valerio no sabía muy bien por qué. Tanteando, dijo:

—Siento lo de Braint.

—Gracias. Yo también, pero ha sido una buena muerte, y un buen día para morir. Pocos entre nosotros tenemos el privilegio de cruzar el río bajo la misma luna que Duborno. ¿Has oído hablar de ello?

—Sí, Airmid me lo ha contado, y luego Breaca.

—¿Qué te han contado de lo que pasó entre él y yo?

—Que tú te ofreciste a llevar su vida después de su muerte, pero que él… —Valerio luchó por encontrar palabras que resultasen adecuadas y que no ofendiesen al percibir la tensión súbita y un amago de algo que todavía no sabía cómo calificar. Ella no se mostraba tensa en su presencia desde que habían abandonado la Galia en un buque, cuando él todavía pensaba que luchaba por Roma. No quería recordar aquello. Se había acostumbrado poco a poco a la presencia tranquila de ella, a que ella le hubiese aceptado por todo lo que había sido. Le dolía sentir que aquello se había perdido.

Ella se volvió y él la condujo más cerca del campamento, hacia el lugar donde el fuego de la hoguera podía permitirle verla mejor. Ella se adelantó y le empujó un poco hacia el este, hacia la tienda que le habían entregado los refugiados, y la luz roja de su brasero.

Allí dijo:

—Duborno no aceptó lo que yo le ofrecía. No podía. Quizá no tenía que habérselo

ofrecido, pero en aquel momento me pareció lo indicado.

—Entonces, estuvo bien —Luain macCalma lo habría dicho mejor, de modo que sonase menos simple, o Efnís, o el propio Valerio si no hubiese estado tan susceptible.

—Lo sé. Y él dijo lo necesario en voz alta delante de todo el mundo. Te lo habrán contado también.

Habían llegado a la tienda, lo bastante cerca para oler el carbón que llenaba el brasero, y el aceite de romero que alguien había salpicado en él. Valerio dio gracias, fervientemente, por no haber olido aquello antes de ver a Corvo. En los años en que sus vidas se vivían como una sola, a menudo echaban aceite de romero en el fuego antes del amor; habría sido mucho más duro dejarle si el recuerdo de aquel aroma le hubiese llenado la cabeza. Devolvió su atención a Cygfa y a lo que ella estaba diciendo:

—… pero no te habrán dicho lo que me dijo a mí sola, cuando me abrazaba.

—¿Y qué fue?

Era importante. Importaba lo suficiente para que ella permaneciese despierta la noche antes de la batalla y saliese a la oscuridad para reunirse con él. Importaba lo suficiente para que el rostro de ella tuviese el mismo blanco carente de sangre que su cabello, ambos recibiendo color solo del brasero. Él lo sabía, y aun así, le resultaba difícil pensar a través del aroma de aceite de romero y la súbita conmoción de espacios divinos y gemelos que se había abierto en su interior.

Se agarró a una de las cuerdas tensoras de la tienda y apretó la mano hasta que le causó un hondo surco, sabiendo que lo lamentaría por la mañana y durante toda la jornada de combate.

Cygfa no quedaba más libre del caos que él mismo, aunque solo por otros motivos que él todavía no entendía. Cerró los ojos, y el esfuerzo que le costaba hablar resultaba evidente.

—Antes de entregarse a los dioses, Duborno dijo: «tú eres el lecho para otra semilla que no es la mía. Cuando llegue el momento, no lo dejes pasar».

Ella había sido violada en Roma, y de nuevo a finales del invierno por los veteranos del procurador. Si alguna vez había deseado a un hombre, él no podía imaginar que tal cosa ocurriese entonces. No era bueno pensar mal de un hombre que acababa de entregarse a los dioses, pero Valerio maldijo al cantor muerto por idiota, y no se retractó después.

Dijo:

—Duborno ya se hallaba caminando con los dioses cuando habló. Quizás hablaba como ellos, con imágenes de sueño y medios pensamientos. Ser lecho para una semilla no siempre significa engendrar a un hijo. Los hombres también pueden engendrar ideas, o seguidores, o…

—No. Yo le conocía mejor que nadie. Él no hablaba con imágenes de sueño. He estado hablando con Gunovar. Ella estuvo allí, y formó parte de todo aquello con él. Ella notó lo mismo que él. Ella vio lo que vio él.

Un cierto temor le invadió entonces. Se agarró al tensor de cuerda y no se preocupó del daño en su mano.

—¿Qué?

—Que se trata de algo más que de una sola tribu, o de un solo pueblo. Lo que importa ahora no es si ganamos o perdemos la batalla de mañana, o si tú o yo vivimos o morimos en ella. Lo que importa es que el linaje pueda continuar más allá de nosotros, que nazcan y se críen niños que ostenten el poder de los dioses y lo unan a la tierra. A Breaca se le dijo en el primer sueño de sus largas noches que lo que importaba eran los niños, y todavía sigue siendo así; sin los niños («los niños adecuados») podemos ganar mañana y sin embargo perder. Con ellos, podemos perder y sin embargo ganar.

Él había caminado por encima del hielo y el hielo se había roto y él se encontraba cayendo a través de un agua interminable, negra y helada. Tenía el vello erizado y la lengua hinchada en la garganta. Intentó recordar a Corvo pero no pudo. Longino estaba cerca y podía oírle si gritaba, mas no encontró el aliento suficiente para gritar.

—No —dijo Valerio, rotundo, y encontró la fuerza suficiente para retroceder—. Tú no lo deseas. Yo no lo deseo. Si hay que hacerlo, que lo hagan otros, y no nosotros.

—¿Quién? —Cygfa se parecía entonces a su padre, cuando el desdén era su arma —. ¿Crees que debería mandarte a Graine, quizá?

—¡No!

Ella se había acercado y él tenía que haberla apartado a un lado. Ella le había puesto las manos en las muñecas, sujetándole. Su rostro estaba cerca del suyo, de modo que podía oler su aliento y su sudor, y ninguna de las dos cosas eran lo que él acababa de dejar a la orilla del arroyo.

No era lo que él quería. No podía imaginar siquiera desearlo, excepto una vez, y fue en el caso de Nemain, que era muy distinto…

Recordó el agua del río y cómo corría por encima de su piel, y el recuerdo que era sagrado y no se podía dejar a un lado.

Y tampoco a Cygfa. Ella era la más fuerte, y los dioses iluminaban sus ojos. Ella era su padre hecho mujer, o sencillamente, vuelto a la tierra bajo una forma distinta. Valerio nunca había amado a Caradoc, solo le respetaba y envidiaba su vida.

Ella estaba demasiado cerca, demasiado ansiosa.

—Valerio, escúchame. Nuestros dos linajes deben continuar. Graine es del Perro del Sol, pero es demasiado joven. Cunomar puede tener algún hijo con alguien, pero es solo una parte, y no hay nadie que se iguale a ti. Tú eres hijo del Anciano de Mona, uno de los mayores, posiblemente el mayor que jamás haya existido. Macha se igualaba a él; si ella hubiese sobrevivido, existen muchas posibilidades de que hubiese sido la elegida en su lugar. Si tu vida hubiera sido diferente, no habría sido Efnís el sucesor.

Inútilmente, dijo:

—Yo no quiero ser Anciano de Mona.

—Ya lo sé. Y no quieres tener un hijo, y no quieres engendrarlo tampoco, pero hay que hacerlo. Hay que hacerlo.

Cygfa se echó atrás, observando cierta distancia, y aun así, le sujetaba. Sus ojos le desafiaron, como habían hecho una vez a la orilla de un río distinto, en la Galia. Entonces era muy arrogante. Ambos lo eran. Dijo:

—Pregúntales a tus dioses y comprueba si aceptan lo que te digo. Si puedes decir con toda certeza que no lo aceptan, te dejaré.

Ése era el temor y la desesperación: él ya sabía lo que querían. Si lo decía en voz alta, ella no tendría que dejarle.

Cygfa notó que su resistencia cedía. Vio la súbita alteración de su equilibrio, como si ella dependiese de él para vencerle y, ahora que él había vacilado, no supiera qué hacer.

Reunió todo su valor, sintiéndose ahora una figura más pequeña y siguiendo un camino que nunca había querido recorrer. Se hallaban cerca de la tienda. Ella todavía le sujetaba, y le atrajo hacia el interior.

—¿Aquí?

Estaban demasiado cerca para esconderse el uno del otro, y habían compartido demasiadas batallas. Él notaba su miedo, así como el valor que necesitaba ella para atenerse a lo que creía preciso.

—No —dijo Valerio—. Este niño no debe tener nada de Roma. Ven conmigo —y la condujo fuera de las pieles cosidas y el rojo resplandor del carbón, y el aroma demasiado intenso a aceite de romero, y volvieron a orillas del agua, corriente arriba del lugar donde se había reunido con Corvo.

El río se curvaba hacia el este y volvía de nuevo atrás en un meandro. El vértice de la curva era un punto a mitad de camino entre los dos ejércitos en competición. Había la luz suficiente procedente de las fogatas de ambos campamentos para ver el terreno y verse el uno al otro.

Allí un saúco, lleno de bayas verdes, formaba una especie de estrado con un sauce llorón. La hierba les llegaba a los tobillos y todavía no estaba hollada por la guerra. El agua susurraba con suavidad; no había piedras que entorpeciesen el paso del río. Molestaron a un cuervo que aleteó airadamente y se fue, con las plumas resquebrajadas en la oscuridad.

Débilmente, Cygfa dijo:

—¿Nos bendice Briga? ¿O no?

Valerio dijo:

—O Mitra. El cuervo es el primero de sus animales, antes que el perro, el toro y la serpiente.

Cygfa forzó una sonrisa.

—Si damos con los demás, puede ser una noche interesante.

Ella tenía un miedo muy profundo, y se esforzaba muchísimo por no demostrarlo. Era más fácil, pues, encontrar algo de fuerza en aquello que se les había dado.

Valerio buscó compasión en su propia alma y la encontró, y un cierto amor que estaba enraizado en el respeto por todo aquello que ella había sido; lo suficiente para dejar que ambos dioses en su interior le regalasen una cierta pasión.

Él le tomó la mano.

—No tengo experiencia en esto.

—Y yo tengo demasiada —el cuerpo de ella estaba rígido, como una cierva acorralada.

—Entonces guíame para que tu experiencia pueda ser diferente de lo que ha sido.

—Lo intentaré, pero si no lo consigo tú debes terminar.

—Lo intentaré.

Se echaron juntos detrás del saúco con sus bayas, y se movieron lentamente y fueron muy tiernos el uno con el otro, de modo que hubo tiempo para que la compasión y el deber se convirtieran en pasión y en algo que se acercaba bastante a la necesidad.

Casi al final, mientras todavía podía hablar, Valerio dijo:

—Si hacemos esto, ¿te apartarás de la batalla para mantener vivo al niño?

Él notó que la sonrisa de ella tensaba la piel de su hombro, donde sus dientes apenas rozaban. La voz de ella resonó en su médula:

—No. Nada me alejará de la batalla, igual que tampoco te apartará a ti. Pero puede que no haga lo que había planeado, que era seguir a Braint a través del río si se nos torcía la suerte.

—Bien. Muy bien. Sería muy duro perderte, muy duro.

Ambos se sorprendieron ante la sinceridad de aquello, y la profundidad del sentimiento. Bastó, evidentemente, para que ambos trepasen la última colina y hallasen liberación y descanso, creyendo que habían engendrado a un niño que llevaría el linaje de la luna y del sol, y que construiría una nueva vida en un futuro que todavía estaba por hacer.

XLI

Por primera vez en la vida de Breaca, la torques de los antepasados icenos se asentaba cómodamente alrededor de su cuello. La antepasada-soñadora no siseaba sus advertencias contra el orgullo desde la caverna de su mente; el Perro del Sol no la cargaba con presagios de maldición si dejaba que el linaje de él o el de ella se arruinasen; el peso de la ceremonia de un centenar de generaciones no la agobiaba, exigiendo que ella fuese su igual.

Los rescoldos del fuego que antes era amigo relucían rojizos en la oscuridad, y ella se sentó a su lado, la única despierta en una hueste de miles y decenas de miles, casi a punto del amanecer del día de la batalla. La torques yacía cálida como una serpiente viva contra su piel, pero no suponía amenaza alguna. Ella notaba su presencia como notaba la del perro de Valerio, una cosa que revoloteaba en el límite de la comprensión, pero que aun así daba consuelo y una cierta protección.

—El perro es su sueño —la voz venía de detrás de ella, empapada por las corrientes oníricas—. La serpiente-lanza es el tuyo. Cada uno de vosotros lleva lo que más necesita para tenerlo cerca.

—Pensaba que estabas dormida.

—Y lo estaba —Airmid se incorporó y se acercó a su lado—. Efnís sale al amanecer. Llevará noticias a Luain macCalma de lo que planeamos. Yo debería hablar con él antes de que se vaya, pero todavía no. Hay tiempo aún, antes de que llegue la luz.

Tiempo para estar juntas. Se apoyaron la una en la otra en la oscuridad, hombro con hombro, calor con calor, aliento con aliento. Nunca se habían dicho adiós la mañana antes de una batalla, solo su cercanía era más tangible, y el tiempo se hacía más lento durante un rato, y luego demasiado rápido.

Todavía era lento, cercano al amanecer, como si el pulso de la tierra aún estuviese dormido.

Se quedaron sentadas, quietas, sanadora y sanada, y contemplaron el fuego. Al final Breaca se quitó la torques y la balanceó en la cima de sus dos rodillas juntas.

—Cuando me diste esto, después de la muerte de Tago, notaba como si fuese un ser vivo, la serpiente de la serpiente-lanza, llena del poder de la antepasada-soñadora.

—¿Y ahora? —la cabeza de Airmid se apoyaba en su hombro, un peso necesario. Resultaba imposible imaginar que desapareciese o que otras mañanas no las vieran unidas de ese modo.

—Ahora me parece vacía. No muerta, simplemente vacía, como un recipiente que se ha vaciado, y que espera a llenarse de nuevo.

—Así es —dijo Airmid—. Y aquello que contenía está ahora en tu interior. ¿No lo notas?

—Sí.

Breaca dio la vuelta a la torques entre sus manos. La habilidad de su manufactura todavía la dejaba sin aliento. Los antepasados, que tenían más tiempo, habían aprendido a trabajar el oro de una forma que los orfebres que trabajaban para Roma no conseguirían En su sencillez radicaba su belleza, en la pureza sin mancillar del oro rojo siluro y el trenzado de los alambres y los lazos abiertos al final, para las plumas de muerte. No había plumas en ella ahora, ni tampoco las hubo desde el primer año de la invasión de las legiones.

Airmid pasó sus dedos por ella, salvando el hueco con los dedos.

—Si vas a llevarla de nuevo en la batalla, debería haber algo aquí, que diga quién eres. Espera… —y buscó en su bolsa y sacó una pluma vaciada en plata, de un tercio del tamaño real de una pluma de cuervo, baqueteada y con un extremo doblado.

Breaca dijo:

—Pensaba que los hombres del procurador las robaron todas.

—Yo también —Airmid la sujetó plana en su palma, de modo que el fuego la convirtiera en oro. Tenía hilo rojo, y empezó a atar el cañón—. Gunovar la encontró después entre las ruinas de la choza de Tago. Me la dio para que la guardase hasta que tú te encontraras bien de nuevo.

—Gracias —más que la novedad de la torques, la pluma era la confirmación de que estaba curada.

Breaca vio los dedos largos y finos de soñadora de Airmid tejiendo el hilo en la pluma y la pluma con el oro.

—Pensaba que podían llegar al final; la anciana abuela, la antepasada-soñadora y el Perro del Sol y todos aquellos que vinieron antes y desde entonces. Me he pasado media noche esperándolos.

—Si esto fuera el auténtico final, quizá lo harían. Hay una batalla primero, antes de que llegue ningún final. ¿Te ayudaría a luchar su presencia?

—No —la simple idea le provocó una mueca—. Puedo vivir sin la ayuda de fantasmas del pasado.

—¿Acaso sabes algo de lo que se requiere antes de que empiece el combate?

—La noche pasada, contemplando el fuego, una liebre bajó de la luna y aparecieron perros que no eran *Piedra* y que la seguían. Graine estaba allí. Ayudaba.

—¿Puedes convertir eso en realidad?

—Supongo que sí. Más tarde, cuando tengamos que hacerlo —no mencionó la pregunta de Venutio ni se la había mencionado a nadie.

Se había formado rocío en la hierba alrededor de ellas, más allá del calor del fuego. En los árboles que había detrás un cernícalo alimentaba a sus crías gimoteantes. En algún lugar demasiado cerca para su comodidad los tambores de calavera de la osa empezaron a resonar de nuevo, enloquecedores como tábanos. Pero aún estaba

oscuro y la línea oriental del día no había empezado todavía.

Breaca tomó la pluma medio ligada y la torques, y las dejó a un lado.

—Todavía es de noche —dijo—, y tenemos tiempo para estar juntas antes de ser aquello en lo que nos hemos convertido. Creo que podemos hacer mejor uso de ese tiempo que con esto.

Al menos eso no había cambiado. No se dijeron adiós, pero se echaron juntas en la oscuridad más allá del rojo resplandor del fuego de Braint y dejaron caer las últimas fronteras que las separaban, y compartieron el tiempo que se iba dilatando cuando el pulso de la tierra todavía era lento y podían contemplar cada latido de sus corazones, y saborearlo.

* * *

La liebre alzó la cabeza y olisqueó el aire.

Graine cesó al momento en su movimiento de avance. Se encontraba echada boca abajo en la hierba larga, y la niebla matutina se enroscaba a su alrededor como humo de una fogata, y llevaba el pelo empapado de rocío.

Sentía la presencia de la liebre como un segundo latido en su pecho, y lo fue alimentando como habría hecho con una llama nueva en una yesca demasiado húmeda. Cansada, temiendo aplastarla con su propia torpeza, esperó con tanta ligereza como pudo la seca y cosquilleante sensación que estimulaba las raíces de su mente, la sensación punzante de urgencia que no procedía de ella, ni de su madre, que estaba a un tiro de lanza a la izquierda, ni de *Piedra*, que andaba cerca a la derecha, sino de la liebre que tenía delante.

Esos cuatro (ella, su madre, el perro y la liebre) eran todos parte de la caza, y Graine el centro de su red. Su propio corazón martilleaba con demasiada fuerza, y no podía acallarlo. Ella no había notado nada semejante desde antes de que los hombres del procurador la asaltaran, posiblemente ni siquiera entonces. Era como si hubiese recuperado la visión después de largos meses de ceguera, y el mundo tuviese muchos más colores que antes. Quiso decírselo a Bello y no estuvo segura de si aquello sería justo o no.

La liebre se relajó. Los distantes sonidos del campamento de guerra no eran ya tan perturbadores como antes. Los tambores de calavera de la osa, que habían empezado mucho antes de amanecer, ya no la volvían loca.

Graine se dirigió hacia delante. Nunca había querido ser cazadora, pero su madre se lo había pedido, aquella deslumbrante desconocida, infinitamente familiar, que la había despertado con una mano en el tobillo y le había ofrecido una torta de avena recién hecha, y agua del arroyo aromatizada con flores secas de saúco. Su madre, que la había estrechado con fuerza contra su cuerpo y había apretado los labios en el

cabello de Graine de modo que su aliento le calentaba la cabeza, y hubo un momento de seguridad en un mundo inseguro, y eso también fue algo que pudo alimentar, antes de que se lo llevara la mañana.

—¿Me ayudarás a encontrar una liebre? —le había pedido su madre—. Una hembra joven y fuerte, preñada, pero no tan pesada que no pueda correr rápido. No vamos a matarla. Tengo la idea de algo que nos puede ayudar hoy.

Breaca había estado con Airmid, desde luego; su legado permanecía en torno a ella como un manto, y hacía su mirada mucho más aguda, de modo que parecía como la anciana abuela, pero su preocupación era más evidente y eso hacía que la mañana fuese mucho más luminosa y menos terrible.

Luego estaba el desafío de encontrar la liebre adecuada, y la creencia incuestionable en que ella sería capaz de hacerlo, de modo que, levantándose y emergiendo de unos sueños extraños e intrincados, Graine no lo cuestionó, se echó un poco de agua en la cara y bebió un poco más, y probó otras cosas que no eran flores de saúco y luego soltó la red de su mente hasta que una liebre joven, fuerte y preñada, cayó en su interior, y ella anduvo, y luego se arrastró, y al final reptó hasta tenerla a su alcance.

Su madre tenía una red. Ya estaba puesta, colgando de una ramita de avellano bifurcada, de modo que caería y enredaría a cualquier ser que corriera hacia la malla. Graine decidió que no podía fiarse de ella. Marcó la línea en su mente y se movió a través de la hierba.

La liebre podía notarla como ella notaba a la liebre. El momento de comunión era físico; era como la reparación de un cordón umbilical que ambas habían buscado, pero que no sabían cómo encontrar. Miedo y esperanza llegaron juntos; el miedo del animal era el miedo de ella, su esperanza la suya, y la certeza de la seguridad. Cantó en su mente, y cantó notas altas y plateadas, como la música de la luna.

La luna se cernía vieja y afilada en el cielo, desvaneciéndose ya, aunque todavía se la podía ver, corriendo ante el sol. Llegaron a ella separadamente y juntas, el animal y la niña de Nemain, dos lados de un triángulo que, una vez formado, ya no se podía romper.

La liebre se echó a su sombra, aplastó las orejas contra la cabeza y cantó. Graine cantó y se deslizó hacia delante y la recogió, y la cálida bestia quedó a salvo en santuario contra su piel cálida, corazón con corazón, aliento con aliento, alma con alma, con la luna entre ambas.

Largo tiempo después ella se puso en pie y caminó a través de la hierba reseca hacia su madre, que no dijo nada, solo reflejó el sol en su honor y silbó a *Piedra* para que acudiese a sus talones y la condujese de vuelta hacia el campamento, donde los guerreros que no sabían lo que se había hecho cantaban sus canciones de combate y se trenzaban el pelo y los resonantes tambores de calavera de las osas de Cunomar descansaban al fin.

Airmid se reunió con ellas con una bolsa de piel de gamo para la liebre, y se sentó

con Graine junto a los últimos rescoldos de la pira de Braint y cantaron a la bestia de una batalla antigua entre los antepasados y las águilas en los días en que el mundo era joven.

Bello fue a sentarse junto a Graine y ella no tuvo necesidad de hablar con él del fin de la ceguera y de los nuevos colores del mundo. Por el contrario, le dijo:

—No entiendo qué ha ocurrido.

—Has estado en Mona y eso no es ninguna tontería —él se había peinado el cabello rubio dorado y se había colocado una calavera de cuervo en él, por Briga. Parecía una joya en la mañana—. Y luego se te requirió encontrar la piedra para Duborno. Él curó algo más que su propia existencia con el regalo de su vida.

Volvió el rostro hacia ella, de la forma que ella había llegado a reconocer en Mona, de modo que aunque sus ojos se hallaban enfocados hacia la dirección errónea, toda su atención estaba puesta en ella.

—Cuando se te requirió para Duborno, ¿cómo supiste que habías dado con la piedra adecuada?

—Lo noté.

—¿Te llamó? ¿Igual que te ha llamado la liebre? ¿Se unió a ti como se ha unido la liebre?

La liebre todavía seguía unida. Sentía el tirón del animal contra su vientre, y no podía imaginar que un niño se pudiera unir a ella con más fuerza. La unión con la piedra había sido menor, un hilo fino, como la seda de una araña. Sin la sensación más tangible de la liebre no la habría reconocido.

Bello le puso una mano en el hombro.

—No te agarres demasiado fuerte a esa sensación, ni tampoco la expulses de ti. Simplemente, quédate con ella y siente cómo es, y disponte a reconocerla de nuevo cuando aparezca.

Él se levantó con suavidad. Los ojos huecos de la calavera de cuervo que llevaba la miraron desde lo alto.

—Deberías quedarte aquí mientras los demás se preparan para entrar en combate. Debo encontrar a Cunomar y luego a Halcón. ¿Puedes señalarme dónde están el uno y el otro?

Su hermano mayor y su nuevo hermano estaban juntos, cosa que en sí misma ya era un milagro, aunque no había una paz total entre ellos. Le mostró a Bello dónde localizarlos y encaminó sus pies en la dirección adecuada y se volvió a recostar con la cálida sensación de la liebre pesada contra su cuerpo, y vio cómo se preparaban los guerreros para la batalla.



Cunomar dijo:

—Tú eres mi hermano.

—Sí —confirmó Halcón. Llevaba la espada de Eburovic a la espalda, y se había trenzado el pelo al estilo iceno, con la trenza del guerrero a un lado. Alguien le había regalado la pequeña cornamenta de un ciervo joven, y él la había sujetado a su sien en lugar de las plumas de guerra y se había pintado la serpiente lanza en la parte superior del brazo de la espada. Todo el mundo, por entonces, sabía ya por qué.

Uno debería amar a un hermano, o al menos no odiarlo.

Ambos estaban igualados. Si hubiesen luchado, Cunomar creía que habría ganado, pero solo porque tenía la ventaja de la osa. Nuevas marcas de garras sangraban recientes en sus hombros, como en los hombros de los otros doscientos que habían bailado con él ante Ardaco, al ritmo de los tambores de calavera, entregando de nuevo su alma a la osa.

Halcón no era de esos, pues se había mantenido al margen, invitado por Ardaco, y había visto parte del misterio. Solo se le había permitido antes a la Boudica y a Cygfa. Más incluso que la espada de Eburovic, aquello había afirmado el lugar de Halcón en la familia.

En torno a ellos, el canto de los guerreros se había detenido. Algunos estaban ya montados y dispuestos. La caballería de Valerio se movía en masa y empezaba a organizarse en algo parecido a escuadrones, como él les había enseñado en la cabalgada desde Ludgunum. Cygfa era una lanza resplandeciente, atrayendo a los guerreros tras ella como gaviotas detrás de un barco. La Boudica hablaba con su guardia de honor. Los caballos ya estaban reunidos y sudando.

No quedaba tiempo para la indecisión. Y Cunomar no se decidía aún.

Halcón tocó con dos dedos el pomo de la espada de Eburovic, y luego la serpiente-lanza que llevaba en el brazo.

—Yo no pedí todo esto. Se me entregó libremente.

—Ya lo sé.

Cunomar lo había oído primero de labios de Breaca, y luego de Ardaco, y por último de Cygfa. De pie, junto a la pira de Braint con su madre que acababa de regresar, sintió demasiado tumulto en su corazón y su cabeza para aceptar otro nuevo hilo en la trama. En la límpida mañana, con la niebla ya aclarando y la batalla cerca, aún no sabía qué partido tomar.

Una nueva voz dijo:

—Si podéis quedar igualados combatiendo el uno contra el otro, ¿cómo seríais los dos luchando unidos contra las legiones?

Bello hablaba desde donde estaba Cunomar. Era aquel joven belgo del cabello rubio a quien había conocido cuando solo era un niño esclavo muy asustado en la Galia, y que al parecer se había convertido en soñador de Mona, consagrado a Briga. Además era ciego. Aquella noche le habían contado también todo aquello.

Halcón le conocía y le respetaba. Le dedicó el saludo del guerrero al soñador y

luego, inesperadamente, se volvió a Cunomar y le dedicó el saludo de un guerrero a otro guerrero, y compañero de escudo.

—Si lo aceptaras, juraría luchar contigo como compañero de escudo, para entregar mi vida por la tuya, hasta el final de la tierra y los cuatro vientos.

El vello se erizó en los brazos de Cunomar. Las cicatrices de la osa en sus hombros se pusieron tirantes, como si se hubieran cortado y luego hubiesen formado costra y se hubieran curado, todo en un solo movimiento. Oyó la áspera respiración de la osa y sintió el momento de la muerte, mientras él la mataba. Dijo:

—Ese juramento es demasiado antiguo. No pienso someterte a él.

—Es un juramento hecho entre familiares. Te lo ofrezco sabiendo qué significa.

Bello dijo:

—No puedes aceptarlo si le odias, pero tampoco tienes por qué amarle aún. ¿No puedes encontrar algo que esté entre las dos cosas?

Cunomar lo pensó. Al final dijo:

—Puedo respetar y honrar el valor de uno que bailó para los ancianos del ciervo, que habría entregado su vida —aún lamentaba no haber estado allí. Miró los últimos rescoldos del fuego de Braint y vio a Graine—. ¿No estabas ya juramentado a mi hermana?

Halcón dijo:

—Los soñadores estarán juntos y apartados de la batalla, y Graine con ellos. Se irán detrás de las líneas de combate. Si perdemos, ellos también estarán perdidos, pero ya lo saben. Yo hablé con tu hermana la pasada noche y ella me dejó libre para combatir —ofreció una sonrisa tímida—. En Mona le enseñé a luchar. Las legiones deberían asustarse más de ella que de cualquiera de nosotros.

Graine era muy menuda. Si la punta de la espada de Eburovic se colocase en el suelo, entre sus pies, el pomo le habría llegado casi hasta la barbilla. Le habría costado muchísimo levantarla, y empuñarla no digamos, de no haberle prohibido expresamente su abuelo años atrás que la tocara.

Lo absurdo de todo aquello alcanzó un lugar más allá del amor o del odio. Cunomar sonrió fugazmente.

—Entonces podemos dejar a los soñadores a salvo con ella —con la debida gravedad, devolvió el saludo del guerrero—. Acepto tu oferta, pero te libero también de ella, para que puedas luchar con nuestra madre. Yo iré en el ala izquierda, mientras ella dirige el centro. Debería tener al menos a uno de sus hijos con ella.

—Acepto. En el bien entendido de que si los soñadores se hallaran en peligro, tú y yo volveremos solos o juntos a protegerlos, ocurra lo que ocurra en los demás casos.

Bello dijo:

—Gracias. Estamos muy agradecidos por ello.

Se podía haber sellado simplemente diciéndolo en presencia de un soñador, pero además se estrecharon las manos, colocándolas en el codo, a la manera antigua, de modo que notaron cada uno el temple del otro por primera vez desde que se habían

conocido.

Cunomar siguió pensando que él tenía razón, que habría ganado de haber luchado ambos, pero que habría sido mucho más ajustado de lo que había imaginado, y que era mucho mejor, con diferencia, luchar juntos contra Roma. Sabiendo aquello, su pesadilla del oso acosado le atormentaba mucho menos.

Retrocediendo, quiso entregar algo que sellara aquel momento.

—Deberías conocer a Ulla —dijo—. Ven al fuego de las osas. Ya es hora de presentarte antes de que empiece la reunión final.

* * *

La Boudica se dirigió a su hueste guerrera desde el lomo del potro de patas blancas que era el regalo del alma que le había hecho Cygfa justo antes de la batalla.

Se hallaba de cara al oeste, con el sol naciente delante y la pira de Braint reconstruida detrás, y todo el ejército romano reunido para su propia arenga más atrás aún.

Ella llevaba dos días sin dormir, pero se sentía tan fresca como si se acabara de despertar. El sol estaba en su interior, y también la luna cornuda. El pulso de la tierra era su propio pulso. Los dioses caminaban dentro y fuera, y la muerte rondaba a su alrededor, de modo que ella podía haber bajado del potro y cruzado uno cualquiera de los umbrales invisibles hacia las tierras que hay más allá de la vida sin necesidad de batalla alguna, ni siquiera de una piedra que le abriera la cabeza.

Pero no estaba dispuesta a morir, y quizá nunca lo estuviera; la vida guardaba innumerables promesas.

Ante ella se encontraba la esperanza de esa promesa. Cincuenta mil guerreros reunidos, todos entregados a ella. Todas las marcas tribales habían desaparecido; los coritanos luchaban junto a los cornovios, y ambos junto a los icenos, y la señal de la serpiente-lanza dominaba por todas partes. Hubo un tiempo en que la antepasada-soñadora hubiera estado con ella, detrás, o a un lado, o haciendo un eco como de serpiente en la caverna de su mente, reclamando como suya aquella marca. Ahora ya no había caverna ni eco; ella había reclamado la marca para sí misma, y todo lo que había sido, y era, y sería, y los dioses no la contradecían.

Los guerreros estaban silenciosos, esperando. Tenían las espaldas hacia el este. Solo ella vio el momento en que el sol se liberó de la tierra y partió la nube que daba sombra como había hecho en Camulodunum, de modo que el fuego de los dioses se unió con el fuego de los guerreros, y ella era la puerta que quedaba en medio.

Ella levantó los brazos ante su hueste guerrera. Un bosque de lanzas apuñaló el cielo como silenciosa respuesta. Una enorme ola de tachones de escudos pulidos captó el sol y envió hacia delante un océano de luz que fluyó en torno a ella y se vació

en la pira de Braint.

Ella no intentó hablarles. Podía hablar a mil, tres mil, posiblemente diez mil, pero no a los cincuenta mil que se enfrentaban a ella, y a otros tantos refugiados que esperaban más allá de ellos, con la esperanza de que la oyeran.

Aun así, ellos necesitaban algo de ella para que les llevase a la guerra.

Su familia la rodeaba; Airmid y los soñadores a un lado, sus hijos e hijas al otro, y Valerio en el punto central entre ambos. El sol era su señal. Sin haberlo practicado, aunque de forma planeada, Valerio y Cygfa se movieron hacia delante a pie, llevando uno de los enormes escudos de guerra redondos de los votadinos entre los dos. Lo sujetaron plano a la altura de sus hombros, como una plataforma. Halcón y Cunomar llevaron a Graine hasta él y, entre los dos, la levantaron encima, de modo que se puso de pie a la altura de su madre, a plena vista de los cincuenta mil guerreros.

Tenía buen equilibrio, un equilibrio asombroso de hecho. Se había vestido con mucho esmero, con una túnica de lana sin teñir, con el borde de azul iceno. El pelo era de un color sangre de buey intenso y oscuro, y colgaba liso por su espalda, brillante como la madera pulida. Dijo:

—Ahora, mientras están quietos —y levantó las manos.

A plena vista de los cincuenta mil, con los niños entre la multitud educados en los relatos de historias heroicas y de cómo los más pequeños habían llevado agua al corazón del combate, y así les habían permitido sobreponerse y ganar la batalla, Breaca de los icenos y de Mona, Boudica de las tribus, se quitó la torques de sus antepasados de su cuello y la depositó en las manos de su hija, que esperaban.

No habían planeado con toda claridad lo que pasaría después. El rostro de Graine permanecía sereno. Frente a todos aquellos, ella cerró los ojos, inclinó la cabeza y presionó la frente contra el arco de la torques, y luego la levantó hacia el sol, como si quisiera vaciar el cielo de luz y mantenerlo en el oro. Por último, se la puso al cuello.

Era demasiado grande y ella demasiado pequeña, y ambas radiantes.

Lentamente, la Boudica levantó su espada. Ardaco llegó con las osas de su propia elección, que habían estado con él desde los días de Mona, y Ulla y los demás jóvenes de las osas, y Civilis con un puñado de sus batavos, y la mitad de la caballería de Valerio, de modo que ella se vio rodeada de guerreros a pie y a lomos de caballo. Juntos, hicieron el saludo de los guerreros a una soñadora, todos a la hija de la Boudica.

En la profunda quietud que siguió se pudo oír un cambio.

Frente al océano de luz, con su hija a su lado, Breaca levantó la voz y la proyectó hacia los miles que tenía delante.

—Por esto luchamos, y por esto debemos ganar. Nunca lo olvidéis, por mucho que dure la batalla.

Acabó y envainó la espada, y luego *Piedra* se alzó y colocó las patas delanteras a cada lado de su pierna y levantó la cabeza y dejó oír los tonos campanudos de un perro de caza, como los perros de los héroes de los relatos invernales, y ella tampoco

había planeado aquello, en absoluto.

Quizá durante un par de latidos más hubo silencio. Luego empezó el rugido, alto, cada vez más alto, y más alto aún, porque importaba mucho que conmovieran la tierra y el cielo con el poder de sus voces, y que les dijeran a las legiones algo que ya sabían: que les superaban en número, y en valor, y que pasarían sus últimas horas librando una batalla perdida contra un ejército que era invencible.

Detrás de ellos, empezando lentamente y luego creciendo, las legiones y las alas de la caballería romana hicieron todo cuanto pudieron para superar el estruendo, pero fracasaron.

* * *

Esperaron mucho tiempo a que cesaran los gritos, y el golpeteo de las espadas en los escudos muriese.

El sol estaba más alto, y las sombras eran más agudas. Valerio dijo:

—¿Graine? Sería mejor que te bajásemos.

Con dificultades, Graine devolvió su mente del lugar distante al que la había llevado la torques. La liebre en su bolsa cantaba con sosiego, de modo que ella tenía un hilo que la podía conducir a casa. Sonrió al hermano de su madre, que había engendrado un hijo aquella noche y todavía no sabía cómo le había cambiado aquel hecho.

—Sí, gracias —su voz no era la suya propia, pero en el clamor del principio de la batalla que se avecinaba apenas se notó.

La dejaron en tierra con suavidad. El sol era cegador. La luna cantaba para ella con voz audible. Ella se tambaleó, y Cygfa la sujetó. Estar encima del escudo era mucho más fácil.

Su madre dijo:

—¿Graine? ¿Es la torques? —aquella voz venía con mucha más claridad entre los cantos de sirena de los otros mundos.

Ella se volvió hacia el lugar donde pensaba que podía estar la Boudica.

—No lo sé.

Quitaron el oro de su cuello. La canción cesó, y ella pudo ver. Su madre había desmontado y estaba agachada frente a ella, colocándose la torques alrededor de su propio cuello.

Besó a Graine en la frente y la tierra dejó de temblar.

—Estamos aprendiendo —dijo Breaca—. Esto aún no es para ti —se puso de pie de nuevo y examinó a su hija. Su rostro era el de Briga, madre de toda vida y la compasión de la muerte—. Tenemos que empezar la batalla en breve. ¿Estás bien, me puedes ayudar con la liebre?

—Sí —nada habría impedido que hiciese tal cosa.

* * *

Empezaron pronto. Valerio, que había subido a la cima de la cresta y luego bajado de nuevo, dijo:

—Las legiones están reunidas. Han situado la caballería en las alas, y la Decimocuarta está hombro con hombro en la anchura que queda en medio. La boca del valle es una línea de hierro. No hay forma de llegar hasta ellos sino por delante.

Breaca dijo:

—Gracias. Ya decías que harían eso. ¿Tiene los perros?

—Por supuesto. Sabe que éste es su día para vivir o morir. No prescindiría de ellos ahora.

Graine nunca había estado al frente de un ejército. El brazo de su madre se apoyaba en su hombro, escudándola como un halcón escuda a sus pequeños. Aun así, notaba mariposas que revoloteaban en su diafragma y tenía la boca muy seca.

Breaca bajó la vista y sonrió con la misma sonrisa tímida que le había ofrecido una vez, un amanecer, antes de que realmente llegaran a conocerse la una a la otra.

—¿Vamos, corazón mío? Creo que este día ha empezado bien.

Su madre montó. Valerio subió a Graine ante ella en el potro negro con las patas blancas, y Airmid le tendió la liebre en su bolsa. Era demasiado tarde para hablar. El potro giró hasta enfrentarse al enemigo. El último murmullo de la hueste cesó. En silencio, Breaca de los icenos, Boudica de las naciones, levantó la espada y en silencio envió a su potro hacia delante. Dos largos de lanza detrás, su ejército la siguió.

La cresta apenas tenía la altura de un hombre, solo lo suficiente para escudar a los ejércitos de ambos lados el uno del otro.

En la cima desmontaron. La bestia de Nemain pertenecía a la tierra y no podía ser enviada a combatir desde el lomo de un caballo; los sueños de su madre habían mostrado tal cosa. Las legiones esperaron como había dicho Valerio, encerradas entre los muros seguros del valle, de modo que nadie pudiera llegar a ellos más que de frente. Permanecían en filas perfectas, escudo cuadrado contra escudo, en tiras de rojo y negro, mientras que los cascos pulidos, fundidos por el sol unos con otros, formaban una línea llamativa que emborronaba los rostros de los hombres que había debajo, de modo que cada hombre era igual al otro: un grano de arena en el océano del ejército. A cada lado aguardaba la caballería, formada en cuadros sobre unos caballos que parecían tallados en piedra.

Suetonio Paulino, gobernador de Britania, estaba ante todos ellos montado en un caballo rojo media mano más alto que todos los que lo rodeaban. Su manto era negro y se extendía sobre las ancas como en las estatuas de Camulodunum. Las plumas del

casco que llevaba eran blancas y erectas, tan rectas y altas como el pelo untado de cal de las osas de Cunomar.

Sus dos galgos corredores, de suave pelaje, estaban atados con unas traíllas y sujetos por un joven y guapísimo guerrero de los atrebates, el cual mostraba unas marcas de clan que se podían ver desde la mitad del campo. Estaba claro que a Roma le importaba que se viera que al menos tenían un aliado entre las tribus.

Era imposible no detenerse frente a aquello. Era necesario seguir adelante. Graine notó la mano de su madre ligera en la espalda y oyó que la voz de su madre decía:

—¿Vamos a enseñarles quiénes somos? —y caminaron bajando de la cresta a pie, con *Piedra* como única compañía, de modo que, por un momento, pudo parecer a las legiones que aguardaban que la Boudica se enfrentase a ellos solo con una niña y un perro cojo y sin ningún guerrero detrás. Los gritos que lanzaron entonces fueron de escarnio y las oleadas las golpearon como una tormenta golpea a un barco.

Se hallaban ya a los pies del risco cuando toda la línea de la hueste de la Boudica asomó por el borde.

Las legiones enmudecieron, como si sus oficiales se lo hubiesen ordenado. El silencio fue como un aliento contenido, como una mano agarrotada.

Contraviniendo todo orgullo, Graine miró por encima de su hombro. Tropezó y se equilibró al momento y Breaca también tuvo que volverse y mirar, y hasta ella, que había convocado a aquella hueste, se quedó sin aliento ante lo que vio.

Guerreros, guerreros y más guerreros permanecían apostados en una hilera infinita, hermosa, salvaje y fiera: hombres y mujeres, desnudos y con armadura, pintados y sin pintura, con el pelo dorado o negro, sin montura o montados en caballos de todos los tamaños, formando una algarabía de colores contrastantes, de piel, de pelo, de túnicas y de mantos, desde el gris de Mona al amarillo aliaga de los trinovantes y el oscuro azul de los icenos, y mantos blancos robados a los mensajeros, que en tiempos habían pertenecido al enemigo, llevando las grandes lanzas de los votadinos y las hachas de los dumnonios, y las espadas de los antepasados de los guerreros a caballo y los siniestros cuchillos de doble filo de las osas, pintadas y embadurnadas de cal.

Eran magníficos en su desorden y el poder de su seguridad en sí mismos, y en cada escudo, vuelto hacia delante, se veía pintada la serpiente lanza de la Boudica, trazada con rojo, el color de sangre de caballo recién vertida, que nunca se dejaba secar.

Para ellas dos solas, Graine dijo:

—Es tu sueño de la cueva de la antepasada: el águila romana aplastada y la serpiente lanza que sobrevuela por encima, victoriosa.

La Boudica era todos ellos, una sola con ellos. Su sonrisa atraía a los dioses desde su lugar de contemplación y los convertía en sangre y carne en la tierra. Colocó su brazo sobre el hombro de su hija y Graine podía haberse convertido en guerrera entonces, con el poder que le dio.

Breaca dijo:

—Entonces, ven conmigo y haz que suceda —y ambas recorrieron juntas los últimos pasos hacia la larga llanura en declive, a los pies del risco.

XLII

El pulso de la tierra era su propio pulso.

Sudando bajo el sol que iba subiendo, los ejércitos de ambos lados la contemplaban. No se moverían hasta que ella hiciera lo que debía hacer; al menos ese honor compartían entre ellos.

Un río pequeño corría a su izquierda, serpenteando más allá del final del risco. Unos cuervos tozudos se hallaban posados en las ramas caídas de un avellano y no pensaban moverse aunque hubiese mucho ruido. A la derecha de ellos encontró un buen sitio para empezar, casi frente al general romano. Los perros de éste permanecían quietos, aunque no tensos, sujetos por la traílla. Él tenía un aspecto glorioso, con su manto negro y su plumero blanco y su caballo de color cobre bruñido.

Breaca no tenía ni idea del aspecto que ofrecía, solo de que la torques se apoyaba en su cuello caliente como una serpiente viva y que notaba su brillo reflejado en los ojos de su hija. Su propio perro, *Piedra*, estaba lisiado, y se veía en la forma que tenía de andar. A ella le parecía mucho más noble que ninguno de los perros de Roma.

El rocío todavía perlaba las sombras del risco. Las telarañas colgaban bien cargadas de gotas entre la hierba, como sogas enjoyadas que pendiesen de unos tallos inclinados. Daba pena tener que aplastarlas, antes de que el propio ejército las arrasara y matara. Ella dio unos pasos a través del umbral y hacia la tierra abierta que se encontraba detrás.

—¿Tienes la liebre? —preguntó.

—Aquí —respondió Graine.

En el amplio espacio entre los ejércitos, la Boudica y su hija se inclinaron juntas por encima de la bolsa de caza de Airmid, hecha de piel de cierva. Olía débilmente a betónica y a cáñamo, y de forma asfixiante a aliento de liebre.

El animal era esbelto y estaba en forma, y yacía allí quieto, como si estuviese amaestrado. Graine se agachó y pasó el nudillo del dedo índice por su espalda, tarareando suavemente.

Breaca dijo:

—¿Oyes su canción? ¿Igual que los guerreros oyen la canción de la hoja de sus armas?

—Eso creo. Oigo algo —los ojos de Graine se hallaban concentrados en otra parte, como si viese cosas que su madre no veía—. Está embarazada. Decías que la querías así. Oigo las canciones de inicio de los hijos, pero son muy pequeños. Ella todavía puede correr, si tiene que hacerlo.

Los dioses raramente otorgan la perfección, pero en aquel caso habían estado muy cerca.

Breaca dijo:

—¿Y ella te puede oír a ti? ¿Puedes pedirle que nos muestre qué camino debemos tomar, para atacar a las legiones y aun así permanecer a salvo?

Una sola línea arrugaba la frente de Graine, profunda. Sus ojos eran grandes y grises, y concentrados plenamente en su madre.

—El general romano tiene perros —dijo—. Ellos la cazarán, dos contra uno, de modo que no tiene adonde ir. Morirá.

Hubo una caza, una vez; un solo perro lanzado en persecución de un joven macho de liebre. La liebre murió. Breaca no estuvo presente en aquel acto, y desde entonces lo lamentó.

Dijo:

—Creo que vivirá, pero no puedo asegurarlo. Si muere, será tiempo de apartar la hueste de guerra sin derramamiento de sangre. Con un presagio tan fuerte aceptarían la retirada, aun ahora, y es posible que las legiones no se atreviesen a seguirnos, pensando que se trataba de una estratagema para sacarlos de la seguridad del valle.

Se agachó y habló a los ojos amarillos de la liebre, y a través de ellos, a su hija.

—¿Podemos correr ese riesgo, ella y yo? ¿Tú y yo? ¿Ofrecería la liebre su vida como hizo Duborno, en nombre de todo aquello por lo que hemos trabajado? Si no es así, podemos llevarla de vuelta y dejarla en algún lugar detrás de la hueste, muy lejos de Paulino y sus perros. Airmid dirá dónde.

Graine era la hija de la Boudica. Había vivido toda su vida con la necesidad de luchar contra Roma. No existía la menor posibilidad de que renunciase ahora, por mucho que odiara la caza. Se mordió el labio y cerró los ojos, frunciendo el ceño. Al final dijo:

—Tendrás que sujetarla bien alta, hacia la luna.

Parecía como Airmid o Valerio cuando soñaban; bastaba para confiar en que la buena suerte estaba con ellos. «Luain macCalma cree que ella es la pieza clave del juego de la Danza del Guerrero»

Breaca dijo:

—No, hazlo tú. Yo sujetaré a *Piedra*.

La luna se desvanecía ante el día, latido a latido. Estaba más cerca del sol que con Duborno, era más pequeña y más delgada y pálida en el cielo. Sin embargo seguía ahí; era Nemain que vigilaba a su pueblo.

Graine se volvió y avanzó un poco, de modo que pudieran verla bien desde ambos lados. La liebre yacía plácidamente en sus manos. Ella la levantó, de modo que se pudiera imaginar que estaba bendita por la luna, y luego se volvió, le habló con toda claridad y la colocó en el suelo, y retrocedió.

* * *

Cygfa dijo:

—Airmid dice que la liebre está preñada. ¿Lo sabías?

Valerio lo sabía, pero no porque Airmid se lo hubiese dicho. Desde que se había despertado, una parte muy importante de su conciencia residía con Graine, la liebre y los finos hilos por los cuales ellas dos estaban ligadas entre sí y con la luna. El susurro de Nemain nunca había sido fuerte en su interior, e incluso había veces en que no era capaz de oírlo. Pero ahora era una sola nota muy fija, como una llama que se ve en la oscuridad y que emborronaba el resto del mundo hasta convertirlo en niebla.

Cygfa no tenía que haber estado tan cerca como para poder hablarle; entre una neblina se dio cuenta de ese hecho. Sin apartar los ojos de Graine o de la liebre, dijo:

—No puedes venir cabalgando conmigo. Lo acordamos así.

—No. Tú lo dijiste, y yo no te lo discutí. Y Longino igual. Pero entonces no sabía lo de la liebre. Valerio, está «embarazada».

—Eso no significa que tú puedas ir adonde quieras o hacer lo que…

Era imposible seguir hablando. La liebre le notaba ahora, igual que él la había notado a ella. Se levantó sobre los cuartos traseros y olisqueó el aire. Nemain se tensó a través de él, luchando por llegar al animal. Había demasiada carga de sí mismo en medio, atrapado entre la responsabilidad y las preocupaciones.

Él vaciló, lo intentó de nuevo y se le unieron otros, tenuemente. Reconoció a Airmid por la sensación de Breaca que había dentro de ella, y a Efnís por el vasto coro de Mona que tocaba el borde de lo que notaba; la profunda resonancia de Bello la conocía por sí misma.

Ninguno de ellos le tocaba de una forma constante, y ninguno de ellos podía llegar a la niña o a la liebre excepto a través de él. No sabía por qué; él era quizás el que estaba más cerca, o compartía su sangre, aunque fuese de forma distante. Nada de aquello le explicaba cómo alcanzar a Graine, solo que él necesitaba urgentemente hacerlo.

Cygfa seguía todavía allí. Longino se había movido silenciosamente al otro lado mientras que ambos tenían que haber estado a salvo en el lado izquierdo de las líneas de batalla, lejos de la cuña de la caballería que Valerio había construido con tanto cuidado a la derecha.

Civilis y sus batavos esperaban tras él como punta de hierro de aquella cuña, con Madb y Huw y los trescientos guerreros escogidos de Mona a sus flancos. Todos ellos habían luchado con él, o bien en la carga contra la Novena o en Mona y en las batallas posteriores; confiaban en él como él confiaba en ellos, y comprendían lo mucho que dependía del éxito de su carga.

Longino y Cygfa también confiaban en él por igual, si no más, pero eran demasiado preciosos para arriesgarlos en una cuña. Quería decirles a ambos que se

fueran, y no podía encontrar la forma de las palabras.

Longino dijo:

—No puedes enviarnos atrás. Aprovecha que estamos aquí y haz lo que debas con la liebre. Ahora es lo único que importa.

La liebre importaba más que nada. Iba corriendo, y habían soltado a los perros. Valerio notó el principio de su indecisión y la necesidad de llegar a ella le consumió. Careciendo de tiempo o voluntad para discutir, cerró los ojos y atrajo hacia él a todos aquellos a quienes había intentado llegar antes, e hizo todo cuanto pudo para tenderse hacia adelante, hacia la niña, y al animal que estaba en la llanura.

* * *

Una vez hubo una caza, y la liebre fue hacia ella en busca de refugio, y ella le falló. Cuando todos los demás sueños de Graine hubieron desaparecido, el recuerdo de aquello la acosaba dormida, sin ser plenamente un sueño ni tampoco un recuerdo del todo.

Volvió todo en pleno cuando se quedó sola y de pie en la llanura: la implacable intensidad de la luz del amanecer de Mona, la liebre que levantaba la cabeza al notar el olor extraño que traía el viento, su propio movimiento al mandar a *Piedra*, en sus mejores años, corriendo hacia delante, para cazar y cazar y acosar y acosar a la liebre hasta que ésta se dirigió hacia ella, desesperada en busca de vida, y ella resultó impotente para salvarla.

Ahora no se sentía impotente pero no sabía qué hacer, solo sujetar la canción susurrada de la liebre en su mente mientras aquella nueva liebre zigzagueaba erráticamente hacia delante y hacía una pausa para mordisquear un poco de hierba en la llanura que había entre ambos ejércitos.

La hueste guerrera reconoció lo que ella intentaba hacer antes que las legiones; corrió la voz como el viento sobre el grano. El enemigo lo vio después, y algunos lo comprendieron. De uno en uno o de dos en dos empezaron a golpear los escudos con los pomos de sus espadas, contagiándolo a las filas, pensando que el estruendo haría retroceder a la liebre como un presagio de oprobiosa retirada.

La liebre hizo una pausa y se elevó sobre los cuartos traseros y buscó el origen del ruido.

Al otro lado de la llanura, los dos perros de caza del gobernador la vieron y tiraron con fuerza de las traíllas. El muchacho atrebate de los perros se enrolló la tira de cuero alrededor de la muñeca y se echó hacia atrás para aguantar el doble tirón que amenazaba con hacerle saltar.

Los perros ladraron musicalmente, a un semitono el uno del otro. Sus pelajes eran del azul del hierro recién forjado, con las cabezas finas como de serpiente, el pelaje

brillante y las orejas planas mientras ladraban, histéricos, y largos rabos como látigos. Se alzaron sobre los cuartos traseros como potros mal adiestrados, y el traidor atrebate los sujetó bajo pena de muerte si se le soltaban demasiado pronto.

La liebre se volvió y miró a Graine, que no sabía qué hacer. Una vez envió a un perro contra una liebre. Nunca había imaginado que enviaría a una liebre contra dos perros. Lo hizo entonces, arrojando su propia esperanza y el anhelo de la victoria junto con el fino hilo de la canción de la liebre.

Si hubiese arrojado una lanza, no podía haber ido tan lejos, ni tan rápido, ni tan recta hacia el enemigo. Viéndolo, el gobernador dio una orden. El chico soltó las traíllas y los perros corrieron como proyectiles hacia el animal que corría. Había calma mientras duraba la caza. Cuando soltaron los perros, ni un solo hombre entre las legiones se atrevió a golpear la espada en el escudo por miedo a distraerlos.

El atrebate los había soltado con limpieza, de modo que salieron juntos, azul con azul, silenciosos en su determinación. Se mantenían separados por la anchura de un hombre, corriendo rectos hacia la liebre, dispuestos a girar si ella giraba, a pasársela del uno al otro hasta que se cansara y se perdiera. Solo Roma usaba dos perros de ese modo en la caza de la liebre; las tribus no creían que fuese justo enviar a más de uno contra el animal de Nemain.

El desastre ocurrió antes de que llegasen a su presa. Graine notó una oleada de pánico cuando la liebre vio a los dos perros y se detuvo, sin saber en qué dirección volverse. Ella intentó llegar hasta el animal pero no pudo; el hilo de la canción que las unía había quedado inundado por una oleada de terror rojo, ciego. Y peor aún: el miedo la alcanzaba a ella, una aniquilación jadeante, anhelante, que venía muy rápido, y muy duro, y…

—No dejes que te toque —Breaca se hallaba a un lado, *Piedra* al otro. Entre los dos la sujetaron—. Graine. ¿Alguien más puede ayudar?

Entonces lo notó, aparte del clamor de los perros, y del miedo que destruía el alma: Valerio estaba allí, con otros detrás de él, menos claros. Como si intentara alcanzar el otro lado de un puente roto, ella se lanzó hacia él y hacia Nemain, que estaba detrás. Notándola, Valerio se tendió también a su vez.

Ambos se estiraban, mas no podían tocarse.

La liebre se tambaleó. Los perros lo vieron y aumentaron la velocidad.



En el risco, Cygfa tomó la mano de Valerio.

En el centro de su mente, donde permanecía Corvo, Valerio, que había sido Bán, oyó una voz que le interrogaba: «… lo que tú eres para Mitra. Y ahora para Nemain, creo…».

El matador de toros estaba en el umbral de su consciencia, mantenido a una distancia segura por la necesidad de ser fiel a Nemain, Un perro corría a sus talones y una serpiente bebía la sangre del toro moribundo.

Valerio vio la luna alzarse con un toro en sus cuernos, y un toro erguirse ante una puerta con la luna iluminándole los ojos, y después, aunque no demasiado tarde, comprendió. El alivio le invadió, abrió las últimas puertas de su alma y dejó que la música de ambos dioses le invadiese por igual, y pasase al fin sin impedimento alguno a la niña y por tanto al animal que estaba en la llanura.

* * *

Acabó muy rápido.

Como un hilo, como una lanza, como los dioses, la liebre corría recta entre ambos perros. Éstos eran los mejores que podía comprar el oro romano; cada uno de ellos se volvió hacia adentro formando un arco perfecto, y se reunieron en la línea central, donde antes estaba la liebre, y se golpearon el uno con el otro, de modo que el uno chilló y el otro se quedó silencioso como una oveja sacrificada con el cuello roto, yaciendo sin vida en la hierba.

La liebre corría recta y firme entre las filas romanas, entre las piernas romanas, hacia los restos de su campamento, que estaba detrás, y ninguno de aquellos que se agacharon con las manos dispuestas consiguió apresarla.

Había partido hacia la libertad, más allá de las filas romanas.

Un solo caballo daba coces a las moscas en el silencio. Sus arneses tintineaban débilmente. Breaca buscó a tientas la mano de su hija. Graine se atrevió a mirarla y vio que estaba en lo cierto al pensar que su madre lloraba.

—Deberías irte ahora —dijo la Boudica—. Llévate a *Piedra* para que te proteja, y para protegerlo tú. Airmid os cuidará a los dos. Nos reuniremos de nuevo cuando acabe la batalla.

Besó a su hija con levedad, ante ambos ejércitos. Graine se volvió para irse. Halcón estaba allí, trayendo el potro negro con patas blancas que había sido el regalo de batalla a la Boudica.

Graine subió andando el risco con su perro cojo y la hueste de guerra se separó para dejarla pasar. Igual que con Airmid, y con Cygfa y con Valerio, con Cunomar y Halcón y Ardaco, y mucho tiempo antes con Caradoc, su madre nunca le decía adiós antes de una batalla, porque traía mala suerte. Nunca.

La primera oleada de guerreros corrió, chillando, por encima del lugar donde estaba antes.

XLIII

Ya iban al galope. La cresta pasó entre un martilleo de cascos y un aullido de guerra que hizo huir a los últimos cuervos de los árboles. Las asombradas filas de los legionarios estaban levantando ya sus jabalinas. Su entrenamiento era consistente, aunque no lo fuera su creencia en la victoria.

Desde la izquierda de Valerio y un poco por detrás, Cygfa gritó:

—¡Deberíamos meternos por el lugar donde ha entrado la liebre!

—¡Eso haremos!

El viento le azotaba los ojos, su espada se hallaba nivelada, su escudo era sólido, el caballo-cuervo estaba en forma y ansioso, más que nunca, el perro de sus sueños corría con la cabeza junto a su rodilla y él había encontrado el equilibrio al fin entre ambos dioses. Longino iba a su izquierda y Cygfa a su derecha por detrás, y si morían en los primeros momentos de la cuña, los tres juntos, el mundo sería perfecto.

Corvo no había enviado todavía su caballería contra ellos. No tenía duda alguna de que lo haría, pero hasta eso era perfecto: habían descubierto la paz y la muerte ofrecía una forma de unión que la vida había hecho imposible.

La liebre había enfocado su carrera más hacia el centro. Valerio hizo que el caballo-cuervo se desviase ligeramente a su izquierda, apartándose del lugar adonde se proponía al principio dirigir su ataque.

Civilis, Madb, Huw y los ochocientos de la cuna de caballería le siguieron. Las legiones levantaron las jabalinas hasta la altura del hombro, unas agujas largas y finas cargadas de muerte, dispuestas para la orden de lanzamiento. Valerio veía el temblor de sus puntas y la ligera inclinación por los vientos cruzados. Levantó su escudo y lo sujetó de modo que cubriese a su caballo y a él mismo. Detrás, ochocientos guerreros realizaron idéntico movimiento.

Se hallaban a su alcance. Sintió un dolor momentáneo por haber llegado finalmente a tener su alma en paz tan tarde, y con tan poco tiempo para saborearla; sin embargo, el tiempo que había tenido había sido un regalo de los dioses, de modo que lo paladeó. Al final, justo antes de llegar a tiro de las jabalinas, alzó su voz en un canto guerrero abierto y salvaje a sus dos dioses y a todo lo que ellos le habían entregado, y oyó que su guardia de honor le hacía eco, alegremente.

Vio la trinchera demasiado tarde, al pasar por encima de su final.

Estaba cavada en ángulo a través de la llanura, oblicuamente desde el extremo del valle y estrechándose en su boca; si hubiese dirigido su cuña tal y como se proponía al principio, girando ampliamente desde la derecha, habría dirigido su caballo justo al centro y habría muerto, y los ochocientos que le seguían también.

La liebre les había mostrado un camino hacia la seguridad, pero no a los de su derecha, en la parte más amplia del ala de la cuña, que se arrojaron a través de un césped traicionero que cedía sin advertencia y revelaba una zanja tan ancha como seis hombres, con rocas y estacas clavadas en la base que rompieron miembros y cuellos y perforaron carne y tripas y pechos, y deshicieron la perfecta maquinaria de su cuña.

Caballos y guerreros cayeron chillando en un revoltijo de carne abierta y huesos rotos y espadas desenvainadas que empalaron a los guerreros que las sujetaban, o a aquellos que caían después encima.

La mitad de los ochocientos cayeron, y los demás no pudieron detenerse, movidos por su propio impulso. Iban aminorando la velocidad con Valerio a la cabeza cuando éste oyó el ligero suspiro que todo legionario conoce en la médula, y teme: las jabalinas habían partido.

Cayó una granizada de hierro duro y penetrante. Golpeó los escudos y los hizo inútiles; perforó las armaduras de cuero, el hierro y la carne y los huesos. Hombres y mujeres murieron a docenas.

—¡Valerio!

Milagrosamente, Civilis todavía estaba vivo. La mitad de su grupo seguía con él, cabalgando a la derecha de Valerio. El viejo guerrero levantó su espada hacia el cielo, y la voz también.

—¡A la izquierda! ¡Seremos tus escudos!

Valerio sintió que el viento le rozaba la piel, mas no era hierro. Habría discutido, pero no había tiempo y la oferta estaba allí, bien clara, y era buena.

Siguiendo un instinto que estaba tan enraizado en él como la forma de levantar las armas de las legiones, hizo girar el caballo-cuervo de forma muy pronunciada hacia la izquierda. Durante tres pasos suicidas, giró completamente a través de las filas de las legiones, y esperó la conmoción del impacto, pero no lo notó, porque Civilis estaba allí, y sus hombres tras él, un sólido muro de carne y hueso, y también de hierro, que recibió el primer impacto de las jabalinas y aguantó con fuerza, frente a los hombres con los cuales tan recientemente habían servido.

Quinientos batavos hallaron la muerte entre una gloria resplandeciente, y sus caballos con ellos, para que el resto de la cuña pudiese vivir y luchar.

—¡Civilis!

Valerio pronunció aquel nombre como grito de batalla, y como acto de gratitud, y como estallido de dolor para el cual no había más tiempo. El caballo-cuervo le mantenía a salvo, volviéndose como un perro de caza y corriendo por el mismo lugar por donde habían venido, donde la liebre había entrado antes que él, el único sitio en el campo de batalla seguro, pues era tierra bien sólida.

Fila tras fila, los guerreros de Breaca que habían seguido a la cuña seguían avanzando. Él dio la vuelta de lado para dejarles sitio, hizo que el caballo-cuervo fuera más despacio y se volvió para enfrentarse a las legiones, y vio que Cygfa y Longino estaban con él, y también Huw y Madb y Cuchillo, y dos tercios de los guerreros de

Mona, por lo cual debía de haber estado agradecido, pero no era así; había perdido a Civilis y toda su ala de batavos, y la batalla todavía no había comenzado en serio.

Habría llorado, pero no había tiempo. Jadeando, enrojecida, Cygfa dijo:

—¿Ha hecho esto Corvo?

—No lo sé —se lo había preguntado a los dioses en los primeros momentos, pero no sabía la respuesta—. Supongo que debieron de hacerlo antes de que nuestros exploradores encontraran el valle, cosa que significa que los ingenieros y guías lo hicieron la primera vez que llegaron aquí, y levantaron el campamento después. Si no fue él quien ideó esta trampa, la conocía.

—Y no ha dicho nada —ella le habría matado por ello.

—Es la guerra. ¿Qué iba a hacer? —él lo dijo en voz alta y su corazón lo lamentó y no lo creyó. «A mí tendría que haberme dicho algo…»

Cygfa pensaba lo mismo; estaba grabado en su rostro. Dijo:

—¿Qué hacemos ahora?

—Luchar aquí donde estamos. Intentar no morir. Mantener el flanco derecho sano y salvo, tal como habíamos planeado. Esto no es el fin.

* * *

Cunomar notó el impacto de la cuña destructora desde el extremo más alejado del campo.

Las osas iban a pie y por tanto más lentamente, y tuvo tiempo de comprender la catástrofe de las zanjas y darse cuenta de que debían enfrentarse a lo mismo, en una imagen simétrica…, y de verlo, y de gritar una advertencia a Ulla y a Ardaco, que corrían por el lado más externo, con sus guerreros de la osa más antiguos, y saltar la zanja, aullando, y arrojarse contra los legionarios, que estaban distraídos por la carnicería del extremo más lejano y todavía no habían arrojado sus jabalinas.

La osa estaba con ellos, esto estaba claro; bajo el ardiente sol de media mañana, corrieron debajo del arco del último lanzamiento de modo que el granizo letal pasó por encima de sus cabezas y aterrizó inofensivo más allá, y luego llegaron, arrojándose contra los escudos y las espadas medio desenvainadas, y murieron hombres, y éstos no eran de las osas.

Cunomar esquivó un escudo que se dirigía hacia su cara, y probó la sangre cuando el borde le rozó la mejilla, y apuñaló un ojo descubierto con su cuchillo, y notó el pinchazo y el roce contra la órbita. Si el hombre llegó a chillar, el sonido de su voz quedó ahogado por el caos que le rodeaba. El hijo de la Boudica gritó el nombre de su madre y oyó que Ulla le hacía eco, y que Ardaco lanzaba el rugido de la osa. Su pesadilla quedó en nada, desterrada por la fuerza de su decisión. Sin miedo, se sumergió en la batalla. Una pequeña parte de él, fría y quieta en el interior, escuchó

las llamadas de las trompetas del enemigo.

* * *

Importaba que la Boudica se viese, y fuese reconocida.

Iba vestida de modo que atraía la vista: por primera vez en años iba a la batalla vistiendo un manto del color azul del cielo vespertino de los icenos, y no el gris de Mona. La torques del sol-serpiente de sus antepasados brillaba en su cuello. Su pelo era como un estandarte de cobre convertido en oro por el sol alto y ardiente. Llevaba la lanza de hoja ancha, hecha para ella con amor y esperanza por Valerio y Airmid en los días antes de que partieran de tierras icenas.

El cobre formaba remolinos en la hoja y captaba el sol matinal, brillante, como si sujetase en alto una vara en llamas. Su equilibrio era perfecto, y su canción tocaba las cuerdas de su corazón, trayéndole ecos de Briga y de toda la panoplia de los antepasados. Ella era la guerrera con ojos y corazón de soñadora. Completando de forma íntegra y final la profecía de la antepasada-soñadora, dirigía a la masa central de su ejército hacia la batalla.

En cuanto a lo de hacerse notar, había tenido éxito. Las jabalinas de las filas centrales convergían todas en ella. Aparte de eso, importaba también que el gobernador tuviese motivos personales para azuzar a sus legiones contra ella.

Ella ya conocía a su enemigo, y tenía una cierta idea de lo que podía dolerle. Después de la destrucción de la cuña de Valerio, no tuvo reparo alguno en hacerlo ella misma.

Mientras cabalgaba, se agachó desde su caballo y arrojó la lanza hacia el cuerpo del perro herido, poniendo fin a su sufrimiento. Alguien ante ella gritó al ver aquello; imaginaba que había sido el chico atrebate, pero no lo creía; no se incorporó a tiempo para mirar.

Halcón, que cabalgaba muy cerca de ella, se inclinó más aún y le cortó una oreja y se la arrojó a ella, mientras cabalgaban. Ella la pinchó en la punta ensangrentada de su lanza y la levantó como si se tratara de un estandarte de las legiones. Muchos hombres gritaron al ver aquello. Volaron las primeras jabalinas, enviadas por pura rabia, sin razonar. Cayeron a cinco caballos demasiado cortas.

Dos pasos más, casi al alcance de las jabalinas, y ella se llevó la lanza al hombro y esperó hasta que la canción resonó con el ritmo de su caballo, y de su corazón.

Suetonio Paulino, gobernador de toda Britania, se hallaba sentado ante ella y cubierto con el manto de su arrogancia y su dignidad, con sus plumas, que formaban un objetivo perfecto al que apuntar por encima de la cabeza.

La lanza cantó. El potro de patas blancas corrió con toda su alma. Breaca se alzó mucho en la silla y arrojó la lanza tan alto y tan rápido y con tanta fuerza como nunca

había arrojado nada en su vida.

Pasó a través del pecho del muchacho atrebate de los perros, que iba sin armadura, y éste cayó muerto.

La rabia de las legiones conmocionó la tierra. Las jabalinas dejaron el aire blanco y difícil el terreno donde aterrizaban.

La hueste guerrera ya iba más despacio. La segunda andanada cayó un paso más cerca, y más jabalinas apuntaban ya a la Boudica; no era solo el gobernador el que se había encaprichado del joven y de los galgos azules de cabeza de serpiente a los que cuidaba. Cuando la tercera andanada empezó a golpear en sus escudos y por encima de sus cabezas, Breaca levantó el brazo y gritó:

—¡Atrás! ¡Echémonos atrás! ¡Acabarán con nosotros!

Durante toda la noche y toda la mañana de preparativos, los hombres y mujeres elegidos para seguir a la Boudica, y que por tanto soportaban el castigo central del ataque de Roma, habían recibido instrucciones en dos cosas concretas. La primera era que el tiro de lanza de la Boudica era la preparación para la retirada, y que las filas que estaban más a retaguardia debían estar preparadas para darse la vuelta y correr, o Breaca y todos aquellos que cabalgaban más cerca de ella se verían traspasados por las puntas de las espadas y entregados a una muerte cierta.

No constituían un ejército en toda regla; los guerreros no estaban acostumbrados a la disciplina, de modo que les costó mucho tiempo frenar y mucho más aún detenerse. Los legionarios que formaban la primera fila dieron otro largo paso hacia delante y levantaron las armas de la cuarta andanada. Breaca levantó su escudo y notó que los cuervos se reunían en los otros mundos, y que Briga respiraba cerca.

Halcón gritó:

—¡Ven! ¡Está despejado!

La presión detrás de ella era menor, y luego cesó del todo. El potro había sido adiestrado por Civilis y Valerio le había enseñado todo lo que era capaz de hacer. Ella giró y retrocedió, y lo envió hacia delante, y el salto fue el de una liebre delante de un perro, o de un venado desde la cima de un acantilado.

Él fue quien la sacó de allí. Treparon por la cresta y bajaron por el otro lado, y allí había espacio para volverse y tuvo un momento para hacer una pausa, beber un poco de los cien odres de agua que se pasaron entre ellos, pasar una mano por el cuello del caballo, empapado en sudor y darle las gracias, y tranquilizarse y oír la canción de las armas y de los caballos y el profundo y retumbante sonido de la llamada de los cuervos de Briga, todavía no ahogado por los gritos de cinco mil hombres llevados más allá del límite de su agotamiento.

Luego se abrieron las puertas de la presa y llegaron las legiones.

Hombres, y más hombres, y más hombres con armadura completa de batalla, brillantes como la plata al sol, aparecieron por encima del risco y bajaron por él, como la cresta espumosa de una ola. En medio iba un caballo rojo con un casco provisto de una pluma blanca que sobresalía por encima de todo.

Las filas delanteras vieron la hueste de guerra frente a ellos, intentaron detenerse y no lo consiguieron. Tal como había predicho Valerio, el peso de la armadura y de los hombres les impulsó a una creciente desorganización. Él había dibujado lo que iba a ocurrir casi media docena de veces en las cenizas del fuego, de modo que ahora parecía inevitable.

—¡Adelante!

El grito procedía de su izquierda y de su derecha, a la vez. Breaca levantó el brazo y mantuvo el centro mientras la cuña de Valerio se arrojaba hacia delante por el flanco derecho y las osas de Cunomar corrían también hacia delante por la izquierda. Al cabo de unos momentos, toda la línea de vanguardia de la hueste se curvó sobre sí misma como las puntas de una luna en forma de hoz, arrastrando a los legionarios a un vacío de hierro donde podían ser aplastados y asesinados sin espacio para mover sus espadas. Lo único que importaba, para conseguirlo, era que la Boudica enviase el centro hacia delante en el momento adecuado.

Cinco tiros de lanza. Cuatro. Tres…

—¡Adelante!

Ella lanzó el potro de patas blancas hacia delante y sus guerreros la siguieron como una oleada enorme y sólida.

Los dos lados se unieron en un entrechocar de carne, hueso y armaduras. La muerte hizo acto de presencia, y recogió una rápida cosecha. Breaca iba montada en un potro como un rayo negro, y éste se alzó y mató mientras su espada se alzaba y mataba, y ella oyó las canciones de ambos, y vio a Halcón todavía vivo a un lado y Gunovar al otro, y hubo espacio entonces para una pertinaz, orgullosa esperanza en medio del caos.

—Estamos ganando. Han muerto más de lo suyos que de los nuestros, cinco a uno.

Bello fue quien lo dijo, y ni Airmid ni Teófilo lo discutieron, cosa que significaba que debía de ser cierto.

Graine se hallaba de pie entre los tres, sobre un fardo de pieles de oveja medio curtidas en la cabecera de una carreta con *Piedra* a su lado, temblando, lleno de tensión. En teoría, ella tenía una visión de todo el campo de batalla desde arriba, como a vista de pájaro. En realidad miraba más allá, hacia el lugar adonde había ido la liebre, enseñándoles el camino de la libertad.

Se atrevió a mirar ahora hacia la batalla. En el campo, las cabezas con casco de los legionarios fluían hacia la luna creciente de la hueste de guerra como la sangre fluye dentro del agua, aclarándose a medida que avanza. Las alas de la luna se doblaron hacia adentro, con los jinetes de Valerio en un lado y las osas de Cunomar en el otro. La masa de bronce de los hombres quedaba aplastada en medio, y empezó a deshacerse por los bordes. Ella dijo:

—La luna cornuda de Valerio ha funcionado.

—Hasta ahora —exclamó Airmid, distante—. Presiento el peligro muy hacia la

derecha. Lo noto.

Era la nube que empañaba el día. A pleno sol, Graine tenía frío. Dijo:

—Entonces Valerio lo notará también.

—Eso espero.

XLIV

Las trompetas sonaban frenéticamente, melódicas como cantos de aves.

Tres notas desgarraron el aire una vez, otra. Antes de que pudieran sonar por tercera vez, Valerio hizo girar al caballo-cuervo sobre sus corvejones. Longino estaba con él; él también había hecho la instrucción a menudo, con la misma intensidad e insistencia. Las trompetas cantaron dentro de su corazón. Cygfa fue más lenta.

—¡Vamos! —chilló Valerio por encima del estrépito y el aplastamiento, y luego, más tranquilo, cuando estuvo lo bastante cerca—: Es Corvo.

Sí, era Corvo, situado fuera de la vista, a la derecha, que había esperado hasta que ellos entrasen en el campo y luego había avanzado por su espalda. Como era lo que Valerio habría hecho, él estaba preparado. Los de su guardia de honor le siguieron, tan rápido como pudieron. Tenía menos de doscientos ya, contra un ala entera de la caballería, que eran quinientos.

Dirigidos por Huw, que usaba su honda con asombrosa eficiencia, los jinetes de Valerio se ensancharon formando en una línea, mientras se abrían camino para librarse de la refriega. Costó mucho más de lo que hubiera sido necesario, ya que el suelo estaba entorpecido por cuerpos destrozados de hombres muertos y no había espacio para luchar fácilmente, libre de ellos.

—¡Vamos!

Una fila de la caballería avanzó al galope, curvándose hacia atrás en un arco que dejaba que se encontrasen primero las filas frontales mientras el resto se mantenía algo retrasado, dando un rodeo si era necesario. Los manuales de la caballería ofrecían dos respuestas modélicas ante aquella estrategia, y Valerio no tenía ni el tiempo ni los hombres bien entrenados que se requerían para ninguna de las dos, sino solo guerreros que le habían entregado su corazón y caballos que, según creía (tenía que creerlo) eran más rápidos y más fuertes y tenían mucha mayor resistencia que los del enemigo.

—¡Izquierda!

Hizo girar su propia espada y su propio caballo y todos le siguieron, como los gansos siguen a su líder, como siguen los peces el cardumen, aunque más despacio, porque algunos todavía estaban luchando.

Les condujo por encima del risco y de vuelta hacia abajo otra vez, y el desnivel les dio velocidad e impulso, como había hecho con los legionarios. No corrió derecho hacia delante, hacia la horda que les esperaba, sino que dio un giro forzado para que aquellos que le seguían tuviesen tiempo de dar la vuelta y dirigirse de nuevo hacia la parte derecha del arco de jinetes de Corvo, hacia el lado de la espada, donde los

escudos no tenían utilidad alguna, contra hombres concentrados en la parte frontal y cuya visión se hallaba bloqueada por el risco.

El encontronazo fue breve, intenso y ligero, y solo murieron seis de los enemigos. Valerio llevó al caballo-cuervo lejos, hacia un lado, y volvió de nuevo, acosando ahora a la retaguardia de los hombres de Corvo como un avispón que pica a un caballo.

Para vivir, la caballería tenía que dar la vuelta y luchar, dejando a Breaca y la masa central detrás de ellos. Valerio salió disparado de nuevo, matando y retrocediendo como si bailara, reservando la fuerza de su caballo para cuando la necesitara.

Aunque eran muy pocos, consiguieron forzar el ala de Corvo y obligaron a los hombres a luchar uno a uno, cuando actuaban mejor en filas compactas. No era perfecto, pero sí mejor de lo que habían esperado, y después del desastre de la zanja, mucho mejor de lo que él se merecía.

Cygfa luchaba a su lado, como un faro radiante al sol del mediodía. Ella iba golpeando y dando mandobles, hizo retroceder a su potro y gritó:

—¡Podemos hacerlo! Valerio, tu nombre se cantará ante todos los fuegos del invierno durante generaciones. ¡Qué padre tendrá este hijo!

Mataban y mataban, y no morían. En el centro, Breaca mantenía a sus guerreros unidos y ellos también mataban más de los que perdían. Al comprender aquello se decide una batalla. Valerio vio aumentar la desesperación en la expresión de aquellos a los que se enfrentaba y, por primera vez, empezó a creer que la hueste guerrera podía ganar.

Estaba pensando aquello cuando las trompetas resonaron de nuevo, de modo distinto. En el valle, donde el gobernador mantenía sus reservas, dos mil hombres descansados se colocaron en formación y marcharon hacia delante, dispuestos para la lucha.

* * *

Las dos últimas cohortes de la legión Decimocuarta pasaron por encima del risco en una oleada mucho más lenta que las anteriores.

Descendieron por el talud a un ritmo constante, en un orden rápido y tenso, con los escudos juntos y las espadas sobresaliendo entre ellos. Al llegar de nuevo al nivel del suelo, los hombres de los flancos volvieron sus escudos hacia afuera formando una reja de madera y hierro que solo una carga de caballería muy larga y rápida podía fracturar.

No había forma de retirarse ante ellos; la disciplina entre los guerreros se había perdido hacía mucho tiempo, y por consiguiente cualquier oportunidad de retirada en orden. Hasta donde le alcanzaba la vista, Breaca solo veía un combate que era un caos bullente, detrás de ella.

«Si vienen a ti en filas apretadas y no puedes retroceder, échate hacia un lado. No les presentes un frente contra el que cargar.»

Valerio lo había dicho dos veces aquella noche, y de nuevo por la mañana. Sabiendo qué ocurriría, él había usado sus guerreros para darle espacio a ella, atrayendo a la caballería afuera, por el flanco. Ella le dio las gracias por aquello, estuviera vivo o muerto, y vio por dónde podía salir.

—¡Afuera! —gritó, por encima del tumulto—. ¡Por los lados! ¡Que se extiendan hacia afuera para apresarnos!

Su voz quedó perdida en medio del estruendo producido por vivos y moribundos. Gunovar la oyó, y también dos docenas de su guardia de honor más cercana. Ellos pasaron el mensaje. Éste se fue difundiendo lentamente a través de la masa que luchaba, de forma más lenta hasta detenerse por completo en algunos reductos donde vivir importaba más que pasar un mensaje de cosas que ocurrían demasiado lejos para poderlas ver.

Cinco tiros de lanza de los legionarios. Pocos de ellos llevaban jabalinas; la mayor parte empuñaban *gladii* cortos, con los que apuñalaban y acuchillaban entre los escudos. Breaca miró a su alrededor y no vio ningún enemigo cerca. Asumiendo un grave riesgo, espoleó al potro hacia arriba, en la retaguardia, y levantó muy alto el brazo de la espada.

—¡A los lados! Salgamos a los lados.

Entonces sí que la oyeron, los centenares que estaban más cerca, o al menos vieron el relámpago de metal soleado y la reconocieron a ella y al potro que se había convertido en un segundo *Granizo*, y lucharon por ella con el corazón de un centenar de guerreros. La hueste de guerra se abrió como una rama que se partiese de una forma descuidada, dispuesta para absorber a los hombres que se aproximaban.

El enemigo también la oyó, o la reconoció por el pelo y la torques y el manto. Importaba que la vieran y la reconocieran.

En algún lugar cercano ella oyó que alguien gritaba su nombre en latín. Sonó una trompeta con un toque de rebato que llevaba en su interior de alguna manera el nombre de ella, y fue el grito de los cazadores a sus perros, al encontrar una presa mayor y mejor. Todo el conjunto de la legión giró hacia ella.

—¡Muévete! —ése era Halcón, que se hallaba a su lado. Su potro estaba unido estrechamente con el de ella, hombro con hombro, anca con anca—. ¡Sal! Si nos encierran aquí, contra la batalla en pleno, nos aplastarán como un martillo aplasta el estaño.

Gunovar llegó hasta ella por el otro lado. La guardia de honor se cerró alrededor de Breaca como un escudo de carne viviente. Juntos cortaron a través de la batalla, luchando hacia la tierra despejada del borde.

Estaban a la vista de la tierra despejada cuando le dio la jabalina. El hierro le pinchó el brazo izquierdo, arriba, por encima del borde de su escudo. Ella se agarró a la crin del potro y contuvo el aliento para resistir la invasión de negrura y la larga y

fría espera antes del dolor.

El júbilo la acompañó desde las filas de la legión que quedaban detrás. Entre la confusión recordó a Valerio junto al fuego, con su humor seco, en el momento anterior al de darle su lanza. «Si te hieren, nada los detendrá. Aun así, creo que sería mejor que no te dieran.»

Ella notó el contacto de su mente, y la de Airmid, y sintió frescor, y agua que corría, y solo importaba permanecer montada y conseguir salir a través de aquel amasijo de hierba empapada de sangre y repleta de muertos y de restos de ambos bandos: cadáveres, armaduras, armas, que volvían traicionero cualquier paso.

En algún sitio graznó un cuervo y sus tonos profundos y bajos reverberaron en su pecho. Ella arrojó su escudo a un lado y se sintió mejor, y empujó al potro de patas blancas hacia el terreno despejado.



Graine estaba sentada con los guerreros mientras éstos planeaban una estrategia que convirtiese a su madre en blanco visible, y ella odiaba todo aquello y sin embargo no había encontrado ninguna buena razón para discutirlo. En la guerra llega la muerte; si Briga buscaba una vida, ningún cuidado del mundo la salvaría; si Briga decidía, por el contrario, respetar una vida, ningún riesgo, por elevado que fuese, le pondría fin.

Era Briga, pues, quien había colocado una espesa fila de jinetes en el camino cuando el gobernador romano, con su casco emplumado de blanco, reconoció a su madre y dirigió las jabalinas de sus hombres contra ella.

Su orden consiguió redoblar la furia de la batalla, cuando ya era tan dura, ardiente y asesina como ninguna otra que hubiese visto Graine en toda su vida. Las espadas relampagueaban al sol y los gritos de los heridos ahogaban los aullidos de guerra de los guerreros cansados. Durante unos momentos demasiado largos fue imposible saber quién vivía y quién moría.

Graine apartó la vista y miró hacia el extremo más alejado del campo, donde Ardaco mantenía un pequeño grupito de osas y las guiaba como un guerrero guía una lanza arrojada. Más allá de donde él estaba, Cunomar resultaba reconocible aún a través de todo el campo de batalla por su pelo blanco y untado de cal, que sobresalía orgullosamente de su cabeza, y el brazalete real que llevaba. Él y sus guerreros de la osa estaban muy ocupados con el flanco del enemigo y habían resistido una carga de la caballería, disolviéndose para dejarlos pasar a su través y corriendo después para cortar los tendones de los jarretes de los caballos desde detrás. Aprendieron aquello de los batavos durante la batalla de la invasión y ahora le daban buen uso contra ellos mismos.

El frente había quedado sesgado y luchaban de espaldas al risco. Graine vio a su

hermano subir arriba de todo y tomar impulso en la carrera hacia abajo, para poder saltar mejor al lomo de un caballo que pasaba y arrojar al jinete al suelo. Era dueño de una energía ilimitada. Su tercera carrera fue tan rápida como las dos anteriores, solo que se detuvo un momento en el risco y miró hacia abajo para ver dónde estaba enfangada la Boudica entre la extensa masa de la legión Decimocuarta.

O quizá se hubiese liberado ya.

Airmid dijo:

—Halcón esta vivo —y Graine por tanto se volvió a mirar y vio el momento en que el potro de patas blancas se liberaba del borde de la batalla e irrumpía en el terreno libre que había más allá.

Teófilo, físico de Atenas y Cos, dijo:

—Esa herida no la matará —e importaba muchísimo creerle.

Aquellos que luchaban con la Boudica no eran de la misma opinión. Allí estaban Gunovar y Halcón, y estaba claro que los dos intentaban persuadirla de que dejase a un lado el manto color azul cielo vespertino y se pusiese un casco, para convertirse en un blanco menos obvio.

Hubo un momento en que pareció que ella iba a aceptar, pero ya era demasiado tarde para eso. Una cabeza de martillo de legionarios se habían liberado del tumulto e iban a por ellos en disciplinada formación, y Valerio y su guardia de honor luchaban con la caballería de Corvo justo detrás, de modo que aunque hubiesen conseguido hacer que fuese menos notoria, no les quedaba ningún sitio adonde huir.

Por tanto se quedaron quietos, ya que no les quedaba otra opción.

Graine vio que Halcón se inclinaba para apoderarse de un escudo de un guerrero muerto y se lo pasaba a Breaca con un gesto que parecía un saludo, y luego Gunovar encontraba una lanza y colocaba a sus caballos en línea, con la guardia de honor a los lados, justo a tiempo para recibir a los primeros hombres que venían.

Y entonces no fue posible apartar la vista.



Finalmente, Corvo estaba lo bastante cerca para ser visto.

Su presencia ardía entre la necesaria concentración de la batalla, hasta que las espadas relampagueantes y las masas sudorosas y aplastadas de carne de caballo se volvieron más finas y grises. Valerio luchaba y vivía por instinto, sin pensar, y aquel instinto le iba llevando hacia delante, hacia el hombre de la yegua zaina que combatía con un halo de protección divina junto al borde de los hombres enzarzados en la lucha.

Uno de la caballería se acercó a Valerio y murió y se le ocurrió que él también vivía con aquel mismo halo, que los hombres a su alrededor morían porque él no

podía perder el tiempo pensando, y solo tenía que dejar que actuase su cuerpo. Se hallaba casi al alcance del potro negro cuando algo suspiró en medio de la batalla. Por casualidad, la masa de combatientes que se encontraba ante él se abrió de repente, y por casualidad miró a su través.

—¡Breaca ha caído! —chilló alguien. Más tarde se dio cuenta de que había sido él.

Corvo se volvió antes que ningún otro. Su portaestandartes se volvió un poco después, y un trompeta más tarde, y éste tocó una sola nota, como si hubieran ido de caza y hubiesen encontrado una nueva pieza. La yegua zaina saltó tan alto como un ciervo y se cercó a Breaca.

Los icenos tenían los mejores caballos, de eso Valerio estaba seguro. Puso a la carrera al caballo-cuervo y no se preocupó de mirar quién iba con él ni quién podía intentar interponerse en su camino.

* * *

El nuevo escudo era demasiado pesado, y por eso Breaca lo colocó demasiado bajo, y por eso, por tanto, la espada pudo golpearle en la espalda, de modo que solo la camisa de cota de malla que llevaba le permitió seguir viviendo.

Su potro de patas blancas se retorció y se apartó cuando la hoja se acercaba, pero los muertos que había en el suelo entorpecieron su giro, de modo que el arco que formó le hizo perder a ella el equilibrio y la fuerza del golpe la hizo caer.

Rodó por el suelo sin cortarse con ninguna espada caída, cosa que en sí ya era un milagro.

Se levantó y Halcón se arrojó desde su propio caballo y quedó a su lado, ayudándola a levantarse, y luego Gunovar también desmontó y se apretó contra el otro lado, y quedaron todos luchando a pie, con los caballos tras ellos y la guardia de honor intentando desesperadamente mantener a raya a las legiones.

No lo consiguieron y se retiraron a los flancos, para que los tres de la Boudica pudieran luchar sin trabas y sin temer el ataque por los flancos.

Curiosamente, aquello le producía una sensación más agradable que cabalgar por encima de la batalla, estableciendo estrategias contra las legiones. Breaca probó su propio sudor y la sangre de los hombres muertos y lo saboreó, y levantó de nuevo el escudo, que era demasiado pesado, para bloquear un golpe que venía hacia su cabeza, y supo que podía contar con los dedos de su mano buena el número de veces que podía hacer aquello todavía.

Quería decirles a Halcón y a Gunovar que la dejaran y supo que no tenía aliento para hacerlo, y que aunque lo hubiese tenido, no habría servido de nada. Bloqueó otro golpe de mala manera. El borde de la hoja relampagueó ante su rostro. Halcón atacó al hombre que había asestado el golpe y no le dio. Ahora todos se estaban cansando.

Breaca dijo:

—Deberíamos… ponernos espalda con… espalda —había aprendido aquello en Mona, hacía muchísimo tiempo. Era la forma de morir para los guerreros que presentían la inminencia de su fin.

Halcón asintió y se humedeció los labios y esperó hasta que el golpe del siguiente escudo le empujó. Gunovar retrocedió y se colocó en el espacio que quedaba. Breaca resbaló sobre las tripas desparramadas y se levantó de nuevo, y Halcón seguía allí, apretando sus hombros contra los de ella, sólido, seguro y fiable. De todos sus hijos, ella nunca había pensado morir en presencia del más reciente. Quedaba la esperanza al menos de que los demás vivieran.

Las filas de la guardia de honor, que iban clareando, desaparecieron. Dos legionarios llegaron a ella a la vez.

Breaca dio un mandoble del revés con su espada y tuvo suerte, ya que la hoja resbaló por el casco de un soldado y se introdujo en la mejilla que estaba debajo, y el hombre se tambaleó hacia atrás sujetándose la cara y chillando.

La sangre le salpicó a ella en los ojos, cegándola. Parpadeó con fuerza y cuando pudo ver de nuevo, ambos hombres que tenía delante estaban muertos y Valerio se encontraba en el lugar donde ambos habían estado, protegiéndola con el propio caballo-cuervo y lanzando tajos frenéticos a ambos lados. Una docena de guerreros de Mona le seguían, esparciendo la muerte en su estela.

Con enorme rapidez, donde antes había tumulto se formó un remanso de paz.

Breaca notó que Halcón flaqueaba y se apoyaba en ella, intentando permanecer de pie. Caerse en aquellos momentos les habría humillado a los dos.

Su hermano lanzó órdenes como una rama verde en el fuego arroja chispas; Huw y otros tres honderos tomaron posiciones delante de ella y unos guerreros detrás; Longino y Cygfa aparecieron a ambos lados para ayudar a los tres guerreros que permanecían de pie. Valerio se volvió y ella no pudo leer en su rostro.

—Breaca, ¿puedes montar?

El potro de patas blancas se hallaba demasiado lejos para alcanzarlo. Era difícil pensar con claridad. Ella dijo:

—Tu caballo no podrá llevarnos a los dos.

Él la miró inexpresivo, entonces:

—Ya lo sé. No quería decir eso. Solo quería saber si…

—¡Bán!

El nombre que chilló era equivocado. La vacilación al no reconocerse a sí mismo casi le mató. Alguien lo supo antes, y más rápido. Una yegua zaina que ella había educado desde que era una potranca se acercaba, asesina, con un giro perfecto. Una espada se dirigía hacia la cabeza de su hermano, empuñada por un hombre que antes había sido un amigo.

Ella chilló también aquel nombre, aunque no esperaba que él le contestara. Corvo llevaba la muerte, y aquella vez no se desviaría.

* * *

Corvo llevaba la muerte pero Valerio le respondió.

No había respiro en la lucha que entablaron ambos, ni cuartel por parte de ninguno de los dos bandos para que arreglasen aquello a solas. Solo era un hombre más que luchaba en el caos destructor de la batalla, con otros a su alrededor. Por el rabillo del ojo Valerio vio a Huw colocar una piedra en la honda y gritó: «¡no!» y no supo por qué lo había hecho.

El hierro brilló bajó el sol ardiente. La espada de Corvo se acercó a su cabeza, con intenciones asesinas. El caballo-cuervo giró apartándose del camino, y reculó, y coceó, porque Valerio lo había pensado así o porque el animal lo pensó y Valerio siguió su impulso; en combate no había diferencia entre ambos, nunca la hubo.

La montura de Corvo era casi igual de buena. Una yegua zaina con la marca de los icenos en la espalda, que se deslizó a un lado, evitando la muerte en tierra, y giró para enviar a su jinete hacia delante con su escudo bien alto, protegiéndolos a ambos, y su espada penetrando por debajo en una estocada que iba destinada al corazón de Valerio.

Su rostro se hallaba muy por encima, enmarcado por un casco que llevaba abolladuras a cada lado, con el pelo largo y negro que sobresalía por debajo y los ojos negros y muy abiertos y los chorros de sudor y la concentración lúcida y despierta que había durado todo el día y que duraría todo lo que fuese necesario.

Podían haber hablado quizá, entre los jadeos de la batalla, pero no quedaba nada que decir.

«Si yo muero primero, te esperaré.»

Ninguno de los dos había dicho: «si te mato, aun así te esperaré», pero las palabras estaban ahí, y de nuevo flotaban espesas en el aire, entre los dos.

Valerio paró la estocada y volvió su hombro desnudo para ofrecer un blanco y echó atrás al caballo-cuervo al ver que no se aceptaba la invitación, y que por el contrario, el borde de un escudo buscaba su cara, y luego su brazo. Hizo caer su propia espada en un relámpago de carne morena expuesta, y vio que brotaba la sangre en la superficie.

La sorpresa al ver aquello hizo que su escudo se moviese más lento y como resultado él también fue herido en el muslo, y el cuello del caballo-cuervo recibió una larga rozadura, y el animal chilló, lleno de rabia, y pateó a un siluro herido y se alzó y volvió a bajar demasiado pronto, trastabillando: a pesar de su inmenso corazón y su odio, el caballo-cuervo también se estaba cansando.

Valerio nunca había pensado ir montado en su caballo y encontrarlo cansado. La conmoción le partió el corazón como no lo había hecho Corvo. Las puertas de su mente se abrieron de par en par, y las salas quedaron vacías de todo: de dioses, de amor, de pasado y de presente, de un niño no nacido y una hermana recién curada, de

estrategia y de táctica y de supervivencia básica en el campo de batalla, de todo excepto de la posibilidad de perder a aquel caballo y encontrar una vida que valiese la pena vivir después.

La desesperación le abrumó, tan pesada como la muerte. A través de una neblina rojiza que iba en aumento llegó a comprender que estaba cansado, más que cansado, y como lo había visto en los otros, supo que ese hecho mataba a más hombres que la estupidez o la arrogancia o la mala suerte, todo junto.

Él y su caballo giraron en redondo, evitando otro golpe por un margen demasiado estrecho.

«Si yo muero primero…»

«Podemos morir juntos, cosa que sería adecuada y buena.» Un destello de todo aquello, y de cómo podría ocurrir, se insinuaba entre la niebla.

Buscando un terreno abierto, arrastró al caballo-cuervo hacia atrás. Corvo le siguió, como si estuvieran unidos por un cordón umbilical que nadie pudiera romper.

El resto de la batalla se había desvanecido hasta quedar en nada; después de Huw, nadie entre la hueste guerrera había intentado intervenir, excepto para ir matando a los legionarios y la caballería y dejar espacio para que Valerio hiciese lo que debía. A su izquierda, Breaca todavía no había encontrado un caballo. Quería gritar a Cygfa y no tenía tiempo para tomar aliento.

Valerio fintaba y amagaba y cada vez dejaba caer su escudo, porque estaba cansado, y Corvo, que le conocía muy bien, lo veía y le atacaba con más fuerza aún. Valerio lanzó una estocada y se la pararon y el corte del revés le alcanzó, esta vez en el cuello, donde acababa la armadura. Echó atrás la cabeza y lanzó un juramento, y dejó que el caballo-cuervo danzase de lado, como pudo, y esperó el siguiente corte, que debía venir por arriba, por encima del hombro, y así fue, de modo que él…

—¡Valerio! ¡Muévete! —ese era Longino; a tiempo, pronunciando el nombre correcto, y aun así, demasiado tarde.

El caballo-cuervo ya se volvía. Ese hecho le salvó la vida. La espada cantó con el nombre de su alma y se llevó cuero y metal de su espalda. No tenía nada preparado para devolver aquel golpe, y su caballo, que podía haberlo hecho, estaba destrozado. Usó las rodillas para volverlo, y respondió más despacio aquella vez, y el golpe del revés no estaba destinado a él, sino al caballo; un tajo amplio en forma de arco que le dio en el cuello como el dios alcanzaba al toro en el sacrificio, abriendo las venas y la garganta hasta el hueso, de modo que ésta cayó como si le hubieran pegado un hachazo y solo el hecho de que estuvieran girando le libró a él.

—¡No!

Gritó por el caballo, que no podía emitir ningún sonido. El caballo-cuervo yacía agitando las patas en un galope sin sentido. Su vida se derramaba en el suelo, convertida en espuma por su aliento final.

Aún había vida en sus ojos. Valerio se arrojó hacia su cabeza y quedó echado junto a ella, sollozando.

Le dejaron espacio para ello, los hombres y mujeres que vivían y morían a su alrededor, porque llorar a un caballo importaba más que la misma batalla. O quizá le dejaban para Corvo, que había detenido a su propio caballo y le contemplaba con la cara blanca desde arriba.

No había palabras. Corvo las dijo, de todos modos.

—Lo siento. Te esperará, como habría hecho yo. Es mejor así. Tu ejército está perdiendo. Las reservas de la Decimocuarta los han roto. Cuando venga la Vigésima, todo habrá acabado.

Se habían entrenado juntos muy a menudo viendo cómo un hombre montado podía matar con total seguridad a un enemigo en el suelo. Valerio se esforzó por ponerse en pie, porque no quería morir tirado en el suelo. Los dioses hicieron más lento su mundo, para que le pareciera que podía vivir más. En una infinidad intemporal, vio el inicio del golpe que acabaría con él, examinó su progreso, hacia atrás, y luego hacia abajo, hacia su cabeza…

… que no estaba allí, porque una vez, en un largo invierno a las orillas del Rin, había dedicado un cierto esfuerzo a encontrar un contraataque para aquel movimiento, y en una sola ocasión, de miles de intentos, le había funcionado.

Los dioses detuvieron la velocidad del mundo para que a Valerio le pareciera que podía vivir más, y así pudo moverse con rapidez en su interior. En un movimiento como el de la monta del guerrero, pero más duro, se arrojó hacia el caballo de Corvo, esquivando el arco de la espada que venía y luchando por agarrarse al animal que reculó al notar el nuevo peso, y consiguió hacer presa en un hombre con armadura que sabía que se estaba acercando, pero que no podía hacer nada por evitarlo.

Durante un par de zancadas luchó y luego el instinto y la necesidad de ganar superaron al miedo y el cansancio y se encontró cabalgando detrás de Corvo, como había hecho una vez a orillas del Rin, excepto que ahora tenía una espada en la mano y un motivo para usarla.

Pero no era un motivo lo bastante bueno. Asaltado por un olor que había conocido a lo largo de toda su vida adulta, que disminuía cuando el hombre salía de los baños y aumentaba en combate, o cuando había pasado la noche en compañía de otro, Valerio no podía asestar aquel golpe final.

Habían intentado una cosa más, aquel largo y tedioso invierno, con la nieve hasta la altura de los corvejones en el suelo y el río cubierto de un hielo tan duro que se podía cabalgar por encima, y practicar maniobras de la caballería. Valerio levantó un brazo por debajo del sobaco de Corvo y empujó con la rodilla, doblándolo con toda la fuerza y el dolor que le quedaban.

—Lo siento —dijo, cuando el otro hombre cayó—. Seguiré esperándote, por mucho que tardes, y sé que tú me esperarás también.

La yegua era icena; conocía bien las palabras que él le dijo, y respondió al toque de su rodilla. Se volvió cuando se lo pidió, de modo que él tuvo tiempo de ver a un hombre con una asquerosa piel de lobo que se tiraba de su caballo y se agachaba junto

al cuerpo que yacía enroscado en el suelo.

Corvo debía de respirar aún. Quedaba espacio suficiente para creerlo.

La yegua se desvió de nuevo, y le obedeció cuando Valerio se lo pidió, y retrocedió mucho desde el campo de batalla, de modo que vio todo el conjunto y el diseño que seguía, y luego encontró a Breaca, que estaba con Halcón en el centro mismo de un grupo que luchaba intensamente, y perdía, como estaba perdiendo todo su ejército.

Estaba equivocado. Después de todo, le quedaba aún una razón para vivir. Valerio azuzó a su nuevo caballo hacia adelante y levantó la espada, pidiéndoles a los dioses que le ayudaran a alcanzar a su hermana.

XLV

Gunovar vendió cara su vida, llevándose con ella al hombre que la había matado y al que permanecía de pie a su lado. Cayó hacia delante, y su cuerpo, durante un momento, bloqueó a los hombres que llegaban.

Breaca no tuvo tiempo de llorar, solo de pronunciar las tres palabras que llevarían a la soñadora muerta a salvo con Briga, las que exigían perder menos aliento. Detrás de aquellos que habían matado a Gunovar llegaron otros; el hilo de legionarios se había convertido en una corriente poderosa, y los jinetes de Mona apenas podían contenerla.

Eran dos, ella y Halcón, de pie en una media luna de caballos y jinetes con armadura que enfilaban de frente.

Breaca había encontrado un escudo más ligero y alguien le había pasado agua, y ella se había percatado de que podía volver a respirar sin notar la garganta como si estuviera ardiendo y que al menos podía sujetar con fuerza el escudo con el brazo, aunque no levantarlo bien, y aunque la muerte era cierta, experimentó alegría al enfrentarse a ella abiertamente, con plena conciencia, en compañía de aquellos a quienes amaba.

Ella luchaba mejor que nunca; la vida y las preocupaciones se habían estrechado hasta limitarse al corte de una espada y parar un golpe y los chorros de sudor y de sangre, y todo el cuadro no importaba en absoluto, ni quería que le importara.

Hubo un respiro momentáneo cuando un hombre cayó muerto y otros todavía no habían pasado por encima de la pila creciente de cuerpos. Halcón todavía estaba con ella, una sombra sensible.

Breaca dijo:

—¿Preparado? —y él tuvo la fortaleza suficiente para sonreír. Ella escogió a un hombre y se adelantó hacia un súbito hueco y le atacó, y él cayó al primer contacto, cosa enteramente sorprendente, y luego apareció Valerio, brillante, salvaje y furioso. Ya no cabalgaba el caballo-cuervo, sino que montaba una yegua zaina que había sido su regalo en una ocasión a Graine, y de Graine a Corvo, y ella no le había visto apoderarse de la yegua. Pronunció la invocación a Briga para Corvo, porque él también debía de estar muerto, aunque ella no podía verle.

Valerio estaba fundido a aquella yegua como lo había estado al *Cuervo*. Juntos, yegua y hombre, recogieron su cosecha entre la legión. Los hombres caían y eran reemplazados por otros, que veían gloria en matar a aquellos que tenían frente a sí, y no se preocupaban en absoluto aunque sus vidas fueran el coste.

Aun así, su paso creaba un espacio donde era posible pensar y darse cuenta de que

importaba mucho ir montada, y por tanto buscó su potro de patas blancas, y se dio cuenta de que ya no lo veía, ni se encontraba entre el creciente número de caballos sueltos que se hallaban a su alcance.

—Arriba —Valerio estaba allí, justo delante de ella, apestando a sudor de caballo y respirando con fuerza. Empujó a la yegua para que se colocara de lado ante ella, y se agachó para cogerle el brazo—. Sube detrás de mí. Ahora. Cygfa se encargará de Halcón.

Él era su hermano. Era un oficial de la caballería romana, cuyas órdenes no se daban a la ligera, y que solo raramente había sido ignorado. Por esas dos razones ella hizo lo que se le pedía y le asió el brazo por el codo y dio un salto bastante pasable hasta la grupa de su caballo.

Detrás, entre las filas de las reservas de las legiones, seis trompetas legionarias entonaron una secuencia breve y repetida.

—¡Ahora no, maldita sea!

Valerio hizo girar su nuevo caballo sobre los corvejones. Breaca se agarró a su cintura con su brazo bueno y se sujetó bien. Él llevó a la yegua a trepar el risco, y subieron un momento por encima del campo, en la separación que éste creaba. Extendida debajo, hacia el lado este, se veía la carnicería donde el grueso de la hueste sin entrenamiento combatía con la legión Decimocuarta y estaba perdiendo de forma manifiesta. Incapaces de desplazarse hacia los márgenes, estaban siendo aplastados sobre sí mismos, sin encontrar el espacio para hacer girar sus espadas o usar sus caballos o echar atrás un brazo para lanzar una piedra de honda.

Al oeste del risco había paz y orden. Filas de espadas sin mácula aguardaban allí, en manos de hombres que habían permanecido quietos y esperaban que murieran sus hermanos, salvándose ellos hasta el momento en que su intervención pudiese decantar la batalla.

Y ese momento llegó. Las trompetas prometían y exigían por igual. Mientras Breaca los contemplaba, fila tras fila de legionarios se separaron con fluidez de la formación y cerraron sus escudos, y empuñaron sus espadas, y empezaron la corta marcha hacia el risco. Se veían de un blanco plateado con el sol del atardecer, una larga y ondulante fila de hierro, bronce y decisión inquebrantable. Las llamadas de las trompetas les separaban por el centro, dividiéndoles en dos alas movibles, formando una luna creciente con toda su potencia devastadora detrás.

Valerio ya había hecho bajar a la yegua zaina del risco. Aguantar era un desafío; el éxito y la supervivencia, un regalo más de los dioses.

Breaca gritó por encima de su hombro:

—Hemos de sacar de en medio a los guerreros. Necesitan sitio para reagruparse.

Su hermano gritó algo como respuesta, pero se perdió en el súbito entrechocar de hierro, y entonces Cygfa y Halcón llegaron junto a ellos y luego Longino y Madb y Huw y los demás de Mona, que se arremolinaron en torno a ella e irrumpieron a través de las filas que iban clareando de la caballería de Corvo, y cabalgaban como ella

les había pedido, fuera del alcance de la fila de carretas más alejada donde esperaba Graine con Airmid, Bello y el físico griego, que por entonces debía de estar pensando que había elegido dar su apoyo al bando equivocado.



Un potro negro con las patas blancas y la marca de los batavos en el flanco se detuvo en la tierra abierta junto a las carretas. Al no encontrar batalla alguna a su alrededor, bajó la cabeza para pastar.

Graine esperaba que alguien se diera cuenta pero como no fue así, se bajó de la carreta y fue andando hasta él, siseando dulcemente como había oído hacer a Valerio. *Piedra* estaba con ella, y todos los caballos batavos habían crecido con perros desde que eran potrillos. El viejo perro se echó en el suelo de costado, saboreando el sol. El potro negro miró a la niña y al perro y decidió no correr.

La palma de ella estaba llena de sudor salado. Graine dejó que el animal se la lamiera, y luego le ofreció el hueco del codo, que estaba igual de húmedo. El animal la lamió y ella se apoderó de su rienda y luego se envalentonó e intentó conducirlo. El animal hizo una pausa para demostrar que había hecho su elección, y luego la siguió hasta el lugar, detrás de las carretas, donde se guardaba el agua. La niña echó un poco de agua en el cuenco que formaba un escudo vuelto del revés y el animal bebió y volvió a pastar, y ella sujetó el final de las riendas, y rezó a la antepasada y a la anciana abuela para que Breaca mirase hacia allí y viese que su hija había encontrado su caballo.

Poco después, Airmid pasó andando por allí y vio a un potro de un rojo intenso que llevaba la marca de los icenos y la marca de Halcón del lagarto de fuego, y estuvo bien claro que los dioses habían enviado a los dos animales para que estuviesen con ellos, y no sencillamente porque hubiesen olido el agua, o conocieran a la gente de la carreta y hubiesen acudido, casi por casualidad, a caras conocidas y voces en las que confiaban.



Cunomar vio el primer movimiento de las legiones mientras subía corriendo por el risco.

Se detuvo, levantó la mano y gritó un nombre. Ardaco se le unió al cabo de un momento; su padre espiritual nunca había estado muy lejos de él.

Cunomar dijo:

—Les atacaremos antes de que lleguen al risco.

—Y perderemos nuestras vidas por nada —Ardaco miraba hacia el norte a lo largo del risco, hacia donde luchaban los guerreros a caballo de Mona, donde Breaca había quedado desarzonada y estaba ahora, cosa asombrosa, en el mismo caballo de Valerio. Mientras les miraban, aquellos dos subieron por el risco y volvieron a bajar de nuevo.

No había necesidad de hablar más. Entre las osas, algunas exigencias estaban bien claras, y la primera de ellas era que la obligación de proteger las vidas de la Boudica y de todos aquellos que la ayudaban tenía prioridad sobre las necesidades inmediatas del combate.

Cunomar asintió ante una pregunta que nadie le había hecho. Ardaco se llevó dos dedos a los labios y silbó una sola nota aguda que caía hacia el final. Resultaba más penetrante que cualquier trompeta. El entrenamiento de todo un invierno dio sus frutos en aquel momento. Cuarenta de las osas se apartaron de su carnicería y fueron a unirse a él en el risco. Las que quedaban siguieron luchando como si no hubiese cambio alguno.

Cunomar los dirigía. Ulla era una sombra ligera a su costado. Ardaco y sus guerreros más viejos mantenían la retaguardia contra posibles ataques.

Ligeros y sin armadura, a plena vista de los legionarios que avanzaban, corrieron hacia el lado romano del risco, y a lo largo del terreno libre, donde los muertos caídos eran menos, hasta el extremo más lejano del combate. Allí se alzaron de nuevo detrás de la Boudica y aquellos que la atacaban.

En la cresta, Cunomar se limpió la palma en la túnica y volvió a asir bien su cuchillo y levantó su áspera voz lanzando el grito de combate, para que los hombres de Roma supieran bajo qué hoja morirían antes de que Briga viniera a llevárselos.

* * *

Una brillante oleada de legionarios subió al risco y cayó hacia abajo, hacia la batalla. Las trompetas les movían, extendiéndolos a medida que llegaban, de modo que una mitad se fue por un lado y la otra mitad por el otro de las filas reunidas que ya combatían.

Las dos partes se volvieron a unir limpiamente, como el pomo se une con la hoja de la espada, sin dejar hueco alguno. Empezó la matanza al instante, y ésta era limpia y eficiente también: las reservas de las legiones se hallaban frescas y descansadas, y habían bebido agua antes de la marcha, y se habían entrenado durante media vida para matar a hombres y mujeres sin entrenamiento alguno.

Graine permanecía en pie sujetando al potro de patas blancas, y veía a aquellos jóvenes a medio entrenar caer como el grano en la cosecha, y se sintió enferma. *Piedra*

empezó a gemir, de modo que tuvo que sujetarlo con la otra mano para evitar que corriese hacia la refriega.

—Ya se acercan —dijo Airmid; era la primera vez que hablaba desde que Breaca se había caído del caballo—. Él la trae a los caballos.

Graine apartó su vista de la matanza y miró hacia la masa de guerreros a caballo desde la cual irrumpieron, al galope, dos caballos con dos jinetes cada uno, y la guardia de Mona rodeándolos.

Deprisa y con mucho énfasis, Bello dijo:

—Airmid, ella está viva —como si hubiese alguna duda, aunque quizá la hubiese.

Entonces Teófilo dijo:

—Cunomar viene por encima de la cresta y Ardaco también —y era cierto.

El hijo y el hermano de la Boudica llegaban juntos, de modo que las dos partidas casi chocaron, y retrocedieron, mirándose los unos a los otros como si pudieran ser el enemigo.

Valerio dijo:

—Todo ha terminado. Hemos de salir de aquí y retroceder. Llamar a retirada —casi era una pregunta, como si todavía no estuviera seguro de su derecho a dar órdenes.

Cunomar dijo:

—La osa te seguirá adonde tú la dirijas.

Y luego Breaca:

—El plan de batalla era tuyo, y la retirada también. Haz lo que debas.

Valerio asintió, dando las gracias. Dio órdenes sin cesar.

—Halcón, Breaca, montad en vuestros caballos. Cunomar, Ardaco, llamad a todas las osas que podáis reunir. Madb, Cygfa, reunid a los guerreros a caballo. Tendremos que formar una retaguardia para cubrir a los que dejen el campo. Huw… toca el cuerno para la retirada.

Graine pasó junto a Huw al llevarle a su madre el potro para que lo montara; solo por ese motivo, vio la angustia en su cara llena de cicatrices y comprendió lo que estaba ocurriendo.

Huw se había hecho cargo del cuerno de Mona menos de un día. Durante mil años, éste había sonado siempre para atacar. Esta vez, ante la insistencia de Valerio, lo habían reservado para el único sonido que todos los hombres y mujeres que luchaban podían reconocer, y que estaban comprometidos a obedecer: la señal de abandonar la lucha y salir corriendo, en el orden que pudieran; separarse y seguir separándose más aún, dejando espacio y terreno libre entre ellos, hasta que las filas de los legionarios clareasen de modo que el poder de su unión se perdiera.

Huw levantó el cuerno y dudó. Nunca se había usado de ese modo.

—¡Hazlo! —gruñó Valerio, salvaje como un perro—. Hemos perdido. Si Paulino llama a la caballería del batavo Henghes por las alas, nunca viviremos para volver a luchar.

Huw se humedeció los labios nervioso y sopló.

El sonido del cuerno era la canción de la liebre, intensificada hasta convertirla en el bramido de un toro. Tres veces, y tres veces más, sonó con fuerza argentina por encima del campo. Legionarios y guerreros vacilaron en su derramamiento de sangre; los unos porque era un sonido que no conocían, los otros porque lo conocían íntimamente y no habían esperado oírlo jamás, y por lo tanto no estaban preparados.

No estaban entrenados tampoco en el arte de la retirada. Graine vio morir a hombres y mujeres que no sabían cómo retroceder en combate y seguir viviendo. Las osas de Cunomar que quedaban estaban formando una pared viva para aquellos que podían llegar al extremo más alejado del campo. Por todas partes, otros menos habilidosos formaron un muro de cadáveres que produjo más o menos el mismo efecto.

Torpemente, con un dolor abrumador y asombroso número de muertos, los guerreros de la hueste de la Boudica obedecieron la orden del cuerno y abandonaron la lucha.

El potro de las patas blancas bailaba en su sitio, dispuesto ya otra vez para la batalla. Por un momento, Graine vio el alma de Valerio permanecer alerta y vigilante en sus ojos, puramente icena, llena de vida con el amor de un caballo. Luego, un velo cayó y volvió a ser medio romano, lanzando bruscas órdenes como si los que estaban a su alrededor fuesen todavía sus hombres de la caballería, y él su oficial.

—Montad. Que monte todo el mundo. Ahora.

Estaban colocándose en sus sillas cuando los hombres del ala de la caballería de Corvo irrumpieron a través de las líneas de Mona para alcanzarles; hombres fuertes, curtidos, furiosos, dirigidos por un salvaje con el pelo negro y una piel de lobo apestosa encima de los hombros, que gritaba lleno de odio, de forma tan estridente como cualquier osa. Ése fue a por Valerio y le dio, y le habría matado si Longino no hubiese estado allí para parar sus golpes con su espada. Graine no vio nada después de eso sino luchas por todas partes y todo se convirtió en una absoluta locura.



—¡Saca a Graine de aquí! —era la voz de un hombre, la de Valerio.

Cunomar clavó su cuchillo en un caballo que pasaba y lo vio caer y luego se volvió siguiendo la orden de Valerio y retrocedió en busca de su hermana. Halcón ya estaba allí; su hermano, juramentado a la familia. Se hallaba junto a una hermosa potranca gris con una marca en el flanco que indicaba que había ganado tres carreras. Sus manos estaban formando un estribo para que ella montase.

—Graine. Sube —él era como Valerio, le daba órdenes urgentes, sin comprender su miedo a los caballos veloces.

Cunomar dijo:

—Graine, debes subir a ése. El poni no es lo bastante rápido. Por favor. Te ayudaremos.

Ella le miró y su rostro era la viva imagen del terror, y luego abrió la boca y chilló, no a él, sino a su hermano.

—¡Halcón!

La espada no les dio a ninguno de los dos, pero solo gracias a Graine. Halcón rodó por el suelo y luego se levantó sin escudo, pero sujetando la espada de la osa, la de Eburovic, con las dos manos, tal y como se había pensado cuando se forjó.

El salvaje con la sucia piel de lobo en los hombros volvió su potro negro sobre los corvejones y se acercó de nuevo, aullando con tanta fuerza como las osas. Halcón gritó:

—¡Cuidado con Graine! —y se acercó para reunirse con él.

Para Cunomar, colocar a Graine en el caballo fue cuestión de momentos. La potranca de carreras gris estaba bien entrenada para la batalla y permanecía sólida como la roca entre el pandemónium que reinaba a su alrededor.

—Vete —susurró Graine, desde la profundidad de su terror—. Él te necesita.

Piel de Lobo era bueno. En otro momento, Cunomar le habría admirado. Usaba su caballo como arma, igual que los mejores icenos. Las osas estaban entrenadas para superar aquello, pero no Halcón, que solo había llegado a atisbar lo que podía dar la osa.

Aun así, Halcón también tenía una habilidad sorprendente. Se quedó de pie ante el caballo que se acercaba empuñando la enorme y ancha espada de guerra como si hubiera nacido para ello. Llevaba el pelo trenzado con el moño del guerrero y unas plumas de cuervo flotaban, húmedas de sudor, en su sien izquierda. Era iceno hasta la raíz del pelo y del alma, y luchaba con una gracia que habría dejado a los cantores llorando mientras hablaban de ello en torno a los fuegos del invierno, si es que quedaba alguien para verlo.

Sin embargo, no había nadie más que Cunomar, contemplando cómo su hermano del alma se enfrentaba al potro negro y hacía que se desviase, atacando su cabeza, dando la vuelta a la espada y rozando con ella la espalda del jinete, mientras éste giraba y volvía para dar una segunda pasada. Cada movimiento era fluido en su economía, y Cunomar podía creer que era el único que se daba cuenta de que Halcón luchaba con las últimas reservas de energía que le quedaban, y que cada controlado mandoble de la espada le acercaba más a un final después del cual aguardaba la muerte envuelta en una apestosa piel de lobo, sin preocuparse por la belleza que destruía.

El final llegó más pronto de lo que había pensado. El potro negro podía darse la vuelta sobre una sola pata sin perder el paso. Su jinete lo hizo girar en una curva alrededor de Halcón y esta vez tomó bien la medida del revuelo de la espada, con dos manos. Esquivó el primer arco y envió su propia espada del revés a través de la línea

de su vuelo, hacia arriba, de modo que la espada dio precisamente en una mella que había creado un antepasado de Cunomar en un combate con una sola mano contra un guerrero de pelo blanco de los coritanos, en una disputa por unas lindes.

Cunomar nunca supo quién ganó aquel combate, hacía ya muchas generaciones. Ahora, el defecto en aquella espada le costaba la vida a Halcón, o al menos eso parecía. La enorme hoja saltó de su mano como un salmón que desova, y voló muy alto, formando espirales, y acabó descansando a tres pasos de donde él se encontraba.

Tres pasos, pero podía haber estado perfectamente a tres días a caballo. Halcón permanecía desarmado ante el jinete de la piel de lobo, y le sonreía, como sonríe un auténtico guerrero que se enfrenta a la muerte. Sacó el cuchillo, que era un acto muy valeroso pero inútil, porque hasta la osa habría tenido problemas contra un adversario como aquél.

Dedicó una sonrisa a Cunomar, y dijo:

—¡Cuida a Graine por mí! —y se adelantó para enfrentarse a su final.

Tres pasos. La espada se hallaba al alcance de Cunomar. Casi la había empuñado porque era muy fácil, y por la oportunidad de devolvérsela a Halcón, para que al menos pudiera morir con su hermano a su lado y la espada de los antepasados en la mano.

La sombra de Eburovic le detuvo, sólida como la tierra, como el cielo, como el sudoroso y jadeante potro y el hombre de barba negra que lo montaba. Su abuelo permanecía de pie ante él, tan cerca que Cunomar podía ver cada arruga y cada rasgo de su piel, veía sus ojos castaños y su preocupación por él, notaba el frío eterno que le envolvía, oía de nuevo las palabras incrustadas en el alma de Cunomar desde antes de volver a su tierra natal. «Si mi nieto alguna vez empuña mi espada, debes saber que seguirá la muerte de los icenos», y luego, más recientemente, «¿vale la pena una sola vida, aunque sea la de tu hermano, a cambio de tanta pérdida? La osa es tu dios, y mi sueño. En su nombre te pido que no lo hagas».

No podía hacer nada. Su juramento era con la osa, su alma estaba entregada a su cuidado en las cuevas de los caledonios. El juramento era completo y de por vida, y nada ni nadie podía borrarlo.

Estaba atrapado en la pesadilla viviente de su pesadilla, pero era Halcón el que estaba siendo atacado, y por un hombre-lobo, no un oso. Sin embargo, podía luchar. Tenía su cuchillo y su valor, y su hermano le necesitaba. Cunomar se volvió, dispuesto a ayudar, y encontró que ya era demasiado tarde, y que la pesadilla se había completado.



—¡Halcón!

Nadie la oyó gritar aquella vez; el ruido de la batalla era demasiado fuerte. Graine vio la espada de su hermano volar muy alto desde su mano y formar una línea en el suelo a menos de un tiro de lanza del lomo de su caballo. Duborno había estado juramentado a ella, y ella le había dejado morir porque él lo quiso. Halcón se hallaba entregado a ella antes que todos los demás, y ella a él por tanto, y estaba claro que no quería morir, porque lo había dicho a los ancianos del ciervo la noche de la luna con cuernos.

La potranca gris permanecía quieta como una roca. Graine se bajó al suelo y corrió mientras corría Cunomar. Él podía haber llegado a la espada antes que ella, pero vaciló y no lo hizo. El hilo que la unía con aquel arma era el hilo del alma que la había ligado con la liebre, aunque más brillante aún, porque ahora estaban en combate. Ella la levantó y oyó al fin su canción.

El pomo le mojaba las manos. La hoja tenía su equilibrio propio, de una forma que nunca había notado en las espadas de práctica de Mona. La osa amamantando del pomo le ofrecía su propio peso, y su propio impulso. Tiraba hacia abajo, de modo que el largo trecho de hierro azulado que era la hoja se alzaba sin esfuerzo, y lo único que tuvo que hacer fue dejar que sus manos fueran el punto de equilibrio entre ambas cosas.

Aquella facilidad le resultaba asombrosa, de modo que se quedó mirando la espada y las antiguas marcas hechas por los antepasados, y las nuevas que había formado Halcón con sus hazañas y…

—¡Graine! —alguien gritaba su nombre desde más allá del borde de la espada. Ella levantó la vista y recordó la batalla. Piel de Lobo vino hacia ella, sonriendo, con otro hombre a su lado.

Ella oyó al de la piel de lobo gritar:

—¡Flavio! ¡Ésa es mía! ¡Su vida por Corvo! —y la tierra tembló con el martilleo de sus caballos y sus espadas cantaron por su vida y en algún lugar la anciana abuela dijo: «es el momento de escoger. ¿Qué importa más, tu linaje o tu tierra?», cosa que no tenía ningún sentido, y vio que Cunomar saltaba echándose encima de aquel hombre, Flavio, con el cuchillo desnudo y con Halcón a su lado, y entre los dos podían llegar hasta él, pero todavía quedaba Piel de Lobo, que se había probado en la batalla, y que ahora venía directamente hacia ella sonriendo y con la espada levantada.

Ella notó el gusto de la muerte e intentó no sentir miedo, pero fracasó.

Entonces apareció su madre, azuzando al potro de patas blancas con toda su terrible furia, y *Piedra* iba a su lado, donde había querido estar a lo largo de toda la batalla.

La abuela sonrió y dijo: «bien», y el mundo cuadró al fin.



Ella notaba cerca a su padre.

Él estuvo allí desde el momento en que se bajó desde el lomo del caballo de Valerio, como una presencia silenciosa, observando. No estaba solo. La abuela iba con él, y la antepasada-soñadora, y el Perro del Sol, y su linaje; se hallaban todos a su alrededor, aquellos antepasados suyos, en el lugar donde los hijos de sus hijos vivían o morían. Escuchó la profunda y campanuda voz del cuervo de Briga y no la oyó tañer con más fuerza que para todos los demás muertos.

Halcón luchaba con brillantez. Hasta cuando le vio perder la hoja supo que había visto algo excepcional y que los demás lo habían visto también, y eso bastaba para asegurar que su recuerdo perviviese mucho después de su muerte. Empezó el lamento de Briga cuando la hoja cayó de las manos de Halcón, y luego se detuvo, porque Cunomar se acercó y ella oyó a su propio padre, tan claramente como le había oído por primera vez, que decía: «si mi nieto empuña alguna vez mi espada, debes saber que seguirá la muerte de los icenos. Confío en que procures que eso no ocurra».

Cunomar también le oyó. Ella le vio detenerse y llevarse la mano al rostro y apartarse de la espada y sacar, a cambio, su cuchillo. El alivio la dejó debilitada y no miró más allá hasta que fue demasiado tarde y gritó:

—¡Graine! ¡No!

«Confío en que procures que eso no ocurra.»

Demasiado tarde. El mundo quedó colgando de la hoja de una espada, precipitándose hacia su destrucción. Graine, esbelta, frágil, y tan reconocible como su madre, había entrado en el campo de batalla con una espada en la mano, e iba a morir por ello. De forma distante, oyó a Venutio plantear de nuevo su pregunta: «si llega el momento de elegir, ¿qué importará más, tu linaje o tu tierra?».

Ella no tenía ni idea de si había llegado el momento de elegir, solo sabía que Graine no debía morir. Había apenas un tiro de lanza entre el hombre a caballo que se acercaba y la niña que ostentaba todas las esperanzas de futuro en la luz de su sonrisa.

Dos hombres llegaron a la vez, cada uno buscando la gloria de haber matado a la hija de la Boudica. Sus dos hijos se ocuparon del primero, Flavio, y lo mataron. Los dioses le dieron al otro, el salvaje con la piel de lobo, como regalo a ella. Hizo saltar al potro de patas blancas de modo que cubrió la mitad de la distancia y le azuzó para que siguiera adelante. *Piedra* venía por el otro lado, corriendo casi tan firmemente como había hecho en su juventud. El corazón le saltó en el pecho al verlo.

El hombre-lobo no vaciló. Vio a la mujer, el caballo y el perro, y no estimó que representasen ninguna amenaza. Su espada estaba ya alcanzando a Graine.

Él tenía razón: ella estaba demasiado lejos para detenerle, pero había un movimiento que le había enseñado su padre, hacía ya toda una vida, cuando los nombres de los héroes todavía se cantaban en torno al fuego y se explicaba cómo habían hallado una muerte cierta salvando a otros. Ella nunca lo había practicado, ya que aun fingiéndolo el riesgo parecía siempre demasiado alto. Ahora encajó en su mente unas partes con otras, y vio que eran perfectas.

Tenía menos de la longitud de un caballo para prepararse, saltar al cuello del caballo que se acercaba, cortarle la garganta mientras su peso tiraba hacia abajo y en redondo, como hace un oso al cobrarse una presa, de modo que el animal vaciló y cayó, y ella oyó el crujido de su cuello, y el estruendo fulminante de un cuerpo con armadura que golpeaba el suelo a una velocidad que seguramente resultaría fatal, antes de ser consciente de que la hoja de una espada ya le había alcanzado a ella, y con fuerza, en algún lugar por debajo del brazo herido. Ese era el riesgo: los héroes siempre morían haciendo ese movimiento, y por eso eran héroes.

Oyó a Graine, a Valerio y a su padre, pronunciar todos su nombre. En algún lugar cercano *Piedra* aullaba, y *Granizo* con él.

El mundo se cerró y se volvió negro.

XLVI

Valerio cabalgaba en el recuerdo de un sueño convertido en pesadilla. Montaba un caballo negro salpicado de blanco a gran velocidad desde un campo de batalla, pero era Graine quien se agarraba fuerte tras él, y no Breaca. Su hermana iba en la potranca gris de carreras, bien envuelta en su propio manto que la ligaba y le impedía caer.

Su familia la rodeaba; una guardia de honor de sangre y de espíritu consagrada a protegerla con sus vidas. Cunomar iba a un lado, con *Piedra* atravesado en la silla; en medio de la batalla, mientras todos gritaban órdenes para la retaguardia, él se había detenido a recoger al perro al que amaba su madre. Ulla le seguía, con Halcón y Cygfa en el lado de la espada. Airmid, Bello y Teófilo venían agrupados detrás.

Galopaban rápido, pero no lo bastante para correr más que la sangre que Breaca iba perdiendo, ni posiblemente más que la media ala de caballería cansada que les iba siguiendo, dirigida por Sabinio, que había sido portaestandarte ya en tiempos de Valerio y que, como Civilis, tenía que haber muerto ya hacía mucho tiempo. Dirigía a sus hombres como alguien poseído, gritando el nombre de Corvo.

Ardaco estaba allí para detenerle, de pie en un círculo dibujado en el suelo, habiendo jurado quedarse hasta que la muerte le expulsara y llevarse con él tantos enemigos como pudiera, sabiendo que aquellos que muriesen a ambos lados servirían como valiosos compañeros en el largo trayecto a través de los bosques del más allá que dan la bienvenida a la osa, a cuyo cuidado descansan, cazan y luchan y descansan de nuevo, benditos para siempre.

No estaba solo. Cincuenta de sus guerreros, hombres y mujeres mayores, con cicatrices, que habían vivido dos décadas al amparo de la osa, dibujaron sus propios círculos en el suelo y cada uno formó la línea de la osa a ambos lados de Ardaco. Tras él, en una segunda fila, estaba Scerro y los jóvenes guerreros que habían seguido a Cunomar.

Allí estaba otro también, recién llegado a sus filas; viéndoles detenerse, y comprendiendo solo a medias lo que ocurría, Cuchillo había bajado de su caballo y se había unido a ellos, entregando su alma a la osa como solo había hecho dos veces antes en el campo de batalla, y ahora por tercera vez.

Ellos eran de la osa, y la osa estaba en ellos, y Valerio no tenía duda alguna de que venderían muy caras sus vidas, pero que la caballería acabaría por vencerles. Para conseguir más tiempo del que ellos solos podían lograr, Longino reunió a los guerreros de Mona a caballo para que permaneciesen a ambos lados de aquella línea de escudos humanos. Así quedó roto el juramento que le había hecho a Valerio: quedarse entonces en el caos de la retirada era morir. Ambos lo sabían en los

frenéticos momentos de la separación.

—Te esperaré al cuidado de los dioses —le había dicho Longino—, por mucho que tardes. No me olvides cuando te reúnas con los otros, que te estarán esperando.

Valerio le apretó muy fuerte contra sí y le besó.

—No me olvidaré. Más allá de la vida no hay límites para el amor. Iré a ti, y habrá tiempo, entonces, para todo lo que nunca se ha dicho.

—Será bueno oír todo eso.

Se separaron entonces, y no era demasiado pronto. Huw se quedó a ayudar a Longino, así como Madb y los guerreros a caballo de Mona y de los icenos, y no hubo tiempo para despedirse adecuadamente de ninguno de ellos. Las trompetas ya llamaban y aquellos que se quedaban se enfrentaban a algo más que los restos de la Quinta Gallorum: las últimas cohortes de la Vigésima ya venían desde el lugar donde habían esperado durante todo aquel largo día para tener su momento de gloria.

El campo de batalla era una carnicería, y los refugiados en sus carretas eran como ovejas que esperaban el sacrificio. Entre ellos y más allá había guerreros que se quedaban a luchar o que huían, según les indicaba su instinto. Eligieran lo que eligiesen, la mayoría de ellos morirían.

Aún había esperanzas de que las osas de Ardaco y los jinetes que luchaban bajo las órdenes de Longino estuvieran mejor dirigidos y mejor entrenados, y por tanto consiguieran sobrevivir, mas los números no hablaban en su favor.

Estaban entregando sus vidas para que la guardia de honor de la Boudica pudiera sobrevivir; había que recordar aquello. Valerio se pasó la mano por el manto negro y la retiró húmeda de sudor y sangre de otros hombres, como había ocurrido en las repeticiones de su sueño. Su caballo saltó por encima de un tronco. Una parte de sí muy entrenada esperó caer cuando tocaran tierra, pero no fue así.

Airmid se acercó a su lado. La sangre de Breaca manchaba su túnica. Vetas de sangre le pintaban también el rostro. Parecía mucho más temible de lo que ninguna osa había parecido jamás.

Por encima del estruendo de los caballos a la carrera, le dijo a Valerio:

—En el sueño de tu niñez tenías la mano izquierda cortada por la muñeca. Si has alterado eso con los caminos cambiantes de tu vida, podemos estar agradecidos.

Él le respondió, gritando también:

—Preferiría perder una mano que perder a Breaca.

—No se nos ha dado tal elección. No podemos cambiar lo que ha ocurrido, solo mantener a salvo a Graine, y a Cygfa, y al niño que lleva. ¿Conoces algún sitio al que podamos ir para que Breaca pueda estar tranquila al final? Un espacio de los dioses estaría bien, si hay alguno en las montañas que nos rodean.

Así le dio Airmid de Nemain a Valerio de Nemain y Mitra la clave de todo cuanto formaba la otra parte de él. Miró hacia un pico que conocía, y midió la distancia que había hasta él.

—Si galopamos fuerte, hay una cueva que conozco, consagrada en años recientes a

Mitra, pero otros dioses estuvieron allí primero. Se halla junto a la fortaleza de la Vigésima, pero ésta permanece vacía; Paulino ha sacado hasta el último hombre y sirviente para el ataque a Mona.

—¿Puedes llevarnos allí a tiempo, tú crees?

—Sí —su caballo estaba más fresco que cualquiera de los que pudieran seguirlos, y lo había entrenado Civilis, que era uno de los mejores jinetes de su época.

Valerio dispuso su valor y su montura encaminándose al primero de los promontorios que conducía a la montaña y oyó que los demás le seguían. Eran nueve, y uno de ellos se estaba muriendo, y dejaban atrás una batalla cuya pérdida significaba el fin de una nación.

* * *

El jinete sacó a su caballo a pie fuera de los bosques, cerca ya del anochecer, mientras ellos llegaban a los pies de la montaña. Valerio desenvainó su espada ante la forma neblinosa, y luego la volvió a retirar, siseando entre dientes.

—Has llegado tarde —dijo—. La batalla ha concluido.

—Si la batalla fuera lo que más importase, entonces realmente sí que habría llegado tarde —dijo su padre, Luain macCalma, Anciano de Mona. Movió su yegua junto al potro de patas blancas de modo que ambos iban cabalgando cabeza con cabeza por el sendero.

—¿Vas a la cueva del dios toro?

—A menos que se te ocurra algo mejor.

—No, en absoluto.

—¿Vienes? —sorprendió a Valerio lo mucho que lo deseaba.

—Creo que no. Tú puedes hacer todo lo necesario. Esperaré aquí y te guiaré después a Mona. La isla está a salvo por ahora, y cuando ya no lo esté, darán la bienvenida en Hibernia a todos los que sobrevivan a la batalla. Allí habrá más de lo que temes y menos de lo que esperas.

Valerio no tenía corazón para pensar en más hombres muertos.

—¿Acabará Roma por hacer que Mona sea insegura? —preguntó.

—Sí, y finalmente Hibernia también, pero no mientras nosotros vivamos, ni nuestros hijos, ni los hijos de nuestros hijos, y habrá tiempo antes para hacer todo lo necesario de modo que el linaje sobreviva, mientras la tierra se halle sometida a los descendientes de Roma. Ve ahora. Breaca te necesita ahora más que un futuro que quizá no ocurra nunca.



Llegaron a la cueva de Mitra al anochecer, exhaustos y montando unos caballos derrengados, y encontraron el lugar abandonado a los dioses de la piedra y el agua.

La cascada del exterior con sus avellanos era poco caudalosa por la escasez de lluvias del verano. Una roca había caído en el invierno oscureciendo en parte la entrada. Se había introducido una jarra de miel en una grieta, y alguien había ofrecido una espada de juguete todavía no oxidada. Aparte de ello, Valerio no veía señal alguna de que nadie hubiese estado por allí desde que él eliminó de una forma tan ruda los falsos símbolos del dios.

Estaba demasiado cansado para pensar. Dejó que el potro fuese aminorando la marcha hasta detenerse, y se dejase caer al suelo sobre unas patas que apenas podían sostenerle ya. La potranca gris aminoró también con él. Breaca yacía a lo largo de su cuello, doblada como un niño dormido.

—¿Está viva todavía? —que Airmid tuviera que preguntarlo hacía más urgente la cuestión.

—Sí.

Él se apartó y con las manos quitó la mayor parte de los escombros de la entrada. Mientras subían por la montaña había pensado en el pasaje estrecho y serpenteante y la última y difícil caída en la cueva. Cygfa, Cunomar y Halcón se habían unido a él por entonces, quitando piedras. Teófilo llenaba odres de agua del río. Bello y Airmid tenían a Graine a salvo entre ellos, y mantenían a *Piedra* sujeto a los últimos hilos de vida.

—La entrada es muy dura cuando uno está despierto y entero —dijo Valerio—. Necesitaremos luz dentro. Entraré primero y encenderé un fuego y luego volveré.

Encendió más de un fuego. En su precipitación por abandonar aquel santuario, los oficiantes del dios toro habían dejado antorchas de juncos sujetas a unos soportes de hierro en la pared, y un puñado de velas de cera y un brasero en miniatura, todavía cargado de carbón, y un alijo de yesca escondida debajo.

Encendió ambas con el pote de brasas que Airmid le había entregado y se agachó e insufló la vida a las llamas hasta que la luz desprendió su magia ondulante a través del lago de los dioses, a un lado de la caverna, e iluminó brillantemente la eterna humedad de los muros y el techo que se curvaba por encima.

Una vez resultó cegado por la magnificencia del fuego de los dioses reflejado a través del agua en la completa oscuridad de la cueva. Entonces se quedó allí de pie, rodeado por la luz enjoyada y su corazón se tornó en una cueva oscura, con demasiado temor en él para fijarse en la belleza o recordar el asombro.

Desde el entumecimiento de la insoportable pérdida, pidió el favor a ambos dioses en aquel lugar que recientemente había estado consagrado a uno de ellos. Mitra no caminó hacia él a través del agua con su perro a los talones como hizo una vez, pero Valerio creyó notar una sensación de bienvenida, y la llevó consigo a los que esperaban fuera.

El camino era difícil, y resultaba más arduo aún con Breaca, que por entonces ya

estaba fría y resbaladiza por el sudor. La llevaron al borde del lago, donde el brasero contenía unos carbones encendidos y formaba en el agua una película de sangre. Aquel brillo escarlata le daba color a ella, de modo que parecía casi bien, como si estuviera durmiendo después de una batalla y pudiera levantarse de nuevo y luchar otra vez, y ganar en esta ocasión.

Para que estuviera caliente y cómoda le hicieron una cama con mantos doblados y una almohada con una piel de oveja de la silla de montar del poni de Graine. Colocaron a *Piedra* junto a ella, y le quedaba aún la vida suficiente para que su calor llegase hasta ella. Airmid se sentó a su cabecera, Bello junto a sus pies, Valerio a un lado y Cygfa al otro. Graine estaba sentada junto al brasero, silenciosa y blanca. Halcón vigilaba junto a la entrada, y salió al cabo de un rato para dejar una señal destinada a Cunomar y Ardaco, por si podían sobrevivir y seguir su pista hasta allí, tan lejos.

Volvió y nada había cambiado, solo había brotado más sangre de la herida en el costado de Breaca, manchando el azul claro de su manto. Volvió a su lugar en silencio.

No se podía hacer otra cosa que esperar.

* * *

«¿Graine?»

La voz era un susurro en el viento, aunque resultaba más fácil oír a su madre en ella. Nadie más la oía, o tenían el sentido común de atribuirla al aire que penetraba en la cueva, o sencillamente, estaban demasiado concentrados en la muerte que se avecinaba.

Graine no sabía cómo llamar a los dioses tal y como se requería. Ella había contemplado a Airmid desde el principio. La alta soñadora había llamado a Nemain y había acudido tan cerca que ella y la diosa eran una sola, y se hallaba más allá del llanto. Bello contemplaba a Briga como si él solo pudiera mantenerla a raya. Valerio todavía no había convocado a sus dioses, como si hacerlo en aquel lugar fuese un sacrilegio o el reconocimiento de una derrota. Halcón no había llamado a nadie, solo pedía un milagro a quienquiera que estuviese escuchando, y no esperaba que se produjera.

«¡Graine!»

Ahora más agudo y más fuerte. Nadie se movió. Graine tocó el brasero con el dorso de la mano para asegurarse de que estaba despierta. La quemadura la hizo jurar. La ampolla empezó a hincharse mientras trataba de reblandecerla con su saliva. Sin pedir permiso a aquellos que se sentaban junto a su madre, tomó una de las parpadeantes velas de cera de abeja y fue a encontrar la voz.

Buscó la oscuridad, lejos de la sangre que fluía del brasero. En la parte posterior de la cueva había una abertura irregular en torno a un altar excavado en la roca viva. El viento no llegaba hasta allí. Se apartó de aquello, dirigiéndose hacia el muro ciego, y encontró que la vela enviaba luz hacia un espacio del cual no volvía ningún reflejo.

La entrada a la cueva interior, cuando la encontró, era estrecha y llegaba hasta el techo. Pasó a través de ella de lado y se quedó de pie en una negrura tan profunda que podía haber perdido la vista y quedarse tan ciega como Bello, solo que veía la incierta luz de la llama, y por tanto a sí misma.

El viento apagó la vela. Ella notó una presión y un contacto y supo que no se la rechazaba.

«Graine. Ven.»

Era un viento amable, o ella prefería creerlo así. Avanzó con las manos extendidas ante sí.

Al final encontró una pared y se dirigió hacia la izquierda, caminando con el hombro apoyado en ella, de modo que cuando volvió a doblarse en otra dirección, como si fuera una serpiente, ella pudo seguirla, lentamente, por si el suelo se hundía de pronto.

Vio entonces la luz como unas plumas grises en la negrura absoluta. Como el amanecer que llega de pronto después de medianoche, sus ojos se regodearon en ella, viendo las finas rugosidades de la roca y el suelo desgastado como por el paso de muchos miles de pies a lo largo de muchos cientos de generaciones.

Siguió la luz gris a lo largo de otra curva sinuosa y se detuvo.

El viento amable le acarició el rostro. La roca gris estaba firme detrás de ella. Delante, un conducto en el altísimo techo dejaba entrar la luz del final de la tarde. A cada lado de aquel conducto, en los empinados y arqueados ángulos del techo, la roca no era gris, sino del color del hielo invernal tardío, veteado, agrietado e imperfecto, pero aun así, afilado como hoja de cuchillo, de modo que un millón de facetas absorbían la débil luz y la hacían rebotar hacia delante y hacia abajo, hacia arriba y hacia afuera, formando un gris arco iris de sombras monocromas.

Había la luz suficiente para verla extensión de la nueva cámara, para caminar a través de ella y encontrar el lugar donde en tiempos un fuego, o muchos fuegos, habían ennegrecido la plana roca del suelo y enviado el humo hacia la imperfecta brillantez del techo; se subió en un banco de roca y vio el lugar donde el muro se doblaba sobre sí mismo y formaba un lecho, y halló los restos del cuerpo que se había dejado allí yaciendo, hacía tanto tiempo que la carne se había fundido y la piel se había secado sobre los huesos y la torques que en tiempos había estado colocada limpiamente en torno a la garganta había caído a un lado y quedaba torcida en el cuello, y la gran espada que había hecho guardia durante tanto tiempo se encontraba caída entre los arqueados huesos de la pelvis.

Para un día de tanto dolor, aquello parecía demasiado. Ella fue a tocar los finales de la torques para colocarla bien, y que el muerto yaciese en el orden adecuado.

—¿Graine?

La voz era muy clara, no procedía del viento. Se volvió rápidamente como si la hubiesen sorprendido haciendo algo malo y se detuvo de nuevo, por segunda vez, helada.

Su madre estaba allí.

El mundo se rompió y volvió a rehacerse, perfecto. Graine se apoyó en la piedra. El alivio la inundó con oleadas calientes que la dejaron empapada y temblorosa, con la piel húmeda y el pelo que le picaba en el cuero cabelludo.

—Estás mejor —dijo. Su voz llegó como un susurro.

Su madre abrió los brazos y Graine fue a ellos, y fue tal y como había sido antes de que llegase el procurador con sus veteranos y su dolor infinito. Allí había un refugio de calidez y comodidad y fuerza y los latidos de una guerrera que podía derrotar a Roma y enviar a las legiones de vuelta al océano y liberar la tierra para siempre, para los dioses y para el pueblo. Y ante todo, eso era Breaca: hija de una Graine que ya había muerto, madre de esta Graine que estaba muy viva.

Ella se sentó junto al lugar donde había estado el fuego, y parecía un poco cansada, pero no más que cualquiera que hubiese pasado todo el día en combate y no hubiera dormido las dos noches anteriores. Apretó los labios contra la cabeza de Graine y espiró aire hondamente, de modo que la calidez perfecta que exhalaba pasó desde su coronilla hasta las plantas de sus pies, temblorosa. Graine se levantó y tomó un mechón de pelo rojo que todavía estaba áspero por el sudor seco. Lo peinó suavemente con sus dedos.

Su madre dijo:

—¿Has encontrado la torques? ¿La que está en la cámara de piedra?

—Sí. Pero no la he tocado. Iba a hacerlo, pero al final no lo he hecho.

—Deberías hacerlo. Es tuya. Ahora puedes cogerla.

—Pero…

«No discutas ahora, niña. No hay tiempo.»

Graine levantó la vista. La anciana abuela estaba allí, nítida y clara como siempre. Sus ojos brillaban como los de un halcón con aquella extraña luz. Sonrió, cosa que nunca resultaba cómoda.

«Toma la torques. La necesitarás. Después podrás dejar la otra aquí.»

—¿La otra…? —solo había una torques, y era la de su madre.

Graine miró a la anciana abuela, que sonrió como si hubiera concebido algo particularmente astuto, y asintió. Y así supo que el mundo no era perfecto, sino que estaba roto y no tenía arreglo posible.

Cayó contra la pared y buscó a su madre, que en realidad no estaba allí.

—No estoy preparada aún —susurró—. Soy demasiado joven. La anciana abuela vino a verte de este modo en tus largas noches, después de muerta. Yo no soy bastante mayor aún, no puedes dejarme, no puedes…

—Ya lo sé. Lo siento. No debería, hay muchísimo que hacer aún, pero no puedo

quedarme. Lo único que puedo hacer es dejarte un regalo, y es la torques. ¿La aceptarás ahora, mientras estoy aquí?

—¿Y la tuya? ¿Y la espada que está entre los huesos de la grieta en la piedra?

—La espada que hay en esa piedra es para Halcón, para cambiarla por la espada de Eburovic, que debe quedarse aquí conmigo. ¿Lo entiendes? Voy a yacer aquí, en el lugar de los antepasados, con la espada de la osa y la torques de los icenos. Díselo a Airmid. Ella sabrá lo que tiene que hacer.

—¿Cómo puedes dejarla? Ella te ama.

—Eso no es justo, luz de mi alma, no es justo… —su madre se inclinó hacia ella y la besó. El aliento no llegó a su cuero cabelludo, y mucho menos a sus pies. Parecía triste pero no desconsolada, como debía haber estado—. La esperaré, como hacemos todos, en la otra orilla del río. Ella lo sabe también. Y también te esperaré a ti, y a tus hijos, y a los hijos de tus hijos; yo seré su fuerza hasta el fin de la tierra y los cuatro vientos; diles eso mientras crecen, para que siempre lo recuerden. Pero ahora debo irme. ¿Aceptarás la torques? ¿Por favor? Quiero ver que la tienes antes de irme.

Si Graine hubiese podido detener el tiempo quedándose de pie sin coger la torques, se habría quedado allí el resto de su vida y más aún. Pero otros se estaban reuniendo ya: la antepasada-soñadora estaba allí, y Macha, que había enviado a Valerio hacia ella en el sueño, y su abuelo, cuya espada había tocado y por tanto había llevado la ruina a su madre, y un hombre a quien no conocía, con el pelo de un rubio resplandeciente y la señal del Perro del Sol en su anillo de sello. Cuando vio a Duborno de pie, con los cuervos de Briga a cada lado, supo que no podía esperar más.

La torques del antepasado era más estrecha que la de su madre, y llevaba oro blanco en el trenzado de nueve hilos junto al rico oro rojo siluro. Encajaba en su propio cuello como si la hubiesen hecho para él, con las piezas de la abertura colocadas sólidamente encima de sus clavículas. Ella apartó las manos y esperó que el mundo quedase vacío, como ocurría cuando llevaba la torques de su madre.

Sin embargo, nada ocurrió. Se sintió decepcionada y sorprendida. Luego notó la ligera presión de los labios de su madre y el aliento volvió a alcanzarla desde la coronilla hasta los pies. La luz de la cueva se volvió más intensa y los fantasmas que había en su interior más sólidos. La anciana abuela inclinó la cabeza a un lado y la examinó críticamente.

«Todavía te queda mucho por aprender, para estar tan dotada. No empieces a pensar que sabes todas las respuestas. Si lo haces, el orgullo desmedido te matará.»

Quiso decir que no importaba morir si podía reunirse con su madre, pero Breaca estaba allí, arrodillada ante ella, tomando la pluma de plata que llevaba a su propio cuello y uniéndola al de Graine, enganchada a ambos finales del aro de modo que se balanceaba en medio.

—La pluma es un regalo solo mío, no del linaje, ni de los dioses ni del pasado. Dile a Airmid que yo te lo he dicho. Ella hará que suceda.

Breaca retrocedió. Los otros fantasmas ya se habían ido, excepto Duborno, que

esperaba, y la sombra de un dios, de todos los dioses, que esperaban con él.

—Deberías volver ahora Tú eres del futuro y del pasado. Vive por eso y no olvides nunca que te amo —y desapareció.

epílogo

De todos cuantos podían haber acudido, fue Valerio quien la siguió hasta la orilla del río; a ella le sorprendió ese hecho.

—Airmid está atendiendo a Longino —dijo él, a modo de explicación—. Madb y Huw lo encontraron caído en el campo y lo trajeron con ellos mientras huían. Quizá te siga, pero no si podemos retenerlo con nosotros un poco más —sonrió de aquella forma suya seca, familiar—. Sería muy duro perderos a los dos en la misma batalla.

«Yo no estoy perdida.»

—No. He caminado con los muertos mucho tiempo y lo sé muy bien. Pero de todos modos lo siento. Y me despierto y siento el dolor de cada día sin ti. El mundo ha empeorado con tu muerte.

«Puedes hacerlo mejor, si lo intentas»

—No podemos derrotar a Roma. El espíritu de la hueste guerrera se ha roto. No hay ya ninguna Boudica que los mantenga unidos.

«Y no la habrá durante años y generaciones. Tuvimos el privilegio de ver la última luz del día; ahora estamos en la oscuridad, en un tiempo de luto, el inicio del invierno, antes de la siguiente primavera. La noche sigue al día y hay frío y dolor en la oscuridad, pero habrá amaneceres de nuevo, cuando Roma haya desaparecido y todo cuanto la siga después»

—No viviremos entonces, ni nuestros hijos, ni los hijos de nuestros hijos.

«No, pero puedes plantar la semilla para lo que vaya a crecer cuando acabe la noche y el amanecer traiga esperanzas. Los dioses no saben nada del tiempo. Estarán allí, cuando aquellos que los necesitan vengan de nuevo, pero para llegar hasta ellos otra vez, los niños deberán saber lo que han sido, y lo que pueden ser. Esa es la tarea que tienes ahora: asegurarte de que la semilla queda dispuesta para la luz del día.»

El río corría amplio frente a ella, y las piedras que lo atravesaban y la bienvenida en la otra orilla. Vio allí a Duborno y a los cuervos que custodiaban el paso.

«Bán, debo irme.» Él no vaciló al oír aquel nombre. Ella dijo: «Llama Bán a tu hija, si no puedes conservar ese nombre para ti. Es igual de bueno para una niña y una mujer que para un niño y un hombre». Se inclinó hacia él y le besó, y dijo su otro nombre. Por primera vez no se le pegó a la garganta. «Valerio, debes volver y averiguar qué significa vivir con tus dos almas en equilibrio, manteniendo a los dos dioses en tu interior. Ése es el don de todo cuanto has sido.»

—Ya lo sé —él lloraba en silencio. Sus lágrimas alimentaban el río, y lo hacían más rápido, más bello y más seguro, manteniendo las tierras de la vida separadas de las tierras de los muertos.

Ella notó el roce de su caricia al dejarlo, y se la devolvió.

* * *

El río la llamó, así como la tierra que había tras él.

—¿Breaca?

La voz era una voz que conocía, y que había conocido, y que conocería siempre. Se volvió y allí estaba Airmid, al final, una presencia singular, indistinguible ya de Nemain como ella misma era indistinguible de Briga, que había guiado su vida.

Se encontraron en un lugar donde el tiempo no tenía sentido. Ella dijo: «te esperaré. Siempre te he esperado, a lo largo de todas las vidas».

La sonrisa de Airmid era el brillo de la luna.

—A veces te he esperado, y volveré a hacerlo de nuevo. Estaré ahí cuando me llames.

Se separaron en el no-tiempo, y ella saltó hacia la primera piedra.

Allí estaban su madre, su padre y *Piedra*, que de nuevo era joven y alegre y llevaba a *Granizo*, el perro al que ella amó primero, y la yegua gris de batalla, y al fin vio lo que no había visto cuando Duborno pisó la primera piedra: que la tierra que había más allá era la tierra de su corazón, abierta, intacta, sin manchar por los actos humanos, y que los dioses la esperaban allí, aquellos a los que había seguido y los que no, ofreciéndole el regalo de su cuidado por igual.

nota de la autora

Al final queda ya muy poco por decir.

Esta parte última de la historia de la Boudica es la más sencilla y la más conocida. Es casi el único episodio de la historia temprana británica con pruebas arqueológicas que lo corroboran: Colchester, Chelmsford, Londres, San Albán y un montón de pequeñas ciudades ardieron hasta los cimientos en algún momento del siglo I d. C.

El detalle de cómo y por qué y en qué orden procede de Tácito y es tan plausible como el resto de sus escritos, es decir, que parece probable que los hechos básicos sean ciertos, teniendo en cuenta las hipérboles de la versión del vencedor. En algunos momentos me he desviado del curso que se acostumbra a aceptar de este relato. Sobre todo he hecho que la legión Novena marchase directamente por la Ruta de los Comerciantes en un esfuerzo por ayudar a Colchester. Parece haber pruebas razonables de que la llanura aluvial no se extendía tan lejos tierra adentro como ahora, y por tanto, sería la ruta más directa.

Aparte de eso, he hecho que las fuerzas de la Boudica se dividieran para atacar Lugdunum y Verulamium (Londres y San Albán), en lugar de dar la vuelta sobre sí mismas porque me parece que tiene más sentido, geográficamente hablando. Y lo más controvertido es que he establecido la batalla final más al oeste de la ubicación que se acepta normalmente, que es Mancetter, cerca de Leicester.

De todos los mitos y suposiciones que rodeaban a la Boudica, me parece el más improbable que decenas de miles de guerreros se encontraran con decenas de miles de legionarios en el valle concreto que han identificado los historiadores. Si fue así, los detectores de metales habrían recuperado al menos una hebilla o un remache de arnés, hoy por hoy.

Por último, he dado a la Boudica un final guerrero, como convenía a su espíritu; ni el veneno de Tácito (la forma normal mediante la cual se quitaría la vida una buena matrona romana) ni la «enfermedad» de Dión Casio parecen dignas de ella, ni tampoco particularmente plausibles.

Los otros personajes son de ficción principalmente, aunque los dos comandantes romanos merecen una mención especial.

Petilio Cerial, el impetuoso legado de la legión Novena, al parecer sobrevivió a la casi total aniquilación de sus fuerzas y escapó con sus estandartes y un pequeño grupo de su caballería y se refugió en su fortaleza. Más tarde se convirtió en gobernador de Britania, cosa que sugiere que su acción no fue condenada en Roma.

Los actos de Suetonio Paulino como gobernador son más o menos como aquí se describen: se hallaba comprometido en el proceso del ataque a Mona cuando oyó

noticias de la rebelión. Tomó un barco hacia el sur y fue tierra adentro para analizar la situación en Londres; decidió que no había esperanzas y se alejó de nuevo, dejando que la población se enfrentase a la hueste de la Boudica sin defensas.

Después de la rebelión batió todo el territorio, al parecer como venganza. Finalmente Nerón le destituyó alegando que trataba con excesiva dureza a los nativos, e instaló a un gobernador más moderado, Turpiliano, que trató con los líderes tribales que quedaban con métodos más diplomáticos…, o como diría Tácito: «ocultó su cobarde pasividad bajo el nombre honorable de paz».

Del lado de los nativos, la vida y la muerte ficticias de Duborno se basan en el descubrimiento en un tremedal del cadáver de un hombre joven descrito como «príncipe druida». Había sufrido la muerte triple, un golpe en la cabeza, estrangulamiento mediante un cordón y ahogamiento en la ciénaga de turba. Iba desnudo excepto una banda de piel de zorro en el brazo. Estaba bien alimentado y en forma, y tenía los restos de una torta de avena cocida en el estómago.

Todo ello condujo a los arqueólogos a suponer que fue sacrificado a los dioses del lugar y del momento. Nuestra cultura tiende a ridiculizar este hecho, pero siempre me ha parecido que el don voluntario de una vida, para llevar un mensaje directamente a través del río a las tierras de los muertos, con tal de que no se haga daño a nadie más en el proceso del sacrificio, es muy diferente del asesinato indiscriminado de animales o de víctimas involuntarias, y no es necesariamente algo aborrecible.



Escribir esta serie ha resultado una odisea personal extraordinaria, durante la cual han cambiado casi todos los aspectos de mi vida, sobre todo debido a la profundidad del sueño que trajeron consigo la Boudica y todos cuantos la rodeaban. Dudo mucho que los personajes que habitan mis sueños decidan abandonarme tranquilamente, y ya están llamando a otras puertas de otras formas. Si la vida y el tiempo lo permiten, primero volveré a la prehistoria de esta serie en Alejandría y Mona, y luego iré un poco más adelante, a Roma con posterioridad a la rebelión, y luego mucho más adelante, al fin de Roma en Britania. Los lectores que ya se hallen familiarizados con las leyendas artúricas habrán entrevisto las semillas de algo similar entretejidas a lo largo de la narrativa desde el primer libro de esta serie. No tengo ni idea de adónde puede conducir todo esto, pero sería interesante averiguarlo.

El mundo exterior ha cambiado de una forma mucho más drástica que yo misma. Cuando empecé a escribir el *Águila*, el nuevo milenio acababa de empezar, pletórico de esperanza por un futuro distinto. Desde entonces la guerra y las catástrofes naturales han asolado la tierra. En particular he visto a los poderes que gobernaban mi país iniciar una guerra contra un estado distante que, piense uno lo que piense de

su legalidad, guarda similitudes importantes con la invasión romana de Britania, hace casi dos mil años. Desde las razones cambiantes para la invasión al intento de explotar los recursos locales para un provecho distante, la invasión de Iraq, según mi punto de vista, refleja el progreso de las legiones en Britania.

Por supuesto, no tenemos por qué seguir el camino que se trazó hace dos mil años. La historia no tiene por qué repetirse, a menos que lo decidamos así o permitamos que ocurra por defecto. Nuestra tierra puede estar gobernada por los herederos naturales de Roma. Quizás ellos hayan extendido su influencia por todo el mundo, con su necesidad de controlar todo aquello que no comprenden. Pero aquellos de entre nosotros que soñamos con esta tierra y vivimos en ella podemos creer que ese dominio está empezando a decaer, y que existe la esperanza de que emerja una forma distinta de ver el mundo y seamos capaces de aprender de lo que éramos, y así cambiar lo que podríamos ser.

El mundo sería un lugar muy distinto si la Boudica hubiese ganado la batalla final. Ella perdió y nosotros pechamos con las consecuencias. Es demasiado tarde para volver atrás y rehacer la historia. Pero no lo es para avanzar de un modo distinto.

Suffolk, otoño de 2005

Para los interesados en el sueño, en la web de la autora http//www.mandascott.co.uk se recogen detalles de los talleres contemporáneos de sueño, así como lecturas recomendadas de otras fuentes.